



GLORIA V. CASAÑAS

POR EL  
SENDERO  
DE LAS  
LÁGRIMAS

DEL RÍO DE LA PLATA A LAS MONTAÑAS HUMEANTES  
DE LOS CHEROKEE, LA EPOPEYA DE UN AMOR PROHIBIDO

Lectulandia

Jim Morris, shamán del clan del Lobo entre los cherokee, parte de la Argentina, donde acaba de vengar la muerte de su padre, llevando con él la prueba de su hazaña como trofeo. En el mismo barco que lo regresa a su tierra se topa con Claramaría La Rochelle, que también abandona el Río de la Plata obligada por razones familiares, y retorna a la plantación de tabaco de su padre, en Virginia.

Pero ella no es una mujer común, es una novicia de la Orden de Nazaret, deseosa de ordenarse cuanto antes para satisfacer su vocación de servicio. Circunstancias excepcionales la llevan a apoyarse en ese hombre enigmático y distante que la evade, al tiempo que permanece atento a sus necesidades.

A pesar de no tener nada en común, y aunque cada uno debe resolver sus propios asuntos, Clara y Jim se ven empujados a compartir un viaje que traspasará la frontera de lo geográfico y se convertirá en una peregrinación hacia el interior de sus corazones, donde las antiguas lágrimas que vertieron los cherokee volverán a brotar, y exigirán respuestas que ninguno de ellos se siente capaz de dar.

**Lectulandia**

Gloria Casañas

# **Por el sendero de las lágrimas**

**Del Río de la Plata a las Montañas Humeantes de los cherokee, la  
epopeya de un amor prohibido**

ePub r1.0  
orhi 11.06.16

Título original: *Por el sendero de las lágrimas*

Gloria Casañas, 2014

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Guillermo,  
el guardián de los sueños*

# PRÓLOGO

*El camino donde lloramos  
(Nunna daul Issunyi)*



*Mayo de 1838, Carolina del Norte*

La niebla del amanecer aún no se había disipado cuando el ejército de milicianos al mando del general Winfield Scott arribó al claro del bosque. Un vaho azulado se desprendía de las Montañas Humeantes, impregnaba la foresta y amortiguaba el rumor del río.

Era un día aciago para el pueblo cherokee.

Ya los aguardaban, reunidos en pequeña multitud, con sus túnicas blancas, sus cintos de colores y sus turbantes aderezados con plumas. Hombres de rostro adusto, mujeres ataviadas con faldas largas de las que asomaban rostros adormilados de niños, y jóvenes guerreros con camisa de ante y mocasines blandos, el carcaj repleto de flechas y el ceño desafiante. Los ancianos, con sus espaldas cargadas de años y recuerdos, conservaban altiva la frente y los ojos acuosos, clavados en aquel montón de soldados de casacas azules y botones dorados.

El general alzó un brazo en señal de detención. Los caballos resoplaron y el aire se enturbió con los vapores de sus ollares húmedos y la polvareda que levantaban sus cascos.

Hubo un silencio extraño tras los murmullos apagados. Se observaban unos a otros, y el recelo era un muro invisible que los separaba.

En la retaguardia, un joven militar de porte refinado permitía que la lástima asomara a sus ojos azules. Era patético el esfuerzo de aquella gente por resistir lo que estaba dispuesto quizá desde mucho antes del decreto de expulsión del presidente Andrew Jackson, y aun del mismo tratado de New Echota que algunos cherokee habían firmado sin el acuerdo del Consejo Tribal. La suerte del indio estaba echada desde el instante en que el colonizador puso sus pies en la ribera del continente.

Era lo que pensaba el joven soldado en ese amanecer nublado de las montañas, cuando venían a cumplir por la fuerza lo que dos años antes se había dispuesto.

Impecable en su uniforme de la Unión, el general Scott desplegó el rollo que llevaba en su mochila y, tras aclararse la garganta, leyó el ultimátum del gobierno federal. Scott era un veterano graduado en West Point, curtido en guerras, pero cuando de los indios se trataba, siempre parecía ser la primera vez. Él no estaba de acuerdo con el traslado, sobre todo después de que el juez Marshall de la Suprema Corte había fallado en favor de la autonomía de la comunidad cherokee, pero era un subordinado, y si el presidente de los Estados Unidos quería hacer valer aquel tratado,

no estaba a su alcance discutirlo.

Tampoco se alegraba de contar con los milicianos, prefería siempre al ejército regular, que no tenía intereses en las tierras cherokee y sólo obedecían el mandato de su superior. Tendría que ser firme en esa oportunidad, para que aquellos georgianos no cometiesen atropellos. Anhelaba no verse obligado a empuñar las armas.

A medida que leía el documento oficial, sus palabras, pronunciadas en el inglés que los indios entendían a la perfección, caían como losas sobre aquella gente de gesto inmutable.

Las hogueras encendidas crepitaban en el aire frío.

—El plazo se ha vencido —acabó diciendo el general con voz estentórea.

El eco de la sentencia se multiplicó entre los árboles y se confundió con el río murmurante. Los pájaros, indiferentes a la tragedia que se desencadenaba, piaban su despertar.

—Sabían que este momento llegaría, y no quisieron salir de aquí por su propia voluntad. Ahora debemos ejecutar la orden, aunque nos pese.

El joven soldado se preguntó si a aquellos hombres les pesaría lo que estaba sucediendo, y paseó su mirada por la tropa. Le pareció que había algunos con los dientes apretados y el sombrero calado hasta los ojos.

Las órdenes se cumplían, no se discutían.

—Recoged vuestras cosas y seguidme.

La quietud impregnó la escena. Nadie se movía. Ninguno esbozó una palabra ni amagó un gesto. Los cherokee de aquel poblado de Carolina del Norte eran de piedra, como aquellas montañas que custodiaban sus vidas desde tiempos ancestrales. A sus espaldas, los molinos giraban sus aspas y el balido de las ovejas resonaba en los corrales. La niebla comenzaba a disiparse sobre los techos de las casas y los galpones de sus granjas.

—¡Moveos! —bramó el general, fastidiado con aquella misión.

El soldado pensó que el superior llevaba la peor carga, la de tomar decisiones ante lo inesperado y rendir cuentas luego. Se compadeció de él. Su natural compasivo se imponía ante la enormidad de lo que estaba por suceder.

—Tendrían que haberse ido cuando se les avisó —murmuró un compañero a su vera.

—Es su tierra —contestó el soldado en un raptó de rebeldía.

Entendía el apego al suelo natal, lo llevaba en su propia sangre.

El otro se encogió de hombros.

—Les darán otras, ya lo dijo el presidente. Será mejor para ellos vivir lejos de nosotros y tranquilos. ¿Qué más quieren?

El joven no respondió. Estaba mirando a una pareja que se abrazaba como si temiese que fuese aquél su último día juntos. El hombre era imponente. Vestía camisa azul aderezada de cuentas sobre unos pantalones de ante que le cubrían hasta las ingles, y sobre ellos unos mocasines atados en la rodilla. Su perfil era altivo y digno.

Le pareció que lo miraba. A él, como si lo distinguiese entre todos los otros. El soldado tragó saliva.

La mujer que el hombre abrazaba era hermosa. El cabello renegrado caía a ambos lados de su rostro juvenil de altos pómulos. Bajo su túnica colorida, abultaba el vientre preñado de vida. Y de la mano llevaba a un niño delgado que contemplaba la escena con grandes ojos asustados.

—Métanles fuego, cuando ardan lo suficiente, partirán —dijo alguien a su izquierda.

Él volvió la cabeza atónito, y se topó con un soldado pecoso que se encogió de hombros, indiferente.

—No lo digo yo, lo ha dicho el mismísimo Jackson. Después de todo firmaron un tratado y tienen que cumplirlo.

El otro soldado que permanecía junto a él se echó a reír por lo bajo.

—El “viejo nogal” sabía lo que hacía, es muy listo.

El joven se sintió asqueado por los comentarios. Espoleó a su caballo y se alejó de allí, acercándose a la primera línea donde el general mantenía su monólogo ante los cherokee.

Un indio de mayor edad se había adelantado y con dignidad comenzó a decir:

—Ésta es la tierra donde yacen nuestros muertos. Es la que nutre a nuestros hijos y nos pertenece desde el principio de los tiempos. Aquí cazamos y bebemos. ¿Por qué irnos?

—Porque son órdenes dadas desde Washington.

—Hemos vivido aquí desde mucho antes de que Washington existiera.

La voz templada del indio resonaba en los oídos del soldado con una lógica que aceptaba con renuencia, dado que se encontraba en el bando contrario al de ese hombre, que seguía diciendo con monotonía, como si ese discurso hubiera sido repetido cientos de veces:

—Cuando los creek se levantaron contra los colonos de Alabama, nosotros, los cherokee, combatimos junto al general Jackson y ganamos su batalla. El río Tallapoosa se tiñó de rojo con la sangre india. El general era entonces “amigo de los cherokee”, él lo dijo.

Winfield Scott contuvo el aire en los pulmones para no estallar. ¡Bien que conocía él esa historia! Y a su modo, entendía que aquellos hombres se sintiesen traicionados por quien los había halagado, considerándolos aliados y partícipes de la victoria contra los ingleses y los creek Palos Rojos. Ahora los tiempos marcaban un paso diferente. Ya las milicias eran incontenibles, y el propio Congreso no veía otra solución que erradicar a los cherokee de sus ricas tierras para evitar la confrontación con los estados que codiciaban las minas de oro, los campos de algodón y maíz, las granjas y los fértiles valles. ¡Qué diablos, era la ley del más fuerte! Los indios o los colonos, no quedaba elección.

—La ley de traslado es en vuestro propio interés, se les otorgaron tierras al oeste



del Mississippi.

La boca del anciano se curvó en un gesto de repugnancia.

—Al oeste, donde moran las sombras.

El general Scott contuvo a duras penas las ansias de su caballo, que caracoleó inquieto.

—Son buenas tierras, y ya están allí los cherokee que aceptaron irse hace mucho tiempo. Viven bien, se han organizado de nuevo y estarán gustosos de recibirlos.

La boca del hombre volvió a curvarse, esta vez en un gesto sardónico.

—Si son tan buenas... ¿Por qué no las ocupa el colono blanco? Y si nuestros hermanos de la Banda del Oeste están tan felices allá, ¿por qué habrían de querer compartir con nosotros lo que tanto les costó obtener? Seremos intrusos en el oeste como lo son los blancos en el este.

—Es territorio indio —porfió el general.

—Éste es nuestro territorio, y somos indios.

—¡Malditos! Nos obligaron a cambiar los arcos y las flechas por el arado, nos inculcaron su religión y nos hicieron creer que si vivíamos como ustedes seríamos bienvenidos entre la gente blanca, que podríamos tener los beneficios de la civilización. Ahora que demostramos ser capaces de todo eso, nos echan como a bestias. ¡Ya no somos los salvajes que encontraron al llegar!

El que hablaba era un muchachito de semblante pálido, tan pálido que costaba reconocer en él a un indio, y sin embargo lo era, tanto por su vestimenta como por sus palabras airadas. Él mismo constituía la evidencia de que los cherokee habían devenido una tribu civilizada a la manera blanca. Así como las granjas que se levantaban detrás de ellos y que los primeros rayos de sol hacían centellear bajo el cielo de primavera.

—Es inútil discutir ahora lo que está sellado y firmado en Washington. Por el bien de todos, en especial de sus mujeres y sus niños, hagamos esto en forma pacífica. Mis hombres sólo cumplen lo que se les manda, y están obligados a respetarlos. Iremos hasta Chattanooga y allí nos reuniremos con los otros antes de comenzar el traslado. Les doy un tiempo prudencial para que recojan sus cosas —y el general se preguntó cómo harían aquellas gentes para recoger lo que de veras les importaba: la vida en el bosque y sus tierras.

Nadie se movía, como si aquélla fuese la primera vez que oían hablar del tratado, nunca lo hubieran firmado y viviesen en la convicción de que aquel momento jamás llegaría.

Una mujer mayor miraba al joven soldado desde su escasa altura. En sus ojos había una extraña comprensión de lo que estaba sucediendo.

—Señora —murmuró él, intentando suavizar los actos del ejército—, será mejor que aliente a su familia para que dé el ejemplo, no queremos causarles ningún daño. Le prometo —añadió en un impulso— que los acompañaré hasta asegurarme de que estén bien.

La anciana desvió la mirada hacia la pareja que él había advertido minutos antes.

—¿Son ellos? —quiso saber el soldado, esperanzado.

—Mi hija y su esposo. Con mi único nieto hasta ahora.

—Dígales que empaquen. Si lo hacen, quizá el jefe acceda a seguirnos.

—Él es el jefe, pero ha caído en desgracia por haber firmado el acuerdo. Hoy los cherokee reivindicamos nuestro derecho a permanecer. Mi yerno se equivocó al creer en las palabras del gran padre blanco. Tarde o temprano, la ley de sangre caerá sobre él.

El soldado no supo qué responder a eso. Creía que el anciano que hablaba era un jefe, y al saber que la principal autoridad no ejercía influencia se sintió desmoralizado. Habría conflicto entonces. El general Scott también lo entendió así, pues con una seña ordenó a sus hombres que empuñasen las bayonetas, y declaró en voz bien alta:

—Tengo órdenes del presidente Van Buren de invadir las tierras de Carolina del Norte si no se respeta la ley federal, bajo la pena que se impone al delito de secesión. Ya se ha dicho todo y se han recibido las delegaciones, ahora queda cumplir la ley. ¡Adelante!

La carga no se hizo esperar. Por convicción o por ansias de acabar de una vez, la tropa irrumpió en el claro, desparramando al grupo y causando pánico entre los niños y las mujeres. Los perros ladraron frenéticos y se metieron bajo las patas de los caballos. Pronto se desató el pandemónium que el general había querido evitar. Él mismo cabalgaba hacia uno y otro lado, intentando impedir los inevitables desmanes. Sonaron disparos cuando un grupo cherokee huyó hacia el bosque.

—¡Alto el fuego! —gritó Scott a sus tropas—. ¡Responderán ante mí por cualquier crueldad!

Sin embargo, cuando un piquete salió en busca de los fugitivos se oyeron más disparos.

Hubo lágrimas y réplicas furiosas ante el avance de los soldados sobre las casas, y familias enteras fueron arrastradas sin darles el tiempo para retirar sus objetos personales. El momento de la acción había llegado, y la orden se cumplía inexorable: los cherokee serían llevados a un punto de concentración, desde el que el mismo general Scott comandaría las partidas que saldrían desterradas hacia Territorio Indio.

El joven soldado vio que dos o tres hombres abordaban al cherokee de la camisa azul. En sus rostros campeaba la ira. Impulsado por una incomprensible razón, se interpuso entre ellos y la pareja, y conminó a la mujer a subir a su caballo.

—¡Venga! Y ruéguele a su esposo que colabore, no queremos que haya muertes.

Los esposos intercambiaron una mirada que él no olvidaría jamás, una sutil combinación de amor y fatalismo, una promesa que trascendía el presente y los uniría a través de sus hijos, el que tenían y el que estaba por llegar. El militar sintió el latido del vientre sobre el brazo con que rodeaba a la mujer y se conmovió hasta lo más hondo. Se juró proteger a esa familia como si ellos constituyesen la encarnación de

todos los desamparados del mundo, en ellos residían los iroqueses, seminolas, shawnee, chicasaw, choctaw... todas las tribus eran ahora esa pareja que se aferraba a lo único que los blancos no podían romper: el vínculo que los unía.

—¡Levante al niño y sígame! —aulló en dirección al hombre.

En medio de la baraúnda pudo oler el humo de los incendios, mezclado con los gritos del general y los alaridos de dolor de los indios. Ya empezaba a arder la primera granja, y la humareda se elevaba en círculos hacia las nubes que coronaban las Montañas Humeantes. Altas, majestuosas, eternas como aquella raza que se empeñaba en subsistir.

Y mientras azuzaba a su caballo para alejar a la mujer y a su familia de la barbarie, una espesa niebla cayó sobre ellos, aislándolos de los sucesos en un capullo místico, sólo traspasado por el gorjeo suave y musical del carbonero.

La mujer miró a su salvador con ojos de gacela plenos de gratitud. Tomó la mano enguantada del militar y lo obligó a sentir el palpitar de la vida en su interior.

—Mi hijo —le susurró emocionada— te agradece y espera devolvarte el favor.

El teniente asintió, algo incómodo, y mientras avanzaba a través de la bruma percibió, como en un ensueño, la belleza de aquellos bosques que los cherokee abandonaban para siempre.



# PRIMERA PARTE

*Shenandoah*

*Cuando el camino espiritual y el del amor  
coinciden, nace una estrella*



# CAPÍTULO 1

*Ciudad de Buenos Aires, Argentina, año de 1872*

*Con Dios me acuerdo con Dios me levanto la Virgen María y el Espíritu Santo...*

*Ángel de la guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día...*

La letanía se repetía en la oscuridad con ansiedad febril, como si los labios que la pronunciaban temiesen no ser escuchados.

*“Con Dios me acuerdo con Dios me levanto...”*

Los cirios agonizaban, y la húmeda celda se poblaba de sombras mientras la plegaria susurrada proseguía.

*“... la Virgen María y el Espíritu Santo...”*

La silueta arrodillada permanecía ajena a las incomodidades del lugar, al miserable mobiliario y a la negrura que atravesaba el ventanuco.

*“Ángel de la guarda dulce compañía...”*

Por momentos el rezo se tornaba desesperado, y la voz retumbaba entre las paredes desnudas.

*“... no me desampares ni de noche ni de día”.*

Claramaría La Rochelle, aspirante a Sor Clara, purgaba con las oraciones su peor defecto: su manía de hablar hasta por los codos. Debía de ser algo con lo que había nacido, o no sentiría ese impulso constante de consolar, explicar y narrar, como lo haría un venerable anciano. Comprendía el valor del silencio, la virtud de economizar fuerzas para desplegarlas en algo que honrase al Señor, y sin embargo, llegado el momento, no podía acallar su lengua, que soltaba lo primero que le brotaba del corazón. La penitencia impuesta por su maestra era suave y hacía rato que estaba cumplida, pero Clara anhelaba tanto corregirse que la había duplicado para hacerse más grata a los ojos de Dios.

A esas horas ocupaba una de las celdas del piso superior del convento de San Francisco. Desde que las Hermanas de Nazaret llegaron al Río de la Plata, en medio del azote de la fiebre amarilla que devastaba la ciudad de Buenos Aires, habían rodado entre casas de familia, parroquias y antiguas instalaciones destinadas a calabozos, hasta que el obispo de Buenos Aires, Federico Aneiros, les otorgó la casa de oración contigua al convento. Allí, mientras aguardaban la llegada de las Madres Fundadoras desde Francia, las monjitas cumplían con su misión de atender enfermos, ubicar huérfanos y atenuar los males del mundo con sus rezos cotidianos.

—Señor, ayúdame a ser digna de la misión que me tienes encomendada —murmuró Clara, compungida—. Que no fracase en mi deseo de ser monja de Nazaret, ya que fue tu santa voluntad la que me hizo conocer a la persona que me llevó a Ti. Dulce Jesús, ampárame y enséñame a ser paciente y buena, a contentar a Sor Manuela y a obedecer a Sor Jerónima. También te pido, Dios mío... —y calló, al

darse cuenta de que utilizaba la oración para poder hablar en voz alta, algo prohibido después de las Completas, el último rezo antes del descanso.

En el silencio ominoso del pasillo pudo escuchar los pasos que se anunciaban desde lejos. Alguien venía hacia ella. El eco de las pisadas se fue haciendo más y más cercano, hasta que se apagó ante su puerta. Por la mirilla abierta asomó la cara redonda y blanca de Sor Manuela.

—Clara, te busca la abadesa.

La joven se persignó y caminó hacia la puerta con aire contrito. Le endilgarían una filípica.

Sor Manuela la contempló con simpatía.

—No está enojada —susurró para animarla.

Clara le dedicó entonces una sonrisa. Sor Manuela era una mujer temerosa y de seguro temblaría por ella, de manera que decidió tranquilizarla.

—Le diré que ya cumplí mi penitencia.

La expresión de la monja tornera se volvió sombría cuando Clara le dio la espalda. Sor Manuela había visto el ceño fruncido de la abadesa, y sospechaba que las pequeñas faltas de la novicia no eran el motivo de la cita. Esperaba que nada atrajese desdicha a la joven, pues Claramaría era una ráfaga de frescura que las animaba a todas, y desde que ella entró a la Orden sonaban risas y cuchicheos en el convento como nunca antes.

Clara salió al rocío nocturno. Un quejido suave la detuvo en medio del patio inundado de luna. Las sombras danzaban en el brocal del aljibe, y una brisa aromada de laurel recorría los canteros donde las Hermanas cultivaban las verduras para su magro alimento. Miró en derredor, indecisa. La soledad se poblaba de ruidos misteriosos, escalofriantes si se percibían en medio de un desvelo. Aquel sonido, sin embargo, parecía real y al alcance de su mano. Por sobre la tapia encalada, las ramas de un nogal ofrecían sus frutos con la generosidad propia de la naturaleza. Las monjas degustaban las nueces a escondidas de la abadesa, las metían entre los faldones de sus hábitos y llenaban los bolsillos, mezclando esa dulzura con las cuentas del rosario y las hojas apergaminadas de los libros de misa. Eran sus pecadillos, los únicos que permitía la austera vida conventual. Clara solía trepar con la excusa de limpiar la hiedra de pulgones, y sacudía las ramas para que las nueces cayeran sobre los canteros, facilitando así la tarea de todas. Era cómico verlas rondar el patio con las cabezas bajas, murmurando rezos mientras sus ojos vigilaban atentos el rastro de una nuez entre la hierba. Hasta el momento no habían sido descubiertas.

Ese sonido, sin embargo...

Clara se acercó al muro y caminó sobre el empedrado del cantero, segura de que la conduciría al origen de aquel balido tembloroso. Lo más probable era que fuese un gato herido. A menudo caían de ese lado de la pared después de sostener sangrientas batallas con sus rivales, las noches en que el llamado del instinto los arrojaba a la calle. La propia Clara había curado a más de uno, hasta que la abadesa le prohibió

que se ocupase de los gatos callejeros.

—Si quiere dedicarse a la asistencia, tenemos a muchos desahuciados que esperan su atención —le había dicho.

Y así fue como Claramaría frecuentó el Hospital y la Casa de Niños Expósitos. En cierta forma, aquel encargo la había ayudado a soportar las reglas del convento. En los hospitales y asilos podía dar rienda suelta a su cháchara, cantar una nana para arrullar a los huerfanitos o aliviar el dolor de alguna madre agonizante. Sentía que esa misión estaba más cerca del espíritu cristiano, pues rezar tanto ocupaba el tiempo disponible para hacer obras de caridad. ¡Seis horas de oración eran más que suficientes para contentar a Dios!

En el reparto de tareas, Clara se había apresurado a decir que a ella no se le daba bien preparar licores o mazapán ni cocinar alfajores, tampoco coser con primor los vestidos de la Virgen, que ella se entendía mejor con los que sufrían y necesitaban el cariño que sus familias no les brindaban. La abadesa había fruncido el entrecejo, y al cabo de unos días decidió ponerla a prueba, segura de que aquella muchacha no resistiría el rigor de la vida conventual. Intuía que las razones de Claramaría para tomar los hábitos no eran las indicadas.

La congregación de Nazaret era aún pequeña y no obedecía a los criterios fundadores de los primeros conventos de clausura del país. El de las dominicas de Santa Catalina de Siena estaba reservado a damas de calidad que pudieran ofrecer una dote, y el de las capuchinas de Nuestra Señora del Pilar admitía a mujeres de buena familia que no habían podido dotar a sus hijas. Ni la nobleza patricia ni la nobleza empobrecida se albergaban en los claustros de la orden nazarena. Las monjas francesas se reunían en torno a la idea del servicio y la necesidad. Eran religiosas para salir al mundo, y por ello el convento no fomentaba la clausura, aunque permitía a las que lo deseaban acogerse a ese régimen. Huérfanas y desventuradas eran recibidas también, siempre que contribuyesen con sus labores al sustento de las Hermanas y autoridades superiores.

El caso de Claramaría había sido especial. La joven conoció a las nazarenas junto al lecho de muerte de su abuela, la imponente Memé. Los cuidados que Sor Jeannie prodigó a la anciana en sus últimas horas acercaron a Clara a la confianza, y bien pronto aquella monja descubrió en la joven un diamante listo para ser tallado por la incisiva hoja de la piedad cristiana. Abundaba en el corazón de Clara una natural disposición a la caridad y a la atención de las necesidades humanas. La “llamada de Dios” tomó entonces la forma de una sutil inclinación inducida por Sor Jeannie ante el tálamo de la mujer que tanto había influido en la corta vida de la muchacha. Era por esto que la abadesa desconfiaba de la vocación de Clara y no aprobaba su permanencia, más tomando en cuenta que ya estaba en condiciones de ofrecer sus primeros votos temporales.

Clara era muy joven y demasiado bella. Provenía de una familia de colonos franceses de Virginia, y antes de visitar a su abuela enferma en Europa, había llevado

la vida ociosa de una señorita sureña, halagada por sus pretendientes y mimada por sus esclavos. A pesar de que la abadesa no veía en ella remilgo alguno, le preocupaba que en su fuero íntimo no albergase la convicción de dedicar la vida entera a Dios.

Clara traspasó el segundo patio, iluminado apenas por farolitos de aceite, y cruzó por delante de la reja del coro que ocultaba las virtudes conventuales. Aquel portal señalaba el límite entre el cotidiano trajinar de las monjas comunes y el enclave de sosiego de las de clausura. En aquel recinto de perpetuo silencio, las más sacrificadas reparaban con sus rezos las culpas ajenas. Clara admiraba esa vocación para la que ella se sentía incapaz.

Las sombras quietas se reflejaban sobre los azulejos color cobalto: eran las monjas orando por las ánimas del Purgatorio. Al alba lo harían adorando al ángel del Señor, y así, toda su vida se medía por el tañir de las campanas que convocaban a las distintas oraciones.

De pronto, un ruido familiar llegó hasta ella en alas del viento nocturno, un sonido bien distinto del anterior. Era el gemido del torno que oscilaba en el muro de la Casa de Niños Expósitos, situada detrás del convento. Clara se acercó con aprensión. Aquel sencillo eje de madera le provocaba una tristeza infinita, pues sabía lo que significaba; los goznes, al girar, dejaban un cuerpecito tibio y sollozante adentro de un revoltijo de trapos. Por vergüenza o necesidad, el torno exponía la peor de las miserias: el abandono de un hijo. Por eso, cada vez que el chirrido horadaba el silencio de los claustros, el corazón de Clara se estrujaba de pena. Del mundo de afuera, con sus alegrías y sus aflicciones, llegaba el resultado de algún abuso o bien de una pasión insensata. Ella se condolía de las muchachas que por amor se entregaban y luego padecían el dolor de ocultar su arrebató a costa de deshacerse del fruto de su vientre. Había épocas en que el torno se hacía oír con frecuencia, después de unas vacaciones en la estancia o de un viaje a Europa.

Esa noche, sin embargo, la campanilla no había sonado. Nada había en aquel artefacto que manos anónimas empujaban, y Sor Manuela no tendría que rescatar del torno a ningún bebé. Sería el viento, tal vez, el causante del macabro ruido.

Clara caminaba hacia la sala parroquial cuando sus ojos se posaron sobre el Pabellón de las Acogidas. Estaba ubicado en un sector lúgubre del patio, lejos del huerto y de la fuente de los pájaros. Mujeres de toda condición lo habitaban, algunas por un tiempo y otras de modo permanente, ajustándose al ritmo del convento sin formar parte de él. Eran desvalidas que acudían a las monjas para hallar paz en su atribulada vida. Las atendían las Dueñas, monjas de hábito negro a cargo del beaterio. Era extraño que aquellas pobres almas trasnochasen, pues pasaban el día inmersas en los trabajos que ofrecían a cambio de agua, comida, y algún que otro socorro. Pero en aquel ventanuco había una luz, y Clara sintió curiosidad. Quizá se tratase de alguna residente que se preparaba para volver al hogar, después de haber variado su circunstancia. Si así era, ella le daría su bendición para confortarla. Las “monjas negras” eran demasiado rígidas a veces, estaban acostumbradas a las sordideces de la



vida profana. Clara se acomodó el velo blanco y dio la vuelta al muro descascarado. Se detuvo en seco ante el cuadro que se expuso ante sus ojos.

Una muchacha, tanto o más joven que ella, yacía desgreñada sobre un jergón, con la camisa enrollada sobre los muslos ensangrentados y abiertos, mientras que una de las Dueñas más viejas, con las mangas del hábito levantadas hasta los codos y la toca torcida por el esfuerzo, tiraba de un largo cordón que en su extremo mostraba un bulto berreante y movedizo. Aquél era el balido que Clara oía de manera intermitente. Ni el torno, ni un gato alzado, sino un recién nacido. ¡En el propio convento! La sorpresa la paralizó. Jamás habían asistido antes a una parturienta, aunque de seguro habría una explicación.

La monja de velo negro hizo chasquear las tijeras mientras demandaba paños de agua caliente. En ese instante, la muchacha giró la cabeza hacia Clara y la joven leyó la súplica en esos ojos grandes y oscuros, bonitos ojos que habrían cautivado al padre del bebé. Se trataba sin duda de una pobre mujer perdida, más desventurada aún que las que se valían del torno, ya que ésta ni siquiera tenía familia que la protegiese del escarnio con aquel disimulo.

—¿Qué hace usted aquí?

La voz áspera de Sor Angustias interrumpió el instante de comunicación entre ambas jóvenes.

—Me pareció que podían necesitarme —aventuró Clara.

—Para nada. Sola me abastezco, con la ayuda de Clemencia.

La asistente contemplaba a Clara con ojos de carnero, temiendo quizá la ira de la monja.

—Permita al menos que tome la mano de la madre —insistió Clara.

—Haga lo que le parezca, y recuerde que en este lugar no se habla de lo que se ve, son cosas que no nos conciernen. Es Dios el que juzga.

Clara pensó que le faltó decir “y condena”, pues así era como Sor Angustias entendía la religión: un código de reglas y castigos. De todas las Hermanas, era la única que disfrutaba de la mortificación y las penitencias. Se acercó al catre y se arrodilló para que su rostro quedase a la altura de la parturienta.

—Tome mi mano —le ordenó con suavidad.

La joven apretó los dedos en torno a la muñeca de Clara y movió los labios sin pronunciar palabra. Parecía ansiosa por comunicarle algo, pero las fuerzas no la acompañaban.

—Tranquila, que Sor Angustias sabe lo que hace —la reconfortó Clara, deseando que el nombre elegido por la monja hubiese sido otro más alegre.

La desdichada madre no se conformaba, quería a toda costa que aquella novicia de dulce expresión supiese lo que ella tanto temía. Al fin, en vista de los esfuerzos de la muchacha, Clara apartó el velo y acercó su oreja a los labios exangües.

—Por favor... lléveselo.

—¿Al bebé? —se horrorizó Clara, aunque sin levantar la voz.

—Shhh... que nadie lo sepa, llévelo fuera de aquí.

El ruido de los fuentones al descargar el agua sanguinolenta en la pileta del patio le permitió a la joven decir con más firmeza:

—Él lo va a regalar. Es malo, perverso.

Clara apretó también la mano de la madre, conmovida por el pedido desesperado.

—Las Hermanas no lo permitirán.

La madre cerró los ojos para serenarse. Lo que aquella joven no sabía era que estaba en esa situación por culpa de las monjas. El sudor perló su frente y la acometieron escalofríos.

—Si muero, que el niño tenga un hogar decente —dijo al fin.

—No morirá, se lo prometo.

—Y si no muero... —prosiguió ella como si no la hubiese oído— me lo quitarán. Es un varón. Que sea hombre de bien, sólo eso pido.

Clara se encontraba en un dilema. Quería hablar con franqueza con aquella pobre mujer y para eso tenía que deshacerse de Sor Angustias, que en ese momento regresaba con paños limpios y remedios de la botica. Clemencia iba y venía detrás de la monja, cumpliendo sus órdenes silenciosas sin levantar los ojos del piso. ¿Por qué había de ser justo aquella Dueña la encargada de asistir a la parturienta? Era la más hostil de todas las nazarenas.

—Sor Angustias —dijo de pronto Clara—, esta pobre muchacha está muy débil. Me quedaré con ella un rato más, por si precisa consuelo espiritual. Vaya tranquila, que también usted estará agotada esta noche. La llamaré si la necesitan.

La monja se irguió ofendida.

—Seré yo quien decida cuándo retirarme, pero si desea seguir sosteniéndole la mano, por mí no hay problema. Clemencia, ocúpese de limpiar todo esto, le daré a esta señorita su medicina.

A Clara le pareció que recalcaba la palabra “señorita” para señalar que se trataba de un parto ilegítimo, que aquella jovencita carecía de esposo y el fruto de su amor no debía mostrarse a la luz del día.

—Me quedaré —susurró Clara a la infeliz—. ¿Cuál es su nombre?

—Ester.

Un nombre corto y sencillo. Por toda respuesta, Clara oprimió su mano en señal de apoyo.

El trajinar de la monja siguió durante un buen rato. Iba y venía con pericia, como si toda la vida hubiese hecho las veces de comadrona y Clemencia la hubiera asistido desde el principio de los tiempos. Una y otra se entendían a la perfección, sin palabras. El aire de la habitación, caldeado por los vapores del agua caliente y el sudor corporal, se hacía irrespirable. Era comprensible que la muchacha se ahogase y a menudo la acometiesen náuseas que ella reprimía con estoicismo. Por fin, Sor Angustias acabó de limpiar al bebé y colocó su cuerpecito arrugado sobre el regazo de la madre.

—Acá tienes, aliméntalo —le indicó sin mirarla.

Luego, molesta por tener que cuidar las formas ante aquella novicia entrometida, hizo una señal a Clemencia y ambas se retiraron por la puerta que daba a los pasillos del convento.

—Queda a su cargo, Clara —fue lo último que dijo, antes de que se la tragase la penumbra.

La novicia no demoró un segundo en ponerse de pie, abrir el ventanuco y acercar la lámpara de aceite al jergón, para que tanto ella como Ester pudiesen apreciar el estado del recién nacido. El fresco nocturno comenzó a disipar los malos olores y secó la transpiración que abotagaba el rostro de la madre, que con delicadeza cubrió el cuerpo de su hijo con parte de la sábana, para que no se enfriase. El bebé boqueaba, apretando los ojos con furia, como si quisiese volver al seno materno.

—Es precioso —murmuró Clara.

—Mi pobre y bello hijo. ¿Qué será de él?

—Ester, ahora que estamos a solas, deberá decirme por qué teme que le arrebaten a su hijo. ¿Acaso no hay nadie que pueda darle abrigo?

En la mente de Clara desfilaban innumerables personajes sociales, influyentes y poderosos como para hacer y deshacer a su antojo. También ardía en deseos de preguntar quién era el padre, y si sabía que un retoño de su savia había llegado al mundo.

El recuerdo de su reciente penitencia, impuesta por hablar de más, se lo impidió.

—Es hijo de mi tutor —le confió Ester, brindando de manera inesperada esa información.

Clara disimuló el horror que ese dato le produjo. Era una bajeza imperdonable que un hombre abusara de quien se encontraba a su cargo. A menos que cumpliera con las leyes y contrajese matrimonio con su pupila, algo que no obstante provocaría murmullos en los grupos sociales.

—¿Le ha prometido matrimonio?

Los ojos oscuros, dilatados por el dolor físico y la pena del corazón, se clavaron en los celestes de la novicia.

—Está casado, y con una buena mujer que nada sabe de esto. Ella, Dios la guarde, sería la primera en ayudarme.

—Tal vez esa señora debería conocer las circunstancias, Ester. Y obligar a su esposo a cumplir con su hijo del mismo modo que lo hace con sus otros vástagos.

—Oh, ellos son ya mayores. Después de todo, ¿qué me espera? Sólo quiero evitar que mi pequeño caiga en manos despiadadas. Por favor —volvió a suplicar—, le ruego que se lo lleve de aquí. Usted no está ordenada —observó contemplando el color del velo—, y le será más fácil salir a visitar a su familia. No quiero que se lleven a mi bebé sin saber de su paradero.

Clara no le dijo que ella también estaba sola en ese país, ni que la única persona que le quedaba de su familia se hallaba muy lejos. Prefirió consolar a la joven madre

prometiendo velar por el niño que aún no tenía nombre.

—¿Cómo lo llamará?

Ester dulcificó su expresión al contemplar al bebé. Era fuerte, movía los bracitos con los puños apretados y sorbía el calostro materno con fruición, haciendo groseros ruidos que provocaron sonrisas en ambas mujeres.

—Es todo un luchador —dijo la madre con orgullo—. Lo llamaré Alfonso.

—Un nombre de rey —contestó Clara, feliz—. Y le dirán Alfonsito hasta que crezca.

—Sí, pero... ¿quién se lo dirá?

Había tanta desolación en el tono de voz que Clara tragó saliva con esfuerzo.

—Dígame a quién debo ver para solicitar que se haga cargo del niño y de su madre también.

Ester sacudió la cabeza.

—No, eso es imposible. La condición de mi tutor impide que se sepa de Alfonsito. Y yo no quiero destruir la vida de su esposa tampoco. Mi temor es que él pretenda ocuparse en persona y tome una mala decisión. Por eso le pido que lo lleve con alguien de su familia. Sin duda ha de ser gente buena, si han tenido una hija como usted. La fortuna no me importa, Alfonso sabrá hacerse de una cuando le llegue el momento, sé que así será. Sólo quiero sacarlo de la influencia del padre. Es un hombre de mal genio. Y no me quiere, me detesta. Soy un lastre que debe cargar, pese a la promesa que hizo a mi padre de velar por mí cuando él ya no estuviese. Eran socios, ¿sabe? En el comercio de ultramarinos. No sé por qué mi padre, si lo conocía tanto, lo convirtió en mi tutor. Pobre papá, tan simple y bueno, él nunca desconfiaba de nadie, por eso lo estafaron en sus negocios. Quién sabe, quizá hasta mi tutor lo haya engañado.

La mirada de Ester se perdió en la oscuridad que asomaba por el hueco de la ventana, donde las estrellas punteaban con nitidez.

—Qué hermosa noche... —murmuró—. La noche en que nació mi hijo. Bendígalo, Hermana.

Ofreció la cabecita para que la novicia dibujase en ella la señal de la cruz. Los dedos de Clara recorrieron con suavidad la pelusa que la cubría y, antes de bendecirla, dejó un beso en la coronilla de Alfonso.

—Yo te bendigo, Alfonsito, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ester parecía satisfecha.

—Sé que no ha tomado los hábitos, pero Dios ve en las intenciones de las personas buenas, y nadie mejor que usted para interceder por mi bebé ante Él.

La joven madre lucía exhausta, y Clara comenzó a acomodar el lecho para que durmiese el sueño reparador. Clemencia había quitado las sábanas manchadas con pericia de enfermera, de modo que se limitó a esponjar la almohada y a airear la cama, sacudiendo la manta raída. Mientras lo hacía, canturreaba una nana para Alfonsito, deseosa de que el niño se sintiese feliz en sus primeras horas en el mundo.

Dios sabía que esa fortaleza le sería necesaria, pobrecito, con una madre desamparada y un padre indiferente.

—Es usted muy buena, Clara. Una santa —alcanzó a murmurar Ester antes de desplomarse en un sueño profundo.

La novicia ordenó los trastos del cuarto para darse el tiempo de vigilar un poco. Apiló los trapos limpios sobre la mesa, avivó el pabilo de la lámpara y puso las botellas sobre el estante. Destapó algunas y aspiró el olor penetrante de los ungüentos y las sales. Disfrutaba distinguiendo los medicamentos. Le habría gustado atender a los enfermos desde la posición de médico, en lugar de asistirlos sólo como acompañante espiritual.

Ésa había sido la primera pelea con su padre. El doctor La Rochelle no vio con simpatía la inclinación de su hija hacia la medicina, que sin duda heredaba de él. Planeaba para Clara un matrimonio provechoso y una vida apacible en la plantación junto a un esposo indulgente que le diese el lugar que a una dama correspondía. Rechazó de plano la pretensión de Clara de asistir al Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra, en Boston, nacido del movimiento pionero de la doctora Elizabeth Blackwell. ¿Por qué su padre no veía que una mujer podía hacerse de una profesión y un futuro también?

—Te labrarás una vida de desgracia, hija —le había dicho con autoridad—. No lo permitiré. Las mujeres que penetran en el mundo de los hombres son infelices y hasta degradadas.

De nada sirvió que Clara le mencionase un buen número de mujeres que se destacaban en diversos ámbitos masculinos, con la aprobación de sus esposos o padres.

—Ésos no son hombres de verdad, Clara —porfió el padre—. Son falderos.

Frente a ese criterio, poco quedaba por decir. La joven se sumió en una insatisfacción que marcó su vida a partir de entonces, y si bien continuó frecuentando los bailes y cotillones de la sociedad criolla de Virginia, y hamacándose en la tibieza del porche en compañía de las esclavas de Bellaflor, la semilla de la discordia acababa de echar raíces.

El padre de Clara tampoco autorizó la postulación de su única hija al convento, y por ende se negó a pagar la dote exigida. Clara pudo cumplir con ese requisito gracias a que disponía de la herencia de su abuela, que en su lecho de muerte prometió la donación. Y luego aquella monja nazarena se apresuró a acompañarla a la oficina del notario, a fin de formalizar la promesa. Ante esa jugarreta, el doctor La Rochelle juró desheredarla si persistía en la decisión, y al comprobar la terquedad de Clara la expulsó de Bellaflor. Claramaría no se lo perdonó jamás.

Aquella fue la segunda gran pelea con su padre.

Ester y Alfonsito dormían. Podía escucharse el leve ronquido de la madre. Clara depositó un beso en la cabecita del bebé y salió de puntillas. Volvería más tarde, después de hablar con la abadesa. Las campanas de San Francisco dieron las doce

cuando traspasó el umbral de la secretaría.

—Con permiso, Madre. ¿Me solicitaba?

La abadesa se apresuró a cruzar sus manos sobre el pliego de papel de Manila que estaba leyendo a la luz de un velón.

—Adelante, hija. Sé que no son horas de desvelo, deberás disculparme.

—Oh, nada de eso, Madre. Estaba rezando para expiar mi falta, y cuando usted me llamó acababa de completar la serie.

La abadesa se mostró confundida.

—¿Tu falta?

—Hablé de más después de la Sexta.

La monja compuso un gesto conciliador.

—Bien, aunque en el almuerzo debe reinar el silencio, no es tan grave deslizar algún comentario sobre la lectura de rigor.

—Es que Sor Manuela se había atragantado con un hueso de pollo, Madre, y no quería interrumpir a la Hermana que leía el testamento de Santa Clara. Fue por eso que me levanté y ensayé con ella el ejercicio de los omóplatos. Al parecer, algunas Hermanas rieron y la lectora se molestó. Con justa razón —agregó de inmediato Clara.

La abadesa levantó una mano para detener la catarata de explicaciones que se avecinaba y dijo, contundente:

—Hiciste bien, hija, si acudiste en ayuda de una Hermana a pesar de la Regla. Creo que ni la mismísima Santa Clara podría objetarlo.

—La penitencia me ayudó de todos modos, Madre.

—Te he llamado por otro motivo, Claramaría —y la abadesa recalcó el nombre de la joven, pues lo que iba a decirle tenía que ver con la vida profana más que con la conventual—. He recibido una carta de Norteamérica, de la casa de tu padre en Virginia.

El rostro de Clara se tornó de cera.

—Lamento decirte que las noticias no son buenas. Tu padre se encuentra enfermo, y ha solicitado por ti.

—¿Por mí? —balbuceó la novicia.

—Sabes que es norma leer todas las cartas que entran o salen del convento, así que tuve que enterarme también del disgusto de tu padre con esta decisión de tomar los votos. Veo que hice bien en demorar tres meses más tu postulante y en no autorizarte a dejar el noviciado aún. Tu maestra me ha dicho que estás preparada, sin embargo creo que la ruptura con el mundo debe ser completa antes de entregarse a Dios. Entiendo que Él te pone a prueba al enviarte la oportunidad de regresar y hacer las paces con tu padre.

La voz de la abadesa se tornó más autoritaria a medida que hablaba, demostrando a Clara que aquél no era un asunto a discutir. La joven tragó saliva con dificultad. Saber que su amado padre estaba enfermo era la peor noticia que podrían haberle

dado. Ella se había marchado de Bellaflor con la intención de jamás regresar, pero en aquel momento el doctor La Rochelle estaba en su plenitud, vigoroso y dedicado a la profesión, y Clara no pudo imaginar que ese estado de cosas variaría tan pronto. La malhadada guerra civil padecía entonces sus últimos estertores, y se avizoraba que el país sería organizado por los yankees. El futuro se había convertido en un vasto campo donde ella podía por fin realizar su sueño de velar por los desamparados y cumplir, aunque de otra forma, su anhelo de curar. Era tan joven cuando partió de casa... La tozudez de su padre fue el empujón que sus ansias necesitaban. Clara no había mirado atrás, y ahora el pasado le enrostraba su pecado.

De súbito, comprendió algo que hasta ese momento no se le había revelado: ella había querido ayudar al prójimo sin advertir que la primera misión era su propio padre. Había fallado. ¡Cuánta razón moraba en las palabras de Cristo! Sólo se diferenciaba del hijo pródigo en que no había pedido su parte de la herencia. Por lo demás, había abandonado a su padre como aquél. Pero si Dios, en su sabiduría infinita, le otorgaba la oportunidad de volver a los amados brazos paternos sabría cumplir con creces, y sin importar el tiempo que le llevase convencería a su padre de la autenticidad de su vocación.

Una oleada de amor y compasión inundó su pecho y le iluminó el semblante.

—Estoy dispuesta a cumplir la voluntad del Señor.

La abadesa estudiaba con atención los cambios producidos en el rostro de la joven desde que conoció la noticia: dolor, culpa, reproche, resignación, alegría. ¡Sabría Dios qué estaría pasando por su cabeza en ese breve lapso!

La Madre Encarnación transitaba su tercer año de directora de la Orden de Nazaret en el Río de la Plata. Pronto el Vicario las reuniría para elegir a la nueva abadesa, y sospechaba que si la favorecida era Sor Angustias, la Regla se impartiría con desusado rigor y la vida conventual se tornaría insoportable. Tres años antes, la elección había resultado empatada, y la llave de la Orden fue para ella debido a que era la más anciana de las dos. Ahora, si volvían a empatar, Encarnación renunciaría para dedicarse a la vida contemplativa. Hacía mucho que anhelaba dar ese giro en su conciencia. Y le apenaba que Claramaría padeciese bajo el carácter rígido de aquella Hermana que entendía la profesión de fe como un martirologio. En su fuero íntimo, le alegró tener la oportunidad de alejarla a tiempo. Le había tomado real cariño a la joven aspirante.

—Creo que podremos arreglarlo en una semana —dijo, tratando de no parecer entusiasmada—. Tu... padre te envía el dinero para el pasaje y algo más para gastos de menudeo.

—¡Una semana! —se sorprendió Clara—. Tendré que resolver mis asuntos.

—¿Qué asuntos, hija? —y la Madre Encarnación remitió sus manos en las anchas mangas del hábito, una costumbre que indicaba su disposición a escuchar.

Clara se turbó. Ella no podía mentir, ni tampoco confiar el pedido de la pobre Ester a la superiora del convento así, de buenas a primeras. Debía asegurarse de que

la voluntad de la joven madre se cumpliera, y ahora sólo disponía de un lapso corto para hacerlo. El pequeño ni siquiera había bebido su primera leche materna. ¿Qué hacer?

La faz de la abadesa, suavizada por la luz amarillenta de la vela, se le presentó como un espíritu bondadoso que la incitaba a sincerarse, y a punto estuvo de flaquear, cuando una ráfaga proveniente del patio adelgazó la llama y dibujó sombras en aquella mirada aguda que la contemplaba.

—Debo despedirme de los niños del asilo —arguyó, y supo que no mentía al decir eso.

—Por supuesto. Ellos te extrañarán, al igual que las Hermanas. Y me incluyo, Clara.

—Tomaré esta salida del convento como una oportunidad para la reflexión, Madre.

—Me parece muy sensato. Te concedo dos semanas, entonces, para que puedas asistir al Capítulo de Culpas antes de partir.

Clara pensó que era muy atinado, debería confesar todas sus culpas ante la comunidad de las monjas y en pocas horas ya había acumulado varias. Con suerte, para entonces habría podido dejar a Alfonsito con las personas adecuadas.

—Una cosa más, Clara.

La novicia se volvió con las manos juntas en señal de ruego, un gesto que capturó la atención de la abadesa.

—Saldrás del convento como entraste, con tus ropas civiles. Entiende que este tiempo es un paréntesis en tu noviciado, y como aún no hiciste los votos temporales, puedes tomar lo que la vida te ofrezca. Ten, la carta de tu padre. Ve con Dios.

Claramaría apretó el papel castaño en su mano crispada y se despidió de la superiora con el semblante ensombrecido de preocupación. Recién entonces la abadesa dejó a la vista el crespón negro que cruzaba la esquina de la segunda carta dirigida a Clara. En el correo se habían acumulado las dos misivas, y la segunda confirmaba lo irremediable. Suspiró, algo arrepentida. Luego pensó que había hecho bien al disfrazar la noticia, era preferible que la joven se preparase para lo peor durante el viaje. Por otro lado, era la excusa ideal para que abandonase el convento de una vez. Hubiera sido difícil negarle los votos cuando ya llevaba cumplidos sus buenos meses de noviciado sin otra mancha que ese carácter tierno y locuaz. Claramaría La Rochelle no sería la única que debía acogerse al Capítulo de Culpas del domingo.

Clara dio un rodeo para pasar por el Pabellón de las Acogidas otra vez. Quería comprobar que la madre y el niño estuvieran bien, y apurar los arreglos, dadas sus nuevas circunstancias. ¡Qué rápido podía cambiar el destino de una persona! Bastaban una carta y un corazón arrepentido.



Encontró a Ester dormida con Alfonsito ovillado en su regazo. La llama de la lámpara agonizaba y Clara abrió la mecha para dejar pasar más aceite. El resplandor anaranjado parpadeó, creando sombras fantasmales sobre los muros. Alguien había cerrado la ventanita. Clara recorrió el cuarto en busca de pruebas de esa otra presencia, y halló que la pila de pañales había disminuido en su altura, y que algunos botellones faltaban de la botica. Quizá Sor Angustias había debido asistir a alguna enferma. “O a otra parturienta”, escuchó decir a su propia mente. Esa idea repentina la llenó de resquemor. Nunca había nacido ningún bebé en aquellos claustros, y si alguna vez una madre joven pedía ser acogida, con dulzura se la enviaba a las Damas de la Beneficencia, que se ocupaban de conseguirle una vivienda donde pudiera trabajar sin desprenderse de su hijo. Era la regla de las Hermanas contar con el apoyo de aquella institución, así como acudir cada vez que se las requiriese en alguno de los pabellones del Hospital de Mujeres o de la Casa de Niños Expósitos. ¿Por qué el caso de Ester era distinto? ¿Acaso la indignidad de su tutor exigía que se la protegiese? Y si era así, ¿por qué la muchacha se mostraba remisa a contar con las Hermanas? Había un misterio en todo eso, y Clara no descansaría hasta averiguarlo.

—Ah, ahí está.

Ester había despertado y la miraba con una sonrisa. Se la notaba aliviada, sin duda le habrían suministrado unas gotas de láudano.

—Me alegra que hayáis descansado.

—¿Pensó en lo que le dije, Hermana?

Clara se sentó en un taburete junto a la cama.

—Mucho. Y temo que se nos ha puesto difícil resolver este problema, ya que debo partir en pocos días a mi hogar en Norteamérica.

—¡Norteamérica! —gimió Ester, desolada.

—No se aflija, hallaremos el modo de ubicar a Alfonsito y de mantenerlo cerca de usted. Mañana mismo iré a la Casa de Expósitos para hablar con alguna de las señoras que la inspeccionan a diario.

—Pero yo no quiero que él esté allí, y menos si usted va a irse tan lejos. ¿Quién podrá identificarlo cuando lo quiera ver? Y esas señoras... ¿Cree que me dejarán visitar a mi bebé? ¿Quién lo amamantará? —sollozó la joven madre.

Clara se sintió desmoralizada. Sabía que era costumbre dejar a los bebés con alguna seña: una media medalla, algún mensaje o mantilla que sirviera de identidad por si la madre lo solicitaba luego, pero sabía también que eran muchos los casos en que esas señas se iban con el niño, cuando alguna familia caritativa lo adoptaba o lo llevaba como criadito, al cumplir la edad adecuada.

—Ester, es imprescindible que sea sincera conmigo, para poder decidir con sabiduría. La vida de Alfonsito depende de ello. No le pido que me diga el apellido del padre, pero exijo que me cuente las circunstancias que impiden que ese señor se haga cargo de su hijo, aun a escondidas de la sociedad.

Ester cerró los ojos e inspiró hondo antes de empezar a hablar. Su voz sonaba

monótona, cansada de devanarse la sesera con ese conflicto.

—Mi padre me crió con mucho amor después de que mi madre nos abandonó. Ella no estaba bien de la cabeza —se apuró a agregar—, pero creo que era una mentira que él mismo se contaba para convencerse de que había alguna razón para la conducta de su mujer. Yo era muy pequeña, aunque llegué a conocerla lo suficiente como para recordar que no se conformaba con lo que mi padre ganaba en su negocio. Envidiaba la suerte de otras mujeres mejor casadas que disfrutaban de más lujos. Recuerdo haberla oído reprochando a mi padre lo que ella consideraba “privaciones”. Esa palabra no significaba nada para mí entonces. Ahora me pesa que la abuela de mi hijo no haya sabido valorar la familia que formábamos.

—Ester, su madre se ha perdido de haberla visto crecer y de conocer a Alfonsito, eso es suficiente castigo para ella.

Ester suspiró, antes de retomar el relato.

—Quizá, si es que a ella le importara saberlo. Yo era feliz con el amor de mi padre y sus cuidados. Él se preocupó por educarme para que pudiese aspirar a un buen matrimonio —y el labio inferior de Ester tembló al mencionar el deseo paterno—. Hasta que cumplí los catorce, no supe lo que era padecer. Entonces fue cuando el socio de mi padre empezó a frecuentar nuestra casa. Parecía que siempre tenía algo que hacer o decir, a cualquier hora llegaba con regalos, diciendo que yo debía vestir como una niña de la buena sociedad. Mi padre se sentía incómodo, pero no atinaba a ponerle freno. Creo que él nunca pudo frenar las apetencias ajenas —reconoció la joven, mortificada.

—Su padre era un hombre de gran corazón.

—Eso sí. Dios le dé reposo a su alma y nunca sepa de mi infortunio.

—Que vino de la mano del socio de su padre.

—Exacto. Cuando él enfermó, su médico prescribió reposo y sobre todo, calma. El socio se hizo cargo del comercio y al poco tiempo las cosas empezaron a venirse abajo. Los cargamentos se perdían en alta mar, las ventas no daban ganancias, y mi... quiero decir, el socio de mi padre no encontraba razones. Decía que había más competencia y que otros comerciantes nos habían robado la clientela, debido a que mi padre ya no frecuentaba los depósitos ni podía tratar en persona las transacciones. Eso lo afligió mucho, siempre se responsabilizaba por todo y creo que se sintió culpable de haber quebrado la compañía. Yo misma me dejaba convencer por las protestas de ese hombre que no tuvo escrúpulos en invitarme a pasar una temporada con los suyos para alejarme del ambiente deprimente de mi casa. ¡No debí ir jamás!

El llanto sobresaltó al niño, que comenzó a gemir. Clara lo meció un poco hasta que se calmó, y luego tomó la mano de Ester entre las suyas, para consolarla.

—Lo hecho no tiene remedio, Ester, pero ahora está Alfonsito y él no es culpable de nada.

—Sí, sí, debo conseguirle un hogar decente. Por favor, Hermana, ocúpese de él, es todo lo que pido, no quiero nada para mí.

—Tranquila, entre las dos hallaremos la mejor solución. ¿Fue en esas desafortunadas vacaciones que su tutor se aprovechó de su inocencia?

—Oh, no, él es mucho más artero, tiende sus trampas para el futuro. Primero se aseguró de que mi padre, sintiéndose ya muy enfermo, le confiase su bien máspreciado: su hija. La esposa de mi tutor me había tomado bajo su protección, hizo de mí una dama de compañía, me llevaba hasta a las funciones de teatro, y gracias a ella conocí a mucha gente de alcurnia. Para lo que me sirve ahora...

Las palmaditas de Clara en su mano la incitaron a continuar.

—Doña... es decir, la esposa de mi tutor fue la más entusiasta a la hora de prometer cuidar de mí y hacerse cargo de mi educación. Puso a una institutriz reconocida sólo para educarme en las buenas maneras y darme algo de francés y de bordados. La recuerdo con cariño.

—¿Nunca sospechó la señora lo que su esposo se traía entre manos?

—Jamás. Es una dama muy devota y sensible, se ocupa sobre todo de la caridad, y sé que es muy apreciada en la alta sociedad por su desprendimiento a la hora de fundar instituciones o donar terrenos. Ellos tienen bastantes dominios en los alrededores.

Una idea desagradable comenzó a formarse en la mente de Clara, pero la desechó y siguió animando a Ester a desahogarse.

—Al fallecer mi padre, descubrí que había sido ella la promotora de la idea de ir a vivir con ellos. A decir verdad no me parecía mal, puesto que pasábamos gratos momentos, aunque la presencia de su esposo me turbaba. Él hablaba poco, todo lo decía mirando a su esposa. Y luego ella me transmitía sus deseos.

—Ester, no es necesario que ahonde en su pesar —le dijo Clara, conmovida—. Sólo dígame por qué no confía en las Hermanas para poner a salvo a su niño. Sería más fácil contar con su ayuda.

Ester giró la cabeza y miró a la novicia con dureza.

—Mi tutor es el principal contribuyente de la Orden a la que usted pertenece, Hermana. Él donó los terrenos para levantar los pabellones y deja buenas sumas todos los meses para las obras de Nazaret.

—Aun así, no será el único, hay muchos que donan sus bienes o nos favorecen en nombre de la piedad cristiana.

—Quizá no sea el único. Lo que me dijo cuando me encerró aquí, sin embargo, demuestra su complicidad con las monjas nazarenas.

Clara se turbó al oírle decir eso. Las sospechas anteriores volvieron a su mente. La celeridad de Sor Angustias, la sensación incómoda de que la atención de una parturienta no les era ajena, ni a ella ni a Clemencia, la ausencia de otras Hermanas que podrían haberse mostrado tan sorprendidas como lo estuvo ella al ver la situación, todo coincidía con ese malestar que fue sintiendo a medida que permanecía junto a Ester.

—Dígame lo que él le dijo —pidió, casi con autoridad.

—“Allá se encargarán de todo.” Eso fue lo que me dijo, para tranquilizarme. Y cuando llegué y vi la manera en que me recibían, como si me estuviesen aguardando, supe que mi tutor era cómplice.

—¿Cómplice de qué, Ester? Por Dios —exclamó Clara angustiada.

Las implicancias de esa confesión le resultaban imposibles de aceptar.

—Acá se encargan de quitarle a una los hijos, Hermana, para dárselos a otros o para venderlos, eso no lo sé bien, pero mi corazón me dice que Alfonsito debe salir de aquí de inmediato, aun si eso lo arranca de mi lado. Usted lo prometió. ¡Me lo prometió!

La angustia de Ester vibró a través de la mano que la sostenía, y Clara dejó a un lado el horror de la noticia para dedicarse a pensar en ambos, la madre y el niño. Había dado su palabra, y Dios era testigo.

—Duerma, Ester, así le vendrá la leche para el bebé. Yo velaré su sueño y después me ocuparé de todo. Confíe en mí, no los abandonaré.

Ester, agotada por el esfuerzo de hablar tanto y temerosa de que su hijo no tuviese la leche que necesitaba, obedeció sin réplica y cerró los ojos. Pronto se deslizó en un sueño afiebrado e inquieto que preocupó a Clara. Ésta rezó en voz baja y cabeceó un buen rato, hasta que decidió que era tiempo de retirarse a descansar. El día se anunciaba con una neblina gris en la tronera del muro, y ella debía actuar con premura.

Las antorchas acentuaban la lobreguez de los pasillos que conducían a los dormitorios monjiles. Allí reinaba la oscuridad húmeda de los calabozos, y en verdad las Hermanas vivían prisioneras de sus votos. Clara, que solía salir para asistir a los enfermos y a los huérfanos, encontraba cada vez más desagradable ese encierro.

Una vez en su celda, se dirigió hacia el baúl que dormía intacto desde su llegada al convento. En él se arrumbaba todo su pasado. Los goznes resistieron un poco antes de que las primeras prendas luciesen bajo el resplandor del candil. Desplegó un traje de bombasí y quedó hechizada en la contemplación de los volados que cubrían la pechera. Era de un tenue rosado, un color que en ese entorno resultaba irreal. Ella solía vestir de rosa, de melocotón, y hasta de refulgente plateado en las noches de fiesta de Bellaflor. Ese tiempo había quedado atrás, oprimido por los recuerdos de una falsa felicidad.

Desplegó el papel que llevaba en su bolsillo y leyó bajo la vacilante llama la letra puntiaguda. La sobresaltó descubrir que no era de su padre, sino de Mr. Matthew Langley, un abogado amigo que frecuentaba mucho Bellaflor desde el tiempo en que su madre vivía. Decía poco y nada sobre la enfermedad del doctor, sólo que *el bueno de Ambrose clama por ver a su amada hija, de quien un hado maligno lo ha separado*. La fecha era bastante antigua, la misiva debió de demorarse mucho en llegar a esas tierras del Plata. Clara se extrañó de que el notario supiese que ella se encontraba allí, en el convento de San Francisco; supuso que su padre habría hecho averiguaciones. ¿Y por qué Ambrose no le había escrito ni una sola línea?

Experimentó un dolor en el pecho al leer que él clamaba por verla. Toda su valentía se desmoronó como la hojarasca ante la certeza de que su padre la necesitaba. ¡Tan luego a ella, que estaba siempre disponible para cualquier desventurado!

Las lágrimas brotaron incontrolables y bañaron sus mejillas hasta mojar el papel y los vestidos del baúl. Lloró como nunca antes lo había hecho, ni siquiera en los peores momentos de la fiebre amarilla, cuando cerraba los ojos de los pobrecitos que no alcanzarían a hacerse hombres. Lloró como una niña desamparada, más huérfana que el día en que su padre la alzó con ternura y le dijo, mostrándole el camafeo con el retrato de su madre:

—Hoy ella vive adentro nuestro, mi querida, ya nunca estaremos solos.

¿Qué había hecho? En un raptó de rebeldía, dio la espalda a la única persona de su sangre que la amaba a pesar de su carácter distante, pues su padre se volcaba a los enfermos con la misma pasión que ella a sus necesitados. Ambos eran tozudos y se sacrificaban por sus ideales, a expensas de la propia salud y de la vida familiar. ¿Por qué no supo verlo entonces? Sin duda, había influido el temor de que la casaran con André Levillier, lo que todos esperaban. Ante esa amenaza latente, y con la prohibición de estudiar medicina como ella soñaba, la vida en Virginia se le representó insufrible. El viaje a Europa para acompañar a Memé fue su escapatoria, y a la muerte de la anciana la opción del convento le brindó la oportunidad de eludir aquello que no le gustaba.

Visto de ese modo, su vocación era tan falsa como la promesa de adorar a André en un altar. Lo único cierto era su anhelo de ayudar a los demás, curar dolores y apaciguar tristezas. Si no podía lograrlo como médico, lo haría como monja enfermera.

Por lo pronto, Dios le había presentado una prueba al ofrecerle a Ester y a su hijo para que se ocupase de ellos.

El resplandor lunar atravesó el agujero del muro y se derramó sobre el piso de la celda. Clara contempló extasiada la blancura que trepaba por las paredes hasta detenerse en el crucifijo que pendía de la cabecera de su cama. Era una miniatura bizantina que había pertenecido a su madre, lo único que se llevó de la casa, aparte de algunas ropas.

La imagen del Cristo refulgió con el brillo platinado de una joya.

Era una señal. Dios le estaba diciendo que iba por el camino correcto, sólo tenía que aceptar el breve paréntesis, como decía la abadesa, para templar su fe.

Clara sorbió las lágrimas y se arrodilló ante la imagen.

—Señor, haz de mí el instrumento de tu voluntad.

Con esa plegaria, su corazón volvió a sentirse liviano y su confianza se reavivó.

Viajaría a su tierra para reconciliarse con su padre, lo cuidaría con amor y permanecería todo el tiempo que fuera necesario para que él comprendiese su vocación. Renovaría sus votos sobre cimientos reales, sin sombras que los pusiesen en duda. Y antes haría la última obra que esa tierra le exigía: pondría a resguardo al

pequeño Alfonso y confortaría el corazón de su madre.

Con ayuda de la Virgen, todo sería posible.

En los fondos del convento de San Francisco y junto al Hospital de Mujeres se alzaba la Casa de Niños Expósitos, fundada en tiempos de la colonia y sostenida por los sucesivos gobiernos del Río de la Plata. La piedad era un asunto en el que estaban todos de acuerdo, hasta en los momentos más álgidos de la lucha política. Después de que el ministro Rivadavia arrebató la institución de manos de la Hermandad de la Santa Caridad de la iglesia San Miguel Arcángel para depositarla en las de las Damas de la Sociedad de Beneficencia, aquellas señoras habían dirigido la atención de los huerfanitos, salvo alguna que otra interrupción, con mano firme y maternal cuidado.

A Clara le constaba que la beneficencia y el prestigio social reunían a aquellas mujeres más allá de las diferencias que distanciasen a sus respectivos esposos.

“Una buena causa despeja todos los males”, pensaba.

Al llegar, sus ojos se posaron sobre el torno de madera de la fachada. Como tantas otras veces, leyó la inscripción labrada en la parte superior del nicho:

*Mi padre y mi madre me arrojan de sí, la Piedad divina me recoge aquí.*

Esa sentencia de San Vicente de Paul lograba conmoverla siempre, sin importar cuánto la leyese. Heredada de la primera Casa de Expósitos de Francia, la frase resumía el milagro del amor, capaz de transformar hasta el acto más repudiable en algo bello.

Clara tocó la medalla que reposaba en su hábito y atravesó el portal, saludando con familiaridad a las Hermanas del Huerto que encontraba a su paso. Esas monjas eran las encargadas de controlar a las amas de leche y de administrar la Casa. La novicia era una presencia tan familiar allí, que tardó bastante en llegar a las oficinas donde se atendían las cuestiones administrativas. Más de una vez se detuvo para entrar a un pabellón donde se aislaba a los que padecían enfermedades contagiosas. Desde que el doctor Manuel Blancas se hacía cargo de la dirección, las medidas preventivas y de higiene habían mejorado de manera ostensible.

—Buen día, Hermana Clara.

Pilarita Gómez Riera le sonreía desde el interior de la oficina. Clara se alegró de encontrarla, pues de todas las damas que inspeccionaban a diario la Casa era la más accesible y simpática. Descendía de la benemérita Lucía Riera de López, esposa de Vicente López y Planes y madre de Vicente Fidel López. Y al igual que todos, llamaba “hermana” a Clara, sin importar que aún no hubiese hecho sus votos. Era la costumbre.

—Buenos días tenga usted y la Virgen la ampare, doña Pilarita. ¿Qué tal va todo por aquí?

Clara se sentó con soltura en una silla al otro lado del escritorio y aguardó el informe.

—Pues malas tenemos hoy con este tiempo húmedo que afecta los pulmones de los más chiquitos, sobre todo de los peor alimentados. El doctor está haciendo su ronda desde temprano.

—Dios quiera que no encuentre casos de tisis.

—Ya sabe cómo es él, no descansará hasta dar todas las indicaciones pertinentes y volverá más tarde para verificar que se hayan cumplido.

—Es un hombre santo.

Pilarita sonrió con indulgencia.

—Es un hombre hecho y derecho, con una vocación formidable. Por fortuna, tiene discípulos en la Facultad de Medicina que lo secundan.

Clara pensó en lo que daría por ser uno de esos discípulos.

—¿Y cuántas amas hay? —preguntó, para ir acercándose a su objetivo.

Doña Pilarita revisó los papeles que reposaban junto a su mano y contestó:

—Hoy son doscientas cincuenta, entre las de leche completa, media leche y despecho. El doctor Blancas está revisando su estado de salud también, quiere dejar asentado el informe antes de fijarles el salario. Además, el presidente Sarmiento ordenó que nuestra Casa envíe un detalle del movimiento de los internos al Departamento de Estadísticas y a la Legislatura. Todo ese papeleo nos tiene muy ocupados en estos días.

Clara midió la conveniencia de atacar con su tema.

—Pese a tanto ajeteo, siempre tienen sitio para un nuevo caso. Me pregunto si será posible que un recién nacido permanezca durante un tiempo, pues la madre está convaleciente pero no desea deshacerse de él, sólo dejarlo a cargo de alguien hasta resolver su situación.

—Tenemos casos así —repuso Pilarita frunciendo el entrecejo—. Aunque en el pasado se planteó la inconveniencia de exponer a los niños a esos vaivenes de las familias, el mismo Sarmiento resolvió que debía analizarse cada caso en particular. Y lo hizo de común acuerdo con el doctor Vélez Sarsfield, de modo que sí, Hermana, podemos ocuparnos de ese bebé hasta que su madre se reponga. Supongo que no habrá reserva de identidad, puesto que no recurrió al torno.

Clara carraspeó, buscando el modo de decir lo que Ester aún no le había aclarado del todo.

—Por lo que a la madre se refiere no, en cuanto al padre...

—Entiendo.

Doña Pilarita cruzó las manos sobre la carpeta del escritorio y una enorme amatista despidió un destello violáceo en ellas.

—Traiga a ese niño y dígame a la madre que se mantenga en contacto con él, pues no puedo garantizar que, pasado cierto tiempo, no sea pedido en adopción por alguna familia pudiente. Llegado ese punto, la Casa representa la tutela del gobierno, entienda usted eso.

Clara lo sabía. Los más pequeños solían ser requeridos, mientras que los

mayorcitos aguardaban más tiempo, y si la adopción nunca se concretaba, algunos quedaban allí para siempre, formando parte del plantel de la institución. Ella ignoraba qué suerte correría Ester al dejar San Francisco, así como si el padre de Alfonso querría mantenerla en la infame condición de querida pese a lo sucedido. Si por Clara fuese, habría solicitado de la Madre Encarnación el permiso para que Ester residiese como acogida en el convento, pero sospechaba que la joven había ocultado la verdad de sus amores con el tutor, y no podía responder por ella. Se ocuparía del niño y dejaría a la Providencia y a la sabiduría de los doctores la decisión final.

A punto estaba de contestar cuando la puerta se abrió y un grupo de gente ocupó el reducido espacio de la secretaría. Un hombre de barba y bigotes entrecanos que contrastaban con el abrigo oscuro que llevaba se aproximó al escritorio seguido de otros tres de guardapolvo blanco.

—Doña Pilar, le ruego que asiente un caso de difteria.

La palabra sonó cual campanazo de alerta en los oídos de ambas mujeres. El doctor Blancas había sido el primero en detectar la difteria en niños, y su ojo clínico era infalible.

—Ya ordené el aislamiento en el pabellón de infecciosas, pero aun así hay que extremar los cuidados, aislar también al ama de cría y a las misioneras que se ocupen del caso. Con dos de ellas bastará, no quiero alterar en demasía lo que tenga dispuesto.

Clara lo contempló con admiración. Pese a la gravedad del asunto, el médico obraba con serenidad, no deseaba alborotar a los que se ocupaban de la institución, si bien todos sabían de la peligrosidad de ciertos males. La Casa funcionaba también como hospital, y desde que los directores eran médicos se había avanzado mucho en la organización del edificio. Las damas benefactoras los secundaban y cumplían sus órdenes a rajatabla.

—Lo que más me preocupa es el tiempo que esta niña haya estado en contacto con otros, ya que tiene cuatro años y jugaba en el patio mientras incubaba la enfermedad. Los síntomas se manifestaron de súbito, aunque es probable que haya entrado ya enferma. Es una huérfana del Paraguay. Quizá hasta haya atendido yo mismo a sus padres durante el traslado de los heridos a Buenos Aires.

El doctor se quitó los lentes y los limpió con su pañuelo, en un gesto mecánico de resignación ante el sufrimiento que le tocaba ver a diario. Él había socorrido a las víctimas de las epidemias de cólera en Buenos Aires y también a las de la reciente guerra.

Se fijó en los luminosos ojos celestes de Clara.

—¿Ha venido a ofrecerse como voluntaria hoy, Hermana?

Ella le brindó una de las sonrisas que prodigaba sin reparos.

—Ojalá, doctor. Voy y vengo cuando puedo, pero estoy a punto de emprender un viaje y mi intención era asegurar la estadía de un recién nacido. Me temo que su madre no tiene suficiente leche, y además está en precaria situación.



El doctor Blancas meditó un instante.

—¿Tiene peso adecuado el niño?

—Es muy pequeño —dijo Clara, dudosa.

—Preferiría no exponerlo en este momento. Pilarita —agregó, dirigiéndose a la dama con familiaridad—, vea usted si disponemos de un ama de leche externa que pueda asistirlo.

—Enseguida, doctor.

La mencionada se levantó de prisa y salió de la oficina en busca de una mujer que pudiese amamantar al nuevo sin necesidad de sacarlo del regazo materno. El doctor Blancas era partidario de fortalecer el vínculo entre madre e hijo, pues eso disminuía los abandonos, y aunque las madres, empujadas por la necesidad, no pudiesen hacerse cargo, al menos no cometerían el pecado que las perseguiría durante toda su vida. Era preferible recibirlas mientras la Casa cuidaba de sus pequeños que cortar el lazo que las unía a ellos.

—Todo se solucionará —dijo Manuel Blancas a Clara con una sonrisa que distendió su rostro anguloso.

—Con la ayuda de Dios, doctor.

—Permiso, Hermana, volveré al pabellón para seguir mi ronda.

El director salió, seguido de sus discípulos, que pisaban con veneración la huella que dejaba. Clara contempló a la comitiva hasta que dio la vuelta al pasillo embaldosado. ¡Cómo hubiera querido decirle a ese hombre bondadoso que ella anhelaba aprender medicina y dedicarse, como él, a los necesitados! La tristeza la invadió de nuevo. La aguardaba otra dura prueba: convencer a su padre enfermo de que la profesión de monja era una realidad en su vida.

Y en el intento, convencerse a sí misma.

El arreglo con la Casa de Niños Expósitos funcionó, y Alfonsito prosperó de modo notable con la leche del ama, que demostró ser gruesa y nutritiva. Se decía que los males de la nodriza pasaban al niño junto con su leche, y por esa razón las familias pudientes elegían muy bien a quien sustentaría a sus hijos. Clara no encontró nada de malo en la voluminosa mujer de sonrisa ancha y manos suaves. También Ester congeniaba con la nodriza, y supervisaba cómo su hijo tomaba de otra lo que su cuerpo agotado no podía darle. De todas formas, el ama le aconsejó que lo pusiese al pecho, para que lo poco que succionase le sirviese de consuelo.

—Así nos dice el doctor —aseveró con orgullo—, que debemos fomentar la teta de la madre, por poco que le dé al niño.

Y se echaba a reír con ganas, contagiando a Ester y a Clara, que compartía a menudo esos momentos, más por vigilar que por otra cosa. Desde que la sospecha se infiltró en su pecho, le costaba dejar a solas a Ester. A mediados de la segunda semana, se lo hizo saber con delicadeza.

—Ester, va llegando el día de la despedida, y debemos decidir si saldrás de aquí solicitando un trabajo en la Sociedad de Beneficencia o si volverás a la casa del socio de tu padre.

Clara no quería mencionar la palabra “tutor”, que le resultaba indigna en cabeza de ese hombre. Ester se ruborizó al contestar:

—Debo regresar, o él me buscará donde sea. Además, su esposa me quiere, y sería injusto dejarla así, sin una explicación que por otro lado no puedo darle.

—Ya sabes lo que pienso al respecto —arguyó la novicia.

Desde que llegó la nodriza, ambas mujeres se trataban con más confianza, habían creado un vínculo entre ellas. Y Ester conocía bien la postura de Clara con respecto a reunirse de nuevo con su tutor.

—Pon una mano en el corazón y dime con sinceridad si vuelves a ese hombre por tu voluntad o por miedo, Ester. Porque si estás asustada, podemos recurrir a...

—No, no —y la joven madre la tomó de las manos con fuerza inusitada—. Clara, quiero que sepas cuánto agradezco todo lo que hiciste. Me devolviste la fe en el futuro de mi hijo. Lo mío es harina de otro costal. Yo debo mucho a esa familia y no puedo huir como una vagabunda. También quiero que sepas que... que...

—Que te diste a él por tu propia voluntad. ¿Es eso lo que te atormenta, Ester?

La joven balbuceó algo inaudible y luego el llanto brotó, tibio y manso, mojando el borde de las sábanas que apretaba convulsivamente.

—Entonces, fue así que concebiste a Alfonsito. Y no quisiste reconocerlo por miedo a ser rechazada. ¿Es eso? Ester —y Clara la obligó a mirarla de frente—, el Señor conoce tus pensamientos y tus razones, de nada vale que finjas ante Él. Sabe que tuviste una debilidad, favorecida por la muerte de tu padre, y que eres buena madre. Falta que tomes la decisión correcta, por ti y por tu hijo. Conozco familias que podrían albergarte como criada, si me lo permites, y así conservarías al bebé contigo.

—No. Estuve pensando mucho, y cualquier casa porteña sería una comidilla si me viesen con mi hijo. Les costaría poco atar cabos al saber que soy la pupila de un reconocido caballero y me veo obligada a mendigar un techo. Ya lo he decidido, Clara. Debemos buscar a Esperanza.

Ante la mirada interrogante de la novicia, la joven prosiguió, más resuelta:

—Es mi antigua institutriz, la que la señora me puso cuando fui a vivir con ellos. Fue dulce y paciente conmigo, y sé que tiene cierto prestigio en las casas donde se empleó. Por su edad ha de estar retirada, pero sin duda podrá saberse adónde vive y pedirle este inmenso favor de ocuparse de mi niño mientras me repongo. Luego, podré salir de paseo cuantas veces quiera y visitarlo. No sería la primera vez que ocurre algo así y una madre se ve obligada a vivir lejos de su hijo natural. Hay mujeres casadas que concibieron hijos ilegítimos... —y de pronto calló, al darse cuenta de la enormidad que estaba diciendo.

Clara la contemplaba con los ojos dilatados de pena.

—No eres de esas mujeres, Ester.

—Aun así, quiero que Esperanza se haga cargo de mi hijo. Hasta que yo resuelva mi situación, al menos. Hay otra cosa, Clara, que no te he dicho.

La novicia suspiró, preparándose para lo peor.

—Mi tutor administra mis bienes. Él no dejaría que tomara nada sin su autorización, y la única manera de sacarlo de mi vida es contraer matrimonio con alguien.

—Una mala decisión para tapar otra —respondió con acidez Clara.

—Él sólo espera que me deshaga de Alfonsito. Ni siquiera ha venido a conocerlo —respondió amargada la joven.

—Dios bendito —susurró Clara conmovida—. ¡Estás enamorada de ese hombre!

Ester enrojeció y esquivó la mirada de la novicia. Una muchacha caprichosa había tomado el lugar de la doliente madre a la que Clara asistió desde el principio. Al reponer fuerzas y ver prosperar a su bebé, Ester empezaba a elucubrar razones de conveniencia.

—¿Cómo puedes quererlo si no le importa nada de ti ni de tu hijo?

Se arrepintió de inmediato. Ella no debía juzgar ni tampoco herir. Su papel era el de consolar y asistir.

—Está bien —dijo enseguida, con aire ausente—. Veremos dónde encontrar a esa tal Esperanza. Dime su apellido y cualquier otro dato que sirva. Las Damas de la Beneficencia conocen a todo el mundo y no les extrañará que pida por una antigua institutriz.

Ester sonrió y, por primera vez, la novicia vio en esa sonrisa algo diferente al amor materno.

Esa noche Clara rezó mucho por Ester y por Alfonsito, y a la Virgen en especial le rogó que protegiese al niño. Pidió con vehemencia que desde el cielo bajase la solución que mejor conviniese, ya que su maestra de la fe le había enseñado que a Dios hay que pedirle que haga su voluntad y no imponerle la propia. A la madrugada se despertó para unirse a las plegarias de las monjas de clausura. Sentía que todas las oraciones del mundo eran necesarias para resguardar el alma de una madre empeñada en continuar pecando.

Ester tocaba con reverencia la coronilla de su hijo, allí donde conservaba la blandura del nacimiento. Acarició la línea de sus cejas, la curva de las orejas enrojecidas por el roce de la sábana, y sopló sobre su diminuta nariz, sonriendo al ver que reaccionaba frunciendo su boquita rosada. Alfonsito prometía ser un niño hermoso, tal como su padre, de finos rasgos aristocráticos que a ella la habían conquistado desde el principio. Su tutor poseía la prestancia que da el prestigio social, y Ester, muy a su pesar, se había dejado arrastrar por esa indolente amabilidad culta y caballerosa. Ella, que desde pequeña se sintió al margen de la vida elegante debido al sufrimiento de su padre y a las dificultades económicas, había encontrado la oportunidad de frecuentar otros ambientes de la mano de ese hombre seductor que la

colmaba de regalos. Si bien no mentía al llorar su arrepentimiento, esas lágrimas se mezclaban con otras de decepción, pues en su inmadurez creyó que aquel hombre se volvería loco de alegría al tener otro hijo, varón por añadidura.

Había sido ingenua al pensar que podría mantener su condición de pupila protegida, amante y madre a la vez. Debía elegir, y ya estaba decidida a quedarse con el hombre. Podría tener otros hijos, quizá si su tutor quedaba viudo. Se arrepentía de pensarlo siquiera, ya que la esposa de su amante era una mujer bondadosa, capaz de acoger a Alfonsito con los brazos abiertos pese a ser el fruto de una infidelidad. Con todo, Ester prefería mantener la clandestinidad, aun a costa de su propio hijo, siempre que la novicia le asegurase que estaría a salvo con ella. Confiaba en la Hermana Clara.

—Bendición, hijo mío. Tu mamá te ama, y mientras no pueda tenerte estarás en manos amorosas que te criarán sano y fuerte. Dios sabrá perdonarme y conservarte bueno.

Besó entre lágrimas la frente del bebé, que en sueños esbozó una sonrisa. Luego lo dejó en el canasto que Clara había aderezado para que la nodriza pudiese levantarlo sin importunar a la madre.

El interior fresco y abovedado de la Sala Capitular se colmó de silenciosas nazarenas que ocuparon sus lugares según los rangos. Era el último domingo del mes, día del Capítulo de Culpas. Ya habían asistido a la misa de Prima y rezado sus letanías. También, de acuerdo con la costumbre, habían reflexionado a solas sobre aquellos asuntos que las afligían o que consideraban de prioridad resolver dentro de la comunidad.

La abadesa leyó un capítulo de la Regla y las conminó a orar sobre él antes de comenzar la rueda de confesiones. A Clara le tocaba sentarse detrás de las Hermanas consagradas. Desde su silla podía ver a las conversas, entre ellas varias acogidas, arracimadas en la galería del claustro. Los ventanales de alabastro filtraban la suave luz del sol sobre las piedras del suelo, y una claridad diáfana las envolvió, como un manto divino.

La voz filosa de Sor Angustias rompió el hechizo.

—Hoy es el recordatorio de Santa Águeda —anunció exultante—, y a ella dedicamos este Capítulo de Culpas, para que su invocación limpie las almas de las pecadoras de este recinto.

—Diga usted el martirio, Hermana, si le place.

La abadesa juntó las manos, sin duda lamentando que aquella monja se hubiese lanzado al martirologio. Todas se aprestaron a escuchar con los corazones encogidos, ya sabían con qué saña describía Sor Angustias los padecimientos de los mártires.

—Santa Águeda fue una joven de extraordinaria belleza y noble familia. Su corazón puro la inclinó a Jesucristo por encima de cualquier amor mundano. Durante la encarnizada persecución del emperador romano Decio, el senador Quintianus quiso aprovechar la ocasión para poseerla, pero Águeda, resuelta y virginal, lo rechazó —

recitó la monja levantando la vista hacia el enladrillado de la bóveda y revelando sus facciones afiladas a medida que gesticulaba.

—El hombre no se rindió, y quiso envilecerla en manos de una meretriz, pero Santa Águeda resistió ésa y todas las tentaciones a las que el senador intentó someterla. La joven era fiel a Jesucristo, su único amor. Presa de una ira satánica, aquel hombre ordenó torturarla sin piedad, llegó incluso a cortarle los senos —y el rostro de la monja adquirió una palidez cerúlea cuando alzó las manos hacia el techo, poseída por el furor—. ¡Los senos! Esa fuente sagrada de la vida, como la misma Águeda le recriminó, mientras sus pechos sangraban: “¿De qué seno te alimentaste, cruel tirano?”.

La voz de Sor Angustias llenaba todas las concavidades del claustro, silenciaba hasta las respiraciones y provocaba que los cirios titilasen en sus palmatorias. Era una efigie impresionante, con las anchas mangas de su hábito extendidas formando una cruz y la mirada encendida, fija en el punto donde los capiteles de las columnas se unían.

Algo en el interior de Clara se agitó, una suerte de premonición.

—Fue San Pedro —prosiguió la monja en tono más calmo— la visión celestial que restañó su herida, aunque de todas formas la tortura continuó y Santa Águeda fue arrojada sobre carbones. Su cuerpo ardió, pero obtuvo del divino Jesús la palma del martirio.

Las inflexiones en la voz de Sor Angustias creaban un clima de pavoroso recogimiento.

Por fin, la abadesa juzgó que habían tenido suficiente declamación y se puso de pie, conminando a todas a hacer lo mismo. Dio comienzo a la confesión pública.

La primera en situarse en el centro de los pilares fue Sor Manuela, la monja tornera. Mientras las demás, reunidas en círculo, escuchaban las cuitas de la Hermana en respetuoso silencio, Sor Angustias echaba miradas furtivas hacia donde estaba Clara. Después de su inflamado discurso, el pecho se le agitaba de manera convulsiva, como si le faltase el aire, y feos manchones enrojecían su rostro apergaminado. Parecía a punto de sufrir una apoplejía.

A medida que avanzaban las confesiones, la abadesa iba exhortando a las Hermanas a cumplir tal o cual penitencia, o a realizar la tarea que a su juicio redimía de las culpas cometidas, todas sencillas cuitas que no hubieran escandalizado a nadie.

Hasta que Sor Angustias señaló con una mano huesuda a Clara.

—Tú —dijo con extraña sonoridad acusadora en su voz— tienes algo para decirnos.

Clara levantó la cabeza, consternada. Ella no pensaba pasar de largo el Capítulo, y sin embargo la sorprendió verse arrojada así al sitio entre las columnas.

—¿Tienes una confesión para la comunidad, Clara? —le dijo la abadesa, con dulzura que contrastaba la aspereza de la otra.

—Tengo varias —repuso Clara, dispuesta a decir todo lo que albergaba su

corazón.

—Adelante entonces, hija.

El círculo se abrió para que la novicia entrase y luego se cerró en torno, aprisionándola.

—He pecado mucho en este tiempo, Madre y Hermanas mías —comenzó—. Me avergüenza decir que hablé durante los almuerzos, interrumpiendo las lecturas de la Regla. También oré en alta voz, cuando debía hacerlo para mis adentros. Importuné a Sor Angélica repetidas veces para que me permitiese entrar a la botica a ordenar los frascos. Además... —y Clara titubeó acerca de lo que diría a continuación— aproveché mis salidas al Hospital y a la Casa de Expósitos para permanecer más tiempo fuera del convento.

Llegada a este punto, la novicia miró compungida a la abadesa. Era la peor de sus faltas, puesto que la Madre Encarnación le recriminaba siempre que rehuiese sus obligaciones conventuales. Esa necesidad de Claramaría de lanzarse a la calle constituía para la superiora de la Orden la más evidente prueba de que la joven no estaba en condiciones de tomar los votos. Reconocerlo equivalía a postergar la tan anhelada profesión de fe, pero Clara no podía mentir. La abadesa estaba a punto de pronunciar su penitencia cuando una aguda exclamación atravesó los ecos de la Sala Capitular.

—¡Mentira!

Todas las presentes, y no sólo Clara, se petrificaron ante la rabia que exudaba la expresión de Sor Angustias. Los finos labios le temblaban, incapaces de contener la catarata de acusaciones que escondían.

—Miente, pues su falta es mucho peor de lo que ha dicho.

La abadesa miró con reproche a la monja.

—Ella no ha terminado su confesión, Hermana, podemos esperar.

—¡No! Tengo derecho... todas tenemos derecho a señalar lo que otras callan.

—¿Has ocultado algo, Clara? —dijo entonces la abadesa, sin disimular su fastidio ante la interrupción.

La novicia respiró hondo y se irguió, dispuesta a continuar.

—Hay una cosa más, sí.

La abadesa lamentó saberlo, pues no deseaba castigar a Clara ni tampoco ver la sonrisa triunfal de Sor Angustias. Era algo que también ella debía confesar: la repulsa que le producía el enfermizo fervor religioso de aquella monja.

—Te escuchamos.

Clara tragó saliva y comenzó a desgranar su propósito de encontrar un hogar decente para el bebé nacido entre las paredes del convento. Un aleteo se produjo en el círculo de nazarenas, y el bisbiseo de los susurros hizo de coro a la confesión de la novicia.

—¡Silencio! —ordenó la abadesa.

La joven prosiguió, admitiendo que obraba en bien del niño, pero con la secreta

intención de que la madre prefiriese, al final, quedarse con él en vez de darlo en adopción.

—El doctor Blancas dice siempre que hay que fomentar el vínculo entre el recién nacido y la madre, para que se haga tan fuerte que nada sea capaz de romperlo.

—Ella introdujo en el convento a una desconocida —arguyó Sor Angustias mostrando los dientes—, un ama de leche.

—Clara, ¿es eso cierto?

—Lo es, Madre. Pensé que no importaría, tratándose de una necesidad. En la Casa de Expósitos hubo un caso de difteria, y era preferible que Alf... digo, el bebé, no saliese de aquí.

—Llevada por tus buenas intenciones te has saltado muchas reglas, Clara —convino la Madre superiora—. Sin embargo, considero que no has sido la única —y lanzó una mirada admonitoria a la anciana monja.

—Hace sólo una semana que nació el niño —repuso desafiante Sor Angustias.

—Aun así debió alertármeme. Pudo haber sido un parto difícil, y necesitar al médico. En casos así, el facultativo puede ingresar al convento, con el debido permiso del obispo.

—Era muy de noche ya.

—Incluso fuera de los horarios admitidos, cuando es cuestión de urgencia. Lo sabe tanto como yo, Hermana.

Un relámpago de crueldad atravesó el rostro de la monja.

—Flaco reconocimiento se hace a mis servicios de comadrona, que son bien conocidos.

—Nadie le quita el mérito, Hermana. Otra cosa es informar como es debido. Si todo es correcto, ocultarlo lo convierte en dudoso.

—Pensé que, dadas las circunstancias, sería preferible mantener la reserva, Madre —contestó con extraño regocijo Sor Angustias.

—Se ha equivocado. ¿Quién es la infortunada que se vio en la necesidad de parir aquí, entre nosotras?

—Su nombre es Ester —y Sor Angustias alzó la barbilla ganchuda en abierto desafío a la autoridad de la abadesa.

Ésta, no obstante, no se arredró y continuó interrogándola.

—¿Qué Ester, si puede saberse?

La monja lanzó su respuesta como una estocada final, gozosa del efecto que produciría en su rival:

—Ester es la joven pupila de su hermano, Madre.

Hubo un tumulto entre las Hermanas y en el propio corazón de Clara, que había escuchado el intercambio acuciada por una sensación de fatalidad. La abadesa empalideció primero, enrojeció después, y por un instante su semblante se descompuso en una mueca de dolor.

—Madre —murmuró la novicia, acercándose a la anciana con la intención de

sostenerla, pues parecía a punto de caer.

—Debió decírmelo —insistió la superiora en obstinada aceptación de lo que no podía cambiar, y después de disculparse con palabras confusas salió de la Sala Capitular sin oír las protestas de las demás nazarenas, horrorizadas ante el giro de los acontecimientos.

Clara quedó paralizada por las emociones que se entrecruzaban en su pecho. La maldad de Sor Angustias la había afectado, sobre todo porque la monja sabía que ella colaboraba con la madre del niño de manera espontánea, sin ninguna aviesa intención. Le afectó también saber que sus acciones habían tenido espías, ya que de otro modo no se explicaba que supiese de sus idas y venidas para conseguir leche para Alfonsito, ni de su deseo de colocar al niño donde la madre pudiese verlo una vez que saliese de allí. Clara sospechaba que esto último había desatado la rabia de la monja, y estaba segura de que su espía era Clemencia, la antigua asistente que obedecía a ciegas a Sor Angustias. Lo que más la conmocionaba, sin embargo, era conocer la identidad del hombre que actuaba de modo tan deplorable con Ester, aprovechándose de su condición de tutor y desamparándola, para luego deshacerse del hijo concebido en ella. ¡Nada menos que el hermano de la abadesa! “El más grande benefactor de la Orden”, le había dicho Ester. ¡Como para no serlo, si su propia hermana era la directora!

Clara sentía que ardía de fiebre, pero se compuso ante la urgencia de resolver aquel asunto tan turbio. Alfonsito quedaría en buenas manos, fuese o no de la sangre de la abadesa. En eso Clara no cedería. Máxime después de haber visto relumbrar de odio las pupilas de Sor Angustias.

Aquella noche, las campanas de San Francisco sonaron lúgubres entre los desiertos pasillos del convento. La abadesa se había retirado a su celda con la expresa indicación de que nadie interrumpiese sus meditaciones. Al día siguiente hablaría con la comunidad sobre lo ocurrido durante el Capítulo de Culpas. Las Hermanas se dividieron en dos bandos: las que apoyaban de modo incondicional a la Madre Encarnación y las que se escandalizaban ante la noticia de que su hermano había acudido al convento para que su querida, una jovencita confiada a su guarda, pariese un hijo natural. Sor Angustias había ganado algunas adeptas a su causa luego de las confesiones.

Clara meditaba, de rodillas sobre el piso helado. De un golpe certero, su confianza se había sacudido hasta los cimientos. Podía entender muchas debilidades y en su fuero íntimo las perdonaba, pero la incómoda sensación de que las paredes del convento escondían oscuros secretos la conmovía entera. Aun en el caso de que la Madre Encarnación supiese de la existencia de Ester, era impensable que ignorase el estado de la joven y la ignominia a que la sometía el hermano, un hombre bien plantado en la sociedad elegante de Buenos Aires. ¿Sería ésa la razón de que se recluyese en un convento, el deseo de huir de las malas acciones familiares? Imposible. La abadesa llevaba muchos años consagrada y, además, su hermano era



generoso con las nazarenas. Si estaba al tanto, ¿por qué aceptaba las donaciones de manos pecadoras? El saber popular otorgaba a la necesidad cara de hereje, pero Clara no podía considerar herejía las intenciones de la abadesa. Oprimió la frente contra las manos cerradas en apretado puño, forzándose a rezar con obstinación, buscando una respuesta a las dudas que la acosaban. Sor Angustias representaba todo lo que ella rechazaba: el fanatismo, la condena, la intransigencia. La Madre Encarnación, en cambio, había sido un oasis de paciencia y de dulzura. ¿Podía equivocarse tanto?

Suspiró y frotó sus rodillas doloridas. Quizá no hubiese un único camino para llegar a Dios, y cada uno debía recorrer el que le tocaba o el que su corazón le permitía. Esa idea la reconfortó un poco. Al día siguiente confiaría en la abadesa y buscaría su asentimiento para entregar a Alfonsito a las piadosas manos de la institutriz de Ester.

Visto el estado de cosas, era la mejor decisión que podía tomarse.

Despertó antes de clarear el día. Era hora de la despedida. Con serenidad terminó de acomodar sus escasas pertenencias y dedicó el minuto final en su celda para cambiarse de ropa. La abadesa insistió en que saliese de allí vestida de civil y ella no pensaba desairarla, ni siquiera después de saber que la monja renunciaba a su cargo de directora y que se adelantaría la votación, en la que sin duda ganaría Sor Angustias, ya que no había otra postulante que pudiese disputarle el puesto. Clara reconoció que se alegraba de no vivir ese cambio, pues luego de la ira que advirtió en aquella mujer durante las confesiones no le cupo duda de que se convertiría en la diana de todas las flechas de la siniestra monja. La vida de las nazarenas estaba a punto de cambiar, faltaba ver que eso fuera bueno.

Desató el cordón de cáñamo que ceñía su cintura y lo enrolló con amor. Guardó sus sandalias en el fondo del baúl; eran demasiado toscas para combinarlas con cualquiera de sus vestidos pero no quería deshacerse de ellas, estaba empeñada en volver a usarlas. Antes de quitarse la túnica, desprendió la toca blanca. Lo que más le había costado a su llegada al convento se convirtió luego en un símbolo de su misión cristiana. Allí donde fuese, todos la distinguían por su toca y la llamaban “la monjita blanca”. En la celda no había espejos, así que Clara tuvo que contentarse con imaginar el aspecto que tendría su cabello cortado al ras sobre la nuca y las orejas. Era una pérdida que había causado conmoción entre las mismas Hermanas el día en que la rasuraron para borrar los últimos vestigios de vanidad femenina bajo los hábitos. El cabello de Clara era una madeja de rizos. Lo llevaba atado con cintas sobre la espalda, y le resultó fácil al barbero dar el tijeretazo fatal. Recortó sin piedad los mechones dorados que quedaban flotando alrededor de su cara, hasta convertir a Clara en un muchachito de incongruente belleza. Aquel hombre, que acudía para sangrar a las enfermas cuando la ocasión lo requería, la contempló satisfecho y le dijo:

—Ya está, puede ponerse la toca. Y si le cría piojos, frótese esto —y le extendió un botellón con vinagre.

Clara se acostumbró a ésa y a otras reglas de la Orden, gustosa de poder ayudar al prójimo con la bendición del cielo. Lo único que seguía costándole era el silencio y las largas horas de letanías, que le parecían desperdiciadas para todo lo que el Señor esperaba que hiciera. Se pasó la mano por la cabeza y descubrió que el cabello se empezaba a abultar sobre la coronilla y algunas mechass crecían sobre las orejas. De haber tomado los votos, habría debido rasurarse de nuevo. Eligió entre sus vestidos un traje de terciopelo azul oscuro, apropiado para un viaje largo y tedioso. La tela era de buena calidad, y el color resistiría las manchas que pudieran sobrevenir. De sus dos capotas escogió la más recatada: una azul, con cintas bajo la barbilla y un listón que formaba un moño en la nuca. Era la que mejor disimulaba su falta de cabello.

—Estoy lista —murmuró, de cara al ventanuco por el que entraba el cielo neblinoso.

El broche del baúl al cerrarse resonó en la celda vacía con ecos de premonición, y Clara salió rumbo al patio donde tendría lugar la despedida.

Habían solicitado una volante. Un grupo nutrido de Hermanas la rodeaba, comentando acerca del clima, la distancia, las condiciones del adoquinado, las comodidades del vapor en el que viajaría la novicia con la que tantas horas gratas habían compartido. La mayoría de las monjas lamentaba la partida de Claramaría. El violento episodio ocurrido en la Sala Capitular las tornaba vulnerables ante el acecho del mundo de afuera, y de todas ellas, Clara siempre había sido la que mejor se llevaba con el exterior pecaminoso. Sólo ella podía deslizarse entre el fango de las calles sin mancharse más que el ruedo de la túnica, y enfrentar la furia de un desquiciado o las lacras de un mendigo harapiento con serenidad. A pesar de los resquemores de la abadesa, a las Hermanas les resultaba lógica la iniciación de Clara, no veían obstáculo alguno para que se le tomasen los votos definitivos.

La realidad había irrumpido entre ellas, no obstante, y ahora la novicia se veía obligada a atravesar parte de ese mundo villano para encontrarse con su padre.

Pobre Clara, una prueba más de paciencia antes de convertirse en monja.

—Lleva estos pasteles de membrillo —y Sor Jerónima le presentó un paquetito envuelto en papel de cera—. Los hizo Sor Pabla sólo para que te entretengas durante el viaje. Se levantó más temprano que nunca.

Clara buscó con los ojos a la susodicha, pero Sor Pabla no resistía las emociones, así que se encontraba en la cocina, revolviendo con febril ansiedad la pasta del mazapán.

—Esto es para que nos recuerdes y te confortes.

Sor Manuela le entregó un misal de tapas de nácar con inscripciones de oro.

—Era de mi tía, la Carmelita. Murió en España hace tiempo ya, sé que le alegraría saber que su amado libro acompaña a una misionera.

Sor Angélica, conoedora de la atracción de Clara por los botes y ungüentos, le había separado un tarro de alcanfor.

—Para los dolores, si el viaje se torna incómodo. Y para tu padre, le aliviará las

llagas que provoca la cama.

—Gracias. Gracias a todas —murmuró Clara, a punto de soltar las lágrimas—. Aunque no preciso nada para recordarlas, estos objetos me obligarán a regresar. Entonces seré más buena y más obediente. El Señor me abrirá por fin las puertas.

Sor Manuela la contempló llorosa, incapaz de decir una palabra. Clara se iba, y con ella la alegría de sus cotorreos, su risa y sus palmaditas alentadoras ante cualquier contratiempo que las entristeciese. Clara era una mensajera de optimismo y de compasión.

—Cuídate, Hermana —balbuceó, y se sonó la nariz con un pañuelito de batista que llevaba bajo la manga.

La abadesa apareció en el patio a último momento. Clara la aguardaba impaciente. Quería demostrarle que su amor por ella seguía intacto, aunque hubiese descubierto que la superiora de un convento también podía ser pecadora.

—Madre, deme su bendición.

La abadesa le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Ve con Dios, hija. Él te iluminará en este recorrido y verá en tu corazón lo que tú misma quizá no veas.

—Amén.

Clara seguía aguardando con expresión anhelante, y la abadesa no la hizo esperar.

—El niño está listo ya. Su madre quiere despedirse y asegurarse de que lo dejes en manos de esa señora hasta que ella misma decida cómo organizarse.

Clara suspiró, aliviada. El día anterior, después de que la superiora se dirigió a las Hermanas de Nazaret con una mano en el corazón, supieron todas que aquél sería el último tiempo de su gobierno en la Orden, que acabaría sus días recluida con las monjas de clausura y que no deseaba otra cosa que rezar hasta purificar su alma antes del encuentro con el Señor. Pero también supieron la verdad de sus labios: el hermano de Encarnación era un prominente hombre de negocios de la ciudad y un pecador; había cometido adulterio e intentado deshacerse del hijo habido con su pupila. La parte más difícil fue confesar ante las Hermanas que ella, la abadesa del convento, estaba al tanto de la vida pecaminosa de su hermano y que aceptaba con resignación tanto sus devaneos como su dinero. Sin embargo, aquella última canallada, intentar deshacerse del hijo, fue demasiado para la Madre Encarnación, y el golpe definitivo que la instó a abandonar el ejercicio de su rango. Nada sabía ella de los tejes y manejes de Sor Angustias para disponer del bebé, ni que la joven madre se había recluido en el Pabellón de las Acogidas para dar a luz en secreto. La inoportuna intervención de Clara había desbaratado los planes de su hermano y de su cómplice, Sor Angustias, por más que ella porfiase que el niño sería mantenido a resguardo hasta que la madre lo entregase a la Casa de Niños Expósitos. Entre ambos urdieron una mentira y la abadesa era culpable de saberla a medias. Ya el obispo había sido puesto en antecedentes, y se llevaría a cabo una votación en la que ninguna de las dos ancianas figuraría como candidata. La mirada estaba puesta en Sor Jerónima, una

mujer joven, pero sensata y muy devota. Clara se alegró de saber que la Orden quedaría en buenas manos. Aunque no preguntó por Sor Angustias, las Hermanas le susurraron que se hallaba encerrada en su celda, cubierta con el cilicio y aplicándose torturas con velas encendidas. El restallar del látigo la noche anterior obligó a la abadesa a exigirle que abriese la puerta de su celda, y pudieron ver que la monja obligaba a Clemencia a darle azotes sobre la piel desnuda de la espalda. Ya se había anoticiado también de eso al obispo. Clara se compadeció de aquella Dueña. Su fe estaba teñida de amargura. Rogaba por que Sor Jerónima pudiese devolver a las Hermanas la paz que tanto necesitaban para servir al prójimo.

—Iré a ver a Ester —anunció, y echó a correr atravesando el patio.

La madre acunaba a Alfonsito con ternura cuando Clara entró al pabellón. El lugar ya no apeataba a sudor y a remedios, como al principio. Se olía un fino aroma de talco y de jabón. Alfonsito gorgoteaba feliz entre los brazos de Ester.

—¡Hermana! Casi no la reconozco —se admiró la joven al verla vestida con su traje azul, y agregó, volviendo al trato confidencial—: Eres hermosa, Clara, no deberías ordenarte.

Se ruborizó al darse cuenta de lo que acababa de decir, pero Clara estaba demasiado contenta por haber ubicado a Alfonsito, de modo que no reparó en ello.

—¿Ha comido ya?

—Por supuesto. Y cada vez con mayor apetito. Espero que doña Esperanza cuente con una nodriza bien opulenta —rió Ester.

—Cuenta con una vaca lechera, según me dijo.

—Mi hijo crecerá fuerte como un toro —comentó orgullosa la madre mientras le acomodaba la mantilla sobre la cabeza.

—Ester, aún puedes cambiar las cosas —comenzó con suavidad Clara.

La joven movió sus rizos negros y sonrió, trémula.

—Todavía no estoy preparada, Clara. Más adelante.

“Una mentira piadosa”, se dijo la novicia, y no insistió. Dios proveería, sin duda haría brotar el sentimiento materno en esa muchacha frívola e insensata, con un cuerpo voluptuoso capaz de crear vida.

—Me lo llevo, tengo que partir —adujo.

Ester se apresuró a poner al bebé en manos de Clara, y de inmediato giró el rostro para impedir que las lágrimas le nublasen la visión de su hijo.

—Ve con Dios, Hermana, y dile a Esperanza que lo cuide mucho, que lo cuide para mí.

Clara apretó el bulto tibio contra su pecho, dibujó la señal de la cruz en el aire y, tras dirigir una mirada piadosa a la madre, salió de nuevo al patio para emprender el último tramo de esa aventura.

La abadesa también quiso darle un recuerdo: una reliquia de San Francisco que conservaba desde tiempo inmemorial, y un pergamino con la oración del Pobrecito de Asís.

—Que su piedad te acompañe en todos tus actos, Clara.

—Madre, ¿quiere ver al niño?

La anciana no respondió, pero cuando la novicia apartó una esquina de la mantilla sus ojos hurgaron con ansias bajo las ropas para gozar de la visión del retoño que llevaba su propia sangre. Su sobrino.

—Que Dios lo bendiga —murmuró conmovida.

Clara subió a la volanta y asomó su rostro delicado por la ventanilla para guardar la imagen de aquellas monjitas que habían sido su familia desde que entró a la Orden. Sacudió el brazo mientras el coche traqueteaba sobre los adoquines desaparejos, hasta que el campanario del convento y las túnicas blancas y negras se esfumaron de su vista.

—Vamos a tu nuevo hogar, Alfonsito —canturreó, y recibió un hipo por respuesta.

El hotel Argentino se alzaba en cruz con la Casa de Gobierno, en plena Plaza de Mayo. El presidente Sarmiento había hecho pintar de rosa esa reliquia del viejo Fuerte de la ciudad. Asomado a la ventana, un hombre contemplaba por última vez la chatura del paisaje que pronto dejaría atrás: unas cuantas cúpulas pretenciosas, pocas calles adoquinadas y casonas con reminiscencias españolas. El Río de la Plata acunaba a las barquitas en sus aguas marrones y alejaba a los navíos de mayor calado. No había que fiarse de aquella mansedumbre. El río, al igual que las llanuras que le había tocado recorrer en el interior del país, escondía corrientes traicioneras.

El hombre aguzó la vista y adivinó el perfil del vapor que lo llevaría de regreso a su propia tierra. El *Lincoln* se aproximaría tanteando los bancos de arena. Atracaría en la ensenada. Así había sido cuando Jim Morris llegó a la Argentina, y así sería esa vez. La idéntica epopeya de atravesar el lodo de la orilla sobre carretas tiradas por bueyes fustigados por hombres de baja calaña, hasta abordar las barcas cabalgando las olas encrespadas por el viento; por fin, cuando los pasajeros se creyesen perdidos en el fondo de aquella masa de agua, desde el vapor les echarían la escala para que subiesen.

Jim encendió un cigarro. Las volutas de humo oscilaron ante sus ojos y nublaron el horizonte amarillo. En alguna parte del llano infinito que se vislumbraba hacia el sudeste, su amado appaloosa retozaría en compañía de otros caballos salvajes. Le había costado mucho dejarlo, pero llevarlo hubiese implicado otro nuevo sufrimiento para el animal. Sequoyah se había sentido tan a gusto pastando y galopando en la pampa, que no lo extrañaría tanto como Jim a él. Era la ventaja de ser un animal, bastaban la libertad y la comida para sentirse a pleno. El hombre lo complicaba siempre todo.

Sobre el camastro de sábanas revueltas descansaban dos alforjas, todo su equipaje. Viajaba liviano de bultos, pues el asunto que lo reclamaba en las planicies del Plata no había requerido más que sus armas y su magia. Ya estaba hecho. Sólo restaba demostrar ante su pueblo que la venganza se había cumplido. Su corazón

podía yacer bajo la tierra en paz.

Por primera vez en mucho tiempo, el futuro se le presentaba indefinido. Mientras tuvo en mente esa misión que lo arrastró tantas millas al sur del continente, su vida se desenvolvió con la certeza de quien conoce el paso que dará. Ahora que aquel propósito estaba cumplido, debía tomar decisiones, y aunque contaba con su particular percepción del pasado y del futuro, prefería no abusar de ese poder que los dioses le habían otorgado.

Se esforzaba por llevar una existencia normal, la de cualquier hombre.

Continuó afeitándose con la ayuda de un espejo de latón que le había conseguido el posadero. La claridad matinal iluminaba de soslayo sus facciones duras, talladas en la piel cobriza. Los pómulos, la nariz aguileña, la frente huidiza que se encontraba con el nacimiento del negro cabello, eran rasgos comunes en aquella tierra poblada de indios. Los nativos de la región compartían con él los ojos oblicuos, aunque en eso Jim mostraba algo distinto: carecía de pliegues en sus párpados, lo que le confería la mirada de un ave rapaz. Su actitud reforzaba esa impresión, y era la causa de que todos retrocediesen al verlo. Nadie se atrevía a rechazarlo en las posadas ni en las tabernas, pues su dinero era bueno y vestía con pulcritud. Había algo en su persona, sin embargo, que obligaba a volver el rostro y a olvidar que lo habían visto.

Limpió su navaja y la guardó en su bota. Ese ritual formaba parte de su papel, ya que Jim era lampiño, pero le gustaba sentir el roce del filo sobre su piel, ese rasguído suave y la sensación de peligro que acompañaba los movimientos.

Además, todavía representaba el rol de un caballero sureño.

El sol comenzaba a adueñarse del cielo y el quartucho se inundó de luz. Jim dio el último vistazo a sus bultos, y de pronto una sensación inquietante se apoderó de él. Volvió su mirada a la ventana. La niebla se había disipado y el río centelleaba. Era un paisaje calmo y, sin embargo, ese cosquilleo lo puso sobre alerta. Sus sentidos, desarrollados más allá de las apariencias del mundo, le indicaban que algo se avecinaba. Jim no dudó. De una de sus alforjas sacó la raída manta que siempre lo acompañaba, encendió una vela al resguardo de la brisa y estrujó en sus manos la hierba sagrada. Dispuso todo sobre la manta y quemó la salvia en un cuenco de barro. Un humo sin fuego se esparció por el lugar. Con la ayuda de un manojo de plumas Jim lo aventó en las cuatro direcciones cardinales y luego lo dirigió hacia su cabeza, su pecho, y por último a sus pies. Cerró los ojos y se concentró en ese recorrido que le era tan familiar: la oscuridad de un pozo que se abría en la tierra ante él, las paredes repletas de símbolos que se arrojaban a su paso, la luz tenue al final del camino y el paisaje que lo esperaba en el borde. Le sorprendió que no fuese el acostumbrado. Algo distinto se abría paso, y le intrigaba que sucediese justo cuando estaba a punto de retornar a su vida habitual. Los viajes shamánicos no poseían secretos para él, estaba familiarizado con todas las formas en que las entidades podían comunicarse y no solía cometer errores. Por eso lo desconcertó escuchar el chillido agudo del halcón mientras su mirada interior contemplaba un valle suave

entre crestas rocosas. Había sonado en su cabeza con tanta claridad como si estuviese entre los bosques de su tierra. Retornó con rapidez, desandando el camino que su conciencia había trazado, hasta abandonar el túnel. Recién entonces abrió los ojos, justo cuando en la puerta resonaban golpes insistentes.

El posadero retrocedió al ver la silueta del hombre que lo contemplaba, envuelto en el humo acre. Ésa había sido la razón de que se viese obligado a importunarlo, el maldito humo que se filtraba bajo la puerta y le hizo temer un principio de incendio. No veía la hora de que ese forastero inquietante partiese adonde fuera.

—Disculpe, señor —titubeó—, creí que tenía usted algún problema.

—Hasta ahora no.

—Bien. Esos cigarros que fuma... me hicieron pensar en un... —y calló, intimidado por el silencio de Jim—. Ya veo que está todo en orden. Disculpe. Hasta luego.

Cuando los pasos se perdieron en el vano de la escalera, Jim atrancó la puerta con la ayuda de una silla desvencijada. Esperaba no tener que matar a nadie antes de partir. A pesar de lo que había hecho, él no era un asesino. Las leyes de su pueblo eran claras al respecto: una vida por otra. Claro que en su caso eran dos las vidas que debió vengar, y sólo una la que tomó por ellas. Pero no podía transformarlo en una cuestión matemática, se había cumplido el propósito y eso era lo que importaba.

El eco del halcón retumbaba aún en su mente. Era una clara señal de alerta ante lo inesperado, un mensaje para aguzar la mirada y ver de cerca. Entre los animales de poder, el halcón venía siempre para brindar audacia y seguir los dictados del corazón. A él se le había representado una sola vez antes: fue cuando decidió emprender ese viaje en pos de una venganza. ¿Qué deseaba su espíritu ahora? El enigma se resolvería tal vez cuando estuviese de nuevo entre los suyos y tuviese que tomar la decisión tantas veces postergada. Le vendría muy bien la ayuda del halcón en ese momento, y Jim agradeció la presencia con un gesto: dejó en el alféizar de la ventana una piedra redonda lisa.

Cerró el cuello de su camisa con un lazo negro, se colocó el chaleco labrado y por fin la levita negra, la misma indumentaria con la que había llegado al puerto de Buenos Aires dos años antes. Se echó al hombro las alforjas y recorrió con la mirada el cuarto donde se había refugiado los últimos días, un sitio apropiado para pasar desapercibido.

Salió con la frente alta, dejó en manos del posadero una bolsa llena de monedas y se calzó el sombrero de fieltro. Sus botas resonaron en los tablones del piso, obligando a los parroquianos a hablar en susurros. Al recibir el sol en pleno rostro, Jim Morris dio la espalda a la ciudad donde había pasado casi dos años de su vida. Atrás quedaban el verdor del Paseo de Julio, la hilera de casas que orillaban el río, las carretas que llegaban desde el oeste bamboleándose entre los surcos lodosos y las volantas que atravesaban la ciudad rodando sobre los rieles del tranvía. En ese sitio alejado del mundo, su corazón había estado a punto de flaquear; y fue allí, en la

bravía llanura, donde su mano certera consiguió el trofeo que en su tierra todos esperaban.

—*Ketoowah* —murmuró, y sus palabras volaron hacia el norte.

Caminó hacia el horizonte del río por una calleja estrecha. El vapor *Lincoln* debía de estar ya en el puerto. Le aguardaba un largo viaje, en el que agradecía poder estar a solas para pensar en su futuro. Si lograba concentrarse, las visiones le indicarían cuál era su rumbo y por fin podría comenzar una existencia serena.

Y al llegar volvería a sentirse lo que realmente era: un cherokee.





## CAPÍTULO 2

El azar de los vientos tornaba dificultoso el arribo de las barcazas. El río se agitaba en olas pequeñas salpicadas de espuma. Sobre el largo muelle de madera se agolpaban pasajeros y estibadores en apretado montón que semejaba un rastro de hormigas alborotadas. Las ráfagas sacudían las faldas de las damas y volaban los sombreros de los caballeros. Los changarines y los obreros encargados del embarque, acostumbrados a las inclemencias, aseguraban sus gorras encasquetándolas hasta las orejas. Cada tanto, gritos y maldiciones saludaban la audacia del Plata, que sobrepasaba la esquina del muelle barriendo con todo.

—¡Atrás! —bramó un operario de la Aduana mientras dirigía al conductor de un carro que llevaba mercaderías.

La multitud se abrió en dos y los bueyes se acercaron al borde con paso cansino.

Clara sintió pena por la mansedumbre de aquellas bestias, que soportaban el maltrato y hasta el peligro de perecer bajo las aguas si aquella ventisca se convertía en una tormenta.

—Se le ha caído esto, señorita.

Una niña le extendía la capota con la que había cubierto la cabeza de Alfonsito.

Clara le agradeció con una sonrisa y continuó mirando hacia los dos kioscos de la entrada, ansiosa por descubrir la figura de la mujer que iría en busca del bebé, según lo acordado. Ante la imposibilidad de enviar mensajes desde el convento, y luego de mucho debatir con su conciencia, Clara decidió confiarse a Pilarita Gómez Riera para que la ayudase en su misión y localizase a la institutriz de Ester. Doña Esperanza era una señora mayor, retirada de su oficio, a la que muchas niñas habían considerado una segunda madre pues a lo largo de los años en que trabajó para distintas familias, fue solícita y tierna con ellas. Hubo que remover cielo y tierra para dar con la mujer, hasta que una de las damas de la Sociedad de Beneficencia que acudía a la Casa de Niños Expósitos le dio a Clara el dato que buscaba: la buena señora había quedado viuda y, con la ayuda de una patrona generosa, compró un lotecito en las afueras de la ciudad. Allí pasaba sus días cultivando un pequeño huerto y albergando a los gatos vagabundos. Para Clara fue la noticia que definió todo. Si aquella señora dedicaba sus días a proteger a los animalitos, su corazón tendría cabida para un niño, sobre todo si era nacido de una de sus antiguas discípulas. Allí Ester podría visitarlo cuando saliese del convento, y nadie tendría que enterarse del motivo, dado que se trataba de alguien de su conocimiento y amistad. Quedaba por resolver la situación de Ester en la casa de su tutor, un tema en el que Clara no podía actuar por su cuenta, y a pesar de que anhelaba hacer algo más que rezar por la madre y el niño, entendía que el Señor obraba de inesperadas maneras, y decidió confiarse a su misericordia.

Pero la anciana institutriz no llegaba, y Clara estaba a punto de enloquecer. El trajín del puerto indicaba que pronto se iniciaría el embarque, y ella necesitaba dejar a

Alfonsito en manos seguras. Se repitió las palabras con que la buena mujer la despidió, después de la breve visita de Clara a su modesta casa:

—Allí estaré, Hermana, será una bendición para mis días cuidar del hijo de Estercita, a la que tanto cariño profeso.

¿Cómo era que entonces todavía no se había presentado en el puerto?

Un grupo de caballos de gran alzada irrumpió en el muelle, ante el asombro y el miedo de los pasajeros. El jinete que los arreaba con un largo cinto de cuero hacía caso omiso del trastorno que provocaba y arengaba a las bestias con toda clase de sonidos. Venían de los pesebres del Silgalero de la Boca, para oficiar de tiro de los barquitos.

Clara se guareció detrás de un señor corpulento que protegía con sus espaldas a las mujeres de su familia.

—Venga, señora —le dijo solícito—, arrímese, que estas fieras no tienen consideración de nadie.

Clara pensó que el epíteto le cabía mejor al arriero antes que a los caballos.

—¿Adónde ha ido su esposo? —le preguntó el hombre con el ceño fruncido.

Sin duda le parecería mal que la hubiese dejado sola en medio del barullo del embarque. Clara se dio cuenta, por primera vez, de que ella pasaba por ser una joven madre, con Alfonsito en brazos.

—Viajo sola, señor —respondió, resistiéndose a agregar una mentira más en su haber.

—Vaya... —y el caballero guardó un silencio cargado de reproche.

Los susurros de las mujeres de la familia la incomodaron, y se obligó a desplazarse hacia el sector de enfrente, donde un grupo de changarines se disputaba el acarreo de los bultos. Clara había depositado una moneda en las manos de un muchacho de rostro colorado para que le custodiase el baúl mientras concluía la entrega del niño a la institutriz. Estar sola tenía sus inconvenientes, pero se rehusó a dejarse acompañar por alguna de las Hermanas del convento. Después de lo ocurrido durante el Capítulo de Culpas, no quiso involucrar a nadie más en sus asuntos.

Un movimiento repentino de la multitud le indicó que el tiempo de subir a los carros había llegado. Alfonsito se mantenía quieto bajo la manta entre sus brazos, pero no se sabía por cuánto tiempo más. A sus pies se hallaba el canasto donde Ester y ella habían guardado con amor los artículos de primera necesidad: aceite de lino, polvos de arroz, un babero de gasa y varios pañales de basto algodón que Clara pudo extraer de la despensa. Le sorprendió encontrar pilas y pilas de ellos. Guardaron también un biberón con tetina de tripa y un sonajero que fabricaron con un frasquito de sales y unas semillas. Doña Esperanza aseguraba que en los fondos de su casa había una vaca que brindaría la leche necesaria al bebé.

¿Dónde estaba ella?

—Patrona, ¿le subo el baúl?

Clara miró con ansiedad al changarín que le había tocado en suerte. El muchacho

se rascaba la cabeza mientras dudaba sobre si habría hecho bien al demorarse con esa pasajera. Un solo bulto y, a juzgar por su situación, pocas monedas. Sus compañeros iban y venían arrastrando todo tipo de bártulos: cajas, cofres, valijas atadas con tientos de cuero, compitiendo en velocidad y fuerza para acaparar más cantidad de clientes.

—Toma —y Clara le extendió otra de sus escasas monedas—, llévalo hasta ese carro, que yo subiré en otro.

—No sé si le conviene, señora, perder de vista su equipaje. Puede caerse al agua.

—Es que estoy esperando a alguien que no llega.

—Ah, entonces lo voy llevando —y se embolsó el dinero con un gesto de cortesía.

Allá fue el baúl, y Clara se quedó mirándolo con expresión desdichada.

Jim contemplaba el ajetreo con indiferencia. Ya lo había experimentado, y no se dejaba impresionar por los animales mezclados con la gente, ni por la baja estofa de los carreteros, que mascaban tabaco y escupían con desparpajo. Sólo esperaba subir a bordo con el traje seco, pues ese embarque podía pasar de lo grotesco a lo trágico en cualquier momento, con esas ráfagas provenientes del sudeste.

—Mira por donde vas, muchacho.

El changarín de Clara se disculpó ante el caballero de levita.

—Perdone usted, es que si no me apuro a dejar esto, me madrugarán los demás. La señora cree que sólo trabajo para ella.

Jim miró en la dirección que señalaba el joven, y vio la figura de Clara con el bulto en sus brazos. Parecía una niña perdida. Frunció el ceño al advertir que el bulto era un bebé, y que ella a duras penas podía sostenerlo. Había quedado sola en ese rincón del muelle, ya que la mayoría de los pasajeros se arracimaba en los bordes, aguardando el turno de subir a los carros.

—Ten —y dejó caer una moneda de plata en la mano sucia del chico—. Haz lo que la señora te ordenó.

—¡Gracias, señor! Míster... —agregó confuso, al percibir la pronunciación extranjera del caballero, y echó a correr con el baúl repiqueteando detrás.

Jim se volvió, molesto. No tenía por qué socorrer a una joven en apuros y mucho menos a una con la que iba a compartir el viaje. Estaba a punto de cortar todo lazo con el país que dejaba atrás y no quería que nada cambiase eso. Trató de no reconocer lo que le disgustaba de esa imagen: el bebé que la muchacha cargaba. Él pasaba de los treinta y no tenía ningún heredero. Si bien en la azarosa vida que había llevado un hijo era algo impensado, siempre llegaba el momento en que un hombre anhelaba verse reflejado en un retoño de su sangre. Como shamán de su grupo, aquello no habría tenido mayor importancia, pero como posible jefe del clan del Lobo, el asunto tenía otro cariz.

Clara exhaló aliviada al ver la figura que corría hacia ella, aunque de inmediato comprobó que no se trataba de doña Esperanza. La muchacha sudorosa, vestida con

ropas de criada, llegó jadeante y tardó unos segundos en recuperar el aliento perdido con la carrera.

—¿Señorita La Rochelle? —farfulló con dificultad.

Y con la mano en el pecho, como si estuviese a punto de sufrir un soponcio, siguió:

—La señora... Esperanza... no podrá venir. Ella... ella...

—¿Cómo que no viene? —gritó Clara—. ¡Tiene que venir! Estoy a punto de abordar.

La criada sacudió la cabeza con frenesí.

—No viene, no. Lo lamento, señorita, pero a la señora Esperanza le dio un ataque esta mañana, y lo único que soltó antes de desmayarse fue que le avisáramos a usted en el puerto. Dijo que estaría usted con un bebé. Me ha traído el panadero, mire...

Clara vio al hombre que, montado sobre un carro, aguardaba con impaciencia del otro lado de los kioscos.

—Pero... ¿qué hago yo con este niño? ¡Ella debía ocuparse de él! —exclamó Clara, sin poder siquiera compadecerse de la pobre anciana ante semejante desastre.

La joven retrocedió con las manos en alto.

—No sé nada, señorita. Sólo digo lo que me encargaron, y eso porque doña Esperanza siempre fue tan buena. Yo soy su vecina, trabajo en la horneada de los panes, nada más. La señora está ahora en manos de un médico que vino urgente, dicen que de la patrona que la quiere tanto... Usted perdone, señorita, yo me voy a mi trabajo, que no me pagan por ausentarme —y la joven obrera salió corriendo hacia donde el panadero ya enfilaba el carro de regreso.

Clara quedó boquiabierta, sin saber qué hacer. Era muy tarde para enviar por alguien, el barco zarparía y ella ya no podía regresar al convento. Además, su padre quería verla cuanto antes, y no le sobraba el dinero como para comprar otro pasaje la próxima vez.

—¡Dios mío! —clamó, y Alfonsito comenzó a berrear.

Jim se volvió al escuchar el llanto, y vio a la joven girar en redondo con el rostro congestionado. Apretó los dientes con fuerza y permaneció obstinado en su sitio, de cara al próximo carro que lo llevaría hasta los botes de alije. El agua había cubierto el fango de la orilla y ya se escuchaban los gritos de las mujeres, que eran alzadas con los ruedos empapados hasta los asientos de tablones. Las enormes ruedas chirriaban en sus ejes al enderezarse rumbo al río. El clamor de la multitud fue quebrado por la bocina del vapor, que anunciaba su partida. El berrinche del bebé se sumó al batifondo y Jim se volvió hacia Clara con furia, como si la responsabilizase de cuanto ocurría.

—¿Qué le sucede al niño? —bramó, mientras se acercaba a zancadas.

Ella lo zangoloteaba sin ton ni son, aumentando el desconsuelo de Alfonsito. Al ver el rostro furibundo de ese caballero que le hablaba con el acento de su propia tierra, se conturbó. Ignoraba que pudiese molestarle el llanto de un bebé, pero en vista

de que se encontraba sola, pretendió una seguridad que no sentía.

—Está inquieto por el viaje, señor.

Jim, que miró primero el bulto rugiente entre los brazos de la joven, no había reparado en la belleza del rostro que lo contemplaba, ni en la diáfana claridad de los ojos celestes. La madre del niño era una veinteañera preciosa, aunque de una hermosura que nada tenía de seductor. Más bien parecía una imagen de santuario, de las que se colocan en los nichos de las rocas para la veneración de los peregrinos. Todo en ella era delicado: la nariz de aletas finas, la barbilla puntiaguda, las mejillas sonrosadas, hasta las manos que sostenían al bebé parecían las de una muñeca de porcelana. Jim estuvo tentado de destapar al niño para ver si aquellos rasgos perfectos se habían reproducido, pero se contuvo. No tenía derecho. Había actuado por un impulso descabellado impropio de su carácter. Jim Morris era un hombre parco y medido, jamás obraba sin tener decidido lo que haría. Aquel arrebató sólo podía explicarse por la influencia del halcón. Ya se estaba haciendo notar. Debería tener cuidado, por lo menos hasta que se le aclarase el mensaje.

—Lo está poniendo nervioso con la sacudida, señora, es mejor que lo acune con suavidad.

Clara sonrió, y Jim sintió un vacío en el estómago. ¡Faltaba eso para completar su aspecto de camafeo!

—Lo haré como usted dice. No estoy muy ducha en estas lides, señor.

En eso Clara no mentía.

Jim inclinó la cabeza con respeto y se encaminó otra vez hacia el extremo del muelle. Su carro ya se veía lejano, trasbordando los pasajeros al bote. Tendría que esperar el próximo. Deseaba que no fuese el mismo de la madre primeriza.

El *Lincoln* aguardaba a más de cinco mil metros en rada abierta, expuesto a los vientos. Acodado sobre la proa, el capitán Flannery contemplaba el embarque chupando con impaciencia su pipa. No veía la hora de abandonar aquel “infierno de los navegantes”, como se le decía al puerto de Buenos Aires. Los bancos de arena, sumados a los cascos hundidos de viejos naufragios, eran una trampa mortal para las embarcaciones, y por más que Trevor Flannery hubiese hecho ese viaje cientos de veces, la arcilla del fondo del río lo traicionaba con nuevos surcos. Sus ojos nublados, perdidos entre los pliegues de su rostro curtido, observaban el arribo de la última chalupa. Un mocetón robusto alzó en brazos a una dama entrada en carnes que soltó un gritito al verse tratada de ese modo; cargaron de mano en mano los baúles que quedaban, y por fin el último pasajero fue colocado en la escala que los marineros sujetaban contra los embates del viento. Flannery contempló a la joven que cargaba en brazos a su bebé. No había querido soltarlo ni un momento, pese a los ofrecimientos del porteador, y así fue como llegó, apretando al niño contra su pecho. Era tan liviana que cuando un marinero la tomó de la cintura para darle el impulso final, pareció que volaba por los aires. Sería norteamericana, sin duda. Esas damas se empeñaban en viajar solas, como algunas maestras que él había llevado a bordo en

los últimos años, sin otra compañía que sus baúles repletos de libros y una mirada decidida.

Se retiraría luego de ese viaje. Ya estaba bien de lidiar con el océano entre la Florida, Boston, Liverpool, Montevideo y Buenos Aires. Era hora de tejer redes en la bahía de Chesapeake, y tomar sopa de almejas en compañía de las gaviotas y de alguna mujer hacendosa. Si bien la condición de marino nunca se olvida, quizá podría dedicarse a pasear a los veraneantes de las playas de Newport y dar reposo a sus doloridas articulaciones.

Contempló la traza de la joven que acababa de subir. Llevaba un traje de buen corte, con polisón y chaqueta de terciopelo que realzaba el color de sus ojos. El capitán podía estar achacoso, pero para las mujeres conservaba su percepción intacta. Era una dama en apuros, de las que viajan sin protección y acarrear dificultades. Estaría atento durante ese viaje. Más de una vez debió encerrar en la bodega a un inadapado.

—Señora —la saludó con deferencia, quitándose la gorra—. Cualquier cosa que el niño necesite hágamela saber, que con gusto la socorreré.

—Gracias, capitán, es usted muy amable. ¿Es natural de Virginia, por casualidad?

—Un marino sólo tiene un hogar y es el mar, pero al final del camino hay que elegir un amarradero definitivo. Virginia no es un mal sitio.

—Yo viajo hacia allá, donde mi padre tiene una plantación de tabaco.

—Ah, y el buen hombre espera conocer a su nieto, ¿no es así?

Al inclinarse sobre Alfonsito, el capitán se perdió la expresión desolada de Clara.

—Será una agradable visita —sentenció Flannery.

Clara se despidió de él con una sonrisa y siguió caminando por la cubierta.

El *Lincoln* era un vapor con calderas cilíndricas de alta presión y tres altas chimeneas que en ese momento escupían un humo espeso que se mezclaba con las nubes. La espuma que levantaban las hélices de hierro al girar formaba una estela a su paso. Los pasajeros saludaron al distante muelle como si alguien pudiese ver sus rostros; Clara no tenía a quién saludar, de modo que buscó el número de su camarote en el pasillo bajo. Una vez que cerró tras ella la estrecha puerta, suspiró. Había sido una insensatez abordar el buque con Alfonsito a cuestas. Ignoraba de qué modo criar a un niño y, además, debía ingeniárselas para enterar a Ester del paradero de su hijo y tranquilizarla con respecto a su cuidado. Había tomado una decisión precipitada, del mismo modo que metía la pata cuando hablaba de más. ¿En qué se había metido?

—Yo te protegeré, Alfonso —murmuró, para infundirse confianza.

El bebé estaba harto de tantas idas y venidas, y hacía saber su disgusto con todo el ímpetu de sus puños y la potencia de sus pulmones. Se le había teñido de rojo la frente y la boquita estaba torcida de tanto llorar. Clara lo depositó sobre la tarima que hacía de cama y sacó del canasto el sonajero, en un inútil intento de distraerlo. Alfonsito sólo tenía hambre.

—Dios mío, ampáranos —musitó, poniendo toda el alma en el ruego.

Abrió el ojo de buey para refrescar el recinto y descubrió que no daba al mar sino al puente. Comenzó a despojar al niño de sus mantas, mientras lo arrullaba con ternura. Ya fuese por agotamiento o por la nana, Alfonsito se durmió y dio algo de alivio a la pobre Clara, que pudo quitarse la chaqueta y los zapatos, y desprender el primer botón de su blusa. A medida que el barco se adentraba en el río, se respiraba mejor. La joven advirtió que habían llevado su baúl al camarote, de modo que lo abrió y buscó su abanico de seda. Era uno de los resabios de su acomodada vida en Bellaflor, lo había guardado porque pertenecía a su madre. Después de dar aire al bebé, se dejó caer sobre la tarima y se abanicó pensativa.

Solía enfrentar las adversidades sin pensarlo dos veces, la diferencia estribaba en que nunca involucraban a los demás, y en este caso aquel indefenso ser dependía de lo que ella decidiese hacer. Dios sabía que no podía dejarlo en manos de cualquiera, ni siquiera en las de la asustadiza panadera que había ido con la infausta noticia. Alfonsito sólo podía ser confiado a la anciana institutriz que, por extraño designio del Señor, cayó enferma justo ese día. Era imperativo conseguir alimento para el niño. El capitán había sido muy amable al ofrecer sus servicios y a él debía recurrir, por eso Dios lo habría puesto en su camino al arribar. Más serena al interpretar los hechos de ese modo, Clara se calzó las botitas y se puso la chaqueta de nuevo. Le costaba dejar al bebé solo, pero si quería actuar con rapidez debía hacerlo. Al salir al pasillo, vio que los demás pasajeros estaban acomodándose en sus respectivos camarotes. En el contiguo al suyo se hospedaba una dama de buen ver que venía bien a su propósito. Se dirigió a ella con la mayor naturalidad de que fue capaz.

—Señora, le ruego me dispense —y cambió su lengua a un correcto español—. Hay algo en cubierta que necesito, y para ir a buscarlo debo dejar solo a mi niño unos momentos. ¿Sería tan amable de prestarle atención, por si llora? No me tardaré más que unos minutos.

La anciana dama la miró con simpatía a través de los encajes que pendían de su sombrero.

—Por supuesto, querida. Me quedaré aquí mismo, como un soldado, hasta que usted regrese. He criado a siete —agregó con picardía, como si le confiase un gran secreto—, imagínese si tendré experiencia. Unas palmaditas bien aplicadas y se volverá a dormir.

—Gracias, enseguida regreso —y Clara salió disparada sin saber adónde buscar al capitán.

El barco recién iniciaba su navegación, y todavía había mucho movimiento a bordo. Entre los bultos que quedaban sobre cubierta, los tripulantes iban y venían cumpliendo órdenes, y con los pasajeros reacios a encerrarse en sus cabinas el vapor parecía una feria flotante. Tras varios intentos fallidos, Clara entró a una gran sala donde, por lo menos, la gente estaba sentada alrededor de las mesas. Reinaba allí otro tipo de bullicio, un rumor de voces alterado por el cubileo de los dados. Clara comprendió que se trataba de un garito. Legal, sin duda, puesto que el *Lincoln* era un

barco decente; de todos modos, se apresuró a atravesarlo en dirección a la salida opuesta, intentando no mirar a ninguno de los jugadores que maldecían y reían, envueltos en el humo de sus cigarros. Un poco mareada, caminó zigzagueando entre las mesas hasta que tropezó con la bota de un caballero que jugaba al póquer despatarrado.

—Bueno, bueno —dijo el hombre con voz aguardentosa—. Miren qué sorpresa me trajo esta mano.

Los otros miraron a Clara con ojos especulativos. La capotita que la cubría había resbalado hacia atrás, y quedó al descubierto su cabello cortado sobre la nuca.

—¿Qué es esto, un muchacho vestido de mujer? —y todos prorrumpieron en groseras carcajadas.

—A ver, chico, si estás bien disfrazado —dijo el primero, y extendió su mano para palpar el pecho de Clara, que se echó hacia atrás, horrorizada.

—Vamos a jugárnosla —propuso otro, entusiasmado.

—¿Por qué dices jugárnosla, si es un muchachito? Mírale el pelo. ¿Qué mujer llevaría semejante peinado?

Clara constató con pavor que en aquella sala no había mujeres a las que pudiera recurrir en busca de auxilio. Y los caballeros que jugaban en las otras mesas no parecían dispuestos a intervenir, antes bien, miraban el suceso con divertida curiosidad.

—Yo no quiero apostar un muchacho —escupió un tercer hombre.

—Ven acá, no tengas miedo —insistió el primero, y tomó de un brazo a Clara para acercarla a la lámpara que pendía sobre la mesa y balanceaba su luz sobre los rostros de los jugadores—. ¿Eres o no una mujer? Yo igual me arriesgo —terminó diciendo.

—¿Se puede jugar?

La voz profunda sembró el silencio entre los hombres, y por un momento sólo se escuchó el roce de los naipes de las mesas vecinas. El ruido del ajeteo en cubierta llegaba hasta ellos amortiguado por los paneles de madera de las paredes. Jim aguardaba la respuesta con serena amabilidad.

—Siéntese —refunfuñó el primer hombre, que parecía llevar la voz cantante—. Todavía hay lugar para uno más.

—¿Y qué se apuesta? —preguntó educadamente el recién llegado.

—Esto —y el otro acercó aún más a la espantada Clara para que Jim viese lo que tanta gracia les había causado minutos antes. El nuevo no rió ni se sobresaltó a la vista de la cabeza trasquilada; se limitó a asentir, después de echarle una mirada calculadora, como si evaluase la conveniencia de apostar por ella. Clara lo miraba con ojos dilatados, incrédula ante tamaña desvergüenza. Él la reconocía, del mismo modo que ella a él. La ausencia de su capotita no podía cambiarla tanto.

—Señor —dijo con voz quebrada—, es indigno que se me trate así. Soy una pasajera del *Lincoln*, no una...



—¡Pero si es una mujer, al fin! —exclamó el más borracho de todos—. Mayor razón para redoblar las apuestas.

—Ha de ser una forajida. Dicen que las rapan para que no se les peguen los piojos en la prisión.

—Apuesten, señores —los cortó Jim con dureza.

Echó a Clara una mirada de advertencia y luego no la volvió a mirar durante toda la mano.

Ella tragó saliva. Había captado algo, estaba segura de eso, aunque no de su significado. La presencia de ese hombre le provocaba un magnetismo, como si entre ambos hubiese un lazo. Al igual que ella, él había hablado en tierra un español forzado, y ahora que se encontraban a bordo daba rienda suelta a un inglés de raro acento, con sonoridades huecas.

Jim barajaba las cartas aparentando indiferencia, muy consciente de la desdicha de Clara, así como de la expectación de los hombres. Eran palurdos que viajaban solos y echaban mano de sus propias petacas de bolsillo para animarse. Conocía a los de su clase. Había que enfrentarlos en sus términos, vencerlos en el terreno que pisaban, para que aceptasen su derrota sin protestar. Jim sabía que era más efectivo desafiarlos en el juego que argumentar como un caballero andante en defensa de la joven.

—Suéltela —ordenó a uno de ellos, después de cortar el mazo.

—Puede escapar —protestó el otro.

—Suéltela, no irá a ninguna parte.

La convicción con que aquel sujeto hablaba terminó por imponerse, si bien ninguno de los presentes estaba cómodo en su presencia. Pese a la cuidada vestimenta, el hombre revelaba un salvajismo inquietante. La misma Clara, impactada, se sintió incapaz de salir corriendo, lo primero que se le había ocurrido.

Los hombres jugaron ésa y otras manos, concentrados en los vaivenes del póquer, refunfuñando ante las adversidades y apostando más a medida que bebían. El nuevo permanecía sobrio y jugaba con displicencia, aparentando hastío ante la fortuna. Clara deseaba con todas sus fuerzas que el capitán irrumpiese para desbaratar aquel juego indigno. Cuando Jim acabó con los vanos intentos de los demás de hacerse con la joven, respiró aliviada. El ganador se levantó sin un solo gesto de triunfo, saludó a los restantes con un leve toque en su sombrero y tomó a Clara del codo para empujarla afuera.

—¡Eh! —gritó uno de los perdedores—. Si se cansa de ella, aquí estaremos para la revancha.

Las risas los acompañaron hasta la cubierta. Clara respiró el aire fresco con fruición.

—Gracias, señor.

Su primera sorpresa fue que el hombre no soltaba su codo y seguía empujándola, como si de verdad creyese que la había ganado en una mano de póquer. Jim casi la

arrastró hasta desaparecer de la vista de los pasajeros. Una vez que dobló la popa por estribor, la apretó contra la barandilla del buque.

—¿Qué creyó que hacía en medio de una caterva de borrachos? Clara se debatió sin conseguir zafarse.

—¡Señor! Permítame explicarle: yo no estaba haciendo nada allá, sólo buscaba al capitán para pedirle algo. Ignoraba que funcionase un garito en este barco.

—Todos los barcos tienen lugares de diversión.

—Y usted, por lo que veo, estaba también dispuesto a divertirse.

—Olvida que intervine en su favor —repuso irónico Jim.

Clara suavizó su expresión.

—Tiene razón, y se lo agradezco. Esos hombres no estaban en su juicio. ¡Borrachos apenas comenzado el viaje! Ahora déjeme ir donde está mi niño, que lo dejé a cargo de alguien.

—¿Dejó a su bebé solo en el camarote?

—Solo no, a cargo de alguien.

—¿De quién?

Como si hubiese adivinado, la dama a la que Clara confió a Alfonsito venía a su encuentro sofocada. Sus carnes saltaban debajo de la pechera fruncida de su vestido.

—¡Aquí está! Por fin la encuentro —y la mujer se quedó cortada ante el cabello de Clara, tanto como al verla en compañía de ese hombre de aspecto siniestro.

—¿Qué sucede? —se alarmó la joven.

—Nada, nada, es que el pequeño llora como un marranito. Sin duda espera que su mamá lo alimente. Eso es algo que yo, con toda mi experiencia, no puedo hacer.

Clara hubiese querido gritar que ella tampoco, pero no podía desenmascararse y correr el riesgo de que la considerasen una secuestradora de niños. No olvidaba que el tutor de Ester era un hombre poderoso. Por enésima vez en ese día, cometió el pecado de fingir.

—¿Ha encontrado ya su equipaje? —indagó la señora con cierta malicia, mientras miraba a Jim de arriba abajo.

—Lo encontré, sí. Ya voy a ver a mi niño. Gracias, señora.

—Laureana Aguirre de Campbell, para lo que necesite. No se apure, dejé a mi propia hermana en mi lugar para que nadie se atreva a acercarse al pequeñito.

Clara sonrió y echó a correr hacia el camarote. Jim quedó atrás.

La hermana de Laureana esperaba con las manos juntas, la mirada clavada en la puerta de donde provenía el llanto del niño. Clara le agradeció también, acalorada, y entró con el corazón palpitante, feliz de reencontrarse con Alfonsito, aunque no hubiese conseguido nada.

—Ven, pobrecito mío.

Lo levantó y murmuró ternezas sin sentido, esperando que eso lo consolase durante un rato más. Alfonsito hipaba de manera entrecortada. Clara se sentó sobre la tarima y lo acunó, tocando su rostro congestionado con un dedo.

La puerta del camarote se abrió de golpe y Jim Morris entró sin pedir permiso.

Antes de que Clara pudiese reprocharle su conducta, él avanzó y observó al bebé de cerca.

—El niño tiene hambre. Aliméntelo.

Clara rebuscó nerviosa en el interior del bolso de cuero donde había guardado un biberón de agua dulce. Esperaba que eso conformase a Alfonsito.

Jim se impacientó y le arrebató el bolso.

—¿Qué hace? ¿Acaso no tiene leche?

Con brusquedad le abrió la chaqueta y saltaron los botones de la blusa, dejando al descubierto la camisola, que apenas velaba los senos blancos y pequeños. Su mirada sagaz se clavó en el rostro de la joven, que empezaba a enrojecer.

—No es su hijo —afirmó con contundencia.

Clara se debatía entre la indignación y la vergüenza.

—Le estoy agradecida por haberme rescatado, señor, pero eso no le da derecho a irrumpir en mi camarote. Le ruego que se retire y me deje alimentar al niño —respondió con frialdad, en tanto intentaba cubrirse a pesar de los botones faltantes.

Jim luchó contra su propia e inexplicable rabia por un momento. Desde el principio, la presencia de aquella joven lo había perturbado, era una molestia en su ideal de viaje. Él se debatía entre dos caminos que debía elegir apenas llegase a su pueblo, y pretendía reflexionar sobre ello durante la navegación. Su intuición le advirtió que la joven era peligrosa para ese anhelo de serenidad que perseguía, y por más que quiso ignorarla, no pudo. Ya la había sacado de apuro dos veces: al sobornar al peón del muelle y al rescatarla de los tahúres. Ahora le planteaba un nuevo conflicto: no era la madre del bebé que llevaba, y suponía que la explicación sería tan complicada como ella.

De pronto, Clara elevó hacia él los ojos anegados en lágrimas.

—Por favor, señor, necesito ayuda.

El celeste cristalino titilaba, fijas las pupilas en el hombre como se aferraría un naufrago a una balsa, y la honestidad que Jim vio en esa mirada le provocó un vuelco en el pecho.

Respiró hondo para soportar aquello, y tomó una decisión de la que se arrepentiría, sin duda.

—Buscaré una nodriza. Aguarde aquí, no se mueva.

Al salir, se convirtió en lo que siempre había sido: un acechador, un hombre en pos de un objetivo preciso, que dejaba de lado todo lo que no formara parte de esa misión. En su memoria se representaron las escenas vistas desde que subió al *Lincoln*, y entre ellas, la de una familia linajuda que viajaba con su criada campesina.

Los Van Geent eran descendientes de los Padres Fundadores que habían llegado a América en el *Mayflower*. Hendrick, el jefe de familia, creador de una dinastía en Maryland, regresaba contento de haber concretado un buen negocio de cueros con un comerciante del Río de la Plata. Su mujer, la jovial Gisela, se mostró encantada de

ofrecer ayuda al elegante caballero sureño cuya esposa carecía de leche para amamantar a su primer hijo. Ella ya tenía cuatro, y a todos los había alimentado la fiel Gretel. Después de todo era mejor así, ya que resultaba agotador criar a tantos niños. Por fortuna, Gretel estaba amamantando al último de sus hijos, el robusto Jan, y no tendría problema en compartir su opulento pecho con otro niño necesitado.

—Es una vaca lechera —aclaró Hendrick, a quien el pulimento adquirido en los negocios no le había restado brutalidad.

Jim volvió al camarote de Clara sin saber qué diría la joven ante tamaña oferta. La halló encorvada sobre el bebé, canturreando. Se la veía pequeña y desvalida, y de nuevo sintió la repulsa de verse obligado a algo que no había previsto. Lo primero era socorrer al niño, ya vería luego qué explicaciones exigiría a aquella joven inexperta.

—Démelo, ya encontré leche para él.

Clara sonrió a través del rastro de lágrimas y le dirigió una mirada agradecida.

—Dígame dónde y lo llevaré.

Jim no deseaba que ella supiese el enredo que había creado para justificar su pedido, pero tampoco podía arrebatarle el bebé sin dar razones, de modo que alegó con indiferencia:

—Se trata de un ama de cría que viaja en este barco con su patrona. Ya la puse al tanto de que usted no tiene leche suficiente para alimentarlo.

Clara asintió, feliz de que otro mintiese por ella. Al ponerse de pie, Jim le quitó al niño.

—Arréglese la ropa.

Aquel hombre sólo sabía dar órdenes, y lo peor era que esperaba que se cumpliesen sin chistar. Clara no replicó, dado que su aspecto debía de ser desaliñado después del arrebato anterior. Se abrochó los botones de la chaqueta para cubrir la falta de ellos en la blusa, y buscó por el suelo la capotita, a fin de ocultar su cabello corto.

Jim la observaba con impaciencia.

—¿Qué le sucedió a su pelo? —quiso saber, con su habitual rudeza.

—Lo llevo así por comodidad —y Clara ahogó un gemido ante la nueva mentira. Todavía no se hallaba segura de poder confiarle su secreto.

Jim la contempló con perspicacia. Ninguna mujer sacrificaba su cabello por comodidad. La joven mentía, era una mentirosa consumada, quizá hasta fuese fabuladora. Se descubrió lamentando que le hubiesen cortado las guedejas, pues a pesar del estropicio el cabello de Clara revelaba un hermoso color oro. Imaginó esos bucles rozando los hombros, sujetos con lazos o sobresaliendo de las mantillas con que las mujeres blancas solían asistir a las fiestas campestres. Desechó esos pensamientos cuando ella avanzó, atándose las cintas de la capotita azul.

—Estoy lista. ¿Vamos?

—Antes debe prometer algo.

—Lo que sea.

Jim casi se atraganta ante la inocente aceptación.

—Debe admitir todo lo que diga la familia —y al ver la mirada sorprendida de ella, agregó—: Me presenté como su esposo para no despertar suspicacias.

Le tocó el turno a Clara de tragar con dificultad, mas como no le quedaba alternativa, en lugar de protestar asintió y salió delante de Jim, que aún cargaba a Alfonsito.

Gretel resultó ser una madraza. Recibió al bebé con una sonrisa y los brazos abiertos. En verdad su pecho podía amamantar a toda una prole. Gorgoteó unas palabras en holandés antes de estrechar al pequeñito en su regazo y ofrecerle con impudicia su ubre blanca y suave. Rió al ver con qué fruición chupaba Alfonsito, y comenzó a hamacarse, sumando un ronroneo al acto de amamantar, lo que acabó por tranquilizar al niño. Clara miraba la escena conmovida. Si ella hubiese podido darle leche al bebé lo habría hecho, pero la naturaleza era sabia. Sólo las madres disfrutaban de ese privilegio.

—¡Señora Morris! —exclamó Gisela Van Geent al verla—. Es un gusto poder conversar con alguien de la buena sociedad durante este viaje. Algunas personas de aquí son muy toscas. No se aflija por la escasez de leche para su hijo, eso suele suceder a las primerizas. Le aconsejo de todos modos —y bajó la voz para que quedase entre ellas— que intente ponerlo al pecho aunque sea para que el niño juguete. Es una buena estimulación.

La mujer rió como una niña traviesa ante el bochorno de Clara, que sólo atinó a sonreír. Jim las observaba desde cierta distancia, fumando sobre la barandilla en compañía del señor Hendrick, que bien podría ser una de esas personas toscas a las que se refería la esposa. Después de que Gretel pasó al bebé al otro pecho desbordante y al cabo de una cháchara agotadora con el matrimonio Van Geent, los supuestos esposos se retiraron, luego de fijar un nuevo encuentro para la alimentación de Alfonso. Clara esperaba no verse obligada a sostener una conversación cada vez que el niño tuviese hambre, y Jim se odiaba por haber intervenido en un asunto que no le concernía. Eso no le impidió entrar al camarote detrás de la joven, con la misma soltura que si fuese el propio.

La cabina que ocupaba Clara era pequeña y estrecha, con apenas un lugar para el baúl junto al catre que debía compartir con el bebé. Sobre un estante plegadizo había un cofrecito en el que de seguro la joven guardaba sus chucherías, y colgado de un gancho, un extraño corte de género tan celeste como los ojos de ella. Se notaba que no había tenido tiempo de acomodarse debido a los requerimientos del niño, pues reinaba desorden entre sus cosas. Jim observó todo eso de un golpe de vista, sacando sus conclusiones.

—Ahora que hemos resuelto lo más urgente —comenzó diciendo—, ha llegado el turno de las explicaciones.

Clara acomodó al bebé atravesado sobre la tarima, para evitar que durante el sueño rodase hacia el borde, y se volvió hacia su salvador.

—No sé cómo darle las gracias por tanto apoyo, señor. Aún no sé su nombre, aunque acabo de escuchar el apellido Morris. Deduzco que es el propio.

La frescura con que asumía todo irritó a Jim.

—Empecemos por conocer el suyo, señorita. Deduzco yo también que no tiene marido y por lo que supe, éste no es su hijo.

—Me llamo Claramaría La Rochelle y viajo de regreso a mi hogar, cerca de Richmond, para visitar a mi padre enfermo. Las cosas se complicaron un poco antes de salir, es cierto, pero confío en que la ayuda de Dios nos llevará a buen puerto — soltó Clara de sopetón.

Jim se hallaba apoyado contra la puerta en pose indolente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Por primera vez reparó Clara en la fortaleza de sus músculos y en la dureza de su expresión, pues durante los exabruptos le había parecido lógico que aquellos ojos oscuros llameasen y su mandíbula se dibujase bajo la piel. Ahora que habían solucionado los problemas era más notoria su actitud intransigente, y entendió por qué los jugadores de póquer obedecían sus órdenes sin réplica. Aquel extraño caballero de atildada vestimenta revelaba una condición que ningún atuendo podría disfrazar. Era un verdadero guerrero.

Clara poseía intuición para juzgar a la gente. Ese hombre que la miraba como a una mariposa para clavar en una vitrina cerraba su corazón con un puño de acero. Ella solía pensar que las personas ocultaban bajo máscaras de cinismo alguna debilidad o ternura de la infancia. Nadie era tan malvado que no pudiera reconocerse en él al niño que había sido.

Reunió toda la serenidad de que fue capaz y comenzó a relatar en voz queda, para no despertar al bebé, las extrañas circunstancias en las que debió hacerse cargo de Alfonsito. Guardó reserva del nombre de la madre, así como de su debilidad por aquel caballero seductor del que no quería alejarse, aun cuando él repudiase a su propio hijo.

Jim la escuchaba con los ojos entornados, tratando de penetrar en el interior de esa mujer sorprendente que con confiada sencillez le explicaba lo inexplicable. Saber que estaba a punto de profesar los votos lo sobresaltó más que ninguna otra cosa. Su mirada voló hacia el género que pendía del gancho. Se enderezó y avanzó unos pasos para contemplar mejor el rostro femenino. El cansancio y las preocupaciones habían ensombrecido sus ojos, y el cabello se había rizado en contacto con el aire marino. Clara era lo más parecido que él hubiese visto a un pajarillo desplumado. Esa impresión le dictó un apelativo que nació con naturalidad en su mente: *Colibrí Dorado*.

Le resultaba inevitable encontrar un nombre a la manera india, surgido de los rasgos, los gestos o la conducta de las personas. Los blancos solían dar a sus hijos nombres vacíos de significado, nombres que quizá no encajasen luego con el tipo de persona que aquellos pequeños resultaban ser. Entre los indios, ese primer nombre era una especie de ensayo hasta que el carácter se revelase y los padres y la comunidad

descubriesen cuál era el auténtico nombre, el que se llevaría durante toda la vida. Así había sido en su caso, y así era como debía ser. El colibrí era el ave que en las narraciones infantiles se asociaba al gozo y a la delicia de vivir, capaz de encontrar belleza en lo menos pensado y bondad en las personas más sombrías. Él percibía todo eso en la joven, y tomar conciencia de ello lo perturbaba en gran manera, lo impulsaba a contrarrestar el efecto que esa extraordinaria criatura provocaba en él.

—Creía que las religiosas trocaban sus nombres por otros sin apellido —comentó con sorna.

—No soy monja aún.

—Usa el hábito —observó él echando un vistazo al género, que ahora cobraba sentido.

—Es para acostumbrarme.

—Y para protegerse.

—¿De qué? —y Clara alzó el mentón en actitud de desafío.

—Del acoso masculino.

—Es usted muy directo, señor Morris.

—¿Para qué fingir, si ambos sabemos que los hombres son audaces?

—¿Usted lo es, señor?

Jim disimuló la sorpresa que le produjo el atrevimiento de la joven.

—Conmigo puede estar tranquila —respondió con cierto desprecio—, no me atraen las vírgenes devotas.

Clara se quedó con un palmo de narices, sin saber si sentirse aliviada u ofendida ante ese rechazo implícito. Una cosa era defender su honor y sus votos, y otra sentir que nada valían para ese hombre, el primero con el que ella había entablado un trato que iba más allá del saludo desde que entró en la Orden de Nazaret.

—Aún no me dio sus señas, señor Morris. Y yo le conté todo sobre mí.

Jim dudaba de que aquel relato contuviese todo lo que había que conocer de Claramaría.

—Bastará saber que se me conoce como Jim Morris y que regreso a mi hogar en Tennessee. Ya he terminado lo que vine a hacer a estas tierras del sur.

Clara se esforzó en sonreír.

—Somos algo así como vecinos, entonces.

Los intentos de la joven por entablar amistad chocaban con la mala disposición del caballero, y si no hubiese sido porque iba a necesitarlo a lo largo de ese viaje que había empezado de manera tan atravesada, Clara no habría vuelto a dirigirle la palabra. El caso era que Dios lo había interpuesto en su camino con algún propósito, y esa convicción le bastaba para hacer cualquier esfuerzo que requiriese la situación.

—Debo de parecerle una tonta —susurró, avergonzada por el escrutinio del hombre.

Jim torció la boca en una mueca que podría haber sido una sonrisa ladeada.

—La palabra es “aventurera”. Hay muchas de donde yo provengo, y todas son tan

blancas como usted.

La mirada asombrada de Clara lo desconcertó.

—¿Blancas? ¿Por qué lo dice? ¿Acaso tiene una plantación o algo así? Mi padre tiene una, y muchos esclavos libertos permanecían junto a él durante la guerra, trabajando por un salario. Es una persona compasiva, jamás los hubiese echado a su suerte, pese a que algunos huyeron cuando las tropas yankees invadieron la región.

—¿Ha estado en Virginia durante la guerra?

—Sí, pero me fui en el último tiempo. Supe después que el Sur fue derrotado.

“Acabado” era la palabra exacta, pero Jim nada dijo.

—Supongo que su padre ha de ser también muy devoto, si acepta de buen grado que una hija tome los hábitos, renunciando así a tener nietos.

Había tocado un tema urticante y se dio cuenta de inmediato, pues una sombra cruzó el semblante de Clara.

—Es un hombre creyente, sí, aunque no tanto como para favorecer mi profesión de fe. Son decisiones que he tomado sola. De todas formas, en esta visita reviviremos los buenos tiempos, cuando Bellaflor relucía bajo el cielo estrellado. Espero que mi padre se reponga pronto. Es un médico afamado y trabaja duro, debe de ser eso lo que afectó su salud. Durante mi infancia no lo comprendía, pues él me dejaba a cargo de... —se detuvo al descubrir que estaba cometiendo el mismo error de siempre, hablar demasiado.

Jim había dejado de escuchar las palabras para captar sólo su melodía, un dulce acento que parecía más marcado a medida que el *Lincoln* se apartaba de la América del Sud. Juzgó prudente alejarse cuanto antes de aquella muchachita y del bebé que estaba obligada a cuidar. Él había hecho lo suficiente por ella ese día. Esperaba que en el resto del viaje se las arreglara como pudiese.

Se giró hacia la puerta, y antes de poner su mano en el pomo, escuchó lo que tanto temía:

—Señor Morris.

Permaneció de espaldas, rígido.

—No quisiera importunarlo, pero le rogaría que me dijese dónde encontrarlo, por si Alfonsito necesita algo.

Evitó referirse a ella misma, aunque en los oídos de Jim resonó tan claro como si lo hubiese dicho. Si había algo que él detestaba, era una dama sureña en apuros. Todo ese fingimiento que la sociedad criolla creaba en torno a las mujeres, emperifollándolas como muñequitas y enseñándoles las artes femeninas para cazar maridos y fundar nuevos imperios, le resultaba repugnante. Clara bien podía desempeñar el papel de una aspirante a monja, que él no se tragaba el cuento de la damisela desvalida. Estaba seguro de que en el convento la habrían mandado de regreso y de que su padre la aguardaría con el candidato justo para ella. ¡Lástima no poder estar ahí cuando la hija pródiga cayese con un bebé auestas! Sería digna de ver la expresión del viejo. La vida era generosa para muchos que todavía conservaban



lo que la guerra y los prejuicios habían arrebatado a otros. Si su gente vivía ahora desperdigada y huérfana de tierras y de identidad era gracias a esos blancos poderosos que buscaban adueñarse de las cosechas de los indios. Nada les resultaba suficiente. Siempre había algo que ambicionaban: granjas, rebaños, tierras, oro...

—¿Me lo dirá usted?

La vocecita lo distrajo de sus resentimientos y Jim la miró, por fin.

—Preferiría que no saliese de su camarote, señorita La Rochelle. Como habrá comprobado, el barco no es un sitio seguro.

—Tengo que tomar aire, sin embargo. Y sacar al niño. Si no se asolea durante tantos días puede sufrir de ictericia. Tengo algunos conocimientos médicos y sé que, por muy pequeño que sea, hay que ventilar los lugares donde duerme. Yo jamás habría sometido a Alfonsito a un viaje como éste, señor. Las circunstancias...

—Usted parece atraer a las circunstancias, señorita La Rochelle. Vendré más tarde para acompañarla a su cita con la nodriza. Mientras, quédese aquí.

El silencio de Clara lo exasperó.

—¿Oyó lo que dije?

—Sí, señor Morris. Le ruego que no grite, o despertará al niño.

Jim mordió la respuesta que vino a sus labios y salió con precipitación. Su partida dejó a Clara sumida en un extraño vacío. Aquel hombre desprendía una energía dominante que intimidaba, y al mismo tiempo reconfortada saber que contaría con él para la próxima visita a Gretel. Percibió también que, pese a su cerril comportamiento, al señor Morris no le resultaba indiferente la suerte de Alfonsito. De modo sorprendente, ese caballero adusto sentía debilidad por los niños.

Se acurrucó junto al cuerpecito tibio del bebé y suspiró, agotada. El sueño la envolvió sin preámbulos, como les ocurre a los inocentes.

Jim ocupó su propio camarote por primera vez. Desde que empezó la navegación, no tuvo un momento de respiro por causa de la monjita y el bebé abandonado. Ese tema lo afectaba. Entre su gente los niños eran sagrados, nadie castigaba a un niño ni se atrevía a abandonarlo. Si los padres morían, otras familias se ocupaban de los retoños, y era frecuente que los tíos maternos dedicasen al sobrino toda su atención, formándolo en las artes de la guerra y los conocimientos que desde tiempo atrás poseía una de las Cinco tribus civilizadas de Norteamérica. Jim conservaba el orgullo intacto, a pesar de los abusos y la discriminación, del despojo y el éxodo forzado. Los cherokee seguían siendo un pueblo culto, capaz de organizar asambleas, con un consejo que oficiaba de parlamento, jefes elegidos en cada clan y su propio tribunal de justicia.

Los blancos habían conseguido dividirlos, ya que ante la presión ejercida por el gobierno federal algunos grupos optaron por resistir y otros por acatar las condiciones a que los sometieron. Aun así, todas las ramas de esa nación conservaban su dignidad.

Jim consideraba, sin embargo, que quedaban cuentas por saldar. La historia

pasada de su pueblo formaba parte de su ser del mismo modo que si la hubiese vivido, pues su abuela materna los había criado con relatos de “los tiempos aquellos” en que los cherokee eran una nación con derecho propio. Ya se ocuparía de ello, eran cuestiones que hizo a un lado mientras cumplía la misión que heredó de los espíritus de su padre y de su hermano. Por eso necesitaba aclarar su mente durante ese viaje, debía resolver asuntos pendientes y tomar una decisión que marcaría el rumbo de su vida.

La presencia de Claramaría La Rochelle era una inoportuna interrupción de la que se desprendería bien pronto.

Jim echó un vistazo a su alrededor y sintió una punzada de remordimiento: su camarote era más espacioso que el de la monjita, y el ojo de buey asomaba sobre el mar, lo que lo tornaba más aireado. Se sacudió la idea de que le debía algo a esa joven aventurera y comenzó a ordenar sus escasos bártulos. Escondió bajo el catre una alforja de cuero blando cosida con barbas de maíz, junto con un puñal de asta de ciervo, ambas cosas protegidas por su manta de viaje. Guardó el otro bulto en una gaveta y se echó de espaldas sobre la tarima, dispuesto a descansar. Con la mirada fija en el maderamen del techo, dejó que la mente vagase por los recovecos del recuerdo. Él no había nacido cuando ocurrió aquello. Todo cuanto sabía acerca del forzoso traslado de los cherokee a Territorio Indio, como llamaban entonces a la tierra que se dilataba más allá de la frontera de Arkansas, lo había aprendido de labios de su abuela. La anciana no sabía escribir, nunca aprendió el silabario creado por Sequoyah para su pueblo, de modo que aquellos cuentos narrados en torno al fuego constituían un tesoro para Jim, eran su legado.

Abandonó por un momento las cavilaciones y volvió a la santurróna señorita La Rochelle.

Era bella de un modo diferente, debía reconocerlo. Delicada y pequeña, despedía un aura poderosa que Jim podía palpar. El misterio del cabello corto quedaba develado al saber que se había internado en un convento. Allí se habría despojado de cualquier vanidad propia de su género, y sin embargo Claramaría era femenina de una manera etérea, visible en sus gestos suaves, su voz aterciopelada y su maternal inclinación. En lugar de bajar los ojos y coquetear agitando las pestañas, ella miraba de frente con el desparpajo de un niño, sin temor de que su mirada fuese malinterpretada. Tal vez creyese que el hábito la protegía de los pensamientos lascivos de los hombres. Jim esbozó una mueca sarcástica. Qué errada estaba. Para algunos, la barrera del matrimonio o los votos de fe actuaban como un afrodisíaco más potente que los pechos desbordantes de una prostituta. Se preguntó si el terrateniente de Virginia enviaría a alguien a buscarla cuando arribasen a destino. Esperaba que sí, pues la idea de seguir escoltándola lo espantaba. Por fortuna, sus caminos se dividirían cuando el *Lincoln* amarrase en Boston. Sólo debía procurar que la navegación oceánica no alterase su concentración ni su paz espiritual, ahora que el horizonte se abría ante él, llano y pleno de respuestas.

La tarde se fue apagando y el movimiento del buque sumió a Jim en un sueño reparador, el primero en muchas noches desde que salió de Keetowah rumbo a Sudamérica, ese continente desconocido.

—Señor Morris.

El sonido atravesó las tinieblas en las que Jim cabalgaba como un jinete alado, viendo al mundo desde lo alto con todos sus detalles, dotado de un ojo universal que penetraba en los secretos más recónditos. Caballo que Galopa en el Viento había sido el primero de sus nombres, cuando se supo que estaba impregnado de la magia de los shamanes y podía trasladar su cuerpo en el espacio. Las primeras visiones aparecieron a medida que escuchaba los relatos de su abuela, y desde entonces las vivencias de Jim estuvieron signadas por el sufrimiento indecible de su pueblo mutilado.

Los reiterados golpes en la puerta disiparon en su mente las últimas imágenes.

—¡Señor Morris!

Jim saltó del lecho con la agilidad de una pantera y a un tiempo sacó el puñal que guardaba debajo. La hoja centelleó bajo la luz de luna que penetraba el ojo de buey. Estaba a oscuras y alguien insistía en entrar.

—El niño tiene hambre.

La señorita Clara. Debía de haberse pasado la hora de visitar a la nodriza. ¡Maldición! Jim se condenó por olvidar que estaba sujeto al horario de un bebé hambriento. ¿Cómo había llegado a esa situación? Escondió de nuevo el cuchillo y abrió la puerta del camarote con brusquedad. Claramaría se recortaba sobre el resplandor de los fanales de cubierta, envuelta en un lienzo que la cubría hasta los pies, con el bulto de nuevo rugiente entre los brazos.

—Me quedé dormida —se disculpó— y Alfonsito me despertó con sus berridos. ¿Cree usted que es demasiado tarde para recurrir a Gretel?

Ella no lo acusaba de haberse dormido. Jim evaluó la inconveniencia de irrumpir en los camarotes de la familia Van Geent y por fin cedió. Después de todo, la mujer alimentaría a su hijo a horas desusadas también, estaría acostumbrada a trasnochar. Atrajo su atención la blancura de la capota de Clara y frunció el ceño. ¡Se había vestido de monja!

—¿Qué hace usted? —la interpeló.

La joven ignoraba el efecto de su atuendo sobre el hombre.

—No puede presentarse así. Olvida que es mi esposa y que éste es su primer hijo. ¿Qué religiosa ofrecería su pecado a la vista de todos? No sé qué se le pasó por su cabeza pelada. Despójese de esos trapos cuanto antes.

Clara no sabía si lo más hiriente era el tono, o la referencia a su cabello cortado de cualquier manera. Aunque su propósito al ingresar al noviciado había sido renunciar a las vanidades del mundo, al verse fuera del convento esos caprichos femeninos volvían a ella. Si decidió vestirse con el hábito fue porque con él se sentía más segura bajo las miradas masculinas. En especial bajo la del hombre que se cernía

amenazante ante ella.

Tragó saliva y explicó:

—Había pensado que esta vez podría llevar usted a Alfonsito, con el pretexto de que estoy agotada o enferma.

—¿Y por qué haría yo eso?

—Quizá porque me siento agotada de veras.

—¿Acaso no ha dormido lo suficiente? Acaba de reconocer que se pasó de sueño.

—Está bien visto que un esposo atento cuide de la madre que acaba de tener un hijo. Y nos salvaríamos de la conversación de la señora Van Geent, al menos esta vez.

Clara le tendió al bebé envuelto en su manta de lino y Jim no tuvo más remedio que tomarlo. Le escocían las manos y le temblaba un músculo en la mandíbula, pero de todos modos sostuvo al niño con pericia y lo colocó boca abajo para amainar sus protestas. Clara pareció satisfecha.

—Lo guardaré aquí mismo —anunció, mientras entraba al camarote de Jim sin su permiso.

Era lo que había hecho él horas antes, aunque desde su punto de vista masculino la audacia de la mujer no tenía disculpa. A regañadientes aceptó la intromisión para terminar de una vez con el cometido y partió con Alfonsito en brazos rumbo a los camarotes de los Van Geent.

Al quedar a solas, Clara se sentó sobre la litera, sintiendo aún la tibieza del hueco que el cuerpo de Jim había dejado. Reinaba en la cabina un aroma silvestre que ella no logró identificar, y que le recordaba las malezas circundantes de Bellaflor. La ausencia de elementos personales dispersos revelaba que el señor Morris era un hombre ordenado. Claro que tampoco viajaba muy cargado, sólo dos bolsos colgaban de sus hombros. A propósito, ninguno de ellos estaba a la vista. Suspiró, en tanto contemplaba la noche por el ojo de buey. El aire marino se percibía con sutileza, junto con otro olor acre que provenía de las bodegas donde se acumulaba el carbón. A esas horas, el *Lincoln* mostraba su cubierta vacía, como la de un barco a la deriva. Era una imagen triste. Clara no pudo evitar identificarse con ella. ¿Qué haría una vez que encontrase a su padre? ¿Discutiría con él, estando enfermo? Y si no lograba aclarar las cosas entre ellos, ¿renunciaría a sus votos? Ninguna de las opciones parecía adecuada. Había puesto demasiada ilusión en ese viaje y ahora su seguridad flaqueaba. Era probable que arribase antes que la carta que redactó de prisa en el convento para anunciar en Bellaflor su llegada. Si bien no pretendía que fuesen a escoltarla, al menos contaba con que su padre se alegraría de saber que iba camino a su hogar. Rogaba que así fuera. Se preguntó si el señor Morris aceptaría ser su huésped por unos días. Ella se sentiría bien retribuyéndole sus atenciones antes de que siguiese rumbo a Tennessee. Se mordió el labio, pensativa. La idea de despedirse le resultaba agri dulce. Confiaba en aquel hombre que la providencia había puesto en su ruta, pese a su aspereza y su hermetismo. Nada sabía de él, salvo que se dedicaba a los negocios. Ignoraba de qué clase, y tampoco sabía si estaba casado o lo había

estado alguna vez. Ese pensamiento nuevo la indujo a mover los pies con nerviosismo. Sus talones chocaron con un bulto y Clara se inclinó para mirar bajo la cama. ¡Ahí estaban las alforjas!

La puerta se abrió con fuerza y Clara se sobresaltó. Jim estaba de regreso, con Alfonsito sobre un hombro. La miraba con inusitada frialdad.

—¿Comió bien el niño?

Jim avanzó hacia ella y depositó al bebé en su regazo. Sus ojos relucientes se clavaron en los suyos.

—Estaba hurgando —le dijo, con una voz sibilante que a Clara le recordó el siseo de una serpiente.

—¡Por supuesto que no! Jamás haría tal cosa. Me ofende que lo piense.

Él parecía estar barruntando algo más, aparte de su desconfianza. Una rápida ojeada le indicó que todo seguía en su lugar y se relajó, pero la incómoda sensación de que aquella mujercita ponía a prueba su paciencia lo acicateaba otra vez. Dejarla en su camarote había sido mala elección, pues Jim levantaba barreras muy altas que no debían ser franqueadas, y permitir que Clara permaneciese en su intimidad era el tipo de error que no acostumbraba a cometer. De nuevo sintió la inquietud de estar viviendo fuera del camino trazado.

—El niño está satisfecho, dormirá de un tirón hasta mañana.

—Qué bien. Gracias, señor Morris. Se ha convertido en un ángel de la guarda en este viaje.

Jim reprimió una mueca de disgusto ante la comparación.

—Vaya invocando a otro que pueda reemplazarme cuando llegemos al puerto, señorita Clara. Acostumbro viajar ligero de equipaje.

La indirecta era cruel, los comparaba a ella y al niño con fardos o bultos, aunque Clara no se inmutó. Él se preocupaba por la salud del bebé, y los hechos valían más que todas las palabras dichas. Sonrió antes de salir del camarote.

—Usted llegó a nosotros sin necesidad de que lo invocáramos, por la voluntad de Dios.

Y se fue sin esperar respuesta.

Jim permaneció mirando la puerta cerrada unos segundos. La rabia lo consumía, no tanto por causa de Clara La Rochelle sino por él mismo, que se dejaba involucrar en asuntos ajenos que a nada conducían. La pequeña moji-gata era un escollo, algo que debía apartar cuanto antes, y sin embargo se interponía de maneras que lo obligaban a intervenir. La presencia de Alfonsito constituía un lazo que lo ataba a Clara, pues entre su gente era impensable desamparar a una criatura. Nadie sabía quién llegaría a ser, tal vez un jefe, un valiente guerrero, o incluso un shamán, como había ocurrido con él.

Jim había nacido mientras su pueblo se desangraba en aquella senda cuajada de lágrimas, y a pesar de las inclemencias y las desventuras, sobre él había reinado la protección de todos. Su madre podría haberlo abortado, sabiendo que no tenían futuro

allí donde la codicia de los blancos de Washington los enviaba, y no obstante ella había sufrido largas horas sobre la piel de un venado hasta que él vio la luz en una mañana helada. El que entonces era el shamán del grupo había vaticinado augurios, pero ya nadie creía demasiado en la prédica de los shamanes, ellos habían fallado durante la epidemia de viruela y durante la guerra de la independencia de los colonos americanos. Por eso su madre desoyó los consejos del anciano y lo amamantó a escondidas, complementando el té de hierbas sagradas. Si eso lo había tornado menos apto para las visiones, Jim no lo sabía. Lo que sí podía aseverar era que su derrotero se volvía cada vez más confuso, y que ya no estaba seguro de querer vivir toda su vida como consejero espiritual de su pueblo.

Echó una mirada a su alrededor. La cabina le resultó grande y vacía sin la calidez de Clara. Podría haberle ofrecido un cambio y quedarse él en el camarote estrecho de la joven, pero estaba demasiado enojado como para pensar con claridad. Recordó con ironía la sonrisa de Gretel cuando lo vio llegar solo con el bebé. Hasta creyó vislumbrar cierto coqueteo en la nodriza. ¡Lo que le faltaba! Enredarse con una mujer e incurrir en una falsa infidelidad, puesto que no tenía esposa. La situación era tan grotesca que, de haber estado de mejor humor, podría haber reído largo rato pensando en ella. Revisó por rutina sus cosas y al comprobar que Clara no las había tocado, salió al puente para fumar.

Una luna dilatada y amarilla se deshacía en las negras aguas. Flotaba en el aire una humedad viscosa que anunciaba climas cálidos, y la inquietud de esa noche tropical se adueñó de su alma. El halcón siempre había torcido los rumbos previstos, ya debería saberlo después de vivir tantos años en contacto con las entidades superiores. Jim desató el lazo de su corbata y abrió su camisa hasta el pecho, reluciente de sudor bajo la tenue luz. Acodado sobre la barandilla, miró la negrura del océano con la obsesión de penetrar el secreto de sus profundidades. Los hombres solían ser inescrutables hasta que alguien lograba traspasar la superficie de su alma, como un rayo de sol atraviesa las aguas y transforma en azul transparencia la oscuridad nocturna. Esa persona se tornaba entonces peligrosa, podía llegar a dirigir los pasos del otro con facilidad, presentir las corrientes submarinas y anticiparse a ellas. Claramaría La Rochelle poseía esa cualidad. Con su inocente mirar, su sonrisa cándida, su ingenua manera de preguntar y de opinar, hasta con su locuacidad infantil era, en esos momentos, la persona más peligrosa a la que Jim debía enfrentar. Más que a los jefes de su pueblo, más que a Susana o a su familia, Jim debía temer a la monjita delgaducha de cabeza trasquilada que mecía en sus brazos a un bebé ajeno con la misma naturalidad que si hubiese salido de su vientre.

Los días a bordo se sucedían en plácida rutina. Cada cuatro horas visitaban a los Van Geent como gentiles esposos que mantenían una conversación educada, y al volver a sus respectivos camarotes se despedían hasta la vez siguiente. Jim solía pasearse por la cubierta en las noches con el pretexto de tomar aire y descifrar sus propios designios, aunque era obvio que estaba vigilando que nada perturbase el

sueño de la monjita y el niño. Clara no volvió a usar el hábito después del responso, y Jim tuvo que admitir que lucía como una madre muy joven con sus trajes de calicó y sus puntillas. Se la veía fresca y natural, con las mejillas arreboladas por el vigor del aire marino y el cabello enrulado sobre la frente. El sol de la travesía le había bronceado la nariz y creado chispas de oro en los mechones que asomaban bajo la capotita. La primera mitad del viaje transcurrió en una calma chicha que resultaba monótona para los marineros. Una tarde atravesaron una nube de insectos que se ensañó con las pieles más delicadas de los pasajeros. Clara tuvo que poner paños húmedos bajo la puerta para impedir que picasen a Alfonsito. El niño dormía la mayor parte del tiempo, sin duda gracias a la buena leche de la nodriza, y eso le brindaba un respiro. A medida que el vapor enfilaba hacia el norte, sin embargo, el clima se tornó imprevisible y el viento frío obligó a los viajeros a guarecerse en sus cabinas o en las salas comunes, donde al menos podían jugar a los naipes, beber limonada o comentar en corrillos las circunstancias del viaje de cada uno. Jim no frecuentó más el salón de juegos, pero no quitó el ojo a los caballeros que se habían atrevido a tocar a Clara. Descubrió a más de uno mirándolo con aire torvo después del episodio del primer día, quizá pensarán que él se acostaba con ella por derecho del juego, y decidió montar guardia en el pasillo de su camarote. La vigilia cesaría cuando arribasen a destino.

Una mañana ventosa, el capitán Flannery ordenó con su estentórea voz que todo el mundo se mantuviese encerrado en sus cabinas hasta que el mal tiempo pasara. El *Lincoln* se balanceaba de babor a estribor de manera alarmante, y muchos pasajeros sufrieron del mal de mar pese a que llevaban días navegando. Gruesos cabos cruzaban la cubierta para amarrar las cosas que corrían riesgo de resbalar por la borda, y hasta los tripulantes se ataban por la cintura por la misma razón. Las nubes grises se arremolinaron sobre el buque, y chubascos repentinos azotaron las zonas donde otrora los viajeros se sentaban a disfrutar del sol. La tormenta se anunciaba estremecedora. Jim había salido pese a las advertencias, porque su espíritu no soportaba el encierro del camarote. Para un indio, las paredes eran una prisión, aun para los cherokee que habían vivido al modo de los blancos, con sus casas de columnatas, sus granjas y sus establos. El aire resultaba indispensable a los antiguos cazadores de flechas.

El capitán lo observó de reojo. Recordaba a ese hombre de un viaje anterior. Lo había visto cortejando a una maestra bostoniana que iba a Buenos Aires con el cargo de enseñar en las pampas argentinas. Ya en aquel entonces, a Flannery le había resultado sospechosa la actitud del caballero, y de nuevo le hormigueaba la intuición al verlo. Sobre todo porque una vez más se encontraba merodeando a una fémina, en este caso la joven madre que subió a su buque con aire desvalido. Si aquel sujeto era un acosador de mujeres, un ladrón o un buscador de fortunas, el capitán lo ignoraba, aunque su corazón de adalid le indicaba mantenerse alerta.

—Es fuerte la marejada —comentó sin mirar a Jim, que se hallaba a su espalda.

—Así parece. Sobreviviremos.

Flannery se volvió, mascando su pipa.

—Agradezco su confianza, aunque no sé si está fundada o no.

Jim esbozó una rara sonrisa. Cómo decirle a ese hombre visceral que su convicción provenía de otros mundos a los que él iba con frecuencia.

—Tiene que ser así, me esperan en mi pueblo y no puedo defraudarlos.

El capitán masculló algo y luego gritó a un marinero que no atinaba a moverse con rapidez. El *Lincoln* debía usar sus calderas con prudencia, no podía arriesgarse con ese viento.

—Dígame una cosa, señor. Aquella mujercita tan compuesta que bajó en el puerto de Buenos Aires dos años atrás, escoltada por usted... ¿Sabe si consiguió trabajo en ese país?

Jim entendió que el capitán se refería a la maestra que se clavó en su corazón como un puñal y que sólo recurriendo a toda su magia pudo arrancar de él. Aunque la herida cicatrizaba, todavía su recuerdo le nublabla la mente.

Flannery pareció advertirlo, pues añadió:

—Buena mujer. Espero que haya encontrado lo que buscaba.

—Lo hizo. Se casó y ejerce su profesión.

—Veo que se mantuvo al corriente.

—En cierto modo.

La respuesta casual de Jim no revelaba lo que en realidad había sucedido, que él había secuestrado a aquella mujer durante un ataque a la diligencia donde viajaba, ni que la había sometido a una travesía por el desierto hasta que ella consiguió huir, hazaña que aún lo maravillaba. Elizabeth O'Connor había burlado toda su experiencia de cazador. Sonrió con acritud al pensarlo.

—Es un buen recuerdo, por lo que parece —comentó el capitán, sagaz.

—Tiene buena memoria, capitán. Nos recuerda a ambos.

Flannery lo contempló con los ojos entornados, sopesando lo que diría.

—Son ambos difíciles de olvidar, señor.

—James Morris, para servirle.

De algún modo, al capitán no le convenció el apellido, a pesar de que era el mismo que había declarado en el otro viaje, ni tampoco el tono con que lo dijo. Al igual que la vez anterior, la apostura de aquel hombre le resultaba falsa, como si la utilizase a manera de escudo protector. “Deja de rumiar, viejo estúpido”, se reprendió mientras atendía otro percance de a bordo.

Jim se apartó, procurando eludir las preguntas del viejo lobo de mar. Flannery era un tipo rudo y perspicaz, y no deseaba decir nada que lo ayudase a descubrirlo. Jim tenía sus propios secretos, que llevaba con él a bordo del *Lincoln*.

Se desató la temida tormenta. Los rayos crepitaron en el interior de las nubes y más de uno logró descargarse entre las olas con gran conmoción de los tripulantes. Los marinos eran avezados y habían pasado por borrascas similares, pero la



condición del hombre de mar es siempre temerosa de la ira de las fuerzas naturales. Jim también lo era. Un shamán no sólo se comunicaba con los espíritus de la tierra y el cielo, además ofrendaba algo a cambio, pues la reciprocidad es la regla mayor en el universo. Alzó su rostro y recibió la lluvia con los ojos cerrados. Su mente lo llevó hacia las cumbres de las Humeantes, donde las nubes rodaban con idéntica furia algunas veces. Eran las tierras del oso y del venado, el sitio en el que la vida de su pueblo se desarrolló desde época inmemorial, hasta que el hombre blanco se introdujo, primero de modo furtivo a través de cazadores de pieles y comerciantes, luego con sus fusiles y sus uniformes, para acabar expulsándolos de su propio mundo. Un cherokee valoraba la conquista, y ellos mismos habían expulsado en otros tiempos a los creek o a los choctaw de los suelos que después ocuparon, pero la manera insidiosa en que se burlaban del indio, sometiéndolo a tratados y convenciones, almibarándolo con promesas jamás cumplidas y torciendo las palabras para que dijese lo que a ellos convenía, ese modo era propio del blanco. No había honor en la traición, como lo había en la guerra.

A través de la cortina de agua que velaba sus ojos, percibió la figura de la monjita deslizándose por los pasillos.

—Maldición.

Desacataba la orden del capitán y sobre todo, más que nada, la suya propia de permanecer en el camarote y dejar de merodear por el barco. Jim no toleraba desobediencia de ninguna índole. Avanzó hacia ella con los puños cerrados y la mandíbula crispada.

—¿Qué está haciendo? —bramó, pues ya la tormenta rugía en sus oídos.

Los ojos de la joven lucían sorprendidos.

—Es la hora de su leche —arguyó, y mostró el rostro de Alfonsito a través de las cobijas.

El niño se criaba a pasos acelerados. Jim comprobó con satisfacción que poseía fuerza para levantar la cabeza y mirar fijo, algo que señalaba un buen temple.

—Le dije que no saliera, Santa Clara.

Ese mote la molestó. Ella distinguía la burla en el tono insidioso.

—Una lluvia no impedirá que Alfonsito se alimente. Y Gretel lo estará esperando. Puedo ir sola, señor Morris, no tiene por qué acompañarme si no lo desea.

—No es el caso. Debo acompañarla gracias a lo inapropiado del momento, con una tempestad en ciernes. El capitán dio la orden de no salir a cubierta, si no lo sabe. Ahora venga, iremos donde los Van Geent y liquidaremos este asunto.

La tomó de un brazo y la arrastró por debajo de los aleros que almacenaban los botes y las cuerdas. Clara se dejó llevar, pensando que aquel hombre reducía todo a un mero trámite: *asunto*, *equipaje*, *liquidar*, eran palabras que jamás contenían la emoción de un sentimiento. Muy dura debía de haber sido la infancia de Jim Morris, si era incapaz de mostrar ternura o alegría. La única vez que Clara percibió algo sutil fue cuando le reclamó que alimentara al bebé, aunque en esa ocasión pudo deberse a

que su llanto lo fastidiaba. Se daba cuenta de que era un hombre de pocas pulgas.

Gretel se encontraba amamantando a su propio vástago y los recibió con la simpatía habitual, aunque Jim notó que se desilusionaba al ver a Clara; sin duda esperaba que de nuevo apareciese él solo. Se mantuvo alejado con la excusa de fumar, para evitar que la nodriza le dirigiese miradas intencionadas. La mujer mostraba sin pudor sus pechos repletos, haciendo del gesto de amamantar una seducción. Clara, por supuesto, no advertía nada. Jim les dio la espalda para poder concentrarse en sus pensamientos.

Un eructo poderoso lo hizo volverse. Encontró a Clara riendo detrás de él, mientras palmeaba el hombro del niño.

—Es un torito —dijo contenta—. Tomó como si nunca hubiese comido antes, y mire con qué ganas demuestra estar satisfecho. Ester estaría orgullosa.

—¿Ester es su madre?

Clara se turbó. Había cometido una infidencia. Ella no debía decir nada sobre la identidad de los padres de Alfonsito, al menos mientras el niño estuviese bajo su protección. Jim parecía siempre alerta ante el mínimo gesto, y esa vez se había descuidado.

—Sí, lo es.

Jim evaluó el conflicto tras la aparente serenidad de su expresión. Ella tenía sus secretos. ¡Vaya si los tenía! Eran dos contendientes poniendo a prueba sus voluntades. Esa idea caló hondo en su mente. Colibrí Dorado picaba aquí y allá, quedaba suspendida en el aire y volaba rauda hacia otro lado. Bien puesto tenía el nombre.

—Vamos a cambiar de camarote —dijo de pronto Jim, sorprendido de sus propias palabras.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Estarán más cómodos usted y el niño, ya que el mío es más amplio y mira hacia el mar. Busque sus cosas.

Clara esbozó una sonrisa traviesa.

—Señor Morris, si tuviera usted un uniforme, me quedaría más tranquila.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque así entendería esta manía suya de dar órdenes a diestra y siniestra, más propia de un general del ejército.

Jim contuvo el deseo de sonreír también. Era una idea que no se le había ocurrido, y Clara tenía razón, él actuaba como si tuviese derechos sobre ella y el bebé. Como un esposo.

Cambió el rictus por una mueca y abrió la puerta del camarote.

—Apúrese, pronto no se podrá atravesar la cubierta.

En efecto, la borrasca se descargó con toda la furia. El viento atenazaba las escotillas. El *Lincoln* navegaba a merced de las olas que se alzaban por encima de la borda, y caía luego a pique, hundiendo la proa en la espuma. Hasta el capitán se había

atado por la cintura para dirigir las maniobras sin temor de ser barrido de la cubierta. El cielo adquirió una palidez verdosa y pronto no se supo si era de día o de noche, pues las nubes oscuras diluyeron la línea del horizonte.

Clara salía del camarote con Alfonsito y Jim arrastraba su baúl en medio de la correntada que inundaba el puente y caía como cascada sobre ellos.

—¡Apúrese! —gritó mientras la empujaba hacia adelante.

Lucharon contra los elementos y se empaparon hasta los huesos. Jim maldecía sin cesar. Él estaba acostumbrado a navegar los ríos y a pescar, pero el mar era un escenario mucho más temible, y al no verse nada en derredor, causaba la impresión de encontrarse fuera del mundo. Clara cobijaba a Alfonsito, demasiado pequeño para tomar frío, y con la cabeza gacha arribó por fin al sitio donde pasarían los últimos días de navegación.

Tras la puerta cerrada quedaron los gritos ahogados de los tripulantes, que se esforzaban en mantener la dirección correcta en medio del temporal, y los espeluznantes bramidos de las olas chocando contra el casco. Jim aseguró la ventanita del ojo de buey para que el viento no la abriese de sopetón y se quitó el sombrero, que chorreaba agua. De un vistazo apreció la situación de Clara, que tiritaba con el niño apretado contra su pecho. Por fortuna, Alfonsito seguía durmiendo su sueño apacible.

—Déjelo sobre la cama y quítese la ropa. ¡Rápido!

Clara podía escuchar el castañeteo de sus propios dientes, que se acentuó al oír lo que le pedía Jim. Con cuidado depositó al bebé sobre la tarima y descubrió su rostro, para ver si estaba bien.

—A Dios gracias, no se ha mojado.

—Pero usted sí, y puede pescar una pulmonía. Quítese ese traje y frótese con esto —y Jim le extendió un paño grueso que reposaba sobre la jofaina de latón.

Ella lo tomó, indecisa. Miró a su alrededor buscando un rincón privado donde cambiarse, y al no encontrarlo volvió sus ojos hacia el hombre, que aguardaba con los brazos en jarras.

—¿Quiere que la seque yo mismo?

La mera idea aceleró los movimientos de Clara, que se apresuró a abrirse la chaqueta y desprenderla de las mangas mojadas de su blusa. El lino se le había pegado al cuerpo de tal forma que no dejaba nada librado a la imaginación. Hasta los pezones rosados se traslucían bajo el género suave. Jim aspiró hondo y se caló de nuevo el sombrero con brusquedad. Sin mirar a Clara, recogió sus alforjas y salió de la cabina.

—Acomodaré mis cosas y volveré para asegurarme de que todo esté en orden.

Clara respiró aliviada, y lo mismo hizo Jim al verse de nuevo sometido al frío y al agua que venía de todas direcciones. Corrió por el pasillo hasta llegar con su precario equipaje al camarote de la mujer. Empujó con el hombro la puerta, justo antes de que un chubasco venido del puente cayese sobre él. Tenía suerte de no padecer mareos,

quizá porque sus ancestros habían navegado los mares también cuando visitaron la corte de Inglaterra en tiempos en que reinaba cierta armonía entre blancos e indios.

Sacudió el sombrero contra la gaveta vacía y se quitó el saco. Al agacharse para meter bajo la tarima las alforjas, descubrió un objeto brillante en el suelo. Lo dio vuelta entre sus dedos y comprobó estupefacto que era una imagen esmaltada como la que la maestra de Boston había perdido durante el azaroso secuestro al que él la sometió. Ese abalorio y el diario personal eran lo único que conservaba de la mujercita que logró distraerlo por un tiempo de su misión. Jim se había quedado con ambas cosas a manera de recompensa por la pérdida de un amor no correspondido. ¿Qué relación había entre Pequeña Brasa y Colibrí Dorado, para que ambas tuviesen la misma medalla? ¿Algún rito religioso, acaso? Jim meditó unos instantes sobre eso. Se recostó sobre el colchón de paja del camastro, más duro que el de su cabina y cubierto por una manta áspera, y sobó la medalla, pensativo. Había hecho bien en darle a Claramaría su propio camarote. Éste era indigno de una mujer y un niño. Debía de ser el mismo donde viajaban los porteadores de animales llenos de piojos, chinches y paja. Sin duda, Clara no disponía de dinero como para viajar en primera clase. La última parte del trayecto lo haría más cómoda. Y él podía dormir en cualquier sitio, le daba igual.

Aprovechó ese momento de soledad para pensar en su situación. Mientras tuvo en mente la venganza, esa idea capturó toda su voluntad, al punto de llevarlo hasta un país remoto y enfrentarlo con peligros desconocidos. Le había costado mucho encontrar lo que buscaba, y más aún perseguirlo hasta cumplir su objetivo. En el trayecto había dejado jirones de su vida, y ahora que regresaba a su tierra tenía más dudas que certezas. Más de una vez recurrió a su magia cuando la misión lo exigía. ¿Por qué, entonces, le resultaba incómodo verse embarcado en ese viaje de retorno, si era lo que tanto anhelaba?

Ensimismado, captó de pronto una presencia del otro lado de la puerta. En lugar de reaccionar se mantuvo quieto con los ojos cerrados, aguardando. Sus sentidos le indicaban lo que sucedía a pocos pasos de donde estaba. La puerta del camarote se abría con sigilo, aunque era imposible ahogar el ruido de la tempestad que se filtraba en el interior. Alguien deseaba fisgonear o, peor aún, sorprender. Dejó que lo creyese posible. Jim se encontraba sumido en las sombras que se proyectaban sobre la tarima, de modo tal que el intruso sólo vería un bulto acostado. Alerta y con la respiración suspendida, esperó el momento exacto en que el visitante se inclinó sobre su cuerpo, y con la rapidez de un halcón en picada cayó sobre él, al tiempo que lo tomaba del cuello. El hombre se golpeó contra la pared y resbaló hasta quedar sentado en el piso. Jim lo seguía estrangulando con dedos de acero que presionaban con exactitud el hueco de su garganta. El otro tosió, escupió, farfulló un pedido de auxilio que en nada lo conmovió, hasta que estuvo a punto de perder el conocimiento. Recién entonces Jim aflojó el agarre y permitió que el color volviese al rostro del atacante. Era uno de los jugadores de póquer. Y no venía a buscarlo a él, sino a Santa Clara. La sorpresa en

la mirada del hombre al reconocerlo le dio la razón. Pensaría que la tormenta mantendría a todos ocupados o guarecidos en sus camarotes, y que él podría aprovecharse de la joven indefensa sin que nadie acudiese en su ayuda.

—Bastardo.

El otro enrojeció de rabia.

—¿Cómo se atreve? —alcanzó a decir con voz enronquecida por el apretón—. Yo sólo venía a mi...

—¿Se confundió de dormitorio, basura? ¿O creyó que sería bien recibido en éste?

La mirada de Jim era tan incendiaria que el hombre prefirió callar sus endebles argumentos.

—Déjeme ir. Si me lastima, mis amigos lo sabrán y bajará de este barco con grilletes.

Jim sonrió de manera cruel y enigmática.

—A menos que un barquinazo lo hubiese arrojado por la borda en medio de la tormenta. No debió salir con este chubasco, después de la advertencia del capitán. Qué pena que su cuerpo se pierda en el oleaje tempestuoso, pero es lo que ocurre cuando se obra de modo imprudente.

—Escuche, usted ya obtuvo lo que quería. La muchacha no me interesa, sólo sentí la curiosidad, es decir... me pareció... ¡Diablos, qué importa! Olvídense de mí, que yo me olvidaré de usted.

—Eso me toca a mí decirlo. Sin embargo, no lo olvidaré, señor como sellame. Y lo tendré en la mira durante el resto del viaje. Dígaselo a los demás, por si también se confunden de camarote.

Para reafirmar lo dicho, Jim deslizó la punta de un pequeño cuchillo que llevaba dentro de la bota por la papada floja del intruso, hasta que la frente se le perló de sudor. Quería hacerlo sufrir, no matarlo; el sufrimiento prolongado era más eficaz y satisfacía mejor sus instintos.

—Recuérdelo —agregó en voz baja y feroz, y en tanto lo decía la hoja dibujaba una fina línea de sangre en la piel húmeda del jugador.

—Lleva la marca de la escoria —dijo Jim con sorna, y rió de manera desagradable al ver cómo el hombre se tocaba y miraba con espanto la sangre en sus dedos.

Lo dejó ir, era una presa miserable que no intentaría nada más hasta llegar a destino. Los hombres que suplicaban le producían náuseas. Revisó los rincones, por si alguna otra cosa había quedado olvidada, y cerró la puerta con firmeza al salir. Deslizó el medallón en su bolsillo y regresó a su antiguo camarote.

La novicia lo recibió con una mirada de gratitud.

—Éste es mucho más bonito —dijo sonriente—. Gracias por cedérnoslo.

Jim apreció su nuevo atuendo: un vestido de muselina color lila, cerrado en el cuello por unas cintas.

—¿Se cambió los zapatos?

Clara levantó el ruedo y adelantó un pie enfundado en una zapatilla color crema. Jim advirtió también las enaguas y desvió los ojos.

—¿El niño tiene ropa para cambiarse?

—Hemos preparado dos o tres mudas antes de partir. No son gran cosa, están hechas con el algodón de los paños del convento, pero son abrigadas. Pensábamos que Alfonsito contaría con la ayuda de otras personas cuando estuviese en su nuevo hogar, y como no fue así, necesitaré comprarle algo apenas lleguemos.

—Y no tiene suficiente dinero.

—Oh, no, señor Morris. Puedo arreglarme, aunque no costee lujos. Mi padre es un hombre rico en capitales, aunque la guerra debe de haber sido un gran golpe para su plantación. Espero que no se haya endeudado y eso sea la causa de su mal. Nadie me informó mucho sobre su salud, salvo que pedía verme en su lecho de enfermo.

Clara hablaba con voz pausada y mantenía las manos juntas, como si rezara al mismo tiempo. Jim se maravillaba de la facilidad con que le contaba sus pesares. Era algo poco frecuente en las damas, que siempre representaban un papel y disfrazaban sus sentimientos. La joven novicia actuaba sin reservas, y él podía leer en sus ojos la honestidad. Costaba imaginarla departiendo rodeada de cortejantes y jovencitas cazamaridos. Le disgustó comprobar que Clara despertaba su respeto con ese comportamiento.

La contempló unos segundos antes de decidir lo que le diría:

—Tenga. Guarde esto cerca, y úselo si es necesario.

Clara miraba horrorizada el puñalito que el caballero le extendía con naturalidad. Era una joya de artesanía, con la hoja curva y el mango tallado en madera de arce con delicados arabescos.

—¿Qué haría yo con algo así? —protestó, manteniendo las manos tras la espalda, para evitar tocarlo.

—Hundirlo en la carne de alguien, si es preciso.

Clara alzó el rostro y contempló el de Jim con algo parecido a la pena en sus ojos claros.

—Jamás heriría a una persona, señor Morris.

—Señorita La Rochelle, hay personas que merecen morir, puedo asegurárselo. No le pido que salga a lanzar estocadas, sino que lo guarde por si se presenta la ocasión. ¿Qué haría entonces ante un ataque?

—Primero dígame por qué razón alguien me atacaría.

—Por la misma que días antes se la jugaron en una partida de póquer, por diversión. A veces, no se precisa más.

Él no deseaba alarmarla con el relato del intruso en su camarote, ni tampoco ocultarle la realidad de su situación. Una mujer sola en un barco lleno de hombres era una tentación para los inescrupulosos. Pareció que Clara meditaba sobre lo ocurrido y aceptaba guardar el cuchillo, aunque su mirada fue incisiva cuando le espetó:

—Si un criminal nos ataca, lo único que haré será mostrárselo. Mi arma y mi

defensa serán la oración.

Jim se alzó de hombros con indiferencia.

—Como guste. Dicen los cristianos que uno de sus arcángeles llevaba una espada, ¿no?

—Eso es en sentido bíblico, señor Morris. ¿Qué religión practica usted?

Jim evadió la respuesta.

—Por cierto, no la suya. Cierre bien la puerta y arrime el baúl.

Desapareció en la oscuridad de la noche y Clara obedeció sus órdenes. Ella no era ingenua, sabía que acechaban peligros, aunque nada justificaba tomar una vida. El señor Morris exhibía una confianza en su poder y su dominio que resultaba irritante, si bien ella entendía que quizá aquel hombre hubiese debido defender su vida más de una vez. Pobre señor Morris, la falta de fe era su debilidad. Clara pensó que, si compartían juntos el tiempo suficiente, tal vez ella podría infiltrar algo de piedad en su maltrecho corazón. Después de todo, con ella y con Alfonsito había sido bondadoso.

Jim golpeó malhumorado la puerta de su nuevo camarote. La cercanía de aquella joven aspirante a monja le provocaba fastidio, ponía a prueba sus barreras y lo forzaba a dar explicaciones que nunca otorgaba a nadie. Clara tenía la facilidad de desarmarlo con una mirada o una súplica. Y él sabía que su corazón era duro como el pedernal, de modo que se estaba enfrentando a un desafío más grande de lo que en principio creyó. Ya no se trataba de un reto a su abstinencia, ni de una burla a su soledad; lo que la novicia representaba era una grieta en su espíritu, y aparecía justo cuando los caminos de su vida se bifurcaban. ¿Qué significaba Claramaría La Rochelle?

Jim sintió temor de comprobarlo. Si aquella muchacha que él se empeñaba en calificar de santurrón se le aparecía en alguna de sus visiones, entonces el encuentro no habría sido casual. Haberla salvado de las garras de los tahúres formaría parte de una trama mayor, y la presencia de Clara en su vida obedecería a un propósito.

Uno que no estaba preparado para afrontar. Para un hombre como él, que iba tras sus metas como el águila tras sus presas, verse de repente sumido en la incertidumbre era inaudito. La fragilidad de Clara no lo engañaba, la muchacha poseía una fortaleza que provenía del espíritu, y nadie mejor que él para conocer y comprender el alcance de esa cualidad. Si Pequeña Brasa había sido un soldado de férrea voluntad, Colibrí Dorado era un ángel de virtud incorruptible. Ambas, malditas fueran, habían venido al mundo para ponerlo a prueba. Y él debía resistir.

El capitán Flannery contemplaba la lejanía encaramado en el castillo de proa. Desde muy temprano habían comenzado los trabajos para atracar el vapor en el puerto de Boston. Ya podía vislumbrar el brillo de la bahía de Massachusetts y hasta escuchar el graznido de las aves marinas que revoloteaban. El cielo estaba teñido de un extraño color naranja, similar al de los atardeceres violentos del verano. Y estaban en otoño. Se valió del catalejo y frunció el ceño. Notaba un movimiento desusado, sin

duda habría muchos barcos recalando en la bahía. Él no veía la hora de tomarse unas pintas de cerveza en aquella taberna atendida por mozas de pechos desbordantes. Ya podía solazarse con la idea de recostar su cabeza sobre las paredes ennegrecidas por el humo, disfrutar de la vista del puerto desde la tibieza de la cantina y llenar su pipa una y otra vez, soñando con el futuro que le aguardaba, tal vez en una de esas casitas blancas de tejados azules que salpicaban la colina. Nunca había tenido una verdadera casa, un sitio que no se moviera al compás de las olas. Había llegado a la altura de la vida en la que necesitaba un cerco cubierto de petunias, un perro que le llevase el periódico y una mujer que cocinase estofado. Y por las noches, mirar siempre las mismas estrellas, sin preocuparse de los vientos huracanados ni de las peleas de los hombres a bordo.

—Capitán, algo raro está pasando.

Flannery dirigió su catalejo de nuevo hacia la bahía. Al acortar la distancia, se distinguía mejor la actividad del puerto, y la observación del marinero era cierta, aquel tumulto que se veía era inusual. Lanzó una maldición, invocando a todos sus antepasados celtas.

—¡Fuego!

Un resplandor incandescente cubría toda la costa, y el viento oceánico arrastraba un olor peculiar, semejante al del aceite quemado, junto con pequeñas cenizas que oscurecían la mañana.

Boston, la Atenas de América, estaba ardiendo y ellos debían amarrar justo allí.

Jim se encontraba en el puente desde el amanecer. Había pasado mala noche, inquieto por los presentimientos, y miraba también el caos que se producía a escasas millas, en un puerto que solía ser un dechado de prosperidad y eficiencia. Acodado sobre la barandilla, rumiaba su mala suerte. Aquél debía ser el punto donde se despediría de la señorita La Rochelle, y el comienzo de su nueva vida. A ella la vendría a buscar alguien de la plantación de su padre, y él compraría un buen caballo para recorrer la distancia que lo separaba de su gente y de su futuro. Un incendio de traza descomunal era lo menos adecuado para el cumplimiento de sus ordenados planes. Incluso lo era para el capitán Flannery, que estaría cuestionándose la prudencia de acercarse más a aquella ciudad que despedía chispas, como un volcán en erupción. Ya el humo de las chimeneas del *Lincoln* empezaba a mezclarse con las bocanadas que brotaban de la línea costera. Luengas llamaradas alzaban sus fauces al cielo turbio, devorando los edificios de la zona más céntrica y consolidada de Boston. Allí funcionaban depósitos, fábricas, bancos y oficinas. También era la sede de elegantes negocios y coquetas esquinas que Jim conocía bien, como la de Franklin Street, con su graciosa curva flanqueada de casas señoriales y altos postes de alumbrado. Él recordaba en especial una avenida sombreada por manzanos y transitada por bellos carruajes descubiertos. A juzgar por las dimensiones del incendio, habría quedado reducida a escombros. Muchas embarcaciones llevaban anclas para alejarse del desastre que amenazaba con convertir a Boston en cenizas



ardientes.

—¡A estribor! —tronó la voz del capitán.

Él también seguiría el rumbo de la huida, era el único posible en medio de aquella conmoción. Habría que buscar otro puerto, más hacia el sur.

—Mala suerte —comentó Flannery al ver a Jim contemplando la desgracia de los bostonianos.

—Parece que la ira de Dios cae sobre los pueblos —dijo él con cierto sarcasmo.

El capitán lo miró de reojo.

—Por algo será —soltó malhumorado—, aunque maldigo la inoportunidad del castigo. Tenía planes esta noche.

Jim, que también los tenía, adujo con aire sombrío:

—Otra burla divina, desbaratar los planes del hombre. A eso se dedica Dios.

—Oiga —protestó Flannery, que como buen irlandés era piadoso pese a sus invectivas—, está blasfemando más de la cuenta. ¿Será acaso uno de esos predicadores que vaticinan el Apocalipsis? —y cruzó los dedos dentro del bolsillo de la chaqueta, protegiéndose.

Jim soltó una risa extraña que erizó el vello de los brazos del capitán.

—Digamos que me entiendo con los espíritus, sólo eso.

El capitán se vio obligado a contener la réplica para dirigirse a los pasajeros que habían invadido la cubierta llevados por el pavor y gritaban, señalando lo que apenas percibían como un tumulto.

—Señores, por favor —los atajó Flannery—, vuelvan a sus camarotes. Estamos enterados del suceso pero nada podemos hacer, salvo buscar otro puerto donde amarrar.

—¡Otro! —bramó uno de los jugadores de póquer con el rostro abotagado de furia—. ¡Yo tengo que bajar en Boston! No me viene bien cualquier puerto. ¿Qué clase de servicio se brinda aquí?

—¡Exigimos descender en Boston! —clamó otro, más asustado que enfurecido.

Un coro de voces se levantó en protesta por la decisión del capitán, que se plantó ante todos con los brazos en jarras y el cuello hundido entre los hombros.

—Hasta poner un pie en tierra, soy aquí la única autoridad, y el que dude de eso sólo tiene que arrojar al agua y nadar hasta llegar a la costa, que no está lejos. Eso sí, vayan preparándose para hervir a fuego lento cuando estén llegando, pues hasta los peces saltan fritos de las aguas.

El griterío se convirtió en murmullo y se escucharon algunas voces de aprobación ante la sensatez de dirigir la proa hacia otro puerto más seguro. Después de todo, en aquél ya no quedaría ni el amarradero.

—Señor Morris, ha sucedido algo terrible.

Jim se giró hacia Clara con el semblante impertérrito.

—En efecto. Habrá muerto mucha gente y se habrán perdido miles de dólares.

—Qué horror despertar en medio del fuego... ¿Cree usted que lograrán apagarlo

antes de que se extienda?

—Ya se ha extendido lo bastante para ser un agujero en el bolsillo de los colonos.

—Quisiera que no tradujese todo lo que ocurre en monedas, señor, hay algo más que el metal para valorar lo que existe.

—Para usted, que ha gozado del beneficio del dinero mientras pudo y de la limosna de los otros después, es posible, pero para el común de los mortales, que debe pelear a los perros hambrientos la comida diaria, sin duda la unidad de medida es distinta.

Clara lo miró con aquella expresión apenada que Jim ya le conocía.

—Entiendo —repuso—. Sé que la realidad es diferente para cada uno, aun así creo que a la hora de perder lo más valioso, el corazón aprende cuál es la medida que debe aplicar. Esas pobres gentes han perdido quizá sus casas y sus bienes, sin embargo, estoy segura de que en estos momentos se están abrazando unos a otros, felices de encontrarse juntos y a salvo.

Jim la horadó con sus ojos negros.

—Señorita Clara, si no supiera que no aprecia las bromas, diría que en este instante se está burlando de mí.

—Por favor, señor Morris, no piense así. Lo que digo es lo que siento, nada más, pero entiendo que pueda opinar de otra manera. Además —y suspiró mirando hacia la convulsionada costa de la bahía—, este incendio estropea mis planes.

—¿Cuáles eran, si puedo saberlo?

—Lo primero, telegrafiar a la madre del niño para decirle que se encuentra en buenas manos y que por el momento no podrá quedarse con la persona indicada. Serán noticias difíciles de asimilar, pero preferibles a la incertidumbre de ignorar su paradero. Alfonsito vivirá conmigo hasta que pueda devolverlo a su hogar.

—¿Piensa regresar a la Argentina?

—¡Por supuesto! Allí me esperan las Hermanas de la Orden de Nazaret. No he renunciado a mi profesión de fe, señor, sólo me alejé para acompañar a mi padre.

—¿Y cómo siguen sus planes?

—Pensaba tomar el tren hacia Richmond. Desde allí me será más fácil alquilar un carruaje hasta Bellaflor.

—Pensé que alguien de la plantación vendría a buscarla.

Clara titubeó.

—Bueno, no hubo tiempo de recibir la respuesta a mi carta. Y considerando que las cosas han cambiado, con mi padre enfermo y los vestigios de la guerra...

—Sospecho que su vida será más dura de lo que la recuerda, señorita La Rochelle.

—Si es la voluntad de Dios que así sea, la aceptaré gustosa.

Jim comenzó a impacientarse ante tanta serenidad y complacencia.

—Es admirable su vocación de mártir, señorita Clara, pero ahora debe pensar también en el niño.

Ella acunó un poco a Alfonsito al escuchar eso. El niño era su mayor preocupación, y no estaba segura de cómo sobrellevar su presencia durante lo que le quedaba de viaje. Había pensado mucho en eso durante los días anteriores, y esperaba que aquel caballero no rechazase su propuesta.

—De eso quería hablarle, señor Morris. ¿Hacia dónde se dirige usted con exactitud?

—A mi hogar —fue la lacónica respuesta.

—Dijo usted que quedaba cerca de Virginia.

—Me ha entendido mal. Dije que tenía negocios en Tennessee, nada más.

Clara respiró hondo para tomar aliento.

—¿Entonces su hogar está en otro estado?

Jim iba a contestar que su hogar había sido destruido por la maldad de los blancos, que su clan ya no tenía jefe ni sucesor, y que de su antigua vivienda sólo quedaba el recuerdo, cuando un puchero de Alfonsito distrajo la atención de Claramaría.

—Ya ha comido, pero está inquieto. Se diría que percibe la tensión en el ambiente —y la joven miró en derredor, donde los pasajeros se agolpaban para ver mejor el infierno en el que se consumía la hermosa ciudad. El aire se había colmado de gritos y sirenas lejanas, sin duda los bomberos acudirían a diferentes puntos de incendio. A pesar de encontrarse aún lejos, la agitación permitía adivinar escenas dantescas de la población cercada por el fuego, edificios desmoronándose con estruendo, caballos enloquecidos pateando los establos, y cientos de personas huyendo sin saber adónde ir para salvar el pellejo. Una sensación de impotencia se abatió sobre todos ante un fuerte estampido que podría haber significado un derrumbe o la explosión de un depósito de gas.

—Chicago se incendió el año pasado —dijo una mujer entre sollozos—, ahora le toca a Boston.

—Es una maldición bíblica —masculló un anciano de barba profusa y ojos diminutos.

—Dios no es vengativo —protestó Clara, girándose hacia el hombre.

El anciano la taladró con sus ojillos y alzó las manos al cielo, dejando al descubierto la piel pecosa de sus escuálidos brazos.

—¡Es una maldición! —chilló—. Y todo por una vaca que pateó una linterna en un granero. ¿Acaso le parece razonable? Es todo un símbolo, mujer. ¿Es que no lo ve?

Jim la tomó del codo y la llevó unos pasos más lejos del grupo reunido.

—Aléjese de los fanáticos, señorita Clara, si no quiere quemarse como el puerto de Boston. Y no opine de todo lo que escuche, no es necesario. A veces es sensato quedarse callado.

Clara inclinó la cabeza, avergonzada. Era su pecado, su falta constante.

—Ojalá pudiera darme cuenta de eso a tiempo —murmuró.

Jim la soltó de inmediato. Ella nunca intentaba zafarse de sus apretones ni contrariarlo. Cedía ante la mínima presión, y estaba dispuesta a culparse de todo lo que ocurría. Era demasiado ingenua o más bien tonta. Y él era un hombre poco acostumbrado a las damiselas. Bastante había tenido al poner el ojo sobre una señorita del Este aquella vez, no iba a quemarse dos veces en el mismo fuego. Además, la vida de un shamán se desenvolvía alejada del contacto femenino. Innumerables eran las ocasiones en que un cherokee debía abstenerse de tocar mujer: antes y después de la iniciación, antes de una partida de caza, o en los preparativos de un juego de pelota. Para un shamán las exigencias eran aún mayores. Si bien ya no corrían los tiempos antiguos en que los shamanes dirigían todos los movimientos de la tribu, quedaban resabios de su papel en la comunidad. Jim era respetado, y al volver de su misión lo sería aún más.

El *Lincoln* se desplazaba a todo vapor hacia el sur, bordeando la costa a cierta distancia. Era imperioso recargar las bodegas de carbón, por lo cual Jim suponía que el atracadero elegido no estaría lejos. Flannery chupaba su pipa y sacudía la cabeza, afligido por las pérdidas; de Boston salían a diario toneles de ron, fardos de tabaco y cantidades de pescado y sal, y él, como marino, conocía bien el valor de aquellas mercancías, así como de las manufacturas de cuero que el puerto exportaba. ¿Qué se habría hecho de la cálida cantina donde pensaba ahogar su melancolía? No quería ni pensarlo.

—¡Plymouth! —exclamó alguien, pues se había corrido la voz de que la decisión del capitán era atracar en el puerto más cercano y más antiguo.

Los Van Geent se abrazaron, conmovidos. Era el origen de sus familias y un lugar venerado. Allí desembarcaron los Peregrinos, primeros colonos puritanos que abordaron el *Mayflower*, sus ancestros. El matrimonio encontró un designio divino en todo aquello.

—¿Qué tiene que hacer usted en Plymouth, señor Morris? —dijo de pronto Clara.

—Nada, así que me largaré apenas ponga un pie en el puerto.

Bien sabía él que la monjita quería engatusarlo para seguir juntos, pero no iba a facilitarle las cosas; si algo detestaba Jim era que lo manipularan. En todo caso, a él le tocaba elegir primero.

—Tenemos unas cuantas horas por delante antes de desembarcar, sugiero que descanse todo lo que pueda, que yo pasaré a buscarla cuando sea el momento.

Clara asintió en silencio y se volvió rumbo al camarote. Era una figura frágil en apariencia, cargada con ese niño que le complicaba la vida, y sin otro norte que llegar a una plantación devastada. Porque Jim estaba seguro de que la realidad golpearía fuerte a Santa Clara. Aunque encontrara su hogar, no sería la magnífica mansión sureña que ella recordaba.

Él tendría que hacerse cargo, al menos, de ponerla a resguardo en un tren o una diligencia.

El *Lincoln* se arrimó con suavidad al muelle, abarrotado de pequeños barcos y de

gente. Había sorteado con pericia las corrientes y los vientos para adentrarse en la bahía del cabo, y ya se encontraba mostrando su eslora a los habitantes de Plymouth. Las primeras casas que se ofrecían a la vista eran modestas y oscuras viviendas de troncos con techos de paja, rodeadas de cercos que protegían pequeños jardines. De la bahía se desprendían caminos que trazaban líneas ascendentes hacia las colinas. Los pasajeros del *Lincoln* guardaban respetuoso silencio, en parte por el recuerdo patriótico que despertaba en la mayoría de ellos la vida de aquellas colonias inglesas que inauguraron sin saberlo el país que ahora tenían, y también porque muchos de ellos eran descendientes de los Peregrinos y sabían que allí, en Plymouth, se había celebrado por primera vez la fiesta de Acción de Gracias que constituía un hito sagrado en sus costumbres.

Jim también reflexionaba, sumido en sus propios pensamientos, que eran bien distintos a los de la mayoría. Para él, aquellas colonias habían significado el comienzo de una era de dolor y decadencia. Si su gente hubiera sabido lo que la aguardaba con aquellos hombres de piel pálida que vestían ropa oscura de altos sombreros y anchos cuellos blancos, otra habría sido la reacción inicial.

Plymouth había crecido desde entonces, y a los ojos de los navegantes ofrecía avenidas recorridas por carruajes y peatones de discreta elegancia, marquesinas con grandes letreros y opulentas vidrieras. Las chimeneas denunciaban el progreso en las fábricas, y la cantidad de cajones apilados en el puerto hablaba de prosperidad y negocios. Las noticias de Boston habían llegado por telégrafo, y los habitantes se hallaban consternados. Por primera vez, reparaban en que ellos también resultaban vulnerables, con sus viviendas encimadas unas sobre otras. La ciudad puerto era una masa compacta acechada por el peligro de las calderas, los establos repletos de heno, los hornos y las leñeras. Muchos empezaron a ver la utilidad de desplazarse hacia el sector oeste, donde los árboles formaban hermosos arcos dorados que ocultaban la cima de las colinas azules.

Jim abandonó la cubierta para ir en busca de Clara, que había obedecido sus órdenes a pie juntillas, a juzgar por su ausencia. La encontró atareada cambiando de ropa a Alfonsito. Para ser una joven soltera y sin experiencia, lo hacía bastante bien. Sus movimientos eran enérgicos y suaves, y lograba distraer la atención del pequeño del molesto zarandeo.

—¿Está lista?

Clara lo miró de reojo.

—¿El capitán ha echado el ancla?

—Está en esos menesteres —respondió Jim con aire casual, mientras se sentaba en el borde del camastro para contemplar al bebé—. Parece contento.

—Es un angelito. No ha dado más trabajo que el que daría un cachorro. Y a Dios gracias, no ha pescado ninguna enfermedad a bordo. Estaba preocupada, pues en el convento no me permitieron empacar ninguno de los potingues que hay en la botica. Claro, ellas no sabían que yo viajaría con un niño...

—¿Sabe aplicar medicina?

—Bueno, no tengo un saber académico, si a eso se refiere —y Clara calló su pena más profunda en ese sentido—, aunque se me dan bien las curaciones.

El tema despertó el recelo de Jim. Él poseía el conocimiento, tanto de los ritos mágicos como de las plantas, para erradicar los males del cuerpo y del espíritu. Saber que Claramaría se inclinaba también hacia ese lado le produjo un importuno cosquilleo.

Una razón de más para cuestionarse su presencia en aquel viaje.

—Si ya guardó todas sus cosas, llevaré el baúl a cubierta para acelerar el descenso —dijo de pronto, sin indagar en ese aspecto desconocido de la novicia.

Por fin se encontraron sobre el puente, contemplando las maniobras del amarre, Jim cargando sus alforjas y Clara con el bebé y el canasto, ambos de pie junto al viejo baúl de Virginia. Los Van Geent se acercaron excitados.

—¡Miren dónde venimos a parar! —exclamó Gisela gozosa—. Aprovecharé la ocasión para visitar a una de mis tías. Y mi esposo tiene amigos aquí, con algunos se ha criado de niño. Espero que para ustedes no sea demasiado complicado este cambio de rumbo. Después de todo, Boston no está lejos, sin duda algún servicio los alcanzará cuando todo esto pase. Dios bendito, sólo Él sabe lo que hace y deshace.

La verbosidad de la buena mujer evitó a Jim y a Clara el compromiso de responder lo que ninguno de los dos tenía aún en claro. Hendrick se mostraba emocionado y orgulloso de volver a pisar su suelo natal, y permanecía ajeno a las efusividades de su esposa. En cuanto a Gretel, la rolliza joven cargaba a su Jan en una cadera y sostenía contra la otra al más pequeño de los Van Geent.

—Conocerá a sus parientes —añadió Gisela pellizcando la mejilla de su hijo, tan rubicundo como el padre.

—Me alegra que este episodio tenga final feliz para todos vosotros —dijo Clara con amabilidad, y de repente agregó—: Nosotros buscaremos alojamiento aquí por un día, luego seguiremos viaje hacia Richmond. Mi padre se encuentra enfermo y quiere verme.

—Cuánto lo siento, señora Morris. Es así la vida, una cosa buena y otra mala. Dios le dio un hijo, y quizá le quite a un padre. Oh, perdón, no quise decir eso...

Clara respiró para serenarse.

—Entiendo. La vida está en manos de Dios.

—Sabias palabras. Querido, será mejor que nos acerquemos, no quisiera quedarme a bordo ni un minuto más del necesario. Señor Morris, que Dios lo acompañe y le reserve prosperidad. Señora Morris, benditos sean usted y su hijo. Sin duda encontrará a alguna otra nodriza en esta ciudad tan bonita. Gretel, apresúrate.

Hendrick Van Geent salió de su ensimismamiento y saludó de prisa para seguir los pasos alborotados de su esposa. Gretel acarició la cabecita de Alfonso que asomaba bajo la cobija, y murmuró algo que no comprendieron. Antes de volverse, miró a Jim directo a los ojos. Éste apenas lo notó, perturbado como estaba ante la

descarada respuesta de Clara. ¿Se alojarían en Plymouth y luego seguirían hasta Virginia? ¿En qué momento aquella desvergonzada había tomado esa decisión?

—Parece que tiene todo calculado —le dijo con acidez mientras caminaban hacia la plataforma que habían tendido desde el buque.

—Dije eso por mi cuenta, señor Morris, y no lo comprometo. Es el camino que haré yo con Alfonsito, aunque si usted se nos une, reconozco que me dará mucho placer. Además, tenía la intención de invitarlo a quedarse con mi padre en Bellaflor unos días. Después de haber cuidado tanto de nosotros, es lo menos que puedo hacer.

Antes de que él pudiese replicar, Clara se volvió hacia un caballero que la saludaba tocándose el sombrero con reverencia. Jim no podía creer lo que veía: ¡era el jugador de póquer, el que él había estado a punto de acuchillar en el camarote! El hombre le dirigió una mirada aviesa mientras departía con Clara.

—Mis respetos, señora, y mis disculpas por el malentendido del primer día. Usted sabe cómo somos los hombres cuando bebemos de más, a veces perdemos la cordura. Lamento haberle causado zozobra, espero que no me guarde rencor.

Clara lo miraba con una expresión indescifrable. Había tenido miedo, y se había sentido miserable al quedar expuesta al escarnio y a la burla, pero en cierto modo aquel episodio había atraído hacia ella la atención del señor Morris, que se convirtió en su paladín durante el viaje. Si debía ser sincera, era una compensación más que suficiente, y ella no albergaba rencores ni odios en su corazón. Despidió al hombre con una sonrisa y hasta le deseó buenaventura. Jim sentía que su pecho estaba a punto de estallar de furia.

—De haber sabido que era tan fácil seducirla, señorita Clara, podría haber sacado provecho.

—Es usted demasiado noble para esos pensamientos, señor.

Todavía latía en Jim la indignación cuando ayudó a Clara a poner sus pies sobre la plataforma y a acomodarse en la lancha de desembarque. Y aun después, cuando iban a bordo de un coche rumbo a una posada en los alrededores de la playa del cabo, la sangre le hervía bajo la piel de un modo tan intenso que temió parecer más rojo de lo que ya era.

A diferencia del posadero de Buenos Aires, que veía en Jim Morris a un sujeto peligroso y nada más, el encargado de la Horseshoe Bend se dio cuenta de inmediato del hombre que había bajo las costosas ropas de caballero. No en vano había combatido en diversas milicias cooperando en expulsar a los indios del Este de sus tierras, para dar lugar a los nuevos colonos. El mismo nombre de su hotel era un recordatorio de la batalla en la que el general Jackson triunfó gracias a la ayuda de los cherokees. También era, para Jim, recordatorio de la traición sufrida, pues luego de lograr la victoria contra los rebeldes Palos Rojos, los cherokees se vieron esquilmados por el mismo ejército blanco al que pertenecían.

Jim supo que aquel posadero de patillas hirsutas y vientre prominente era un enemigo.

Se inscribieron en el registro como el señor y la señora Morris para evitar llamar la atención, y pidieron dos cuartos comunicados con la excusa de que el niño lloraba de noche e impedía a su padre conciliar el sueño. Una vez instalados, Jim verificó la cerradura de ambas puertas exteriores, y luego quitó la llave a la intermedia.

—¿Por qué hace eso? —quiso saber Clara.

—Para que nada se interponga entre nosotros si a alguno se le ocurre husmear.

—Señor Morris, creo que exagera sus precauciones. Esta ciudad es muy civilizada, he visto policías en las calles.

—Si no hubiera bandidos, la policía no tendría trabajo, señorita Clara. Además, debe cuidarse de los que parecen buena gente.

Clara esbozó una sonrisa pícaro.

—Entonces debería cuidarme de usted —comentó, en son de broma.

—Ya lo ha dicho.

Los cuartos eran pequeños y abarrotados de muebles de diverso origen. Después de echar un vistazo, Clara encontró un silloncito apropiado para hacer de cuna y allí acomodó al bebé, que ya sacudía sus puños y dejaba oír sus gorgoritos.

—Se ha pasado la hora de su leche —dijo afligida, y se llevó una mano a la frente, como si se sintiese de pronto afiebrada—. No pensé que fuese tan difícil alimentar a un niño.

Jim acomodaba los bultos sin revelar preocupación alguna, y por fin se dignó mirarla.

—Me ocuparé de eso —fue todo lo que dijo.

Ella supuso que saldría en busca de una nueva nodriza, y ya se estaba preguntando si podría confiar en cualquier mujer de pechos grandes que apareciese, cuando vio que el hombre se quitaba la levita, el chaleco y la camisa. Azorada, retrocedió un paso hasta chocar con el borde de la cama. Jim la ignoró. De una de sus alforjas sacó una manta y la extendió sobre la alfombra. Luego mezcló hierbas trituradas en un recipiente. Sus dedos largos y oscuros trabajaban con minuciosidad, apretando hasta desmenuzar las hojas. Una vez que estuvo satisfecho del resultado, extrajo de la bolsa una piedra lisa y sobre ella armó un pequeño nido de ramas rotas. Encendió un fuego mínimo con tal rapidez que a Clara se le antojó magia.

—¿Tiene agua en ese biberón? —preguntó abstraído.

—Ya no queda más.

—Vaya abajo y pídale al posadero una jarra con agua. Si se atreve a preguntar, dígame que va a lavar al niño.

Clara obedeció presurosa. No tenía idea de lo que pensaba hacer Jim Morris, pero la seguridad de sus gestos le inspiraba confianza. Al cabo de unos minutos, regresó con una jarra de estaño llena de agua que Jim fue volcando sobre el cuenco con hierbas, midiendo la cantidad justa. Luego calentó la mezcla sobre la llama. Un aroma sutil se esparció por la habitación. Parecía que la esencia misma de la pradera se había filtrado en aquel cuarto. Jim aspiró el humo hasta que decidió que estaba



listo, y con ayuda de un cedazo de género filtró el té en otro recipiente. Clara no se perdía un ápice de sus gestos. Llevada por su instinto, en un momento dado había oído la mezcla para descubrir de qué se trataba, al ver que Jim le daba la espalda. Él se volvió, por fin, y le extendió el filtro.

—Vierta esto en el biberón.

Clara apretó los dientes e hizo lo que le pedía. Se moría por preguntar a ese hombre misterioso qué clase de brebaje acababa de preparar, puesto que estaba en juego la salud de Alfonsito.

—Disculpe, señor Morris —empezó a decir, y se cortó al ver que él extendía una mano hacia ella.

Con delicadeza, Jim quitó de la nariz de Clara una brizna de hierba que le había quedado adherida. Ella creyó advertir un brillo de diversión en sus ojos, pese a que se mantenía serio.

—No le hará ningún daño. Antes bien, lo fortalecerá y hará de él un niño especial.

—Pero... ¿qué es?

—Té sagrado.

—¿Está bendito?

Jim sonrió a medias.

—Las hierbas son sagradas —dijo con naturalidad—. Yo mismo he sido criado así, al menos en parte.

—Sé que las plantas tienen poderes curativos, pero hay que saber suministrarlas en la medida justa. En la botica teníamos un secadero donde preparábamos las sustancias. ¿Qué hierbas son éstas?

—Señorita La Rochelle, aunque se lo dijese no las conocería, así como tampoco entendería lo esencial de este filtro. Confíe en mí y en mis... conocimientos.

Había estado a punto de decir “mis poderes”, y prefirió no revelar a Clara su identidad. Ella lo miró con aprensión y por fin cedió, quizá presionada por el llanto de Alfonsito, que ya se hacía escuchar. Con ternura lo alzó y, cuando estaba a punto de tentarlo con la tetina del biberón, Jim se lo arrebató de pronto.

—Se lo daré yo.

Sorprendida, la joven permitió que el hombre sostuviese al bebé contra su pecho desnudo. Jim abrió las mantas y lo puso en contacto con su piel morena. Luego lo envolvió, formando un nido con su cuerpo. Ese contacto cálido tranquilizó de inmediato al niño. Del montoncito de lana brotaban los ruidos de la succión del té. Podría no ser un brebaje apropiado, que a Alfonsito le encantaba de todos modos.

Clara evaluó la expresión de Jim mientras lo alimentaba. Se lo veía reconcentrado, hasta severo en la contemplación del bebé, y su brazo firme lo sostenía en la posición adecuada para que el líquido fluyese sin ahogarlo. Después de un rato, un eructo suave reveló que Alfonso estaba satisfecho y sólo deseaba dormir.

—Acúnelo —ordenó Jim—. Yo guardaré todo esto.

Al acercarse al hombre, Clara percibió un aroma distinto que las ropas ocultaban,

un olor ahumado que ella jamás había conocido y que la turbó. Alzó los ojos, y se topó con la mirada intensa de Jim, traspasándola. Con celeridad tomó al bebé y se paseó con él un buen rato, mucho después de saber que estaba dormido, hasta que el señor Morris se vistió, guardó todo en su alforja y desapareció por la puerta intermedia.

Clara se estremeció al recordar que él había conservado la llave.

Alfonsito durmió de un tirón toda la noche, y la joven se preguntó si alguna de esas hierbas sería soporífera. Largo rato le demandó a ella conciliar el sueño, después de lo que había visto. La personalidad del señor Morris era tan atrayente como inquietante. Sólo sabía que era un hombre de negocios de Tennessee. ¿Qué comerciante estaría tan compenetrado del uso de las hierbas y las llamaría “sagradas”? Era inverosímil. Por otro lado, Clara se hallaba familiarizada con las prácticas medicinales, las había conocido desde muy pequeña, y la manera segura con que el señor Morris procedió sólo podía significar que él también sabía medicina. Quizá no fuese diplomado como lo era su padre, pero podría aplicar curaciones, como el barbero que visitaba el convento. La causó gracia imaginar al señor Morris en el papel del torpe barbero que sangraba enfermos y aplicaba ventosas. Nada más alejado del tipo aquél que ese hombre alto, callado y eficiente, que inspiraba en ella sensaciones encontradas. Clara era confiada, sin embargo esa vez había ido demasiado lejos al viajar en compañía de un hombre que no mostraba sus credenciales ni tenía buen carácter. Si bien nunca intentó nada deshonesto, ella no sabía si detrás de la máscara del caballero acechaba un maníaco o un delincuente perseguido por la ley. Tal vez fuera un soldado, y eso explicaría su empeño en mandar, o quizá un tahúr, puesto que había ganado el juego de póquer con facilidad. Clara cerró los ojos para borrar todas esas imágenes. De nada valía preocuparse, cuando aquel hombre enigmático tenía en sus manos su vida y la de Alfonsito, y hasta el momento las había defendido. Tampoco era decente pensar demasiado en un hombre. Ella esperaba consagrarse a Dios, y personas como el señor Morris debían contar como ovejas descarriadas a las que ayudar. Poco a poco, el cansancio la indujo a un sueño tranquilo, sólo interrumpido por el ruido ocasional de las ruedas de un carruaje en la noche.

Jim no las tenía todas consigo tampoco. Había tomado la decisión de no usar la magia shamánica para bucear en el futuro. A pesar de que esa búsqueda hubiese acallado todos sus temores, a veces deseaba vivir la vida de un hombre normal, que ignora cuanto puede sucederle. Ya en otra ocasión usó sus poderes para enterarse de algo que no le agradaba, y por culpa de esa revelación había adoptado una conducta inapropiada. Prefería esperar, y confiar más en su instinto que en las entidades que lo iluminaban.

Tendido cuan largo era sobre la cama sin deshacer, apoyó la cabeza sobre las manos, la mirada fija en las vigas del techo. Tenía dos opciones: abandonar a la novicia y al niño a la mañana siguiente, después de embarcarlos en un tren rumbo a

Richmond, o desviarse de su camino y hacer él mismo ese viaje, hasta asegurarse de que llegaran a salvo. Se dijo que lo hacía por el niño, por temor a que sucumbiese a los peligros que acechaban, al ser tan pequeño y desvalido. Se dijo también que aceptaba las pequeñas manipulaciones de la santurrón Clara porque eran inocentes ante las traiciones a las que estaba acostumbrado. Y tuvo que reconocer, al fin, que aquella mujer sin pelo y de grandes ojos lo intrigaba lo suficiente como para obligarlo a torcer el rumbo de su destino. Los misterios se iban adhiriendo al ruedo de su túnica monacal como hierbajos del camino, y a Jim no le gustaban los cabos sueltos.

Sólo por eso no le perdería pisada.



## CAPÍTULO 3

Richmond estaba atravesando la llamada Reconstrucción, después de la guerra. Había sido una de las plazas más ferozmente defendidas por los Confederados y más cruelmente atacadas por los de la Unión, y las cicatrices de esa contienda civil estaban aún en carne viva. Por primera vez desde que partió, Clara sintió latir en su seno el temor de lo que pudiera toparse al llegar a Bellaflor. Por doquier se veían señales de ruina y decadencia. Jim las notaba también, aunque él había formado parte de la legendaria Thomas' Legion durante la Secesión, y las consecuencias de la guerra no tenían secretos para él. La miseria, la orfandad, la devastación, el pillaje, eran las lacras habituales, añadidas a las que sufrieron los cherokee tiempo antes. Ruinosos edificios alzaban sus esqueletos chamuscados hacia el cielo, en mudo reclamo por el destino de la capital de la Confederación, entre ellos el de la acería de Tredegar, de donde había salido el primer acorazado que tuvo la guerra. Eran recuerdos recientes y muy dolorosos para los naturales de Virginia, y Jim entendía que flotara un clima de desazón ante la derrota y la humillación de rendirse, pese a la heroica resistencia. El barrio comercial estaba aún en ruinas y en la calle quedaban restos de escombros y de cenizas que el tiempo y la mugre habían solidificado.

Desde allí podía escucharse el rumor de las cascadas del antiguo Powhatan que los conquistadores bautizaron "río James". Bajo sus puentes, Jim había bebido café rancio y dormido con la culata del fusil bajo la axila, en la desesperada defensa del baluarte sureño. Aquella tierra no le era del todo indiferente, tenía razón la monjita, podían considerarse vecinos.

—Todavía funciona el canal —comentó, admirado de ver que aquel sistema que permitía trasladar las mercancías por el río, desde las cascadas hacia el oeste, perduraba pese a la existencia del ferrocarril. Richmond estaba ubicada en un sitio estratégico, y era lógico que circularsen tanto los barcos como los trenes.

—Es muy bonito, sí —dijo Clara, distraída. Su atención estaba centrada en un hombre de piel morena que la miraba agazapado desde un rincón del porche del hotel. Era uno de tantos que deambulaban en busca de algún miserable trabajo ocasional que les permitiese subsistir hasta el día siguiente. Sus ropas combinaban uniforme militar y prendas como las de los esclavos de la plantación de su padre. Era un hombre libre, aunque su libertad no le proporcionase ningún gozo. Sin duda, más de uno de aquellos libertos añoraría los días en que disfrutaban de una cama y un plato caliente cada noche, luego del duro trabajo de los campos. *Dadme la libertad o dadme la muerte*, la conmovedora frase de Patrick Henry en vísperas de la revolución norteamericana adquiriría una connotación trágica en esos tiempos posteriores a la guerra civil.

Jim, en cambio, miraba hacia la lejanía, donde se vislumbraban los valles y las colinas, y donde él sabía que la antigua tribu de los Powhatan solía pescar y

comerciar, marcando los troncos de los árboles a su paso como una forma de señalar el camino a los que venían detrás. La rubia y esquilada señorita Clara ignoraba todo eso, ella había vivido en una elegante mansión edificada sobre su aristocrático derecho. En realidad, Jim no cuestionaba ese modo de vida, que había sido el de muchos cherokee; lo indignaba que la sociedad criolla se erigiese como la única que podía gozar de él y necesitase despojar a los indios de sus legítimos dominios. Por supuesto, no podía endilgar esa culpa a la joven que a su lado compartía la pena por la destrucción de la bella Richmond. Clara no había dado la orden de expulsar a los cherokee de sus tierras, ni la había ejecutado tampoco. Faltaba saber qué opinión le merecía todo aquello, y Jim no tardaría en averiguarlo.

Observó que su indeseada compañía se demoraba en seguirlo y se volvió. Clara se encontraba de pie junto a un mendigo que parecía rehuirla. Respiró hondo para contenerse. Aquella mujer inventaba problemas cuando no los había. La joven se inclinaba un poco y pronunciaba palabras que el hombre evitaba escuchar.

—Señor Morris, por favor, ayúdeme. Este hombre es uno de los plantadores de mi padre en Bellaflor, lo conozco. Necesita ropa y comida, salta a la vista. No quiere aceptarlo, se empeña en decir que él nunca trabajó en una plantación.

Era difícil que algunos de los libertos que merodeaban la estación del tren no hubiesen vivido antes en una de las grandes haciendas sureñas, y ése no sería justo la excepción. El hombre mentía, o bien estaba desquiciado por el sufrimiento y no reconocía a su antigua patrona.

—Déjelo, Clara. No puede forzar a la gente a aceptar su caridad.

—Por favor, quiero ayudarlo. Si no sabe quién soy, no le molestará.

Jim miró hacia el final de la calle. La antigua Oficina de Libertos se encontraba abierta, rodeada de desharrapados que fumaban, dormían en el umbral o se recostaban en la acera.

—¿Has ido a pedir trabajo allá? —preguntó Jim al hombre en tono perentorio.

El otro, acostumbrado a obedecer las voces de mando, respondió con malhumor.

—No hay.

—Podría acompañarnos y emplearse de nuevo en Bellaflor por un sueldo.

Jim apretó los dientes.

—No complique este viaje más de lo que ya está, señorita La Rochelle. Cargar con un bebé es suficiente, no vamos a añadir un esclavo desahuciado por la guerra.

—Él ya no es esclavo, por eso le ofrezco un trabajo digno.

—¿Cómo sabe que su padre lo aprobará?

Clara titubeó. Le estaba llevando muchos problemas a su padre: un niño que no era nada suyo, su propia decisión de consagrarse... En cierto modo, el señor Morris tenía razón, debía pensar en el doctor también, pues se encontraba enfermo y de seguro endeudado.

Suspiró, derrotada.

—Al menos, acepte algo de dinero —hurgó en un bolsito que colgaba de su

cintura y extrajo unas monedas que contempló con abatimiento.

—No es mucho, pero en algo contribuirán —comentó, mientras las depositaba en la palma encallecida del mendigo. Éste la miró de frente por primera vez, con grandes ojos vidriosos.

Era la señorita Clara, lo sabía bien. La hermosa señorita que solía beber limonada en el porche mientras él y otros pasaban rumbo a sus barracas cada atardecer. Más de una vez su mirada se había desviado hacia ella, con sus rizos refulgiendo en el último rayo de sol, su risa cristalina que acariciaba el alma y su figura delicada envuelta en gasas de suaves colores. ¿Qué hacía la señorita Clara La Rochelle bajando de un tren en Richmond, con un bebé en los brazos y al lado de un indio? Sólo Dios sabría la razón de eso. Al pobre de Melitón le tocaba observar y callar, nada más. Cerró la mano con las monedas y bajó la vista. Ya nada quedaba de Bellaflor y su gente. El patrón rendiría cuentas al Señor, y a la mansión de largas columnas se la habría tragado el bosque. La guerra lo había dejado vivo, aunque con cicatrices muy hondas, y era libre. Libre para mendigar y robar, para pelearse en los callejones por un trozo de carne seca con otros desgraciados como él, libre para pescar en el río cuando no le echaban los perros encima por andar merodeando. Estuvo a punto de sucumbir, de besar las manos de Clara La Rochelle y suplicarle que lo llevase con ella, pero la respuesta del indio le cerró la boca. ¿Qué derecho tenía Melitón para pretender que lo recibieran en un sitio de donde había salido huyendo aun antes de que entrara en vigor la proclama de emancipación del presidente Lincoln? La señorita Clara siempre fue buena, jamás castigó a un sirviente ni se pronunció en contra de las nuevas leyes, pero era cierto que partió un día sin rumbo, dejando al doctor sumido en una profunda pena. El bebé que ella cargaba podría haber sido la razón que nadie conocía, o tal vez la causa fuese aquel hombre de rasgos duros que llevaba la autoridad cuando hablaba. ¿Se había enamorado la hija del doctor La Rochelle, heredera de Bellaflor, de un indio?

Jesús bendito, qué sorpresa para todos.

—Vaya con Dios, señorita —alcanzó a murmurar Melitón, pero Clara no lo oyó, ya el hombre la llevaba del brazo a toda marcha, rumbo al alquiler de coches.

—¿Cree usted que ese té que prepara será suficiente alimento para Alfonso hasta que lleguemos?

Esa mañana él había repetido la ceremonia del brebaje, y Clara prestó más atención a sus movimientos.

—Así es —contestó Jim de modo mecánico.

Su mirada estaba concentrada en los establos que había detrás de la oficina de diligencias. Ése era otro inconveniente que le acarreaba la presencia de Claramaría. Él tenía decidido comprar un caballo, no alquilar un coche, y se veía obligado a proporcionar a la joven y al niño una comodidad.

—Aguarde aquí, no se mueva.

Clara lo miró mientras se encaminaba hacia la parte de atrás. Vio desde lejos

cómo se acercaba a las puertas abiertas de los establos, con qué parsimonia se paseaba delante de los animales y con qué concienzudo interés se acuclillaba para observar de cerca las articulaciones de sus patas. Un dependiente de la oficina corrió para ver qué se le ofrecía, y ella observó que discutían. Jim había colocado los brazos en jarras, un gesto que ella ya le conocía y revelaba impaciencia. El empleado se rascaba la cabeza a través de la gorra y mostraba su descontento golpeándose la rodilla con un guante.

—Vamos a ver qué sucede, Alfonso.

Se aproximó desde atrás, y sorprendió a los hombres con un saludo amistoso.

—Señora —dijo el muchacho de la oficina quitándose de un manotazo la gorra—. No la había visto.

Jim la miraba como si la fuese a fulminar.

—Ustedes sigan —acordó Clara sacudiendo la mano con displicencia—, que yo me distraeré viendo los caballos.

Las cuadras se extendían a lo largo de la pared trasera de la oficina de diligencias. Muchos de los animales eran para el tiro de los carruajes, pero había también otros para la venta, y a éstos se dedicaba Jim. Se revelaba como un gran conocedor, y el empleado se ponía nervioso al ver que no podía engatusarlo con facilidad. Clara se deleitó contemplando a las bestias que asomaban sus pescuezos por sobre los postigones. Amaba montar. Su padre le había comprado bonitas yeguas a lo largo de su vida, y ella solía salir muy temprano a recorrer los campos todavía húmedos de rocío. Luego, al atardecer, cuando los vahos del calor se aplacaban, se adentraba en los senderos que conducían a las barracas y saludaba a los niños que le salían al paso. A menudo les llevaba golosinas que hurtaba de la cocina de mamá Sara. Los pequeños mostraban sus dientes en blanco contraste con su piel lustrosa y reían, mientras correteaban un trecho a la par de ella. Eran tiempos de dicha.

Un bello ejemplar de crines blancas se acercó y Clara extendió la mano para acariciar la estrella que marcaba su cara. El animal cabeceó con brusquedad.

—Cuidado, señora, ése es medio bronco.

La advertencia del empleado detuvo la mano de Clara pero ella no reculó, la posó sobre el borde de la portezuela, lo que tranquilizó al caballo, que volvió a asomarse. Parecía desafiarla a que lo intentara de nuevo.

—Le dije que esperara. ¿No sabe respetar una orden?

Jim le hablaba muy junto al oído, y Clara podía sentir su aliento cálido en el cuello. Se le erizó el vello de la nuca.

—Señor Morris, no lo interpreté como una orden, sino como sugerencia.

—Me pregunto si no la habrán echado del convento debido a su incapacidad para someterse.

“Incapacidad para someterse”, por Dios, qué horrible expresión.

—Nadie me echó, me fui para atender a mi padre, con la intención de volver. ¿Tan raro le resulta?

Jim esbozó una sonrisa irónica que a Clara se le antojó una mueca.

—Raro no, imposible. Una mujer tozuda como usted no puede pertenecer a ninguna institución, sería un peligro. ¿Dónde quedó su baúl?

—Le dije al empleado de la estación que lo vigilase un momento.

—Bueno, prepárese a desembolsar más monedas, pues él no lo hará gratis.

Clara no había pensado en eso. Su vida se desarrolló siempre en una dependencia agradable, primero en Bellaflor con su padre, que velaba por ella, luego en casa de Memé en Francia, y al regresar, en el protegido resguardo de la Orden. Salvo administrar los dineros que recibían para gastos, las Hermanas no hacían otra cosa. Las que bordaban, cultivaban o cocinaban podían vender sus productos, aunque tampoco para ellas mismas, de modo que la vida del comercio le resultaba desconocida. Y su bolsito pesaba cada vez menos. Jim advirtió su desconcierto. Era una mujer impulsiva, se dejaba arrastrar por sus instintos y luego no sabía qué hacer con ellos.

Él se acercó también para contemplar al animal. Era una magnífica cruce de mustang que combinaba el blanco con el ruano. En sus ollares ensanchados y sus ojos vivaces se apreciaba la sangre berberisca de sus antepasados. Jim se preguntó si Clara sabría que ése era el mejor entre todos los que poseía la oficina de diligencias o se habría arrimado a él por casualidad.

—¿Sabe montar? —indagó.

—Por supuesto. Me gusta mucho montar.

Él la miró con intensidad. Usaba las palabras sin dobleces, con candidez. Se le ocurrió pensar qué habría sido de Claramaría si en lugar de toparse con él hubiese caído en manos de hombres inescrupulosos, bandidos o traficantes. Su presencia en ese mundo hostil era tan inesperada como molesta para Jim, que se veía en el trance de sacarla de apuros.

—Mi padre me regaló mi primer poni cuando yo tenía siete años. Dijo que era un descendiente de Janus. ¿Lo conoce, señor Morris?

Jim disimuló la impresión que le produjo ese dato. Ella sabía que aquél había sido un caballo histórico que un próspero terrateniente había llevado a Virginia, nieto del famoso Godolphin Barb y padre de toda una estirpe.

—Su poni tenía sangre india entonces —adujo mientras acariciaba el robusto pescuezo del animal—, porque Janus fue cruzado con las yeguas que criaban los chicasaw.

—Era precioso —comentó con aire soñador Clara—, y yo lo amaba. Ninguna de las yeguas que me regaló mi padre después pudo ocupar su lugar.

—Así es con los caballos. Cada uno es único —y Jim pensaba en su appaloosa.

—¿Ya ha elegido alguno, señor Morris?

—¿Qué piensa de éste, señorita Clara?

—Es soberbio. Y mire, parece que nos estuviera pidiendo que lo lleváramos.

Clara sonrió al decirlo y sus mejillas se cubrieron de hoyuelos. Jim tuvo que



desviar la vista para concentrarse en el animal que tenía delante. El dueño le cobraría el doble que por los otros, pero él también reconocía a una monta fantástica cuando la veía. Por algo los indios eran los mejores jinetes de toda América.

—Vendrá con nosotros —dijo con rotundidad—. Compraré dos, usaremos uno de remonta y yo cabalgaré en el otro. Usted y el niño irán en un coche de la caravana que parte de aquí en dos horas, para mayor seguridad.

Apenas se reponía Clara del cambio de actitud de Jim, cuando ya éste la interrogaba de nuevo:

—¿Sabe el camino hacia la plantación de su padre?

—Oh, sí. Bellaflor está en el valle de Shenandoah.

Jim contuvo el aliento. Era un lugar que le traía recuerdos espinosos. Él había luchado en ese territorio con la Thomas' Legion, reclutado entre Carolina del Norte y Tennessee. Había conocido y perdido a hombres valiosos, y vivido escenas que no deseaba recordar. Que la plantación del padre de Clara se hallase justo en esa región constituía otra de las casualidades que horadaban su espíritu. Una y otra vez, el camino los reunía de maneras insospechadas. Sin decir más, se encaminó hacia la oficina para saldar su deuda. Clara lo siguió, pensando que habían sostenido la primera conversación normal, sin que mediaran órdenes ni reproches. Quizá el señor Morris fuese sensible, después de todo.

Le gustaban los niños y los caballos.

Jim regateó un rato, como correspondía a su carácter indio, y luego adquirió los arreos en una talabartería. El resto del tiempo transcurrió entre el envío de un telegrama a Buenos Aires y la búsqueda de un sombrero adecuado para Jim. Ante la imposibilidad de dirigir el telegrama a la propia Ester, Clara resolvió enviarlo a la Casa de Niños Expósitos a nombre de Pilar Gómez Riera. La mujer estaba al tanto de la situación y sabría ser discreta. Algo más aliviada al haber cumplido ese trámite, se dedicó a recorrer la acera donde algunas tiendas habían comenzado a abrir sus puertas y entró a la de sombreros detrás de Jim.

Era un local pequeño y abarrotado de estantes que llegaban al techo. El dependiente estudió a su cliente con atención y bajó una sombrerera del penúltimo estante, con ayuda de un guinche de metal. Con ambas manos y tanto cuidado como si fuese una porcelana, colocó sobre el mostrador un J. B. Stetson de color marrón.

—Es pelo de nutria, ciento por ciento —aseveró.

Jim miraba el sombrero en actitud especulativa, sin siquiera tocarlo ni mucho menos probárselo. Clara lo miraba a él, preguntándose por qué dudaba, si saltaba a la vista que era un espléndido artículo.

—Allí está el espejo —insistió el vendedor, ya dispuesto a devolver la caja a su sitio. Todos sus clientes se llevaban puestos los sombreros, a menos que se tratase de un regalo.

—¿Tiene uno negro? —dijo entonces Jim.

El hombre se quedó con la caja en alto, petrificado. Ocultó su descontento y se

dirigió a la trastienda en busca de otra sombrerera. Detestaba a los clientes difíciles. Regresó con dos cajas redondas apiladas. De una extrajo un sombrero de castor con una pluma teñida sobresaliendo del galón, y al ver el rostro de Jim abrió de inmediato la otra. El Stetson negro adquirió protagonismo de inmediato. Parecía tener vida propia y reclamar su derecho a ser el rey de los sombreros. Clara lo notó también, y percibió que Jim había tomado su decisión.

—Lo llevo —dijo.

—Tiene forro de seda —informó el vendedor, empeñado en usar sus argumentos aunque la venta estuviese asegurada.

—Sólo dígame el precio.

—Para usted, veinticinco dólares.

Clara ahogó una exclamación. Era caro, por más que el sombrero lo mereciera. Jim le lanzó una mirada divertida.

—¿Tene algo para mostrarle a la señora? Usa capotas como la que lleva puesta.

—No necesito otra, señor Morris —protestó con énfasis Clara.

—Le hace falta renovar sus trapos. Recuerde que estaba acostumbrada a usar sólo el blanco.

Ella enrojeció. Sabía que hacía alusión a la toca de novicia, y que lo decía adrede. El vendedor los contempló con curiosidad. Suponía que eran esposos, aunque le sorprendía el trato distante. Debían de ser de esos cuáqueros que llegaban al país y vivían a su modo, diferente del de otras personas. A él le daba lo mismo, siempre que pudiera vender sus prendas. Le había costado mucho traerlas desde el norte, y la mayor parte la había comprado a crédito, pues aún no reunía el dinero suficiente para invertir en mercancía.

—Por acá, señora, por favor —y condujo a Clara hacia un pasillo entre los sombreros masculinos hasta toparse con otra estantería, más pequeña, en la que lucían graciosas capotitas y delicados apliques con velo y rosetas. Clara estaba abrumada. Ella no quería que el señor Morris gastase dinero en ella, le resultaba del todo inapropiado, y tampoco quería acumular ropas que luego no usaría. Había renunciado a la coquetería hacía mucho, y caer en ella de nuevo le parecía pecaminoso. El vendedor le mostró diversos modelos y Clara señaló una sencilla de color malva, con una cinta de raso marrón.

—Es la más distinguida. Tiene buen gusto, señora.

El hombre, satisfecho con su venta, envolvió el artículo, esperó a que Jim le pagara, hizo tintinear las monedas del cambio y despidió a ambos con una falsa sonrisa.

—Señor Morris, le ruego que no vuelva a hacer eso. No era necesario, y además tengo mi propio dinero.

—Consérvela como recuerdo de nuestra amistad —repuso Jim con aire indiferente.

Se caló el Stetson con arrogancia y arrojó al camino el viejo sombrero, lo que

provocó una estampida de vagos en pos de él. La polvareda ocultó a los ojos de Clara el resultado de la refriega. Ella le siguió los pasos tratando de ponerse a su altura, pues las zancadas del hombre eran demasiado largas para sus pies y sus faldas. Se encontraba confusa. Jim se revelaba protector de un modo despectivo, como si ocuparse de ella le fastidiase, y a la vez no perdía detalle de sus necesidades; daba la impresión de tener todo planeado con anticipación, como la idea de ocupar una de las diligencias de la caravana. Clara observó que así se ahorrraba el alquiler de un coche. Al momento de subir, un papel cayó flotando al suelo. Ella lo recogió y vio que se trataba de la factura de venta de los sombreros. Además de horrorizarse ante el gasto, vio que el Stetson tenía nombre: “Renegado”.

Muy a tono con su dueño.

Las ciento treinta y cuatro millas que separaban a Richmond del valle se hicieron lentas y tediosas para Clara. Sus compañeros de viaje eran un misionero adventista y su avinagrada esposa, que pasó casi todo el viaje descompuesta; un comerciante de cueros y pieles que se jactaba de sus andanzas en compañía de los indios, y un aventurero que aseguraba poseer los planos para fabricar un filtro para el oro en pueblos mineros del oeste. Ninguno animaba a Clara a proseguir una conversación, si bien ella los escuchaba por deferencia. Alfonsito dormía como un bendito. Ese té de hierbas debía de ser una poción mágica, pues el niño solía exigir alimento puntualmente. Lo contempló a la luz del sol que atravesaba los vidrios sucios de la ventanilla. Ya se le habían redondeado las facciones y no estaba tan rojo como al principio. La frente había perdido sus arrugas, y las manitas se veían gordezuelas. Tenía razón Ester, el niño sería un torito. Tanto mejor, ya que el traqueteo del viaje era duro. Acababan de detenerse en Charlottesville para cambiar caballos, y ella aprovechó para estirar las piernas y alejarse del apestoso cigarro del comerciante. El palafrenero le ofreció agua fresca en un jarro de estaño y una sonrisa.

Jim Morris cabalgaba a corta distancia, siempre del lado de ella en el coche, y aunque no cruzaba palabra ni la miraba, Clara percibía que estaba al tanto de todo lo que sucedía. Lo contempló a sus anchas y se admiró de la estampa que mostraba a lomos del ruano. Con su levita y su sombrero Stetson, pasaba por un adinerado ranchero. ¿Sería ésa su condición? Clara lo había visto disponer de fondos, y en el barco viajaba en camarote de primera clase. Quizá perteneciese a una familia de plantadores. Después de todo, vivía en la región. Algo había en él que desmentía todas esas suposiciones, sin embargo, algo indefinible que se abría paso en la mente de Clara como una certeza.

A medida que avanzaban hacia el noroeste, Shenandoah se abría ante ellos como una flor. Esa tierra, que se mentaba en lengua algonquina, conservaba la belleza que Clara recordaba. El camino de las diligencias no se adentraba en el sendero de los apalaches, ni bordeaba el río que Clara sabía jalonado de arces, castaños y robles que reflejaban en las aguas sus penachos rojos y dorados. Ella había visitado esos rincones en compañía de su padre, las pocas veces que el doctor La Rochelle podía

dedicarse a su hija. Eran recuerdos que atesoraba como raras joyas en su vida, y en esos momentos, mientras el coche se sacudía sobre las piedras, se aferraba a ellos con ardor para llegar nutrida de todo el cariño que profesaba a ese hombre sereno y distante, al que un día abandonó despechada.

Jim también atesoraba recuerdos, aunque bien distintos a los de Clara. Él no había merendado sobre manteles a cuadros ni compartido juegos entre los helechos del bosque. En lugar de cabalgar ocioso disfrutando del aire perfumado de los abetos, se había visto obligado a ahogarse con el humo de la pólvora mientras se arrastraba en el fondo de una trinchera. El estruendo de los cañones horadaba sus tímpanos en tanto él intentaba cubrir el despedazado cuerpo de su amigo Lobo Blanco, tan erudito y tan pulcro que en las fiestas del pueblo lo tomaban por un inglés o un americano. John “Lobo” Finch era el orgullo de su familia y del clan del Lobo. Jim y él se habían criado como hermanos, pues Nube Roja se consideraba mayor para participar de las correrías del pequeño Jim. Además, todos sabían que se lo estaba preparando para conducir a su pueblo cuando viniese la ocasión de suceder a Tawato. Los Morris y los Finch compartían el honor de tener en el seno de sus familias a jóvenes prometedores que devolverían a los cherokee la dignidad y el bienestar. Al menos, era lo que habían creído posible. La realidad cruel se había llevado esos sueños con un golpe de tomahawk. Aquella campaña fue una mala senda. ¿De qué sirvió que los hombres de la Thomas’ Legion, y en especial los del batallón cherokee, fueran elogiados por su heroísmo, si al cabo Virginia se rindió y las vidas se disiparon como la niebla de las Montañas Azules? Mal intento de parte de su nación haberse mezclado con las guerras de los blancos. Tarde o temprano, se les achacaban las derrotas o se olvidaban las victorias. Aquel valle estaba abonado con sangre. Si alguna guerra valía la pena emprender, era la de la venganza personal.

El aventurero del oro sacó de su bolsillo una armónica y los dulces sonos populares sumieron en el silencio a los ocupantes del coche. Sólo se escuchaban los crujidos del asiento de crin y los goznes de las bisagras. El polvo del camino nublaba la vista, y lo mejor que se podía hacer era cabecear un poco antes del próximo destino, en el que además de estirar las piernas podrían beber café frío y comer tocino rancio. Clara recostó su cabeza sobre el respaldo carcomido y cerró los ojos. La música se le introducía en el corazón tornándola melancólica. La melodía reflejaba el lamento de un hombre blanco que confesaba a un jefe indio el amor que sentía por su hija. Justo cuando llegó a la parte en que la canción hablaba de atravesar el ancho Missouri, la esposa del reverendo rompió el hechizo.

—Espero que no queden indios por acá —se le escuchó decir en voz baja.

—Tranquila, querida, ya los han corrido de esta tierra.

El hombre palmeaba la rodilla de su mujer, cubierta por una frazada de pelo de conejo.

Clara abrió un ojo y los miró con disimulo. Le sorprendió que un hombre de fe hablase de los nativos como si fueran una lacra, sobre todo porque a ellos les tocaba

convertirlos y adaptarlos a la civilización de los colonos. El reverendo parecía un buen samaritano, sin embargo, aunque su esposa se revelaba capaz de disparar con un rifle entre los ojos si hacía falta. Clara se incorporó y balanceó un poco a Alfonsito.

—¡Cómo duerme ese niño! —dijo la mujer, desviando su atención hacia ella—. ¿Estará enfermo?

—Ha comido bien —repuso Clara, y destapó la cara del bebé para que pudiesen observar sus colores saludables.

—Es idéntico a usted —aseveró el misionero.

—¡Tonterías! Es igualito a su padre —y la mujer señaló hacia afuera, donde se veía a Jim cabalgando con la vista fija adelante.

Todos daban por sentado que el señor Morris era su esposo, y si bien eso la protegía, a Clara le causaba resquemor. Ella era una aspirante a monja, y esos devaneos le parecían impropios. Una vez que se hallase a salvo en su casa, se vestiría otra vez con el hábito, para recordarse su posición y también demostrarle a su padre que la decisión estaba tomada. Esperaría a que él se repusiese, para no mortificarlo en su lecho de enfermo.

Antes de llegar a Harrisonburg, Jim cruzó unas palabras con el cochero, que detuvo su carruaje y avisó a los que lo precedían. Los pasajeros descendieron y se desbandaron un poco, gozando del fresco atardecer y de la niebla rosada que ya trepaba entre las montañas.

—Es mejor que sigamos por nuestra cuenta a partir de aquí —anunció Jim, acercándose a Clara a grandes trancos y llevando de la brida al impetuoso semental.

—¿La caravana se desvía?

—En Harrisonburg bajarán algunos pasajeros —y Jim indicó con la mano la primera diligencia de la caravana—, y luego seguirán hacia el norte, hasta Maryland. Nos conviene continuar a caballo. Dijo que podía montar.

—Pues sí, pero... ¿sabe usted orientarse a estas horas?

Clara se encontraba perdida en aquel valle entrado en sombras. Jim sonrió sin ganas.

—Conozco Shenandoah como la palma de mi mano.

El palafrenero bajó el equipaje y desató el caballo de remonta para que Jim lo ensillase.

—Viaje usted en éste —ordenó él, y se dispuso a sujetar el baúl a la silla del propio.

La joven no sabía cómo lidiar con sus faldas, el niño y el canasto, y Jim acudió en su ayuda resolviendo todo con presteza. Con un brazo sujetaba a Alfonso, mientras que con la otra mano sostenía al animal para que Clara montase. Para facilitarle la tarea, lo había arrimado a un montículo de rocas, de modo que ella pudiese alzarse desde cierta altura. No habían previsto la cuestión de la silla. Clara estaba acostumbrada a la montura de dama, ya que en Virginia las señoras seguían las reglas de la monta inglesa, y se vio en figurillas para ocultar sus calzones y sus enaguas. Jim

le acomodó las ropas con movimientos mecánicos, le entregó al bebé y le sugirió que lo cruzase entre el pomo de la montura y su cuerpo.

—Riendas flojas y piernas apretadas —le indicó.

Él montó su semental, que piafaba nervioso, y lo taloneó para emprender el camino hacia el interior del valle. Clara se encontró a gusto de nuevo a lomos de un caballo, aunque la presencia de Alfonsito le impedía disfrutar a pleno de la cabalgata. Se daba cuenta de que Jim retenía la velocidad a fin de que ella no lo perdiese de vista, y en su mente se lo agradeció. Mientras ellos tomaban el rumbo noroeste, la caravana se alejaba bamboleante entre los pastizales, y pronto el ruido de los carruajes se desvaneció. Sólo quedaba la franja boscosa a la derecha, y a la izquierda una vasta pradera que conducía al río. El aire se tornó más húmedo y Clara cubrió al bebé por completo y alzó el cuello de su abrigo. La quietud del atardecer confería un sesgo mágico al paisaje que atravesaban. El cielo se apagaba con lentitud, dejando pinceladas amarillas que se hundían tras las montañas. En las laderas se amontonaban arbustos morados que alternaban con campanillas azules, y los picos más altos se erguían sombríos bajo las primeras estrellas. Cada tanto, un movimiento furtivo denunciaba la presencia de un venado entre la espesura.

Clara volvía la cabeza una y otra vez, no quería perder un ápice de tanta belleza.

—Había olvidado lo bonitas que eran las Azules —comentó en voz alta para que Jim la oyera.

El silencio por toda respuesta. Ella no se amilanó, y gritó gozosa ante la vista de una ardilla.

Jim se detuvo y esperó a que se acercara.

—Manténgase callada y atenta. Si puede —agregó malicioso.

Clara frunció el ceño.

—¿Es peligroso por aquí? ¿Hay indios? —recordaba el comentario de la esposa del reverendo.

La mirada de Jim fue indescriptible, una mezcla de sorna y desprecio que ella no alcanzó a interpretar.

—Tal vez. Quizá estén más cerca de lo que usted cree —volvió grupas y Clara tuvo que seguirlo sin entender su respuesta.

En el umbrío bosque se apreciaban destellos rojos al pie de los árboles: eran enormes hongos que vivían al amparo de la humedad. La niebla que desprendían las cimas descendía sobre ellos como un velo fantasmal, y un penetrante y fresco aroma a laurel impregnaba el aire frío. Las Montañas Azules ya no lo eran, el anochecer les había otorgado un violeta intenso. Alfonsito empezó a moverse y a quejarse. Tenía derecho a protestar, había sido poco menos que un santo.

Jim se detuvo y esperó a que la joven se pusiese a la par.

—Haremos noche —anunció.

—¿Aquí? —y Clara miró en derredor, insegura—. ¿No es preferible avanzar todo lo que se pueda?

—Hay un largo trecho después de abandonar el bosque, y no es conveniente recorrerlo a campo traviesa.

—Señor Morris, no hemos traído víveres ni enseres para acampar.

Jim contemplaba indiferente un sitio adecuado para dejar pastando a los caballos.

—Está el río cerca, tenemos agua.

—Sí, pero...

—Guardé algunos alimentos que nos ofrecieron en la caravana. Es prudente conservar la comida mientras se puede aguantar el hambre. ¿No lo había pensado?

Él se mofaba de ella, la reducía a la condición de una niña mimada que no sabía qué querer en la vida. Clara ocultó su mortificación y siguió al hombre hasta un lecho de hierbas fragantes, protegido por gruesos troncos. Jim tenía razón, estaban cerca de una pequeña cascada, podía escuchar el rumor desde allí. Pensó en refrescarse en esa agua cristalina y suspiró. Quizá no fuese mala idea dormir un rato antes de emprender la marcha hacia Bellaflor por la mañana. Sería hermoso verla relumbrante al sol del amanecer, como una gema de oro y marfil. Y también sería más cómodo para el personal de servicio recibirlos de día, cuando ya hubieran ordeñado la vaca y cocinado los panecillos. Se preguntó si mamá Sara conservaría su mano para los dulces con que la agasajaba siempre.

Jim tendió sobre la tierra una manta y fabricó un refugio con las monturas de los caballos y el baúl de Clara. Revisó entre la hierba para verificar que no hubiese alimañas, y levantó una pequeña pira de ramitas secas contra una gran piedra.

—Hará frío —comentó, sin que Clara pudiese adivinar si se lo decía a ella o a sí mismo.

—¿Qué comerá el niño? Ya tiene hambre.

—Lo de siempre.

—Señor Morris, no es que desconfíe de las propiedades de ese té que prepara. Le ha dado más horas de sueño a Alfonsito que la leche de la nodriza, pero un bebé tiene que tomar algo más nutritivo. Ojalá estuviésemos cerca de Bellaflor. A todo esto —y miró con suspicacia al hombre—, usted parece saber bien adónde nos dirigimos, mejor que yo. ¿Estuvo antes en la plantación de mi padre?

Jim logró un buen fuego y permaneció unos segundos contemplándolo ensimismado, antes de responder:

—Hice algunas preguntas mientras estuvimos en Richmond. Y el encargado de las diligencias conocía el nombre de Bellaflor —no le dijo que había dejado su sangre en aquel valle.

—Entonces, usted sabía que me acompañaría hasta aquí.

—¿No lo organizó muy bien desde antes de desembarcar?

—Eso fue un farol —convino Clara con aire pícaro—. Aunque confieso que esperaba que lo hiciera. Alfonsito y yo nos hemos acostumbrado a su presencia.

El bebé rezongó con más ímpetu y Clara lo meció para consolarlo. Jim sacó de su alforja los mismos elementos que había usado antes y preparó el brebaje de idéntica

forma, sin decir palabra ni explicar a la joven qué hierbas trituraba y cocía a fuego lento.

Alfonsito lo bebió con fruición, de manera glotona y ruidosa que arrancó sonrisas a Clara. Jim también lo observaba con interés, pensativo. Ella le lanzó un vistazo.

—Le gustan los niños.

Él se encogió de hombros.

—Hay un hombre ahí dentro —repuso con sencillez.

—Qué curioso, yo hago el razonamiento al revés. Cuando veo a un hombre, pienso en el niño que era. Imagino que una vez fue tierno y bueno, que besó a su madre y lloró en su cuna, que sufrió cuando lo castigaban y se desveló con miedos nocturnos. Entonces, si ahora es un individuo altanero o egoísta, pienso adónde habrá quedado aquella niñez, si todavía reside en él, y en ese caso, dónde buscarla, de qué modo devolverla a la superficie.

Hubo un silencio prolongado durante el cual Jim la escudriñó en la oscuridad. Los ojos celestes de Clara relucían bajo el resplandor de las llamas. Jim experimentó el vértigo de hundirse en ellos y desvió su mirada.

—Un hombre termina siendo lo que siempre fue —aseguró, cortante.

Clara terminó de alimentar a Alfonso y lo puso sobre su hombro para que soltara sus gases.

—Me pregunto qué clase de hombre será Alfonsito —dijo.

—Si piensa devolverlo, no lo verá nunca convertido en adulto.

Jim se había tendido de espaldas con las manos bajo la nuca y el sombrero velándole el rostro, de manera que el reflejo del fuego creaba sombras en torno a sus ojos. El comentario entristeció a Clara. Era cierto que pensaba regresar con el bebé, pero reflexionar sobre ello cuando se sentía en paz con la noche otoñal, la cercanía de su casa y la seguridad de verse protegida, le aguló el momento. El señor Morris tenía la inoportunidad de hacer sus observaciones cuando peor caían. Comenzó a acunar al niño mientras buscaba un sitio donde recostarse cuando Jim dijo de pronto:

—La manta que puse es para usted. Acuéstese en una parte y cúbrase con la otra.

Ella no sabía si él la había estado observando o tenía los ojos cerrados y adivinaba sus movimientos. Esto último le parecía más probable. Hizo lo indicado sin soltar a Alfonsito, y luego lo acomodó a su lado, protegido por su brazo. El bebé dormía con la boquita abierta y las pestañas húmedas. Era increíble el efecto tranquilizador del té de hierbas. Clara se quitó la capota, se atusó los cortos cabellos, y desprendió los lazos del abrigo para usarlo de cobertor. La noche los envolvía en un frío cortante y vigoroso. Hubo un momento de silencio tan intenso que el crepitar del fuego sonaba como metralla. Al cabo de un rato, otros sonidos se adueñaron de la oscuridad: el ulular de un búho, el rumor de la cascada, ramitas secas que se quebraban al paso de algún animal pequeño retumbaban en la cabeza de Clara y la mantenían despierta. Jim debía de haberse dormido, pues desde sus últimas palabras no se había movido. La joven sacó las manos de debajo del abrigo y las juntó para rezar. La plegaria



asomó a sus labios con rapidez y reconfortó su espíritu.

—Protege, oh, Señor, a este niño indefenso que nació por tu divina voluntad, dale la oportunidad de tener una madre que lo ame y un hogar feliz. Extiende tu manto de piedad sobre nosotros, para que arribemos con salud a Bellaflor. Cuida del señor Morris por todo lo que le quede de viaje, y haz que su corazón se ablande. Bendice a tu sierva, Señor, ilumina su alma para que no retroceda en el camino que has elegido para ella. Amén.

Cerró los ojos y se arrebujó bajo el abrigo, cubriendo a Alfonsito hasta la cabeza.

Un buen rato después, Jim se encontraba apoyado sobre un codo, observándola. Entre todos los ruidos que él tan bien conocía, uno diferente había ido tomando cuerpo en la noche, y él no podía creer lo que escuchaba. ¡Santa Clara roncaba! Era un ronquido suave y armonioso, como ella. Brotaba de las mantas y servía de arrullo al niño, que dormía como una marmota. Jim extendió un brazo y tocó apenas el bulto que ella hacía bajo las ropas. Clara siguió roncando. Jim se sentó, cruzó las manos delante de las rodillas y permaneció escuchándola, absorto. Qué mujer increíble. Era poco menos que una monja, y podía dormir acostada a dos pasos de un hombre desconocido. Él había imaginado que ella pondría reparos a la comodidad que le preparó, que buscaría un rincón más alejado, o al menos frunciría el gesto, y sin embargo Clara aceptó esa promiscuidad que él le imponía. Estaría viendo al niño que había sido, se dijo con sorna. ¡Qué idea! Con ese criterio, nadie sería malvado ni merecería colgar de una horca o recibir un hachazo en la sien. Atizó el fuego y reptó hacia ella. Levantó una punta del abrigo y percibió la oleada de calidez que provenía del interior de las mantas. Clara dormía con la boca entreabierta y la candidez de un niño, las mejillas arreboladas por el calor del fuego y pequeños rizos adheridos a la frente. Pese a estar despojada de cualquier adorno femenino, su rostro era la esencia de la femineidad, con su piel translúcida, sus pestañas rubias y arqueadas, y la redondez del labio. Jim lo rozó con un dedo y logró que cerrara la boca. El ronquido cesó.

—¿Quién eres? —murmuró intrigado.

Se acostó de lado, mirándola. Era cierto lo que ella había dicho, él tenía decidido acompañarla, porque encajaba en su propósito de llegar a las Montañas Humeantes antes de volver a Tennessee. Para su pesar, comprendía que esa decisión era también el resultado de una serie de acontecimientos que no había controlado desde el momento en que la vio sobre el muelle de Buenos Aires hamacando al niño. Quizá desde antes, cuando percibió la influencia del halcón y se sintió estremecido. De todos modos, él debía regresar a su pueblo, pues llevaba la prueba de la venganza y la promesa de su vida, en uno u otro sentido. Esa respuesta le estaba costando mucho. En lugar de aclarársele el panorama después de cumplida la misión, el futuro se había enturbiado. Después de arrancar a la señorita O'Connor de su existencia, Jim creyó que cumpliría con el designio para el que había nacido, y ahora surgía esta desviación inesperada. Sus creencias le exigían esperar, observar y decidir cuando los espíritus

hubiesen hablado. Él no rezaba como ella acababa de hacerlo, sino que se fusionaba con el río, los árboles, la brisa y las bestias salvajes, ensanchaba sus límites hasta perder la identidad y recibir los mensajes que provenían del Gran Espíritu a través de todas sus manifestaciones. A diferencia de los shamanes precedentes, que se habían obcecado en contra de los blancos y forzaron a su pueblo a vivir bajo las viejas costumbres, enfrentando a distintas facciones dentro de la nación cherokee, Jim prefería utilizar al enemigo en beneficio propio, aprender de él todo lo que lo tornaba poderoso para luego volverlo en su contra. Hablaba el inglés a la perfección, conocía de oficios, cultivos, ingeniería, política, y dominaba el arte de curar de los médicos brujos, como los llamaban los blancos. Ese saber le otorgaba influencia entre su gente y cierta autoridad entre los otros, que dudaban sobre la conveniencia de desafiar a alguien que se movía con tanta seguridad.

Otro ronquido. Jim se concentró en Clara y tocó con suavidad su mejilla. Era tersa como los pétalos de la rosa cherokee, e igual de frágil. El roce la obligó a moverse y quedó boca arriba. Su perfil se recortó sobre la luz del fuego. Esa mujer lo fascinaba. Él podía dominar la atracción física, era un maestro en el arte de dominar y dominarse, pero lo atraía el interior de Claramaría La Rochelle, esa luminosidad que percibía en sus palabras y su mirada, el enclave de su esencia. ¿Por qué una mujer hermosa y joven querría sacrificarse en un templo? Él entendía la religiosidad en comunión con la naturaleza, bebiendo de las fuerzas que lo rodeaban, aprendiendo del lince, el árbol, la montaña. Cuando los misioneros llegaron a la tierra cherokee con sus biblias y sus rezos, mucha gente se había sentido atraída por las historias del maestro Jesús, la manera en que sufrió a manos de sus enemigos y cómo resucitó, dejando vacía la tumba de rocas donde lo habían sepultado. Los cherokee podían entender muy bien la venganza, la victoria y la vida espiritual, pues también creían en ello. Lo que no les cuadraba eran las limitaciones que esa religión imponía. Muchos se alejaron entonces, prohibiendo a sus hijos que asistiesen a las escuelas de las misiones, mientras que otros, tentados por la posibilidad de vivir mejor y obtener beneficios del blanco, habían aceptado desprenderse de sus vástagos para que viviesen en las casas de aquellos moravianos. Esa discrepancia había creado una división entre el pueblo, que se correspondía con la cantidad de sangre cherokee que llevaran en las venas. Siempre se había notado eso, y los blancos también lo observaron: los cherokee puros eran reacios a cambiar sus hábitos, mientras que los mestizos adquirían los nuevos con facilidad, y por eso se habían concentrado en ellos las autoridades. Eran el punto débil de la nación. Jim, si bien descendía de una línea sin mezcla, comprendía la necesidad de adaptarse en lo que conviniera. Era lo que deseaba inculcar en su gente cuando volviese.

El valle de Shenandoah había sido ocupado por colonos que arrasaban sus bosques y araban la tierra para cultivar trigo, algodón, o sembrar huertos de manzanos. Esa franja donde ellos reposaban era todavía un santuario y por eso Jim la eligió para pasar la noche. Más peligroso resultaba atravesar los campos, donde

cualquier granjero asustado podía dispararles con un rifle de largo alcance. Santa Clara le había preguntado si allí había indios. ¡Vaya si los había! Jim rió por lo bajo, divertido. Sin contarle a él, merodeaban tribus por el valle y las montañas. Confiaba en que Bellaflor estuviese bien pertrechada, ya que al partir se quedaría pensando en la suerte de Claramaría y Alfonsito.

Un crujido lo puso en guardia. Se mantuvo quieto, escuchando, la mano floja sobre el Colt de su cinto. La hojarasca se abrió y un hombre se presentó ante él.

—Hermano.

—Búho Gris, haces honor a tu nombre.

—Estabas distraído —le reprochó el otro.

—Reconozco que mi mente viajaba, sí.

Ambos cruzaron sus antebrazos y apretaron los codos, midiendo la intensidad del saludo con los ojos. El recién llegado miró luego hacia la profundidad del bosque.

—Estamos de paso. ¿Y tú?

—Escoltando a una religiosa hacia su casa.

Búho Gris miró el bulto de mantas de donde asomaba el rostro de camafeo de Clara, junto al del bebé.

—¿Le has hecho un hijo? —comentó, divertido.

—¡Claro que no! Apenas la conozco.

Búho Gris no parecía creerle mucho, aunque por respeto guardó silencio. Era miembro del clan del Pájaro y vivía en tierras alejadas de la de Jim Morris, pero cuando se convocaba al Consejo y los clanes enviaban a sus jefes para la ocasión, solían reunirse en el claro los miembros de las diferentes familias, armaban sus tiendas, compartían experiencias y comida, y realizaban juegos y danzas festivas que duraban días.

—¿Hacia dónde se dirigen? —quiso saber.

—Su padre es dueño de una plantación de tabaco, Bellaflor.

—Por ahí pasó la guerra.

—Sí, lo sé bien —Jim había participado con su sangre.

—Hermano, si sigues siendo Enlazador de Mundos, deberías saber que allí moran los espíritus.

—¿Ha muerto el patrón?

Búho Gris hizo un ademán amplio con un brazo.

—Sólo refiero lo que otros me dicen, pero sé que allí hubo devastación. Ignoro quién murió.

Jim asimiló ese informe con serenidad. Nada podía hacerse con lo que ya había ocurrido, sólo planear los movimientos siguientes. Claramaría no iba a encontrar lo que buscaba, eso él lo había predicho días antes, mientras viajaban. Faltaba saber cómo reaccionaría ella ante lo inevitable.

—Que el Gran Espíritu te guíe —dijo Búho Gris a modo de despedida.

—Lo mismo para ti, hermano.

El hombre se fue con el mismo sigilo con que había aparecido. Jim sabía que en el bosque estarían los miembros de su familia, que por precaución se habrían mantenido ocultos. Los caminos se tornaban difíciles para los indios que mantenían sus costumbres sin amoldarse a la vida de granjero. Y aun si poseían granjas, sus bienes eran menos valorados que los de los blancos.

Clara no se despertó, Jim supuso que el agotamiento habría ganado la batalla. Se acomodó lo más cerca que pudo de ella y cruzó los brazos sobre el pecho, dispuesto a dormir un poco. Se sorprendió de sentirse tan cómodo con el rítmico ronquido de la novicia, como si fuese una canción de cuna.

El cruce de la pradera que los separaba de la colina de Bellaflor fue agradable. Bajo la débil luz del amanecer, el cielo se abría ante ellos cuajado de nubes esponjosas que lo surcaban con rapidez. Era un día ventoso, pero templado. Clara se alegraba de arribar a la hora del desayuno, la más linda de la jornada. En cierto momento Jim se volvió para observarla, y ella se sintió de repente inquieta. Ese hombre pensaba muchas cosas que no decía.

Justo cuando el sol ascendía en el horizonte, la casa apareció ante sus ojos.

¡Bellaflor! Su hogar, el nido de sus afectos y recuerdos más queridos.

Hasta Jim quedó impresionado por la fastuosidad de la casa, a pesar de la decadencia visible en sus paredes descascaradas, la podredumbre de la barandilla y el descuido del jardín. La mansión La Rochelle se posaba sobre la colina como una tenue mariposa blanca, con sus tres techos puntiagudos, sus ventanales largos y estrechos en el piso alto, y sus pórticos majestuosos en la planta baja, rodeada de una galería cercada por una veranda de postes torneados. Del porche descendía una graciosa escalera curva que preservaba la entrada de la vista de los intrusos. Esos escalones todavía conservaban macetas de barro que otrora habrían alardeado de sus lirios y sus azaleas, y que en ese momento estaban vacías y resquebrajadas. La maleza cubría las paredes hasta casi rozar las ventanas de abajo, y una enredadera pernicioso se había apoderado de las columnas que sostenían un gracioso techo de tejas azules que sombreaba la puerta principal. Allí siempre había habido guirnalda de hojas y flores que mamá Sara armaba con paciencia, además de una alfombra de pelo de búfalo que daba la bienvenida. Clara no vio ni adornos ni alfombras, sólo el porche desnudo y miserable, con sus columnas rajadas y descoloridas.

El viento sacudía los robles de la parte de atrás, silbando entre las ramas, lo que acentuaba la sensación de desamparo. Clara ahogó un gemido al ver que un trozo de muro había sido derruido, y sus restos yacían sobre lo que antes fueron canteros de petunias.

—Ay, papá —suspiró, acongojada—, qué triste debes de estar para descuidar así nuestro hogar.

Avanzaron hacia la mansión en silencio, pues se presentía el sufrimiento interior, como si la casa hablase a gritos y denunciase la pérdida de su corazón.

Jim desmontó y ayudó a Clara a hacer lo propio. Ella dejó que él se ocupase del

bebé para rodear la vivienda y descubrir algún signo de vida en ella.

—¡Papá! —gritó estremecida— ¡Mamá Sara! ¡He vuelto! ¡Estoy en casa!

El viento se llevaba su voz y Clara, angustiada, se recogió la falda para echar a correr hacia el patio trasero. Allí el abandono era aún más evidente. Los trastos se amontonaban sobre la veredilla de piedra bajo la glorieta que había sido la delicia de los visitantes, y la fuente destrozada mostraba su fauno central sin brazos y vilmente agujereado, quizá por las balas. Clara casi se echa a llorar al encontrar en el barro seco del fondo un trozo de vidrio del invernadero, orgullo de su padre. ¿Dónde estaba la Bellaflor que conocía? ¿En tan poco tiempo podía perderse un vergel como ese? ¿Y por qué nadie le había dicho nada?

“Porque te fuiste sin decir adónde ibas, Clara.”

Ese pensamiento le horadó el alma. Había sido mala hija, y éste era su castigo.

—¡Clara!

La voz de Jim Morris se hizo escuchar a pesar del viento y ella se volvió, arrasado el rostro de lágrimas.

—Un hombre la busca.

Ella se enjugó los ojos y volvió a correr, enloquecida, hacia la parte delantera. Se paró en seco ante la figura de Moses. El viejo mayordomo, con su piel renegrida y los blancos cabellos deshilachados, la miraba como si estuviera frente a un espíritu. Vestía despojos de lo que había sido su uniforme de servicio: la chaqueta polvorienta y sin botones sobre la camiseta de invierno, un pantalón a rayas grises que correspondía a otro saco, y los zapatos tan pisados en los talones que los usaba como chinelas. No llevaba medias.

—Señorita Clara —murmuró con voz cascada.

—¡Moses! ¿Dónde están todos?

Parecía que hacía un siglo que no se veían. El hombre la contemplaba incrédulo, y ella a él, espantada por su aspecto.

—Todos... —balbuceó el hombre, consternado.

—¡Sí, Moses, todos, mi padre, todos los de esta casa! ¿Dónde están? —y Clara pateó el suelo, impaciente.

“Bueno, ahí está la señorita sureña, finalmente”, se dijo Jim. El convento no había logrado erradicar del todo su capricho ni la conciencia de estar al mando. Aquel servidor negro que lucía tan conmovido le había salido al paso con intención de clavarle una azada en la nuca, pero Jim fue más rápido y lo desarmó. Estaba claro que en la casa habían sufrido el acoso de parte de los libertos o de los rebeldes. El rostro del anciano lo decía todo. Humillación y terror, ésa era la vida de Bellaflor desde quién sabía cuánto tiempo.

—Clara, debe venir conmigo —dijo Jim mientras la tomaba del brazo.

Ella parecía ausente, la mirada descarriada en todas direcciones.

—Algo pasó aquí —decía sin cesar, en tanto señalaba cada signo de destrucción y abandono.

—En efecto, pasó algo y usted debe saberlo y ser fuerte —replicó Jim, que la arrastraba sin piedad a través del parque. Moses los seguía renqueando y farfullando palabras inaudibles.

—¿Y Alfonsito? ¿Dónde lo ha dejado?

“Bien”, pensó Jim, “va reaccionando”. Por fin ella reparaba en algo del presente.

La respuesta a la inquietud de Clara estaba en una mujer de enormes caderas, no tan anciana como Moses aunque igual de venida a menos, que lloraba a lágrima viva mientras acunaba al bebé contra su regazo.

—¡Mamá Sara!

—¡Mi niña, oh, mi niña!

Ambas mujeres se estrecharon en un abrazo que no contemplaba a Alfonsito. El niño hizo saber su disgusto con un berrido.

—Mamá Sara, ¿qué ha pasado?, ¿dónde está papá?

—Ay, amita Clara, ay, ay, ay... ¡Si parece que fue ayer que usted correteaba por aquí y yo le preparaba las yemas con azúcar...!

—Mamá Sara, por favor, necesito ver a mi padre. Me fui de mala manera, debo disculparme y decirle cuánto lamento el mal que le causé. Dime, mami, te lo ruego... ¿Está mejor?

Algo en la mirada de la negra debió alertar a Clara, pues cesó su palabrerío y quedó petrificada mirando la habitación de la izquierda, la que ocupaba su padre cuando trabajaba en su consultorio.

—¿Papá está peor?

La negra apretó los labios hasta casi sacarse sangre, y asintió.

—Mamá Sara, quédate aquí con el niño, que yo iré a verlo. Cuando estemos juntos se repondrá.

La mujer miró a Jim pidiendo auxilio con los ojos desorbitados. Nadie le había contado a Morris lo ocurrido, pero era fácil atar cabos para el que lo miraba desde afuera. El abandono de la casa, la falta de sirvientes y la reacción de los más fieles y cercanos al señor, incapaces de alegrarse ante la venida de la adorada patroncita, todo apuntaba a la muerte. Sólo Clara, empecinada en su optimismo y con la fe como bandera, podía aún creer que existía una solución.

Jim la alcanzó en dos trancos.

—Espere.

—Déjeme sola, señor Morris, esto es entre mi padre y yo. Dispense —agregó, tocándole un brazo, pues ella no podía ser desconsiderada ni aunque se lo propusiese —, luego le explicaré por qué me siento tan mal al ver este... desorden.

El mayor desorden al que Clara debía enfrentarse era la muerte de su padre y la disolución de la vida que ella conocía en la plantación. La casa debió de haber sido saqueada, y Jim no quería ni pensar en lo ocurrido con sus habitantes.

—Clara.

El tono lúgubre la detuvo.

—No entre sin antes saber a lo que se enfrenta. Su padre ha muerto.

Parecía que acababan de decirle algo intrascendente, algo que perturbaba su decisión de abrazar al hombre que la había consentido y educado durante toda su vida, y al que ella anhelaba ver para decirle cuánto lo amaba. Esquivó a Jim y siguió caminando. Al llegar al porche, él la tomó del brazo otra vez.

—Su padre está muerto, Clara. Si quiere verlo, deberá subir la colina. Ahí está su tumba.

Pudo captar el instante en que se derrumbaba. Tuvo que sujetarla, porque los pies le fallaron y cayó al suelo cubierto de hojas de otoño.

—¡Sara! —gritó Jim, adueñándose del nombre de la criada—. Quédese con el niño y dígame dónde está el cuarto de Clara.

—Arriba, señor, el primero de la derecha al subir la escalera. Ahí tiene todavía sus cosas.

La mujer lloraba y besaba al bebé, suponiendo que era hijo de Clara. Ahora entendía lo sucedido: su amita había huido con un hombre que no era el pretendiente aprobado por su padre, sino este otro de aspecto temible, que la manejaba como a una muñeca de trapo. Incapaz de hacer otra cosa que llorar, se contentó con acariciar a Alfonsito y oprimirlo contra su pecho, consolándolo de una pérdida de la que todavía el pobrecito no era consciente.

Jim subió las escaleras de dos en tres con Clara en brazos. Pesaba como una pluma de garza. Abrió la puerta de una patada y depositó a la joven sobre la colcha de retazos de satén. Luego le quitó las botitas para masajearle los pies. Ella no estaba desvanecida sino aturdida, y a medida que la sangre corrió por sus venas comenzó a fijar la mirada en lo que la rodeaba, incluido el hombre que se concentraba en reanimarla. Jim descubrió un frasco de colonia sobre el tocador y lo destapó para ponérselo bajo la nariz. Era agua de rosas, y su aroma desató el llanto en Clara.

—Mi padre... —sollozó—. ¿Es cierto que ha muerto?

Jim asintió, inflexible. La miraba con fijeza, atento a cualquier síntoma de conmoción, listo para ejercer su poder si hacía falta. Ella se repuso lo suficiente para decir:

—¿Cuándo fue? Quiero saber.

—Pregunte a sus criados, ellos no me han dado detalles.

Jim omitió contar que casi lo liquidaron apenas llegado a la mansión. Clara sorbió sus lágrimas y miró hacia afuera, donde el sol brillaba indiferente a su sufrimiento.

—Debo hablarles. Mi padre tiene que haberles dicho algo, debo saber hasta la última de sus palabras.

—Hablaremos cuando usted se haya repuesto y comido algo.

—No tengo hambre.

—Comerá.

Clara lo miró con una expresión cercana a la rabia.

—Éste no es momento para pensar en algo tan pedestre.

—Ningún bien le hará llorar con el estómago vacío ni cambiará las cosas. Además, debe tomar las riendas de la casa ahora, usted es la patrona, la heredera de su padre. Los criados deben saber que de nuevo alguien se hará cargo de sus vidas.

Clara lo miró, atontada.

—Qué importa ahora...

—A usted le importa. No querrá que la propiedad del doctor La Rochelle se pierda entre la maleza, que sea saqueada o incendiada, que nadie recuerde quién ha vivido aquí.

La manera contundente en que Jim le pintaba la situación impresionó a Clara.

—Quiero ir a ver su tumba —exigió. Le parecía que sólo viendo la lápida con su nombre grabado se convencería de lo que le sonaba imposible de creer.

—Primero tomará el desayuno.

—Usted no puede obligarme.

—¿Quiere apostar? Soy bueno jugando, ya lo ha visto.

Clara se midió con él unos instantes, y al fin cedió.

—Le diré a mamá Sara que ordeñe la vaca y que hierva la leche para Alfonsito.

—Así me gusta. Aférrese a mi brazo, bajaremos caminando esta vez.

Salieron al vestíbulo, y Clara contuvo un sollozo al ver el estado del interior de la casa. El papel de las paredes se había despegado y caía en jirones húmedos hasta el piso. Faltaban casi todas las lámparas, la mayoría de los muebles estaban cubiertos por sábanas viejas para protegerlos del polvo, y los bonitos cuadros que su padre exhibía con tanto placer habían sido rasgados por un espíritu depravado. Aquella casa debió de haber servido como refugio de las tropas yankees después de la rendición de Virginia, supuso Jim.

En la cocina encontraron a mamá Sara junto a Moses, ambos encantados con el pequeñito, que soltaba grititos de alborozo.

—Pobre mi niño, que nada sabes. Mejor así, que la ignorancia te proteja —murmuró la criada conmovida.

—¡Amita Clara, ya está mejor! —dijo Moses al verla entrar del brazo del que creía su esposo.

El pobre hombre estaba aterrado de pensar que casi lo había matado al verlo en su jardín.

—Venga, siéntese, que esta negra le hará una tortilla para que se reponga del viaje. Mire, si hubiera sabido que venía, amita, habría limpiado esto del derecho y del revés. Usted bien sabe que me gusta todo limpio y ordenado, pero la casa se nos ha venido abajo, y todo por culpa de esta maldita guerra. Con el perdón de Dios —agregó, ante la mirada severa de Moses.

El mayordomo era un hombre fornido, pese a la edad y las penurias. Su pecho estallaba bajo los tiradores con que sujetaba los viejos pantalones. Había dejado la chaqueta colgada de una silla y quedaban a la vista los puños de su camiseta, gastados y remendados. Servía en la casa del doctor desde que era un muchacho,



cuando todavía vivía el abuelo La Rochelle y el hijo era un mozo que cortejaba a la madre de Clara, una mujercita hermosa aunque delicada de salud. La humedad del sur afectaba sus pulmones, y cuando quedó embarazada de Clara viajaron a Francia pensando que eso la repondría, pero su constitución débil se volvió crónica. Bien sabía Moses cuánto había sufrido el patrón con su pérdida. Al volver a América, sólo le quedaba la niña, bella como la madre.

Luego, al crecer, Clara también lo había dejado.

—Mamá Sara, quiero ver la tumba de papá. Y saber por qué murió. ¿Fue en la guerra?

La negra se persignó y miró de reojo a Moses.

—Su padre quiso apoyar a nuestros soldados, amita, pero los achaques no se lo permitieron, y cuando supo que la guerra estaba perdida, decidió abrir la casa para que funcionase como hospital de campaña. No quiera imaginar lo que fue esto entonces. Para colmo, los plantadores se plegaron a los yankees o huyeron, buscando su libertad. Y eso que el amo fue bueno y les ofreció una paga por su trabajo.

—No quisieron —agregó Moses.

Se veía que condenaban esas actitudes, aun siendo ellos mismos esclavos, pensó Jim.

—No dábamos abasto con la atención de los heridos y las tareas diarias. Las cosechas se perdieron, el huerto se llenó de peste y tuvimos que cazar para poder comer. Yo era la encargada de preparar las comidas. Imagínese, amita, estos brazos no me alcanzaban.

Clara contenía la impaciencia por saber cómo había muerto su padre, pero por cariño hacia esos fieles compañeros en la desdicha dejaba que mamá Sara se explayara. Moses la observaba, atento a cualquier olvido, para apuntalar su historia.

—Todo era vendar brazos y cabezas partidas, aplicar polvos de cicatrizar y suturas con lo que hubiera, que no era mucho. Su papá se las apañaba como el gran doctor que siempre fue y salvó muchas vidas, niña Clara. Sólo que la vida no lo salvó a él.

—¿Por qué?, ¿qué le ocurrió? —insistió con angustia ella.

—Una tarde en que estábamos más ocupados que nunca porque habían traído a muchachos nuevos con heridas graves llegó un soldado de no sé qué batallón pidiendo licor para la tropa. Nosotros lo usábamos en las heridas, mi ama, pues mucho no había, así que le dijimos que los licores eran escasos y para otros menesteres, pero el hombre parecía empeinado y dijo que iba a requisar toda la casa hasta dar con la bebida. Moses le fue a avisar a su papá, que de inmediato salió a parlamentar, como dicen en la guerra.

El mayordomo aguardaba el resto de la historia con las manos tras la espalda y la cabeza en alto, rindiendo homenaje a la conducta de su patrón. Mamá Sara prosiguió, luego de limpiarse los ojos con una pañoleta.

—No sé qué hablaron allá afuera, ya que Moses no le permitió franquear la

puerta, pero escuchamos un estampido y salimos a todo correr. Su papá, que Dios lo tenga en su gloria, estaba acostado sobre el césped como si durmiese, tranquilito... y al lado yacía retorcido el mal soldado, con un tiro que le dio el guardia al ver que había atacado al patrón. Mi amita, su papá tenía un hacha de guerra clavada en el pecho. ¡Aquel desgraciado era un indio! ¡Y dicen que formaba parte de un batallón entero de indios! Yo no había oído nunca nada así.

—Pobre amo Ambrose —rubricó Moses al final de la triste historia.

Los ojos de ambos criados se habían humedecido al recordar el episodio. Clara permaneció silenciosa y suspendida de sus pensamientos. A su lado, sin formar parte del corrillo pero atento a lo que se decía, Jim reflexionaba acerca de la identidad del cherokee que había ultimado al doctor La Rochelle, pues no le cabía duda de que el batallón al que la criada se refería era el suyo propio, aunque no recordaba ningún episodio semejante. Los muertos cherokee lo habían sido en batalla, o víctimas de las infecciones posteriores de las heridas. Por otro lado, era cierto que algunos de sus hermanos bebían mucho, enviciados por ese whisky que hasta los misioneros utilizaban para sonsacar las voluntades de los indios.

—Así fue entonces —murmuró Clara como ensimismada—. Una muerte tonta, casual. Mi padre perdió la vida a manos de un indio borracho.

—Asimismo, amita. Decir que el asesino tuvo su castigo, porque ni tiempo de disfrutar su hazaña le dieron. Mientras que su papá tiene aquí su tumba y nuestro eterno recuerdo, al otro lo arrojaron al estiércol como la basura que era.

—Con estas manos enterré a su padre, ama Clara —y Moses le mostró las palmas ajadas como una ofrenda.

Jim apretó los dientes. Una de las acciones más horrosas de la guerra era la mutilación que sucedía a la masacre. Allí el salvajismo del hombre alcanzaba su expresión más alta, cuando los victoriosos se lanzaban entre aullidos de lobo a robar los cadáveres y cortar pedazos para llevarlos como trofeo a sus jefes. Orejas, narices, dedos... todo era lícito. Por eso él había combatido sobre el cuerpo inerte de John “Lobo” Finch, para protegerlo de la profanación; y luego lo había enterrado en un sitio aislado, donde brotaran los lirios en primavera. Lo único que llevó a su familia al volver fue su pluma, su cuchillo y la chaqueta militar de la que John estaba tan orgulloso. Jim se preguntó si la saña con que los criados de Bellaflor festejaban que aquel asesino hubiese sido arrojado a los buitres en lugar de ser enterrado con cristiana piedad se debía a que era indio y no blanco. Después de todo, muchos cherokee habían tenido esclavos negros también, y aunque eran amos benevolentes por lo general las ideas abolicionistas los habían enfrentado de igual modo.

—Clara debe alimentarse, y lo mismo el niño —adujo, interrumpiendo la lúgubre conversación.

—Es cierto, señor, qué cabeza la mía. Moses, ve a ordeñar a Lily, que yo me ocupo de la niña y de su esposo. Mientras, atizaré el fuego para que el caldero esté calentito cuando venga la leche. Qué amor de niño tiene, amita Clara, es un sol.

La joven estaba demasiado afectada como para aclararle la confusión, y Jim prefirió no hacerlo. Ya ellos se habían formado una idea de las cosas, y por el momento le convenía que lo pensarán como el esposo de Clara. Ella conservaría así el respeto de sus siervos y él el pellejo, ya que sospechaba que, de saberse la verdad y que él era indio, además, la mala voluntad de ambos criados se haría notar enseguida. Y como esposo de Clara tenía más derecho que ninguno a estar junto a ella.

Caminaron bajo la tibieza del sol de otoño hasta la colina donde se erguía un antiguo castaño silvestre. Profundas grietas de color ceniciento aseveraban su vejez, pero su copa se ensanchaba hasta dar sombra a la lápida que sobresalía entre la hierba.

—Conserva sus hojas —observó Clara antes de hincarse junto a la tumba de su padre.

Habían avanzado en silencio, escuchando el viento silbar en sus oídos y con la vista fija en aquel punto emergente de la llanura. Clara había desayunado los huevos que Moses recogió del gallinero y tomado el café con miel que le preparó mamá Sara. Comía de manera mecánica, sin reparar en que lo hacía, sólo se distraía de su apatía mental para mirar a Alfonsito y asegurarse de que tomara la leche de Lily. La negra la había hervido largo rato, y luego batido y colado con un gran cedazo para alivianarla. Al principio, el bebé se ahogó por la gordura del líquido, pero enseguida le tomó el gusto y comenzó a succionar con gran estrépito.

—¡Válgame! —había exclamado gozosa mamá Sara.

Clara le obsequió una débil sonrisa, y luego insistió en su deseo de ver la tumba.

Fue natural que Jim la escoltara, ninguno de los sirvientes se ofreció a hacerlo en su lugar, de modo que allí estaban, frente al recordatorio de la vida de Ambrose La Rochelle, grabado sobre piedra amarilla con letras góticas. El nombre y las fechas, nada más. Ninguna frase cariñosa, ningún elogio, nada que permitiese saber algo de aquel médico que daba la vida y la salud por sus pacientes, tal como Clara lo recordaba.

—Estará solo y con frío aquí —dijo compungida, tocando la piedra.

Jim permanecía de pie. Se abstuvo de darle consuelo porque sabía que el dolor era inevitable y necesario. El viento se arremolinaba en torno a ellos, creando una danza de hojas plateadas que se adherían a las faldas de Clara y al cabello de Jim.

—Papá, oh, papá... ¿Por qué no me esperaste? Yo vendría de todos modos, tenías que saberlo. Nunca hubiese desaparecido de tu vida... Papá, perdóname.

Ella lloró con suavidad y besó la piedra helada. Juntó las manos y oró un largo rato. Cuando se levantó, en sus ojos había una firme determinación.

—Señor Morris, no quiero demorar su partida. Le agradezco que se haya quedado para acompañarme en mi duelo, mas no deseo retenerlo. Diré a mamá Sara que le prepare algo de comida.

Jim conservaba su gesto adusto de siempre.

—Me quedaré por ahora.

Ella lo miró con lágrimas contenidas en sus ojos.

—¿Por qué? He llegado a casa. Estoy con la única familia que tuve, aparte de mi padre. Moses y mamá Sara me han criado. Y usted me dijo que tenía negocios en Tennessee. Yo quería agasajarlo en Bellaflor, pero ahora...

—Clara, esta vida puede ser mucho más difícil de lo que usted piensa. Necesita gente para labrar los campos y levantar la plantación. Me quedaré hasta que consiga a alguien más.

Ella seguía observándolo.

—Ya no me llama señorita Clara.

—Es mejor así, para que ellos no tengan motivos de sospecha.

—Creen que estamos casados —reconoció Clara, revelando que había escuchado a mamá Sara.

—Y así debe ser, para su seguridad y la del niño. Esta gente no entendería otra situación, y ahora debe pensar en todo. Ya vendrán las aclaraciones cuando se encuentre dueña de Bellaflor como antes y pueda hacer lo que usted quiera.

La joven volvió sus ojos a la tumba.

—¿Qué hubiese dicho él? —musitó.

—Lo mismo que digo yo. Si su padre la amaba, no habría soportado que padeciese agravios ni corriese peligros.

—Moses y mamá Sara no harían nada que me perjudicase.

—Quizá ellos no, pero se correría la voz en varias leguas a la redonda y usted es conocida aquí, Clara, tiene una reputación. Si bien la guerra cambia las cosas, cuando todo acaba la gente espera retomar donde lo dejó.

Clara asimiló sus palabras en un silencio inusitado para ella, y miró de nuevo la lápida de su padre.

—Habrà que cercarla —dijo con aire ausente— con una linda verja de hierro. Le diré a Moses. Tenemos forja en Bellaflor.

Jim le permitió divagar en torno a esa y otras ideas que le venían a la mente, y luego la acompañó colina abajo, tomándola del brazo cuando le parecía que las rodillas le flaqueaban. Durante todo el camino soportaron el viento de frente, como un anticipo del esfuerzo que costaría remontar la plantación, si es que llegaba a lograrse alguna vez.

Antes de ingresar al edificio anexo donde funcionaba la cocina, Jim observó que atrás de la casa se levantaban varios cobertizos, un granero y un enorme establo del que emergían relinchos, los sonidos tan familiares y queridos por su gente.

—¿Estará bien? —preguntó al ver que Clara se disponía a entrar.

Ella asintió y le dirigió una mirada agradecida. Tomó en las suyas una mano de Morris y depositó en su dorso un leve beso.

—Gracias en nombre de mi padre y el mío. Sé que él vería en usted a un hombre de honor.

Jim se quedó de piedra. La naturalidad de los gestos de Clara lo trastocaba.

Ninguna mujer habría hecho eso sin intención, y Jim comprendió que Clara actuaba con la confianza de saberse fuera del mundo, sin tentaciones ni mezquinos intereses. No era Claramaría La Rochelle la que besaba su mano, sino Santa Clara.

Ese descubrimiento lo irritó.

Dio la vuelta a la mansión y se encaminó hacia el establo, una construcción maciza hecha de troncos y con grandes aleros. Del interior brotaba un agradable olor a heno húmedo. En la penumbra distinguió el lomo moteado de un appaloosa, un bello ejemplar nevado, de manto oscuro con pintas blancas. El recuerdo de su amado Sequoyah lo asaltó de inmediato. Él había querido dejarlo, era un modo de permanecer en aquel país donde cumplió su promesa de vengar la profanación de su padre y de su hermano mayor. Jim veneraba la libertad que proclamaban el nervio y los músculos de los caballos, eran su alter ego, su conexión con el universo. Por algo lo llamaron Caballo que Galopa en el Viento cuando empezó a despuntar su hombría. Su esencia era el salvajismo que no admite doma alguna, el espíritu que no reconoce frontera, aun si el cuerpo está preso entre paredes. La libertad interior. Cuando el joven Jim se encontró a sí mismo en su viaje de iniciación, el espíritu caballo se hizo uno con él y no lo abandonó jamás.

El appaloosa se acercó a la puerta del establo y frotó su hocico contra la mano que el hombre dejaba inerte sobre el borde. Se estaban reconociendo. Al cabo de un rato, Jim alzó esa mano y la apoyó en la frente del animal. Sus ojos circundados de blanco tenían el inconfundible sello de la raza que llevaba el nombre del río Palouse, donde los nez percés los habían criado. Aquél era un caballo sólido, de cuello robusto y arqueado, la grupa apenas inclinada. De los ollares desprendía un vaho nervioso, mientras que sus ojos oscuros invitaban a la caricia. Un espléndido ejemplar que aún no había perdido su carácter bronco.

—Ése —escuchó decir a sus espaldas— vino solito, apareció justo después de que los yankees se llevaron a los otros.

Jim reparó en que los demás boxes estaban vacíos.

—Es un gran caballo —comentó, más por decir algo que por necesidad de hablar con Moses. El mayordomo se acercaba recostando su pierna mala sobre un bastón de caña malaca con puño de marfil. Jim no tuvo que esforzarse para darse cuenta de que usaba el bastón del patrón muerto.

—Así eran todos los de Bellaflor, hermosos caballos de pura raza. La guerra nos despojó de eso también.

—Voy a guardar los míos en los establos vacíos —anunció Jim con un dejo de autoridad que irritó a Moses. Si bien no podía oponerse a que el esposo de su ama hiciese su voluntad, el viejo recelaba de aquel caballero de tez morena y ojos rasgados. Algo no encajaba en su apostura sureña. Y Moses era sagaz, había sobrevivido a muchas adversidades, empezando por su viaje desde el África y la subasta en la que lo separaron de su familia. Cuando entró a Bellaflor al servicio del abuelo, tenía sólo quince años.

—Limpiaré el lugar —dijo.

—No se moleste —replicó Jim—. Me gusta ocuparme de los animales. Y me dará algo que hacer mientras Clara decide.

—¿Mi ama piensa dejar Bellaflor? —se alarmó Moses.

—No lo creo, aunque no la culparía si lo hiciese. Es mucho trabajo para una mujer tan joven y sola.

—Bueno —comenzó el mayordomo con suspicacia—, ya no está sola, tiene a su esposo para que la secunde. Quizá el señor no esté acostumbrado a la vida de una plantación. El amo Ambrose provenía de una estirpe de colonos fundadores, y lo hacía de manera natural.

Era una crítica, y Jim supo calibrarla.

—Quizá convenga deshacerse de parte de la tierra —dijo con aire especulativo—, de seguro hay compradores.

Moses se irguió como una flecha certera.

—¿Vender? ¡Eso nunca! Mi ama jamás partiría la tierra de sus ancestros. Ella siente al sur en sus venas, como su padre.

Jim podría haberle respondido diciendo que Clara había hecho una elección bien distinta al meterse en un convento, pero los criados nada sabían, y por el momento era mejor así.

—Esta parte del país ha cambiado bastante desde la guerra. Veremos cuál es el curso de los acontecimientos. Sin duda, habrán tenido ofertas.

Moses se turbó. Aquel hombre daba en la tecla. Uno de los mayores peligros, aparte de las hordas de rebeldes que saqueaban, eran los compradores que buscaban aprovecharse de la lamentable situación de los plantadores y adquirirían a precio vil valiosas tierras que antaño habían producido algodón, maíz y tabaco, sembradas de molinos y cubiertas de ganado. Él mismo se había visto obligado a echarlos a punta de escopeta más de una vez. Por eso atacó a Jim por la espalda, pensando que era uno de esos especuladores mezquinos.

Ese error todavía lo incomodaba.

—Me disculpo con usted —empezó a decir—, y me permito suplicarle que no diga a mi ama Clara que lo confundí con uno de esos bandidos que deambulan por aquí.

Jim sonrió sarcástico.

—Dudo que a ella eso le provoque enojo. Más bien yo saldría ganando, pues se compadecería de mi persona.

—Así es ella —comentó soñador Moses—, igual que su madre, una santa.

La referencia molestó a Jim, que no deseaba ver en Clara a una monja, así que cambió de tema.

—Voy a montarlo —anunció, mientras abría la puerta del establo.

—Tenga cuidado, todavía no sabemos qué carácter tiene... patrón —agregó, pensando que era lo correcto.

Jim montó en pelo, agarrándose de las crines, y Moses se hizo a un lado para dejar pasar a ese jinete audaz que parecía entender al animal mejor de lo que convenía a un caballero.

Frunció el ceño al verlo desaparecer tras la colina.

—Muy raro —masticó entre dientes—. Muy raro todo.

Clara había optado por quedarse en Bellaflor hasta decidir qué hacer, todo en nombre de su padre. Era el paréntesis del que le había hablado la Madre Superiora. Luego de dejar la plantación en buenas manos, retornaría al convento y seguiría adelante con su vocación. Depositaría a Alfonsito en brazos de su madre y podría por fin volcarse a la vida de servicio que tanto la atraía.

La cocina se encontraba en reposo, con la marmita de hierro colgando vacía del gancho en la chimenea, los fuegos apagados y los cacharros lavados y guardados en sus estantes. Sobre la rústica mesa, una enorme fuente desprendía un olor delicioso: eran los bizcochos de mamá Sara. Bendita fuera, había tenido tiempo de cocinar las galletas de jengibre que tanto le gustaban antes de subir con Alfonsito al cuarto. Clara pellizcó una y siguió andando hacia la casa. Desde abajo se escuchaba el arrullo grave de la negra cantando una nana que acariciaba el corazón herido de Clara. Se dirigió hacia el cuarto de la izquierda, el consultorio del doctor La Rochelle, mágico en su recuerdo, el sitio en el que su padre pasaba largas horas estudiando en libracos polvorientos la ciencia que luego desplegaba en sus pacientes. Era también donde ella, mientras jugaba inocente con sus muñecas, había forjado en su espíritu el deseo de ser como él, de saber curar y devolver la vida a los que perdían la fuerza del espíritu. En lugar de ser la mamá de aquellas muñecas, ella había sido la médica que las revisaba y diagnosticaba, untaba sus cuerpos de porcelana con fingidas pomadas y auscultaba sus pechos chatos para decidir qué remedio aplicar. Ambrose La Rochelle se lo había permitido, sin avizorar que aquel juego era en realidad una vocación, y que su hija se estaba orientando hacia un camino bien diferente del que él tenía pensado para ella.

Clara casi retrocedió ante la bocanada de polvo que se desprendió de la puerta al abrirla. Un turbio rayo de sol entraba por el ventanal sucio y se derramaba sobre los libros apilados en forma desordenada, como su padre los habría dejado en su último día de vida, quizá minutos antes de que ese indio borracho se la arrebataste.

—Papá —musitó, mientras con un dedo trazaba una línea en la pátina de tierra acumulada.

Ardientes lágrimas brotaron al ver las anotaciones que su pluma había hecho en los márgenes, con esa letra nítida como su pensamiento. Recién entonces reparó en que la carta que la abadesa le entregó no mencionaba lo sucedido. La habían llamado al lecho de un enfermo, cuando su padre había muerto en plena salud. El notario no habría querido causarle semejante dolor estando ella tan lejos, sin duda. ¿Qué importaba ya? Su padre se había ido sin darle la oportunidad de volver a abrazarlo, de besar su frente y pedirle su bendición. ¿Por qué las cosas llegaban tarde, cuando ya

nada podía hacerse?

Sólo Dios sabría el motivo.

Clara contempló la gran vitrina donde se guardaban los frascos de botica. Se parecían a los del convento, sólo que llevaban impresas etiquetas azules y estaban ordenados según sus propiedades. Arriba, los jarabes de corteza de sauce para enfermedades respiratorias; en el estante siguiente, los que removían la bilis y apaciguaban los ardores de estómago; más abajo, tónicos que activaban la sangre y las defensas del organismo; seguían los ungüentos y aceites para llagas y quemaduras, las hojas para los emplastos, separadas por delicadas gasas, y potes de porcelana con indicaciones de usos específicos más íntimos. Clara los conocía de memoria, podía describirlos con los ojos cerrados. Buscó la llave en la gaveta del escritorio y abrió la vitrina. Un aroma concentrado de hierbas y filtros mezclados asaltó su nariz: alcanfor, clavo, menta, almendras... el olor que marcó su infancia. Recuperó la sensación placentera de jugar mientras escuchaba a su padre murmurando entre libros y pruebas de laboratorio. Aquella letanía le brindaba seguridad, le hacía sentir que su padre era poderoso, capaz de dar la vida y esquivar la muerte, y ese convencimiento la había dotado de un optimismo que aun en ese momento de tanto dolor la mantenía en pie.

¿Cuánto de fe divina y cuánto de fe en el hombre había en ella? Ignoraba la respuesta.

Jim la miraba a través del ventanal empañado. Volvía de los establos cuando advirtió movimiento en el interior de esa habitación de la planta baja. Pudo captar la tristeza de Clara en el modo reverencial con que ella tocaba todo, intentando absorber la esencia del que ya no estaba entre sus cosas. Los objetos de un hombre decían mucho acerca de él, y la hija encontraba al padre en los viejos libros, su reloj de mesa, los mecheros y las ventosas que acompañaban su actividad diaria. Él mismo había revuelto entre las cosas de su padre, después de su violenta muerte. Y había llorado en silencio sobre la camisa ceremonial y las gafas que él le regaló al saber que ya no veía como antes y que por orgullo no lo reconocía. Ethan Morris, Tawato para los suyos, había sido un hombre de autoridad como el padre de Clara, sólo que entre su gente el prestigio estaba fundado, además del conocimiento, en la fuerza y el coraje con que se enfrentaba al enemigo. Y el padre de Jim Morris había sido capaz de encarar no sólo a los blancos, sino también a los cherokee descontentos que buscaban enemistar a unos contra otros. Y al igual que el padre de Clara, ahora yacía bajo la tierra, a causa de una injusticia que la vida entera no alcanzaría para compensar.

Podía comprender el vacío de Clara en su corazón. ¡Vaya si podía! La rabia sorda mezclada con impotencia y profundo dolor. Sólo la gran capacidad de Jim para controlar sus sentimientos había impedido que acabase ahí mismo con la tropa que arrasó la vida de su padre. La venganza debía ser fría y calculada, y Jim la acarició durante largo tiempo, planificando el modo en que la llevaría a cabo, porque en esa



espera dominaba sus ansias y lograba un poder más intenso sobre el enemigo. Observar, calcular, esperar. Era probable que a Clara le resultase más difícil alcanzar la calma, puesto que ni siquiera había sugerido la idea de averiguar de dónde provenía el indio que ultimó al doctor La Rochelle.

Y por supuesto, aun sabiéndolo, no se le ocurriría vengarse.

Clara abrió otra gaveta del escritorio y encontró diversos artículos: una pluma que su padre no había llegado a usar, una almohadilla de tinta para los sellos, un manojito de papel de seda, algunas boquillas de pipa con olor a sándalo... Su mirada se detuvo en el fondo del cajón, donde reposaba un cuaderno forrado en cuero negro. Pensó que se trataría de la descripción minuciosa de casos, o tal vez recetas de algunos preparados, y por eso se sorprendió al abrirlo y comprobar que estaba escrito con una letra pequeña muy nutrida, sin respetar renglones ni márgenes, ocupando todo el espacio, como si el autor hubiese estado escaso de papel. Leyó la fecha de la primera hoja: *10 de mayo de 1838*. ¡Ella ni siquiera había nacido! Con curiosidad avanzó rauda en la lectura de unas cuantas páginas, y vio que tampoco era la letra que ella conocía, sino otra más picuda, agresiva en sus líneas. ¿Lo habría escrito Ambrose? Sería entonces muy joven, y su letra reflejaría ese espíritu alejado del hombre sabio y profundo que había llegado a ser. Tan absorta estaba en la contemplación de la escritura que no advirtió la presencia de Jim a sus espaldas.

—¿Se encuentra bien?

Se sobresaltó como si la hubiesen pescado en falta y cerró de golpe el cuaderno. El polvo flotaba aún entre ellos cuando él se aproximó.

—Pensé que estaría descansando —y le clavó una mirada sagaz.

¡Qué hombre! ¿Acaso la espiaba? Ella era dueña de llorar en el consultorio de su difunto padre.

—Por mucho que duerma, señor Morris, no olvidaré mi pena.

—Lo sé. Las funciones del cuerpo, sin embargo, deben continuar. Comer y dormir siguen siendo esenciales aunque el alma esté penando y el corazón se rompa.

—A usted parecen importarles mucho esas funciones.

—Conozco su valor. Además, ocuparse de ellas lo mantiene a uno distraído, da algo en qué pensar.

—Aunque me lo propusiera, no podría alojar nada en mi estómago. Creo que la tortilla de mamá Sara me cayó mal —y Clara se frotó el vientre para aseverar lo dicho.

—De todos modos comerá. Debe hacerlo también por sus criados, para infundirles confianza en el futuro de Bellaflor.

—Señor Morris, ¿por qué se preocupa tanto por esta plantación? Usted se irá de aquí.

—Me preocupa usted, Clara, que no se dé cuenta de la responsabilidad que heredó de su padre. Somos lo que nuestros ancestros hicieron, llevamos en nuestra sangre la de ellos y debemos cumplir sus propósitos y anhelos.

Clara lo miró con los ojos agrandados por la pena.

—Eso fue lo que no hice, señor Morris. Decepcioné a mi padre al elegir el convento en lugar del matrimonio, y ahora no me lo perdono. Y él nunca sabrá que volví para reconciliarme.

—Él lo sabe, Clara.

—¿Cómo? —se desesperó ella.

—¿Acaso en su religión no se habla de otra vida? ¿No hay un encuentro final para todas las almas? ¿Qué clase de monja será si no cree en eso?

La vehemencia del hombre sacudió a Clara.

—Es cierto, Jesús nos prometió la inmortalidad del alma. Y yo lo creo, pero es más difícil cuando se sufre tanto —reconoció con aire contrito.

Jim suavizó su expresión, que se había tornado ceñuda.

—Ése es su aprendizaje, entonces. Venga, debe cambiarse de ropa y tranquilizar a su criada, que está cuidando al niño.

Clara apretó el cuaderno negro en su pecho y se dejó llevar hasta el vano de la escalera, donde se detuvo y enfrentó a Jim.

—Señor Morris, es la segunda vez que habla de mi religión como si no le perteneciera. ¿Qué credo profesa? No quiero pensar que sea uno de esos hombres que se complacen en ser herejes.

—Quizá le suene a herejía, Santa Clara, pero a mi modo de ver los calabozos, las togas y los grilletes no son adecuados para rezar ni para comunicarse con... Dios —estuvo a punto de decir “el Gran Espíritu”, y se refrenó a tiempo.

—Tampoco yo creo que haya que rezar el día entero cuando Dios nos pide que seamos cristianos. Era algo que me costaba mucho en el convento, permanecer encerrada soltando letanías cuando afuera había tanto para hacer, tantos pobres infelices a quienes ayudar.

—¿Y aun así quiere ser monja?

Clara levantó la barbilla.

—¿Por qué no? Puedo ser una Hermana de Caridad, ir por el mundo brindando ayuda y rezar por las noches implorando fuerzas para mis obras. Así entiendo la profesión de fe.

Jim apreció la firmeza en la manera en que apretaba los labios y erguía los hombros. Por un momento, vio en ella una suerte de guerrera también, capaz de arremeter con cualquier empresa, hasta que recordó su lamentable compasión, que lo arruinaba todo. Clara era capaz de encontrarse frente al asesino de su padre y perdonarle la vida.

—Vaya a refrescarse antes de ordenar la cena —fue todo lo que atinó a decirle.

Se quedó mirando cómo subía los escalones arrastrando los pies, doblada por la pena, y recién al verla desaparecer en el primer recodo se encaminó hacia el cuarto de los menesteres, donde el mayordomo repasaba la platería para el primer servicio decente desde la muerte del patrón.

Clara encontró a mamá Sara acunando al bebé. ¡Cuántas veces la negra la habría alzado con la misma ternura reflejada en sus negros ojos! Mamá Sara había criado a cuatro hijos, dos de ellos muertos en guerra, y los restantes dispersos por el mundo. Lo último que se supo del menor era que vivía en uno de los barcos que recorrían el Mississippi, y que jamás pisaba tierra para que no le siguieran la huella. Más de una vez Clara la escuchó decir: “Aquí tengo a mi niña, la que Dios no me envió en esta vida”, en referencia a ella.

La negra le hizo señas de guardar silencio.

—Me costó mucho dormirlo, amita. Ha de ser por el traqueteo del viaje, que pone nerviosos a los niños. Pero mírelo ahora, si es un angelito —y deslizó un beso en la coronilla de Alfonsito, que ya se cubría de denso pelo oscuro.

—No se le parece, mi ama, ha de haber salido al padre. Claro, si tuviera ese cabello de oro y esos ojos de cielo, este caballerito sería un príncipe.

—Mamá Sara, debo decirte algo.

—Shhh... —será cuando hayamos salido del cuarto, mi ama. Le dejé preparada la tina de baño y el único jabón de olor que nos quedaba. Ya decía yo que para algo serviría. Lo cuidé como si fuese una joya. A Moses se le quiebra la espalda un poco, pero todavía me sirve para acarrear cosas. Descuide, iré enseguidita, cuando haya arropado a este querubín, que Dios lo guarde.

Así diciendo, mamá Sara empujó con dulzura a Clara hacia el cuarto contiguo, donde Moses ya había encendido la mecha de la única lámpara de alabastro que sobrevivió a los saqueos. La luz amarilla ahuyentaba las sombras agazapadas en los rincones.

El cuarto que Clara recordaba seguía intacto, era el mismo donde ese día Jim la había restablecido de su desmayo. Aunque no guardaba memoria del suceso, tenía la rara sensación de haberse sentido segura en manos de alguien. La tina de cobre se hallaba cubierta por una tapa, y de un gancho pendían dos paños de algodón fino. Clara guardó el cuaderno en un cajón de su cómoda de nogal, se despojó del traje, que de tan polvoriento parecía gris en vez de azul, de la capotita y, por último, de las enaguas y las medias. De pie, vestida sólo con la tenue camisola y con el cabello tan corto, parecía un ángel de los que mencionaba Sara. Detrás del cortinado de flores, el viento agitaba las ramas de los manzanos del huerto contiguo. Clara tuvo un escalofrío. La muerte rondaba esa casa, porque había sido violenta e injusta. Era una percepción que a menudo la asaltaba cuando visitaba a los heridos. Aquellos que sufrían abruptos finales no descansaban en paz, y ella solía rezar por sus almas y pedir a la Virgen que los llamase ante su presencia.

Cayó de rodillas y rezó con fervor.

—Virgen Santa, acompaña al espíritu de mi padre para que descanse el sueño eterno. No permitas que vague penando por este mundo. Déjame saber que él me ha perdonado, dame ese consuelo para poder seguir en mi senda de amor a tu divino Hijo.

Se incorporó con lentitud, como si su espalda cargara un enorme peso, y se sumergió en el baño que la antigua criada había embalsamado con hierbas y especias. El aroma sutil la envolvió y el contacto con el agua la reconfortó. Cerró los ojos y se dejó llevar por la fatiga.

Al cabo de un rato, tomó el jabón de olor y lo frotó sobre su cuerpo. Enjabonó su cabello y se hundió en el agua para enjuagarlo. Al emerger, advirtió una silueta que se cernía sobre ella. Ahogó un grito al ver que se trataba de Jim Morris, que la contemplaba absorto. Su perfil derecho se mantenía en sombras, mientras que el izquierdo recibía el resplandor titilante de la lámpara. Esa doble faz del hombre, iluminado a medias, despertó en Clara la conciencia de que aquel caballero enigmático que la había escoltado durante tantos días poseía una personalidad oculta que ella no alcanzaba a discernir, algo oscuro y muy profundo, un sesgo siniestro que él mantenía a raya la mayor parte del tiempo.

—Señor Morris... —balbuceó, en tanto trataba de que el agua cubriera sus hombros— ¿se le ofrece algo?

Jim no respondió de inmediato. Había entrado al cuarto pensando que era el que le habían asignado a él, y al ver a Clara tomando un baño se dio cuenta de que, en efecto, le habían otorgado el cuarto de su supuesta esposa. La visión de aquella mujercita envuelta en los vapores del baño, con la camisola adherida a sus pequeños senos y la piel reluciente de jabón perfumado, le dio de lleno en el pecho. Acababa de revelársele el lado sensual de Clara, el que los ropajes y la eterna predisposición cristiana no permitían ver. Esta mujer que se abandonaba a los placeres del agua caliente, que jugaba con las pompas de jabón y deslizaba las manos por su cuerpo con parsimonia era un bocado apetitoso que Jim ignoraba tener a su alcance. ¿Sería ésta la advertencia del halcón, entonces?

—Al parecer, dormiré en esta habitación —repuso.

—Eso es imposible —refutó Clara echando una ojeada a la colcha de satén—. Sólo hay una cama, y es pequeña.

—Sospecho que Moses se está ocupando de eso ahora.

—Pero... usted debió aclararle...

—Santa Clara, quedamos en que dar explicaciones esta misma noche sería muy confuso.

—Pues debemos darlas, señor Morris. Es injusto que mis criados crean una farsa y actúen en consecuencia. Yo misma hablaré con ellos.

—Preferiría que no lo hiciera.

La frase sonó amenazante a los oídos de la joven. Ella se encontraba en inferioridad de condiciones, casi desnuda bajo el agua, mientras que él, a pocos pasos, parecía un león al acecho.

—Su mayordomo no simpatiza conmigo —continuó Jim sin dejar de mirar las formas que se dibujaban bajo la espuma— y creo que le daría gusto poder clavarme un tridente si se enterara de que su preciosa patrona se encuentra a merced de un

desconocido. Tendría el motivo justo. Por otro lado, éstas son tierras desoladas por donde pasan hordas de sobrevivientes de la guerra a los que tentaría mucho una mujer que no estuviese protegida por un esposo. Con un bebé sin apellido, me atrevo a sugerir que se encuentra en problemas, Clara. Hasta ahora no le he fallado.

Ella permaneció pensativa unos instantes.

—Algo de razón tiene, señor Morris. Aunque no me gusta fingir, entiendo que pueden decirse las cosas de a poco, a medida que nos organicemos. Después de todo, cuando usted se vaya deberé hacer frente a los vecinos de la comarca.

—Estamos de acuerdo. Habrá tiempo para todo. Ahora la dejaré tomar su baño y traeré mis cosas a este cuarto.

Jim salió como ráfaga, deseoso de poner distancia entre él y la nueva Clara. Pruebas más duras que ésa había pasado antes, y sin embargo no podía apartar de su pecho la insidiosa sensación de que aquel desafío era más de lo que aparentaba.

Buscó sus alforjas, y al ver entreabierta la puerta del cuarto de Alfonsito entró para echarle una mirada. El bebé dormía de lado, con su boca cerrada en un gracioso mohín y el escaso pelo pegado a la frente. Era un niño fuerte, como podría serlo su hijo si lo tuviese. Esa idea lo conmocionó. Un hijo. Sangre nueva que arrastra la vieja, una continuación de la raigambre ancestral. Ser el shamán de su pueblo lo alejó durante mucho tiempo de las tentaciones y los compromisos convencionales, y si bien ya las cosas no eran tan solemnes como antaño, dedicarse a los espíritus y a la sanación requería de un hombre mucho más de lo que la vida pedía a otros. Antes de ser Caballo que Galopa en el Viento, había sucumbido al amor juvenil y debutado con una muchacha dulce de un clan vecino. Fue durante una reunión del Gran Consejo, en medio de la algarabía de las familias que entrecruzaban noticias y compartían tiendas. Su nombre inglés era Julia, pero la llamaban Arroyo Suave, debido a su temperamento apacible. Jim la había poseído a la vera del río, mientras ella lloraba de emoción y le acariciaba la espalda.

—Estoy prometida a otro —le había dicho después—, y aunque mi padre no me obliga, sé que espera unir a nuestras familias.

Él no estaba enamorado, pero aquella confesión, luego del fogoso acto en el que ambos se habían entregado sin reparos, lo afectó. Fue una de las tantas experiencias que endurecieron el corazón de Jim. Jamás volvió a perderlo, hasta que conoció a la maestra de Boston en las tierras del Plata. Y tuvo que hacer gran esfuerzo para reparar ese error. Estaba seguro de que su senda no era la del amor, se entendía mejor con la venganza y los ayunos ceremoniales.

Alfonsito frunció la frente y soltó un regaño. Jim lo palmeó a través de la manta y el bebé recuperó su sueño tranquilo.

—Es un hermoso niño, patrón.

Mamá Sara lo contemplaba desde el vano de la puerta. Jim se enderezó con rigidez.

—Será un hombre fuerte.

La negra asintió y se acercó a la improvisada cuna. Se mantenía vigilante, comprendió Jim.

—Así fueron todos mis hijos, que Dios acompañe a los que ya no están y guíe los pasos de los que me quedan. Mi esposo no servía de gran cosa, pero era bueno sembrando. Ha de sentirse orgulloso de este retoño, patrón, sobre todo por su madre. Mi ama se fue de acá solita y volvió con una familia, quién lo diría...

—Las cosas cambian —se limitó a responder.

Sara acomodó las mantas de la cuna con su atención puesta en el hombre.

—Vaya si cambian. El patrón muerto, la niña casada y con un hijo. Ha de haber conocido a mi ama en ese viaje descabellado que ella emprendió.

Jim atravesó con su mirada la placidez del rostro reluciente que le sonreía con una pizca de malicia. Ella anhelaba saber de él, del mismo modo que él quería penetrar en las profundidades de Clara.

—Puede decirse.

Si mamá Sara encontraba huraño el carácter del esposo de Clara, no se inmutó.

—Todos sufrimos mucho su partida, el amo Ambrose más que nadie, aunque Dios sabe que ella me partió el corazón. Debe de haber sido su abuela, esa dama francesa tan liberal, la que le llenó la cabeza con fantasías, pues mi niña estaba contenta con su vida, esperando casarse con el señor Levillier. Luego vino de Francia con la historia de no sentirse segura...

—¿Esperando casarse?

La negra, que lo había pinchado a propósito, simuló consternación.

—¿No lo sabía usted? Pues sí, mi ama estaba prometida al hijo de una familia muy cercana al doctor. El padre de André es un militar que se instaló en el valle y fundó una plantación más grande que ésta, justo en el límite de las tierras del oeste. Casi se tocan, diría yo.

—¿Y qué pasó con el novio?

—Mi amita se crió con él, eran el uno para el otro. Un mocito guapo y educado, el partido ideal para ella. Mejorando lo presente —agregó con adulación—. Él todavía no se ha *casao*, que yo sepa. Ojalá no esté aguardándola, pues se llevaría un disgusto.

Jim sabía que la negra estaba intentando zaherirlo con recuerdos de Clara que él no compartía, y que los criados estaban celosos de su parte en la vida de la muchacha, una parte que ellos no conocían ni comprendían.

—Así son los amores de juventud —repuso, también malicioso—, fugaces y frustrados.

Mamá Sara se removió incómoda y fingió apuro en ocuparse de la cena.

—Se come a las siete desde que el patrón falta —dijo antes de irse.

Jim la despidió con una inclinación de cabeza y guardó para sí el punto de rabia que le produjo saber que Santa Clara tenía un amigo de la infancia que vivía a pocos pasos de donde ellos estaban y se consideraba su prometido.

El comedor de Bellaflor lucía desolado por la falta de arañas y la escasez de muebles, pero Moses se las había ingeniado para vestir la larga mesa con un mantel blanco que conservaba las arrugas de los dobleces y un par de candelabros de plata. La vajilla estaba dispuesta en ambos extremos, de modo que Jim y Clara comían separados por metros de distancia. Desde donde se hallaba, con Moses a su izquierda erguido como un faro, Jim no podía distinguir si había lágrimas en los ojos de la joven. Lo que sí podía atestiguar era la sorpresa teñida de espanto con que ambos criados recibieron a su ama sin capota y sin cabello. El ahogo de mamá Sara fue audible, y el conmovido silencio del mayordomo más impactante aún. Pensarían que había estado enferma o prisionera, o que habría sido víctima de algún ataque, supuso Jim. Ambos lo miraron con recelo. ¡Faltaba que lo supusieran el carcelero de Clara, o algo parecido!

El parpadeo de las velas ocultaba de la vista las manchas de humedad de las paredes y la ausencia de los exquisitos adornos que había ostentado aquella propiedad. Clara debió notarlo, sin embargo, pues la tristeza en su rostro era evidente, y los esfuerzos de los criados por complacerla la resaltaban aún más. Tomaba su sopa de pollo de a sorbitos, para que su estómago contraído por la pena no se rebelase. Y no levantaba la vista del plato.

Moses se había puesto su única chaqueta de servicio buena, reservada para una ocasión, y calzaba zapatos. Mamá Sara cubría sus hombros con una pañoleta y lucía pendientes de oro. Quién sabía cómo había resguardado aquella joya del vandalismo. Una mulata joven y muda, la única persona que quedaba en la hacienda, les servía con tal aire de pavor que Jim temió más de una vez que el contenido de las fuentes rodara sobre su regazo. Nada en sus modales revelaba al indio que moraba en él. Jim Morris había recibido una educación esmerada, perfeccionada durante sus años de estudio. Al igual que otros, aprendió de los mayores el alfabeto cherokee diseñado por George Gist, al que todos llamaban Sequoyah. Aquel orfebre mestizo había logrado, para admiración de los suyos, “hacer hablar al papel”, según él entendía la magia que obraban los blancos con los libros. Y los cherokee pudieron enorgullecerse de contar con un sistema silábico y más adelante, de imprimir su propio periódico, el *Phoenix*. Jim supo aprovechar las enseñanzas de los blancos y atesorar también el saber indio, el que se transmite con la sangre y se conserva con el espíritu. Los cherokee de las montañas eran de costumbres tradicionales, y a pesar de verse obligados a trasladarse a tierras desconocidas, la familia de Jim mantuvo aquel talante conservador. Por ello, si bien aprendía con rapidez las lecciones de sus maestros misioneros, en él siempre hubo más de lo que se veía, capas profundas habitaban bajo su piel. Razón había tenido Clara al impresionarse esa tarde, cuando lo vislumbró bajo el resplandor de la lámpara.

En aquellos momentos, sin embargo, mientras tragaba con dificultad su sopa, aquel descubrimiento no parecía afectarla.

La cena fue sencilla. Contaban con algunas gallinas, de modo que no faltó carne

para el pastel, ni huevos para el batido de azúcar que hizo las veces de postre. Moses se disculpó por la ausencia de buenos licores debido al acoso de los soldados, y en su lugar sirvió un café de malta silvestre que a Jim le supo muy bien. Clara permanecía en silencio. Su actitud entristecía a los criados, que veían en ella la continuidad de Bellaflor. Mamá Sara retaba a la pobre Duma por cualquier motivo, provocando pasmos en la pobre muchacha, de por sí bastante torpe, mientras que Moses lanzaba miradas compasivas a Clara y reprobatorias a Jim. El mayordomo suponía que él no había logrado dar consuelo a su pequeña esposa. Ella se mostraba ajena y distante, con un vestido de corte monacal que de seguro habría desempolvado del armario de su abuela y que no favorecía a su cutis claro.

—Subiré la leche del niño, ama Clara. ¿O prefiere amamantarlo esta vez?

La joven levantó hacia la negra sus ojos de repente ensombrecidos, y abrió la boca para protestar. Antes de que soltara las palabras fatídicas, Jim la cortó:

—Mi esposa descansará esta noche. El viaje ha mermado sus fuerzas. Estoy seguro de que no tendrá leche suficiente para Alfonso.

Si las miradas mataran, Jim habría caído fulminado. Mamá Sara juzgó repudiable su intromisión en asuntos “de mujeres”. Sin atreverse a desafiar al marido de su ama, se limitó a asentir y a desaparecer en busca del biberón que aguardaba entibiándose en la cocina.

Clara miró a Jim con otro tipo de reproche en sus ojos límpidos. Ella deseaba decir la verdad, y él lo sabía. Aun antes de que hablase, había adivinado que estaba a punto de sucumbir, y se anticipó para evitarlo. El señor Morris tenía una forma de escudriñar en su interior que la desconcertaba. Las velas danzaban en su rostro, confiriéndole aristas duras. Reparó en que no se había cambiado de ropa y que también él parecía cansado. Quizá era demasiado exigirle que afrontara la nueva situación al llegar a Bellaflor.

Le dirigió una sonrisa leve.

—Tiene razón el señor Morris —dijo en beneficio del criado, que seguía custodiando la mesa—. Voy a retirarme ahora mismo, para dormir un sueño reparador. Hasta mañana, Moses.

—Hasta mañana, niña. Que descanse.

El mayordomo se empeñaba en darle el mismo tratamiento de cuando era la joven soltera y mimada de la casa. En ello encontraba un desafío hacia ese extraño que había osado arrebatarla del amparo de quienes la criaron desde pequeña.

Clara subió las escaleras sin mirar atrás, y Jim se recostó sobre el respaldo de la silla.

—¿Será mucho pedir que haya en esta casa un cigarro? —dijo con sorna, puesto que se encontraban en una plantación de tabaco.

El mayordomo salió de la habitación sin responder, tan mudo como la asustadiza Duma, para regresar al cabo de unos momentos con una caja de madera tallada que abrió ante el rostro del extraño con altivez.



—Los cigarros del amo —le espetó.

—Sería una pena desperdiciarlos —y Jim tomó uno, mordió un extremo con sus dientes fuertes, y escupió sobre el plato.

Sin aguardar a que Moses lo asistiese, se incorporó y encendió el puro en una vela del candelabro. Se dejó caer sobre la silla y aspiró el humo con fruición.

—Excelente.

Sabía que estaba atizando el odio en el corazón del negro, y disfrutaba al hacerlo. Era una mínima venganza que se tomaba en revancha del ataque sufrido al llegar. Su experiencia le indicaba que cualquier debilidad de su parte sería aprovechada por aquel anciano que tenía en muy alto precio su papel de mayordomo del doctor Ambrose La Rochelle en Bellaflor. Había que dejar asentado el rol de cada uno desde el principio.

—Saldré a tomar el fresco, Moses. ¿Quién monta guardia en este sitio?

El mayordomo dudó antes de reconocer lo que Jim ya se imaginaba.

—Dormimos con las velas encendidas en todas las habitaciones, señor, para que la casa parezca poblada. Y yo no me separo de mi escopeta.

—¿Sólo una?

—Las armas del doctor están en su despacho y no hemos querido tocarlas hasta ahora.

—Habrà que limpiarlas y aceitarlas. No podemos darnos el lujo de desechar armas de guerra. Si no quedan balas suficientes, las fabricaremos. Dijo Clara que aquí se abastecían de todo lo necesario.

—Antes sí, señor. Ahora faltan muchos artículos, aunque nos las ingeniamos para defendernos. Sara es una mujer fuerte, capaz de arrojar un cuchillo, si hace falta.

Jim asintió sin sorpresa.

—Me gusta eso. Esta noche haré guardia también, Moses. Puedes dormir un rato si lo deseas. Mi rifle y mi pistola harán tu sueño más apacible.

El mayordomo se quedó viendo la figura de Jim Morris perderse en la negrura de la noche.

A pesar de su resentimiento, sentía algo de alivio al saber que la joven ama venía acompañada de un hombre fuerte y valiente. Y si era ducho en el manejo de las armas, sumaba varios puntos en su consideración. Lo que no le convencía era ese rostro cobrizo de rasgos sobresalientes. Si no fuera imposible, él diría que... No, la niña Clara no podía haberse casado con un indio, era una locura. Después de haber sido cortejada por los herederos de las mejores familias criollas, casi a punto de dar el sí a André Levillier...

¿En qué estaba pensando? “Te pones viejo, Moses”, se dijo, moviendo la cabeza con resignación.

Jim recibió con placer el aire frío que bajaba de las montañas y cubría el valle con una niebla violácea, debido a las laderas tapizadas de lavanda. Un búho atravesó la oscuridad y se perdió entre las copas de los robles. Se sentía en paz como si estar allí,

en medio de los restos de una rica hacienda sureña, fuese su destino. Podía imaginarse dirigiendo los trabajos de reconstrucción, contratando gente, comprando semillas y ganado. Después de todo, sus ancestros lo habían hecho con tanta o mayor eficacia que los blancos.

Las tierras cherokee habían sido robadas por ser feraces y estar trabajadas de manera próspera. Había resultado fácil expropiarlas y darles a cambio un territorio duro y yermo en el oeste. Los colonos codiciaban los molinos, las acequias, los frutales, el maíz, las casas de los obreros y los esclavos de los cherokee, así como sus mansiones solariegas y sus granjas pobladas de niños y de hermosas mujeres que usaban paraguas de seda. ¿Quiénes se creían los indios para tener aquellas comodidades propias del hombre blanco? ¿Y por qué el gobierno de Washington daba tantas vueltas para decidir lo que en definitiva era de sentido común? ¡Que los salvajes estuviesen todos donde pudieran vivir a la antigua, con sus lanzas y sus flechas, cazando y tendiendo trampas, en la promiscuidad de sus hogares nómades! Ésa era la mentalidad del colono, ansioso por devorar la tierra. Nunca era suficiente. Jim sabía que tampoco ahora estaban conformes, siempre querían más. Era la insatisfacción innata del blanco, que creía que habían inventado el mundo sólo para él. Y jamás, desde que tuvo conciencia, Jim conoció a un solo hombre blanco que viera al indio como realmente era y no como la leyenda o el mito le obligaban a verlo. Tarde o temprano, ese prejuicio salía a relucir.

Miró hacia arriba. La lámpara de la habitación de Clara titilaba como una estrella tras la cortina floreada. Se traslucía la sombra de la joven yendo y viniendo, sin duda torturándose con la farsa que sin proponérselo había creado. Jim apagó el cigarro con los dedos y guardó el resto en su bolsillo. Tendría que hablar con Clara y obligarla a someterse a sus directivas. Él sabía mejor que ella lo que le convenía.

La encontró acunando a Alfonsito junto a la ventana. Quizá lo había estado observando, pues desde allí se abarcaba el bosque de robles y fresnos que rodeaba Bellaflor.

En la penumbra, su silueta resaltaba envuelta en una bata rosa. Jim apreció las formas que se delineaban debajo de la tela.

—Hemos escandalizado a mamá Sara —le dijo, apenas lo vio entrar.

—Yo diría lo contrario. La he tranquilizado con respecto a su falta de interés en amamantar al niño, y le di una excusa para su extraño comportamiento de esta noche.

—¿Extraño comportamiento? ¡Señor Morris, acabo de saber que perdí a mi padre!

—Ellos han sufrido el despojo y la barbarie, además de perder a su patrón. Ponen en usted toda su esperanza de recobrar el mundo que conocían.

—No puedo construir una vida falsa, con un hijo que no me pertenece y un esposo que no conozco.

—Lo último se puede remediar. Conozcámonos mejor, Clara. Dígame, por ejemplo, cómo fue que rechazó a su pretendiente rico y se marchó para hacerse

monja.

—¿Supo de André?

Lo llamaba con familiaridad por su nombre de pila. Jim sintió un aguijonazo de fastidio.

—Así se llama, ¿no? Él la cortejaba. Y a usted no le pareció suficiente.

—No es así. André es un buen amigo que se convirtió en un caballero. Me contaron que mi madre anhelaba unir a nuestras familias, era íntima amiga de la madre de él y ambas soñaban con sellar su amistad con la sangre de sus hijos. Mi padre aprobaba esa unión porque sentía que estaba cumpliendo un deseo de mi madre. Él... él no preguntó si yo amaba a André.

Clara sonaba dolida por esa indiferencia masculina hacia sus sentimientos. Jim podía imaginar al doctor La Rochelle inmerso en sus medicinas, devoto de sus pacientes, ansioso por entregar a su hija en el altar de los deseos de la esposa muerta. Podía presentir el tipo de hombre que era, íntegro y distante, incapaz de creer que su pequeña hija pudiese discrepar con su voluntad. Debió de ser duro para él que Clara se fugara para meterse en un convento sólo para contrariarlo. Porque Jim sospechaba que la profesión de fe de Clara tenía mucho de rebeldía, y algo del carácter solidario de su padre. Si así era, no estaba perdido el caso del todo.

—¿Sabe ese André que usted ha vuelto?

—No lo sabe, ni yo sé qué ha sido de la plantación de azúcar. Parece que en este tiempo el mundo se ha dado vuelta —suspiró Clara mientras acostaba a Alfonsito, dormido desde hacía rato—. Mírelo, es un bendito —agregó con dulzura.

—La guerra trastoca todo, las vidas y los bienes. Su amigo se dará cuenta de que ya no puede pretenderla como antes si su padre ha muerto y usted debe remontar su propia hacienda.

—Señor Morris, es muy pronto para saber qué haré en este lugar. Todavía no lo he decidido. Estoy muy desorientada. En el convento todo era más fácil, sólo debía ayudar a los demás, sembrar el huerto, recoger verduras, rezar y visitar la Casa de Niños Expósitos y el Hospital.

—Parece bastante tarea.

—Me gustaba —y Clara compuso una expresión soñadora que endureció el humor de Jim.

—A veces hacemos lo que debemos, no lo que nos gusta —le asestó.

Ella lo contempló con interés.

—¿Usted se queda aquí con nosotros por deber, señor Morris?

El hombre miró hacia afuera, donde ya no se distinguían las formas de los árboles ni las montañas. Por su mente pasaron imágenes raudas de situaciones forzadas en las que había debido responder como se esperaba de él, un joven dotado por los espíritus de la fuerza que su pueblo necesitaba. Un shamán. El elegido para sanar, orientar, predecir. Jim no recordaba haber tenido opción, ni tampoco se le hubiese ocurrido rechazar ese papel. Se hacía lo que se debía. Para su hermano mayor estaba reservado

el lugar de orador en el Consejo; para él, el rol del hombre medicina, destinado a la soledad.

Volvió los ojos a Clara, y se topó con una mirada conmisericordiosa que casi lo hizo retroceder.

—Señor Morris —susurró ella poniendo una mano sobre la de él—, fui egoísta y desconsiderada al quejarme. También usted debe de tener sus cuitas, y aun así se ocupa de nosotros.

“Nosotros.” ¿A quiénes se refería? ¿Al niño y a ella? ¿A los criados?

Jim era consciente de que él se dejaba llevar sólo a medias, pues aquel desvío hacia el valle de Shenandoah era apenas una digresión en su propósito de llegar a las Montañas Humeantes, donde averiguaría quién era el traidor que entregó a su padre y a su hermano. Él podía esperar. La clave del éxito consistía en no perder los estribos. Tampoco los perdería por Claramaría, pese a su rostro de hada y a la tibieza de sus manos.

Apartó la suya y contestó con dureza:

—Es muy tarde para las confidencias. Acuéstese, Clara, que yo dormiré afuera.

—¿Afuera? —y ella miró en derredor, confusa—. ¿Dónde?

Jim tomó sus alforjas y corrió las cortinas, dejando a la vista el pequeño balcón que daba al jardín.

—Hace frío.

—Cerraré las puertas cuando haya salido.

—Me refería a usted, pasará frío ahí afuera. Aquí está tibio, y mamá Sara trajo calentadores para los pies de las camas. Mire, hay dos —y Clara señaló un catre que Moses había acarreado hasta el cuarto—. Ellos no quisieron darme la habitación principal porque en ella velaron a mi padre aquel día. Está bajo llave y nadie más ha entrado —concluyó con voz temblorosa.

Jim no podía creer lo que escuchaba. Ella le estaba proponiendo que durmiese a su lado, en un catre, como si esa conducta no fuese impropia de una dama y como si no lo creyese capaz de sentirse atraído por el cuerpo de una mujer. Clara ignoraba quién era él, de modo que no se justificaba que confiase tanto en su probidad. Y ya no se encontraban en el claro de un bosque, incómodos y vestidos, sino en la intimidad de una habitación. Él podía echar llave y hacer suya a la mujer que había regresado como su esposa.

Estaba a punto de replicar, cuando una sombra furtiva en el jardín, acompañada de un estampido, lo impulsó a arrojar a Clara sobre la cama mientras él desfundaba y se escudaba tras las cortinas, todo a un tiempo. El silencio que siguió le permitió distinguir los pasos del mayordomo que atravesaba el vestíbulo. Jim corrió hacia la puerta, dejando a la joven confusa y asustada.

—Quédese con el niño —ordenó, como siempre hacía.

Descendió la escalera en tres zancadas y alcanzó a Moses en el umbral, antes de que se expusiera a las balas.

—Ya se fueron —comentó el viejo criado con visible malhumor—. Siempre es lo mismo.

—¿Quiénes son?, ¿qué quieren?

—Intimidarnos. Pasa algunas noches, alguien se cuela en el jardín y nos espía. Por lo general no hacen nada, pero nunca se sabe.

Jim dirigió su vista de lince hacia la oscuridad. Quienquiera que hubiese estado ya había desaparecido y el único disparo había sido de Moses, así que o bien el ladrón no estaba armado, o el propósito era asustar a los moradores para provocar u obtener algo.

—Montaré guardia —anunció Jim—, y mañana buscaremos las armas del doctor.

El mayordomo asintió, esperanzado. Quizá la presencia de ese hombre bastase para desalentar a los merodeadores. Dios sabía que sus huesos ya no respondían como antes. En otros tiempos habría dado en el blanco. Cerró la puerta con la tranca y volvió a sus aposentos de la planta baja mascullando algo acerca de la mala suerte que había recaído sobre Bellaflor en el último tiempo.

Jim, en cambio, pensaba con rapidez. De haber querido asaltarlos, lo habrían hecho mucho antes de que ellos llegaran. El que se atrevió a acercarse a la casa lo hizo creyendo que seguía habitada sólo por criados, confiando en que volvería a causarles miedo o angustia. Salió armado con su cuchillo y su pistola rumbo a los establos. Verificó que los caballos estuvieran allí, lo que confirmaba su teoría sobre las intenciones del espía, y luego recorrió el entorno de la mansión. En la parte de atrás, una nube de murciélagos se desprendió de las tejas y zumbó sobre su cabeza. El croar de las ranas brotó de la ciénaga que formaba el agua de lluvia en la destrozada fuente. Todo estaba tranquilo, las bestezuelas nocturnas continuaban con sus hábitos, la luna asomaba tras las crestas de las Montañas Azules, y Jim pudo apreciar que no había novedades. Sólo por gusto, se quedó un rato aspirando el aire cortante del otoño, mezclado con el aroma fermentado de las raíces del bosque. Era una deliciosa combinación que lo remontaba a su niñez, cuando la tragedia aún no se había cernido sobre su gente. Las familias de su clan que habían sufrido el despojo y el traslado pudieron construir una nueva vida en territorio indio. Fueron épocas difíciles, signadas por la muerte de su madre y el conflicto que significó para él saberse señalado para ser shamán de la tribu. Sin embargo, la amistad de John “Lobo” Finch y la sabia vigilancia de su abuela consiguieron preservarlo. Su padre se volcó al hijo mayor, destinado a la vida política, y dejó en manos del anciano shamán la formación del menor. Jim no resintió esa preferencia. Como le había dicho a Clara, se hacía lo que se debía. A la edad de quince años su abuela lo envió a Carolina del Norte, a orillas del río Oconaluftee, de donde eran originarios los Morris.

—Debes conocer tu país —le había dicho, categórica—, para que sepas cuáles son tus raíces. Naciste en un lugar impuesto, Caballo que Galopa en el Viento, y alguna vez regresarás a vivir a las Montañas Humeantes que vieron nacer a tus padres.

Fue así que Jim emprendió un largo viaje iniciático rumbo a aquellas montañas coronadas de niebla donde moraba el oso y se ocultaba el ciervo. En su peregrinación tuvo visiones que lo asustaron mucho, imágenes de arenas teñidas de sangre, de las que despertaba con un vértigo pavoroso. Todavía no tenía experiencia en controlar las visiones para sacar el máximo provecho de ellas, de modo que aquella excursión fue un verdadero calvario para el joven Jim. Según su abuela, algunos cherokees se habían ocultado en las montañas del norte para evitar ser deportados, y volvieron a su vida salvaje de antaño, cazando y pescando, para que los colonos no los descubriesen. Sus padres, en cambio, habían acatado el desalojo creyendo que de ese modo dejarían de molestarlos y podrían por fin llevar una existencia tranquila, lejos de los hombres pálidos que trastocaron su mundo.

“Se equivocaron”, pensó Jim con amargura. Personas como el padre de Clara construían sus imperios a costa de las tierras de otros, y luego aparecían como benefactores de la sociedad si permitían a los pobres indios sobrevivir en ellas como obreros o esclavos.

Decidió cerrar esa ventana en sus pensamientos y regresar al cuarto para tranquilizar a la joven. La halló asomada a la baranda del balcón, con medio cuerpo afuera, intentando ver lo que sucedía.

—¿Qué hace? —bramó, tirando de ella hacia atrás y cerrando la puerta de cristal con furia.

—Tenía miedo de que le hubiese sucedido algo.

—Es una estupidez. Podría ser el blanco de cualquier tirador oculto en el bosque.

—¡Pero el único disparo fue de Moses!

—¿Cómo lo sabe?

Clara esbozó una sonrisa pícaro que desconcertó a Jim.

—Recuerdo que él acostumbraba a disparar en las noches para ahuyentar a los malos espíritus, y veo que esa costumbre no se le ha borrado —dijo, risueña.

—Pues en este caso, el espíritu tenía piernas y se escabulló en la noche.

—¿Quién puede querer robarnos algo? Casi no queda nada...

—Tendrá que empezar a desconfiar de la gente, Clara, o se convertirá en la víctima de toda la comarca.

—Señor Morris —respondió ella con dulzura—, ser desconfiado sólo trae amargura. Debemos creer en las buenas intenciones de los otros. ¿Acaso no las tenemos también?

Él contuvo su impulso de zamarrearla para sacudirle esas ideas de la cabeza, pero pensó que por ese día habían tenido suficientes emociones, y estaba más interesado en hacer guardia que en enzarzarse en una estéril discusión con una aprendiz de monja.

—Acuéstese —indicó con frialdad—, que yo me quedaré despierto vigilando.

—Ya me lo ha dicho antes. Parecería que anhelara verme dormir.

Él iba a replicar que también deseaba oírla roncar, mas se detuvo. No quería

develar ese conocimiento íntimo de la vida de Clara. Se limitó a tender su manta bajo el marco del ventanal, junto a sus armas y sus alforjas. Para acabar con la conversación de modo ostensible, se cubrió el rostro con el sombrero.

Clara se echó sobre la cama sin quitarse la bata, y soltó el tul mosquitero que mamá Sara había enrollado sobre el dosel. Ella y Alfonsito quedaron envueltos en una nube vaporosa. Pronto, Jim comenzó a escuchar el ruido inconfundible que tanto lo había sorprendido primero, y divertido después. Un día, iba a decirle a Claramaría La Rochelle que era la única señorita sureña que conocía que roncaba como un cerdito.

A escasas leguas de Bellaflor, en una mansión de similar elegancia aunque mejor mantenida, un hombre se inclinaba sobre el escritorio de su despacho, absorto en la lectura de unos papeles repletos de números. La llama de la lámpara era un faro cálido que atemperaba la negrura del jardín de afuera. Sobre la repisa de la chimenea reposaban retratos familiares y una bandera de la Confederación de los Estados del Sur. Un perro de aguas dormitaba junto al canasto de la leña, enrollado sobre una alfombra de flecos. Cada tanto, alguna imprecación del amo lo impelía a mover una oreja, para luego sumirse en el sueño otra vez.

El hombre se echó hacia atrás en su sillón y se frotó el puente de la aristocrática nariz. Llevaba un chaleco de lana sobre una camisa blanca, pantalones de franela gris y botas de montar. El cuello desprendido dejaba ver un vello claro que armonizaba con el tono avellana de su pelo. Estaba en la plenitud de sus años mozos. Podía apreciarse que era un hombre elegante, aunque la contundencia de sus músculos desmentía que hubiera llevado una vida de holganza. Mojó la pluma en el tintero de ébano y tachó una suma que acababa de hacer.

—No cierran los números —masculló.

En ese momento se escuchó un tímido golpeteo en la puerta del caldeado despacho. El hombre soltó fastidiado la pluma.

—¿Qué pasa? —gritó.

La voz temerosa de un muchacho dijo algo que no alcanzó a oír.

—¡Entra! Balbuceas como una vieja.

Un mulato de unos veinte años penetró en la habitación mirando de reojo al perro, que empezó a gruñir de inmediato.

—Habla. ¿Qué ocurrió hoy?

—Amo, ha pasado algo.

—¿Qué cosa? ¡Habla, o te ensarto en la chimenea como a una costilla de cerdo!

—Vino gente, amo, gente nueva.

El hombre de los números cambió de talante de inmediato. Aquella información atrajo todo su interés.

—¿Quiénes son, Silas? ¿Inquilinos?

—No lo creo, amo, sobre todo porque vinieron con la señorita Claramaría.

Ese dato tuvo el poder de paralizar al hombre. Su boca esbozó una sonrisa de

auténtica felicidad.

—¡Clara! ¡Mi Clara! —susurró, como en trance.

Silas continuaba de pie, mirando alternadamente a su patrón y al perro, hasta que el hombre reaccionó.

—¿Cómo que no vino sola? ¿Quiénes eran sus acompañantes? ¿Alguna institutriz, acaso?

Silas sacudió la cabeza.

—No, mi amo. La señorita Clara vino con un hombre y un niño. Hubiese espiado más para contarle, pero el cabrón de Moses me vio y me disparó un mosquetazo. Estuvo a punto de darme en el culo esta vez.

El joven ignoró los comentarios. Su pensamiento había quedado fijo en las palabras anteriores: “un hombre y un niño”. ¿Clara se habría casado y tenido un hijo? ¿Era posible eso? Se incorporó y comenzó a pasearse de arriba abajo para fastidio del perro, que cambió su lugar por otro rincón de la chimenea. Con las manos anudadas a la espalda, murmuraba sin descanso:

—No pudo haberse casado. No, no pudo hacerlo, si se marchó para eludir el matrimonio y eso fue lo que alteró tanto al padre. ¿Cómo iba a casarse? Seguro que se trata de un error. Tengo que verla, tengo que contarle lo que ocurrió aquí en su ausencia. Pobre Clara, estará sufriendo la noticia de la muerte del doctor. Ella me necesita, Silas. Debo ir a visitarla. Clara... —suspiró después, extasiado ante el sonido de su nombre.

El mulato entendió que ya nada podía decir que sacase a su amo del ensimismamiento. Cada vez que se mencionaba a la señorita La Rochelle entraba en ese estado y solía abrir la vitrina de los licores. Retrocedió con pasos silenciosos y medidos, sin perder de vista al perro, que seguía gruñendo por lo bajo. Desapareció por fin, y sus piernas veloces lo llevaron hacia la despensa, donde la vieja cocinera había guardado los primeros encurtidos para el invierno.

El hombre siguió gastando la alfombra hasta que Chester lanzó un aullido lastimero y trepó al sillón de orejas. Su amo se sentó de nuevo frente al escritorio y sacó del cajón un pequeño retrato ovalado en el que una jovencita angelical, cuyos bucles se enroscaban sobre el escote de organdí de su vestido, le sonreía.

—Clara, has venido a mí —murmuró conmovido—. Cometiste un error al marcharte, pero ahora todo se reparará. A mi lado no sufrirás ninguna pena.

Encerró el retrato en su mano y apartó el libro de números. Ya no podría hacer cuentas, todo su pensamiento estaba capturado por la noticia del regreso de su amada. La vuelta de Clara ponía fin a un largo período de desvelo.

La luna se coló por el ventanal del despacho y envolvió en su platinada luz la figura masculina, arrancando un destello artificial al ojo de vidrio de André Levillier, el promisorio capitán confederado, heredero de *L'Hirondelle* y febril enamorado de Clara maría La Rochelle.





## CAPÍTULO 4

Al amanecer, Jim salió montado en el appaloosa a recorrer los campos de Bellaflor. Lo acompañaron durante un trecho el canto del cardenal rojo y un ciervo de cola blanca que brincaba a su paso. Aquel viejo dominio era suelo de pioneros. Mucho antes de la batalla de Fort Sumter que desató la Guerra Civil, cruzaron el valle colonos germanos, irlandeses de Escocia e ingleses, todos hambrientos de tierras y oportunidades. Las antiguas tribus se habían visto forzadas a replegarse bajo ignominiosos tratados. Jim tenía en alta estima a los virginianos, pues entendía el orgullo de haber encabezado las guerras más sangrientas y defendido los valores de sus habitantes, sin importar cuáles fueran. Ése era su pensar indio, incomprendido siempre: lealtad y olvido de uno mismo. Cientos de campañas se hicieron por injustas razones, lo que contaba era que en ellas iba el corazón, aun equivocado.

Había cambiado su levita por una casaca de grueso paño que usó durante su participación en la Thomas' Legion. Estimaba esa prenda por sobre todas las cosas, debido a que en ese batallón reinaba el espíritu de hermandad y coraje que tanto apreciaba y a que conservaba en el forro la sangre de Lobo Blanco. Jim resentía aquella batalla que le había costado la vida a su amigo, pues poco tiempo después el general Robert Lee se rindió ante Ulysses Grant y la Legión debió deponer sus armas en Carolina del Norte. John había muerto en vano, pensó mientras cabalgaba a favor del viento y a través de los álamos. Lobo Blanco estaba allí, en las hojas que danzaban en el aire otoñal, en el fondo rocoso de los arroyos helados, en las huellas del lince y en las madrigueras de los conejos de colas algodonosas. Y de manera indeleble, estaba grabado en su corazón.

—Hermano —dijo en voz alta cuando atravesó un puente de troncos sobre las aguas de una vertiente caudalosa.

Los campos de tabaco se extendieron ante su vista como un mar de verdes hojas acunadas por los vientos. Al término de las hileras se alzaban los barracones uno junto al otro, con sus techos de paja y sus paredes de madera, ahora vacíos. Jim sabía que en Virginia los amos de las plantaciones solían fomentar la vida familiar de sus esclavos, lo que les permitía mantener sus lazos y ser menos desdichados que en otros sitios. La vista de aquellas casas, despojadas de sus moradores y de sus enseres, le produjo la misma sensación de pérdida que el día que avistó el lugar donde sus padres habían vivido antes del traslado: una granja con su molino y su corral de troncos junto al río murmurante. Él la conoció solitaria y hueca, visitada por zorros y castores, carcomida por la nieve.

Tristes huellas de un pasado perdido.

Su mirada entrenada recorrió los vastos plantíos y calculó las opciones. Sin esclavos y con poca probabilidad de contratar asalariados debido a la falta de metálico, lo mejor sería ofrecer parcelas de esa tierra a colonos en busca de

oportunidades. Era preferible hacerlo por cuenta propia en lugar de sufrir el despojo a manos de bandidos o especuladores. Sería una dura decisión para Clara, incluso para Moses, que en cierto modo se sentía dueño de la vida tradicional, la única que conocía, pero los tiempos cambiaban a velocidad vertiginosa, y no podían darse el lujo de ignorarlo. Con cincuenta acres a cada familia de colonos podrían sacar bastante rendimiento. El tiempo aristocrático había terminado, mal que le pesara a él mismo, que luchó por defenderlo. Causas ajenas, se dijo malhumorado. Y se sorprendió al darse cuenta de que estaba haciendo suya la causa de Clara y Bellaflor.

—Antes de escucharla, adivinó su presencia.

—¡Señor Morris!

El galope se acercaba por detrás. Clara cabalgaba en el caballo de remonta que él había comprado en Richmond. A horcajadas, según podía apreciar. Debió de parecerle más práctico, luego de verse obligada a hacerlo durante el viaje. Su capota había caído hacia atrás y el cabello se le encrespaba con los embates del viento. Llevaba puesto un traje de amazona verde oscuro, incluidos los guantes de piel. Era la estampa de una acaudalada señorita sureña, sin un céntimo y próxima a perder también la tierra.

—Se marchó sin avisarme —jadeó al alcanzarlo.

Los colores le habían subido al rostro y los ojos le brillaban como diamantes.

—Me pareció prudente dejarla dormir —adujo Jim, algo envarado.

Había pasado una mala noche. Tras escuchar durante un buen rato sus dulces ronquidos, empezó a sentir un cosquilleo nervioso que le exigió una dura práctica de control. Ni el frío nocturno ni la visión de Alfonsito dormido al lado de la novicia impidieron que desfilaran por su mente imágenes audaces de un encuentro íntimo con Claramaría. Ella ejercía la peor de las influencias, la que no lleva intención. Jim sostenía pocos encuentros sexuales, sólo los que satisfacían la necesidad cuando se tornaba apremiante. La mayor parte del tiempo se controlaba con facilidad y era dueño de dejarse llevar si le apetecía, así como de prohibirse el contacto si se le antojaba. El problema con Clara era que despertaba en él algo más que lujuria, le provocaba un sentimiento de ternura que le resultaba desconocido y repudiable. Para un hombre consciente de sus obligaciones y acostumbrado a prescindir de casi todo, sentirse vulnerable era casi una aberración.

—Ni siquiera ha desayunado. Mamá Sara se molestó por eso. Ella se siente orgullosa de sus tortitas. ¡Viera qué hambriento despertó Alfonsito! Hubo que darle medio biberón de más. A este paso, engordará como un pavo cebado.

—La noto de buen humor.

Clara sonrió con todos los dientes.

—Este clima siempre me ha sentado. Olvidaba el efecto que producían en mí las mañanas frescas de otoño. Yo solía cabalgar hacia las barracas y llevar dulces a los niños. Ya no queda nadie —dijo de pronto entristecida.

—Habrá que aceptar los cambios.

—Sí, de eso quería hablarle. Tendremos que salir en busca de obreros para trabajar la tierra. Aunque no cosechemos la misma cantidad que antes, podríamos...

—Los cambios a los que me refiero son más drásticos, Clara. La plantación ya no puede seguir, tiene que entregar las tierras a cultivadores, sin cederles la propiedad si no quiere, pero dándoles la libertad de trabajar para sí.

Ella se llevó una mano al pecho, como si le faltase la respiración.

—¿Dividir la tierra?

—Abrir paso a la colonización. Hay mucha gente viniendo al sur y yendo al oeste.

—Señor Morris, está claro que usted no sabe lo que es poseer la tierra. Forma parte de uno, como la sangre, no me pida que traicione la memoria de mi padre partiendo lo que él heredó de mi abuelo, y éste de su padre. Somos terratenientes del tabaco, siempre lo fuimos.

Jim calló lo que le vino a la boca en ese instante: que también su gente había sido dueña de grandes tierras, mucho más extensas que aquéllas, y que sin razón se vieron despojados.

—Es un discurso bonito pero anticuado. Además, incongruente con sus propósitos de ser monja.

Ella se ruborizó.

—Puedo renunciar a vivir aquí, pero no quebraría la herencia de mi padre. Dejaría que sirviese para dar trabajo a la gente y alimento a los encargados de sacarla adelante —y lo miró con repentino interés—. Usted, por ejemplo. Podría ser un buen capataz, si aceptara.

Jim casi suelta una carcajada. Clara no tenía la mínima idea de quién era él.

—Salvo por el hecho de que no busco trabajo.

—Sé que tiene negocios en Tennessee, aunque nunca me ha dicho cuáles. Éste podría ser un buen negocio.

—Clara, el sur que usted conoció no existe ya. Estamos en un período de construcción de otra sociedad, y más vale que se entere antes de que esa renovación le pase por arriba. Recién pensaba en la manera más adecuada de partir la tierra en fundos para otorgar a los colonos. Sería un recurso para evitar que se la quiten por falta de pago de las deudas contraídas durante la guerra. ¿Sabe usted que los estados rebeldes están siendo sometidos a condiciones muy duras? ¿Vio, acaso, a aquellos hombres de Richmond? Hasta los soldados, pese a que se les perdona su participación en la guerra, tienen dificultades para ubicarse de nuevo en un mundo deshecho. Son tiempos duros, Clara, y si opta por quedarse deberá amoldarse a las exigencias de la Unión. Existen castigos para los que desafiaron al gobierno federal.

—¡Pero usted no puede estar de acuerdo con eso! Bastante castigo es ver morir de enfermedad y de hambre a los niños, llorar a los muertos en el frente y perder las cosechas, para también sufrir el abuso de autoridad de los que vencieron.

—Ahora habla como una auténtica dama sureña. Olvídese de su manía de ser

monja, Clara, usted es una virginiana de pura cepa. Sea honesta.

—Nunca dije que renegara de mi condición —respondió ella desafiante—, pero eso no me impide desear otras cosas, como ser... monja —concluyó, de repente asustada porque iba a revelar su vocación más auténtica, la medicina.

Jim la contempló con suspicacia.

—¿Qué la mueve a tomar los hábitos, Clara? ¿Un amor imposible, tal vez? ¿Acaso la propuesta de matrimonio de ese André no sé cuánto?

—Quiero servir a Dios ayudando al prójimo. Es lo que Jesús nos enseña.

—Hay muchas formas de ayudar sin sacrificar la vida.

—Para mí no es sacrificio cuidar de los niños y de los ancianos, ni tampoco sanar enfermos. Es algo que me gusta hacer.

—Pues no necesita colgarse túnicas negras para hacerlo.

—¿Qué le pasa, señor Morris? ¿Odia al clero? Ha de haber tenido nefastas experiencias con algún ministro de Dios.

—A decir verdad, señorita La Rochelle, mi pueblo ha tenido las peores experiencias con todos los ministros y enviados del gobierno. He visto a muchos clérigos desviar la vista ante las atrocidades cometidas.

Clara lo miraba con fijeza y una emoción contenida.

—No sabía eso, señor Morris. ¿De qué pueblo me habla? ¿Acaso viene del oeste? Allí se vive de manera muy dura, dicen. Lamento que haya sufrido abusos. Pienso, sin embargo, que la maldad de algunos no invalida la misión de Cristo. Hay gente que no entendió lo que el Señor nos dijo, o bien no quiere aceptar vivir bajo ese mandato. Yo le aseguro que hay buenos misioneros, personas compasivas que sacrifican sus vidas para salvar a otros.

—Enseñándoles cosas que no pidieron saber.

—Es la verdad de Cristo.

Jim se mordió la lengua para no decir algo hiriente. Clara no estaba preparada para saber de dónde provenía él, de modo que se limitó a sentenciar:

—La verdad es demasiado grande para provenir de un solo lugar.

La joven calló, pensativa. Sus ojos de cielo pasaron del rostro del hombre al horizonte lejano donde el sol ya se adueñaba de las montañas.

—Ha dicho algo importante —murmuró—. Quizá tengamos sólo atisbos de la verdad. A lo mejor el mundo no puede recibirla entera, de una vez, sino ir saboreándola, avanzando a pequeños pasos.

Jim también miró hacia las crestas azules. La conversación de Clara era como el agua fresca de un arroyo, siempre cambiante, siempre limpia. Esa claridad diáfana era el mayor peligro que enfrentaba. No recordaba haber hablado tanto con una mujer en toda su vida, dejando de lado a su abuela, que recitaba monólogos para sus nietos.

Decidió que era tiempo de interrumpir el encanto que se había creado entre ellos.

—Dijo que las tortitas de mamá Sara eran buenas. Mi estómago quiere saber si es cierto.

Clara se echó a reír, olvidada de la trascendencia de la charla anterior.

—¡Su estómago recibirá una buena lección, señor Morris! ¡El que llegue antes comerá doble!

Y lo sorprendió espoleando a su caballo y llevándole la delantera.

Pudo haber pasado junto a ella como ráfaga, como sólo un jinete indio lo haría, y prefirió dejarla ganar, por gusto de observar su delgada figura erguida, con la capota rebotando a sus espaldas y la falda descubriendo las pantorrillas enfundadas en medias blancas. Era la primera monja que conocía capaz de galopar de esa manera.

Arribaron a los establos entre risas, sofocados y felices por el ejercicio.

La vista del majestuoso alazán que ramoneaba sujeto a un poste los detuvo en seco.

—Hay visita —dijo Clara, intrigada, y se acomodó las faldas.

Jim tuvo la inmediata sensación de que no sería agradable. Desmontó con rapidez y la ayudó a descender. Sus grandes manos se ajustaron en torno a la fina cintura con facilidad. A través de la tela percibió el calor de su cuerpo tierno, y la soltó como si quemara. Moses los aguardaba junto a la puerta abierta cuando ellos llegaron al porche. Su actitud era la del mayordomo que siempre había sido, desempeñando su acostumbrado papel. Llevaba en su mano un sombrero de hombre.

Mamá Sara les salió al paso, alborotada.

—¡Mi niña! No sabe qué alegría me dio... Venga, la están esperando —y la tomó del brazo para arrastrarla hacia el recibidor, que había debido abrir de apuro, dada la sorpresiva visita.

Allí, de pie y con las manos en la espalda, observando todo con curiosidad, se hallaba un hombre alto y de buen porte. Vestía ropa de montar que sin duda habría desempolvado para la ocasión, lo mismo que Clara. Sus cabellos castaños se ondulaban en el cuello, rozando la camisa y cubriendo parte del saco. Clara se detuvo en el vano de la puerta al verlo. No precisaba que el hombre se diese vuelta para saber de quién se trataba. Ese color avellana lo denunciaba, así como su distinguida apostura.

—André.

El recién llegado se volvió con una sonrisa pintada en el rostro varonil, que hubiese sido perfecto sin el parche que le tapaba el ojo derecho.

—Clara, has regresado por fin —y le tendió los brazos, seguro de que buscaría refugio en ellos.

La joven no lo defraudó. Impulsada por un cúmulo de sentimientos: la pérdida de su padre, la pena por los estragos de la guerra y la compasión al ver que el galante amigo de toda su vida llevaba el estigma del combate, Clara se lanzó al pecho de André, que la envolvió con ternura no exenta de pasión. Jim era una estatua petrificada en el vestíbulo.

—Cuánto te extrañé, Clara. Me privaste de acompañarte en tu duelo, querida.

Ella levantó su rostro surcado de lágrimas, y recién entonces él reparó en algo que

le había perturbado de modo insensible al verla entrar: su preciosa Clara, la del cabello bronceo y enrulado en torno a su carita de nácar, estaba rapada como una pordiosera.

—¿Qué te han hecho? —exclamó consternado.

Los criados podían entender el disgusto del caballero, ya que habían sentido lo mismo al verla en la cena; el único al que no parecía molestar la amputación del cabello de Clara era su marido. Mamá Sara se frotaba las manos una contra otra, ansiosa. Sabía que André Levillier estaba acariciando a la joven más de lo debido en presencia de un esposo.

—Hija, preséntale tu André al señor Morris —intervino.

“Tu” André. Jim avanzó, impertérrito, y se solazó ante la sorpresa del otro. Se estrecharon las manos midiéndose con los ojos, y en el único visible de André Jim captó la chispa de estupor. Supo que había reconocido en él al indio que era.

—Clara, ¿quién es este señor?

—Jim Morris, encantado de conocerle —se adelantó a decir Jim, previendo que ella estaría dispuesta a aclarar la confusión de una buena vez. No convenía por ahora, al menos hasta que estuviese seguro de las intenciones del vecino.

—¿Te has casado, Clara? —insistió André.

Había querido ignorar el presentimiento que lo asaltó cuando Silas le confió que la muchacha llegaba acompañada, y ahora que veía la traza del que sin duda era su esposo la realidad le resultaba aún más dolorosa. Ella lo había rechazado para casarse con un indio, un mestizo tal vez, lo mismo daba. Siempre había sido rebelde, pero esto pasaba de la raya.

—No sólo eso, señor Levillier —acotó mamá Sara—. Clara es madre de un precioso bebé. Espere a verlo.

La negra avanzaba a pasos agigantados, quería exponer de una buena vez todas las novedades, para acabar con la tensión que la visita provocaba en los criados, conocedores de las intenciones del amo Ambrose para con ese joven heredero. La cara del caballero se torció en una mueca que él quiso disimular en sonrisa ante el desconocido que lo observaba con descaro. De haber sido un igual, André lo hubiese retado a duelo en ese instante.

—Me alegro por ti, Clara —acertó a decir en tono neutro.

La joven lo miraba con pena. Ella no había querido hacer sufrir a su amigo, pero ni él ni su padre entendían que no lo amaba de esa forma, que lo quería como a un hermano y que además estaba dispuesta a vivir sin hombre, puesto que anhelaba la vida de servicio.

—Traeré al niño —anunció mamá Sara, y partió a toda prisa hacia las habitaciones de arriba.

Jim se acercó y tomó a Clara del brazo con autoridad. Ella frunció el ceño, pero se dejó llevar hacia los sillones desenfundados para la ocasión.

—Sentémonos —dijo Jim con tranquilidad, como si estuviese acostumbrado a

recibir visitas.

—Me temo que estoy de paso —se excusó André—. Sólo quise comprobar si lo que mis criados me dijeron era cierto, que estabas de vuelta, Clara. Y presentarte mis respetos y condolencias por la muerte de Ambrose. Ya sabes que para mí era como otro padre.

Jim registró cada una de las palabras y las guardó para analizarlas luego.

—¿Y el tuyo, André? ¿Cómo está tu padre?

La preocupación de Clara atizó la angustia de André.

—Como puede estarlo un hombre que peleó en una guerra perdida casi desde el principio. Después de que mi madre cayó víctima de la difteria, él se abocó a la vida pública. Participó en las asambleas legislativas y contribuyó a redactar la Constitución de Virginia. De nada le valió tanto esfuerzo, ya no tenemos soberanía. Y está por verse que conservemos la tierra.

—De eso hablábamos —contestó Clara señalando a Jim—. Él... pensaba que tal vez sería mejor entregar algunas parcelas a los colonos. Como arrendatarios —agregó, al ver la expresión de André.

—¿El señor Morris es un maldito yankee? —y su mirada recorrió la chaqueta militar para comprobarlo.

—¡André! —se horrorizó Clara, más por el rencor que rezumaba la voz del joven antes que por el hecho de que Jim fuese o no yankee, ya que en su corazón no existía el odio hacia nadie.

—Provengo de Tennessee, aunque mi familia es de Carolina del Norte —repuso Jim con ofensiva serenidad.

—Entonces no me explico cómo puede siquiera pensar en dividir la tierra y satisfacer la ambición de los mercantilistas que de todo quieren hacer monedas. ¿Quieres eso, Clara? ¿Destruir la plantación de tu padre? Sabe Dios cuánto amaba él a *Bellefleur* —y pronunció en francés el nombre, para excluir al otro de esa familiaridad.

—Entiendo que el doctor La Rochelle amaba también su profesión, quizá tanto o más que la tierra —observó Jim con absoluta parsimonia.

André se contuvo para no echarle las manos al cuello. Detrás del cortinado del vestíbulo, Moses sentía lo mismo y disfrutaba de la contienda en la medida que sirviese para rebajar al esposo de Clara ante los ojos de ella.

—André —intercedió Clara con dulzura, mientras ponía una mano sobre el antebrazo de su amigo—, ya ha habido bastante enfrentamiento en la guerra. No lo dejemos entrar a nuestras casas. Eres bienvenido aquí, sintámonos en paz.

Jim apretó los dientes al ver la intimidad con que ella lo tocaba, aunque fingió indiferencia.

—Es bienvenido como antiguo amigo de la casa —corroboró—. Los hombres podemos ventilar las diferencias en otros sitios.

Clara no captó la insinuación pero André sí, y su sonrisa feroz lo confirmaba.



—No faltará oportunidad —contestó.

Inclinó la cabeza ante Clara y luego tomó su sombrero de manos de Moses. Se lo caló con más fuerza de la debida y salió de la casa como viento de octubre.

Antes de encarar hacia los establos, pudo escuchar la voz de Clara:

—André, ven a cenar con nosotros mañana. Y trae a tu padre, si lo desea.

—Vendremos —se le escuchó decir.

Mamá Sara bajaba con Alfonsito en brazos. Había querido cambiarle las ropitas para que el amo Levillier viese lo bello que era, y lamentó esa partida abrupta, aunque comprendía bien las razones. Tampoco pudo evitar que Jim, al verla con el niño, se lo quitase de las manos y lo llevase con él al aire libre.

—Está frío afuera —se atrevió a decir la negra.

—Así se hará hombre —respondió Jim, y cerró la puerta con un golpe intencionado.

Mamá Sara se dirigió entonces a Clara, que se quedó contrita ante tanta soberbia masculina.

—Sabrá disculpar al señorito André, niña. Él la pretendía, usted lo sabe bien. Es lógico que se sienta incómodo ante la situación.

—Siempre lo has querido como a un hijo —convino la joven, comprensiva.

—Dios sabe que hijos postizos no me han faltado. Usted, André... a más de los míos propios. El sueño de su padre había sido que formaran familia, pero los caminos del Señor están llenos de contradicciones. Lo que no entra en mi cabeza, ama Clara, es que usted lleve el cabello así, tan escaso. Ahora que estamos entre nosotros me atrevo a preguntárselo. ¿Es por alguna enfermedad que la aquejó durante su viaje?

La joven la miró con simpatía.

—No, mamá Sara, fue por mi decisión.

Juzgó conveniente no agregar nada hasta que hubiese hablado con el señor Morris. Estaban llevando esa farsa demasiado lejos, ya había otro involucrado: André. Pronto se le haría imposible deshacer la mentira. Suspiró, derrotada, y se retiró a su cuarto con el pretexto de refrescarse después de la cabalgata, dispuesta a pensar sobre las emociones que se estaban sucediendo una tras otra desde su llegada a Bellaflor.

Moses y Sara intercambiaron miradas al verla partir.

—La niña está rara, Moses. Y ese hombre que trajo con ella... No digo yo que deba gustarnos, pero no acabo de entenderlo.

—No es del norte ni es del sur —comentó el mayordomo.

—Y no durmieron juntos —acotó la negra con un gesto de intriga—. Eso lo puedo jurar.

Moses se quedó viéndola mientras bamboleaba sus caderas rumbo a la cocina, y preguntándose cómo diablos sabría ella lo que acababa de afirmar.

Una vez en el cuarto del piso alto, Clara se recostó contra la puerta y miró hacia el techo pintado de celeste con nubes rosadas, un capricho de su padre para satisfacer

sus fantasías de niña. Se quitó los guantes y desató las cintas de la capota que colgaba a su espalda. Era la culpable de toda esa confusión. Si se hubiera presentado desde el primer momento con el hábito, ninguno concebiría falsas expectativas. Jim la vería como lo que era, André no tendría motivos de celos y los criados dejarían de mirar al señor Morris de reajo, pues no se le escapaba que se mostraban recelosos ante su presencia. El niño podía pasar por el beneficiario de una obra de caridad, tal como tantas otras que ella había hecho desde el convento. Y todos estarían más tranquilos, empezando por ella misma, que se sentía traidora ante los ojos de Dios por fingir ser alguien que no era.

Suaves golpes en la puerta la distrajeron. Era la mulata muda, con una tila que de seguro le enviaba mamá Sara.

—Pasa, Duma, y pon la bandeja sobre la cama.

Habían abierto un baúl donde guardaban la ropa de Clara desde su nacimiento, y las primorosas prendas se encontraban desperdigadas sobre la colcha de retazos. La joven sirvienta las recogió con reverencia y apoyó la bandeja sobre un liencillo blanco.

—¿Eres de por aquí, Duma? —quiso saber Clara mientras la veía trajinar en la habitación.

La muchacha asintió con energía, sin soltar palabra.

—Y no puedes hablar —acotó la joven con dulzura.

Los ojos vivaces de Duma se clavaron en ella con recelo. Pensaba que eso podía constituir un problema, y que el ama la echaría a cajas destempladas al verse impedida de conversar con ella. Mamá Sara le había dicho que debía hacer las veces de doncella con la patrona.

—Pues lamento decirte que yo hablaré por las dos —sonrió Clara—. Es mi mayor defecto, pienso en voz alta y a veces digo lo que debería haber guardado. Creo que nos entenderemos muy bien, Duma. Tienes el silencio que a mí me falta. Además, tus ojos son muy bonitos y hablan por sí solos.

La criada se quedó mirándola con un alboroz tejido en las manos, incrédula ante tanta amabilidad. Había servido en otra casa antes de pasar a Bellaflor, y fue centro de las burlas y crueldades de los hijos del matrimonio debido a su mudez inexplicable. Que aquella hermosa señorita la tratase así sin conocerla desató en su corazón un torrente de gratitud que la movió a jurarle fidelidad eterna.

—¿Cuántos años tienes, Duma? Muéstrame —y ante el gesto de la muchacha, que levantó las manos—: Ah, diecisiete. Me haces sentir vieja. Ven, ayúdame con todo esto, voy a cambiarme. No te asustes por lo que vas a ver ahora —siguió diciendo Clara mientras desprendía los botones de su chaqueta de montar—. Es algo que quedará entre nosotras y no sólo porque no puedas decirlo, porque de seguro sabes cómo hacerte entender. Sé que guardarás mi secreto hasta que deje de serlo.

Clara se iba desnudando mientras hablaba, y sacó de su baúl la túnica celeste que desplegó ante la mirada atónita de Duma. Pasó la cabeza y los brazos por ese hábito y

cuando cayó a su alrededor, cubriéndola por entero, la mulata se llevó ambas manos a la boca, conteniendo la respiración.

—Sí, soy una novicia. Y el niño que vino conmigo no es mi hijo sino un pobre huerfanito al que protejo, así como el hombre que me acompaña tampoco es mi marido, es un caballero atento y considerado que no quiso dejarme viajar sola. Mientras pueda, usaré la ropa monacal en mi cuarto para rezar y sentirme a gusto, Duma. Dios sabe que no reniego de mi fe, sólo que era difícil presentarme de sopetón ante todos como novicia.

La mulata asentía con una expresión mezcla de desconcierto y comprensión. Miraba de soslayo el catre arrimado a la cama, que formaba un lecho matrimonial desparejo. Se preguntaba cómo se conjugaría eso de ser monja y dormir al lado de un hombre. Al no haber conocido antes a Clara, ignoraba lo diferente que lucía esa joven austera con respecto a la dama ataviada de seda que había sido antes, y al ver la toca que ocultaba el cabello corto y rubio no podía compararla con la cascada de rizos que otrora llamaba la atención de sus admiradores. Cuando la vio arrodillarse junto al crucifijo colgado en los barrotes de su cama, Duma juntó las manos también e inclinó su morena cabeza, acompañándola en las oraciones con su conmovido silencio.

Al terminar, Clara se irguió y, posando ambas manos sobre los hombros encorvados de la mulata, le dijo:

—Seremos buenas amigas, Duma. Extraño mucho a las Hermanas del convento, y ya ves, salvo por mamá Sara y tú, en esta casa sólo hay hombres, incluyendo a Alfonsito —y rió con una risa franca que despertó simpatía en la criada.

Ella le ofreció con diligencia la taza de té y Clara se sintió reconfortada. Tenía mucho en qué pensar, y aquella joven le brindaba apoyo con su discreta compañía. Estaba segura de haber obrado bien al invitar a André y a su padre, aunque la expresión del señor Morris le dijo todo lo contrario. Esperaba que la cena del día siguiente transcurriese en armonía.

André entró furibundo a la sala de estar de *L'Hirondelle*, donde su padre jugaba un solitario y medía el tiempo con su reloj de bolsillo. Arrancó de su rostro el parche y lo arrojó lejos de sí. Desde su sillón favorito, el coronel Levillier lo contempló sin inmutarse. Digno y elegante, poseía la pátina de encanto que da la madurez a ciertos hombres. De haber podido conservar las piernas, habría sido un buen partido para muchas damas viudas de la región. Observó cómo André abría la vitrina y sacaba una botella de brandy.

—¿Quieres? —le ofreció de manera forzada, antes de servirse él mismo una generosa medida.

—Es muy temprano, no he comido.

—Que ese detalle no te detenga, padre. Ya comerás, y en el estómago todo dará lo mismo.

El coronel no contestó. Se escuchaba sólo el tic tac de su reloj y el roce de los naipes sobre el tapete. Al cabo de dos o tres vasos más, se vio obligado a comentar:

—¿Otro más, *mon fils*?

—Se bebe para olvidar, padre, ¿lo sabías? Debiste aprenderlo después de la muerte de madre.

El coronel recibió el golpe con serenidad.

—La bebida no me devolvió a Mary Ann, como no te dará a ti la paz que tu alma necesita.

André giró hacia el hombre tullido con el rostro congestionado por la ira, a punto de traicionarse con lágrimas.

—¡Ha vuelto, padre! Ha vuelto y está casada. ¡Con un asqueroso indio!

El coronel dejó la baraja y miró a su hijo con asombro.

—¿Volvió Clara? —no hacía falta que le explicara a quién se refería.

André estuvo a punto de estrellar el vaso contra el marco de la chimenea, pero se contuvo. Apoyó la frente sobre el vidrio y cerró los ojos.

—No puedo perdonarle eso, padre. Huyó de aquí para evitar nuestro casamiento y creí que era un capricho de niña consentida, pero ella prefirió unirse a un descastado en lugar de ser la señora Levillier, dueña y ama de todo esto —y el joven hizo un ademán ampuloso con su brazo, abarcando la sala revestida de paneles de terciopelo verde desgastado y colmada de muebles de caoba.

—Ha tenido un hijo —siguió diciendo André sin consuelo—. Yo pensaba darle hijos y ella eligió tenerlos con un bastardo. ¡Nos hemos criado juntos! ¿Cómo me hizo esto?

El coronel no pudo permanecer indiferente ante el dolor de ese muchacho al que debió criar en una etapa difícil de su vida. André era a veces un niño en su interior, a pesar de su prestancia de hombre desenvuelto y culto.

—Habrà que conocer las circunstancias —adujo con prudencia—. Si tuvo un hijo...

—La sedujo. El canalla la sedujo. Clara siempre fue muy inocente, para su desgracia. Y Ambrose cometió el error de amenazarla, eso provocó su rebeldía innata. Yo hubiese actuado diferente, la habría engatusado para que creyera que admitía su opinión, pero después habría logrado convencerla de aceptar el matrimonio. ¡Si me hubiese dado la oportunidad!

—Las mujeres son difíciles, André. Tu madre...

—¡No compares a mi madre con Clara! Tu esposa siempre fue una mártir. En cambio Clara, ella tiene carácter, padre. No es como crees. Clara posee un ímpetu que sólo yo conozco. Ese maldito que le hizo un hijo no sabe con quién se ha casado.

—¿Quién es él? —preguntó el coronel, dejando pasar la dolorosa referencia a la timidez enfermiza de Mary Ann.

—Un maldito piel roja. De Carolina del Norte, si he de creer sus palabras. Altivo como todos ellos.

El coronel Levillier frunció el ceño, pensativo.

—¿De Carolina del Norte? Ha de ser un cherokee. Había ricos cherokee en esa

región en el tiempo del presidente Andrew Jackson, así como en Georgia y en Tennessee también. Recuerdo que los georgianos habían conformado milicias que hostigaban a los cherokee, les robaban su ganado, incendiaban sus granjas, querían expulsarlos.

—¡Lo bien que hacían! Se ve que no lo lograron del todo. Éste llevaba una chaqueta militar, como si hubiera peleado en la Confederación.

—¡Entonces será uno de los de la Thomas' Legion! —exclamó el padre, sorprendido.

Se contaban hazañas de ese batallón, demostrativas del temple de los cherokee.

—En su momento fueron fieles a los propósitos del gobierno federal, y pese a eso Jackson firmó el decreto de su expulsión. Aquello fue duro para esa gente. Quizá explique por qué lucharon del lado de la Confederación —reflexionó el coronel en alta voz.

—Puede ser. Ahora, sin embargo, es un yankee más, pues propone partir la tierra en pedazos para sacar dinero de ella.

—El gobierno prometió herramientas y semillas para los colonos que acepten.

—¡Nunca! *L'Hirondelle* seguirá entera y volverá a producir, así como *Bellefleur* volverá a ser una plantación próspera. Yo me encargaré de ello.

—Ahora es propiedad del esposo de Clara, no veo qué puedes hacer con eso.

El joven se plantó frente al ventanal. El cielo se había tornado nuboso y amenazaba lluvia, y el viento barría las hojas del porche en todas direcciones. Giró el vaso entre sus dedos mientras meditaba.

—Siempre se puede hacer algo, padre, tú me lo enseñaste.

Jim golpeó dos veces en la puerta y sin aguardar respuesta, entró con soltura.

Ante él se hallaba de nuevo Santa Clara.

—¿Qué está haciendo así vestida? —la increpó con rabia contenida.

—He resuelto vestir conforme a mi estado. Creo que eso facilitará las cosas.

—Se equivoca. Hasta que sepamos la real situación de Bellaflor, es preferible que pase por ser mi esposa.

Clara se volvió hacia él con candidez.

—¿Por qué? ¿En qué puede favorecer que yo tenga un esposo? Es más fácil explicar la verdad sobre Alfonsito.

Jim cerró la puerta y avanzó hacia el borde de la cama para plantarse ante la joven.

—Porque no podemos confiar en nadie.

—Ya hablamos sobre eso. Ni Moses ni mamá Sara serían capaces de hacerme daño, y Duma es una dulce muchacha.

—Olvida a su prometido Levillier.

—Él también es honesto. Lo que sucedió hoy fue que lo tomé por sorpresa, no esperaba verme, mucho menos acompañada y con un bebé.

—La sociedad virginiana es muy conservadora, Clara. Si mal no recuerdo, ésa fue

una de las razones de esta guerra, el norte progresista contra el sur atrasado. Las mujeres castas y puras no viajan con hombres desconocidos ni llevan hijos ajenos por el mundo. Han quedado resabios del odio, además, muchos libertos medran por el territorio sin pan y sin trabajo. Culparán a sus antiguos amos, o vendrán a solicitar un empleo que por el momento no podrá darles. La reconstrucción del país ha sido dura, y a menos que me haga caso y se pliegue a las ofertas que vengan del bando ganador, corre el riesgo de perderlo todo. También está el asunto de sus antiguos esclavos. ¿Cómo quedan ellos, ahora que rige la enmienda que declaró abolida la esclavitud? ¿Pensó que podría ser objeto de ataques por parte de los mismos abolicionistas? Tienen razones legítimas.

—¡Moses y mamá Sara no son mis esclavos! Mi padre los había manumitido desde antes de todo esto.

—Alguien parece disconforme con la situación, sin embargo. Ha habido merodeadores y algunos intentos de invadir la casa.

—¿Y en qué puede ayudar que yo finja ser su esposa?

—En que se presentaría ante el mundo como una mujer dispuesta a acatar la nueva forma de vida, y no como una monja ridícula que vino de visita y no sabe qué hacer con su herencia.

Aquella definición la golpeó con dureza. Si bien era cierto que ella no estaba segura de lo que haría, verse reducida a la condición de inepta fue más de lo que podía soportar en las breves horas que llevaba en Bellaflor. Era la tierra de sus ancestros, la amada casa de su infancia, el sitio en el que su padre había muerto cumpliendo con su sagrada misión de curar. Clara arrugó la frente y dejó que las lágrimas fluyesen sin control. Ni siquiera se cubrió con las manos, y Jim fue castigado con la visión de ese rostro tan puro, tan desprovisto de segundas intenciones, arrasado en llanto.

—No llore.

Por toda respuesta, Clara se arrojó boca abajo sobre la cama y redobló su pena.

—Clara, levántese.

La puerta se abrió y el rostro redondo de mamá Sara emergió, trastornado ante el cuadro que veía. Cada gesto de Jim corroboraba la desconfianza que ella y Moses sentían desde el principio.

—Niña, ¿qué le pasa? —se atrevió a decir, amagando con entrar.

—¡Fuera! —bramó Jim con tal furia que la negra huyó despavorida.

Las cosas se descontrolaban, era preciso detener el llanto y tranquilizar a la joven. Él no sabía cómo hacer ni lo uno ni lo otro. Podía lidiar con las fuerzas superiores, aniquilar enemigos en el campo de batalla, secuestrar a una novia mal dispuesta e incluso fingir una personalidad que no tenía para engañar y sonsacar, pero su ciencia no alcanzaba para dominar a una mujer como Clara, que no poseía un ápice de maldad ni sabía mentir. Fastidiado, avanzó hacia ella y la obligó a incorporarse. Tenía los ojos hinchados y le temblaba el labio. ¿Dónde estaba la atrevida que viajaba sola

con un bebé, animándose a todo? Ese pensamiento le dio la respuesta al dilema.

—Clara —comenzó, con la voz atenuada—, no debe dejarse derrotar. Tiene que ser fuerte por el niño, que depende de usted para volver con su madre. Eso me dijo, ¿no es así? Que lo salvó para devolvérselo cuando ella estuviera dispuesta a criarlo. Nadie más podría hacerlo, sino usted.

Clara hipó y se enjugó las lágrimas con la manga de la túnica, en un gesto que recordó a Jim el de los niños acongojados.

—Ni siquiera sé cómo hacer eso —murmuró desconsolada.

—Se ha metido en una empresa más ardua de lo que supuso. No importa —se apresuró a agregar, al ver la expresión de angustia que empezaba a asomar—, lo que comenzó debe terminarse. Su padre estará orgulloso de usted.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Él hubiese hecho lo mismo, lo sé. Mi padre era un hombre compasivo.

—Su espíritu la acompañará entonces.

—Es la primera vez que lo escucho hablar de algo espiritual, señor Morris. Pensé que no creía en nada.

—Eso sería demasiado —aceptó Jim con reticencia—, pero no importa lo que yo crea, sino lo que haré. La ayudaré a poner en marcha esto, Clara, pero debe ser fuerte y apoyar todo lo que yo diga. Sólo así llegará a obtener el respeto de sus vecinos y hará frente a las pretensiones de los que vengan al sur.

Clara estudió el rostro masculino unos instantes.

—Creo que es cierto que ha sido usted militar, señor, le encanta mandar.

—Estuve en la guerra como todos —la eludió Jim—. Entonces, estamos de acuerdo.

—Apoyaré sus decisiones —convino la joven— siempre que sean razonables.

Jim se mordió la lengua pero asintió, demostrando aceptación.

—¿Encuentra razonable cambiarse de ropa para no espantar a sus criados?

Clara se miró la túnica y suspiró, resignada.

—Me cambiaré.

—Bien. La espero abajo para el almuerzo.

Al cerrarse la puerta tras de él, la joven tuvo la extraña sensación de que aquel hombre cumplía una especie de mandato superior a sus propias inclinaciones, y que de algún modo inexplicable ella había caído en su red como una mosca en la telaraña, por accidente.

—Papá —musitó acongojada—, ¿qué dirías del señor Morris? ¿Debo confiar en él?

El viento que se filtraba por las rendijas agitó las cortinas y un trueno lejano quebró la mañana. Si había sido una respuesta, no resultaba nada tranquilizadora.

Durante todo el día reinó una suerte de tregua entre ambos. Jim recorrió otro sector de la plantación y al regresar pidió a Moses el libro de contaduría donde el doctor asentaba los gastos y las entradas. Aquel atrevimiento disgustó al mayordomo,

pero al ver que la niña escuchaba inmutable el pedido se vio obligado a complacer a ese hombre despótico. Durante horas, la puerta del despacho de Ambrose La Rochelle permaneció cerrada, mientras Jim Morris analizaba a conciencia el estado de cosas. Clara aprovechó el tiempo para separar la ropita que usaría Alfonsito y recorrer la mansión anotando lo que faltaba y lo que se necesitaba.

—Tenemos una proveeduría cerca del antiguo Fuerte, adonde Moses ha ido una vez por mes, aunque a esta altura, mi niña, no creo que podamos seguir retirando al fiado. Y la cuenta es abultada —reconoció, quizá temiendo que el esposo de Clara les reprochase los gastos.

—Nos arreglaremos, mamá Sara. Si tenemos semillas, podemos empezar un huerto. Y las gallinas son ponedoras.

La negra se cuadró con expresión adusta.

—¿Y de dónde sabe usted plantar semillas, niña? Con esas manos tan delicadas, no la recuerdo yo labradora.

Clara tuvo que adoptar un aire casual para evitar las explicaciones.

—Supongo que no será difícil, si otros han podido hacerlo durante tanto tiempo; y si vienen colonos, podemos pedirles que colaboren con nuestro huerto.

Mamá Sara rumió un comentario y siguió doblando la ropa que amontonaban sobre los cojines del cuarto de los menesteres. Duma, mientras tanto, calentaba la plancha de hierro sobre la estufa, lista para dejar aquellas delicadas prendas rígidas como una vara.

Las tres trajinaron hasta que el viejo reloj de péndulo cantó las siete.

—¡Válgame Dios! Y yo sin preparar la cena —se lamentó la negra.

—Dejemos esto por hoy, mamá Sara. Creo que el niño tiene ropa suficiente para estos días. Después de todo, nadie más que nosotros lo verá.

—Para mañana le pondremos las mejores galas —anunció la criada con satisfacción, y Clara respiró hondo al recordar el difícil trago de cenar en compañía de los Levillier.

Dejó a Duma a cargo de guardar todo en un canasto y se dirigió hacia el despacho, del que ya se filtraba una luz pálida por la rendija de la puerta. Encontró a Jim Morris inclinado sobre los libros, anotando algo en los márgenes. Una oleada de repulsa la acometió al ver a un extraño entre las cosas de su padre, pero la reprimió diciéndose que era necesario tomar el toro por las astas y que ese hombre, por autoritario que fuese, obraba en bien de todos. Contempló el perfil agudo, el cabello que de tan negro parecía desdibujarse en las sombras de la habitación, y la manera puntillosa en que hacía marcas en el papel. Era una imagen distinta del caballero. Momentos antes, él le había parecido un soldado listo para la batalla, erguido y desafiante. Ahora lucía como un escribiente escrupuloso y pensante. Una cara nueva de ese hombre enigmático.

—¿Qué dicen los libros? —lo sorprendió.

Jim se enderezó, algo incómodo al verse descubierto sin haberla advertido.



—Nada que no se pueda resolver administrando con cordura.

—¿Sabe usted de haciendas?

—Lo suficiente. Mi familia tenía una, y aunque yo no llegué a disfrutarla, pude aprender de lo que mi padre me enseñó.

—Nunca me habló de su padre. ¿Era un terrateniente venido a menos?

Jim clavó en ella sus ojos, que de repente adquirieron un matiz acerado.

—Creo que el suyo se acerca más a esa definición, a juzgar por los libros.

Clara palideció.

—¿Tan mal están las cosas?

—Como le dije, todo puede resolverse tomando las decisiones correctas. Me pregunto por qué su padre gastaba tanto en flores.

—¿Flores?

—Es lo que dice aquí —y Jim movió el libro para que ella viese los asientos.

En efecto, se repetía una y otra vez la palabra “camelias”, y las sumas iban en aumento, sin que nada justificase los gastos.

Clara frunció el ceño.

—No entiendo. Jamás hubo tanta cantidad de flores en la casa, ni siquiera cuando yo era niña. Tampoco supe que mi padre amara las camelias, es una sorpresa para mí. Hay un invernadero muy bonito en la parte de atrás, que mi padre descuidó bastante y que prosperaba gracias a Moses, al que le agrada la jardinería. Sin embargo, no sé si había camelias. Tuvimos orquídeas, lirios, macizos de lavanda, pero camelias...

—Aquí dice con claridad que ha comprado camelias en cantidades sorprendentes. Puede que se trate del nombre de alguna otra cosa, aunque me cuesta suponer de qué. En fin, nada podemos hacer ahora, salvo evitar comprar camelias en el futuro. Está visto que son bien caras.

A Clara le pareció que el señor Morris bromeaba y lo miró con una chispa de picardía. Encontró un rostro tan recio que por un momento su sonrisa quedó congelada. De nuevo un aspecto diferente al esperado. Él cerró el libro y dejó la pluma en el tintero. Luego bajó la mecha de la lámpara y se puso de pie. Daba por terminada la reunión.

—Todavía no está lista la cena —repuso Clara, deseando que continuase con las explicaciones.

El hombre no atendió a la sugerencia y la llevó del codo hacia la salida.

—Vayamos a tomar el fresco.

El anochecer era borrascoso. La lluvia se había quedado detenida en el horizonte, pero las ráfagas heladas golpeaban sin piedad y los nubarrones pasaban como jinetes ante la luna. Jim le lanzó una mirada de reojo.

—Veo que ha elegido un atuendo de sus épocas de damisela —comentó mientras encendía el puro que la noche anterior había consumido hasta la mitad.

Ella se abrazó la cintura, un poco incómoda en su traje de brocado color ciruela. El terciopelo dibujaba arabescos insinuantes en el escote cuadrado.

—Mamá Sara desplegó ante mí todo mi arsenal. Ventiló el ropero y colgó ramitos de lavanda seca para perfumar los vestidos. Quiere que luzca como antes, cuando era una jovencita.

—¿Cuántos años tiene, Clara?

Jim esperó la respuesta reteniendo el humo y la respiración. Sabía que no le gustaría.

—Veintidós. Los cumplí poco antes de partir del Río de la Plata.

Lo temido, una veinteañera. Y él, un hombre doblando la curva de la juventud. ¿Qué importaba, después de todo? Claramente nunca sería otra cosa que una mojigata convencida de arrumbar su vida en un convento. Y él, un shamán condenado a servir a su pueblo.

—Representa usted menos edad.

—Es por el cabello tan corto, parezco un muchacho —y se tocó la nuca.

Aquello no era cierto. Aun con la cabellera trunca, el rostro de Clara denunciaba a los gritos que era una joven exquisita; y enfundada en ese traje coqueto y con los pendientes de perla colgando de sus orejas pequeñas resultaba irresistible.

Jim metió las manos en los bolsillos, mordiendo el cigarro.

—A su prometido no le gustó su aspecto.

—Él está cambiado. Las heridas de la guerra deben de haberlo endurecido. Nunca fue capaz de ofenderme o hacerme daño.

—Por lo que veo, nadie aquí es capaz de causar mal a ninguna persona.

—Así es. No veo por qué le resulta raro. Somos todos conocidos, hemos compartido fiestas y velorios, crecimos visitándonos unos a otros.

—¿Cuántas cosas ha compartido con André Levillier antes de marcharse?

Lo abrupto del tema provocó rubor en las mejillas de Clara. André había querido robarle besos y ella lo había esquivado, aunque recordaba una o dos oportunidades en que los labios del joven alcanzaron su objetivo, y lo que más la perturbaba era que no le había disgustado tanto como pensó. Terminaban siempre riendo, él corriendo tras ella, como atrapados en una travesura. Sólo una vez, a los quince años, cuando su padre se puso tan terco que ella decidió visitar a su abuela en Europa, los intentos de André fueron algo más serio. La había acorralado en los establos, y forcejearon hasta que él consiguió apretarla sobre el heno y empujar contra su regazo sus fuertes muslos. Era un André que desconocía, al igual que Jim Morris le resultaba de pronto ajeno.

—Ya se lo dije, crecimos juntos.

—Como hermanos.

—Sí, podría decirse.

—Un hermano que ansía desposarla.

—Fue la voluntad de nuestros padres, no la mía.

—Pero sí la de él.

—André es un joven respetuoso de la tradición.

Jim destrozó el cigarro entre sus dedos.

—Espero que las tradiciones de Virginia incluyan el respeto a la esposa de otro hombre.

Clara iba a replicar que ella no era esposa de nadie cuando sintió el calor de la mirada de Jim como un tizón ardiente. Se encontraba muy cerca, tanto que podía percibir ese aroma ahumado que le había sorprendido a bordo del *Lincoln*. Él la contemplaba desde arriba, como un halcón que elige a su presa desde los árboles más altos del bosque.

—¿Qué ocurre, señor Morris?

No respondió. Volvió a tomarla del codo para llevarla de nuevo hacia adentro, donde ya Moses encendía los faroles para que la casa quedase envuelta en luces durante la noche. Al pasar junto al mayordomo, Jim deslizó unas palabras que obligaron al hombre a asentir con rapidez. Momentos después, Clara se quedaba sola en el vestíbulo, mientras Moses y Jim entraban al despacho de su padre y echaban llave a la puerta.

Esa noche él no fue al cuarto después de la cena. En vano Clara lo aguardó despierta para saber de qué había hablado con Moses, pues Jim no apareció. En lugar de alarmarse, supuso que el hombre habría encontrado otro asunto donde poner orden, como tanto le gustaba, y después de acunar a Alfonsito, que cada vez se ponía más rechoncho con las atenciones de mamá Sara y la leche de Lily, se desvistió y se embutió en un viejo camisón de franela que olía a alcanfor. La habitación le pareció distinta a como la recordaba de niña. Con la cuna y el catre que Jim nunca había usado semejaba un carromato de gitanos, abarrotado de cosas desaparejas. La cómoda donde solía acicalarse antes de cada baile le resultó pequeña y anticuada, y advirtió con tristeza que las alfombras estaban desgastadas y el estampado de las paredes deslucido. Los años habían sido crueles con Bellaflor, y la guerra, el golpe final para su antiguo esplendor. Luchó por contener las lágrimas que pujaban por salir ante el recuerdo de su padre asomando a esa habitación con una sonrisa, la mano sobre el picaporte, para decirle alguna humorada antes de dormir. Al doctor La Rochelle le gustaba verla reír, siempre lo decía, y Clara tenía entonces muchos motivos para hacerlo, hasta que empezaron a pesar sobre ella los deberes familiares y el destino tejido por las familias. Estaba convencida de haber obrado bien al rechazar a André, pero se preguntaba si no habría sido mejor enfrentar a los mayores en lugar de huir con el pretexto de visitar a su abuela. Memé tampoco fue de gran ayuda, ya que la anciana nunca había estado de acuerdo con que su nieta viviese en América, ella deseaba que disfrutase de las delicias parisinas. “Tierra de salvajes”, solía decir cuando mencionaban a Bellaflor, “todavía debe de haber flechas clavadas en los árboles”. Esos comentarios a la hora de la cena causaban hilaridad en Ambrose y en su pequeña hija, pero a esa altura Clara se mortificaba con ellos. ¿Habrían sido más felices su padre y ella en Francia? ¿Podría su madre haberse salvado si hubiesen vuelto a América antes? La ciencia del doctor La Rochelle no pudo vencer a la

enfermedad que se la llevó. “Dios nos tiene reservada la vida y la muerte”, le escuchó decir cierta vez, en presencia de su amigo el notario.

Clara suspiró y arrojó a Alfonsito. Sus ojos vagaron por el cuarto y se detuvieron en el cajón de la cómoda. Recordó el cuaderno que encontró en el consultorio de su padre y decidió leer unas páginas para adormecerse. Ajustó la lámpara y acercó a su luz el papel apergaminado y sucio, como si aquel libro hubiese viajado a lomos de un caballo o permanecido adentro de la chaqueta de alguien.

*26 de Mayo de 1838, Chattanooga, Tennessee*

*La sequía y el calor están causando estragos. Falta de todo, empezando por la comida, que no es la que esta gente acostumbra. Las partidas que mandó el gobierno resultan insuficientes. Temo por los más débiles, aunque algunos ancianos son duros y resisten, como la madre de la mujer embarazada. No ha querido decir su nombre, al igual que muchos otros que se rebelan de esa forma y provocan desorden, ya que aquí hay una oficina encargada de censarlos a todos. Puedo entender el sentimiento de encierro después de haber conocido el bosque donde moraban. Estamos rodeados de una empalizada de troncos que ningún indio puede franquear, y distribuidos en chozas mal construidas. La mayoría elige compartir la casa comunitaria, un techado precario sostenido por un poste; allí encienden sus fuegos y se sientan a conversar o sólo a esperar. Todo es esperar. Saben que el momento de partir llegará, aunque se demore debido a la sequía que agotó los ríos. Los vaporcitos aguardan la oportunidad para el embarque, que por ahora es ilusorio.*

Clara levantó la vista y miró hacia la oscuridad, pensativa. ¿Su padre había estado en el ejército junto a un grupo de indios desterrados? Jamás le había contado esa historia, aunque podía imaginárselo intentando ayudar y consolando penas. Era bueno para eso. Ojalá hubiera entendido la suya, para evitarle el dolor de partir.

Dio vuelta la hoja y encontró un párrafo desgarrador.

*La embarazada dice llamarse Rosemary, que es el nombre de una hierba fragante y curativa. En esta época florece de color azul violeta, y me cuentan que crece en la parte baja de la montaña. Me interesa el conocimiento que tiene esta gente de las propiedades medicinales de las plantas. Son bastante versados, en especial la anciana madre, que llamó así a su hija por haberse curado ella misma con el romero de una obstrucción sanguínea. Para ganarme su confianza, le he dicho que estudio medicina y que estoy en el ejército como ayudante de médico. Eso le interesó, y aunque habla poco, se mantiene cerca.*

*Rosemary es muy dulce, y bella como pocas mujeres he visto. Cuando habla en su lengua, suena musical y deliciosa. Me contó que entre su gente acostumbran a ponerse nombres de blancos pero conservan el de su raza. A ella la llaman Claro de*

*Luna, porque nació en una noche de luna llena, despejada y fría.*

*Es admirable la comunión que tienen los nativos con la naturaleza, todo cobra sentido cuando proviene de ella. Me pregunto si hacemos bien en construirnos vidas tan separadas de lo natural. Las criollas usan esos corsés apretados que les cortan la respiración, mientras que la vestimenta de las mujeres cherokee es suelta y cómoda. Tampoco se les ocurriría preservarse del sol para mantenerse pálidas, todo lo contrario: lucen el color propio de su tez, reforzado por la vida al aire libre.*

*Mi cabeza es un mar de confusiones en estos días. La convivencia con los nativos me ha abierto un mundo de posibilidades.*

El texto terminaba de manera abrupta. Sin duda su padre escribiría de a ratos, cuando tuviese el tiempo y la oportunidad, ya que se hallaba cumpliendo órdenes de sus superiores. ¡Qué extraño le resultaba ese lado sensible del hombre al que había visto siempre concentrado en su profesión y parco en sus emociones! Rara vez su padre le confiaba recuerdos de juventud, por no decir ninguna. Por lo visto, aquel tiempo en el campamento indio había dejado profunda huella en él, ya que Clara sabía de su afición por cultivar hierbas. Era una antigua disputa entre él y Moses, que no entendía las ventajas de llenar los maceteros con hierbajos, como él decía, en lugar de bellas rosas o espléndidas azaleas. Aquel joven y entusiasta Ambrose la enternecía. Quizá pudiese comprenderlo mejor leyendo esas impresiones sueltas de un tiempo en el que ni su madre ni ella contaban en su existencia.

La lámpara parpadeó y Clara cerró el cuaderno. Abrazada al recuerdo inesperado del hombre que marcó su vida, se durmió de inmediato. Cuando empezaron sus ronquidos, Jim entró al cuarto con sigilo. Había aguardado hasta que la llama de la lámpara se consumiese para desempeñar el rol ficticio de marido. Nadie sabía que dormía tendido bajo el marco de yeso del ventanal, envuelto en su raída manta, con la cabeza apoyada en sus alforjas, como si estuviese en un campamento bajo las estrellas. Era la única forma de conciliar el sueño con la presencia de Claramaría tan cerca, tan cálida y tan inocente.

La llegada de los Levillier la noche siguiente estuvo teñida de emoción. Nadie había prevenido a Clara sobre el accidente del padre de André, de modo que al ver a éste empujando la silla de ruedas no pudo evitar que la conmoción se reflejara en su rostro.

—Hija —pronunció el hombre con auténtico cariño—, estás bella como siempre, aunque un poco delgada para mi gusto.

La broma tenía la intención de desviar el interés de sus piernas tronchadas, y ella le siguió la corriente.

—Ya se encargará mamá Sara de corregir eso, me parece. Pasa casi todo el tiempo en la cocina.

—Benditos criados, que han sido fieles a sus casas. Nosotros también tenemos gente de bien que ha permanecido pese a la guerra. Pero no nos detengamos en el

recuerdo de las cosas malas, debemos concentrarnos en el porvenir.

Clara se encontró muy de acuerdo, y para demostrar su simpatía por aquel hombre tullido que ya no podría cabalgar orgulloso por su plantación, tomó el lugar de André tras la silla.

—Permítame el honor de escoltarlo a la mesa, señor Levillier. Le daremos el privilegio de la otra cabecera, la que ocupaba mi padre.

Jim entendió entonces que a él no le habían reservado ese mismo privilegio los días anteriores. En medio de movimientos embarazosos, cada uno ocupó su sitio en la mesa que Moses había logrado engalanar con jarrones de vidrio repletos de violetas arrancadas de las borduras silvestres del jardín, o lo que quedaba de él. Clara agradeció el detalle con una mirada cómplice que puso orondo al mayordomo.

André ofreció el presente de una botella de vino de la bodega de *L'Hirondelle* que causó admiración. Una vez instalados, Clara procuró romper el hielo con un comentario sencillo:

—Me da mucho gusto recibirlos en casa como antes, Jean Marc. Había olvidado lo bien que se veía la mesa colmada de gente.

—Hay ausencias que se sienten mucho, hija. Tu padre no debió haber muerto de esa manera tan innecesaria. Si hubiese estado en el frente, al menos...

—Por favor, papá —intervino André, molesto.

—Es la verdad. Morir así porque sí, sin razón que lo justifique —insistió Jean Marc empecinado. No había pisado Bellaflor desde la tragedia, y se lo notaba abatido.

—En cierta forma —dijo con suavidad Clara, reprimiendo su dolor—, mi padre estaba en otro frente de batalla, más humanitario, atendiendo a los heridos en su propia casa. Yo estoy orgullosa de él, Jean Marc.

—Por supuesto, hija —se conmovió el coronel—, sé cuán altruista era Ambrose, el mejor amigo que he tenido. Nuestras esposas eran como hermanas, y nosotros... en fin, para qué revolver cosas viejas. Ahora tenemos a nuestros hijos para que continúen las tradiciones.

A una seña de Moses, Duma comenzó a servir una deliciosa sopa de hortalizas. André estaba de un talante taciturno, y apenas respondió a las preguntas de Clara sobre sus planes para remontar *L'Hirondelle*. Su copa se llenaba una y otra vez, y comía poco. Jim había satisfecho la curiosidad de Jean Marc Levillier por su papel durante la guerra respondiendo que su lealtad era para con Carolina del Norte, su país. Aquello pareció bastarle, pues no indagó más.

—Mucho me temo que esta Reconstrucción sea más destructiva que la misma guerra —opinó enseguida el coronel—. Los estados rebeldes que no hayan ratificado la última enmienda no serán admitidos, y eso equivale a soportar los ejércitos unionistas en nuestras calles y a carecer de representantes en el Congreso.

—Eso ya está en vías de solución, papá. La Ley de Amnistía se propone devolver a todos los confederados sus derechos políticos. Por fin se dieron cuenta de que sus

reticencias no hacen sino confirmar la distancia que nos separa. Quieren que seamos una sola nación, y a la vez nos discriminan. ¡Gran Nación! —se burló André levantando la copa.

El coronel pareció disgustado ante el exabrupto de su hijo.

—Aun así, no será con leyes rigurosas dictadas por el rencor que se logre la pacificación, sino cuando retiren las tropas. Ya llevamos casi siete años de “falsa reconstrucción”. Los sudistas seguiremos marginados, a menos que en estas elecciones triunfen los demócratas.

—A mi entender —dijo Jim con voz pausada—, a pesar del discurso de Lincoln al asumir su segunda presidencia, las heridas cicatrizan pero no curan. Lo que ha ocurrido en el pasado sigue ahí, en una capa de piel profunda que algún día puede abrirse de nuevo —y pensaba en las propias heridas, las de su pueblo y las de su familia.

El coronel meditó esas palabras con el ceño fruncido.

—Tiene usted razón en eso, señor Morris, aunque no seremos nosotros los que veamos si se cumple esa profecía suya. Sospecho que acumularemos muchas capas antes de descubrir lo que nos une.

—Nos hemos puesto filosóficos esta noche —terció André haciendo girar la copa entre sus dedos y mirando el líquido a través de la llama de las velas—. Prefiero temas menos complicados. ¿No estás de acuerdo, Clara?

La joven sonrió.

—Te interesará saber, André, que en nuestros establos hay un auténtico appaloosa.

—¿De veras? Es el caballo favorito de los indios.

La referencia no llamó la atención de nadie, ni tampoco Jim demostró que le afectase.

—Lo he comprado en Richmond —alegó en cambio—, porque a Clara le gustaba. La joven lo miró complacida.

—Bueno, un esposo puede permitirse ese lujo para satisfacer a su esposa. Yo no dudaría en colmar de regalos a una dama como Clara. ¿Lo has montado, *Claire*?

Jim apretó los dientes al escucharlo pronunciar el nombre de ella en francés.

—Hasta ahora no.

—Pues te desafío. Mañana nos encontraremos donde siempre, ¿te acuerdas? Yo iré montado en mi alazán y haremos la carrera. El que llegue último, deberá cumplir la prenda que escoja el ganador.

—André —terció el padre en voz baja—, Clara ya no es una muchacha soltera, tiene un esposo y un hijo. Que quisiera conocer hoy mismo, si se me permite ese capricho de viejo.

Clara aprovechó el pie para cambiar el tema.

—¡Por supuesto, Jean Marc! Lo traeré antes de que se duerma. Es un niño bueno, casi no da trabajo.

Esa vez le tocó el turno a André de morderse la lengua. Él no deseaba ver al hijo bastardo de Clara, pues era el recordatorio de que pertenecía a otro. Tuvo que soportarlo, no obstante, cuando Duma bajó las escaleras con el pequeño Alfonso envuelto en una manta tejida, con su cabecita asomando por el borde y los ojos renegridos contemplando absortos las luces de los candelabros.

—Es un hermoso niño, hija. Te felicito. A ambos —agregó el coronel, emocionado.

Pensaba que podría haber sido su nieto si los planes de las familias se hubieran cumplido.

Alfonsito celebró el elogio con unos gorgoritos que causaron las risas de todos, menos la de André. El joven conservaba la vista fija en los cubiertos del postre que no había tocado. Clara tomó al bebé en sus brazos y depositó en su frente un beso delicado. Para el que nada sabía de la situación era una auténtica madre, pues la ternura le brotaba con naturalidad y poseía un instinto protector. Hasta Jim se sorprendía viéndola. Por otro lado, la diferencia de rasgos se explicaba mirándolo a él, que bien podría haber legado a ese niño el cabello y los ojos negros.

—Que el próximo sea niña —le deseó Jean Marc con sinceridad.

Clara se ruborizó y se volvió hacia Duma para disimular la zozobra que le causaba seguir engañando a todos con su silencio. Sin embargo, iba a llevarse una sorpresa mientras acomodaba la manta sobre las rodillas del coronel, momentos antes de que Moses abriese el portal, cuando le escuchó decir:

—Me alegra, hija, que hayas dejado atrás ese asunto del convento.

Una bomba lanzada sin aviso. Clara ignoraba que el coronel Levillier supiese de esa decisión que tanto disgustó a su padre, así que no supo responder.

Ante su perplejidad, Jim recogió el guante con rapidez.

—Mi esposa necesitaba esos momentos de reflexión espiritual. Por fortuna para mí, su decisión no fue permanente.

Moses escuchaba petrificado de horror. De pronto, las rarezas de la niña encajaban a la perfección, como piezas de un damero: el cabello rapado, su precipitada huida y su repentina llegada con un esposo y un niño al saber de la muerte del patrón, todo tenía sentido. Si el doctor La Rochelle no hubiese caído antes en manos de un indio descastado, podría haberlo matado ahora el disgusto.

No veía la hora de contarle la verdad a mamá Sara.

Permanecieron en la puerta hasta que el carruaje desapareció en el camino de álamos que conducía al portón de entrada. Habían salido airoso, o al menos eso pensaba Clara mientras se envolvía en el chal bajo la fría noche.

—Moses, quiero pedirte un favor. Guarda en agua los ramitos de violetas, quisiera llevarlos mañana a la tumba de papá. Has hecho bien en cortarlos, te lo agradezco.

La sonrisa de Clara derritió el corazón de Moses. La niña seguía siendo pura, pese al malnacido que la acompañaba. Y le resultó fácil culpar al hombre de todo lo que le ocurría a su ama. Tal vez él la había raptado de ese convento del que hablaban,



existían degenerados que preferían a las mujeres virtuosas en lugar de conformarse con las de su condición. No se le ocurrió que Clara no parecía hallarse contra su voluntad.

—Haré la primera ronda, Moses —dijo entonces el objeto de sus pensamientos—. Mantente listo para el reemplazo cerca de la madrugada.

—Sí, señor.

—Y a partir de mañana, saldré a contratar gente. Esta plantación necesita más brazos de los que podemos darle tú y yo.

“Órdenes son órdenes”, pensó el mayordomo mientras se dirigía hacia la cocina. El esposo de Clara era un hombre arrogante, pero no podía discutirse su capacidad para ver en la oscuridad lo que ningún ojo humano podía distinguir.

Mamá Sara no lo disculpó con facilidad, ni tampoco a su amada niña. Cuando Moses le relató lo que había escuchado de labios del coronel Levillier, la pobre negra se sintió ofendida y descorazonada. ¿Así que Clara, la pequeña a la que había acunado en sus brazos y enseñado el catecismo, prefería las soledades de un convento en lugar de la amorosa casa donde se había criado? ¡Huir para meterse a monja, quién lo diría! Pobre doctor, tan bueno que era... ¿Qué mal había hecho para merecer semejante desplante? ¡Como si vivir en Bellaflor fuese un castigo! La criada no pudo evitar una reacción de repudio ante la mala conducta de su niña.

—Ya veía yo algo turbio en ese matrimonio —sentenció a la luz del fogón, mientras colaba tisanas para ella y para Duma en la cocina ya en sombras.

—Yo celebro que haya cambiado de opinión —aventuró Moses—. La niña Clara una monja... eso no puede ser.

—Pues yo digo que debería confesarse por haber causado tanto dolor a su padre, un santo varón. Y vaya una a saber cómo fue que terminó casada con este hombre antipático.

Duma escuchaba sin poder decir que a ella no le parecía tan mal que la niña Clara se metiese en un convento si el corazón se lo pedía, y que además, tenía todo el derecho del mundo, ya que no estaba casada ni había parido un hijo, pero se mantuvo fiel a su promesa y bebió de su tisana a borbotones, ahogándose con el líquido caliente.

—¡Despacio, boba! —la recriminó Sara—. Hasta el bebé de Clara sabe tomar mejor que tú.

Jim caminaba sumergido en otras sombras, oculto por los arbustos que rodeaban la casa. Para no denunciarse con el humo del cigarro, masticaba una ramita de hinojo y daba rienda suelta a su rabia, contenida durante la cena. El coronel le caía bien, parecía un hombre decente que había sufrido y se empeñaba en seguir viviendo. Pudo palpar el odio de André y también la animadversión de Moses. El mayordomo no le preocupaba, sabía que necesitaba de él y no se atrevería a enfrentarlo mientras lo creyese el esposo de su adorada Clara. El joven Levillier, en cambio, era un hombre despechado que no aceptaba perder. De él debía cuidarse, pero sobre todo debía

cuidar de Clara. Se daba cuenta, además, de que en aquella casa se percibía un ambiente opresivo. Él poseía una sensibilidad que traspasaba las barreras de lo visible, y podía captar la presencia de un espíritu atormentado. Se detuvo a la altura del porche y desde lejos contempló la fachada, iluminada con tenue luz. Por momentos, un jirón de niebla la atravesaba y Bellaflor emergía fantasmal, una aparición en medio del bosque. Jim entrecerró los ojos y puso en práctica un ejercicio sencillo: fijó la vista en un punto intermedio, entre la casa y la primera fila de árboles; luego dejó que la imagen se desdibujara en su retina y respiró con lentitud. Poco a poco, los latidos de su corazón se hicieron más pausados y sus pensamientos más lentos. En ese estado era capaz de captar cualquier tipo de energía que hubiese en el espacio circundante. La presencia de árboles era de mucha ayuda. Jim sabía que cada árbol representaba un pensamiento del Gran Espíritu, y un vínculo entre el cielo y la tierra. Bellaflor estaba rodeada de ellos, en especial robles y fresnos, los más poderosos. Con todos sus sentidos alertas, conectado con el entorno, Jim comenzó a sentir el conocido hormigueo en la punta de los dedos y la palma de las manos. Primero apareció la imagen del caballo, la que se le presentó durante su iniciación y que siempre le daba la bienvenida en los viajes shamánicos. Esa visión le valió el nombre con el que su gente lo conocía. En ese instante, sin embargo, hubo algo inesperado: aparecieron dos caballos en lugar de uno. A pesar de su desconcierto, Jim intentó no retener la imagen, para dejarla pasar y ver lo que vendría después. Estaba solo, sin objetos ni aliados en esa búsqueda de entidades, por lo que necesitaba mayor concentración. Lo único que llevaba colgado del hombro era un rifle que había pertenecido al doctor La Rochelle. Quizá por eso no le sorprendió percibir la tristeza infinita que lo golpeó en forma de ráfaga. Ahí estaba el padre de Clara, a su izquierda, tan nítido como si lo estuviese viendo con sus ojos. Y con idéntica claridad percibió la modulación en el aire. ¡Cuidado! A su derecha, señalando hacia el futuro, envuelta en una vaharada de almizcle, se le había presentado una advertencia a través del ratón. Nunca antes le había sucedido de ese modo, una combinación sutil de olores y palabras no dichas. Estaba en el máximo de sus facultades, de modo que aquel mensaje era inconfundible: el ratón, anunciándose a través de su aroma, le estaba advirtiendo que existía un peligro cierto frente a él, y que debía prestar atención a los pormenores, no descuidar los detalles. Lo ponía sobre aviso. Por otra parte, debía entender que el espíritu de Ambrose le hablaba del pasado, puesto que se había presentado a su izquierda. Ambas manifestaciones exigían su atención. Volvió con rapidez del viaje. Tomó tierra dejándose caer boca abajo y recuperó el control de su parte racional. Había sido intenso.

Mientras caminaba de regreso hacia la casa, los sentidos embargados de los perfumes y sonidos de la noche, advirtió un objeto blancuzco entre la hojarasca del piso. Se agachó para mirarlo de cerca, y antes de tocarlo supo que se trataba de una flor. Una camelia. Con sus pétalos bien abiertos, lozana como si hubiese estado plantada en un almácigo. Levantó la vista y descubrió que había otra en la puerta de

entrada, colgando de la aldaba de bronce.

No estaban allí cuando despidieron a los Levillier, y nadie había salido mientras él estuvo afuera, de eso estaba seguro. Guardó las flores en su bolsillo y rodeó la casa antes de pedir a Moses que lo relevara.

El aroma del almizcle aún flotaba en el aire.



## CAPÍTULO 5

—Señor Morris, ¿está usted ahí?

La voz de Clara brotaba del montón de libros apilados en el consultorio del doctor La Rochelle. Desde muy temprano ese día, ella se afanaba en limpiar aquel recinto y poner orden entre los objetos del mueble escritorio y la vitrina. A su lado, en un primoroso canasto festoneado de broderie, el pequeño Alfonso pataleaba con vigor mientras seguía con la mirada a la joven que trajinaba de un lado a otro pensando en voz alta, preguntando y respondiéndose, a falta de otro interlocutor. Jim abrió la puerta entornada y la vio subida a una escalera de biblioteca. Llevaba una falda recta y una blusa blanca repleta de diminutos volados que se enroscaban en su cuello y sobre sus tersos brazos. En cierta forma, aquel atuendo era similar a la túnica monjil, puesto que no dejaba nada a la vista. Ni el cabello, que llevaba cubierto por un pañuelo a manera de turbante, para protegerse del polvo que emanaba de todas partes. Clara se esforzaba por sostener en lo alto una vasija de porcelana pintada con letras azules.

—Ayúdeme, por favor. No sé cómo me metí en esto.

Él avanzó esquivando bultos y la sujetó por la cintura cuando estaba a punto de balancearse hacia atrás.

—¿Qué cree que hace? —la amonestó—. ¿Piensa reconstruir la hacienda en un solo día?

Ella soltó una risita y descendió de prisa.

—Es fácil empezar, pero no se termina nunca. Papá tenía un buen lío aquí, no sé cómo encontraba lo que necesitaba. ¿Ha vuelto ya de Harrisonburg? ¿Tuvo éxito en su búsqueda?

—Contraté a una familia y dos peones. Ninguno vale mucho, pero entre todos harán algo.

—¿Alcanzó el dinero que encontré en la casa?

—Es dinero confederado, Clara. Ya no vale tampoco.

—Oh, qué tonta soy, no reparé en eso. ¿Entonces...?

—Hice un adelanto.

—Le diré a Moses que lo anote en el libro, para poder devolvérselo apenas ganemos algo.

—Yo soy el que lleva los libros a partir de ahora. Lo anotaré.

Clara destapó una vasija de barro y olió su contenido. El polvo se le metió en la nariz y la obligó a estornudar repetidas veces, lo que divirtió a Alfonsito. El bebé se reía con facilidad, y si no hubiera sido porque era mentira, Jim habría dicho que salía a su madre.

—Me rindo —suspiró ella, dejándose caer sobre una poltrona en la que su padre hacía sentar a los pacientes—. Por hoy es suficiente de tierra y ungüentos. Ya siento náuseas —y se llevó la mano a la boca.

—¡Eh! —exclamó Jim, pero no pudo evitar que la joven se abalanzara sobre la ventana abierta y se doblara en dos con una tremenda arcada.

—¿Le ocurre algo, Clara?

Ella lo alejó con una mano. Una vez repuesta, se volvió avergonzada.

—No es nada, me suele suceder cuando revuelvo entre las cosas viejas, no sé por qué. Siento haberlo asustado. Necesitaría... —y miró alrededor, inquisitiva.

—¿Algún remedio de su padre?

—No. Un sorbo de brandy me compondría al instante.

Jim quedó perplejo.

—Sirve como remedio en estos casos, se lo aseguro —y sin hacer caso de la estupefacción de Jim, extrajo una botellita de la última gaveta del escritorio. Vertió un poco en una copita que también se hallaba allí, y tomó de a sorbos hasta que los colores tiñeron sus mejillas.

—Recuerdo a mi padre haciendo lo mismo cuando se agotaba trabajando en su consultorio.

—Me sorprende usted, Clara —adujo el hombre divertido—. Espero que no fuera ésta la razón por la que le agradaba concurrir a la botica del convento.

—Oh, no —y se echó a reír como si la bebida se le hubiera subido a la cabeza—. En realidad, descubrí por mí misma las virtudes del alcohol para ciertos males. Una vez enfermé de gripe y mi padre había salido de visita médica por varios días. Mamá Sara no atinaba a aliviarme, y en su desesperación recordó que su esposo bebía y se envolvía en muchas mantas para transpirar cuando se encontraba enfermo. Hizo eso conmigo, y fue santo remedio. Amanecí como nueva.

—Notable.

—Va usted a creer que soy una alcohólica.

—Creo que ha encontrado la manera de sobrevivir en el convento.

Clara lo miró muy seria, y al comprobar que los ojos de Jim brillaban, entendió que se estaba burlando y le dedicó una amplia sonrisa.

Otro momento peligroso. Jim se metió las manos en los bolsillos y giró hacia la puerta. Sus dedos tocaron los pétalos ya marchitos de las camelias. Ese tacto endureció su semblante.

—¿Ha comentado a alguna persona el contenido de los libros de su padre?

—A nadie. Creí que no tendría importancia.

—Está bien. Guárdese de hacerlo por ahora.

—¿Hay algo malo en ellos?

—Como le dije la otra vez, nada que no se pueda resolver.

—Se rodea de mucho misterio, señor Morris.

—¿Vino hoy el señor Levillier?

El cambio de tema la desconcertó.

—Si se refiere a Jean Marc...

—Me refiero a André.

—Bueno, pues no, no ha venido. Ninguno de los dos.

—Entonces no concurrió al encuentro con su caballo.

—¡Claro que no! Como si tuviera tiempo.

—No lo haga, aunque se desocupe. Y no salga de la casa cuando yo no esté; si lo hace, avíseme antes.

Clara abrió los ojos y apretó los labios.

—Recuerde —dijo en voz baja y modulando bien las palabras— que no es mi esposo en realidad. Y si lo fuera, tampoco tendría el poder de prohibirme algo tan inocente como salir a cabalgar.

Jim bajó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron frente a frente.

—Le recuerdo también que ése es otro secreto que debe guardar, y que por el momento sólo cuenta conmigo para recomponer la hacienda, señorita Clara. No permita que el brandy le nuble la mente.

Salió del cuarto con petulancia y Clara sintió, por primera vez en toda su vida, el deseo de arrojar algo a la cabeza de alguien. Se santiguó, arrepentida.

Jim puso distancia entre Clara y él para poder concentrarse en lo que hacía falta. Desde su visión de la otra noche se mantenía atento a los detalles, puesto que ésa había sido la advertencia del ratón como animal de poder. Vigiló a Moses cuando construyó y pintó una pequeña cerca para la tumba del amo, ya que el hierro era demasiado caro para darse ese lujo. “Que vengan los yankees a construirlo si quieren”, había dicho el criado en un raptó de desafío, “a nosotros nos queda sólo la madera”. Observó las veces en que Duma llevaba hasta el río el hato de ropa sucia; revisó los galpones, los establos, el invernadero, la fuente, el granero y hasta la cocina, sin encontrar nada anormal en ellos.

Se había instalado una rutina en Bellaflor en la que todos se movían con precisión y eficacia. Clara hallaba sosiego en las tareas domésticas que le recordaban las del convento y su vida sencilla de entonces. Jim sabía que lloraba por las noches, había visto el rastro de lágrimas en sus mejillas. Ignoraba si era debido a la muerte del padre que no alcanzó a ver, o existía alguna otra razón. Varias veces notó que se dormía con un cuaderno entre los brazos y supuso que sería una especie de diario, aunque le costaba imaginar a Colibrí Dorado escribiendo con minuciosidad los acontecimientos del día, pues su espíritu era tan ligero que volaba sobre las cosas sin detenerse.

Reflexionaba de este modo cuando llamó su atención una polvareda distante. Jinetes. Bajó la escalinata del porche y avanzó para encontrarse con ellos antes de que se acercaran más a la casa. Por la nube que levantaban supo que serían cuatro o cinco. Corrió hacia los establos, donde todavía estaba ensillado el ruano que lo llevó a Harrisonburg, y montó de un salto. Si tenía que vérselas con aquellos intrusos, prefería hacerlo a lomos de un caballo.

Se encontraron a pocos metros del portón de la avenida de los álamos. La velocidad del galope de Jim le permitió interceptarlos antes de que avanzaran sobre el

límite de la propiedad. Eran cuatro, armados con rifles y pistolas. Uno de ellos parecía un miliciano, los otros tres vestían como hombres de negocios, con chisteras y abrigos de cuello de piel. Saludaron a Jim con formal amabilidad, aunque bajo el ala de sus copudos sombreros él advirtió la sorpresa que les causaba su presencia.

Aquellos individuos habían contado con la ausencia de los amos de Bellaflor.

—Buenos días —dijo el más anciano.

—¿Con quién tenemos el gusto de hablar? —agregó otro, sin aguardar el saludo de Jim.

—Jim Morris, dueño de esta plantación.

Hubo un instante de muda conmoción, del que el miliciano salió con audacia.

—¿Se la ha comprado a un muerto, acaso?

Los otros lo miraron con reproche, preferían ir con cautela en esas negociaciones.

—Señor Morris —insistió el que había hablado primero—, permítanos presentarnos. Somos de la Agencia de Tierras de Charlottesville, y estamos interesados en tratar la compra de terrenos para cumplir los propósitos del gobierno de colonizar y sacar de ellos el mayor provecho para el país. Tomando en cuenta los estragos que ha causado la guerra en toda la región...

—Estamos ocupándonos de eso —lo cortó Jim con acritud.

—Bien, sí, claro, me imagino lo ardua que será la tarea.

—Así es.

La cortedad de las respuestas desarmaba a los hombres, que esperaban al menos algo de curiosidad de parte del nuevo propietario acerca de las ofertas que tenían para mostrarle.

—¿Tiene usted la escritura de compra de esta plantación?

Aquello sí que era audaz, exigirle pruebas de su dominio. Jim sabía desde el principio que la zalamería con que le hablaban era sólo un juego de palabras.

—No pensaré que voy con ella en el bolsillo.

—Claro que no, por supuesto, señor Morris. Discúlpenos la insistencia, pero, ¿es usted oriundo de Virginia?

—Mi esposa lo es.

—Ah... —y el hombre pareció más confuso aún—. ¿Ella es la hija del doctor La Rochelle, entonces?

A Jim no se le escapó la mirada fugaz que intercambiaron los caballeros al saber que la heredera del imperio se hallaba de regreso y casada con alguien que no era el candidato esperado.

—La misma.

—Bueno, señor Morris, permítanos felicitarlo por su matrimonio, entonces. Ha de haber sido muy reciente.

El empecinado silencio de Jim molestaba a los hombres, de modo que el mayor retomó la conversación yendo hacia los puntos esenciales.

—Sabrá usted que el estado de Virginia debe acatar las nuevas condiciones

impuestas por el gobierno en cuanto a la contratación de gente. Sin duda, estos campos habrán agotado sus reservas de nutrientes, después de tantos años de monocultivo.

—Nos ocuparemos de eso.

El anciano caballero se atusó el bigote blanco y una chispa de fastidio destelló en sus ojos azules. Aquel hombre de raro continente se mofaba de ellos en deliberado desafío.

—Espero que no con mano de obra esclava, eso está prohibido.

—No con esclavos.

—Señor Morris —intervino el que hasta el momento no había hablado, un hombre alto y apuesto que sonrió con falsedad—, entendemos que le parezca una intrusión llegarnos así hasta sus dominios con una propuesta de compra, pero el plan de reconstruir el país después de la guerra impone soluciones inmediatas. Sabemos que, pese a todo su empeño, le resultará imposible remontar esta plantación, tomando en cuenta que ya no es útil el modo de vida rural en los nuevos Estados Unidos. Llegan las innovaciones desde el norte con el ferrocarril, la industria del acero, la parcialización de los cultivos y la expansión hacia el oeste. Allí puede beneficiarse del acta que concede granjas en forma gratuita a los que acepten poblar aquellas regiones tan productivas.

—Tengo aquí mismo mi propia producción. Ustedes, señores, parecen no confiar en las posibilidades del valle para brindar alimento a sus moradores.

—Por supuesto que confiamos en eso, sólo que a la manera sudista ya no es posible, y pensando en todos los problemas que lo acometerán al intentarlo...

—Pensaban comprarme la tierra a precio vil para hacerse de un buen negocio después, al revenderla diez veces más cara.

Todo rastro de cortesía se evaporó de los rostros de los caballeros al oír la áspera respuesta. Jim acababa de convertirse en un adversario para sus intereses. Hasta los caballos de aquellos hombres percibieron la tensión y se movieron nerviosos. Luego de un incómodo silencio cargado de premoniciones, uno de ellos se tocó el sombrero a modo de despedida.

—Le deseo suerte en su cometido, señor Morris. Ojalá no deba arrepentirse cuando la sequía o cualquier otra calamidad lo aprieten. Los tiempos que corren exigen maquinarias y explotación intensiva, algo que dista mucho de lo que tiene aquí.

—Gracias por sus buenos deseos.

—Nos veremos en otra ocasión.

Volvieron grupas y cabalgaron por donde habían venido. Antes, el miliciano atravesó a Jim con una mirada dura e intencionada. Éste supuso que a lo largo del breve encuentro habría descubierto alguna incongruencia, y que no se conformaría con sus respuestas. Ya empezaba a vislumbrar las dificultades que debería enfrentar Clara si deseaba mantener en pie a Bellaflor. La paradoja de todo eso era que su



principal apoyo en la defensa de la plantación iba a ser el que por causa de ella se había convertido en su acérrimo enemigo, André Levillier.

Al menos, él tenía su corazón en el sur.

El coronel se concentraba en limpiar sus armas, sin descuidar los movimientos de su hijo en el despacho. Había amanecido con la sensación de angustia que lo acometía a veces, cuando los recuerdos se desplomaban sobre él. Más que los de la guerra, lo atenazaban los de su amada Mary Ann, muerta poco tiempo después. Su esposa había sido una mujer triste, que no se acostumbraba a la vida soñolienta del sur agrícola. Él la había conocido mientras estudiaba en West Point, donde frecuentaron los mismos salones y círculos que el prestigio militar imponía, ya que su suegro también pertenecía al ejército. Cuando pidió su mano, Jean Marc no pensó que aquella mujer hermosa y delicada fuese incapaz de dirigir una plantación o se sintiese incómoda al tener que dar órdenes a los esclavos. Ése había sido siempre un punto de discordia entre ellos. André se había criado entre dos posturas distantes: la de su padre, un sureño compenetrado de la idiosincrasia de los criollos terratenientes, y una dama de Washington acostumbrada a valerse por sí misma y reacia al modo aristocrático de vida de *L'Hirondelle*. Jean Marc optó por la fidelidad a Virginia cuando estalló la Guerra de Secesión, y si bien fue convocado por la oficialidad del norte, dadas sus credenciales, rechazó formar parte del ejército yankee. Él era un virginiano, y como tal viviría o moriría. Otro tema de disgusto entre los esposos.

—¿Esperas a alguien, hijo? —preguntó, intentando gobernar sus pensamientos lúgubres.

—No lo sé. Todo depende de cuánto haya calado mi anzuelo la otra noche —fue la enigmática respuesta que el padre entendió bien, sin embargo.

—Estás jugando con fuego. Clara es una mujer casada que no comprometerá su honor corriendo carreras con un antiguo amigo de la infancia.

—¿Qué tendría de malo? Sólo ejercitarse un poco y pasar el rato de manera agradable, no veo que haya que darle más importancia de la que tiene.

—Tú se la das.

—Padre, ella me fue arrebatada. Sabes que la pretendía, que todos aquí, incluido Ambrose, daban por descontado que nos casaríamos tarde o temprano. Algo tuvo que suceder para que ella volviese de su viaje casada y con un hijo.

—¿Sugieres que se ha casado por compromiso?

—Ese individuo es un advenedizo, se le nota en su cara.

—Es de la Thomas' Legion.

—¡Otra vez con eso! ¿Y qué si lo es? ¿Se convierte en un héroe, acaso?

—Quiero decir que no está lejos de tus propios ideales, si luchó por el sur a las órdenes de William Thomas. Por lo pronto, no es un enemigo.

—Nuestra enemistad no proviene de la guerra sino de una mujer. Ella era mía y me la quitó.

—¿No cuenta el deseo de Clara?

André se volvió hacia su padre con expresión irónica.

—Te noto muy liberal, padre, casi diría que se te ha pegado el modo de ser de los yankees. Mujeres que deciden, negros que trabajan sólo si quieren... ¿Qué más?

—El mundo cambia, hijo, y es necio ignorar esos cambios. No digo que deban gustarte, pero hay que asimilarlos y buscar el modo de convivir con ellos. Hemos perdido la guerra, eso es incontestable. Los vencedores dictan las nuevas reglas.

André soltó una interjección despreciativa ante esa posibilidad.

—Adaptarse es morir, padre, pero sin honor. Yo no renuncio a *L'Hirondelle* como tampoco renuncio a Clara. Hace falta más que una caterva de bandidos y un usurpador para arrebatarme a ambas.

—También hace falta dinero y hombres para mantenerlas a las dos.

—Te has vuelto cínico. Más que yo, lo que es mucho decir.

—André —y el coronel dejó las armas sobre el escritorio para volver su rostro hacia ese hijo furibundo que no hallaba paz en su corazón—. La vida me ha enseñado a fuerza de golpes lo que tú puedes aprender con menos dolor. No luches causas perdidas, o serás infeliz el resto de tus días.

—¿Lo dices por *maman*?

—Eres cruel.

—Soy honesto, padre, algo que tú te negaste a ser todo este tiempo. El matrimonio entre ustedes fracasó antes de haber empezado y lo siento por ti, pero Clara y yo estamos hechos el uno para el otro. Ella no sabe cuánto hay de cierto en esto.

—¿Y qué pretendes, secuestrarla? —exclamó Jean Marc, dolido por los reproches, que sonaban veraces en el fondo de su alma.

André calló. Estaba por verse lo que haría. Su mente era un torbellino desde que Clara había vuelto, y al saberla casada y con un indio, todo su mundo se desbarató. Jamás renunciaría a ella, así tuviese que liquidar a ese salvaje que la tenía encerrada en su castillo. Las fortalezas se podían franquear, la guerra misma lo había demostrado, y él era un buen soldado, sabría encontrar el punto débil.

Estaba barruntando planes cuando un carruaje se detuvo a la altura del porche. Desde la ventana distinguió la silueta de Clara enfundada en su abrigo de lana marrón, largo hasta los pies. Llevaba una capotita al tono que ocultaba la indignidad de su cabellera cortada. Todavía se preguntaba André qué razón la habría llevado a sacrificar sus hermosos rizos.

—¡Querida! —exclamó gozoso, yendo a su encuentro.

Tuvo el disgusto de comprobar que no venía sola sino acompañada por Duma, la mulata muda, y el bebé del bastardo. Clara cargó al niño con facilidad y caminó hacia él sonriendo.

—Me temo que no vine a verte, André, busco a tu padre. En realidad, ambos lo buscamos. ¿No es así, Alfonsito?

El bebé asomaba del montón de lana con las mejillas rojas por el frío.

—¿Está él en casa?

—No sé dónde iba a ir, sin piernas —comentó ácido el joven.

—¡André!

—Lo siento, Clara, he tenido una mañana difícil. Mi padre me subleva a veces.

—Es la ley de la vida, André —repuso ella, conciliatoria—. Los padres nos ofrecen batalla para que podamos crecer y hacernos adultos.

—Vaya, te has vuelto sabia. Pero ven, entra, que el aire hiela acá afuera.

Clara se dirigió con soltura hacia el despacho, de donde provenía el chisporroteo del fuego en la chimenea, y al pasar junto a Chester se inclinó para sobarle la cabeza.

—¿Cómo has estado, amigo? —le dijo, y el perro se puso panza arriba, reclamando caricias.

—¡Clara, hija! Bienvenida —exclamó el coronel, tomándose de los muebles para impulsarse hacia ella.

—Mira quién ha venido a verte, Jean Marc —dijo ella, divertida, mientras destapaba al niño.

—Acércalo a la chimenea, que hace frío hoy. Ven, siéntate.

El hombre recibió con alegría la interrupción. Las discusiones con su hijo tomaban un cariz desagradable en los últimos tiempos.

—¿Cómo se te ocurrió venir sola?

—Duma me acompaña, es muy lista y Alfonsito la adora, es la única que logra hacerlo dormir cuando está inquieto. ¿No es así, Duma?

Clara se volvió hacia la mulata que permanecía de pie, algo incómoda en ese salón suntuoso, tierra de hombres.

—Siéntate a mi lado, Duma —la invitó la joven.

—Así que el niño se llama Alfonso. Extraño nombre, debo decir.

Clara evitó mentir, una vez más.

—Es nombre de reyes. Bonito, ¿no te parece?

—Pues sí, es original, sobre todo aquí en el país.

—¿Será un nombre indio? —dijo de pronto André.

El coronel le dirigió una mirada dura, pero él no se amilanó.

—Tu hijo bien podría haberse llamado Ambrose en honor a tu padre. ¿Lo has pensado, Clara?

Ella movió la cabeza, resignada.

—Son costumbres que pesan mucho a veces. Tampoco te han llamado a ti como Jean Marc.

—Esa cruz recayó en mi hermano muerto, el primogénito. Él estaba destinado a satisfacer los deseos de mis padres en todo.

Clara lamentó haber sacado el tema a relucir. La muerte del primer bebé de los Levillier había sido uno de los motivos que acentuó la depresión de Mary Ann.

—Nuestra vida está en manos de Dios, sólo él sabe el papel que nos toca desempeñar en nuestras familias.

André se echó a reír sin ganas.

—Has hecho bien en visitar al viejo, entonces. Está igual de sabihondo y de seguro tendrán temas para compartir. Le diré a la cocinera que traiga los pasteles de la mañana.

El joven salió de la habitación y Jean Marc miró con pena la puerta que se cerró tras él.

—Perdona lo que ha dicho, está muy irascible y creo que es porque no acepta la nueva situación de la hacienda. Estamos ajustados de dinero y con pocas probabilidades de seguir cultivando como lo hacíamos. Los compradores de tierras nos acechan, y tengo que admitir que la idea de vender, aunque sea una parte, me seduce. Es un punto de discordia entre nosotros. Uno de tantos.

Clara puso su mano delicada sobre la del coronel, bronceada y fibrosa.

—Jean Marc, necesitamos más tiempo para rehacernos. André es joven e impaciente.

—También tú eres muy joven, Clara. Dime con franqueza. ¿Por qué te has casado?

Ella se ruborizó.

—Como dije antes, hay cosas que Dios pone en nuestro camino.

—Tu padre quería que André y tú... en fin, ya sabes. Yo también lo hubiese querido, pero entiendo que no se trata de nosotros sino de ustedes los jóvenes, aunque mi hijo anhelaba desposarte.

—Quiero mucho a André, Jean Marc, pero no de la manera que se necesita para casarse. Además, yo estaba decidida a meterme a monja.

—Decisión que has abandonado, por supuesto, y bendigo a ese marido tuyo que te hizo cambiar de parecer. Una mujer tan bella como tú, prefiero mil veces verla cargando a su hijo y atendiendo a su esposo que llevando hábitos andrajosos. Ven, dame a ese pequeño, que quiero saber qué se siente un bebé sobre las rodillas, aunque no tenga rodillas y no sea mi nieto tampoco. Al ser tu hijo, Clara, es como si lo fuese.

Ella se sintió miserable por el engaño, si bien la felicidad del hombre al cargar al niño era auténtica y le hacía bien a su corazón. Lo había encontrado muy avejentado, a pesar de conservar la apostura que era su sello de origen. La guerra, la muerte de su esposa, el carácter del hijo, todo debía de contribuir a su tristeza.

—Hoy vinieron a visitarnos de la Agencia de Tierras —le dijo de pronto, buscando un tema de actualidad que removiese en él las telarañas del pasado.

—No esperaron mucho para abordarlos. Aunque, si he de dar crédito a lo que oigo, ya estuvieron rondando Bellaflor desde la muerte de tu padre. Debieron de sorprenderse con tu regreso, imagino.

—Eso me dijo el señor Morris.

El coronel soltó una carcajada.

—¿El señor Morris? Clara, el respeto al esposo está bien, pero creo que puedes llamarlo por su nombre de pila.

Clara advirtió su error y se alegró de que André estuviese ausente, pues sin duda pondría más atención que su padre a esos deslices. Se limitó a sonreír.

—Me dijo que los sacó a cajas destempladas. ¿Crees que serán peligrosos, Jean Marc?

El coronel se puso serio.

—Hija, el ambiente está enrarecido en estos tiempos. Hay gente que busca sacar provecho de la desgracia ajena, y otros que encontraron en el sur su norte, no sé si me entiendes.

—Se ha convertido en la tierra prometida.

—Así es. Como lo será el oeste también. Despedazado y sin brazos, el sur confederado quedó a merced del mejor postor.

—Tendremos que aunar fuerzas.

—Es lo que piensa André —y el coronel se preguntó si no tendría razón su hijo al ver en Clara un espíritu gemelo.

El joven entró en la habitación abriendo paso a la criada de la cocina, que llevaba una bandeja de exquisitos pasteles de hojaldre y humeantes tazas de té.

—Duma, ¿tú también quieres? —preguntó Clara al ver que sólo había tres tazas.

La mulata sacudió la cabeza ante la expresión pétrea del joven señor, y Clara no insistió para no mortificarla ni molestar a Jean Marc.

—Ten, toma a Alfonsito y dale una vuelta por el porche para que se asolee, siempre es bueno eso en esta época de frío, cuando pasamos mucho tiempo bajo techo.

Duma hizo lo pedido con rapidez y desapareció tras la puerta siguiendo a la criada de *L'Hirondelle*.

—Sigues siendo la joven tierna y sensible que conocí —repuso André con ardor.

—Y tú te olvidas de que la gente del servicio ya no es esclava —comentó ella—. Duma es una valiosa persona que tuvo la desgracia de nacer con un problema en su garganta.

—Está bien, dejemos eso. Ocupemos el tiempo en hablar de algo más interesante que las vicisitudes de nuestros criados. ¿Cómo llevas la vida allá, Clara? ¿Tu esposo ha dado con la clave para conservar Bellaflor?

—Le estaba contando a tu padre que nos visitaron hoy los agentes de tierras del norte.

—¿Ah, sí? —André dejó el platillo sobre el tapete, de pronto interesado en la noticia—. ¿Y qué les ofrecían?

—Vender, por supuesto, al precio que ellos fijen. Jim dijo que no venderíamos.

—Bien por él —se admiró André, a regañadientes.

—Claro que fue un farol para alejarlos, todavía no sabemos cómo haremos para remontar la hacienda, aunque él trajo dos peones y una familia de plantadores.

—¿Eso hizo...? —André elucubraba con rapidez las consecuencias de lo que ella contaba.

—El esposo de Clara tiene en común contigo el afán por levantar esta tierra — dijo Jean Marc.

—Son varias las cosas que tenemos en común —masculló André con intención, pero no pensaba en discutir con su padre, pues toda su atención estaba concentrada en lo que el bastardo hacía; necesitaba estar al tanto, prever las posibilidades y calcular sus propias acciones.

—Quédate a almorzar, Clara —dijo de pronto—. Habrá chuletas de cerdo con puré de manzanas.

—No puedo, Alfonsito tiene que comer dentro de poco.

—Hay leche más que suficiente aquí también. ¿O sólo la vieja Lily puede alimentar al niño?

Parecía una propuesta inocente y al coronel le complacía. Clara tuvo que ceder. Volvería de inmediato al terminar la comida, para que nadie se preocupara en Bellaflor. Había avisado a mamá Sara y a nadie más, y como el señor Morris se alejó para organizar el trabajo de los peones recién llegados, supuso que no le importaría.

Empujó la silla del coronel para salir al porche y ver cómo Alfonsito se reía ante las carantoñas de la muchacha del servicio de cocina.

André se excusó y partió raudo hacia los establos, donde indicó a los gritos que le ensillaran a su alazán. Era el caballo que mejor le servía en las empresas alocadas.

—¡Que me esperen para almorzar! —exclamó en beneficio del cuidador mientras salía al galope.

Se perdió en la pradera que se extendía por detrás de la plantación como un mar de hierbas amarillas.

Mamá Sara sacudía las mantas en el barandal del piso alto mientras miraba con disimulo al esposo de la niña, que acababa de regresar de los plantíos. El hombre controlaba su nerviosismo, sin duda, ya que lo primero que quiso saber fue dónde estaba Clara, y al explicársele que había salido de paseo con el bebé se limitó a alzar las cejas y no respondió. De eso hacía ya más de media hora, y las cosas seguían iguales. El señor Morris se paseaba por el prado fumando un apestoso cigarro que no era de la colección del patrón, y miraba hacia la lejanía, esperando que el carruaje se dibujase en el horizonte. Mamá Sara advertía que aquel hombre no estaba tan errado en cuanto al lugar adonde había ido la niña, puesto que sus ojos se dirigían siempre hacia los dominios de *L'Hirondelle*.

—Zorro astuto —dijo entre dientes mientras zarandeaba la colcha de retazos del derecho y del revés.

Aunque no le caía en gracia, se sentía aliviada de que su ama estuviese a cargo de un hombre capaz de hacerse oír y, sobre todo, temer. Moses le había contado de la visita de los compradores de tierras y supuso, pues no lo sabía a ciencia cierta, que Jim Morris habría sabido disuadirlos de modo convincente. De ahí su apuro por poner manos a la obra con los sembradíos. Algo pasaba entre ellos, sin embargo. Clara dormía en su cama, y aquel individuo vaya a saber dónde, pues el lecho amanecía

revuelto de un solo lado. Ella era sagaz para advertir esas cosas. Quizá él la dispensase mientras amamantaba al niño, aunque eso tampoco estaba claro, ya que Alfonsito bebía la leche de vaca como un ternero y Sara nunca había visto a Clara amamantarlo. Tendría poca leche, como la tuvo su madre, que recurrió a ella como nodriza. Por suerte para Maribel, Sara acababa de tener a su cuarto hijo cuando nació Clara. Fue para ella la niña que no tuvo.

Vio a Moses aparecer en la escena y cambiar unas palabras con el señor Morris. Éste asentía y pisaba el cigarro, aplastándolo a conciencia, como si tuviese a alguien bajo su bota. Mamá Sara sonrió para sus adentros. Ya se podía imaginar a quién trituraba con tanta saña.

Jim ensilló al appaloosa para dar descanso al otro caballo, y enfiló hacia *L'Hirondelle*. Lo que más lo fastidiaba era que Clara hubiese desobedecido sus órdenes. Si en lugar de lidiar con André Levillier le hubiese tocado enfrentarse a una partida de milicianos groseros, ella se las vería en figurillas. Era una insensata y ponía en riesgo al niño, además. Cabalgó en alas del viento, como le gustaba, disfrutando a pesar del enojo de la natural disposición de la raza appaloosa al esfuerzo, gozando de la fortaleza de los músculos que se dibujaban en los flancos del animal, y del cabeceo que denotaba su alegría al ejercitarse en el frío otoño. Lo había llamado en su mente Milky Way debido a su grupa nevada, que le recordaba la leyenda cherokee sobre la aparición de la Vía Láctea en el cielo por primera vez. Sería un digno sucesor de su Sequoyah, Jim lo presentía.

Nadie le salió al encuentro mientras atravesaba los campos de azúcar de *L'Hirondelle*, ni tampoco cuando tomó el camino principal bordeado de castaños. La casa lucía imponente al final de esa senda, con su minarete y su avenida pavimentada de mármol rosa. La plantación debió de haber sido más opulenta que la de Ambrose La Rochelle, sin duda.

Jim desmontó sin aguardar a que Milky detuviese su trote y dejó las riendas en manos de un sorprendido lacayo. Subió de dos en dos y de tres en tres los escalones del porche y golpeó con fuerza la aldaba. El rostro imperturbable de un mayordomo no alcanzó a estorbarle el paso, ni le impidió apreciar que su aspecto era mucho más pulcro que el de Moses.

Se escuchaban risas desde la sala y hacia allí se dirigió. Ante él, una escena doméstica encantadora: Clara sentada sobre la alfombra con un perro de aguas ovillado en su regazo, mientras el coronel sostenía a Alfonsito como lo haría un abuelo, palmeándole los hombros hasta que el niño soltó su aire. Todos rieron, incluida Duma, que contemplaba el cuadro embelesada. Otra criada aguardaba con un improvisado biberón en la mano. La luz que entraba a raudales por el ventanal de cortinas descorridas iluminaba el cabello de Clara junto a la cabeza plateada del coronel. André no se encontraba, pero Jim no creía que se hubiese perdido la ocasión de estar cerca de ella.

—¡Señor Morris! Adelante. Sea bienvenido. Lettie, pon otro plato en la mesa.

Era evidente que el coronel no veía nada malo en esa situación. En cambio, Clara lo miró con cierta duda.

—Jim... —titubeó, dándole la sorpresa de llamarlo por su nombre de pila—, estaba por enviar aviso. Jean Marc insistió para que nos quedásemos.

—Así es —confirmó el hombre—. Clara tuvo la gentileza de devolverme la visita para que Alfonsito y yo nos conociésemos mejor. Es un niño maravilloso. Crecerá como la hierba en estos aires.

—Esperaba encontrarte en casa al llegar —fue la respuesta lacónica de Jim, que le retribuyó el tuteo a propósito.

—Se me hizo tarde, y el coronel no permitió que nos fuésemos sin probar bocado. Espero que no te hayas asustado.

—En todo caso, eso no te detuvo.

Jean Marc percibió de inmediato la tensión y actuó en beneficio de Clara.

—Señor Morris, sepa disculparnos. Hace tanto tiempo que no compartimos un rato así, despreocupado, que nos hemos olvidado de todo. Hasta yo, que soy un viejo, no reparé en la hora. Clara es inocente, ella sólo ha querido entretenerme. ¡Y lo ha logrado! Son pocas las ocasiones de hacerlo en estos días.

Habría debido de ser un insensible o un maldito para desestimar el intento del coronel de hacer las paces, y de todos modos no era el momento de aclarar los puntos, de modo que Jim esbozó una sonrisa ladeada que a Clara le pareció una mueca.

—Mi esposa tampoco tiene noción del tiempo a veces.

—Privilegio de las damas —respondió Levillier con galantería.

Jim se quitó el sombrero y lo dejó en manos del mayordomo, que lo miraba con furia por haberse atrevido a pasar sin anunciarse. Se acercó al grupo y tomó en brazos al niño.

—Éste es el momento más peligroso, cuando hace la digestión —comentó, dando así la excusa para ocuparse de Alfonsito en ese trance.

El coronel rió y en sus ojos brilló algo parecido a la nostalgia.

—Pequeñas delicias de la vida diaria —dijo.

Almorzaron allí mismo a pedido de Clara, que no permitió que hiciesen un despliegue de vajilla sólo por ellos. Con su natural don para hacer sentir a todos a gusto, dirigió la conversación hacia temas que no comprometían a nadie, y centró la atención en las primeras gracias de Alfonso, lo que satisfacía mucho al coronel. Se le notaban las ansias de acunar un nieto, y ella sabía que lo había esperado del matrimonio que nunca se formalizó.

Al cabo de una hora, cuando ya la conversación languidecía y el bebé se había dormido, Clara se puso de pie y solicitó su abrigo. Duma se apresuró a recoger al niño de brazos del coronel y a envolverlo en mantas. La criada había captado el enojo latente en Jim y no deseaba retrasar la partida. Justo en el momento en que salían al porche, apareció André con el cabello revuelto y el rostro enrojecido después de una



furiosa cabalgata.

—¡Cómo! ¿Te vas, Clara? Di orden de que me aguardaran para el almuerzo.

Jean Marc, que se había hecho empujar hacia la salida, comentó con acidez.

—No se hace esperar a una dama, hijo. Sobre todo si hay un bebé de por medio. Los niños tienen sus propios tiempos.

La muda presencia de Jim junto a Clara impidió que el joven respondiese a esa amonestación como hubiese querido. En cambio, actuó con zalamería.

—Por supuesto. ¿En qué estaba pensando? Es que los asuntos de la hacienda me hacen olvidar los horarios. Espero que no sea ésta la única vez que te veamos por aquí, *Claire*.

—Ya hemos hablado de eso con tu padre, y vendré seguido a visitarlo. Alfonsito y él hacen muy buenas migas.

André sonrió satisfecho, sabedor de que esa afirmación no era del gusto del esposo de Clara. Un pequeño triunfo en su haber.

—Que así sea —dijo con suavidad, y tomó la mano de ella para besarla.

Era un gesto de caballero que no habría debido importunar a nadie, salvo por esa sutil tirantez que había en el aire y que todos percibían, incluida la propia Clara, que sentía la furia de Jim como agujas finas clavadas en la piel. Él aguardó a que las mujeres subiesen al coche y luego ató a Milky a la parte de atrás, para montar en el pescante y tomar las riendas. Atrás quedaron la figura del coronel, cubierto de mantas en su silla y escoltado por la criada, y la de su hijo, inclinado indolente sobre una pierna y con una expresión de suficiencia que Jim podía adivinar con claridad.

Al llegar al final de la avenida de castaños, Jim atizó al caballo de tiro y el carruaje voló sobre la pradera que separaba Bellaflor de *L'Hirondelle*.

Pasaron como ráfaga junto a Moses primero, y a mamá Sara después, que los contemplaba azorada y sin saber qué hacer, ni si debía hacer algo. Subieron la escalera hacia el cuarto, Jim sosteniendo a Clara del brazo, ella saltando sobre los escalones para seguirle el paso. Alfonsito en el medio, un bulto quejoso al que nadie escuchaba.

Una vez adentro, Jim cerró la puerta con suavidad y se volvió hacia ella.

—Me sorprende, Clara, que haya podido permanecer en un convento más de veinticuatro horas. La disciplina no es su fuerte, y si de ella dependiera su vida, ya estaría del otro lado del río. Usted toma a risa las prevenciones que debemos tener en estos tiempos, con bandoleros y libertos buscando pleitos. Junto con su cabello, ha perdido el poco seso que tenía. Le dije que me avisara si salía de la casa, y que era preferible que no lo hiciera.

—Le avisé a mamá Sara.

—Que no es lo mismo que avisarme a mí.

—Usted no se encontraba.

—Muy conveniente para su propósito.

—No tengo ningún propósito.

—Eso es lo que pretende que crea, Clara. Sus acciones no pueden ser tan imprevisibles, algo debe de haber en su cabecita pelada.

Mientras hablaba, Jim se despojó de la chaqueta y la arrojó sobre la cama. Luego desprendió los puños de la camisa y enrolló las mangas hasta los codos. Sus antebrazos nudosos y morenos impresionaron a Clara. ¿Qué estaba por hacer ese hombre? ¿Pretendía zurrarla, como si ella fuese una niña malcriada? No recordaba que su propio padre le hubiese puesto la mano encima ni una sola vez. A su pesar, descubrió que el corazón le latía de prisa.

—Señor Morris, usted se empeña en decirme cosas desagradables, y debe recordar que estamos en mi casa.

—Y que soy su esposo.

—¡No lo es! Y Duma ya lo sabe —arriesgó ella.

La expresión del hombre fue indescriptible. Entrecerró los ojos y la clavó en el sitio con una mirada que le aflojó las rodillas.

—Otro intento de sublevarse.

Ya no le cabía duda a Clara de que aquel hombre era un militar, el jefe de una pandilla o algo parecido. De otro modo, no hablaría en esos términos ni daría tanta importancia al deber y a las órdenes. ¿Cuánto sabía ella del señor Morris? Ni siquiera estaba segura de que ése fuera su verdadero apellido. Había confiado, como siempre lo hacía, motivada por la buena voluntad que demostró a bordo del *Lincoln* para protegerlos. Bien podría haber sido una estratagema para apoderarse de... ¿de ella? No, qué podía ver ese hombre en ella, una aprendiz de monja sin pelo y sin encantos para seducirlo. Dios sabía que todo eso era agua pasada, la vida galante y los aderezos femeninos para la conquista. Jim Morris sólo veía en ella a una heredera. Había sido tan ingenua al confiarle su situación y llevarlo a su casa, donde con facilidad podía hacerse de Bellaflor...

—Déme su ropa.

—¿Cómo dice?

—Deje al niño en su cuna y desvístase.

—No lo haré.

—Clara, no me obligue a usar la fuerza.

—Señor Morris, si usted se me acerca...

—¿Gritará? —se burló él.

—Me arrojaré por la ventana.

De algún modo eso no le pareció disparatado, pues lanzó un vistazo al ventanal, que estaba cerrado.

—Deje al niño.

Clara miró a Alfonsito, que había vuelto a dormirse arrullado por la conversación, y lo depositó con dulzura sobre la colcha, al lado de la chaqueta gris del hombre. Si debía luchar por su vida, al menos que el niño se salvara. Antes de que se incorporase, Jim la capturó por la cintura y la empujó hacia el ropero, donde Clara

pudo apreciar la imagen de ambos reflejada en la luna oval. Él sobresalía una cabeza por detrás, y su aspecto rudo contrastaba con su propia figura delicada. Las manos morenas aferraban su cintura abarcándola por completo, y los ojos estaban fijos en ella a través del espejo.

—¿Quiere que la desvista?

Clara tragó saliva.

—Lo creía un caballero.

Jim soltó una risa amarga.

—Nada más lejos de mí. Ahora desvístase o lo haré yo mismo, sin cuidar la ropa.

La mantenía prisionera de su mirada en la luna empañada mientras aflojaba el apretón para darle aire y permitir que se quitase la ropa. Clara sintió una rara sensación, mezcla de excitación y temor. Sin despegar la vista del reflejo, comenzó a soltarse los lazos de la capucha y luego de la chaqueta de terciopelo negro que se había puesto para visitar a los Levillier. Había querido honrar a su padre con el poco luto de que disponía, puesto que su guardarropa contaba sólo prendas de tonos pastel, acordes a una muchacha casadera.

Una vez que la chaqueta cayó, quedó a la vista su blusa de seda bordada. Miró a Jim dubitativa.

—Todo —dijo él, inflexible.

Clara se preguntó por qué le obedecía en lugar de propinarle una patada, tomándolo por sorpresa, y se dio cuenta de que, en el fondo, no creía que él pudiese dañarla de ningún modo. Se reprochó por creer tanto en los demás y empeñarse en ver virtudes donde quizá no las había. Aun así, tenía la convicción de que podía equivocarse con Jim Morris y que él perseguía un propósito loable que a ella se le escapaba.

La blusa se deslizó hacia el suelo y Jim la recogió para apoyarla en su brazo.

—Siga.

Si se quitaba la falda quedaría en camisa y él vería su cuerpo a través del tenue tejido.

—Puede darse vuelta —sugirió con timidez.

—No la veré. Sólo veo lo que quiero.

Esa extraordinaria afirmación despertó la curiosidad de Clara, a pesar del mal momento. Se resignó a terminar de una vez y se quitó la falda y los zapatos. Tuvo un sobresalto al inclinarse y sentir sobre su trasero el regazo del hombre, que no se movía. Todas las prendas fueron recogidas por Jim, que no dejaba de mirar sus ojos en el espejo. Cuando sólo tuvo sobre su piel la última camisola, él se echó al hombro la ropa que ella acababa de quitarse y abrió el ropero para estudiar su interior. Después de unos momentos, arrancó los vestidos uno a uno, y aumentó con ellos la pila que llevaba. Tomó la capotita y la añadió al montón. El ropero quedó vacío, con sus bolsitas de lavanda balanceándose y una sombrilla de paja en una esquina. Sin dirigirle la palabra, Jim abrió la puerta del cuarto y sacó una llave del bolsillo. Clara

se sintió aterrorizada al escuchar el ruido metálico de la cerradura.

—¡Señor Morris! No puede dejarme aquí. ¡Me tiraré por la ventana! —insistió.

Nunca supo si él se reía de esa amenaza. Sólo escuchó el ruido de los tacones de sus botas al descender la escalera. Un rato después, la casa se pobló de los sonidos habituales, como si nada hubiese ocurrido. Clara imaginó que los criados estarían al tanto de todo y que ninguno osaría oponerse a la voluntad de un esposo. Duma era la única que conocía la verdad, y ella no hablaba.

Había conseguido dominarse. Por un instante, Jim temió dejar salir la furia que lo embargaba, pero su control seguía ahí, indemne. Dejar su chaqueta sobre la cama había sido adrede, una manera de obligar a Clara a seguir en contacto con su olor, de recordarle su presencia. Las prendas de un hombre eran proyecciones de su espíritu, por eso él llevó a sus deudos la chaqueta militar de Lobo Blanco. Supuso que Clara encontraría motivos para pensar cuando reparase en su chaqueta, y ese pensamiento la mantendría unida a él.

Jim nunca hacía nada que no tuviese algún sentido. Sin ropas, ella no podría salir del cuarto, ni siquiera por la ventana, como había amenazado. No se mataría tampoco, era responsable por Alfonsito. Por unas horas al menos, habría cierta tranquilidad en Bellaflor, y él podría ocuparse de lo que realmente importaba. Quería establecer relaciones entre la irrupción de los caballeros esa mañana, el hallazgo de las camelias la otra noche, y la inexplicable ausencia de André Levillier durante la visita de Clara.

Esto último, en especial, lo intrigaba.

La tarde languidecía y Clara se encontraba sin saber qué hacer, salvo dormir o jugar con Alfonso, que cuando se hallaba despierto parecía un monito, hacía toda clase de ruidos y movía sus brazos y sus piernas como aspas. Abrió el ventanal y se asomó. La caída del sol restaba tibieza al aire y sintió frío. En la lejanía, donde se vislumbraban los techos de las barracas en medio del tabaco, vio una figura blanca que se movía seguida de otras vestidas de colores. Supo que se trataba de Jim Morris. Estaría dando órdenes, como tanto le gustaba. ¿Se olvidaría de ella? ¿Padecería hambre y frío en su propio cuarto? ¿Y Alfonsito? Dentro de poco el niño haría saber con sus pulmones que era la hora de tomar su leche. Ojalá mamá Sara lo recordase a tiempo. Se imaginó la comidilla de los criados durante su encierro. Dirían que Clara tenía un esposo tirano, o bien que ella lo obligaba a comportarse así con sus caprichos. Las gentes educadas en la obediencia a menudo tendían a justificar los excesos de los patrones.

Reparó en la chaqueta que el señor Morris había dejado olvidada y se dijo que bien podría servirle de abrigo, a falta de otra ropa que ponerse. Metió los brazos en ella y vio que las mangas tapaban sus manos y el ruedo le llegaba casi hasta las rodillas. La arremangó y se abotonó el frente para protegerse del aire helado. Luego se sentó, indecisa. De pronto, recordó el cuaderno de tapas negras y lo buscó bajo la cama, donde lo había dejado la otra noche. Era un buen modo de pasar el tiempo.

Acercó el taburete descalzador a la ventana para aprovechar la última luz del día y buscó el señalador de la última página.

*Esta gente tiene la fe puesta en un jefe al que llaman John Ross y que se halla en Washington intentando lograr una anulación del tratado que la mayoría encuentra vergonzoso. Confían en que el presidente Van Buren les dé la oportunidad que Jackson les negó. Al viejo lo llaman con desprecio “la serpiente”.*

*Todos aquí hablan loas de John Ross, ensalzan su patriotismo, mientras que vituperan a un tal John Ridge, tanto al padre como al hijo, por haber firmado el tratado junto con otros cherokee que ahora se encuentran prófugos y temen por su vida.*

*La anciana india me ha dicho, en una de sus raros acercamientos, que pesa sobre ellos una ley no escrita según la cual si un cherokee vende tierra a los blancos debe morir a manos de los mismos cherokee. Esto afecta a su yerno, uno de los firmantes que no ha huido.*

*Me apena la situación de Rosemary, tan tierna y en estado de gravidez. Es buena madre y fiel esposa, y debe afrontar una dura prueba. Puedo leer la preocupación en los ojos de su esposo. Se ve que por ella no ha huido, por no dejarla sola en su condición.*

*El muchachito es pícaro y sabe granjearse la simpatía de los soldados. Obtiene dulces y a veces lo envían los adultos para que les lleve whisky de contrabando. El general Scott ha prohibido que vendan alcohol en el campo, teme insubordinaciones y peleas, pero hay inescrupulosos que viven a costa de este tremendo traslado y hacen su agosto: los dueños de los vaporcitos, los vendedores de baratijas, los que truecan comida por monedas y hasta pretenden los caballos que esta gente ha traído. Más de uno obtiene pingües ganancias con la estafa, venden gato por liebre o fingen que entregarán lo que luego esconden y venden a otros. Muchos cherokee son gente culta, no se dejan engañar, pero otros están muy necesitados y la desesperación los mueve a entregarse.*

.....

*Se ha pospuesto la partida por orden del general y a pedido de John Ross, que ha regresado sin éxito de Washington, como era de esperarse. Parece que los primeros contingentes que partieron han pasado una verdadera odisea con este calor nauseabundo. Acechan la disentería y la fiebre biliosa, y con razón temen una epidemia. Piensan que será mejor emprender el éxodo con los primeros fríos.*

*El hacinamiento es espantoso, han reunido más gente de la que pueden mantener. Imposible aislar a los enfermos porque no quedan espacios vacíos, duermen apelotonados sobre las mantas. Las provisiones son inadecuadas. Los indios comían*

*de habitual carne, maíz, frutas y legumbres, y aquí sólo les dan cereales y agua malsana. Se han secado los pozos. Comparto mi café y mi pan de la mañana con algunos niños que me siguen a todas partes. El muchachito no, él no acepta nada de mí. Creo que me ve como parte de su familia, quizá porque su madre y yo sostenemos muchas charlas sobre hierbas curativas. Ella sabe lo que su propia madre le ha enseñado, pero la vieja india no quiere hablar conmigo.*

*Es increíble cómo ensancho mi espíritu y mis conocimientos en compañía de Rosemary, descubro la esencia de los males del cuerpo y también la manera misteriosa en que la naturaleza aporta los remedios. A cada mal, un remedio, y los “cherokee medicina” los conocen todos.*

Clara dejó el libro sobre su regazo y quedó pensativa. ¿Sería gracias a esa circunstancia fortuita que su padre poseía el don de curar? Porque a menudo había escuchado a los pacientes que le agradecían con efusividad: “Doctor, usted sabe ver donde otros no ven”.

¿Era posible que su padre hubiese adquirido un conocimiento paralelo que reforzaba el de la escuela de medicina? Clara sabía que era un médico reputado y que los enfermos viajaban leguas para verlo, así como él se trasladaba muy lejos otras veces para atenderlos.

Aunque no conocía a ningún cherokee ni había visto un indio en toda su vida, lo poco que estaba leyendo acerca de su destierro le causaba pena. Ignoraba que un pueblo como ese hubiera sido arrancado de su tierra para ser llevado a otra tan distante. Se preguntó cómo habría vivido Rosemary esa odisea, y si su bebé habría nacido bien. Miró a Alfonsito, que ya renegaba por el atraso en su comida. Acercó su rostro y sopló sobre su naricita.

—Te pareces un poco al niño de Rosemary —le dijo Clara—. También te has visto obligado a un largo viaje apenas nacido. Espero que el bebé de esta historia sea afortunado como tú, y cuente con brazos amorosos que lo acunen.

El ruido de la cerradura la conminó a ocultar el cuaderno y a acurrucarse junto a Alfonsito.

Mamá Sara entró portando una bandeja y el biberón.

—Órdenes de su esposo, mi ama —le dijo en son de disculpa.

Las primeras sombras envolvieron en la melancolía al coronel Levillier. Había conocido un momento de auténtica alegría conversando con Clara y recordando los tiempos felices en que se visitaban unos a otros. Muchas veces le había tocado llevarla en su propio carruaje, o en la grupa de su caballo cuando anochecía y ella quería volver a su casa para no dejar a su padre solo. André siempre protestaba entonces, era despótico y deseaba tener a Clara sólo para él, no entendía que ella pidiese volver junto al padre en lugar de quedarse y amanecer en *L’Hirondelle*. A decir verdad, el hijo de hoy se parecía bastante al de aquel entonces, un tiranuelo acostumbrado a hacerse obedecer. Mary Ann no había podido lidiar con él, y las

institutrices le duraban poco. Era insólito que un padre militar no hubiese logrado una mejor conducta, pero lo cierto era que André reflejaba el carácter que el propio Jean Marc había tenido en su juventud.

—La rama sale al tronco —se dijo con ironía.

El motivo de sus preocupaciones acababa de regresar de su paseo nervioso y excitado, como si esperase algo o a alguien. Jean Marc sabía que preguntar sólo lo alejaría más, así que se limitó a permanecer callado en su compañía. Al cabo de un rato, fue recompensado con un comentario al pasar:

—Tipo raro el esposo de Clara, ¿no lo crees, padre?

—Es callado, pero lo encuentro muy capaz de llevar adelante la plantación. Parece saber lo que hace.

—No finjas que no reparaste en que es indio.

—Era proverbial la presencia de los cherokee en la Thomas' Legion, si es lo que quieres decir. Supongo que el señor Morris será, cuando menos, mestizo.

André soltó una risa baja.

—Y no te importa.

—En otro tiempo me habría importado. Ahora, luego de haber combatido en la misma guerra y a punto de perderlo todo, es la menor de mis preocupaciones. Clara estará bien protegida, y se la ve feliz con su hijo.

—El pequeño bastardo es igual a él.

—André, te ruego que no hables en esos términos.

—Cuando te casaste con *maman*, ¿estabas enamorado de ella? Quiero decir si sentías la sangre bullir en tus venas y la impaciencia en tus manos. ¿Anhelabas poseerla como si fuera la última cosa en tu vida? ¿Pensaste que preferías morir antes que no tenerla?

El rubor tiñó los pómulos de Jean Marc. No había sentido tales efluvios de pasión. El amor por Mary Ann había sido el remanso de un cortejo galante y la dulce compañía femenina, conversaciones a la luz de los faroles en el jardín de invierno de la familia de ella. Muy correcto y previsible todo. Luego, en el campo de batalla, le había tocado ver escenas desgarradoras de hombres que por las noches lloraban sobre la fotografía de su amada. Se dijo entonces que la autoridad de su rango le impedía caer en esos excesos, mas al ver a su hijo consumirse en las llamas de un amor frustrado, entendía que él no era capaz de semejante arrebato. Quizá André heredase eso de su madre, y tal vez aquélla fuese la razón por la que su esposa nunca fue feliz del todo, su corazón ansiaba algo que él no era capaz de darle. Aun así, habría dado la vida por ella cuando enfermó. “La tristeza provoca la enfermedad a veces”, le había confiado Ambrose cuando auscultó a Mary Ann y diagnosticó lo peor. A Jean Marc le sorprendió esa referencia que sonaba a magia o superstición, y no le dio mayor importancia porque estaba abrumado por la noticia.

—Esta noche no me esperes a cenar, saldré por un rato.

—¿Adónde? No hay mucho que hacer en estos días.

—Antiguos camaradas de armas me requieren.

—Si en algo cuenta mi opinión, André, sé prudente. Hay tropas de la Unión por todas partes.

—No les temo, padre. Al contrario, me gustaría medirme con ellas si se presentara el motivo.

—¡Insensato, no sabes lo que dices! —bramó el coronel, más allá del límite de su paciencia.

André rió como si guardase el secreto de algo que cambiaba el estado de cosas.

—Tranquilo, papá. Tampoco soy un idiota. Sé cuándo mantenerme en las sombras.

La referencia inapropiada molestó a Jean Marc, que no obstante evitó retrucar a ese hijo díscolo que cada vez se le antojaba más desconocido.

“Mi propio hijo es un misterio”, reflexionó, abrumado.





## CAPÍTULO 6

En su despacho de la Mansión Ejecutiva, el presidente Ulysses Grant degustaba la hiel de su segundo mandato. Estaba visto que lo suyo era el coraje en el campo de batalla, pues en materia de administración y economía sus decisiones gozaban de tanta impopularidad como populares habían sido las estrategias aplicadas durante la Guerra Civil. No veía la hora de alejarse junto a su familia a las salvajes playas de Cabo Cod en la costa este. La tranquilidad de esos pueblecitos marinos sería un bálsamo para su atormentada gestión.

Por más que la historia reciente le hubiese otorgado el mote de “Grant, Rendición Condicional” a raíz del asedio de Vicksburg y la batalla de Gettysburg, la opinión pública y sobre todo la prensa lo hostigaban por sus desaciertos en el gobierno. Había que afrontar los hechos, sin embargo, del mismo modo que encaró las osadas estrategias durante la guerra, y resolver la grieta que socavaba las entrañas de la nación.

Se levantó de su sillón imperial y se asomó por la ventana que daba a la avenida Pennsylvania por donde había desfilado el ejército victorioso de la Unión, gracias a su providencial intervención en la contienda. El clima borrascoso añadía un toque de amargura a una jornada que había resultado espinosa. Su secretario y mano derecha para los asuntos no oficiales acababa de darle una infausta noticia. Pese a todos los esfuerzos del gobierno, habían surgido espectrales amenazas en los estados rebeldes: sociedades y cofradías que enarbolaban la idea de la “supremacía blanca” y pretendían mantener al negro en su sitio. Lo vigilaban, le impedían participar en política, controlaban su voto, y así impedían la asimilación que proclamaban los republicanos. Sobre la carpeta de su escritorio tenía la prueba fehaciente: un pliego donde, con letra gótica y en lenguaje críptico, se convocaba a la asamblea de una hermandad misteriosa, una de las sectas que brotaban como pimpollos en el pantano del descontento de los sureños, que se resistían a aceptar el resultado de la guerra y rechazaban los intentos de incorporación del norte por considerarlos vejatorios de la identidad del sur. Por fortuna no eran la mayoría, y Grant sabía que en Virginia existían muchos ciudadanos deseosos de reparar el daño causado por la secesión. Los especuladores, sin embargo, siempre lograban obtener ventajas, sobre todo si los acicateaban los intereses. Los grandes territorios devenidos improductivos eran tentadores, y si a eso se le sumaba cierto fanatismo de los que añoraban los tiempos dorados, ya tenía la clave para el nacimiento de esas sociedades secretas y maléficas. De poco habían servido las Leyes de Fuerza de los años anteriores para contener la violencia desatada.

Se pasó la mano por la frente y suspiró.

—¡Ojalá pudiera ponerle punto final a esto y cumplir los planes de Lincoln de una buena vez!

Asuntos como ése interferían con el proyecto de la dura Reconstrucción. A él no se le escapaba que la abolición de la esclavitud había sido una especie de emblema, y que el verdadero enfrentamiento era entre dos modos de vida incompatibles. El norte se había vuelto próspero con sus minas de carbón, sus fábricas de acero, sus bancos y sus industrias, y aquel sur nostálgico y feudal no tenía cabida en el mundo que se avecinaba. Había que rendirlo. Visto así, la guerra había sido la única alternativa.

Llamó a su secretario y se sentó de nuevo a contemplar el pliego. Todos los nombres debían de ser ficticios, de allí no sacaría nada en limpio, aunque si se esforzaba en enviar al lugar las personas adecuadas quizá pudiera desentrañar la identidad de los cofrades.

—¿Señor?

—Ven a darme una mano. Anota en un papel los nombres que reconozcas como buenos ciudadanos de Richmond, alguien en quien podamos confiar. Se la enviaremos al gobernador de Virginia.

—¿Ahora, señor?

—Ya mismo. Toma la pluma y piensa como si de ello dependiera tu vida. La de varias personas está en juego.

Mientras el joven secretario garabateaba en el papel, Ulysses Grant se echó atrás en el sillón y cerró los ojos. Enviaría refuerzos de tropas federales a esos puntos, y si hacía falta derrocar a algún gobernador demócrata lo haría, por más que tuviese que inventar la causa. En su mente desfilaba mientras tanto otro tipo de escritura, unas memorias de la guerra que estaba ansioso por narrar.

Si sobrevivía a su segunda presidencia, por Dios que lo haría.

Jim cenó escoltado por los criados, que lo miraban como si fuese el ogro del castillo. La sopa le supo amarga y hasta pensó que la habrían envenenado. Las calabazas estofadas estaban duras, y la excusa para obviar el postre fue que los huevos habían resultado con galladura. Así pues, se conformó con un café de malta y un cigarro que Moses se limitó a dejar sobre la mesa, sin tener la deferencia de encendérselo. Hizo de tripas corazón y comió hasta la última migaja, empeñado en disimular el disgusto que sentía. Su asunto no era con ellos sino con Clara. Se imaginó que estaría hecha un mar de lágrimas, y saboreaba el momento de entrar al cuarto y devolverle la ropa, para demostrarle que era él quien decidía sobre su vida en la plantación, al menos mientras dependiese de su ayuda.

Moses lo aguardaba en el vestíbulo para consultar sobre los horarios de la guardia. Habían habilitado a dos de los peones para secundarlos, de manera que estaban algo más relajados.

—He decidido que debes renovar tu uniforme —le lanzó Jim como al descuido, antes de subir la escalera—. Mañana dispondré un dinero para comprar otra chaqueta y una camisa con cuello y botones.

Sin atinar a responder, el mayordomo hinchó el pecho con satisfacción al quedarse a solas. El nuevo amo sabía cómo hacer las cosas. Su corazón se balanceaba

de manera ambigua, por momentos lo detestaba, y otras veces le cosquilleaba una incómoda lealtad hacia el esposo de la niña.

Jim dio vuelta la llave y entró al cuarto. La penumbra indicaba que Clara dormía. Avanzó hacia el lecho cubierto por el dosel y cuando estaba a punto de abrir la puerta ventana para ocupar su sitio habitual una silueta erguida lo sobresaltó. Por instinto sacó su cuchillo, justo a tiempo de ver que se trataba de ella, Santa Clara. Vestida con su hábito de novicia, llevaba en sus manos un librito de oraciones y un rosario, y en apariencia se encontraba rezando. La luna daba de lleno en su rostro y resaltaba el tono celestial de sus ojos, que lo miraban con serena aceptación. Nada de lágrimas, ni súplicas, ni reproches. Una imagen de otro mundo. Jim tuvo que admitir que estaba impresionado.

Guardó el arma en su cintura y la contempló de arriba abajo.

—Olvidé quitarle eso.

Clara esbozó una sonrisa pequeña.

—Dios sabe por qué hace las cosas. Y yo agradezco que me haya privado de toda mi ropa mundana, señor Morris. Ahora veo con claridad que ésta es la vestimenta que debo llevar. Por un momento lo olvidé.

Ante el silencio de él, prosiguió:

—Encontré el regalo de Sor Manuela en el fondo del baúl. Fue una especie de revelación. Cuando no tuve nada, de golpe lo tuve todo —y extendió hacia Jim el librito de tapas nacaradas.

Él pensó que jamás entendería los razonamientos de ella. Sacaba conclusiones sin sentido y respondía a preguntas nunca formuladas.

—¿Dormiré con eso puesto?

—Abajo llevo una especie de enagua, bastará.

—Clara, usted se empeña en vestirse de monja cuando no lo es. Quiere convencerse de algo de lo que no está segura. Si de verdad fuese un alma religiosa, no necesitaría de ningún símbolo, como tampoco yo lo necesito.

—¿Usted? ¿Por qué habría de ostentar símbolos un hombre de negocios de Tennessee?

Jim apretó los dientes hasta hacer crujir su mandíbula. Había cometido un desliz.

—Todos tenemos símbolos que mostrar —adujo evasivo.

Clara, sin embargo, había dado con un tema que despertó su curiosidad.

—Señor Morris, poco y nada me ha contado de su vida en Tennessee. ¿Vive allí su familia? ¿Está... está casado?

Él la miró con una chispa burlona en sus pupilas.

—Otra cosa que no necesito, Santa Clara. Los hombres nos satisfacemos sin requisitos previos.

—Ah... Se trata de esa clase de hombres, entonces.

—¿Qué clase? Todos los hombres, incluido su bienamado André, recurren a mujeres que no piden garantías para dar placer.

Hasta bajo el pálido resplandor lunar podía advertirse el rubor intenso en las mejillas de Clara.

—Es grosero a propósito, señor Morris. Me ofende y me ataca porque se está defendiendo de mí, y yo no le deseo ningún mal, sólo preguntaba por cortesía y porque me interesa la vida de las personas. Si no quiere conversar conmigo no se preocupe, que no lo importunaré. Sólo soy una novicia de cabeza pelada y hueca, como bien dijo —y la joven se volvió hacia el lecho, dispuesta a descorrer el velo de tul.

Jim la sujetó del antebrazo y la atrajo hacia él con furia.

—No me eche en cara mis palabras, Santa Clara. Tampoco se muestre tan inocente. ¿Acaso no sospecha de mis intenciones desde que llegamos a Bellaflor? Piensa que estoy a su lado por interés.

—¿Có... cómo lo supo? —se descubrió ella.

—Subestima mis capacidades, y también ignora que habla hasta por los ojos.

Clara se sintió cohibida.

—Me arrepiento ahora de haber pensado eso. Su conducta de hoy me hizo dudar, pero veo que me equivoqué, debí de haber seguido mi intuición, que me dice que es usted un buen hombre y que guarda secretos que no desea contar.

Jim iba a replicar y de pronto quedó prendado de su mirada celeste y límpida. Clara no había forcejeado para librarse del apretón ni intentaba alejarse de él, se dejaba capturar como si no esperase nada malo de un hombre desconocido. Era hora de darle una buena lección. Tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo, y cuando la vio abrir los labios para decir algo, estampó en ellos su boca caliente, enlazó su cintura con los brazos y casi la fundió en su vientre mientras su lengua entraba con descaro en la intimidad de Clara y acariciaba el interior de sus mejillas y el borde perlado de sus dientes. El beso duró segundos, fue violento y posesivo, y al retirarse de ella tuvo que sostenerla para que no se derrumbase. El librito de oraciones había caído al piso entre ambos, y el rosario quedó enganchado en la hebilla del cinturón de Jim. Él lo desenredó con cuidado y se lo colocó entre los dedos. Luego, cerró las manos de la joven como si la impulsase a continuar rezando.

—Siga con lo suyo, Santa Clara. Aquí tiene su ropa y el beso de un hombre, para que pueda decidir su camino. No puede hacerlo con sinceridad si no conoce lo que deja atrás.

Abrió el ventanal como tenía previsto, extendió su manta y se echó a dormir, como si no hubiese ocurrido nada extraordinario.

El corazón de Clara latía como un potro desbocado. A la indignación del arrebato se sumaba el torbellino de sensaciones que el beso había desencadenado. Los de André quedaban empobrecidos en su recuerdo ante el beso de Jim Morris. Ella no pensó que fuera posible ser besada de esa manera tan absoluta e indecente. Se tambaleó hacia el lecho y se acurrucó tras el velo del dosel. El perfil de Jim se recortaba sobre el bosque iluminado por la luna. Un gigante dormido.

Clara se tocó el labio hinchado, y elevó una plegaria para que la Virgen la protegiera en lo sucesivo de sensaciones pecaminosas como la que había sentido momentos antes.

Tampoco Jim había resultado indemne del beso. Todo su ser latía de ansia contenida. El tacto de Clara fue como lluvia fresca después de una jornada de calor agotadora. El sabor de su boca, su lengua inexperta, el modo en que se plegó a sus deseos, lo dejaron con ganas de seguir explorando su suave interior. Había querido enrostrarle su ingenuidad y temía, en cambio, haber probado el néctar del fruto prohibido. Cuando viajó al Río de la Plata y desarrolló su plan de venganza, Pequeña Brasa había sido una inoportuna distracción, pero ahora él estaba en su terreno, volvía victorioso y dispuesto a seguir adelante con su vida. Ahora, Colibrí Dorado no era un obstáculo sino una posibilidad cierta. Eso le causaba una gran zozobra.

Los primeros ronquidos le permitieron relajarse. Ella dormía. Quizá esa noche pudiese conciliar, por fin, el sueño reparador que su espíritu necesitaba.

Las gotas de lluvia rebotaron en el cristal como piedrecillas. Jim giró sobre sí como un gato y permaneció al acecho, escuchando. La luna había recorrido el cielo y todo estaba en sombras. El silencio era absoluto. Con sigilo retiró la pistola de su cinto y soltó la pernera donde escondía el cuchillo. A lo lejos, advirtió una luminosidad suave. Fuego.

Sin dudarle, saltó el barandal y cayó sobre el primer alero del techo; de allí corrió agazapado hasta las ramas de un manzano que le ofreció el soporte para alcanzar el suelo. Ya Moses salía de la casa armado con dos de los rifles del patrón. Le arrojó uno y ambos hombres corrieron al amparo de los árboles rumbo a los barracones. Las plantas desmadradas del tabaco cubrieron sus siluetas hasta que llegaron al sitio donde ardían las chozas de los plantadores. Las llamas, amortiguadas por la lluvia que había empezado a caer con más virulencia, iluminaban los ojos despavoridos de los niños de la familia que habitaba la primera vivienda, dos pequeños de seis y ocho años. Jim tiró de ellos y los sacó de allí, mientras buscaba con los ojos al resto. Entró cubriéndose la nariz para evitar que el humo acre lo ahogase, y en medio del incendio comprendió que los pobres muebles de madera habían servido para alimentarlo. Ni siquiera las miserables cortinas de lona con que aquellas gentes cerraban sus ventanas se habían salvado. Tampoco veía a los moradores. Se dirigió hacia la otra choza y, al ver a Moses haciendo señas desesperadas, temió lo peor. Al llegar encontró a la madre de los niños, una africana esbelta y hermosa, que lloraba de rodillas junto a un bulto. La sacó a empujones y luego tiró de aquel montón hasta ponerlo a resguardo del fuego. Una vez alejados del dantesco cuadro, comprobó que el bulto era el esposo de la mujer, que había sido golpeado con saña y atado de pies y manos a la silla que le sirvió de tálamo. Jim cortó con su cuchillo las cuerdas y sostuvo la cabeza ensangrentada.

—¡Rápido! —ordenó a Moses, que estaba agachado junto a él—. ¡Trae agua del pozo!

El herido abrió los ojos no bien sintió el frescor del líquido, y miró a su alrededor con ojos turbios, sin duda buscando a su esposa y a sus hijos.

—Todos están bien —lo tranquilizó Jim, y de inmediato—: ¿Quién inició el fuego?

Al darse por sentado que había sido intencional, aquel hombre no dudó en hablar.

—Capuchas blancas, señor, con cuernos. No me dijeron nada, me golpearon y me ataron. Mala gente, señor, muy mala.

La mujer lloraba y abrazaba la motuda cabeza del esposo. Jim decidió que era prioritario apaciguar su miedo antes de seguir indagando, y ordenó a Moses que habilitase el granero para que pasaran el resto de la noche hasta que se preparara una nueva vivienda. A esas horas la lluvia arreciaba, y no fue necesario apagar el fuego con urgencia.

Uno de los dos peones que montaban guardia en las cercanías de la casa se había puesto al servicio del patrón y trasladaba las pocas cosas que pudo rescatar al nuevo dormitorio de la familia. Del otro hombre no se sabía nada.

—¿Qué ha pasado? —se oyó decir a través del fragor del fuego y de la tormenta.

Jim descubrió a Clara bajo la lluvia, con su túnica empapada cubierta por la chaqueta del ejército, que le llegaba a las rodillas. Llevaba de la mano a los hijos del matrimonio negro. Los pequeños se aferraban a ella con todo su ser.

—Ya que está aquí, lleve a los niños al granero. Hoy dormirán ahí.

—Es muy frío para ellos. Dormirán en la cocina de mamá Sara, le avisaré que encienda el fuego. Mire, están escaldados.

Aquellos mocosos daban pena, flacos como lagartijas y con las livianas ropas pegadas a sus cuerpecitos. Jim prefirió no contrariar a Clara, después de todo estaba acostumbrada a lidiar con las necesidades ajenas. La miró correr con los pequeños hacia la parte de atrás de la casa, donde ya se veía el resplandor de las luces encendidas. La silueta del granero se alzaba como la giba de un monstruo en la oscuridad.

Luego interrogó al peón.

—¿Tu compañero? ¿No estaba de guardia también?

El hombre se mostró esquivo en la respuesta.

—Tenemos diferentes zonas de vigilancia. No lo he visto, patrón.

Jim sospechaba que aquel tipo habría sido de gran ayuda para los incendiarios. Faltaba conocer las razones del ataque, aunque en su cabeza ya aparecían algunas.

—Bien. Si lo ves, que se presente ante Moses, que él me dará aviso.

—Sí, patrón.

De las chozas sólo quedaba una montaña de maderamen chamuscado, todo había sido devorado por las llamas. Las barracas no eran gran cosa y no costaría mucho reconstruirlas, lo que lo preocupaba era que sucedieran más actos vandálicos en los días siguientes.

Sobre todo después de que, removiendo escombros, encontró los pétalos sucios

de una enorme camelia blanca.

Todos se habían reunido en la gran cocina, a la luz de una lámpara de petróleo y al calor de la chimenea. Mamá Sara revolvía en la marmita los restos del guiso, mientras Duma llenaba hasta el borde dos vasos de leche fresca. Clara frotaba los cuerpos de los niños con una manta, en tanto les susurraba palabras tranquilizadoras. Los pequeños nunca habían entrado a la cocina, ni siquiera para pedir galletas como acostumbraban otrora los hijos de los esclavos, de manera que todo les parecía extraordinario: la vajilla de porcelana, el fuelle para atizar el fuego, la mesa con sus cacharros y las gallinas que, espantadas por semejante alboroto, habían sobrepasado los límites de su corral. Mamá Sara las ahuyentó a escobazos y los niños rieron, tapándose las bocas.

—Cuidado —les dijo Clara, para incentivar esa alegría—, que nos puede dar a nosotros también si no tomamos la leche de Lily.

El mayor de los dos le respondió suelto de cuerpo:

—A mí no, porque soy fuerte y no me asustan los palazos. Ya me hice duro con eso.

Clara lo miró con la pena desbordando sus ojos claros.

—Nadie te dará de palos mientras estés acá, Salomón. Y tampoco a tu hermano.

Chispa, como le decían al más pequeño, adoptó la misma pose orgullosa del mayor, y los huesos de las costillas sobresalieron cuando hinchó el pecho.

—Mí soy fuerte también.

—Querrás decir “yo” soy fuerte —lo corrigió Clara con ternura, y le pellizó el cachete.

Los dos estaban encantados con ella. Por más que su madre fuese buena y los atendiese, estaba siempre demasiado ocupada para bromear, y en las distintas casas donde habían vivido todo era aguantar coscorriones y esconder mendrugos de pan en los bolsillos para que los otros niños no se los quitaran. Allí no había más niños que ellos, y eso les daba cierta ventaja. Por eso se desilusionaron un poco cuando Duma apareció llevando a un bebé en brazos. La señorita buena era un hada, se desvivía por todos, incluso por ese somormujo llorón al que acunaba como si fuese el hijo de un rey.

—¿Es tu hijo? —le preguntó Chispa sin tapujos.

El hermano le dio un codazo que lo dobló en dos, a lo que Clara reaccionó de inmediato.

—¡Salomón! Nunca hagas valer tu fuerza con alguien más pequeño y débil, eso está mal.

La regañina la salvó de responder, y para consolar a Chispa le dio a escondidas una de las tortitas de mamá Sara. A la vieja criada no se le escapaba nada de lo que sucedía, y si hacía la vista gorda era porque así lo deseaba; por ejemplo, veía con claridad que su ama llevaba puesto un hábito y encima la chaqueta del patrón, que su cabello estaba más aplastado que nunca y que el señor Morris, que acababa de entrar,

no le quitaba la vista de encima, como si fuese una pantera y quisiera engullirla.

—Sus padres ya están instalados —anunció Jim a los hermanitos—, y si quieren dormir junto a ellos esta noche pueden hacerlo.

—¿Cómo está la cabeza del señor? —quiso saber Clara mientras daba el biberón a Alfonsito.

—Le dolerá por un tiempo, pero sanará. Tiene contusiones y una pierna dislocada.

—¿Puedo verlo?

—Ya me ocupé de limpiarle la herida y de vendarlo también. Mejor ocúpese de éstos —y señaló a los niños.

—Mamá Sara les dará guiso y luego dormirán aquí adentro. Creo que será mejor también para los padres, así podrán acompañarse el uno al otro.

Jim asintió. La madre había dicho lo mismo, deshecha en lágrimas de agradecimiento hacia la señorita blanca que con tanto tiento había separado a sus hijos del espectáculo del padre maltratado.

—Dios la puso en nuestro camino —le había dicho—, como a los ángeles.

Jim no respondió. También el Gran Espíritu había puesto a Clara en su camino, o más bien se la había arrojado como si fuese un dardo envenenado.

Temía que hubiese dado en el blanco.

Sin comentar por el momento nada sobre la camelia blanca, dio unas vueltas para verificar que no hubiese otros daños, y por fin irrumpió de nuevo en la cocina para ver cómo se desandaba Clara con los niños. Cada vez que la veía, entendía menos por qué esa joven bella se empeñaba en hacerse monja. Ayudar a los necesitados no requería de promesas de celibato ni de salmos. Algo más había en la decisión de Clara, y él lo averiguaría, así tuviese que usar su magia para ello.

—¿Desea algo de comida, señor Morris?

Aunque el episodio le había quitado las ganas de todo, no quiso desairarla, en especial porque ella intentaba hacer las paces luego del beso. Y le ahorraba tener que disculparse.

—Sólo un vaso de leche.

—¿Vieron, niños? Si toman toda su leche, cuando crezcan tendrán los músculos del señor Morris.

Los pequeños miraron con atención al hombre, evaluando si valía la pena el esfuerzo, y Chispa volvió a meter la pata.

—¿Cómo sabes que tiene *muslos* si está vestido?

—Bueno, acá se habla mucho y se come poco —intervino mamá Sara, y golpeó con el cucharón sobre la mesa, salpicando la salsa del guiso.

Los hermanitos se acomodaron uno junto al otro y con torpeza tomaron sus cucharas para hundirlas en los cuencos que acababan de servirles. La cocina desprendía un apetitoso aroma a estofado y a leña recién quemada. Jim se ubicó en un extremo de la estufa, con un pie sobre el muro de ladrillos. Clara le alcanzó el vaso



repleto de leche fresca.

—Puedo entibiarla si quiere.

—No me confunda con Alfonsito. ¿O piensa dármele en biberón?

Sus ojos se encontraron, maliciosos los de él, dubitativos los de ella. Al comprobar que Jim le gastaba una broma, Clara sonrió con picardía. Le alivió darse cuenta de que aquel beso no había roto la débil relación que había entre ellos. El hombre era así, impulsivo, pensó, y luego la reflexión lo encarrilaba. Ella también obraba de manera arrebatada a veces, no debía juzgarlo mal por eso.

Duma hizo eructar al bebé y lo llevó de vuelta a su cuna, en tanto mamá Sara separaba un tazón de guiso para Moses, que había ido a cambiarse de ropa.

—Con la poca que tiene... —rezongó.

Jim la escuchó y aprovechó para impartir algunas órdenes.

—Mañana haremos una lista de lo que se necesita, incluida ropa. Todos debemos tener mudas de repuesto para imprevistos como éste. Y quiero que mediten bien sobre las urgencias. No podemos darnos el lujo de viajar varias veces. Clara, iré de nuevo a la ciudad en el carro, ustedes quedarán bajo la vigilancia de Moses y Jeremías.

—¿Quién es él?

—El peón contratado. Dormirá cerca de la casa en estos días.

La autoridad que emanaba de la voz de Jim no dejaba resquicio para dudas, pero Clara se atrevió a formular una:

—¿Cómo cree que se produjo este incendio?

Era lo que él no deseaba comentar, y no lo hizo.

—Quién sabe. Suele haber incendios donde la madera abunda.

Dejó el vaso vacío sobre la repisa de la estufa y salió sin saludar a nadie. Los niños lo miraban con las cucharas en alto.

—Es un cabrón —murmuró Chispa al oído de su hermano, que contuvo la carcajada.

Clara lo siguió hasta la puerta que daba al patio de las gallinas.

—Señor Morris, si hay algo que yo deba saber...

—Que el dinero escasea, Clara, tómelo en cuenta al hacer su lista.

Y desapareció en la oscuridad rumbo a los establos, sin duda para echar el último vistazo a sus amados potros.

Desde la noche del incendio, Jim desplegó una formidable disciplina de trabajo. Se levantaba al alba y, secundado por el peón que les quedaba, se adentraba en los bosques para cortar la madera que necesitaban para levantar nuevas barracas. Llevado por su conocimiento de las aldeas cherokee, enseñó a Jeremías a construirlas al uso indio, amasando barro y mezclándolo con paja hasta lograr una argamasa que rellenaba los espacios entre los tablones; hicieron el techo con cañas atadas entre sí, y dejaron un hueco en el centro para disipar el humo de los fogones. Moses acarreaba los materiales en una plataforma hecha de ramas y cuerdas, enganchada a uno de los caballos. Dividía su tiempo entre la casa y los campos, y le tomó el gusto al descanso

vespertino, bebiendo café en vasos de estaño. El señor Morris resultó ser un patrón exigente que se exigía ante todo a sí mismo, y esa actitud fue limando el encono del viejo criado.

Además, Jim parecía confiar en él.

—¿Qué se sabe del peón prófugo, Moses?

—Nada, señor. Como si el viento se lo hubiese llevado. Lástima que no pude verlo antes, por si lo conocía de alguna parte.

—Está bien. Jeremías sí lo conoció, él puede darnos el alerta.

Y así seguían las cosas, tratando de llevar adelante las tareas entre todos.

Otro tipo de actividad se desarrollaba en el interior de la casa. Clara había decidido trasladar a Duma a una habitación del piso alto para que estuviese siempre cerca de Alfonsito. A fin de evitar que mamá Sara se sintiese vulnerada en sus necesidades, contrató a Selva, la madre de los niños, como ayudante en la cocina.

—Tendrás techo y comida al igual que tus hijos —le aseguró—, y cuando empiece a rendir la cosecha, se te pagará.

La mujer aceptó encantada. Podía dormir junto a sus hijos al calor del rescoldo, y durante el día ver a su marido, que se reponía de las heridas. Pronto el hombre quiso ser parte de la reconstrucción de las barracas, y se fabricó una muleta con una rama de sauce para desplazarse con rapidez. Tenía habilidades como carpintero y conocía el arte de herrar, así que Jim le encargó que pusiese en marcha la forja. Se necesitaban útiles de labranza que no estaban en condiciones de comprar. Aun así, el dinero era tan escaso que Jim encaró a Clara sin miramientos:

—¿Qué hay en Bellaflor que se pueda vender? Hacen falta provisiones.

—¿Vender? —se conmocionó la joven—. Ya casi no queda nada, después de los despojos.

—Siempre se puede prescindir de algo. En esta época, los lujos son para los que pueden dárselos.

—¡Ya quisiéramos lujos! Lo único que me queda son recuerdos, como la alfombra del consultorio de mi padre.

—Moses —dijo Jim dirigiéndose al criado, que acababa de llegar—, ¿sabes de algún tendero interesado en una alfombra de estilo?

El mayordomo evitó mirar a Clara cuando respondió.

—Es una alfombra muy buena, patrón, hilada por los turcos. Así decía siempre mi amo, para reírse un poco. Supongo que no faltarán compradores.

Aquel comentario no hizo sino exasperar más a Clara.

—No va a vender esa alfombra, señor Morris, cualquier cosa menos ésa.

La alfombra de Ambrose se convirtió en ese mismo instante en un desafío para Jim. Si dejaba que Clara se saliese con la suya perdería el control de la reconstrucción, y si eso sucedía Bellaflor se perdería para siempre.

—Lamento que signifique tanto —dijo con sequedad—, porque me la llevaré cuando vaya de compras esta semana. Eso sí, sacaré buen precio por ella, téngalo por

seguro.

También Clara podía ser obstinada, como supuso Jim. La joven se cuadró ante la puerta del consultorio con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Aquí no entra nadie más que yo —sentenció.

Él esbozó una sonrisa ladeada que acicateó el carácter de Clara. Se sorprendía de la facilidad con que aquel hombre la obligaba a contener su humor, ponía a prueba su santa paciencia, que era proverbial en el convento.

—Tenga cuidado —le advirtió Jim—, porque luce como una verdadera mujer cuando se enoja.

Ella se quedó de una pieza mirando su espalda mientras él se alejaba. No sólo la contrariaba en todo lo que podía, sino que además la insultaba. ¿Verdadera mujer? ¿Es que no lo era?

Dedicó el resto del día a impartir directivas en la casa, intentando no cruzarse con Jim en ningún momento. Sentirse iracunda era impropio de ella y no le gustaba.

Por la noche, cuando debían compartir el cuarto para guardar las apariencias, Clara procuraba dormirse antes de que él subiese, y si no lo había logrado se enfrascaba en la lectura del diario de viaje para fingir desinterés por la persona de Jim Morris.

Él jugaba siempre una baza para distraerla, sin embargo. A veces era un comentario sobre el trabajo en el campo; otras, la mención de la conducta de los hermanitos allá abajo; las más, se trataba de observaciones acerca de Alfonsito: cómo aumentaba de peso, si le había crecido el pelo o si parecía un niño sobremanera listo. Esto último siempre conseguía el objetivo: Clara dejaba el libro y se empinaba sobre la cuna para mirar al bebé durmiendo. Por su cabeza desfilaba la imagen de Ester, acunando a su hijo y despidiéndose de él a sabiendas de que su padre jamás lo reconocería. Había momentos en que Clara sentía la necesidad de compartir con alguien esos secretos, pero luego reflexionaba en que poco sabía de la vida del señor Morris como para confiarle cosas que pudiese utilizar en su contra o en la de las personas que ella quería.

¡Si estaba empecinado en deshacerse de la alfombra de su padre!

El día llegó de la partida, y Jim aparejó uno de los caballos para engancharlo al carro. Eligió al más manso y dejó los otros a disposición de Clara. Si necesitaban galopar en busca de ayuda, prefería que contaran con el appaloosa o el ruano. Pese al altercado sostenido, Clara salió a despedirlo en el amanecer brumoso. Era un viaje largo y Jim merecía una bendición por el esfuerzo que hacía.

—Que Dios lo acompañe —le dijo al verlo subir al pescante y tomar las riendas.

—Dígale también que me ilumine para hacer buenos negocios —bromeó él, a fin de quitarle solemnidad a la despedida.

Le costaba dejar a Clara, pese a que algún día debía ocurrir, y en forma definitiva.

El carro desapareció de la vista de Bellaflor cuando rodeó la colina de la tumba del doctor. Clara decidió llevarle flores esa mañana, así que volvió en busca de abrigo

y avisó a Selva y a mamá Clara que comerían todos juntos en la casa, incluidos los peones. El otoño se había puesto frío, y ella quería que estuviesen confortables.

Caminó con el ramillete de violetas apretado contra su pecho, protegiéndolo de la ventisca, y el rostro escondido entre las solapas de su tapado. La tumba le pareció más desolada que nunca, pese al bonito cerco que Moses le había construido. Atravesó la pequeña puerta y se dejó caer de rodillas ante la lápida.

—Papá, cómo te extraño —sollozó.

Podía dar rienda suelta a su dolor cuando estaba sola, pues la presencia del señor Morris la obligaba a mostrarse fuerte. Él era tan seguro de sí, tan sólido, que Clara se avergonzaba de revelar debilidad, sobre todo porque tenía la impresión de que Jim se encontraba al acecho de cualquier falla en su carácter.

—Debiste esperarme, papá, yo iba a volver. No decía en serio lo de marcharme para siempre.

El viento arreció. Clara puso las flores sobre la lápida, debajo de una piedra, y se postró con las manos juntas para orar. Sólo se escuchaba el triste aullido de las ráfagas y el graznido de algún cuervo que se posaba en las ramas del castaño. Al cabo de un rato, la tierra retumbó bajo los cascos de un caballo y un jinete se avistó en el prado amarillo.

André había contenido su impaciencia por visitar a Clara de nuevo. Ardía en deseos de ofender de algún modo al esposo, cortejando a la mujer que le había estado destinada. El orgullo, y la actitud vigilante de su padre, que no veía con buenos ojos ese flirteo, se lo impidieron por un tiempo. Era hora de reaparecer en el horizonte de Clara. Espoleó a su alazán cuando la divisó en lo alto de la colina donde reposaba Ambrose. Era un sitio al que no le gustaba ir y hasta el momento no lo había hecho, pero prefería pagar ese precio a cambio de hallarla sola y vulnerable. Clara era sensible y lograría mantenerla cautiva de sus palabras.

La joven levantó el rostro y contempló al jinete con ojos enrojecidos por el llanto.

—André... —murmuró.

Lo esperó de pie junto al ramo de violetas, hasta que él desmontó y se quitó el sombrero.

—Estabas llorando.

—Me parece que no lo he hecho lo suficiente, tengo muchas lágrimas guardadas. Ven, pasa, te mostraré su lápida.

A regañadientes, André traspuso la cerca, hincó una rodilla en el suelo y se persignó.

—Que Dios lo lleve a su gloria —dijo solemne.

—Gracias. Lo extraño tanto, André... —confesó Clara.

A él podía decírselo sin tapujos, habían compartido la infancia y sabían del amor por sus respectivos padres. Ella se sentía libre de llorar en su presencia y expresar su sentir profundo ante él.

—Es lógico. Tu padre fue un hombre de bien, una *rara avis* en esta tierra de

malhechores.

—No digas eso. Jean Marc es otro hombre honesto y ya son dos —contestó Clara sonriendo entre lágrimas.

—Siempre fuiste generosa, Clara. La mujer más generosa que conozco. Por eso me sorprendí tanto con tu repentina huida. Porque huiste, ¿no es así? No me ocultes la verdad, querida.

Ella lo miró con pena y arrepentimiento.

—Si pudiese volver la vida hacia atrás cambiaría todo lo que hice, André. Le ahorraría el disgusto a mi padre. Ni siquiera pude pedirle perdón. Tengo merecido este dolor que no cesa.

—También a mí me habrías ahorrado la pena, Clara. Yo sufrí tu partida.

—Huir no era la manera de resolver las cosas. Lo entiendo ahora, que ya es tarde.

El joven giró el sombrero entre sus dedos y aspiró como si tomara fuerzas para responder.

—Nunca es tarde para reparar errores, Clara. Yo te ayudaré si quieres hacerlo.

—¿Cómo, André?

La inocente pregunta hizo que él la mirase a los ojos con decisión. Ya era tarde para retener la piedra lanzada.

—Si no amas a tu esposo... Si él te obliga de algún modo, yo puedo apoyarte. Y mi padre también lo hará, sabes que él quería que nos uniésemos, tanto como Ambrose.

Clara desvió la vista. Le daba tristeza rechazar a André por segunda vez. Si él no había comprendido las razones de su partida, debía repetirle que no lo amaba como se debe amar a un hombre, y que de todas formas no podría amar a ningún otro de esa manera, puesto que pensaba tomar los hábitos. Era evidente que André no conocía su vocación de fe, Jean Marc no se lo había comentado. Pero ¿cómo explicárselo sosteniendo al mismo tiempo la condición de mujer casada y con un hijo? Era un dilema que Clara no se sentía con fuerzas para resolver en ese momento.

—El señor Morris es un buen hombre —se limitó a decir.

André resopló con fastidio.

—Eso se dice de cualquiera, menos de un marido. Lo amas o no lo amas. Es así, Clara. ¿Estás enamorada de ese hombre? A mí puedes decírmelo.

De pronto, a Clara le resultó incómodo el comentario. Sin saber por qué, el repentino interés de su amigo por desentrañar los sentimientos que la ataban a Jim le pareció fuera de lugar, sobre todo en presencia de la tumba de su padre.

—Vayamos a la casa —fue todo lo que dijo mientras tomaba del brazo a André y lo arrastraba fuera del cercado—. Mamá Sara nos dará chocolate para templarnos el cuerpo.

El joven se dejó tironear hasta que salieron, y entonces se zafó de la mano de ella.

—Estás huyendo otra vez, Clara. ¿No te das cuenta? Temes decir la verdad sobre tu intempestivo matrimonio. Ni mi padre ni yo entendemos que te hayas casado en el

medio de un viaje y que ya tengas un hijo. ¿Sabes cuánto padecemos? Fue fácil para ti mantenerte lejos, sin conocer las penurias por las que pasó Bellaflor.

—No fue tan así, André. Yo estuve durante la primera parte de la guerra, y me fui para acompañar a Memé en su lecho de enferma. Papá aprobó ese viaje.

—Todavía Shenandoah estaba protegida por los confederados —la recriminó él—, pero luego todo cambió. Y apenas volviste decidiste partir otra vez. Nunca padeciste realmente las miserias de la guerra, Clara. Yo tuve que hacerme cargo de *L'Hirondelle* cuando volví del frente, con mi padre tullido y sin esclavos para trabajarla. Estamos intentando salir de eso, los plantadores debemos mantenernos juntos para que no nos quiten las tierras. ¿Entiendes eso, Clara? Tu esposo dice haber peleado por el Sur, pero a él le parece bien partir la tierra en pedazos. ¿Qué clase de sureño es? De seguro un muerto de hambre que ve ahora su oportunidad de conseguir fortuna.

Ese comentario insidioso que venía a alimentar las sospechas fugaces de Clara la conturbó.

—¡Él no es así! Está colaborando más de lo que puede con Bellaflor. Se levanta cada día para trabajar en las barracas y conseguir que por lo menos una parte de la cosecha se mantenga.

—Lo dicho. No es terrateniente, entonces. Ninguno que se precie trabajaría la tierra con sus propias manos, la dejaría a cargo de otros y dirigiría las actividades. ¿Dónde lo conociste, Clara?

Ella temblaba. Quería defender a Jim y no encontraba suficientes argumentos para contrarrestar la envidia de André, que lo detestaba. Se dio cuenta por primera vez de que ella compartía algo con el señor Morris, y que pese a sus diferencias de carácter y al hermetismo de él habían logrado cierta comunión espiritual.

—Me parece que no debemos encontrarle defectos a Jim —dijo con énfasis—, sino ver sus virtudes, que son muchas. Él se preocupa por Alfonsito.

—¿Y por qué no habría de hacerlo, si es su hijo?

André la miraba con fijeza, como un ave de rapiña. Para colmo, ella no podía leer en sus ojos con tanta facilidad, puesto que llevaba su parche.

—André —se inspiró de pronto—, como bien dijiste, esta guerra nos ha cambiado a todos. En tu caso, debes lidiar con las secuelas en tu padre y en ti mismo. ¿Cómo fue que perdiste el ojo? No me lo has contado. Sé que es doloroso...

La referencia a esa desgracia que le había caído como un rayo y partido su vida en dos provocó una reacción violenta en el joven.

—¡Mi ojo nada tiene que ver! Ni la falta de piernas en mi padre. No saltes de tema. ¿O me quieres decir que esto —y se arrancó el parche para dejar al descubierto el ojo de vidrio, más grande que el normal y horrorosamente fijo— hubiese cambiado tus sentimientos hacia mí? No te hacía así, Clara, frívola y desalmada.

—No soy ni lo uno ni lo otro, pero ya que te empeñaste en indagar sobre mi vida, pensé que podía preguntar por algo evidente, que has sufrido una pérdida física y

pese a todo sigues siendo el hombre guapo que siempre conocí.

Impresionada por el aspecto que André tenía con un hermoso ojo castaño que la miraba con dolido reproche, y otro ojo que nada expresaba, Clara se atrevió a rozar la mejilla del hombre con su mano enguantada. Él aprisionó esa mano y besó su palma con pasión.

—Perdona. La guerra nos hizo peores personas. Agradezco a Dios que te salvara de eso.

Hicieron las paces. Tomados del brazo, caminaron hasta donde el alazán masticaba la hierba.

—Sube, cabalgaremos hasta la casa.

—No sé si...

André la alzó sobre la montura para trepar luego detrás, rodeándola con sus fuertes brazos. Él también llevaba guantes, de delicada cabritilla inglesa. Palmeó el pescuezo del animal y dijo con orgullo:

—Se llama Traveller.

Sabía que Clara reconocería en ese nombre al mítico caballo del general Robert Lee, y le gustó compartir con ella ese recuerdo. Su estrategia debía ser la de resaltar los lazos que tenían en común, por la amistad de sus familias y por ser sureños de pura cepa.

Jim recorría las distancias haciendo un buen promedio. La mañana fría favorecía el trote del caballo. Al despuntar el sol, las laderas de las montañas despedían fulgores azulados y rojizos entre la foresta. Shenandoah ofrecía los mil colores del otoño a manos llenas, y Jim disfrutaba del aire embalsamado de aromas silvestres. A su lado, bajo el cojín del asiento, reposaba la alforja de la que jamás se desprendía. Era la misma que servía de almohada a su cabeza por las noches, y la que guardaba con celo en lugares distintos para que nadie llegase a identificarla. La vez que dejó a Clara en su camarote, temió que ella hubiese hurgado en sus cosas y descubierto aquella alforja. No lo había hecho, o su talante hacia él hubiese sido muy distinto.

Un rayo luminoso se derramó desde las cumbres hacia la profundidad de los valles, pincelando al pasar los bosques de hayas y de arces, sorprendiendo a las ardillas en sus huecos y animando a las aves a soltar sus cantos con renovado ímpetu. La vida latía entre el musgo y las nubes, podía sentirla en las venas como lava ardiendo. Esa conexión era tan corriente en él que a veces no le prestaba atención. Ese día, sin embargo, la percibió intensa. Un halcón planeó silencioso sobre él y Jim lo miró con ojos inquietos.

El halcón otra vez. Podría haber sido el águila coronada o un buitre, pero no, tenía que ser justo el animal que había enviado el aviso de alerta la mañana en que partió de Buenos Aires. El ave trazó un círculo perfecto y cayó en picada sobre las altas copas. Jim detuvo el carro. Lo envolvió un silencio aturdidor. Aquélla había sido una señal. Descendió y caminó sobre la pradera húmeda de rocío. Desde allí veía el fondo sombrío del valle, en contraste con la rosada niebla que emergía de las laderas

arboladas. Más abajo, el río corcoveaba con su rumor lejano y constante. Por doquier brotaban matas de flores silvestres que se disputaban un trozo de tierra de Shenandoah. En la lejanía, las cumbres recortaban sus bordes morados sobre el cielo indeciso del amanecer. Pronto aquel cielo se cubrió de oro y Jim presenció el espectáculo que tan bien recordaba de los tiempos del batallón: la lucha entre la luz y las sombras, la victoria del sol y el reflejo iridiscente de las aguas como un espejo que sólo el roce de las hojas podía hacer añicos. Al recordar el significado legendario de Shenandoah, murmuró de modo inconsciente:

—Hija de las estrellas... —y la imagen de Clara, con sus ojos iluminados por el fuego, apareció en su mente. Se sintió fastidiado. Era absurdo invocarla cuando sólo intentaba asegurarle un lugar en el valle para dejarla allí. Colibrí Dorado pertenecía a ese sitio, y él cumplía devolviéndoselo, para que abandonase la idea de convertirse en monja. Lo que hiciese a partir de ese momento era cosa de ella.

Trepó al carro con demasiada energía y azuzó al caballo para llegar a Harrisonburg cuanto antes. En realidad, esperaba saber algo sobre las camelias que aparecían por extraña magia, siempre vinculadas a algún suceso nefasto. En lo que llevaba recorrido no había visto una sola planta, y el invernadero de Bellaflor estaba tan diezmado que apenas servía para que los pájaros picoteasen.

Quizá en la ciudad hubiese algún rastro de los amantes de la botánica.

—¡Silas!

El mulato se detuvo y adoptó un aire marcial ante el grito del coronel. Éste se acercó impulsando con esfuerzo su silla.

—¿Has visto a mi hijo? Salió temprano esta mañana. Tampoco lo oí llegar anoche.

Silas miraba hacia adelante, igual que un soldado en formación.

—No, coronel.

—Sueles preparale el caballo. ¿Se fue sin esperarte?

—No, coronel.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? ¡Lo viste o no lo viste!

—El amo André no me requirió, coronel, ni ayer ni hoy.

—Deja de llamarlo así. Ya no hay amos ni esclavos, lo sabes bien. Si lo ves, dile que venga a verme. Hay cosas para resolver en estos días.

—Sí, coronel, a su orden.

Silas huyó de la presencia de Jean Marc, y el hombre sacudió la cabeza, resignado. Pasaría mucho antes de que las viejas costumbres caducaran, y en eso su hijo tenía algo de culpa, pues favorecía el sometimiento de los criados, le complacía ejercer dominio sobre sus vidas, pese a que él había dejado clara su intención de emplear sólo a aquellos que quisieran cobrar un salario por sus servicios. Silas era joven e impresionable, y André sabía ser seductor cuando quería lograr algún propósito. El coronel se preguntó si sería Clara su nueva meta. Deseaba lo mejor para la joven hija de Ambrose, la quería como si fuera propia y más ahora, que regresaba



con un retoño de su sangre. Se sentía responsable de ellos.

Volvió a su sitio junto al fuego y rascó las orejas de Chester, que apoyaba su cabeza peluda en las rodillas ausentes.

—Somos solo tú y yo, ¿eh? —le dijo en tono ácido.

Esa noche, Clara se fue a dormir temprano. La idea de cenar juntos había servido para atenuar la ausencia de Jim Morris, que pesaba sobre todos. Y ahora que se hallaba en la habitación que ambos compartían sin tocarse siquiera, el vacío se hacía notar. ¿Desde cuándo se había creado esa necesidad de saberlo cerca, hasta para discutir con él?

El encuentro con André le había dejado un sabor amargo. Por momentos, le costaba reconocer en ese hombre herido al muchacho feliz de antaño, y no dejaba de sentir culpa al pensar que su partida había causado la desgracia de André, del mismo modo que causó la desdicha de su padre. Ese sentimiento horadaba su alma y le impedía serenar su mente.

—Estamos muy solos, Alfonsito —le dijo al bebé, que tampoco conciliaba el sueño.

Antes de correr las cortinas miró hacia afuera y vio al centinela que Jim había dejado justo enfrente de su ventana, y a Moses armado con el rifle de su padre. Sabía que Caius, el esposo de Selva, también había querido montar guardia, y que mamá Sara había sacado a relucir los cuchillos de su cocina con gesto decidido. La negra dormiría con los niños, para que se sintieran seguros. Clara se acurrucó bajo las mantas y atrajo al bebé hacia ella, para brindarle calor. A sus pies reposaba el termo de agua caliente, debajo de varias frazadas de pelo de camello.

—Voy a leerte una historia —anunció, y abrió el cuaderno negro.

Esa lectura que hacía cada noche antes de que Jim entrase al cuarto tenía la virtud de mantener vivo en ella el espíritu solidario, pues se identificaba con los padecimientos de aquellos desdichados indios y con el intento de su padre de atenuarlos.

Los párrafos no seguían un orden preciso, parecía más bien que Ambrose elegía determinadas situaciones o momentos que deseaba retener, y pasaba días enteros sin registrar nada. A veces había fechas, otras veces no. Lo que siempre aparecía era alguna referencia al uso de las hierbas. Estaba claro que su padre había otorgado especial atención a la medicina india.

*Hoy atendí un caso de disentería. Sugerí ralear a la gente y limpiar el piso con cal y lejía, pero es en vano, ya que el contagio debió de suceder antes de conocerse los síntomas. Estoy seguro de que mañana tendremos otro. Y otro más. Esta espera es inhumana. Los pobres indios saben que serán arrastrados a tierras lejanas, y aún deben soportar la indignidad de vivir acorralados como animales. Me apenan sobre todo las mujeres. Se las ve tan dignas como los hombres, pero cuando uno de sus críos sufre algún malestar,*

*leo en sus ojos el pavor de verlos morir. Rosemary me dice que en la tribu no se enferman, al menos no de las enfermedades que ven aquí adentro, y es lógico, ya que ellos viven al aire libre y beben el agua fresca de los ríos, además de comer ensaladas de hierbas con propiedades medicinales. Ella misma me ayudó a cocinar hojas de romero y salvia, en prevención de los males.*

Clara tomó el lápiz que solía usar como marcador de las páginas y subrayó el nombre de las hierbas. Tenía decidido organizar el consultorio de su padre y cualquier información sobre el uso de las plantas era bienvenida. Hasta podría utilizar el invernadero de nuevo, si Moses se avenía a hacerle sitio. Ya imaginaba el rostro del mayordomo al ver que la hija repetía las manías del padre.

—Lo que se hereda no se roba. ¿No es así, Alfonsito? —y miró con cariño al bebé, que de seguro llevaría la impronta de sus padres, aunque era pronto para descubrirla.

Siguió leyendo en voz alta, para arrullarlo y acompañarse en su soledad.

*La anciana cherokee me habló hoy, me contó la razón de que las plantas sean medicina. Dijo que los animales del bosque, hartos de ver que los hombres los cazaban y perseguían por sus pieles o su carne, decidieron enviar sobre ellos todos los males posibles, a fin de exterminar a la raza humana. El oso, el ciervo, los pájaros, los insectos y los reptiles, todos agregaban, a su turno, alguna enfermedad capaz de borrar al hombre de la faz de la tierra. Fue entonces que las plantas, que eran amigas de los humanos, al enterarse de semejante tragedia decidieron ayudarlos. Árboles, arbustos, hierbas, pastos y musgos ofrecieron una cura para cada uno de los males que los animales habían creado. “Nun-wa-ti”, me dijo la anciana, y eso significa medicina. Si quiso impresionarme con esta leyenda, me abstuve de darle el gusto. Rosemary se echó a reír al ver mi cara. “Lo importante”, me dijo, “son las fórmulas sagradas”. Todavía no sé si me están tomando el pelo, pero esta noche, cuando me eché sobre mi catre, revisé el Directorio Farmacéutico que llevo conmigo y descubrí que una parte de los remedios indicados coincide con varias de las plantas que Rosemary mencionó.*

Pasando la página, Clara se encontró con una funesta noticia:

*El enfermo de disentería murió, lo enterraron fuera del campamento. Hay otros cinco atacados de fiebre, con vómitos y diarrea. El aire se tornó pestilente. Da asco hasta comer. Los soldados quemaron mantas y ropas infestadas, pero sé por experiencia que las epidemias son como bolas de*

*nieve: cobran más fuerza a medida que crecen, hasta que llegan al fondo del abismo. Recién entonces se detienen, y hay poco que se pueda hacer para cambiar eso.*

La lectura se tornó triste para Clara, que se compadecía de las penurias de los cherokee y anhelaba saber si su padre había logrado ayudarlos de algún modo. Unos signos en los márgenes del cuaderno llamaron su atención. Descubrió que eran letras reunidas de a dos o de a tres, y que cada signo llevaba debajo un fonema en inglés.

—Un alfabeto indio —pensó en voz alta, y notó que debajo de algunas palabras aparecía la traducción a esa lengua extraña.

Ya el bebé dormía y la lámpara se extinguía, pero estaba ansiosa por saber más de la vida de los cherokee cautivos, así que continuó.

*El esposo de Rosemary es un hombre hermético. Pesa sobre él ese bendito tratado, aunque no creo que esté arrepentido, más bien pienso que le duele ver que su intento fue malinterpretado. Me gustaría poder conversar con él y conocer su postura. A pesar de que no ha sido el único firmante, sus enemigos lo señalan. Aquí el jefe no es un poder indiscutible, se pone a prueba cada día, y si durante las sesiones del Consejo no concuerdan con lo que piensa, están en libertad de obrar. Es un interesante sistema de representación.*

*El esposo de Rosemary era el “líder Blanco”, que gobierna en tiempos de paz, y creo que le asistía el derecho de firmar con Washington, aunque se dice que lo hizo sin la anuencia del Consejo. Esta gente, cuando está en guerra, tiene un líder Rojo. Tanto uno como otro cuentan con los sabios del Consejo Tribal y una mujer (¡una mujer!) venerable y respetada. Cada vez me intrigan más los cherokee.*

Unas cuantas anotaciones sueltas, sin relación con las reflexiones precedentes, hicieron suponer a Clara que habrían aparecido datos jugosos de la medicina tradicional cherokee.

*Hierba carmín: se usan sus bayas (que las aves comen sin perjuicio alguno) en un jugo que reduce la inflamación de los abscesos. También sirve la raíz como laxante. Hay que cambiar el agua de la decocción dos veces al menos, pues su esencia es algo tóxica. Rosemary dice que estimula el corazón.*

*Purpúrea: ¡he descubierto la panacea universal! Esta planta de aspecto campestre es capaz de combatir toda clase de males. Se toma como infusión de hojas en agua caliente, o bien como emplasto sobre la zona afectada. Heridas, quemaduras, forúnculos y hongos, pero también infecciones internas, incluso las femeninas. Rosemary me ha mostrado un pequeño arbusto donde despuntan sus flores, rosadas e inocentes, para el que sepa descubrirlas.*

*Sanguinaria: como margaritas blancas, pero de gran poder estimulante y depurativo. Bebida como té, limpia la sangre y ayuda a eliminar las sustancias venenosas que impregnan el organismo.*

Clara no daba abasto con las marcas de lápiz sobre el cuaderno. Entusiasmada por el descubrimiento de las maravillas naturales, acabó por levantarse y, cubierta por una bata y un chal de lana, salió de la habitación. Bajó la escalera en puntas de pie, para no despertar a nadie, y se deslizó en el interior del consultorio de Ambrose con el cuaderno bajo el brazo. Después de cerrar con cuidado la puerta, se dirigió hacia la vitrina de los potingues. Sus pies descalzos absorbieron el frío del piso y se estremeció. Presurosa, encendió el pabito de una vela con el rescoldo de la chimenea, y miró hacia abajo. Sobre el suelo de pulido entarimado quedaban sólo las marcas de la hermosa alfombra turca, orgullo de su padre. Clara sintió que el corazón se le paralizaba y la sangre huía de su rostro. ¡Jim Morris! Se había atrevido a quitarla, pese a todo, y sin su permiso la había llevado a la ciudad para venderla. Toda simpatía por el hombre que la escoltó desde el Río de la Plata se evaporó en un instante, y brotó en ella la pequeña luchadora que había sido. La ira fue tan grande que se asustó ante el golpeteo del corazón entre las costillas y el calor que subió a sus mejillas.

—¡Dios mío! —susurró, y cayó de rodillas.

Aquel hombre destruía todos sus intentos de hacerse grata a los ojos de Dios. Parecía empeñado en socavar los cimientos de su fe, en demostrarle que era todo lo contrario a lo que quería llegar a ser. En lugar de paciente era irreflexiva, y en vez de amorosa, una bruja malvada. Aun cuando estaba lejos, Jim Morris dejaba tras de él el reflejo de su propia personalidad autoritaria. Clara ignoraba por qué esa presencia la irritaba y la tranquilizaba a la vez.

Jeremías dio una vuelta a la casa y se quedó mirando un largo palo clavado en la tierra. Estaba seguro de no haberlo visto antes. Empuñó la carabina y avanzó con cautela. Si algo sucedía, dispararía al aire como le había indicado el patrón, para alertar a Moses y a los demás. Unos pasos antes de llegar, advirtió que se trataba de una lanza india con un penacho emplumado. Y no había sido arrojada, ya que carecía de ángulo de inclinación. Alguien la había enterrado a propósito, quién sabía para qué. Más cerca, observó que en la base había un círculo de cenizas. Él no conocía gran cosa sobre las costumbres indias, que eran variadas, pero le pareció que aquella lanza poseía un valor ritual. Retrocedió hacia el muro para alejarse con las espaldas guardadas, y fue a hablar con Moses.

El mayordomo escuchó con el ceño fruncido el apresurado relato del peón y decidió verlo con sus propios ojos.

—Quédate —le ordenó—, por si es una trampa para alejarnos. Le diré a Caius que vigile el bosque.

Luego cojeó hasta el sitio indicado por Jeremías y contempló la lanza. Era del

grueso de su bastón, y flexible como una caña de río. Decidió que no la arrancaría, para que el patrón la viese y sacase sus conclusiones. La luna proyectaba su sombra larga y fina en el terreno seco.

—Brujerías —masculló, y se persignó.

Lejos de allí, Jim Morris se felicitaba de haber dejado una protección alrededor de la casa. Era eso, o exponer su espíritu trasladándolo durante un viaje shamánico. Prefería conservar su energía, pues sospechaba que se vería obligado a prestarla más de una vez.



## CAPÍTULO 7

—¿Qué averiguaste?

André tamborileaba impaciente sobre la montura de su alazán. Se disponía a volver a Bellaflor esa mañana, cuando avistó a Silas que regresaba desde esa dirección. El mulato iba y venía cuantas veces él se lo exigiera, era su cometido.

—Lo mismo de ayer, amo. El esposo de la niña no ha vuelto de su viaje a la ciudad, en los campos trabaja un peón llamado Jeremías y otro que es el padre de la familia nueva. Se desloman, pero siendo dos no van a llegar lejos.

—¿Viste a Clara?

—La niña salió a pasear con el bebé y los dos negritos de la familia. Fueron hasta el bosque y juntaron piñas para el fuego.

—¿Tuvieron visitas?

—Nadie, amo, ni las ánimas.

—No digas estupideces. Las ánimas no se pasean por los prados. Se las lleva el diablo.

Silas se santiguó con disimulo.

—Si usted lo dice, señor...

—Vete y mantenme informado. Mi padre no debe saberlo. ¿Oíste?

—¡Ah, me olvidaba! Su padre de usted me dijo que si me había solicitado para ensillarle el caballo y le dije que no, mi amo.

André aspiró hondo y montó a Traveller con fastidio.

—Ya está preguntando cosas. Se le pasó la melancolía de la guerra. Tienes que ser cauto, Silas, mi padre no debe enterarse de las acechanzas, o se deteriorará su salud. Tenemos que decirle que todo va bien.

—Si usted lo dice...

—¡Así es, lo digo y lo repito! Falta que lo repitas también en tu cabeza de alcornoque.

Indeciso acerca de lo que le convenía responder para no irritar al joven señor, el mulato asintió en silencio y le entregó las riendas. Se quedó mirándolo mientras galopaba en esa fría mañana, hasta que desapareció de su vista. Iba en dirección a Bellaflor.

Silas se encogió de hombros. Mejor así, tardaría en volver y él podía dedicarse a holgazanear, que era lo que más le gustaba después de hurtar pasteles en la cocina.

El coronel no se fijaba en lo que hacía, ni pedía nada tampoco. Era mucho más amable que el señorito.

Clara entró a la cocina entre risas y empujones de Salomón y Chispa, que llevaban repletos de piñas los bolsillos de sus pantalones de tiradores. Estaban emocionados por haber ayudado en una tarea importante. Clara les enseñó qué piñas eran las apropiadas para tostar y cuáles debían separar para el agua curativa que limpiaba los pulmones. Los niños habían crecido como cervatillos, brincando,

comiendo y durmiendo, aunque habían padecido los azotes e impropiedades de los últimos años de sus padres.

Selva removía el caldo para la sopa mientras los miraba de reojo, vigilando su comportamiento. Cuando estaban con la señora Morris procuraba mantenerse aparte, para permitir que ella diese las indicaciones. Estaba agradecida por el interés que se tomaba la señora por sus hijos, y a la vez se mantenía atenta, para no perder detalle de lo que ella les decía.

—Las verdes las pondremos en la cacerola pequeña, las otras pueden echarlas al fuego. ¡Con cuidado, que sueltan chispas!

—¡Chispa! —rió el más chiquito con picardía, al escuchar su nombre.

Cerca de la estufa, mamá Sara remendaba el viejo mantel y controlaba con su voluminosa humanidad ese rincón de la cocina.

—Déme al niño —dijo de pronto, al ver que Clara se doblaba bajo el peso de Alfonsito—, o va a terminar asándolo también.

Se moría por alzarlo, y eso era un motivo de competencia con Duma. Alfonso se dormía de inmediato cuando la joven lo acunaba, y Clara pensaba que el niño captaba la mudez de Duma y la prefería a los arrumacos de la vieja criada.

Todos se entibieron ante las llamas, y luego Clara permitió que los niños hundiesen el dedo en un amasijo de miel y nueces que mamá Sara había dejado en reposo.

—¡A lavarse las manos, mocosos! —los reprendió mamá Sara—. ¡Duma! ¿Dónde está esa chica cuando se la llama? Este niño tiene hambre.

La negra salió con el bebé en un brazo y la costura en el otro, en busca de la muchacha morena. Selva cruzó una mirada cómplice con Clara.

—La señora Sara disfruta dando órdenes —se atrevió a decir.

—Así fue siempre, desde que me acuerdo —suspiró Clara enternecida—, hasta mi padre recibía sus buenos retos. Sobre todo después de quedarnos solos. Me contó mamá Sara que mi padre le dijo un día: “Negra, si no fuese por ti, nos habríamos doblado como varas de sauce”. Y ella se siente orgullosa de ese reconocimiento. Es mandona, pero muy buena.

—No más que usted, patrona. Mis hijos son dos demonios, pero hacen buena letra cuando están en su presencia.

—Tienes unos hijitos muy inteligentes —observó Clara—. ¿No han ido a ninguna escuela?

Selva se alzó de hombros sin dejar de revolver el caldo.

—Se abrió una para libertos en Virginia, pero lejos de donde estábamos. Y muy pobre, patrona. Dicen que vinieron maestras del norte, y que ni los vidrios de las ventanas encontraron.

—Yo conocí a una de esas maestras de Nueva Inglaterra, había ido a Sudamérica justo cuando yo estuve allá. Una mujer valiente. Estoy segura de que si viniese aquí lograría enderezar la escuela y a sus alumnos.

—Va a ser difícil, patrona. Nadie se ocupa de los negros sin educación. Fíjese que hasta los hijos de los blancos quedaron sin saber leer, y nos echan la culpa de eso, dicen que los corrompimos.

—¡Qué disparate!

—Mi esposo estuvo escuchando cosas —Selva bajó la voz, la mirada fija en la marmita— de gente que piensa que la educación es cosa del Estado y obligatoria para todos los niños, que los padres debemos mandar a los hijos a la escuela y nos castigarán si nos descuidamos. Pero ¿quién nos ayudará a llevarlos? Quieren que seamos parte de la nueva nación, y no nos alcanzan las fuerzas para hacerlo. Yo quisiera, patrona, que Salomón empezara a leer un poco. Se le va a ir el tiempo, y cuando sea un mozo lo pedirán para el trabajo. Y Chispa es muy listo, hasta más que el hermano, pienso yo.

Clara se quedó pensativa, con una arruga en la frente y las piñas en las manos. Ella había lidiado sobre todo con huérfanos o enfermos, nunca se ocupó de otras necesidades; sin embargo, durante su estadía en Argentina había visto de cerca el trabajo que se tomaba el gobierno para sacar adelante un sistema de educación que no dejase a nadie sin saber leer y escribir. A pesar de haberse visto envuelta en una tremenda epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, su afán por recorrer las calles le permitió estar en contacto con otras realidades que clamaban solución al mismo tiempo.

Clara pensó que podía hacer algo por aquellos niños, aun sin ser maestra. Podía enseñarles el alfabeto con pequeños trucos cotidianos, y quizá de ese modo el aprendizaje entrase más rápido en sus cabecitas motudas.

—Tengamos fe, Selva —se limitó a decir—. Quién sabe, a veces, cuando menos se espera, viene una solución.

Echó las piñas al fuego y llamó a los niños, que estaban dando cuenta del dulce de mamá Sara. Cuanto antes empezaran sus lecciones, mejor sería.

Jim había cumplido sus encargos y no veía la hora de regresar a Bellaflor, pero antes debía pasar por la oficina del alguacil, en la calle principal.

Harrisonburg tenía un aspecto pulido y próspero, no como los pueblos mineros que florecían en el oeste del país, de abigarradas casas de madera y aceras desparejas. No obstante, el clima de desolación se hacía evidente. La ciudad había estado bajo el dominio de unionistas y confederados durante la guerra, y cuando los esclavos del valle de Shenandoah fueron liberados, fundaron un pueblo cercano al que llamaron Newtown.

Jim podía apreciar las corrientes que subyacían en el ir y venir de las gentes de uno a otro sitio, un mar de fondo proclive a brotar incontenible en cualquier momento.

Se detuvo frente a la proclama pegada en la pared de la alcaldía. Informaba a ciertos ciudadanos que debían presentarse ante las autoridades para atestiguar sobre cualquier hecho violento que hubiesen conocido, en especial si se debía a alguna



organización o sociedad ilícita. Mientras leía los apellidos de los destinatarios, percibió una presencia a corta distancia, una energía poderosa. Al volver la cabeza, encontró la mirada hundida de un hombre tan delgado que hubiese podido cortar las ropas con sus huesos. Era alto y digno, y Jim tuvo la certeza de haberlo conocido antes. Se encontraba sentado en una silla de cantina contra la pared, y entre sus piernas sostenía una especie de cetro con sus manos nudosas. Vestía un abrigo harapiento, la camisa anudada con un pañuelo, y cubría sus cabellos lisos con un turbante. Su edad era incalculable, aunque las canas que poblaban su barba rala hablaban de ancianidad. Jim sostuvo la mirada de esos ojos tan oscuros como los suyos, brillantes de comprensión.

—Swimmer.

El viejo esbozó una sonrisa leve. Se habían reconocido.

Swimmer, cuyo verdadero nombre era Ayunini, el gran shamán. ¿Qué hacía allí, como un parroquiano, perdiendo su tiempo en la vereda? Habían sido compañeros de armas en la Thomas' Legion, y ya entonces era reverenciado por su saber y sus poderes. Al dispersarse el batallón habían dejado de verse, y en el trance de acomodar sus vidas a lo que la guerra dejó, no supieron de su respectiva suerte.

Ayunini estaba vivo, y le sonreía.

—Ha pasado tiempo, Caballo que Galopa en el Viento.

—Mucho. Más de lo que cuentan las lunas. Te ves bien, Swimmer. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no volviste a las montañas, como los demás?

La expresión del anciano se tornó perspicaz.

—Ya iré. Tú vas camino de las Humeantes —aseveró, sin necesidad de preguntar.

—Lo haré —respondió Jim—, cuando llegue el momento. Por ahora, estoy ayudando a enderezar una plantación de blancos.

Esperaba causar asombro en Ayunini, pero el hombre asintió de nuevo, como si no hiciese más que corroborar lo que ya sabía.

—Es tu destino. Luego irás adonde quieras. Yo me quedo aquí por ahora, porque me piden que guarde memoria del pasado.

—¿En beneficio de quién?

—De todos, los blancos y los cherokee. Ya no hay más tierra india, toda es para colonos, y sólo podemos compartirla. Mejor en paz, Caballo que Galopa en el Viento.

Jim tensó la mandíbula. Bien lo sabía, aunque no deseaba rendirse. De todas formas, Ayunini era sabio y conocía historias de los cherokee que él sólo había escuchado de otros labios, quizá diluidas por la fantasía.

—Dime quién te ayudará a guardar la memoria.

—Un hombre que viene de Washington quiere conocerme. Allí buscan entender la ciencia cherokee, y otros hombres le hablaron sobre mí. Yo acepté. Antes de morir quisiera regalar lo que sé, porque si un blanco se interesa por eso es que puede respetarlo.

Algunos paseantes se volvían para mirarlos con curiosidad, porque ambos

hablaban la lengua nativa. Ayunini jamás supo o no quiso hablar el inglés.

—Es tu decisión, Swimmer. Yo prefiero sonsacarlos a ellos.

El viejo hizo un gesto desdeñoso con la mano y luego soltó una risa cascada.

—Es poco lo que saben. Te quedarás con las manos vacías.

Jim sonrió, y Ayunini rió más fuerte. Formaban una pareja extraña, un caballero de levita y Stetson negro conversando tranquilo con un indio a las puertas de la alcaldía, junto a las proclamas que reclamaban justicia o exigían la búsqueda de ciertos rostros facinerosos.

—¿Cómo se llama ese hombre de Washington?

Ayunini hizo esfuerzos por pronunciar el nombre, no sabía Jim si reales o fingidos:

—James Mooney.

—¿Y cuándo vendrá?

El viejo alzó los hombros y respondió:

—Cuando venga. Tengo tiempo.

Jim apreció el talante sereno de ese shamán que estaba cerca de cruzar el Gran Río sin inmutarse.

—Me alegra verte, Swimmer. Hemos pasado buenos momentos juntos. Que el Espíritu te acompañe.

—Y a ti, Caballo que Galopa en el Viento. Que las lunas de sangre queden en el pasado.

—¿Insinúas que no debo seguir buscando venganza?

Ayunini clavó en Jim una mirada intensa que transfiguró su rostro.

—La venganza te está buscando a ti.

Esas palabras quedaron flotando entre ellos cuando salió el ayudante del alguacil a ver qué sucedía con esos dos que dialogaban justo en su puerta. Era un mozo petulante que pretendía hacer alarde de autoridad, y al ver la traza de los hombres que venía a correr de allí se sintió turbado. Jim se limitó a sacar de su bolsillo las camelias que había ido juntando a lo largo de los días. Estaban marchitas, pero podía advertirse que habían sido cortadas en la plenitud de su floración.

—Déle esto al alguacil. Dígale que en el fondo del valle llueven estas flores cada noche, y que no tendré reparo en disparar la próxima vez que suceda.

Se tocó el sombrero en señal de saludo y giró sobre sus talones sin despedirse de Ayunini.

El viejo tampoco lo esperaba. Cuando el carro de Jim partió, levantando polvo en la calle, Swimmer seguía mirando al frente en su pose erguida y digna, aunque con una pequeña sonrisa en su rostro cobrizo de pómulos agudos.

El ayudante del alguacil, en cambio, contemplaba el carro con la boca abierta.

Clara se hallaba en el consultorio de su padre cuando André llegó de visita. Arremangada entre frascos y libros, ataviada con un mandil de mamá Sara y con la frente sucia de polvo, trajinaba quitando las tapas de los tarros y verificando su

contenido con ayuda del directorio de su padre. A su lado, acodados sobre el escritorio, Salomón y Chispa jugaban con las etiquetas que ella les había dado. Formaban cuadros e inventaban batallas de las que habían oído hablar casi desde su nacimiento.

—Así no —los reprendió ella—. Les dije que pusieran de un lado las que tuvieran esta letra. ¿Ven? —y les señalaba la A pintada de azul.

Salomón fingió no haber escuchado, e imitaba los sonidos del cañón con increíble facilidad. Chispa, en cambio, se puso serio y separó cuatro etiquetas con el signo que la señorita les decía.

—¡Muy bien! —lo premió Clara con un pellizco en la nariz—. Te daré un dulce esta noche.

Salomón se enfurruñó y comenzó a buscar con aparente indiferencia más letras. Nubes de polvo y de hierbas flotaban entre ellos, bajo la luz transparente del sol.

La puerta se abrió y André, con su traje de montar, interrumpió la escena. Los niños detuvieron sus manos en el aire, expectantes. Clara le sonrió con aire cansado.

—Pasa, André. Estamos atareados hoy.

—Eso veo. ¿Qué necesidad, Clara? Esos remedios deben de estar podridos.

—Por supuesto que no. Se trata de preparados que mi padre hizo con todas las exigencias de la farmacopea. Sólo estoy ordenándolos por alfabeto, para que los niños aprendan las letras.

Recién entonces reparó André en los pequeños.

—Más tiempo perdido. Ya es tarde para que aprendan algo. Deberías ocuparte de ti misma, Clara. O de tu hijo, ya que lo tuviste.

La joven se volvió hacia él con aire reprobatorio.

—André, por favor, ten cuidado con lo que dices —y señaló con la barbilla hacia el escritorio, donde los hermanitos fingían mover las etiquetas, aunque Clara se daba cuenta de que lo hacían sin ton ni son.

—Como quieras. Vine a invitarte a dar un paseo. ¿Te parece que podrás interrumpir esta... importante tarea?

Su único ojo la traspasaba y Clara se sintió incómoda.

—Había pensado ir a ver a tu padre más tarde, así que podemos cabalgar juntos hasta allá si quieres.

—Mi padre. Él agradece tus visitas, Clara, pero no espera nada de ellas. Yo, en cambio, anhelo cada minuto que paso contigo, y siempre me resulta poco.

—Niños, vayan a jugar un rato afuera, que después revisaré lo que hicieron, y si acertaron habrá más premios.

Los pequeños se deslizaron silenciosos hacia el vestíbulo, tratando de no tocar ni un pelo del abrigo de ese hombre sin ojo que los asustaba con su actitud siempre hostil.

—André, te ruego que no intimides a los niños. Ellos están intentando empezar una vida nueva, sin amos y sin castigos. Y yo quiero que aprendan a leer también,

para que tengan mejores oportunidades y algún día puedan ir a un colegio de verdad.

—Clara, perdóname. Yo no soy tan generoso, ni pienso tanto en los demás. Sólo pienso en ti y en recuperar el tiempo perdido. Tenemos mucho para compartir, querida, hay tantas cosas que vivimos por separado y que necesitamos contarnos...

—André, parece olvidar que mi situación es... otra —dijo Clara con voz débil.

Aunque se refería a su noviciado, André interpretó que hablaba del esposo.

—Sé que eres una mujer casada, pero hay algo en este matrimonio que no me cuadra, Clara. Una chica como tú, que nunca conoció a ningún hombre en el sentido bíblico, y que apenas florece a la vida de pronto se marcha lejos del hogar y vuelve casada con un sujeto del que nada se sabe.

—Esta conversación es impropia, André. Ya dijimos que no debíamos juzgar a nadie.

—Convénceme de que amas a tu esposo, Clara.

—¿Por qué? —saltó de repente ella, enfrentándolo—. ¿Por qué debo justificarme? Jim es un buen hombre que ha cuidado de nosotros todo este tiempo. No veo la razón de someterlo a una investigación.

—Él no me interesa, Clara, me importan tus sentimientos. No logro entender qué le has visto para entregarte a él y darle un hijo. ¡Un hijo! El que debió ser nuestro.

Clara se sintió de pronto lanzada a un impulso incontenible de aclararlo todo, disipar los malentendidos y vestir de nuevo su hábito con la conciencia tranquila.

—André, de una vez por todas, quiero que sepas que las cosas no son como las imaginas. Mi entrega no tiene que ver con lo que crees. Mi corazón pertenece a otro, sí, pero no a Jim Morris.

—¿Cómo es eso? Quiere decir que....

—Me refiero a que dentro de mí arde un tipo de llama que no necesita del matrimonio.

Atónito, André devoraba las palabras de la joven, atribuyéndoles el significado que su voluntad quería. Su Clara, por fin, aceptaba que se había dado en un matrimonio sin amor. No importaba, todo se solucionaría, ya estaba pensando en el modo de deshacerse del indio cuando una voz glacial sonó a su espalda.

—Temprana hora para visitas.

Clara congeló las palabras en su boca al ver a Jim Morris en el vano de la puerta, a contraluz y con esa expresión cerril que ella le conocía en los momentos cruciales, una sutil violencia enmascarada bajo el gesto controlado y feroz. Sin entender por qué, se sintió en falta al ser descubierta en una conversación íntima con su viejo amigo de la infancia. Nada de lo que dijese podría reparar eso, a pesar de que no hacía falta repararlo.

André giró hacia Jim con aire de superioridad.

—Acostumbraba a visitar Bellaflor a toda hora —dijo, desafiante.

—Jim, André vino para invitarme a *L'Hirondelle*, y justo pensaba ir esta tarde.

Le tembló un poco la voz y se arrepintió de haberse precipitado a hablar. ¿Por qué

no dejaba que se entendieran ellos dos? Después de todo, no estaba obligada hacia ninguno.

—Voy a ver adónde fueron los niños —dijo evasiva—, prometí cuidarlos esta mañana.

Tuvo que pegarse a la pared para pasar junto a Jim Morris, que no se movió. Parecía disfrutar de su incomodidad. André tampoco se movía. En su postura firme residía la intención de provocar al indio y demostrarle que estaba fuera de lugar en Bellaflor, en el paisaje sureño y en la vida de Claramaría La Rochelle. Jim percibió la amenaza en el modo en que acariciaba el látigo con una mano.

—¿Ese alazán es suyo? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—Traveller es mío y me ha acompañado en la guerra.

—No creo que precise azotes.

André sonrió con dureza.

—Tampoco yo necesito consejos sobre cómo educar a un caballo. A menos que usted haya sido palafrenero o mozo de establos. Ah, olvidaba su sangre india. Eso lo explica. Dicen que los indios tienen un modo propio de domar caballos.

—Es cierto.

—¿Reconoce ser indio?

—Reconozco que los indios saben tratar a los caballos mucho mejor que los blancos. No los someten a travesías que los revientan, ni los matan de hambre o los castigan. Un indio aprecia a su caballo porque en él le va la vida.

André estuvo a punto de decir “y porque entre animales se entienden” pero se contuvo. La mirada de Jim Morris era escalofriante. Y él no deseaba enfrentarse en ese momento, esperaba su oportunidad.

—Lamento haber irrumpido así en Bellaflor, sin aviso. Es la costumbre.

—Sí. Entiendo que le sorprendió ver a Clara casada y con un hijo. Supe que en algún momento la pretendía.

André se tragó la bilis que le subió a la garganta.

—Eso es poco decir. Prácticamente éramos novios.

Jim también ahogó la furia.

—Ella no me dijo eso cuando nos conocimos, pero creo en su palabra. Aun cuando he sido el primer hombre en su vida.

El recordatorio de que Clara había pertenecido a ese sujeto en cuerpo y alma fue un golpe bien asestado.

—Me pregunto qué habría dicho su padre al saberlo. Él esperaba unir a nuestras familias.

—La voluntad de los padres pesa mucho a veces sobre nosotros.

André captó la nota de sinceridad que había en esas palabras.

—¿Lo dice por propia experiencia?

—Lo digo porque así es. Supongo que el coronel también habrá tenido proyectos con los que usted no estuvo de acuerdo.

Era tan cierto que André no pudo reprimir el gesto de disgusto. Su padre se había empeinado en continuar con la plantación de azúcar cuando ya el mundo reclamaba algodón. Lo mismo que Ambrose con el tabaco, eran viejos patriarcas que mantenían las tradiciones a costa de su propia conveniencia. La economía rural del sur se vio resentida por el cultivo de esas especies hasta que apareció el algodón, y con él, el vigor que los plantadores necesitaban para continuar enriqueciéndose. Vinieron más esclavos, se abrieron hilanderías, se exportaron balas de algodón a Inglaterra en grandes cantidades, y de no haber sido por la guerra, en esos momentos muchos sureños serían señores de un imperio. Salvo los Levillier y los La Rochelle, debido a la tozudez de sus dueños. Aquel enfrentamiento con su padre los había distanciado, puesto que en él iba algo más que el cálculo económico. Su padre resentía la compra de esclavos, esencial en la economía del sur, y en esas ideas se notaba la influencia de su esposa Mary Ann. El coronel, pese a su lealtad a la Confederación, en su fuero íntimo ya no estaba convencido de seguir usando la mano de obra esclava. Prefería hablar de asalariados. Y André tenía sobre ese punto ideas diametralmente opuestas.

—Veo que ha llegado recién —dijo mirando hacia afuera, donde Jeremías desenganchaba el carro y Moses dirigía a Caius para bajar los bártulos.

—Estuve en la ciudad, de compras.

—Imagino que ahora deberá consentir a Clara. Las mujeres siempre necesitan chucherías.

Jim supuso que André sentiría rencor al saber que él mimaba a su esposa con regalos, de modo que sonrió al decir:

—Quería sorprenderla, sí. Esperaba encontrarla a solas para eso.

El otro se ruborizó.

—Ya me iba. Que tenga buenos días, señor Morris.

—A usted.

André salió como alma que lleva el diablo y montó a Traveller sin aguardar la ayuda del mozo. Había salido derrotado en la pequeña contienda, pues no logró fastidiar a Jim y en cambio se sintió molesto por los alardes de dueño que él hacía respecto de su Clara.

Mientras cabalgaba por el prado, miró con interés las tierras que empezaban a reverdecer bajo los cuidados de los nuevos peones. Él tenía proyectos para esas tierras, le convenía que se volviesen prósperas porque al final todo redundaría en su beneficio.

Al regresar junto al carro, Jim se encontró con Clara, que controlaba las mercaderías, maravillada ante algunos artículos que ella no había encargado y el buen sentido del señor Morris decidió adquirir. Él sacó de su bolsillo una bolsita de cuero y se la entregó.

—Aquí tiene su alfombra. Espero que le dé un buen uso.

Clara sostuvo la bolsa como si fuese la piel de una serpiente. Para ella, ese dinero eran las treinta monedas de Judas, no las quería. El saquito le quemaba entre los

dedos, la alfombra turca vino a su mente, iluminada por el fuego apacible del invierno, mientras su padre leía y ella jugaba. Presa de un raptó de furia, se las arrojó al rostro.

—¡Guárdeselas! —gritó, y entró corriendo a la casa, ante la mirada perpleja de Moses y los hermanitos.

El corazón le saltaba en el pecho y las mejillas le ardían cuando subió la escalera, presa de una furia pecaminosa. Había insultado a su supuesto esposo frente a todos y, peor que eso, había dado muestras al Señor de que era una novicia iracunda indigna de servirle.

Jim se dirigió al establo para ver a los caballos. El appaloosa reclamaba ejercicio y resolvió darle gusto. El animal salió de la caballeriza cabeceando y bufando. Jim lo vareaba con una caña para mantenerlo a su lado. Era un caballo sensible, captó de inmediato la voluntad del hombre y comenzó a correr en círculos con un galope corto y relinchos de felicidad. Jim se relajaba en ese contacto que le permitía aislarse y conectar su mente con su propia conciencia. Mientras Milky galopaba y desgastaba sus energías, él removía las sombras en su interior. En los tiempos en que convivía con los blancos se ganaba el sustento adiestrando, comprando y vendiendo caballos. Pronto se hacía evidente su buen ojo para catalogarlos, y muchos rancheros del Este recurrían a él. Otras veces solicitaban su pericia para domar a un potro rebelde. Aunque Jim no hacía de eso su oficio, solía amasar una pequeña fortuna gracias a sus innatas condiciones para relacionarse con los caballos. Lo que más lo beneficiaba, sin embargo, era conectarse con su espíritu, como lo hacía en ese momento. Bajo la apariencia de un entrenamiento común y corriente, se comunicaba con lo que todas las cosmogonías referían sobre el caballo: la libertad sin freno. El corcel de su interior se soltaba y galopaba hacia donde lo aguardaba la verdad.

El enfrentamiento con Clara lo había tonificado. Él no buscaba zaherirla, si bien la permanente sumisión de ella a la voluntad divina lo sublevaba. Jim y su gente entendían de otro modo la espiritualidad. Todo estaba ofrecido para que el hombre gozase de las fuerzas poderosas que organizan el mundo y las utilizase en su provecho. La religiosidad de Clara le resultaba miserable, y no entendía cómo ella, que era tan sutil y etérea, no lo comprendía. Debía de ser porque en aquel convento la convencieron de que el martirio la conduciría hacia Dios. Si así era, a él le tocaba demostrarle su equivocación. Era el goce lo que la acercaría a lo divino. Ayuno y abstinencia se entendían en ocasiones especiales, y una vez logrado el propósito, estaba permitido el placer de disfrutar.

Jim recordó que se le habían presentado dos caballos en su visión de aquella noche. Se daba cuenta en ese instante, mientras entrenaba a Milky Way, que el otro era Clara.

Y que galopaban juntos.

Clara se refugió en su cuarto. Desde allí contemplaba a Jim. El hombre parecía inmune a cualquier ataque y capaz de enfrentarse a lo que fuera. Si bien esa

suficiencia la intimidaba un poco, también le provocaba admiración. Ella había adorado a su padre. Su inteligencia, su olvido de sí mismo y su entrega eran virtudes difíciles de alcanzar para los demás mortales. Su padre había sido una especie de numen de bondad. Por más que mamá Sara le refiriese las cualidades de Maribel, a fin de que creciese sabiendo algo de su propia madre, para Clara era Ambrose el que reunía todas las condiciones. Ningún hombre daba la talla para comparársele. Era extraño que, por primera vez, algún otro despertase su admiración. Y que fuera justo ese hombre misterioso que solía desquiciarla y, pese a todo, serenarla.

Clara nunca sintió la falta de hombre a su lado, puesto que pensar en su padre llenaba todas sus necesidades, al menos las que creía tener. Desde que Jim la besó, un hueco inesperado se formó en su interior, un espacio doloroso que reclamaba su atención y que ella no sabía cómo llenar. Era algo que no podía conversar con nadie, ni siquiera con mamá Sara. ¡Cómo anhelaba en ese momento contar con una madre o una amiga íntima! Saber si lo que le sucedía era normal, si podía acallararlo o necesitaba confesarlo por ser pecaminoso. Trató de imaginar a Bellaflor sin Jim y le resultó tan angustiante que rechazó la idea. Sin embargo, sabía que sería ésa la fatal conclusión: él se iría, y tal vez ella también, dejando a alguien a cargo de la plantación. ¿De qué otro modo podría seguir adelante con su fe? A menos que esa vocación fuese débil, como sostenía Jim.

¡Oh, ese hombre! Empeñado en socavar su confianza y hacerla dependiente de sus decisiones. Porque era lo que lograba, al fin y al cabo, convertirla en una mujer que necesitaba apoyarse en alguien, cuando ella sabía que sólo contaba con Dios.

Autoritario, déspota, soberbio. ¡Se había atrevido a robarle la alfombra de su padre!

Clara quería odiarlo, y no podía.

Apoyó el mentón sobre la mano y se embebió de la imagen masculina, vestida con apenas una camisa pese al frío, las botas aprisionando el pantalón de franela y el cabello al viento. El animal y él eran sólo uno, se movían en una suerte de coreografía y Jim no tenía ojos más que para él, como si cada flexión de músculos, cada leve pestañeo o sacudida de las crines, tuviese un significado. Un lenguaje secreto. Ese pensamiento la sorprendió. Le trajo el recuerdo del alfabeto indio del cuaderno negro. Miró a Jim con nuevos ojos. Poco a poco, la idea confusa de antes se fue abriendo paso en su mente, a modo de una revelación. Estaba a punto de desentrañarla cuando el reclamo de Alfonsito la sacó de su ensimismamiento.

—A ver si estás mojado —le dijo, mientras tocaba la piel bajo la ropita.

Buscó en la pila de paños que mamá Sara había lavado y Duma planchado hasta casi quemarlos, y separó uno para cambiar al niño. Alfonsito bien podría haber sido hijo de André, si ella hubiese aceptado casarse como lo querían todos. No le pesaba no haberlo hecho, se sentía incapaz de mentir amor de esa clase. La inquietud que la presencia del señor Morris le producía, sin embargo, era otra cosa. Se relacionaba con un aspecto de ella misma que ignoraba poseer, y que poco tenía que ver con el



matrimonio o los hijos, era una zona oscura como las catacumbas del convento, un lugar que todos saben que existe y pocos se atreven a frecuentar. Su femineidad más recóndita, jamás explorada.

Para conjurar el rumbo de esos pensamientos inquietantes, Clara tomó el rosario y lo enrolló en su muñeca mientras cambiaba las ropas de Alfonso. Al mismo tiempo, sus labios murmuraban una oración a la Virgen. El bebé la miraba fijo, pendiente de las palabras que salían de su boca. De pronto, soltó una risa burbujeante y contagiosa, como si se burlase de su intento.

La luna estaba alta en el cielo cuando todos se congregaron en la sala. Era la luna del séptimo día y en fase completa, ideal para una iniciación. El recinto alargado se hallaba en penumbras. Una antorcha iluminaba el atrio donde yacía el libro que todos deberían firmar, custodiado por una columna roja a la izquierda y otra blanca a la derecha. Al fondo, un trono mirando al oriente. Reinaba un silencio ominoso cuando el Venerable hizo su aparición, cubierto con un manto negro hasta los pies y ostentando cuernos de toro en la capucha que le velaba el rostro. Los demás estaban vestidos de blanco salvo uno, que iba al descubierto y con una expresión de recelo que provocó bromas de parte del resto.

—Cuidado, no vayas a mojar el piso.

—Mírenlo, está pálido como la luna misma, si eso fuera posible.

—¡Silencio!

La palabra del Venerable acabó con las chanzas y atrajo la atención del aspirante.

—Dices que quieres formar parte —dijo el principal con voz ahuecada.

El otro asintió, aunque en esos momentos dudaba de la cordura de aquella propuesta que habían deslizado en su oído días atrás. ¿Quiénes eran esos tipos en realidad? ¿Y qué esperaban que hiciera?

—Debes decirnos —insistió el Venerable—, para que todos escuchemos. Contigo seremos siete, y eso nos permite consagrarnos como orden. Ya pasaste por tu prueba de aspiración, ahora debes iniciarte en el rito.

Por eso habían tentado a aquel infeliz que no reunía las cualidades requeridas, para obtener el número adecuado de miembros. Pretendían refundar la Orden de la Camelia Blanca del valle de Shenandoah.

Después, nada más importaría.

—Quiero formar parte de ustedes para... superarme y colaborar con las misiones de los buenos hombres —repitió, según la consigna indicada.

El principal pareció satisfecho.

—Entonces, harás tu camino. Hoy, si cumples los requisitos, te convertirás en aprendiz, el primer rango en la logia. Luego deberás mantenerte firme en tu senda de iniciado para llegar a compañero, y por fin, a maestro. ¿Entiendes?

Parecía simple. El sujeto asintió.

—Lo primero es vendarte los ojos —y el Venerable hizo una seña para que otro de los miembros lo hiciese.

El aspirante retrocedió, espantado.

—¿Tienes miedo? —había un filo insidioso en la voz del hombre—. Porque si lo tienes, debes irte. No se aceptan cobardes.

El aspirante deseaba marcharse, pero temía las represalias. El que lo indujo a incendiar los barracones de Bellaflor como forma de presentarse había sido claro: una vez conocida su identidad por los demás, era difícil que pudiese evadirlos. Lo seguirían adonde fuera. Si se mantenía leal a las misiones encomendadas, en cambio, gozaría de privilegios que los hombres comunes no poseían. Aquello lo había tentado.

—Lo haré —dijo con precipitación.

Le vendaron los ojos, y el sujeto sintió un olor extraño en el pañuelo. Lo condujeron hacia el umbral de un sitio del que emanaba calor.

—Estás ante la cámara de iniciación. No temas, no hay nada peligroso en ella. Apenas entres, cerraremos la puerta y te sacarás la venda. Verás muchos signos y deberás fijarte en todos, porque son parte de tu aprendizaje. Luego te sentarás a reflexionar y escribirás en los papeles tus propósitos. Esto es fundamental. Debes ser claro en tus propósitos, pues de ellos depende que te aprobemos o no. ¿Entiendes lo que te digo?

El infeliz asintió casi sin voz, incapaz de confesar que no sabía escribir, y dejó que lo empujasen adentro de la cámara. Se quitó el pañuelo de inmediato, pero ya la puerta estaba cerrada. Era un minúsculo cuarto pintado de negro, con diversos dibujos grotescos.

“Los signos, según el mandamás de allá afuera”, pensó. Abundaban los esqueletos y las guadañas, aunque había también otros de aspecto inocente, como relojes de arena.

El hombre avanzó tanteando las paredes hasta dar con un escritorio pequeño provisto de un tintero y un manojito de papeles. Se sentó, y al extender la mano tropezó con una calavera. Aterrado, se echó atrás y tiró la silla con estrépito. Le pareció que del otro lado reían. Confuso y avergonzado, volvió a sentarse y miró los papeles. No sabía leer tampoco. Su contacto le había advertido que se trataba de preguntas simples: si estaba en su sano juicio, si entendía las razones de la orden, si deseaba enaltecer su vida con obras de bien y cosas en apariencia inofensivas, a las que bastaba responder con una marca en el margen. Su mano temblorosa dejó varios manchones que intentó borrar con el faldón de su camisa, en vano. Por fin, se puso de pie y dio tres golpes en la puerta, como le habían dicho. Ésta se abrió para dar paso a uno de los encapuchados, que de inmediato lo volvió a vendar y lo sacó a la rastra.

—Ya firmaste —dijo el Venerable, dando por sentado que todo había sido hecho.

—Sí.

—Entonces, eres uno de nosotros. Y para probarlo, te abrirás la camisa.

Cada vez se tornaba más atemorizante la iniciación, pero ya no había vuelta atrás. Uno de los hombres le descubrió el pecho izquierdo y otro puso una mano sobre su

hombro.

—Híncate —ordenó.

El hombre cayó de rodillas, y con horror sintió que lo sujetaban por ambos brazos mientras el filo de una espada acariciaba la porción de piel que quedaba expuesta. Un corte leve, y una presión sobre la cabeza, hasta que la voz del Venerable sentenció:

—Eres el aprendiz y te llamas Amanecer Blanco —aquí hubo risas sofocadas—. Recordarás este nombre cuando recibas el encargo de las misiones. Ahora puedes quitarte la venda para que veamos tu nueva cara, la del hombre que empezaste a ser.

Con alivio recuperó su visión, aunque seguía en tinieblas acerca de a quiénes había jurado lealtad. La voz del principal le sonaba gangosa, y se dio cuenta de que sus oídos parecían cubiertos de algodón. De manera confusa, relacionó esa sensación con el olor del pañuelo que le habían colocado. Se preguntó si él también tendría una capucha y unos cuernos.

El mandamás respondió a su pregunta no formulada:

—Después de tu primer encargo como miembro recibirás la toga blanca. Los cuernos vendrán con el segundo. Por el momento, sólo tienes derecho a usar esto —y le entregó un rollo de cuerda con nudos—. Cada nudo representa a un miembro de la Camelia, y la sogla simboliza la unión que debe haber entre nosotros. Si no respetas tu juramento...

Se hizo un silencio que erizó el vello del aspirante, hasta que el otro concluyó:

—... uno de estos nudos será desatado.

Qué quería decir con eso, sólo el encapuchado lo sabría. Para Amanecer Blanco, todo aquel escenario era una farsa escalofriante. En su interior abrigaba la esperanza de que después del primer trabajo se olvidasen de él y su pertenencia a la orden se limitase a reunirse cada tanto y obtener privilegios. Era lo que le habían dicho.

—Recibirás por escrito la misión. Será cuando menos lo esperes y en cualquier lugar. Sólo tienes que deshacerte del papel, quemarlo o comértelo.

—Maestro, te recuerdo que el iniciado no sabe leer.

Los ojos del aprendiz causaron hilaridad entre algunos encapuchados. El Venerable jamás reía ni se plegaba a las bromas. Era, entre todos, el que con más seriedad tomaba los ritos.

—Eso no será impedimento. Se dibujará el encargo de manera explícita. Firma el libro, ya puedes hacerlo —agregó con impaciencia.

Lo escoltaron hacia el atrio, y le dieron un trozo de carbón. El aprendiz dudó.

—Haz un signo, lo que quieras —lo apuró el principal con desdén.

Amanecer Blanco estampó su marca en el libro debajo de las firmas de los otros, que para él eran meros garabatos, y luego se dejó llevar hacia la puerta, donde la luna se derramaba con fantasmal nitidez.

—Vete. No vuelvas aquí nunca, a menos que te llamemos. Este lugar debe permanecer secreto. Si vienes, lo sabremos.

—¿Qué... qué debo hacer ahora?

—Nada. Sólo esperar. Vete.

Amanecer Blanco echó a correr no bien se alejó de la claridad del porche. Sus pies lo llevaron a través del bosque al principio sin rumbo, y luego, al reconocer la senda que conducía al prado, con más rapidez, a fin de alejarse cuanto antes del terrorífico antro de reunión de los Caballeros de la Camelia Blanca.

La luna abandonó los campos y quedó un cielo frío cubierto de estrellas. Le pareció que algunas formaban un escalofriante dibujo de un toro con cuernos gigantescos.



## CAPÍTULO 8

Caius resultó ser tan hábil con las manos que Clara le encargó también la hechura de algunos pequeños muebles para el interior de la casa. Él mismo propuso construir una cuna para el bebé, ya que Alfonsito dormía junto a la cama de Clara, en un canasto aderezado. Se puso a la obra de inmediato al obtener la aprobación de la patrona, y los niños le ayudaron a conseguir la madera que precisaba. Era un hombre callado y paciente, muy religioso y honesto hasta la médula. Amaba a sus hijos con devoción, aunque su natural timidez le impedía manifestarlo. La manera de agradecer el trato que dispensaban a su familia era ofrecer sus servicios y cumplirlos del mejor modo posible. Ponía el alma en la labor, sin importar cuánto le llevase ni pedir paga extra por ella. Clara simpatizaba con él, le gustaba su prudencia, y lo animaba a que le contara cosas de cuando los niños eran pequeños, porque advertía que así Caius se desahogaba y demostraba su cariño.

—Se harán hombres antes de lo que piensas —le dijo un día.

—Así debe ser, señora, lo que Dios disponga para un padre: ver crecer a sus hijos y que sean ellos los que le cierren los ojos.

Clara continuaba, entretanto, con su tarea de ordenar el consultorio, que a la vez era un aprendizaje, ya que cotejaba cada etiqueta con el directorio médico y tomaba notas con ayuda de lo que iba leyendo en el cuaderno de cuero. Pasaba largas horas en aquel cuarto limpiando, anotando, estudiando o pensando. Cada vez se sentía más compenetrada de la labor de su padre, entendía mejor la pasión que le despertaban los poderes curativos del mundo natural. Ambrose había avanzado de manera empírica, ensayando las propiedades de cada sustancia en él mismo, anotando los efectos y concluyendo sobre las bondades de su uso. Clara se valía de ese conocimiento para elaborar un catálogo de remedios que incluyera tanto la farmacopea clínica como la medicina tradicional cherokee. Era una labor ardua que consumía casi todo su tiempo. Al haber podido delegar gran parte de las tareas cotidianas en los criados y empleados, se encontraba libre para dar rienda suelta a su vocación.

Jim la encontró envuelta en una manta a cuadros, inclinada sobre los papeles y escribiendo con fervor. El fuego agonizaba y ella no se daba cuenta. Él removió las brasas y echó dos leños que aguardaban su turno. El chisporroteo distrajo a Clara.

—Ah, es usted. Pase, señor Morris. Aunque veo que lo ha hecho ya.

—¿Está escribiendo su testamento?

De inmediato supo que la broma era inadecuada, tratándose de una joven que había perdido a su padre y tomando en cuenta que desconfiaba de él. Clara no se resintió, sin embargo, y le contó en cambio acerca de su plan de elaborar una guía completa de los usos medicinales de las hierbas.

—Encuentro todo esto muy interesante, señor Morris. Más de la mitad de las cosas que nos rodean sirven para curarnos. Si conocemos el origen de los males,

tendremos a nuestro alcance el remedio.

—Es algo que los indios conocen bien.

—¡Es cierto! Mi padre lo supo y por eso escribió notas en este cuaderno. Él aprendió muchas cosas de los cherokee, pues estuvo con ellos cuando fueron expulsados de sus tierras.

—¿Ah, sí? —la estudiada indiferencia de Jim le pasó desapercibida.

—Parece que en otra época fue ayudante de campo de un médico del ejército.

—El doctor La Rochelle.

—No era doctor en ese entonces, sino aprendiz.

—¿Cuándo fue eso?

—Aquí está —y Clara volvió las páginas del cuaderno con el que Jim la veía quedarse dormida a menudo—. Es el año 1838.

—*Nunna daul issunyi.*

—¿Cómo dice?

—Nada, palabras que he escuchado. Su padre conoció a los cherokee, entonces.

—Sí, y forjó verdadera amistad con algunos, por lo que leo aquí.

—¿Eso le sorprende?

—No. ¿Por qué debería sorprenderme? Eran gente trabajadora y leal. Mi padre dice que fueron traicionados.

—Así parece.

—Y que nunca se les pagó su ayuda en los ejércitos, antes bien, se les privó de su tierra y se los expulsó a un lugar inhóspito. En el trayecto muchos murieron. Mire lo que dice el último párrafo que leí —y Clara se aclaró la garganta para ilustrar a Jim sobre el desafortunado destino del pueblo que él llevaba en la sangre y en el alma.

### *Octubre de 1838*

*Por fin se decidió la partida hacia el oeste. Cientos de fogatas nos rodean, el aire está helado y el humo se confunde con la niebla del amanecer. Desde aquí se ven nubes azules que bajan de las Montañas Humeantes, un triste recordatorio de la tierra perdida. No hay tiempo de lamentarse, los preparativos comenzaron con las primeras lluvias que acrecentaron los ríos. ¡Por fin se podrá navegar!*

*Ya poco y nada interviene el ejército, salvo para custodiar, pues quedó establecido que los mismos cherokee organizarán la partida. El Consejo Tribal es el que distribuye las raciones que han llegado.*

*Hasta donde alcanza mi vista se extienden carpas, carretas, bueyes, caballos y atados de forraje. Esto es un mar de gente y de cosas, y el ruido ensordecedor.*

*Me conmueve esta nación dividida y castigada que conserva su orgullo. Dicen que el Consejo resolvió guardar todos los tratados, así como la correspondencia sostenida con Washington desde los primeros años, las leyes y la Constitución que se dieron, según el modelo de la de la Unión de Estados. Son archivos de la memoria que no quieren perder, el legado para los que deben conocer sus raíces.*

*Si no fuese por la empalizada y las miserias del hacinamiento, esto bien podría ser un campamento de colonos blancos, tan civilizados se muestran.*

*Nos dividiremos para asistir a las diferentes caravanas. Algunos irán por agua, otros por tierra. Sólo los ancianos, los enfermos y los niños viajarán en carros, el resto deberá caminar, cargando sus efectos personales en la espalda. Los cherokee irán en grupos flanqueados por las tropas federales y por algunos guerreros de su tribu. Me disgusta la indiferencia de mis camaradas de armas, como si no comprendiesen el desgarró de atravesar este bosque dorado por última vez.*

*¡Dios bendito, están cantando! Un himno religioso, en su propia lengua. Faltaba esto para demostrar la injusticia de la expulsión. Deberíamos unir nuestras voces a las de ellos en lugar de escoltarlos al destierro.*

Clara cerró el cuaderno, conmovida. Jim tragó saliva. Podía recordar las palabras de su abuela contándoles que, mientras restallaba el látigo de los carreteros y se oía el roce de las espuelas de los soldados, el pueblo cherokee comenzó a entonar las estrofas de *Amazing Grace*, un lamento que quedó flotando en la tierra donde creyeron que enterrarían sus huesos. Para Clara, ese relato era una historia de sufrimiento que tocaba su fibra sensible. Para Jim, la razón de toda su existencia y la justificación de su venganza. De una manera insólita, sin quererlo, ambos formaban parte del tremendo episodio que marcó la vida de los cherokee. Saber que el padre de ella había asistido a la epopeya de su pueblo traspasó a Jim como una flecha envenenada. Aquello lo cambiaba todo, era la clave de la presencia del halcón, la razón de su incomodidad ante Clara y un camino a seguir. Tanto lo conmovió darse cuenta de ello que no se atrevió a traicionarse con palabras. En aquel cuaderno sencillo yacía la miseria de su pueblo.

La mano morena de Jim se adelantó para rozar con sus dedos el lomo desgastado. Se había convertido en un tesoro invaluable, y pertenecía a Clara.

—Su padre escribió lo que dice ahí —acertó a decir con dificultad.

—Así lo creo. Su letra es distinta de la de las recetas, pero entonces era muy joven.

—Era un buen hombre.

—Lo sé. El mejor de todos. Si estuviese aquí ahora, las cosas serían distintas. Yo no me vería obligada a fingir y usted sería un invitado de la casa en lugar de deslomarse trabajando.

Clara advirtió la cercanía de la mano de Jim y posó la suya, blanca y pequeña, en su dorso.

—Fui muy grosera, señor Morris. Estaba disgustada, pero eso no justifica mi conducta. No debí arrojarle las monedas a la cara, no vale la pena pelear por una alfombra, ni por casi nada. Vea cuánto perdió esta gente al ser trasladada por la fuerza a un país ajeno.

La expresión de Jim se tornó pétreo. La dulzura de Clara, unida a la revelación

que acababa de tener, se combinaron para minar su resistencia. Era necesario salir de aquel cuarto que lo agobiaba, con su chimenea ardiendo, el aroma de los remedios y la dulce calidez de una mujer por la que no deseaba sentir nada y a la que no hubiese querido deber nada tampoco.

Y acababa de descubrirla ligada a su propio destino.

—¿Adónde va, señor Morris? ¿Qué vino a decirme?

Jim aspiró el aire frío a bocanadas mientras corría hacia los establos. Montó en pelo sobre Milky y salió al galope. El animal entendía su estado de ánimo y respondía con igual brío. Cruzaron el prado amarillo, el jinete inclinado sobre el lomo nevado, la camisa flameando, los muslos apretados contra los ijares, la mandíbula clausurada como trampa de cazador. Terrones de pasto saltaban a su paso. Era una carrera hacia el pasado, o tal vez huyendo del pasado, intentando recobrar la vida propia, labrarse un futuro que no exigiese tanto de sí mismo. Tiempo de gozar de la cosecha en lugar de seguir cavando en la tierra.

Se detuvieron al límite de *L'Hirondelle*. Un riacho serpenteante marcaba la frontera entre ambas plantaciones. Jim contuvo los deseos de Milky de beber agua; era preciso apaciguarlo antes, para que no le hiciese daño.

—Shhh... quieto, tranquilo. Así, de a poco...

La voz profunda del hombre fue penetrando en la conciencia del animal y serenando su ímpetu bronco. Cabeceó, piafó, coceó, y por fin se rindió. Sólo cuando inició un paso suave le permitió Jim acercarse a la corriente rumorosa. Él también necesitaba descansar antes de beber. Desmontó y se sentó en las raíces de un gigantesco fresno.

—Padre.

La palabra le brotó desde el pecho, como si exhalara el último suspiro. Jim había convivido con el dolor de la pérdida unido al rencor de saber que su padre era uno de los firmantes del tratado. Jamás dudó de su honestidad. Tawato lo hizo porque creyó que la batalla por la tierra cherokee estaba perdida, y era preferible aceptar lo que el gobierno ofrecía en mejores condiciones. Exigir y pactar en lugar de enfrentar, eso era lo que su padre había elegido. Jim no podía estar de acuerdo, se había criado con la palabra de su abuela materna y bajo la supervisión del viejo shamán, ambos desconfiados y resentidos hacia los blancos. También se había criado con la amenaza constante del asesinato de su padre. Pasaron los años y ese temor se fue diluyendo, pues muchos cherokee se instalaron en Tennessee, emigraron a Carolina del Norte o simplemente olvidaron. Su padre volvió a ser el jefe y su hermano ocupó un lugar en el Consejo como orador. Todo parecía encarrilarse hacia una existencia pacífica, con Jim como Enlazador de Mundos, el rol que le heredó el viejo shamán. Fue cuando ocurrió aquello. Jim no olvidaría jamás el horror de los cuerpos descuartizados, las casas incendiadas, el llanto de las mujeres que esquivaron las balas pero no la muerte que se llevó a sus hijos. Y en el centro de ese cuadro dantesco, los cadáveres de su padre y de su hermano, sin cabeza. Aquella profanación que emergía del túnel de la



eterna guerra entre nativos y colonos, esa costumbre que degradaba a ambos contendientes, fue el detonante de la vida posterior de Jim. Se preparó durante meses, estudiando al enemigo, averiguando aquí y allá por los nombres y grados de los soldados que participaron del ataque, investigando las razones y profundizando en la idiosincrasia de la sociedad que permitía y hasta festejaba semejante atrocidad. Oh, sí, él conocía bien a los blancos. Tanto a los que habían acorralado a los suyos en la época del tratado como a los que en esos días pretendían comprar las tierras de los vencidos. Los blancos se devoraban también entre ellos, no por honor sino por dinero. Jim había sabido incorporar no sólo su modo de vestir sino el de actuar, para poder infiltrarse entre ellos sin despertar sospechas, y así saber a quién debía perseguir para cumplir su venganza. Y cuando por fin volvía con la prueba de su hazaña, dispuesto a retomar la vida en la aldea, el halcón intervenía. El encuentro con Clara desbarataba sus planes porque ahora le debía algo al doctor La Rochelle, un médico que, a diferencia del doctor Nancy, que segó la cabeza de su padre y de su hermano, se mostró respetuoso con los cherokee.

Un hombre blanco honorable. Y su hija, una joven de alma pura.

Y él, un maldito shamán destinado a la soledad.

El iniciado recorría los campos con una horquilla. Desde que participó en la reunión secreta aquella noche, tenía miedo hasta de su sombra. Cada nuevo día era un alivio si llegaba al final sin que hubiese recibido ningún encargo. Poco a poco, las horas vividas en el antro de los encapuchados adquirían el matiz de un mal sueño, y el hombre al que habían bautizado como Amanecer Blanco se sentía más seguro y a salvo de cualquier maldición.

Aquella mañana en especial estaba eufórico. Le gustaba Lettie, la criada de la mansión, y le pareció que ella lo miraba también. Era una mulatita bella. Él aún se encontraba a prueba, pero si cumplía bien su trabajo podía aspirar a un salario permanente. El coronel era un patrón que poco y nada podía hacer, mutilado como estaba. Necesitaría sus servicios.

En esos pensamientos se perdía cuando se topó con un hermoso caballo que pastaba en la ribera. Al verlo sin ensillar, supuso que sería salvaje y la codicia lo acicateó. Con un caballo así podría ganar una buena suma. Agazapado para no espantarlo, el hombre se acercó, asomando entre los pastizales como un zorro. El animal era nervioso, olfateó algo y se apartó.

—Maldición —murmuró el iniciado, y bajó la cabeza hasta sentir el olor de la tierra húmeda del río. Entonces, sus ojos dieron con un papel enrollado y atado con un cordel. La sangre se le heló en las venas. Comprendió que acababa de recibir su primer mensaje de la organización, y supo que no deseaba abrirlo. Extendió la mano, sin embargo, y lo apretó. El leve ruido ahuyentó a Milky, que trotó en otra dirección.

—Maldición, maldición, maldición... —repitió exasperado el hombre.

Se levantó dispuesto a irse de allí, pues el hallazgo había aguado su propósito, cuando sin saber de dónde un peso lo tumbó de nuevo y le hundió la cara en el fango.

Escupió y forcejeó en vano, aquel peso era demasiado para él. Una mano implacable lo tomó de los cabellos y alzó su cabeza sin permitirle girar el rostro, y una voz que le erizó el vello de todo el cuerpo lo conminó:

—¿Quién te manda?

Él no podía responder aunque quisiera, con la boca llena de mugre y el cuello arqueado hacia atrás, pero aquel sujeto no se conformó con quitarle el papel que todavía conservaba en la mano. Lo arrastró hacia el río y le sumergió la cabeza en las corrientes heladas una y otra vez, hasta que casi perdió el conocimiento.

—Habla.

Mal podía hacerlo, y el sujeto lo sabía. Debía de ser otro sádico, como los de la congregación. Ya no quería saber nada de esa gente. Todos estaban locos, la guerra los había desquiciado.

—¿Te manda André Levillier?

¿Su patrón? ¿A qué se refería ese hombre? Él ni siquiera recibía órdenes directas de Levillier, había un capataz encargado de dárselas. Negó con la cabeza, desesperado. El otro no aflojó y lo mantuvo contra el piso.

—Dile a tu patrón que sus espías no son bienvenidos. Que si desea saber algo, aquí lo espero.

—Él... él no sabe que estoy aquí. Yo quería... sólo quería el caballo. ¿Es suyo?

Por toda respuesta, Jim lo sacó del agua y lo arrojó sobre la hierba de la orilla, siempre boca abajo.

—Todo aquí es mío: los animales, la tierra, la casa, todo —agregó.

Amanecer Blanco vio la sombra del hombre que se cernía sobre él con arrogancia. Debía de ser un infame que se complacía torturando a la gente. Se preguntó si sería uno de los encapuchados que lo estaba poniendo a prueba. Quizá ése fuera otro rito de iniciación. Ellos no le habían explicado detalles del proceso. En tal caso, había salido bien parado, pues no soltó prenda. Aunque había perdido el papel. Hizo un débil intento de recuperarlo.

—Deme eso, señor, me pertenece.

Jim sonrió con malevolencia.

—Por eso mismo me lo quedo. Vete o te agujereo el cráneo. Y no mires atrás.

A duras penas, el iniciado se puso en pie y, maldiciendo por lo bajo, retomó el camino hacia *L'Hirondelle*. Jim permaneció mirándolo hasta que cruzó el puente de troncos. Luego, desató el pliego. Un dibujo muy explícito: los establos de Bellaflor con sus puertas abiertas, y flechas indicando la dirección que debían seguir los caballos una vez sueltos. Se imaginó la escena y comprendió que era tiempo de devolver la visita a los Levillier.

Duma se presentó en la cocina con una caja en las manos. La tetera soltaba su hervor en la estufa, y sobre la mesa se encontraban desparramadas las piñas que los niños habían recolectado. Clara machacaba hojas en un mortero.

—Buen día —saludó a la mulata—. Acércate a beber una taza de té. Mamá Sara

guardó raíz de jengibre.

Duma sacudió la cabeza y extendió la caja hacia la joven. Clara miró en su interior.

—¿Qué es?

Sacó un rizador de cabello y varios broches de metal.

—¿De quién es esto, Duma? Hace tiempo que no se usan, mira cómo se han deteriorado.

—Son de su madre, niña —intervino mamá Sara al entrar y ver la caja—. Estaban guardadas desde que ella murió —y echó una mirada admonitoria a la criadita.

—¿Y qué voy a hacer yo con esto?

Clara acariciaba con cariño aquellas piezas. Era muy pequeña cuando murió su madre, la había querido a través de los recuerdos de su padre y de mamá Sara.

—Creo que a Duma se le ocurrió que era hora de sacarles brillo de nuevo. Algo habrá que hacer con su cabello, niña.

Al parecer, la vieja criada estaba de acuerdo con la propuesta. Clara sonrió con tristeza.

—Ya es tarde para repararlo —y no dijo que de todos modos pensaba seguir cortándoselo.

—Siempre se puede mejorar lo presente. Venga aquí, le hice sitio para calentar las pinzas.

Confabuladas, ambas sirvientas prepararon en un santiamén lo necesario para la *toilette* de Clara. Ésta se resignó; después de todo, le hacía bien sentirse mimada.

Duma le enruló el cabello alrededor de la cara con pericia y consiguió estirarlo lo suficiente para recoger unos mechones en la coronilla, sujetando ese absurdo rizo con dos broches.

—Mucho mejor —aseguró mamá Sara—, ya no parece una ardilla.

Puso ante ella la tapa de una cacerola y Clara vio un rostro pequeño, agraciado por una miríada de bucles diminutos.

—Gracias, Duma —y la recompensó con una sonrisa. La muchacha lucía orgullosa de su trabajo, y ella no podía ofenderla rechazando esa muestra de cariño.

—Ahora seguiré con lo mío —anunció, y se envolvió en un chal para salir.

Tenía pensado habilitar una parte del invernadero y hacer nuevos almácigos de hierbas.

Estaba frío y soleado, ideal para una cabalgata. Suponía que el señor Morris habría hecho eso, pues no lo vio en toda la mañana. Quizá, si él le hubiese dicho, ella podría haberlo acompañado. En los últimos días lo notaba distante y más reconcentrado de lo habitual. Después del breve interludio en el consultorio, cuando le preguntó por su padre, Jim se mostraba huraño y esquivo. Recorría los campos, trasnochaba asentando gastos y haciendo cálculos, y rara vez compartía la merienda. Hasta lo notaba alejado de Alfonsito. Era un hombre extraño, dueño de una vida interior difícil de penetrar. Clara deseaba comprenderlo y ayudarlo, pues presentía

que ocultaba un pozo de sufrimiento.

Revisó los canteros y con una pala removió la tierra endurecida. Formó cuadritos para asignar a cada uno una planta, y consultó el catálogo que venía armando.

—Matricaria por aquí, efedra allá... no, ésta es peligrosa, puede contaminar a las otras. Mejor en el extremo del pasillo. Angélica y valeriana pueden ir juntas.

Le resultaba curioso que las plantas más valiosas fuesen las de apariencia más humilde, hasta insignificante a veces. Una buena lección de la naturaleza.

—El Señor no deja nada librado al azar —murmuró.

Recorrió el invernadero en busca de los rincones más apropiados y los señaló con ramitas para recordarlos luego. Al cabo de un rato, se sentó en el borde de un cantero, bajo la turbia lámina de vidrio del techo, que a la sazón mostraba rajaduras y agujeros. El sol se filtraba por los vitrales rojos y azules, bañando de extraña luz el lugar. Clara se sentía en una burbuja mágica. Así la encontró André, con los ojos cerrados, acunando el libro de recetas, y una sonrisa en los labios.

—Un hada en su castillo —dijo con voz ronca.

Ella se sobresaltó.

—No te oí llegar.

—Estabas ensimismada, bella durmiente del bosque. Eres hermosa, Clara, y con ese nuevo peinado no se nota que te has cortado el cabello. Extraño tus rizos de oro. Dime por qué lo hiciste. Sabes que puedes contarme lo que sea.

La conversación retornaba a terrenos peligrosos. Clara se llevó una mano a la cabeza y restó importancia al peinado.

—Duma quiso ayudarme, es todo. ¿Qué buscas, André?

—Nada, sólo verte. ¿Puedo? —y se sentó a su lado.

—Pienso renovar el invernadero —alegó ella, para dirigir el interés del hombre hacia otro tema.

—Entonces te quedarás.

—Por ahora no tengo otra opción, hasta remontar Bellaflor. Me duele verla tan caída.

—Tu esposo parece interesado también en ello.

—Jim es muy eficaz, sabe qué hay que hacer.

—Me imagino. Debió de aprender a administrar tierras en Carolina del Norte. ¿Dónde está el niño?

—Alfonsito está con Duma, que lo atiende mejor que nadie.

—Te hiciste mujer y madre en poco tiempo, Clara.

—André...

—Escucha, no te lo reprocho. Sé que la guerra trastoca todo y se hacen cosas de las que nos arrepentimos luego.

—No estoy arrepentida.

—Clara, tu padre deseaba que continuaras la estirpe de La Rochelle.

Ella se sintió desdichada.

—Nuestros padres tienen sueños y es natural, pero también nosotros soñamos, André.

—Lo sé. ¿Cuál era tu sueño, Clara? ¿Casarte con un desposeído y criar a su hijo?

La joven no quería herir a su amigo, pero se le hacía difícil tolerar sus avances sin mentir y sin responder de modo tajante.

—Jim tiene negocios en Tennessee, no es un desposeído. Deberías entablar amistad con él, André, en lugar de criticarlo.

Él torció el gesto.

—Me pides algo difícil, Clara, que sea amigo del hombre que me quitó a mi novia.

—Recuerda que no éramos novios, sólo amigos.

—Íntimos.

—Nos criamos juntos y eso nos hizo muy cercanos, pero no te prometí casarme, André. A la distancia, y con las ausencias de los seres queridos, nos figuramos cosas que no son.

—Sabes lo que siento por ti.

—Y yo te quiero mucho, pero...

—¡No lo digas! Si dices que me quieres como a un hermano no respondo, Clara.

Ella suspiró, acongojada.

—Lo último que deseo es discutir contigo, André.

—¿Dónde contrajiste matrimonio?

La pregunta la sobresaltó y se le notó en la cara, lo que animó a André a continuar.

—Debió de ser en otro país, puesto que tu hijo ya tiene... ¿cuántos meses?

—Alfonsito va a cumplir dos meses.

—Entonces, te casaste en algún sitio remoto del que no tengo ni idea. ¿Adónde fuiste, Clara?

—Estuve un tiempo con las Hermanas de Caridad de la Orden de Nazaret.

La expresión del hombre fue de absoluta incredulidad.

—¿Con las monjas? ¿Y eso por qué, Clara?

—Mientras estuve con Memé en Francia, conocí a una religiosa que me acompañó en los peores momentos de su enfermedad. Ella me habló de esta orden que va por el mundo ayudando a los que sufren, y me interesó conocerla.

—Típico de ti, pero para ayudar a los menesterosos no necesitabas alejarte tanto. Aquí mismo hay gente que sufre. ¿Hasta dónde llegaste con las monjas?

—Viajé hacia Sudamérica. Llegué al Río de la Plata justo en medio de una epidemia de fiebre amarilla, y pude colaborar con la comisión popular que se formó para ayudar a la población de Buenos Aires. Conocí a personas muy valiosas que me enseñaron mucho.

—¡Diablos, al fin del mundo! Y yo aquí, sin saber nada, y tu padre clamando por ti...

—No me digas eso, André, por favor. Estoy arrepentida de haberme marchado disgustada con mi padre, esa culpa me acompañará toda la vida.

—Yo también discutí con él —admitió André.

Clara lo miró con interés.

—¿Por qué? Cuéntame, por favor. Es poco lo que sé sobre los últimos días de mi padre.

André tomó la mano de Clara con la excusa de recordar algo doloroso y ella lo permitió.

—Fue después de que partiste. Vine aquí para exigir que me dijese dónde estabas, y él se encontraba furioso contigo. Dijo que de nada valía haberte criado con tanto esmero, puesto que al primer capricho lo abandonabas todo sin la mínima responsabilidad.

—¿Eso dijo? —balbuceó Clara.

—Estaba dolido, es comprensible. Yo también. Le reproché su actitud intransigente y me respondió que en tu decisión yo tenía mucho que ver, ya que no querías contraer matrimonio.

—André...

—Escucha, lo entiendo. Eras muy joven y quizá tu padre se mostró autoritario. Él era así, indiferente a lo que los demás hacían o decían.

Clara calló. Reconocía ese defecto en Ambrose, producto de su ensimismamiento y dedicación a la profesión, que lo absorbía por completo. Carecía de paciencia para entender a los otros.

—Le dije cosas hirientes entonces —prosiguió André—, y él me lanzó otras.

—¿Qué dijo? Quiero saberlo.

André suspiró, derrotado.

—No te gustará, Clara.

—Igual quiero saber.

—Dijo que te desheredaría.

Clara lo había escuchado decir eso en medio de una discusión, para ella no era sorpresa.

—Imagino que lo hizo, entonces.

—Por fortuna murió antes. Creo, de todos modos, que no habría llegado a hacerlo —se apresuró a decir André ante la mirada desconsolada de Clara—. De todas formas, supe que le encargó a su notario que te siguiera los pasos. Pudo habérmelo pedido, pero no lo hizo.

—Pobre papá, debió de sentirse muy solo. Lo lamento tanto, tanto... —y la joven se echó a llorar.

André la tomó en sus brazos y acunó sus lágrimas. Con la barbilla apoyada en los rizos de la joven, absorbía los sollozos con aire protector. Era lo que siempre había querido, servirle de apoyo y sostén, ser su amante, su esposo, su amigo. Se imaginó serlo en ese instante de debilidad de ella, y acarició con ternura su espalda delgada.

—Llora, te hará bien —susurró con suavidad en su oído.

El aliento caliente de André penetró en la conciencia de Clara, que de pronto se enderezó y se enjugó las lágrimas.

—Sacaré adelante Bellaflor por él —decidió en un impulso de bravura—, aunque después me aleje de aquí.

—¿Cómo es eso? No debes alejarte nunca más, Clara, ahora eres parte de esto. Si Ambrose te hubiese desheredado no tendrías hogar adónde ir, pero al no ser así, ésta es tu casa.

Ella lo miró con infinita dulzura.

—Una cosa que aprendí con las monjas —le dijo con serenidad— es que el hogar está allí donde nos necesitan. La casa de Dios es el corazón del otro.

—¿Qué cosas dices, Clara! —sonrió André—. Ni que estuvieses ordenada.

Antes de que ella pudiese replicar, un rumor de pasos los sorprendió.

—Disculpen —dijo una voz masculina, previo carraspeo anticipatorio—. Me dijo su mayordomo que usted estaba aquí, señora Morris.

André se incorporó, más aguijoneado por el apelativo dado a Clara que por la interrupción.

—¿Quién es usted, qué desea? —lo increpó.

El hombre vestía con elegancia, aunque su vientre arruinaba el efecto del abrigo de pieles.

—Vengo de la oficina de tierras del condado. Su esposo ha accedido a entregar algunos campos en usufructo, señora, y mis hombres quieren efectuar las mediciones para disponer de ellos. Francis Forster, para servirla —y extendió una mano que ninguno de los jóvenes tomó.

André parecía víctima de una apoplejía.

—¿Con qué derecho? —bramó.

El hombre lo miró con cierta arrogancia.

—Supongo que con el que le da ser el esposo de la señora. ¿Usted no estaba al tanto, Mrs. Morris?

Clara no debía desautorizar a Jim hasta saber con exactitud qué había dicho, de modo que aceptó a medias.

—Habíamos hablado, sí —contestó sin faltar a la verdad.

—Bien, porque hemos venido con los instrumentos para trazar los límites y así ofrecer las parcelas con justeza. Con su permiso entonces, señora —y el desconocido se llevó una mano al borde de su chistera.

—¿Clara, no puedes permitirlo! —gritó André fuera de sí—. ¡Es la tierra de tu padre!

—Hablaré con Jim para saber qué fue lo que decidió, y luego veré si es apropiado.

—Nada de esto será apropiado. Dividir la plantación es destruir su esencia, Clara, y lo sabes. No es lo que Ambrose deseaba, de eso estoy seguro.

Clara se encontraba en un dilema. Ella sabía que su padre no había querido desmembrar la tierra porque así la había recibido del abuelo, pero ignoraba qué hubiese hecho al terminar la guerra, ante las desastrosas condiciones en que había quedado Bellaflor.

—Hablaré con Jim —insistió ante la terquedad de André.

—Tu esposo será tu perdición, Clara —le arrojó con veneno.

Ella se encogió ante la ferocidad del tono y también porque, en su fuero íntimo, la presencia del señor Morris sacudía sus convicciones más profundas, aquéllas en las que había cimentado su vida desde hacía tiempo. Desde que llegó a Bellaflor, notó con desamparo que su ser reaccionaba de modo distinto ante Jim que ante André, y que su corazón latía de prisa si el señor Morris la miraba en silencio. Por las noches, antes de que él entrase al cuarto, solía quedarse recordando los breves momentos en que le dedicaba una conversación o le daba una orden. Se había acostumbrado a depender de él y, a pesar de la sequedad de su carácter, sentía vibraciones en su cuerpo cuando lo tenía cerca. Jim Morris decía poco y nada, pero era dueño de una fuerza que arrollaba su voluntad. A Clara le costaba imaginarse sola en Bellaflor, con Alfonsito y los criados, sin la autoritaria figura de aquel hombre que de modo casual se había sumado a su vida. Y estaba segura de que a todos les sucedía lo mismo, que pese a los resquemores valoraban su presencia.

Cierto era que lo suponían su esposo.

—Clara, debes hablar con él y convencerlo de volver atrás en esta estúpida decisión. Después de la guerra, todo se acomodará de nuevo. Ya hay hilanderías nuevas que pronto demandarán más algodón. Podríamos transformar todo esto en plata blanca, es lo que más conviene. Le dije lo mismo a mi padre, debemos pasarnos al algodón, que fue la riqueza del sur. Tu esposo nada sabe, está actuando movido por las influencias de los unionistas, que ahora quieren su tajada. Parece mentira, un hombre que luchó con los cherokee por los confederados...

—¿Con los cherokee?

André la contempló con suspicacia.

—¿No te lo ha dicho? ¿Qué sabes de él, Clara? ¿Cuánto hace que lo conoces?

Impedida de contestar a eso, Clara salió del paso con una respuesta anodina.

—Jim es callado, eso es todo. Yo tampoco le he contado de mi vida aquí.

—Entonces, no le hablaste de mí y de mis sentimientos.

—¿Crees que sería adecuado, André? Ni siquiera nosotros deberíamos estar hablando de eso ahora, con tanto por hacer.

Él la acompañó en silencio hasta la fuente destrozada, donde se despidieron. La miseria del abandono se hacía más notoria bajo la fría luz del otoño. André partió, calculando en su mente cómo hacer para transformar las plantaciones en campos productores de algodón, la única salida para evitar las pérdidas y pagar las deudas de guerra. Suponía que su padre cedería, al fin y al cabo no podría sacar adelante *L'Hirondelle* sin sus piernas, lo necesitaba, y pensaba aprovecharse de esa necesidad.



En cuanto a Clara, era un hueso fácil de roer.

El verdadero problema estaba en el indio.

—¡Señor Morris! Pase usted.

Jim se adelantó, sombrero en mano, hacia el rincón donde el coronel Levillier degustaba una taza de té en compañía de su perro de aguas. El animal sacudió la cola en señal de amistad al verlo.

—Parece que le ha caído bien a Chester —bromeó el coronel—, y eso es raro. Se ha puesto huraño como su dueño. Adelante, siéntese. Ordenaré que le sirvan té.

—No se moleste, señor. Vengo de paso, para consultarle algunos problemas de la plantación.

—Insisto. ¡Lettie, trae otra taza de té para el señor Morris! Aprendí de mis mayores que hasta los disgustos más grandes se pasan mejor con los sorbos de un buen té.

Jim obedeció en silencio y se acomodó en una poltrona ubicada junto a la chimenea.

—Los pequeños placeres son lo que nos queda, señor Morris. La guerra se lo llevó todo.

La melancolía del coronel era punzante. Su cuerpo tronchado, la viudez, las batallas perdidas y el nuevo estado de cosas en el mundo eran motivos suficientes para arrebatarse la esperanza. Jim podía sintonizar con ese ánimo.

—Se hizo lo que debió hacerse —comentó con acritud.

El coronel lo miró por sobre la taza.

—¿Sabe, señor Morris? Yo debería guardarle por lo menos antipatía, ya que usted se casó con la mujer que mi hijo ama —y se apresuró a levantar una mano en son de paz, por si acaso—, pero no puedo, por la sencilla razón de que veo en usted a un hombre cabal en el que Clara puede apoyarse. Ante la falta de su padre, ella necesita de un hombre centrado, y debo admitir que mi hijo no lo es. André ha vivido siempre creyendo que el mundo lo han puesto a sus pies para que se sirva de él, y Dios sabe que hemos contribuido bastante con ese error su madre y yo. Mary Ann nunca comulgó con la vida del sur: las tradiciones, el paternalismo de los hombres, los remilgos de las mujeres, se le tornaron insoportables. Su familia era de una estirpe de pioneros, de los que hacen de la austeridad y la independencia un estandarte. El deber patriótico, como diría mi suegro. Ella valoraba esas virtudes. ¡Ni siquiera toleraba los veranos del sur! Me decía —y los labios del coronel se curvaron en una sonrisa bajo el bigote blanco—: “¿Cómo puedes sobrevivir en un pantano?”. ¡En un pantano! Con lo delicioso que es el valle... pero así lo veía ella. Mi Mary nunca fue feliz, señor Morris. Y se lo digo a usted, que es un desconocido, porque de haberme mentido tanto ya estoy hartos. Mi propio hijo me lo echa en cara. Ya ve, André está amargado por partida doble. Perdimos la guerra, vivimos endeudados y no tenemos ni los recuerdos para alegrarnos, ya que tampoco son tan dulces.

—Una mujer así —dijo con tiento Jim— podría haberse marchado de haberlo

querido.

Jean Marc frunció las pobladas cejas al escucharlo.

—Válgame, tiene usted razón. Bien pudo volver a Washington durante la guerra, con la excusa del peligro. Hubiera estado más segura entre los miembros de su familia. Es más, yo debí habérselo propuesto. Otra muestra de mi egoísmo. Quizá André y yo no seamos tan diferentes tampoco.

—¿Su hijo de usted no está en la casa?

El coronel hizo un gesto desdeñoso.

—Casi nunca está. Sale de día y de noche. Quiere recuperar la propiedad pero no le dedica tiempo suficiente. A veces creo que este hijo es la encarnación de mi padre. El viejo era así, temerario y arrogante. Más de lo que yo he sido en toda mi vida. Mucho de lo que hice fue empujado por la voluntad de mi padre, que deseaba verme convertido en un héroe. Creo que lo desilusioné bastante. Por lo pronto, él tampoco amaba a Mary Ann, le parecía una mujer fría, indigna de llevar mi apellido. “Habiendo tantas lindas sureñas, tuviste que ir al norte a elegir a una estaca”, me dijo una vez. Por supuesto, a partir de ese día le negué la entrada a mi casa, incluso después de que nació André. Lo más grave es que sigo sin arrepentirme de eso. Me pregunto si las desavenencias entre padres e hijos se transmitirán a los descendientes. ¿Lo cree usted, señor Morris?

El interés del hombre era auténtico, y Jim se encontró reflexionando sobre eso. Él había tenido enfrentamientos con su padre, siempre por el mismo motivo: Tawato insistía en la legitimidad del tratado, y que la causa de las desdichas de los cherokee había sido no aceptar el traslado cuando fue ofrecido en forma pacífica. La vida en la aldea se tornó un continuo reproche. Jim presenciaba desde pequeño los ataques de su abuela hacia su yerno, y las respuestas metódicas y cansadas del hombre, que por respeto a la esposa muerta prefería tolerar. Su hermano, apurado por hacerse de un nombre entre su gente, poco se interesaba en remover el pasado. Por el contrario, le convenía ignorarlo, para que nadie le echase en cara pertenecer a la familia de uno de los firmantes.

—Sólo somos responsables de nuestras decisiones —dijo Jim—, aunque pesen sobre nosotros las de nuestros ancestros.

—Confirmo mi opinión sobre su sensatez, señor Morris. ¡Ah, aquí estás, Lettie!

El coronel indicó a la criada que sirviese el té y le reprochó su descuido cuando ella derramó unas gotas.

—Mujer, estás descaminada, fíjate en lo que haces.

La muchacha se disculpó y cometió más torpezas antes de salir con rapidez del salón.

—Hasta el servicio está deteriorado —se lamentó el coronel.

Jim sorbió el té, pensativo. El apuro de la mujer le había parecido muy a propósito de su presencia en la casa, puesto que debía de estar acostumbrada a servir el té a sus patrones. Quizá alguien la aguardase para preguntarle algo. Del coronel no

sospechó, era un hombre que mostraba sus flaquezas en lugar de disimularlas. Y Jim podía penetrar más allá del semblante para descubrir intenciones ocultas. Por eso lo desconcertaba Clara, porque jamás abrigaba otras intenciones que no fuesen las que declaraba.

Ella rompía todas sus lanzas de guerra.

—Espero que André no me guarde rencor por haberme casado con Clara —dijo de pronto.

—Lamento no poder prometer eso. André es rencoroso por naturaleza. Hasta temo que sienta cierta rabia hacia Clara por no haber aceptado casarse con él y hacerlo con otro después.

—¿Ella lo amaba? —y el propio Jim se sorprendió de su pregunta.

El coronel, en cambio, la tomó con naturalidad.

—Clara ama a todos, es su naturaleza también. Resulta difícil discernir cuánto de amor femenino y cuánto de amor universal hay en ella. Solía burlarme de Ambrose diciendo que él y Maribel habían dado a luz a un ángel. Bueno, veo que sí era capaz de amar en el sentido vulgar de todos nosotros. A menudo André se fastidiaba con ella porque le resultaba demasiado espiritual. Los hombres somos más terrenales.

Jim masticó con rabia esa información. A él también le molestaba ese don de Clara, sobre todo cuando ella le besaba la mano y suponía que el contacto de sus labios no le arrancaría un tirón en las ingles, o bien le sonreía sin pensar que él podría anhelar su boca rosada. Conocía bien el fastidio de André, lo estaba viviendo en carne propia.

—Pero usted vino para hablarme de sus problemas y lo estoy distrayendo con cháchara de viejo. Dígame, ¿ha conseguido plantadores para empezar a cultivar la tierra de nuevo?

—Hemos tenido algunos contratiempos, aunque ya estamos mejor encaminados. Tal parece que los antiguos esclavos no desean volver en calidad de asalariados.

—Eso es porque los yankees les han prometido el oro y el moro, y ahora se las verán en figurillas para cumplirles. Son muchos los desamparados de la guerra que no tenían otro oficio que cultivar. Nada saben de las manufacturas del norte, y además allá ya tienen inmigrantes que desempeñan esos trabajos con más eficiencia. Se ha cometido un error, señor Morris, al apretar las clavijas a los sureños.

—He decidido parcelar la tierra y darla a los colonos.

La intempestiva respuesta enmudeció al coronel, aunque se repuso rápido.

—Bien, bien. Es una alternativa, válida como cualquier otra. Después de todo, estamos tratando de salir a flote y nada está del todo bien ni del todo mal.

—¿Usted lo hará?

—Mi hijo no quiere oír hablar de eso, y no lo culpo. Son años dedicados a la tierra, durante generaciones. Lleva en la sangre el amor por este modo de vida. Lo que sucede es que los Levillier somos franceses de antigua raigambre en Virginia, mientras que el abuelo de La Rochelle era de Luisiana, lo que aquí diríamos un

advenedizo. Yo aún no he decidido nada, y lo que decida deberé consultarlo con mi hijo. Verá que no estoy en condiciones de valerme por mí mismo.

Jim mantuvo los ojos fijos en el semblante del coronel pese al ademán con que él señaló sus piernas cubiertas por la manta. Había detectado algo, una leve señal que lo alertó.

—Mi visita era para comentarle mi decisión, y saber si pensaba hacer lo mismo. Los de la oficina de tierras me ofrecieron servicios de mensura y la gestión de semillas y herramientas que no tengo por ahora.

—Sí, sí, ellos hacen su negocio también. Bueno, no se lo reprocho a usted, ni a ellos —y Jean Marc suspiró con aire derrotado—. Lo que ha de ser, será.

Jim se levantó y se encasquetó el sombrero.

—Disculpe si mi noticia lo ha decepcionado —dijo.

—No, en absoluto. Me sorprendió, tomando en cuenta que usted estuvo en la Thomas' Legion.

—Mi vida como soldado no tiene que ver con la realidad de una plantación.

—Claro, tiene razón. Enhorabuena, señor Morris. Espero que los arrendamientos lo saquen del apuro.

—Así lo espero también, señor Levillier.

El perro lo acompañó hasta la puerta meneando la cola, y su dueño lo llamó con aspereza.

—¡Chester, ven acá! ¿Tú también me dejas solo?

Jim montó sobre Milky y tomó las riendas que con evidente antipatía le ofreció el mozo de la casa. Se despidió y taloneó al appaloosa en dirección al prado, para después torcer el rumbo por el bosque hacia la parte trasera donde había un invernadero y un jardín, ambos en mejor estado que los de Bellaflor. Estaba claro que la guerra había sido más indulgente con aquella plantación de azúcar que con la de tabaco de Ambrose La Rochelle. Llevó al caballo por entre los senderos hasta llegar a un macizo de crisantemos.

—Come tranquilo —lo alentó con una palmada en el anca.

Se mimetizó con el muro de piedra que conducía al pabellón de vidrio templado. Desde afuera pudo observar hileras de flores de cultivo, algunas exóticas, otras de la región, todas con sus carteles indicativos. Era un invernadero destinado al goce estético, carecía de las plantas curativas que el padre de Clara había querido cultivar. Y lucía cuidado con esmero. Jim se desplazó sin ruido por un lateral hasta ubicarse en un ángulo desde el que observaba los canteros. Sus ojos sagaces dieron con lo que buscaba.

En un lugar de privilegio, cubierto por un globo de vidrio y rodeado de helechos, había un almácigo repleto de camelias. Blancas, enormes y lozanas.

Listas para ser cortadas en una noche de luna sangrienta.

Clara aguardaba a Jim en el cuarto. Habían cenado sin su compañía, y ella se encontraba impaciente por saber acerca del arrendamiento de los campos.

—Si ese hombre fuese tu verdadero padre, Alfonsito, ya me oirías protestando día y noche.

El bebé mostró sus encías rosadas en una sonrisa tan simpática que Clara se echó a reír y rodó con él sobre la colcha. En ese instante entraba Jim.

—Buenas noches.

Su semblante hosco y su aspecto cansado detuvieron la andanada de preguntas que le preparaba ella.

—¿Pasó algo, señor Morris?

—Nada que deba preocuparle, Clara, cosas de la plantación.

—Bellaflor me preocupa, y tengo derecho a saber.

Si él acusó recibo de la crítica, no lo demostró.

—Voy a tomar un baño —anunció—. Le he pedido a Moses que lo suba aquí, como hizo con usted.

—Entonces me retiro.

—Quédese. Resultaría extraño que mostrase pudor frente a sus sirvientes.

En ese momento sonaron dos golpecitos y la puerta se abrió, dejando paso al mayordomo que, ayudado por Jeremías, arrastraba la misma tina que usó Clara.

—Aquí la tiene, patrón. Sara se encarga del agua caliente.

—Gracias, Moses. Y a ti —dijo Jim en dirección a Jeremías, que inclinó la cabeza hacia Clara.

Ella se encontraba incómoda, sentada sobre la cama en bata en presencia de un desconocido, sin contar con que el propio Jim Morris lo era.

—Cuando venga mamá Sara me iré para dejarlo bañarse en paz.

—He dicho que se quede. Tengo cosas que hablar con usted.

—¿No pueden esperar?

—No.

Clara reprimió una respuesta airada que le subió a la garganta con ardor de bilis.

—En ese caso... —y soltó el tul del dosel para quedar a cubierto de su mirada.

Mamá Sara subió dos baldes de agua que Jim le ayudó a arrojar en la tina. El vapor invadió la habitación, creando una atmósfera relajada y acogedora. Alfonsito se fue quedando dormido en brazos de Clara, que lo depositó con dulzura en el canasto junto a la cama e hizo señas a mamá Sara de guardar silencio.

—Le diré a Duma que venga por él —susurró la negra, cerrando la puerta con cuidado.

Jim comenzó a desvestirse. Se quitó la chaqueta, el pañuelo que le servía de corbata y luego la camisa, revelando su físico moreno y fibroso. Clara mantenía la vista baja, y de cuando en cuando le lanzaba una mirada fugaz.

La criadita muda entró como una sombra, alertada por Sara, y sin mirar a nadie se llevó al niño al cuarto contiguo. Hacía días que ensayaban acostar a Alfonsito separado de Clara, para que no se enviciase en una costumbre que luego sería difícil quitarle.

Jim avanzó hacia la puerta con el torso desnudo y giró la llave. Se volvió hacia Clara y le dijo con firmeza:

—He decidido rentar los campos de Bellaflor. Fui a la oficina del condado para hablar de las condiciones y encuentro que es la mejor forma de obtener ganancias de una tierra agotada por el cultivo de una sola hoja y sin esclavos que puedan dedicarse a ella día y noche. Le conté de mis planes al coronel Levillier. Él no está seguro de hacer lo mismo, y por supuesto, su hijo no lo aceptaría.

—Pero... usted echó de aquí a esos hombres la otra vez —comentó Clara.

—En esa ocasión eran ellos los que pretendían imponer su negocio. Esta vez fui yo a proponerlo. Bajo mis condiciones.

—¿Y las aceptaron? —se extrañó ella.

—Han venido, ¿no es así? A medir y a evaluar.

—¿Cómo lo sabe? Usted no estaba cuando vinieron.

—El ojo del patrón está en todas partes, Clara, acostúmbrese a eso, pues es lo que debe lograr cuando se quede a cargo.

Clara hubiera querido averiguar si también sabía que André había ido a visitarla, pero la última frase le quitó las ganas de provocarlo.

—Cuando me quede sola.

—Así es.

—¿Cuándo será eso?

Jim no parecía afectado por las noticias que le daba, antes bien parecía estar recitando una rendición de cuentas por demás aburrida.

—Quizá deba irme antes de que empiece el invierno. El camino hacia mi tierra es largo y con la nieve se torna peligroso.

—¿No podría pasar aquí el invierno y partir en primavera? Entonces, no tendría el problema de la nieve en su camino. Y la primavera en el valle es muy bonita —lo animó.

Jim la contempló a través del tul. Era una imagen borrosa, sin embargo alcanzó a percibir cierto temblor en el mentón de ella mientras hablaba.

—La primavera es bonita en todas partes —respondió.

Clara no supo qué decir. Él partiría y ella se quedaría a solas con el bebé, los criados y los nuevos plantadores, que no eran los que acostumbraba a visitar de niña en los barracones, con una doncella muda y con André, que de seguro intentaría convencerla otra vez del matrimonio al saberla soltera. Era un panorama desolador.

—Señor Morris, si yo le pidiese que se quedara un poco más. ¿Lo haría?

—Depende.

—¿De qué? —se ilusionó Clara.

—De cuánta ayuda sea capaz de darme.

Ella abrió grandes los ojos.

—Lo he apoyado en todo, hasta en sostener una mentira deplorable.

A Jim lo divirtió escucharla decir esa palabra para referirse a la farsa de ser su

esposa.

—Habrás más situaciones en las que deberá fiarse de mí, y serán duras pruebas, Clara.

—Me está asustando, señor Morris.

—Y bien, ¿está dispuesta o no?

Él la contemplaba con las manos en las caderas y el cinturón de los pantalones desprendido, en una actitud entre indolente y desafiante. Parecía desear que Clara dijese que no, para así deshacerse de ella. Quería espantarla con amenazas y salirse con la suya. La joven se mordió el labio inferior, debatiéndose entre el temor y la necesidad.

—Haré lo que sea —concluyó.

Jim reprimió el cimbronazo de excitación que recorrió su espina al oír aquella respuesta.

—Tal vez deba fingir... ciertas cosas —le dijo con cautela.

—¿Más aún?

La desesperación de Clara era tan pueril que Jim sintió una especie de culpa, algo inusual en él que lo sorprendió.

—Hasta ahora ha sido una esposa amable y considerada, pero para convencer a los demás se requiere algo de espíritu. En especial ante los Levillier, que la conocen bien —y Jim pensaba en la conversación que había sostenido con Jean Marc.

—¿Qué más puede hacerse?

El hombre avanzó y recorrió el tul con una mano. Clara se reveló ante él, envuelta en su bata y con una expresión recelosa. Era inocente pero no tonta. Jim reparó en el broche de rizos sobre la coronilla.

—Está cambiada.

Ella se encogió de hombros.

—Dejé que Duma se diese el gusto de peinarme. La pobre me encuentra fea y me dio pena desairarla.

—Usted no es fea, Clara. Su cabello es sólo un ornamento.

—¿Lo cree de verdad?

—Hay cosas que no se pueden esconder, por mucho que lo intente.

La mano de Jim tocó el broche, que se abrió dejando caer los pequeños bucles sobre las mejillas de la joven.

—¿Buscaba ocultarse bajo el hábito de monja?

—Por supuesto que no, sólo buscaba...

—¿Sí?

—Un modo de ayudar a los demás.

—Olvidarse del mundo.

—No, todo lo contrario. Vivir en el mundo, dedicada por entero al prójimo.

Jim evaluó la convicción con que Clara afirmaba su vocación. Seguía siendo un misterio para él que la vida espiritual significase el abandono de la vida mundana que

había sido dada a los hombres. Aquella mujer no necesitaba olvidar que lo era para recorrer la senda de los dioses, aunque él no deseaba discutir eso en ese momento sino sacar provecho de la rendición de Clara, volverla a su favor. Y ella acababa de darle una punta para tirar del ovillo.

—Lo que voy a pedirle exigirá mucha dedicación, entonces —dijo, enigmático, y enroscó un dedo en un mechón de cabello dorado.

Clara apenas podía tragar saliva. Hasta ese día, la proximidad de Jim había sido una hermandad sazónada por cierto cosquilleo inoportuno. En ese instante, la cercanía de su cuerpo semidesnudo, la penumbra de la habitación colmada de vapores, y ese aroma que de nuevo la envolvía, una mezcla de hierbas y de humo que emanaba de su piel, se combinaron para desatar en su vientre un vacío vertiginoso. El dedo de Jim rozó su mejilla, y lo sintió áspero. Él interrumpió de inmediato el contacto.

—Deberá actuar como una esposa más atenta. Y obedecer cuanto le diga, aun si le resulta incomprensible.

La intimidación cesó con tanta rapidez que Clara se sintió mareada. De nuevo él dictaba sus órdenes, de acuerdo a un propósito pergeñado con anterioridad.

—¿Có... cómo sabré la manera correcta?

—Yo se lo diré. Y no le quedará duda sobre lo que debe hacer.

Jim soltó el tul, que volvió a caer entre ellos, y se dirigió a la tina humeante. Allí se detuvo un momento como si recordase algo, y luego regresó hacia la mesa donde titilaba la lámpara. Sopló en el globo de alabastro y la habitación quedó a oscuras. Entonces comenzó a desvestirse.

Clara estaba muda. El cúmulo de sensaciones que se había desatado en su interior pugnaba por imponerse a la fría reflexión que le provocaron las palabras del hombre. Obedecer. Someterse sin cuestionar. Era parecido a lo que su padre pretendía de ella. El amor podía ser tirano. Jim Morris era una suerte de tirano también, aunque no sintiese nada por ella. Lo hacía movido por interés, o por el deseo de organizar todo según su parecer, quién lo sabía.

Con lentitud se acurrucó bajo las cobijas, e intentó olvidar que a escasos metros un hombre desnudo disfrutaba de un baño caliente y perfumado.

Jim se sumergió hasta la raíz del cabello, y después de unos minutos emergió como si se hubiese purificado en agua sagrada. Logró aplacar los latidos de su corazón y serenar su mente. Sólo hasta que la placentera sensación del líquido caliente lo llevó por otros derroteros. Cerró los ojos y lo asaltaron escenas donde él le pedía a Clara demostraciones de esa dedicación que le hizo prometer. Ella le frotaba la espalda con un paño y le quitaba el pelo de la frente mojada. Imaginó que él le pedía que enjabonase su pecho y que las manos delicadas de ella resbalaban hacia su vientre; bajo el agua turbia descubrían su masculinidad erguida y allí se detenían, rodeándola. Ese pensamiento lo hizo corcovear como un potro y el agua salpicó hacia afuera.



Los ojos de Clara, apretados para conciliar el sueño, se abrieron de pronto. El señor Morris chapoteaba en la tina, o bien estaba saliendo de ella. No quería saberlo. Cerró con fuerza inusitada los párpados y oró. Al cabo de un rato, supo que él se estaba acostando en el marco de la ventana, como siempre. Una brisa fría entró a la habitación, y después reinó el silencio.

—¿Señor Morris?

—Sí.

—¿Usted combatió junto al batallón cherokee?

El silencio se prolongó unos segundos.

—¿Quién le dijo eso?

—André. Vino a verme hoy más temprano.

Con que ahí era donde estaba el desgraciado cuando él fue a la casa. Jim meditó lo que diría.

—Era la guerra. Y yo pertenezco a Carolina del Norte.

Le pareció suficiente explicación, al menos por el momento. Luego le pediría razones a Moses de su silencio. El mayordomo le había dado señas de la llegada de los hombres de la oficina de tierras, y no de la del heredero de Levillier.

Jim podía suponer a qué se debía la sutil diferencia en la lealtad del siervo.

Clara permaneció despierta unos minutos más, reflexionando. La conversación con André le había dado una respuesta inimaginable a una incógnita que ella ni siquiera sospechaba tener. Se admiró del modo natural con que la aceptaba.

—No me gusta. No me gusta nada de nada.

Mamá Sara sacudía la cabeza con fatalismo mientras revolvía su té de hierbas. Compartía con los demás criados el último hervor de la tetera para saborear sus tisanas. Salomón y Chispa dormían acurrucados junto al rescoldo, mientras Selva ponía en marcha una rueca que había pertenecido a la abuela del doctor La Rochelle. Esos momentos finales de la jornada eran muy apetecidos por todos, podían confiarse sus cuitas y hacer correr los chismes.

—Que el señorito André visite a la niña en ausencia de su esposo está mal, muy mal. Lo hecho, hecho está. Dios sabe que yo hubiese querido al hijo de Levillier por marido, pero si no fue ésa la voluntad del Señor, ahora hay que respetar. Nada bueno se saca con visitas clandestinas. Porque vamos a ver... ¿Qué diría el patrón Morris si hubiese sabido que André Levillier vino en plan de cortejante? Por algo te quedaste callado, Moses.

El nombrado limpiaba la bandeja de plata con simulada concentración. Entre él y Sara había una confianza cimentada en los tiempos de soledad vividos en Bellaflor. Y la negra era astuta, jamás se le escapaba nada de lo que ocurría alrededor. Tenía ojos en la nuca.

—Yo no se lo oculté. Le dije lo que me pareció importante, que habían llegado a medir las tierras. Era lo que él quería escuchar. Para eso se fue a la ciudad, a vender lo que era del amo Ambrose.

—Ah, por ahí viene la cosa entonces. Estás ofendido porque el esposo de la niña hace y deshace. Te recuerdo que la tierra no nos pertenece, por más que la hayamos cuidado con nuestra vida.

—El amo jamás hubiese vendido la tierra.

—Estás viejo y tonto, Moses. Él no la vende, la *arrenda* o como se llame.

Selva escuchaba mientras sus manos alargadas se movían con rapidez entre las hebras.

—A mí me parece —arriesgó con suavidad— que esta forma de vida nos favorece a todos. La gente que venga a cultivar será libre y se le pagará su trabajo. Y nosotros, que fuimos esclavos, ahora tenemos un empleo y un salario también, y podremos irnos si queremos.

Mamá Sara le echó una mirada de reojo.

—A mí me tienen que sacar muerta de Bellaflor.

Duma ahogó una exclamación.

—¿Qué es esto? ¿Hablas, ahora? —la recriminó la vieja criada.

La muchacha bajó la cabeza y agitó el fuelle para avivar las brasas.

—Yo lo que digo —siguió mamá Sara— es que estamos alentando el fuego, como Duma. Y de esos que se convierten en incendio y no los para nadie. A mí el patrón no me gusta, la verdad sea dicha, pero no me atrevería a interponerme en su camino. Jesús —y se persignó, como alejando esa idea de su mente—, si es más avisado que un cuervo, y ya sabemos lo listos que son. Además, Moses, ¿desde cuándo te toca decidir lo que se dice o no se dice? Cuidadito con eso, que podemos salir trasquilados.

Moses se movió, inquieto. Él sólo quería molestar un poco al patrón, hacerle sentir que la niña no le pertenecía del todo, que era parte de Bellaflor desde antes de que él apareciese en su vida. Y así guardar fidelidad al amo Ambrose, que había anhelado casarla con André. Mamá Sara tenía razón, sin embargo. ¿A qué provocar, si ya nada podía hacerse? Era un tonto, en eso tampoco se equivocaba la vieja. Tendría que guardarse sus celos y sus rencores. Después de todo, el que le daba de comer ahora era Jim Morris.

—Duma, sube a ver al niño, por si se ha *desperta*o.

La mulata salió corriendo escaleras arriba, y mamá Sara volvió a sacudir la cabeza.

—Yo no sé a quién se parece ese chico. Que Dios lo bendiga, es el hijo de mi amita, pero a ella no salió. Al abuelo muerto —y se volvió a persignar— tampoco.

—Habrá heredado a su padre —intervino Selva.

Sara echó al fuego las hebras de la tisana y se secó las manos en su delantal.

—Ha de ser, sí —se limitó a decir con aire dubitativo, y salió de la cocina.

Moses frotó con más vigor la bandeja hasta sacarle brillo de joya. ¡Qué diablos! ¿Cómo quería Sara que él se contentase con el patrón si no paraba de sembrar cizaña a cada rato?



## CAPÍTULO 9

Una vez que se publicaron en la oficina de tierras las proclamas ofreciendo parcelas de cultivo en Bellaflor, comenzaron las propuestas de trabajo. Los primeros en presentarse fueron una familia de irlandeses que venían de Nueva York, donde habían pasado miseria sin poder ahorrar ni un céntimo. El padre era un buen hombre, aunque su rostro rubicundo denunciaba su afición a la bebida. La madre era una rolliza pelirroja capaz de cubrir ella sola los cincuenta acres y cargar además a sus cinco hijos, todos robustos y pelirrojos.

Les siguió un matrimonio de escoceses que iban de paso hacia el oeste, y no tenían reparo en detenerse unos meses para hacer acopio de ganancias, porque además la mujer aguardaba un hijo y prefería dar a luz en una plantación en lugar de hacerlo en medio de la travesía. Unos y otros ocuparon su sitio en los barracones. Jim ordenó que delimitasen sus acres con postes y se hiciesen responsables de mantenerlos. También les exigió que reparasen las chozas y las mejorasen, a cambio de deducirles el canon de la primera cosecha. Dado que la plantación se había dedicado sólo al tabaco durante muchos años, era preciso rotar los cultivos para dar respiro a la tierra, de modo que dejó que cada grupo de colonos eligiese el que mejor supiese sembrar y cosechar, con la condición de hacerse cargo de las semillas y el abono. También permitió que criasen algo de ganado, el que precisaran para las tareas rurales. Los irlandeses compraron cerdos y los escoceses eligieron vacas. Pronto se agregaron otros inmigrantes que buscaban oportunidades en una tierra todavía virgen, y algunos libertos. Jim amplió los arrendamientos a aquellos que se mostraban prósperos y obtenían mejores beneficios. Se formó un plantel de trabajadores bastante nutrido, y Bellaflor se puso en marcha.

En la casa también hubo cambios. La Guerra Civil había estimulado la inventiva y acelerado la economía, de modo que desde el norte llegaban novedades que facilitaban las tareas. Jim compró artículos que fueron tema de conversación durante días. Mamá Sara casi se desmaya al verlo desembarcar una tremenda máquina que había llegado en el tren desde Nueva Jersey, y que al decir de ese hombre enigmático servía para coser. Tanto Clara como los niños aplaudieron gozosos ante la primera prueba de la Singer, que fue colocada en una especie de trono en la sala de recibo. Selva y mamá Sara se daban de codazos para probar el pedal. En la enorme caja de madera venía una revista, la *Singer Gazette*, que se distribuía a los compradores de la máquina y les enseñaba su uso. Clara se propuso leerles en voz alta las indicaciones, para que ambas colaborasen con lo que mejor sabían hacer: usar las manos.

—¡Oh, señor Morris! —exclamó regocijada ante tamaño regalo—. ¡Es tan gentil! —y, en un raptó, lo abrazó por la cintura.

La tensión que recorrió el cuerpo de Jim la expulsó como si hubiese tocado un muro helado. Algo confusa, intentó desviar la atención hacia cuestiones prácticas.

—¿Ha costado mucho?

—Hubo que adelantar cinco dólares —confesó él, también incómodo—, el resto se pagará por partes durante un tiempo, es un sistema nuevo.

—¡Vaya! Quién lo diría... —se escuchó decir a mamá Sara, impactada.

Otro regalo, incluso más extraordinario, fue una máquina que se adosaba a otra y funcionaba con el mismo pedal de la Singer pero servía para escribir sin necesidad de pluma. Como su tamaño era descomunal, se decidió ubicarla en el despacho del doctor La Rochelle.

—Es una suerte que no haya alfombra que pueda estropearse —comentó Moses al ver cómo la arrastraban hasta el escritorio, y se ahogó al recibir un codazo de mamá Sara entre las costillas.

Esta nueva adquisición atrajo toda la curiosidad de los niños, que intentaban convencer a Clara de enseñarles a leer con el rodillo en lugar de seguir el sistema de las etiquetas.

—Nada de eso —retrucó la joven, sin poder reprimir su emoción ante el regalo—, seguiremos usando las estampillas hasta que aprendan todo el alfabeto. Eso sí, después probarán la máquina de tinta.

Jim disfrutaba de la admiración que los criados dedicaban a las compras, y más aún de las sonrisas que Clara le dirigía. Poco a poco se iba ganando la lealtad de los unos y derribando las resistencias de la otra. Sin embargo, cada nueva conquista representaba para él una lucha interna. ¿Para qué hacía esas cosas? ¿Por qué creaba vínculos en un lugar al que no pertenecía? La respuesta estaba en el calor que le inundaba el pecho cada vez que la joven lo buscaba para contarle los progresos de Selva con la aguja mecánica, o la alegría de Salomón al pulsar la primera tecla de la Remington. Eran pequeñas victorias agrídulces, pues le recordaban que el plazo para su decisión se acortaba.

Una tarde, mientras compartían la merienda con los niños, André se presentó.

Desde la última vez no lo habían vuelto a ver, ni Clara había visitado a Jean Marc en *L'Hirondelle*. La excusa del frío intenso le venía de perlas para evitar el momento.

El recién llegado se topó con una escena hogareña que le provocó un vuelco en el estómago. Duma acunaba a Alfonsito mientras caminaba de un lado a otro, en tanto que Clara untaba mantequilla en las tostadas que colocaba en un plato.

—Ya están las ovejas en su corral —le escuchó decir—. ¡Ahora, a comérselas!

Chispa se abalanzó y le hincó el diente a una tostada con ímpetu de cazador. Salomón festejaba mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

En la cabecera de la mesa, el sitio reservado al hombre de la casa y que había sido el de Ambrose La Rochelle, se encontraba el indio malencarado, absorto en la lectura de un periódico. Esa vez André no había contado con la complicidad de Moses y no pudo sorprenderlo, ya que Jim le dijo, sin desviar los ojos del papel:

—Adelante, señor Levillier. Sírvase acompañarnos.

Que ese malnacido actuase como dueño y señor de la hacienda, de Clara y de la

servidumbre, asestó un golpe mortal a su orgullo. ¡Y se permitía ofrecerle hospitalidad!

¡A él, heredero de *L'Hirondelle*, capitán confederado y descendiente de los primeros accionistas de la Compañía del Sur de Virginia! Apenas pudo disimular la mueca de odio que afloró a sus labios.

—Lamento interrumpir —atinó a decir.

—¡André, qué sorpresa! Acércate, a ver si estos bandidos te dejan algo en el corral de ovejas. Te serviré una taza de té. ¿Azúcar?

—Como siempre, ya sabes.

Un tiro por elevación, dedicado al indio.

Clara lucía hermosa, su cabello más crecido se ondulaba en la nuca y formaba tirabuzones en las sienas. Llevaba un vestido de invierno a rayas azules que no le conocía, y que culminaba en el cuello con un gracioso penacho blanco. Estaba muy parecida a la imagen del camafeo que él había guardado durante tantos meses.

—¿Cómo está tu padre?

—Hierático, como de costumbre.

—Me gustaría visitarlo en estos días, pero ha hecho tanto frío... Temo que Alfonsito se resfríe.

—¿Y por qué no vas tú sola en el carruaje? Si lo deseas, puedo enviar por ti.

Hablaba como si Jim no estuviese presente, y Clara percibió la intención. Miró al hombre en la cabecera, y descubrió que él también la miraba. A ella, no a André. Y sus ojos de profundidad insondable la atravesaban. El señor Morris le estaba indicando algo. Le vino a la memoria el pacto que habían sellado la noche en que Jim tomó su baño: obediencia a cambio de permanecer junto a ellos. De manera sutil, la mirada de Jim la condujo hacia él, con pasos medidos y en apariencia casuales, hasta quedar tras el respaldo de la silla torneada. Allí se detuvo, sin saber qué hacer, mientras André la contemplaba desde su lugar, con la taza de té en alto. Luego, un impulso inexplicable llevó las manos de Clara hacia los hombros del que se suponía su esposo y allí las dejó reposando, en cálida caricia. Formaban una estampa tan armoniosa, el hombre fornido y serio, con su chaleco de entrecasa, escoltado por la esposa delicada y bella, cuidándole la espalda como un ángel guardián, que André casi se atragantó con el té.

—Creo que esperaremos para devolver la visita a que pase este clima tan lluvioso —dijo ella.

El paisaje que atravesaba la ventana le daba la razón, con la bruma cubriendo el bosque y el aire crispado en gotas heladas que salpicaban los vidrios.

—Como gustes. He venido por asuntos de negocios esta vez.

Jim plegó el diario y se dispuso a escuchar con atención. Tenía bajo la mira a los Levillier desde que vio las camelias en su invernadero, pero hasta el momento no había podido descubrir nada ni tampoco se habían suscitado problemas nuevos. Bellaflor prosperaba a ojos vistas.

—Puedes dejarnos solos si quieres, Clara.

Jim buscó la mano de la joven y la envolvió en la suya.

—Mi esposa se queda. Ella es la heredera de Bellaflor.

Era la primera vez que Jim lo mencionaba, y Clara supo que no lo hacía sólo para fastidiar a André. Tembló de emoción al sentir el contacto cálido del hombre a través de su piel.

—Como sea. Vengo a proponer una compraventa.

Tuvo que continuar ante el silencio empecinado de Morris.

—Compráramos la parte que linda con nuestra plantación, del lado del río.

El sitio donde Jim descubrió al figón. ¿Qué podría interesarles allí? Las tierras ribereñas solían anegarse con las crecidas, y si hasta el momento no se había plantado nada por algo sería. Además, Jim no creía que estuviesen en condiciones de gastar dinero, si aún no acababan de sacar a flote *L'Hirondelle*, pese a haber quedado mejor parada que Bellaflor.

Era una trampa, lo supo enseguida y la mirada esquiva de André se lo confirmó. Quería ponerlo a prueba, saber si en verdad era el esposo de Clara y si, en caso de no serlo, disponía de un poder para administrar los bienes. Por eso se había tardado tanto en atacar. Habría estado averiguando cosas, y Jim sólo podía suponer con quiénes. Los de la oficina de tierras no le habían pedido ningún comprobante. Después de la primera vez que irrumpieron en la hacienda estaban demasiado ansiosos por cerrar el trato, de manera que André debía de haber recurrido a viejos conocidos y amigos del doctor La Rochelle. Llegaba el momento de exigir a Clara que actuara como él le había indicado, sin chistar.

—Querida, ¿te place vender esa parte de la propiedad de tu padre?

El tono zalamero con que Jim formuló la pregunta sonó a desafío en los oídos de Clara, que no necesitó mirarlo para saber lo que debía decir.

—Por supuesto que no, y menos ahora que estamos remontándola. Sería una pena desguazarla, aunque sólo fuera un pedazo. ¿Por qué quieres esa tierra, André? Ahí no hay nada.

El hombre mantuvo la compostura pese a la negativa.

—Es sólo una idea. Mi padre sueña con criar caballos de pura sangre, ya sabes que siempre le han gustado.

—Y que no podrá montar después de su accidente —acotó Jim con dureza.

—¡Jim! —Clara se mostró azorada ante el comentario cruel.

—Eso no lo priva del placer de criarlos, señor Morris. El que ama los caballos no puede prescindir de ellos.

Jim tuvo que asentir.

—André, si Jean Marc quiere un prado para criar pura sangre, bien puede hacerlo en el que se extiende detrás del monte de lavanda. Es un bonito lugar —propuso Clara, conciliadora.

—Sucede que hemos decidido pasarnos al algodón, y necesitaremos cada

centímetro de tierra.

La noticia asombró a Clara, e incluso a Jim, que había hablado hacía poco con el coronel. Producir para las nuevas hilanderías del sur era una idea muy extendida, y un buen recurso para los plantadores que aún conservaban intactas sus tierras. Que los Levillier lo adoptasen era señal de que el coronel ya no tenía arte ni parte en las decisiones.

—¿Tiene suficiente personal?

—La mayor parte de nuestros esclavos. Mi madre tendía a manumitirlos, pero yo mantuve mano férrea con ellos y mi padre también.

—Pero ya no son esclavos, André —protestó Clara.

—Les conviene quedarse, en lugar de buscar trabajo en otro sitio —fue la respuesta ácida.

André estaba cambiado. Ya no sonreía ni lucía pulcro como al principio. Llevaba la chaqueta arrugada y el cabello desordenado. Y el ojo bueno mostraba señales de insomnio.

—Lamento no poder ser de ayuda en sus planes y en los de su padre —respondió Jim.

—Piénselo de todos modos. Puede que más adelante le parezca una buena oferta. Creo que hacen falta más que unos cuantos colonos para sacar adelante una hacienda como ésta.

—En todo caso, estamos todos en la misma lucha.

André, al igual que él, entendía los dobleces en la conversación que a Clara se le escapaban. Se despidió con una rígida inclinación y salió sin esperar a que Moses lo escoltara. Una vez afuera, advirtió que Jim lo había seguido y lo miraba montar a Traveller.

—Puedo hacerle una contraoferta —le dijo desde el porche—. ¿Cuánto pide por su alazán?

André fustigó al caballo y partió al galope, consumido por la rabia.

Había pensado que el palurdo cedería, que la tentación del dinero sería demasiado para negarse, y que al estampar su firma en el documento quedaría a la vista su impostura. ¿De qué otro modo habría podido Clara casarse con él, sino mediante engaños? Ella no sabía que se trataba de un indio, y él no había podido decírselo a boca de jarro hasta ahora. Gente como Jim Morris no era dueña de nada, ni siquiera de las mismas tierras que en esos momentos ocupaban los cherokee, ya que bien pronto el gobierno se daría cuenta de que también eran buenas para colonizar. Sólo a través de un engaño bien aceitado podía aquel sujeto haber convencido a Clara de convertirse en su esposa. Sola, y quizá embarazada, pues a esas alturas André ya suponía que el matrimonio de ella era forzado, no le quedó otra solución que aceptar al descastado. La otra posibilidad, que le calentaba la sangre, era que ni siquiera estuviesen casados. La otra noche había sonsacado a su padre una verdad que desconocía y que lo explicaba casi todo: Clara había querido ser monja. Fue lo que



ella le insinuó cuando estuvieron a solas en el invernadero, aunque en ese momento él creyó que había buscado refugio en el convento, no que pensaba ordenarse.

La culpa la tenía Ambrose, que con su soberbia había alejado a Clara de él. Ya no le quedaba otra alternativa que actuar, y pronto, antes de que el asqueroso indio le hiciese otro hijo. Siempre que el primero fuese suyo, y no de otro cualquiera.

—¡Maldita! —rugió mientras castigaba a Traveller con el látigo, del derecho y del revés.

Al regresar al salón, Jim encontró a Clara sentada en su silla con aire desolado. Duma había huido con los niños apenas comenzó la discusión.

—Ha actuado bien, como le indiqué —le dijo, para pincharla un poco.

La joven tenía la mirada perdida en el paisaje destemplado que se colaba por la ventana.

—André está distinto —murmuró al fin—, no parece el mismo.

—Todos cambiamos cuando hay guerra y sufrimiento, es natural.

—Presiento algo maligno, como si otra persona hubiese ocupado su lugar.

—Clara, no intente buscar al niño que fue André, porque no lo encontrará.

—¿Por qué no? Todos llevamos a ese niño adentro. Usted también.

—Será un gran desafío hallarlo, está sepultado bajo capas muy duras.

—Lo sé, y aun así, allí está para el que pueda verlo.

—¿Hablamos de André o de mí? —dijo de pronto Jim.

Clara le dirigió una de esas miradas transparentes que lo socavaban y sonrió apenas.

—Pensaba en usted, trataba de imaginarlo como un niño revoltoso y mandón.

—No gaste su tiempo en imaginar nada. Somos lo que ahora vemos.

—No —afirmó con rotundidad ella—. El soplo divino que nos dio vida está intacto. Perdemos el rumbo a veces, eso es todo.

Jim prefería lidiar con André Levillier y su odio antes que con la bondad angelical de Clara. Buscó desviar el tema de su persona.

—¿Y qué clase de niño fue André, ya que tanto lo recuerda?

El rostro de Clara se llenó de hoyuelos.

—Era mandón también, pero muy protector. En ese tiempo, yo aprendía a montar en mi poni, y él lo llevaba de la brida. Nos gustaba fingir que éramos gitanos y marchábamos sin rumbo fijo. Hasta inventamos un refugio en una caverna del bosque. Una vez nos pescó la tormenta, y tuvieron que salir a buscarnos. Fue nuestra gran aventura. André se quitó el saco para abrigarme, y encendió fuego con ramas y yesca. Supongo que él lo recordará.

—Apenas se lo mencione lo utilizará para seducirla.

—No diga eso, señor Morris. Sé que André es molesto a veces, pero es porque ha perdido mucho: a su madre, la guerra, el apoyo de su padre, su ojo... Me pregunto cómo se sentirá al verse disminuido. Era muy guapo, y las muchachas solteras lo tenían en su mira.

—Todas, menos la que él deseaba.

—Yo también pensé en casarme con él.

Jim se detuvo cuando iba a abrir la caja de cigarros que ahora Moses dejaba a su alcance.

—¿Sí? ¿Entonces por qué huyó? —dijo con acritud.

—Porque mi padre me lo impuso. Él... él no entendía mi vocación.

—Pocos padres entenderían que su única hija se metiese a monja.

—Me refiero a mi vocación original —admitió por fin la joven, resignada.

Esa frase acaparó la curiosidad de Jim. Por primera vez, iba a revelársele algo del interior de Clara y desenredar la madeja que constituía su misterio.

—Quise ser médico, como mi padre. Me crié viéndolo actuar con sus pacientes, quedarse por las noches estudiando un caso en los libros, preparando mejunjes que ponía en práctica en su persona primero. Yo admiraba esa entrega, veía en mi padre a un ser celestial, dedicado en cuerpo y alma a la ciencia, un enviado de Dios. Cuando le dije por fin que ésa era también mi vocación, él no lo aceptó.

—¿Por qué? ¿Acaso no lo enorgullecía que su hija siguiera sus pasos?

Clara se encogió de hombros, mortificada.

—Mi padre no era muy dado a escuchar a los demás, sólo a sus pacientes. Para ellos sí tenía todos sus sentidos alerta. A mí casi no me veía. Solía mirarme al través, como si yo fuese una niebla o algo así. Sé que me amaba —agregó de prisa—, pero no sabía demostrarlo. Y ya había decidido que yo sería la esposa de un Levillier. Hasta creo que nuestras madres se hicieron promesas sobre eso.

—¿Y entonces por qué dice que pensó en desposar a André?

—Porque hubo un momento en que discutíamos tanto mi padre y yo que quise complacerlo. Llegué a convencerme de que no era tan malo casarme con André, después de todo nos criamos juntos y sabía que él me amaba. Intenté fingir que podíamos ser felices, y que tal vez, como su esposa, podría por fin dedicarme a la medicina.

Jim se había acercado a ella y mantenía su brazo apoyado en el respaldo de la silla mientras la escuchaba. Su vocecita dulce desgranaba recuerdos dolorosos sin ningún rencor. ¡Qué distinta del hombre que acababa de partir! Él había percibido las emanaciones acres del odio de André, hasta podía olerlas.

—Supe que no sería posible el día que...

El silencio crispó a Jim.

—¿Qué hizo él?

—Se impacientó ante mi insistencia en estudiar, creyó que era mi capricho, y para convencerme de que mi destino era ser su esposa me acarició de un modo...

—Indecente.

—Pues sí, no me gustó lo que hizo, me sorprendió y me defraudó.

—Le demostró que no era el niño bueno que usted creía.

Clara volvió a mirarlo con ojos interrogantes, ansiosos por entender.

—¿Lo cree usted, señor Morris? ¿Que se pueda ser malo desde antes de nacer?

Jim podría haberle citado varios ejemplos de maldad, entre su propia gente incluso, pero la mirada anhelante de ella no esperaba esa respuesta. Quería que él la consolase. Era la misma Clara que a bordo del *Lincoln* lo había mirado con lágrimas titilantes pidiendo ayuda para cuidar de Alfonsito, la Clara que despertaba en él un cúmulo de sensaciones contrapuestas: ternura, rabia, protección, repudio, temor.

—Creo —dijo al fin— que André era sólo un muchacho frustrado.

La joven asintió, satisfecha con la respuesta.

—Ahora, sin embargo —prosiguió Jim—, André es un hombre y no debe esperar que se comporte como el niño amable de otros tiempos. Aunque algo de él quede en su interior —se apresuró a añadir, al ver la expresión de ella.

—Sí —accedió Clara mientras contemplaba sus manos—, hay heridas profundas que cambiaron a ese niño. Hasta que llegue la persona adecuada para curarlas.

Jim la traspasó con su mirada. Todo lo que Clara decía podía aplicársele a él, y que lo condenasen si no parecía a propósito para confundirlo y torturarlo.

Más tarde, mientras subía las escaleras tras ella y admiraba el suave contoneo de su trasero, las palabras antes pronunciadas volvieron a su mente con más fuerza: “mi verdadera vocación”. Clara había querido ser médico, y ante la obcecación de su padre optó por una salida que la asemejaba a él, aunque en otro plano. Y eso lo colocaba en una encrucijada. Porque si Claramaría La Rochelle soñaba con la medicina, había burlado la oposición de su padre y el convento era sólo una estratagema. Exagerada, sí, y muy eficaz, pues la dejaba libre para actuar sin el control de los hombres: ni padre, ni esposo. ¿Qué haría él entonces? ¿Dejar en libertad al Colibrí Dorado? ¿Enseñarle a usar las alas? Poseía el conocimiento para esto último, pero corría el riesgo de perder algo de su propia esencia en el intento.

Era el desafío que le planteaba el halcón.

El joven Levillier arribó a *L'Hirondelle* a lomos de una furia desatada. Arrojó las riendas de Traveller al mozo de cuadra que le salió al paso, y entró a la casa taconeando con sus botas del ejército y dejando costras de barro por doquier. Al no encontrar a su padre, descargó la rabia contra la doncella.

—¡Tráeme el saco de lana! Y ayúdame con estas botas.

La pobre Lettie se apresuró a tomar la chaqueta mojada y el sombrero de castor. Intentó una reverencia que la hizo tropezar y provocó otro raptó en André.

—¡Déjate de payasadas, estúpida! ¿Dónde está el coronel?

—Fue con Silas hasta la capilla, señor.

—Menuda idea, con esta lluvia. Propio de mi padre, elegir los momentos inadecuados.

Se dejó caer sobre el sillón de la chimenea y dejó que Lettie tironeara de las botas hasta caerse de espaldas. Luego apoyó los pies enfundados en calcetines húmedos sobre los leños apilados. La cabeza le giraba en un trombo de ideas y necesitaba aquietarla.

—Dame el brandy —indicó a Lettie, que todavía lidiaba con la ropa—. Ésa no, la otra botella. Así está bien, sin vaso.

André empujó el codo hasta que el licor le calentó la garganta y suavizó la hiel que tragaba desde que salió de Bellaflor. Ver a Clara compartiendo una escena doméstica con el indio le había provocado indigestión. Una cosa era imaginar la relación entre ellos, y otra distinta atisbarla a través de pequeños gestos de ternura o de compañerismo, los que él tanto había añorado desde que Clara partió de Virginia. Ni siquiera el enemigo en la guerra le producía tamaña amargura. Los soldados de la Unión eran un blanco concreto al que podía traspasar con su sable o las balas de su fusil. La apacible atmósfera que rodeaba al bastardo y a Clara, en cambio, era algo intangible que no sabía cómo destruir. A menos que acabase con uno de los dos. Y ya había decidido cuál sería el elegido.

—Hijo, has vuelto.

—Así parece. Y tú también. ¿Te divierte calarte de frío bajo la nevisca?

—Gracias, Silas —dijo el coronel al joven mulato, que le acomodó la manta y escapó por la puerta entreabierta.

Una vez a solas, el coronel respondió con firmeza.

—He ido a honrar a tu madre. Creo que es hora de que lo hagas también. Alguna vez.

—Ya sabes que me producen fobia las tumbas y los rituales mortuorios.

—Aun así, se trata de tu madre.

—No es algo que pueda elegir, padre. Sucede, y ya está. ¿Has venido a perturbarme con esas mojigaterías?

El coronel respiró hondo para controlar el impulso de responder a su hijo con reproches. André se había tornado impredecible desde que Clara volvió a Bellaflor, y él temía que aquella cuerda tensa estallase de un momento a otro. De las pocas satisfacciones que le quedaban, una era compartir con Clara y su hijito momentos de sencilla conversación.

—¿Le dijiste a la señora Morris que la espero?

Aunque no utilizó el apellido del esposo de Clara a propósito, la reacción de su hijo fue tan violenta como si lo hubiese hecho.

—¡Al diablo, padre! ¿Tienes que restregarme por la cara la hediondez de ese matrimonio? Ella misma se encargó de decirme que hace demasiado frío para salir de la casa, aun si se trata de visitarte. Para que te enteres.

—Estoy de acuerdo. El viento está helado, y no es apropiado para un niño de tan corta edad.

—Es hijo de indio, resiste cualquier cosa.

—¡André! Cuida tus palabras.

—¿Por qué? ¿Acaso los salvajes no vivían metidos en la nieve hasta las orejas? Se cubrían con pieles de búfalo y untaban su cuerpo con grasa. Lindo yerno habría tenido Ambrose —y soltó una risa desagradable—. El muy tonto alejó a Clara de mí,

con sus presiones y su actitud honorable. El doctor era de esas personas que te hunden al ayudarte.

—Hijo, no vivas alimentando rencores. Ambrose quería que Clara fuese tu esposa, de eso doy fe. Lo deseaban Maribel y Mary Ann también. Y yo, por supuesto. Las cuestiones del amor, sin embargo, escapan a nuestro dominio.

André fustigaba su rodilla con el pequeño rebenque que usaba en la cintura.

—Escapan, sí... —murmuró enajenado—, incluso a la misma voluntad de sus protagonistas.

El coronel escuchaba a medias, ensimismado en sus propias preocupaciones. André había decidido sembrar los campos de algodón sin consultarle. Era otra muestra de la tiranía que ejercía sobre todos. Lo que temía Jean Marc, sin embargo, era que aquella decisión entorpeciese sus planes de asociarse con el señor Morris. El coronel acariciaba ciertos propósitos que podían verse enturbiados si su hijo se tornaba demasiado prepotente. A diferencia de André, él había sabido aprender las lecciones de la guerra y de la vida. El difícil equilibrio entre la soberbia de su hijo y su tolerancia estaba en las manos de Clara. Sólo ella podía calmar los exabruptos de André, pero no estaba seguro de que Jim Morris aceptase con gusto que el antiguo cortejante de su esposa la viese tan a menudo.

—André, estaba pensando que podrías encargarte de las compras de este año en la ciudad. Estoy impedido de salir a cabalgar como antes, y hasta en el carruaje sería incómodo para mí presentarme ante los proveedores y ocupar un hotel en la villa.

Se le había ocurrido alejarlo de *L'Hirondelle* por un tiempo, para enfriar sus ardores.

El hijo lo contempló con mirada ausente, como si le costase entender lo que le decía, y al cabo de unos minutos lo sorprendió con una sonrisa.

—Claro, padre, lo que quieras. Ya sabes que cuentas conmigo. Me llevaré a Silas. Complacido al verlo de buen talante, Jean Marc sonrió también.

—¡Excelente! Podría ser la semana próxima.

—¿A qué esperar? El clima se volverá más riguroso. Saldré mañana mismo.

—¿Mañana? Ni siquiera hemos hecho las cuentas.

—Padre, los Levillier bien podemos comprar al fiado una temporada. ¿Acaso no dimos un ojo y ambas piernas por el Sur?

El coronel asintió con los labios apretados. André poseía una violencia apenas controlada que le infundía temor.

—Dejo todo en tus manos, entonces.

—Como siempre.

El joven se hundió en un silencio ominoso y por un rato el chisporroteo del fuego llenó la estancia. Chester se desperezó y cambió de sitio para ubicarse bajo la silla del coronel.

Lettie trajo un caldo de pollo que ofreció al hombre mayor, y luego solicitó permiso para retirarse.

—¿Estás enferma? —le preguntó André, de repente intrigado.

—No, señor, tengo franco por el resto del día. Su papá me lo otorgó.

—Vete, entonces, y dile a Silas que se prepare para partir mañana temprano hacia Richmond.

La doncella hizo la consabida reverencia y salió presurosa de ese ambiente caldeado y hostil. Al rato, se escabulló envuelta en una pelliza de lana rumbo a los establos. Allí la había citado su cortejante, temeroso de que los viesan rondando la casa. Se le apareció bajo la sombra del nogal que crecía entre las cuadras y el granero.

—¡Jesús! ¡Qué susto! —exclamó la mulata, persignándose.

—Ven, bonita, aprovechemos el tiempo —y el joven la arrastró hacia el granero.

Miraba hacia atrás una y otra vez, pues lo último que quería era ser pillado en amores con una criada de la casa. Sobre todo porque estaba todavía a prueba y había fracasado en su primera misión, al ser descubierto entre la maleza. Cuando las tibias emanaciones del heno los rodearon, empujó a la joven contra un fardo y la acarició bajo el abrigo con vehemencia.

—¡Eh! —se quejó ella un poco ofendida, aunque curiosa por las sensaciones que despertaban esas manos audaces.

—Mmm... eres linda, suave por aquí y caliente también. Déjame verte —y el amante desprendió los lazos de la pelliza para gozar de la vista del vestido de franela pegado a los pechos turgentes. Se los oprimió con ambas manos, rozando los pezones con cierta violencia que arrancó gemidos a Lettie. Ella no esperaba tanta pasión en la primera cita, pero su cuerpo clamaba por el conocimiento de lo prohibido, y aquel hombre le prometía goces desconocidos. Le abrió el escote hasta la mitad del pecho, metió sus manos entre las bastas telas, levantó los senos y los colocó a la altura de su boca, que saboreó la oscura aréola.

—Eres deliciosa —concluyó.

Lettie jadeaba, a medias consciente de que no debía permitir a ningún hombre hacer algo así, y que lo mejor para ella era acabar con la cita. Sin embargo, su mente anhelante le pedía conocer algo más.

—El patrón puede vernos —argumentó con debilidad.

—Déjalo, que aprenda.

El joven le levantó las faldas y acarició sus muslos tersos. Lettie era delgada y firme como una potranca.

—Abre las piernas, para que pueda acariciarte —rogó él.

Ella lo hizo, y él se introdujo con rapidez para forzarla a recibirlo en su regazo. Lettie reaccionó con temor cerval, apretándolo entre los muslos.

—¿Qué haces? Ábrete —le ordenó.

—No quiero, esto no es correcto. Primero debemos conocernos.

El hombre maldijo en su interior. La muchacha debía de ser virgen, o habría entendido mejor el juego. Prefirió no apresurarla, para asegurarse otro encuentro y la

posibilidad de avanzar mucho más.

—Está bien —accedió con fingida dulzura—, pero mañana a la misma hora vendrás.

—Si mañana el patrón sale de viaje, podré hacerlo más tranquila.

—Dame un beso y vete. Mañana a la misma hora.

Lettie dejó que él le aprisionara la boca y le metiera la lengua hasta la garganta. Era un hombre apasionado, no cabía duda, y si sabía manejar la situación podría arrancarle la promesa de matrimonio. Así no tendría que servir en la casa, donde cada vez se hacía más desagradable el trato del señorito André y más triste la mirada del coronel.

—Hasta mañana —susurró estremecida.

—Adiós, mi dulce.

Lettie se perdió en las sombras y el iniciado se reclinó contra los fardos de heno, soñador. Si ponía cuidado en cumplir los encargos de los caballeros tendría poder, y entonces aquella gacela negra se le rendiría. Una mujer como ella, sin más alternativa que vivir en el servicio, se sentiría seducida por alguien capaz de decidir sobre la vida y la muerte. La nueva misión que le habían encargado lo enaltecería en la consideración de la orden. La cumpliría porque se trataba de un indio. Él jamás levantaría la mano contra un hermano, a menos que fuese en defensa propia. Ya se imaginaba ascendiendo en la jerarquía a pasos agigantados. Ésta era su oportunidad, la que la Reconstrucción no le había dado. ¿De qué servía la libertad sin pan y sin amigos? Él había huido ante los primeros clarines de liberación, se había lanzado a la ciudad creyendo que en ella encontraría mejor vida, pero la ciudad estaba arrasada. Tuvo que medrar en los bosques y los caminos, enfrentando toda clase de violencia y luchando por su vida. Había dejado de ser esclavo de un amo para convertirse en prisionero de la miseria. Los blancos del norte que defendían los derechos de los negros no lo ayudaron mucho cuando pidió empleo en los cantones del ejército ni cuando se aventuró en las fábricas.

—Está todo ocupado por los inmigrantes —le dijeron, y le aconsejaron viajar al oeste, donde se vislumbraba una nueva tierra de promisión.

—Ve a pedir al gobierno federal tus dieciséis hectáreas y tu mula —le habían dicho otros.

Era una de las tantas promesas: ayudar a los libertos a volverse agricultores independientes merced a tierras baldías o confiscadas. Fue una suerte que el coronel no estuviese entre los sureños que aborrecían a los negros prófugos y que necesitara de brazos para cultivar la hacienda abandonada durante la guerra, porque aquello de “dieciséis hectáreas y una mula” tampoco había funcionado. La membresía de la Camelia Blanca le daba la ocasión de ser alguien importante, no como su padre, que murió en una zanja víctima de la fiebre y la bebida. Él tenía planes, y no podía esperar para alcanzarlos. Los caballeros de la cofradía lo necesitaban, habían dicho que con él llegarían a ser siete. Después, cuando él ya tuviese su oro y el cargo que le

habían prometido, podría renunciar si quería. Que buscaran a otro.

Su madre estaría orgullosa al saber que su hijo volvía convertido en un personaje.

Jim no lograba conciliar el sueño. Hacía rato que los suaves ronquidos de Clara acompañaban las horas, y la luna se encontraba en su apogeo. De haber podido, habría salido al frío nocturno a caminar entre los árboles, pero dejar a Clara sola le costaba, había signos perturbadores en el ambiente. Se incorporó y cruzó las piernas sobre la manta, en actitud oratoria. El invierno se avecinaba, podía olerlo en el aire. En otro momento le habría parecido grato para la reflexión; en medio de la lucha por devolver la vida a Bellaflor, y con la sospecha de que algo maligno se cernía en torno, le resultaba imposible disfrutar del ciclo de las hojas que caen. Sus ojos se detuvieron en el cuaderno que asomaba bajo la cama de Clara. Ella no lo había leído esa noche, se hallaba conmocionada por la tormenta desatada por André. Pobre Clara, su príncipe estaba mostrando los andrajos que ocultaba bajo el ropaje vistoso. Jim no lo lamentaba, había cosas que era necesario saber, costara lo que costase.

Su mano tomó el cuaderno antes de que su mente le diese la orden. Acarició la rugosidad de las tapas con reverencia. Allí había secretos que él nunca supo, revelaciones que surgían de la visión del hombre blanco. Y no de cualquiera, sino del padre de Claramaría, la mujer que se había convertido en el atajo que lo desviaba del camino correcto.

Lo abrió sin culpa alguna. Le pertenecía a él tanto o más que a la propia Clara, pues se trataba de su herencia, su historia ancestral y su destino. Al débil resplandor que se filtraba por la ventana leyó una página al azar, avanzando más sobre la lectura de la joven.

*Ha de haber habido conspiración entre el presidente Jackson y el gobierno del estado de Georgia, sólo así pudo desconocerse el fallo de la Corte Suprema en favor de los cherokee.*

*He hablado con el firmante del tratado. Me dijo que Jackson desafió al propio juez Marshall a que hiciese cumplir su veredicto si es que podía. Él y otros cherokee viajaron a Washington para una audiencia con el mismísimo presidente, y obtuvieron una negativa rotunda. “La serpiente no cambia su rumbo”, me dijo, refiriéndose a Jackson. Entonces se supo que, aunque tuviesen la ley a su favor, nadie lucharía por sus derechos. La causa estaba perdida. Esto fue lo que lo impulsó a firmar. Es un hombre taciturno y triste el esposo de Rosemary, veo en él una grandeza que me apena, tanto más porque es incomprendido por su gente. Ante mi insistencia, me dijo que en aquel momento sabía que firmaba también su condena de muerte, pero que “cuando un hombre debe hacer algo lo hace”, sin medir las consecuencias.*

Llegado a este punto, Jim alzó la cabeza y fijó la vista en la lejanía que adivinaba tras el bosque. Las palabras que acababa de leer horadaron su pecho. ¿Sería posible que...? No, era demasiado audaz pensarlo, y sin embargo... Continuó leyendo, con el



alma suspendida.

*Me gustaría saber si llegaré a amar a una mujer del modo en que lo hace este cherokee callado y firme, casi con idolatría, sin mengua de ternura y dominancia, todo a un tiempo.*

*Creo que sólo por eso la vieja india lo soporta, pues está claro que no le perdona la firma del tratado y que desprecia los motivos que lo impulsaron a formar parte de la comitiva de John Ridge. Su pequeño hijo aún no entiende el peso que carga al heredar esa vergüenza.*

*Y el que está por nacer, pobre niño, será otro condenado por el estigma del padre.*

*A fe mía, esto es lo que entristece a Ethan Morris, el oprobio en que deja a su familia. Supongo que por eso ha venido, para asegurarse de que estén a salvo en el sitio al que van. No sé qué hará luego, ni si con los años el encono se diluirá.*

*Rosemary es tan dulce y buena... y ya llega el tiempo de parir. Ethan confía en mí, ahora que sabe que estudio medicina. Me enorgullece y aterra a la vez asistirle en el parto.*

*Sospecho que deberé enfrentar a la vieja madre, es una especie de hechicera y ya está preparando el escenario para el nacimiento. Ha buscado una piel de ciervo bien curtida, un sonajero de plumas, un saquito de piedras y otro de hierbas. Me mira con suficiencia y nada dice. Parece que se ríe de mí.*

Jim contuvo el aliento. Su más recóndito temor, su instintiva sospecha, acababan de cristalizarse. El hombre que escribía el diario de viaje, Ambrose La Rochelle, asistió a su propia madre en el parto y acompañó a su padre y a su hermano hasta Territorio Indio. Ahora veía con claridad los designios del halcón, el motivo que lo había impulsado a seguir los pasos de Clara pese a que significaba un desvío en su camino y en la decisión que debía tomar. Las entidades que siempre lo rodeaban se habían conjurado para ponerlo frente a esa nueva situación, tan increíble como dramática. Si el padre de Clara era el benefactor de su familia, entre ambos se había creado un lazo indestructible, un deber de los que él jamás eludía, como bien lo decía su propio padre: “Un hombre hace lo que debe hacer”.

Ya no podía rehuir la presencia de Clara, ni luchar contra la atracción que ella ejercía sobre él. Clara estaba en su camino, tan cierto como aquella otra mujer no lo había estado. Esa vez, el Gran Espíritu le había señalado su destino. Colibrí Dorado era suya.

Rasgó la página que estaba leyendo y la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Cerró el cuaderno y volvió a recostarse bajo el ventanal. Leería el resto del párrafo al día siguiente, con el corazón más sereno. Dejó que los sueños lo invadiesen, como una invocación silenciosa a los espíritus profundos de la tierra. En los sueños el hombre encontraba su verdadero ser, el que la ceguera diaria no le permitía alcanzar.

Mamá Sara se oprimió el pecho con ambas manos y aspiró como si el aire le faltase.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró, desolada.

Había tenido una premonición. Y ella creía con firmeza en esos repentinos fogonazos de lucidez. Se santiguó y murmuró oraciones mientras se ponía su bata y atravesaba el vestíbulo rumbo a las habitaciones superiores. La tonta de Duma tenía el sueño pesado. Quién sabía si le estaba ocurriendo algo a Alfonsito mientras ella dormía.

Entreabrió la puerta donde habían puesto la nueva cuna de madera que construyó Caius y atisbó en el interior del cuarto. La mulata se acostaba en el suelo, al lado del niño. Alfonso estaba sereno como un ángel del Señor, con su dedito en la boca, según su costumbre de los últimos días.

—Bendito seas —susurró la negra, conmovida.

Trazó una cruz en el aire sobre él y salió rumbo al cuarto contiguo, donde se hallaban los esposos. Jamás se le habría ocurrido asomarse de no mediar ese presentimiento que le atenazaba el pecho. Al entrar agazapada, pudo contemplar el dosel que envolvía a la niña Clara como una nube, y también distinguir la forma alargada del marido bajo la luz de la luna. Una cosa era sospechar que no compartían lecho, y otra muy distinta comprobarlo. Mamá Sara no pudo ahogar una exclamación.

Jim cayó sobre la gruesa mujer antes de que pudiese reponerse del susto. Aterrada, la negra se aferró al quicio de la puerta y miró al hombre con ojos desorbitados.

—Usted —tartamudeó— no es el esposo de la niña. ¿Quién es usted?

—Salga —fue la dura respuesta.

Una vez en el corredor, Jim tomó a la criada por un brazo y la obligó a descender de prisa los escalones. Sara nunca supo cómo llegó a la cocina, ni en qué momento aquel hombre enigmático se hizo cargo de la conversación, logrando dejarla sin palabras, algo muy difícil.

—No soy el esposo de Clara, pero de todos modos ella me pertenece.

La rotundidad de la frase dejó boquiabierto a la negra.

—Alfonso no es nuestro hijo, sino un bebé huérfano que ahora es mi responsabilidad también. Si va a oponerse a que ella se quede aquí, nos iremos mañana mismo y dejaremos que Bellaflor se pudra. De lo contrario, aceptará las condiciones de nuestro trato y guardará el secreto, al menos mientras sea necesario. ¿Lo ha entendido?

Sara asintió con la cabeza y miró a Jim de arriba abajo, como si lo viese por vez primera.

—Aparte de eso, soy indio. Cherokee, para más señas.

La catarata de revelaciones no tenía fin para la pobre mujer, que boqueaba como pez fuera del agua, a punto de colapsar.

—Espero que eso no sea un problema para usted, que pertenece a una raza

pisoteada por los blancos tanto como la mía. Quizá más —agregó con malicia, ya que los cherokee jamás habían sido esclavos de los colonos, mientras que sí habían poseído esclavos negros.

Sara se sentó para evitar caer redonda mientras escuchaba al hombre del que desconfió desde un principio.

—Ya lo decía yo —comentó con voz pastosa—, que esto no me gustaba nada de nada.

—Bien. Ahora las cosas están claras. A mí tampoco me gusta deslomarme por una hacienda que no me pertenece y que está condenada al fracaso.

—Pero mi niña... ¿Cómo es que...?

—¿Cómo se unió a un hombre como yo? —rió con sorna Jim—. Recupere el aliento, señora. Aún no estamos unidos por la carne, aunque no puedo decir que eso no vaya a ocurrir. Entre Claramaría y yo hay un vínculo que usted no entendería.

—Dios sabe que no —contestó empacada la negra.

—Las cosas no han cambiado tanto como parece. Ya no hay amos ni esclavos, pero aún existe la dependencia, y los del norte no han conseguido reconstruir el país, así que por el momento soy el patrón de Bellaflor y el esposo de Clara, padre de Alfonsito. Para usted, y para todo el que pise esta casa.

—Así será —respondió Sara mordiendo las palabras.

Le fastidiaba que aquel hombre que no tenía derechos se los arrogase con prepotencia, pero por una razón que no podía discernir, entendía que era mejor mantener un orden jerárquico, quizá debido a que siempre había vivido dentro de uno y no sabría proceder de otra manera.

—¿Qué le diré a Moses? —preguntó desafiante.

—Lo que mejor convenga a su niña Clara. Usted decide.

Con esa respuesta, Jim le dejó un gran conflicto entre manos. Sara debía resolver si Moses era digno de confianza, o si se rebelaría al tener que obedecer a un indio en la casa del amo Ambrose, donde él había sido la mano derecha del hombre al que veneraba aun después de muerto.

Al quedarse sola en la cocina, calentó agua en la tetera para una tisana de escutelaria, un tónico para los nervios oriundo de Virginia que el doctor conservaba entre sus hierbas más comunes. Mientras revolvía el mejunje con un palillo de madera y aspiraba el aroma balsámico, Sara movió la cabeza con fatalismo. Todavía le escocía el pecho, y eso significaba que su presentimiento seguía latente. Faltaba más por descubrir, había otras oscuridades que pugnaban por salir a la luz. Un temor supersticioso la llevó a rezar en una lengua que llevaba años sin pronunciar, un lenguaje rumoroso que resonaba como tambores en su corazón. Aquel indio, con todo, tenía más ligazón con la tierra que pisaba que ella, puesto que sus padres la habían parido a bordo de una nave que portaba sangre negra para las plantaciones de América. En sus entrañas, Sara seguía siendo africana, al igual que Moses y que Selva.

El iniciado se ocultó en el interior del granero, el único sitio que le garantizaba protección, ya que en los barracones había demasiada gente y en los establos podía alterar los nervios de los caballos. La noche siguiente haría suya a Lettie y la ligaría a él para siempre. Sería entonces el momento de cumplir su designio, según lo indicado por los caballeros de la Camelia Blanca. Había estado observando los movimientos de la plantación; sabía del horario para el arado de las parcelas, del lugar donde los sembradores se reunían a beber al final de la jornada, había tenido ocasión de ver de cerca al patrón y conocía su afición por los caballos salvajes. Observar formaba parte de su misión, y la había cumplido con creces. Ya iban para siete los días en que estudiaba las idas y venidas de los habitantes de Bellaflor. Más preparado que en ese momento no estaría nunca.

Se asomó por un hueco del techo y contempló la luna roja que vaticinaba desgracias.

Era natural, ya que él estaba encargado de provocar una. No le temblaría la mano cuando tuviese que despachar al hombre; le habían dicho que era un usurpador que pretendía quedarse con la plantación de la niña Clara, y que su propósito era despedir a la antigua servidumbre para atraer colonos de otras partes del país. Sólo por eso merecía morir. El iniciado sabía que los fieles sirvientes de Bellaflor habían ayudado al doctor La Rochelle a criar a su hija cuando quedó viudo. Apartarlos de sus puestos, condenarlos a la mendicidad después de que hubieran demostrado tanto apego por el patrón, era una crueldad propia de un ser desalmado, y él se alegraría de contribuir a su desaparición. Ya había matado, y si bien fue en defensa propia, no creía que se sintiese tanto la diferencia. Una vez cumplida la misión, empezaría para él la nueva vida de la que no tendría que huir, contaría con la protección de gente principal y gozaría del amor de una bella mujer. Ése sería su amanecer. Amanecer Blanco. Era irónico que le hubiesen puesto ese nombre, después de todo.

Sus dedos hurgaron en el bolsillo del gastado pantalón de brin y tocaron los pétalos del capullo de camelia que debía dejar sobre el cadáver. Faltaba poco para dar el paso hacia la reconstrucción de su propia vida. Amanecer Blanco no era malvado, las circunstancias se habían ensañado con él en momentos en que la sociedad no perdonaba. Si huyó, fue para no perjudicar a su familia. Todo se aclararía cuando cumplierse su cometido y liberase a Bellaflor de ese hombre ruin, el especulador que mantenía a la niña Clara como rehén de sus ambiciones.

—Perdóname por lo que voy a hacer —musitó, y besó la medalla que llevaba colgada del cuello desde su niñez.



## CAPÍTULO 10

—¡Señor Morris!

Jim se sorprendió de que Clara hubiese caminado atravesando las vegas hasta el secadero. La “casa del tabaco” era apenas una choza con dos puertas que miraban al este y al oeste, para dejar entrar el sol naciente y el poniente. Se encontraba abandonada, y había que ponerla en servicio de nuevo. Para eso aleccionaba a las esposas de dos de los colonos nuevos. Eran mujeres jóvenes ansiosas de aprender un oficio, y con la ayuda de Selva, que ya había desempeñado ese trabajo, conseguiría que supiesen medir la humedad de la cabaña y abrir o cerrar las puertas según el clima.

Dirigió una mirada fugaz a la joven y continuó explicando a las mujeres:

—Con éstas —y puso ante ellas largas agujas— irán cosiendo las hojas de a pares, y luego ensartándolas en estos palos. Jeremías se encargará de subirlos a la barredera a medida que se completen. Sara les mostrará cómo ensartar las hojas en los cujes.

Clara observaba sorprendida la seguridad con que Jim indicaba los pasos a seguir en el secado de las hojas de tabaco. Ella ignoraba que él supiese tanto sobre el tema. En realidad, ignoraba que fuese capaz de muchas cosas, como la que venía a decirle.

—Señor Morris.

—Ya estoy con usted —la atajó él, y siguió mostrando dónde colocar la barredera, y a partir de cuándo montarla a mayor altura sobre el suelo—: Apenas tomen color amarillo las hojas. Y cuidado al bajarlas, no se vayan a quebrar.

—Eso conviene hacerlo por la mañana, patrón —dijo una de ellas, y Jim asintió, satisfecho.

—¿Cuál de las dos es más hábil para las tijeras?

Una de las mujeres puso los brazos en jarras y se echó hacia atrás, vanidosa.

—Puedo cortar un hilo en el aire mismo, señor.

—Bien. Te encargo entonces separar las hojas para apilarlas en los barriles. Habrá que armar las gavillas para la fermentación. En el momento del picadero, cuando haya que seleccionar las hojas, contarán con ayuda.

Recién entonces, mientras las mujeres se arremangaban y ponían orden en los elementos que acababan de proveerles, Jim se volvió hacia Clara.

—¿Decía?

—Tengo que hablarle de un asunto.

—¿Ahora?

Por toda respuesta, ella puso ante sus ojos el cuaderno negro. Las mulatas se movían con rapidez detrás de ellos, en apariencia indiferentes, aunque Clara advertía miradas curiosas en su dirección. Les parecería raro que la patrona acudiese al secadero a interrogar al esposo. Prefirió alejarse de sus oídos y caminó hacia afuera, suponiendo que Jim la seguiría. Él se tomó unos momentos más para controlar que la

tarea que realizaban las nuevas tabacaleras fuese de su agrado, y por fin salió, limpiándose las manos con un pañuelo que llevaba al cuello.

—Señor Morris, es inadmisibile lo que hizo —y para evitar explicaciones, Clara abrió el cuaderno en el sitio donde faltaba la página.

Jim se mantuvo impasible ante el reclamo.

—¿Niega haber arrancado una hoja del cuaderno de mi padre?

—Es una pena que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí para decirme eso, Clara, cuando podíamos conversar luego, sentados a la mesa.

—No quise esperar. Acabo de darme cuenta de lo sucedido.

Ella ya no ocultaba su cabello bajo las capotas, lo lucía ondulado con gracia en torno al rostro, y en ese momento, con la luz del sol a sus espaldas formando un halo dorado, parecía un ángel del coro de una iglesia. Jim apretó los dientes.

—Tenemos que hablar.

—¡Ya lo creo que sí! Si tanto deseaba saber cómo seguía la historia de mi padre podría habérmela pedido prestada, o bien aguardar a que yo se la leyera por las noches. ¿Por qué arrancó esa página en particular? ¿Por qué hurtó mi cuaderno mientras yo dormía?

—Porque ese cuaderno me pertenece también, Clara —y Jim ahuyentó de su mente la imagen de ella leyendo en voz alta junto a él por las noches, una intimidad que en ese mismo momento estremecía sus entrañas.

—Lo que dice no tiene sentido —porfió ella—. Todo lo de mi padre es mío ahora, hasta sus memorias. Es... es todo lo que me queda.

El tono de la última frase fue casi un sollozo. Jim la tomó del brazo y la alejó más aún de la casa del tabaco. La debilidad que afloraba en Clara lo hería, lo fastidiaba y socavaba su paciencia. Cuando alcanzaron una distancia considerable del resto de los trabajadores, él la sostuvo mientras miraba por encima de su cabeza enrulada hacia un punto indefinido en el horizonte.

—Su padre fue el doctor de los cherokee que el gobierno expulsó de sus tierras —comenzó.

—Lo sé. Es una triste historia.

—Es más triste aún para mí, porque yo soy uno de ellos.

En menos de unas cuantas horas, Jim se había visto obligado a confesar su origen dos veces. Pensaba aguardar el momento oportuno para decírselo a Clara, aunque ese momento parecía no llegar nunca. Y ya que ella lo había descubierto en una conducta inexplicable, prefirió tomar el toro por las astas y arrojarle la verdad al rostro. Clavó en la joven su mirada con un filo de acero. Ella lo contemplaba en silencio. Por su mente pasarían mil preguntas que asomaban a esos ojos celestes cristalinos. Jim podía leer cada una de ellas. ¿Un indio? ¿Vestido así? ¿Tan civilizado? ¿Y los negocios de Tennessee?

—Las plumas y el taparrabos los llevo guardados en mis alforjas —ironizó.

La serenidad cubrió la expresión de Clara cuando contestó con suavidad:

—No soy una ignorante, señor Morris. Aunque haya vivido en una plantación sureña y viajado a otras tierras, sé bien que las tribus cambiaron mucho en contacto con los colonos europeos, ya desde los tiempos de los casacas rojas.

Jim no pudo evitar un gesto de sorpresa al escucharla mencionar a los ingleses con el apelativo que se les había dado desde un principio. Conservó la calma y el silencio.

—Lo que no entiendo es por qué no me dijo esto de una vez. ¿Pensó que lo juzgaría mal? ¿Creyó que rechazaría su ayuda con el niño a bordo del *Lincoln*? Usted tiene mucho que aprender de los blancos, señor Morris. Está armado hasta los dientes, aunque no lleve más que un cuchillo de monte. Su coraza es su armadura. Y de las peores, puesto que no se ve a simple vista. Si me hubiese contado la historia de su vida, yo habría comprendido mejor muchas cosas, detalles que me confundieron durante todo este tiempo, y que tal vez me hicieron pensar mal de usted. Ahora sé por qué supo alimentar a Alfonsito de manera mágica y está familiarizado con la vida del campo. Su familia debió de ser de esos ricos cherokee que perdieron sus granjas.

—¿Conoce la historia de mi pueblo?

—Un poco, de oídas. Se cuentan leyendas.

—¿Y qué siente al saber que soy indio?

Clara se alzó de hombros, en tanto que Jim pendía de sus próximas palabras como de la cuerda del patíbulo.

—Nada especial. Todos somos algo: negros, blancos, indios... Dicen que hay muchos chinos en el oeste. Todavía no he conocido a ninguno.

Él no había soltado su brazo, y se dio cuenta de que lo estaba apretando demasiado, llevado por la tensión del momento. Como siempre, Clara no se resistía. La dejó ir con cuidado, como si la creyese capaz de huir. Ella permaneció a su lado, interrogándolo con la mirada.

—¿Qué piensa hacer ahora? —insistió él.

—Lo mismo que estamos haciendo, ocuparnos de Bellaflor. Ya veo que entiende de tabaco y de muchas otras cosas. Más que yo, que he vivido rodeada de estas hojas. Si prefiere que guarde discreción sobre su origen para evitar enfrentamientos lo haré, por supuesto. Hay personas que tienen prejuicios, también sé de eso.

—Como su André.

—¡No es *mi* André! Es un amigo de la infancia que ha regresado herido de la guerra y merece mi compasión.

—Igual que yo, que soy un indio despojado de sus derechos.

—Puedo compadecerme de su pasado, señor Morris, pero creo que en el presente ha sabido desenvolverse muy bien. Esta noche devuélvame la hoja del cuaderno.

Clara le dio la espalda y marchó erguida hacia la casa.

Jim se quedó mirándola hasta que su figura se perdió entre los robles del cerco. Colibrí Dorado poseía una entereza admirable. Había recibido la noticia de su estirpe con tal naturalidad que él sólo podía pensar que vivía en un mundo propio, o que

fingía una serenidad que no sentía. Descartó esto último. Clara había dado sobradas muestras de ser incapaz de fingir. De nuevo había salido a relucir el carácter angélico de la joven, y eso lo repelía de un modo que lo desconcertaba.

Sacó del bolsillo la hoja del cuaderno y la desdobló para seguir leyendo.

*Poco a poco, los que apoyan la causa cherokee se fueron alejando. David Crockett, uno de ellos, aconsejó firmar un tratado liberal que permitiera a los indios tierras en Arkansas y el derecho a poner un delegado en el Congreso. Ethan había dicho que era la mejor chance, puesto que el juez de la Corte no tenía facultades para imponer su decisión al presidente. ¡Qué triste debió de haber sido ese regreso de Washington! Fiel a su personalidad, este hombre no menciona detalles, sólo contó que, al volver, encontró a los agrimensores midiendo las parcelas que repartirían en una tómbola. Quizá en este mismo momento la granja de esta gente se encuentre señalada por el número de la ruleta.*

*La indignidad de este comportamiento me avergüenza, aunque en Ethan Morris no leo reproche hacia mí por pertenecer al mundo que lo ha despojado, sino una aceptación fatalista de su destino. Vive por Rosemary, para saber que dará a luz con bien. Y en eso estoy involucrado ante sus ojos.*

*Todavía hay quienes esperan algún milagro de John Ross, incluso mientras caminan bajo la nieve, casi sin ropas de abrigo, hacia un destino incierto. Ethan no es de esos. Piensa con lucidez, entiende que el electo presidente Van Buren jamás favorecerá a los indios, cuando el país necesita tierras para la gente nueva que está viniendo. Además, nadie confía demasiado en la convivencia pacífica con las tribus. La causa cherokee es la última espina molesta que quedaba para disponer del territorio.*

*No entiendo por qué no acusan a John Ross de dilatar las expectativas de su pueblo en lugar de condenar a quienes intentaron solucionar el conflicto de la manera menos dramática. En fin, cada quien tiene su mentalidad y yo más que nadie debo comprenderlo, puesto que estoy al servicio de lo humano.*

.....

*French Licke, Tennessee, noviembre de 1838*

*Es un día helado. La bruma que se desprende de las nubes es glacial. Flota un olor a moho en el aire, debido a la ropa de lana húmeda. Hemos recorrido millas de camino lodoso y surcado de huellas que dejaron los carros precedentes. Los cherokee tienen los mocasines hechos una pena, algunos los han perdido ya y envuelven sus pies con telas para aislarlos del frío. Las mujeres arrastran las faldas pesadas por las costras de fango que se adhieren al ruedo. Por doquier se escuchan toses secas que congelan la sangre en las venas. Sé lo que esas toses significan. He cerrado*



suficientes ojos a lo largo de esta fatídica marcha como para ignorarlo. Han muerto animales también, debido al agotamiento y a la escasez de buenos pastos. Todo es un pantanal. Dieron la orden de acampar aquí por tres días, y doy gracias a Dios por ello, ya que el nacimiento del bebé de Rosemary es inminente. La han dejado subir a uno de los carros y su esposo no se despegaba de la rueda, a pesar de que eso le ha costado más de una caída.

Se dice que en las cercanías se halla L'Hermitage, la morada de Andrew Jackson. El rumor corrió por la caravana como un incendio de pajonales. Según nuestro guía, pasaremos tan cerca que podremos atisbar al Viejo Nogal asomado a la ventana, si es que se digna a hacerlo. Me gustaría ver su cara afilada contemplando la miseria a que ha condenado a todo un pueblo. El pequeño al que llaman Nube Roja se empeña en encontrar ramas secas, casi una hazaña en esta humedad pegajosa. Habrá que encender muchos fuegos para entrar en calor y preparar café en los jarros de estaño. ¡Pensar que esta gente poseía vajilla de porcelana!

Rosemary no se queja, y eso es lo que más me preocupa. A menudo las mujeres de temple fuerte padecen sin que se sepa, y eso nos quita la posibilidad de actuar a tiempo. Dios quiera que haya heredado la fortaleza de su madre, la vieja india parece inmune al sufrimiento, pero me temo que ella es de índole más delicada. Con todo, las indias acostumbran a parir entre ellas, y por lo que puedo ver, lo toman como algo normal. Yo también necesito un sueño reparador. No recuerdo la última vez que dormí de corrido.

.....

*¡Dios bendito! Ha llegado la hora. Ampárame en este trance.  
Ethan vino a buscarme.  
Espero escribir en la próxima fecha el feliz acontecimiento...*

Jim apretó el papel en su mano hasta destrozarlo. Estaba asistiendo a su propio nacimiento, como un testigo del pasado. Aquel diario del doctor, la plantación de tabaco, la mujer, eran parte de una trama sobrenatural, un tapiz gigantesco en el que sus vidas estaban bordadas de antemano. En vano había pretendido tener voluntad para decidir si quedarse como shamán de la tribu o partir, para iniciar una vida después de la venganza.

El Gran Espíritu había hablado.

Ya no podría dejar de leer lo que Ambrose La Rochelle continuara escribiendo. Lo quisiera Clara o no, el registro de la desdicha de su familia era su patrimonio. Y sus acciones posteriores encontrarían justificación en lo que sucediese a lo largo de esas páginas.

Claraapuró el paso al llegar a la casa, pues anhelaba refugiarse en su cuarto para

asimilar lo que Jim Morris le había dicho. Era cierto que saberlo indio le permitía entender el misterio del comportamiento del hombre en el que se había acostumbrado a confiar. Algo barruntaba ella a medida que ataba cabos durante las conversaciones, pero ahora era una certeza, aunque nada cambiaba. Y tampoco mentía cuando le dijo que él no merecía su compasión. El señor Morris era lo bastante arrogante como para soportar cualquier afrenta. Sin embargo, ella sospechaba que existía en el fondo de su corazón un dolor profundo que él se había habituado a ignorar, o al que manipulaba en su beneficio. Estaba convencida de que el niño que había sido se ocultaba bajo infinitas capas. Clara deseaba encontrarlo, descubrir el carozo que había dado semejante tronco.

En su interior, pensaba, hallaría una dulzura inesperada.

Salomón le salió al paso.

—Señorita, mi mamá la llama.

—¿Dónde está?

El niño señaló la cocina, el reino de mamá Sara, y hacia allí se dirigió Clara suspirando. Su meditación debería esperar. Encontró a la hermosa africana consolando a la vieja criada. Le ponía enfrente un vaso de agua tibia con azúcar y limón, pero Sara se negaba a tomarlo. En lugar de eso, hipaba y se sonaba la nariz. Al ver a Clara, se apresuró a enderezar la espalda y fingir que nada pasaba.

—¿A qué viene todo este embrollo por un poco de resfriado? —graznó con voz temblorosa.

—Mamá Sara, estás llorando —y Clara se arrodilló junto a las rotundas caderas para mirarla a los ojos.

—Qué cosas dice, amita... Llorar yo, si hasta creo que las lágrimas se me han secado con los años. Sólo el ajo puede sacarme algunas.

Chispa miraba conmovido el rostro hinchado de la mujer, así como la dulzura con que la señorita buena acariciaba las toscas manos de Sara.

—No me mientas, estás afligida y me estás asustando. ¿Alfonsito tuvo algo?

Ese ardid consiguió sacar a Sara de su abotagamiento.

—¡Claro que no! El muchachito está fuerte como un roble. Ha salido de buena cepa, digo yo.

Luego calló, al darse cuenta de que el niño no era hijo de ninguno de los supuestos padres, y que Clara no debía saber que estaba al tanto de eso. Dios sabría a quién salía el bebé entonces.

—¿Qué pasa, pues? Dímelo, mami.

La negra suspiró.

—Son estas premoniciones que me atacan raras veces, niña, y que me quitan el aire que respiro. Yo no sé decir a qué se deben, pero sí que se cumplen. Algo malo está por suceder.

Selva se irguió, preocupada, y Chispa abrió tamaños ojos ante esa revelación.

—Ve a buscar a tu hermano y empiecen con la tarea antes de que yo vaya al

consultorio —le dijo Clara para sacarlo de allí.

A regañadientes, empujado por la mirada severa de la madre, el niño fue en busca de su hermano. Tal vez Salomón idease un modo de espiar los secretos que ocultaban las mujeres.

—¿Qué es lo que pensaste, mamá Sara? Cuéntamelo, para que pierda su poder.

—¡Como si pudiera! Ni sé qué pienso, amita, sólo siento un puño apretado aquí —y la negra se señaló el pecho que subía y bajaba con rapidez—, y un revoltijo de ideas acá —y tocó con un dedo su sien.

—Estamos todos muy pendientes de los problemas de Bellaflor —la tranquilizó Clara—, y por eso pensamos cosas feas, son nuestros temores de que todo salga mal, pero debes confiar en el señor Morris. Él sabe hacer las cosas.

La mención del nombre despertó el instinto feroz de la criada. Tomó en sus manos el rostro de Clara y la miró con intensidad, para transmitirle su protección.

—Prométame, amita, que se cuidará mucho, mucho, que no dudará en pedir ayuda a esta vieja que todavía es capaz de asestar un buen golpe si se lo propone.

Clara se echó a reír ante la bravata.

—Mamá Sara, guarda tus coscorriones para los bandidos que hurtan nueces y bollos —dijo, aludiendo a los hijos de Selva.

—Para eso está la palmeta —aseguró la madre también sonriendo.

—Atiéndame, niña. Y esto lo digo con la mano en el corazón. Si usted tiene la necesidad, véngase, que para eso hemos sido como su padre y su madre, Moses y yo. Y a ninguno de nosotros nos quedan hijos por cuidar. Prométame eso, ama Clara. Por la vida de ese niño que está durmiendo arriba.

Un poco impresionada por la vehemencia de Sara, la joven le aseguró que sin dudar recurriría a ellos y que por el momento nada había que temer, pero serían los primeros en saber si algo sucedía. Más serena al escucharla, mamá Sara se levantó con el peso del mundo en sus espaldas y se ató el delantal a la cintura para empezar el guiso del mediodía. Todo volvió a la rutina normal, y Clara se encaminó al piso alto para leer el cuaderno de su padre y averiguar qué más había ocurrido con el pueblo de Jim Morris. Ahora que conocía ese vínculo, la historia de los cherokee adquiriría otra dimensión.

Alfonsito gorjeaba boca arriba en su cuna. Duma solía llevarlo al cuarto de Clara para que el niño tuviese compañía. La joven mulata estaba encantada con el bebé, y casi no hacía otra cosa que cuidarlo. Había que arrastrarla a desempeñar las otras tareas domésticas, pues su mayor preocupación era el pequeño.

—Por lo menos hay alguien que está contento —murmuró Clara, asomándose sobre el borde de la cuna.

Alfonsito respondió con un chillido agudo.

—Muy bien. Ven conmigo un rato, vamos a pasearnos a la luz del sol.

Lo alzó y lo envolvió en mantas. Duma se ocupaba de mantener caldeados los ambientes del piso alto, para que el bebé no se resfriase.

—No olvides nunca quién eres, pequeño —le susurró Clara con ternura—. Jamás pierdas la alegría que tienes ahora, o te convertirás en un hombre duro y triste como el señor Morris. Sé que él fue así, un bebé sonriente y dichoso de ser mecido en los brazos de su mamá. Ese tiempo se ha perdido en su mente, pero no aquí —y tocó con un golpecito el pecho de Alfonso—. La memoria del corazón es eterna, sólo hay que dejarla salir.

Salió al balcón del cuarto y puso al niño de cara al sol que inundaba los canteros de las últimas petunias que Moses había sembrado antes de su llegada. Bellaflor había tomado otro aspecto desde entonces. Ya no lucía desolada y triste, el movimiento de la gente nueva y los afanes de los antiguos criados le imprimían un matiz de sencilla abundancia. Podían organizar a las gallinas, recortar los setos, acumular fardos de heno, levantar cercos, pulir los herrajes y ventilar todos los cuartos, que ahora rezumaban la calidez del hogar. Y se lo debían a Jim Morris. Él había tomado esa carga sobre sus hombros con el ímpetu del dueño. Eran esas cosas las que confirmaban a Clara en su convicción de que se trataba de un hombre generoso y bueno.

—Ojalá fuese tu verdadero padre, Alfonsito —dijo, sin pensarlo, y se asustó de sí misma.

En un rincón bajo la ventana, oculta por el cortinado espeso, la alforja de Jim se interpuso con el pie de Clara, que la rozó mientras paseaba al niño. Se quedó mirándola con curiosidad. Recordaba el celo del hombre por sus pertenencias, la vez en que la acusó de haber espiado en ellas. ¿Por qué tendría tal temor? Una de las alforjas contenía la manta y los artículos que Jim había desplegado para preparar el té mágico del niño. Ésta era la otra, la que nunca abrió desde que estaban juntos. Clara supuso que sería ésa la que el señor Morris guardaba de la vista ajena. Meditabunda, siguió acunando a Alfonso hasta que el niño se durmió. Lo acostó con cuidado en la cuna y lo arropó mientras seguía entonando la nana. Ya su mente viajaba a millas de donde estaban, imaginando secretos nunca revelados de la vida de Jim Morris. ¿Y si fuese ésa la clave de su tristeza? Quizá allí había un diario también, que cobijaba las penas de ese hombre duro y estoico. ¿Podría ella ayudarlo si sabía de su pasado? Sin duda, era mejor saber. Conocer su origen la había ayudado a entenderlo. Otro pensamiento insidioso vino en su ayuda: el propio Jim había cometido la infidencia de leer el diario de su padre. ¡Y de arrancar una hoja! Ella no llegaría a ese extremo, sólo se proponía bucear en su intimidad para ayudarlo. Su alma misionera la impulsaba a ofrecerse aunque los otros no se lo pidiesen.

Se agachó junto a la alforja y tiró de ella con cuidado. Era un bolso marrón, cosido a mano, que lucía gastado y sucio. Estaba cerrado con hebillas. Clara desprendió los broches y levantó la solapa. Del interior brotó un olor concentrado que le recordó al alcanfor. Era levemente nauseabundo, sin embargo. Con el corazón latiendo feroz, la joven deslizó una mano y tocó algo suave. Intrigada, tiró de eso también hasta sacarlo a la luz. Al principio no entendió lo que veía, era una especie

de cola de caballo, una crin o un manojo de pelos. Al extenderlo sobre el piso del balcón, su corazón alocado se detuvo en el pecho y estuvo a punto de caer fulminada.

Era cabello humano. Se mantenía unido a una capa de piel con costras secas, como una alfombrilla ensangrentada. Clara se derrumbó con la cabellera en su mano. El secreto de Jim Morris, que ella creía la clave para llegar a su corazón, era la prueba más horrorosa de que aquel hombre era un salvaje. La práctica de escalpar, según decían, no la habían inventado los indios sino los franceses, los pioneros que cazaban pieles en la América todavía virgen. Luego, esa espantosa costumbre se esparció entre pieles rojas y carapálidas, como una continua revancha ante los ataques que se infligían unos a otros. Clara conocía esas historias, era la amenaza constante con que se habían criado los niños, si bien donde ella vivió nunca tuvo ocasión de ver a un indio.

La repugnante revelación del secreto de Jim Morris la golpeó tan hondo, que por un momento creyó desvanecerse de la impresión. Ni en su más desafortunada imaginación pudo suponer que aquel hombre fuese capaz de semejante crueldad. Era un indio, pero tan civilizado en sus maneras, conocía varios oficios y hasta podía acunar a un bebé... Se horrorizó al recordar cuántas veces había dejado a Alfonsito en sus brazos, incluso pensándolos más adecuados que los suyos propios. Qué insensata había sido. De pronto, el futuro se le representó más incierto que nunca. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo fingir que no conocía la terrible realidad del hombre que dormía a su lado? ¡Y él se había fijado en su cabello! Le preguntó varias veces por qué lo llevaba corto. Claro, sin duda un cabello rubio como el de ella habría sido un trofeo para la tribu. ¿Sólo por eso estaba viva?

“Por supuesto que no, Clara, no seas tonta”, se dijo enseguida. Si él hubiese querido algo lo habría tomado, nada se interponía entre un hombre así y sus deseos. Poco a poco, el razonamiento vino en su ayuda. Jim Morris era un salvaje, como lo demostraba la evidencia que aún sostenía en su mano, y a la vez un ser astuto capaz de transformarse ante los ojos de los demás. Si la acompañaba en el resurgimiento de Bellaflor, sería porque algo esperaba de eso, aunque no se imaginaba qué, si apenas rendía la finca para el abastecimiento. André le había dicho que Jim era un oportunista y ella lo había defendido, convencida de que lo animaba el altruismo. Era su gran defecto, esforzarse por ver la parte buena de las personas, a costa de la verdad, muchas veces.

“¿Por qué, Jim, por qué?”, se repitió en su mente desesperada.

Con sumo cuidado, para evitar dejar indicios de su indiscreción, remitió la cabellera en la alforja y cerró las hebillas. La empujó tras la cortina, intentando recordar de qué modo la había encontrado, y luego se levantó, deseosa de lavarse las manos. Estaba como loca. Iba y venía por el cuarto sin saber qué determinación tomar, ni si debía tomar alguna. Porque ¿qué harían todos ellos sin el apoyo de Jim Morris? Y lo peor de todo: ¿qué sería capaz de hacer él si lo echaban de Bellaflor? Clara imaginó infinitas posibilidades.

—Alfonsito, estarás seguro aquí, no dejaré que ese hombre vuelva a entrar al cuarto.

Recordó que unos minutos antes había deseado que fuera su padre, y se estremeció.

Claro que los indios que escalpaban cabelleras tenían hijos también, y sin duda los cuidarían con ternura. ¿Cómo se conjugaban ambas identidades en un mismo hombre?

Se sentó en el borde de la cama y se retorció las manos pensando a toda velocidad.

—¿Qué hago, Dios mío, qué hago?

Al dejar el convento, un lugar al que podía volver cada día y encontrar un bálsamo para sus pesares después de asistir a otros en su sufrimiento, no pensó que el mundo real la golpearía con tanta crudeza. Ya era suficiente ver a su padre enfermo, que la realidad fue mil veces más dura: sólo encontró su tumba y en ella, la imposibilidad de reconciliación.

También en ese momento Jim había estado a su lado, cuidándola y dirigiéndola para que no decayese. Había sido inmisericorde, era cierto, mas con el tiempo ella se dio cuenta de que fue necesario que la tratase así, sin compasión, porque de otro modo se habría derrumbado. ¿Cómo podía mostrarse tan sereno cuando era capaz de dejarse llevar por la ira sanguinaria y arrancar el cuero cabelludo de un hombre? Se imaginó sus facciones deformadas por la fría venganza, la boca en una mueca feroz de depravación, los ojos inyectados en sangre, quizá pintados para aumentar el terror de las víctimas...

¿Y de quién era esa cabellera, Dios bendito? Clara levantó las manos para contemplarlas. ¿Podría saberse si era de hombre o mujer sólo con el tacto? Era un cabello enrulado de color claro, si bien el tiempo y la sequedad lo habrían modificado. Tenía entendido que los indios colgaban esas cabelleras como trofeos a la salida de sus tiendas, y que el número de ellas aumentaba el prestigio del guerrero. ¿Cuántas tendría Jim Morris en su haber? ¿Acaso ése habría sido el destino de Ambrose de no haber mediado la intervención de un guardia?

Clara se martirizaba con ése y otros pensamientos, cuando de repente la puerta se abrió y el objeto de sus preocupaciones apareció en el cuarto.

Se incorporó de un salto y escondió las manos tras sus faldas.

Jim supo que algo andaba mal incluso antes de entrar. Reinaba un silencio extraño en esa habitación que Clara llenaba con risas y palabras cariñosas hacia Alfonsito. No se equivocaba, a juzgar por la expresión culpable y asustada de la joven. Con rapidez su mirada recorrió la estancia, en busca del motivo, y lo primero que vio fue la cortina corrida. Bien podría estarlo porque Clara hubiese salido al balcón, mas su instinto infalible le dijo que existía otra razón, y la prueba estaba latente en los ojos muy abiertos de la novicia.

Jim avanzó y cerró la puerta con la llave que siempre llevaba encima.

Clara tembló de pies a cabeza.

—¿Qué sucede? —dijo él con pasmosa tranquilidad mientras caminaba hacia ella.

—Nada.

—Eso no es cierto. Ha sucedido algo que la conmocionó.

Clara negó con énfasis, incapaz de pronunciar palabra.

—Miente.

Jim la rodeó, y a ver sus manos entrelazadas en su espalda, sonrió con crueldad.

—Santa Clara, está cada vez más lejos de su ordenación, me parece. Miente con descaro.

Él se puso al lado de la cuna de Alfonsito y apoyó una mano sobre el barandal. Clara contuvo el aliento.

—¿Es algo que tiene el niño? —preguntó con indiferencia fingida.

—Él está bien. Duerme tranquilo.

Jim deslizó su mano bajo la mantita de lana y lo descubrió para observarlo. Con el rabillo del ojo observaba también a la joven, que empalideció. Adrede, el hombre tocó la cabecita y se detuvo sobre su pelo oscuro, acariciándolo como si calculase cómo escalparlo. Después de unos momentos, volvió a arrojarlo y se dirigió de nuevo hacia ella.

—Dejémoslo dormir —dijo en voz baja— y hablemos. ¿Qué diantres le sucede, Clara? ¿Sigue ofendida por lo del diario de su padre? Creo haberle dado razones suficientes para leerlo.

—Eso me molestó, pero lo entiendo.

—Dígame entonces qué otra cosa ha ocurrido para que tiemble de esa manera.

—No estoy temblando.

—Más mentiras. No me obligue a usarlas en su contra, Santa Clara. Usted tiene una virtud que en este mundo es un gran defecto: no puede mentir, porque si lo hace, sus ojos gritan la verdad. Está condenada a la sinceridad más brutal. Los demás, en cambio, podemos fingir muchas cosas que no somos, engañar y crear falsas expectativas.

Clara lo miró sorprendida al ver que él manipulaba la conversación y la dirigía hacia donde ella temía.

—Hoy revelé ante usted uno de mis engaños, aunque si he de ser sincero, me sorprende que no lo haya sospechado antes. Está claro que jamás ha visto a un indio en su vida. Eso me convino durante un tiempo, ahora ya las cosas están dichas entre nosotros.

Clara tragó saliva. Quería decirle que no todo estaba resuelto, que había terribles secretos por revelar, pero no conseguía formar las palabras en su boca.

—Creo que acaba de descubrir otro de mis engaños usted solita, haciendo lo que no debió hacer: revisar las cosas ajenas. Por supuesto, lo hizo tomando venganza y lo entiendo. Si hay algo que un indio entiende es la reciprocidad.

—¡No quise vengarme! —estalló Clara.

—Ah, ¿no? —y Jim estuvo en un paso junto a ella—. ¿Y por qué cedió esta vez a la tentación, cuando bien pudo hacerlo en el barco? Porque entonces también se preguntó qué habría en mi alforja, Santa Clara, lo sé. Y recién ahora se permitió hurgar en mis cosas. Es porque se sintió amparada por mi propio delito. Está bien, lo comprendo, como le dije. Sólo que ahora debe cargar con el peso de lo que vio.

Él se hallaba tan cerca que el aliento le movía el pelo en la coronilla. Y Clara no podía alejarlo, tenía las manos tan tiasas que no conseguía desentrelazarlas. Jim aprovechó la circunstancia para acercarse más aún.

—Ha descubierto que soy un hombre peligroso, y teme decírmelo por si reacciono en forma violenta. Pero usted no conoce toda la historia, Clara, y lo único que hay en su cabecita ahora es la leyenda del hombre blanco, nada más.

Él posó sus manos en la cintura de la joven y presionó ligeramente. Estaban tan pegados que podía sentir la dureza de su bajo vientre. La proximidad de Jim siempre la había alterado, pero en ese momento la conducía al paroxismo del terror.

—Descubrió que un hombre tiene muchas facetas, que no es tan fácil leer en el corazón humano como creía. Sus pacientes fueron sólo objetos en sus manos, usted podía manipularlos porque habían perdido su espíritu, estaban entregados. La medicina del hombre blanco produce eso, quita el espíritu en lugar de insuflarlo. Cuanto más se intenta curarlos, más se los enferma. Está acostumbrada a tratar con esos hombres, Clara, y no con aquellos que poseen todo su poder. Por eso se refugia en el convento, la vida es demasiado para lidiar con ella.

—N... no es cierto.

—Lo es. Ya se está arrepintiendo de haber salido de allá y no la culpo, pero debe ser sincera con usted misma, puesto que es a la que menos debe mentir. ¿Qué razones la llevan a ordenarse monja, aparte de querer curar a los enfermos como si fuera médico? ¿De qué huye, Clara? ¿De los hombres como yo? ¿O de los hombres como André?

Jim la sostuvo por la cintura con una mano, mientras que con la otra le alzaba el mentón para mirarla fijo a los ojos. Los de él ardían con furia contenida. El pulgar le acariciaba la mejilla hasta los labios, deteniéndose en ellos con insistencia. Clara no podía dejar de mirarlo también, atraída por su magnetismo irresistible. Poco a poco, el roce de Jim provocó que la boca se le aflojase, y él aprovechó la ocasión para introducir su dedo. La mano abierta tras la espalda la mantenía sujeta, y con la otra el hombre gozaba del contacto húmedo de la lengua de la muchacha. ¿Por qué Clara no le encajaba un rodillazo entre los muslos, como cualquier hembra desesperada? ¿Es que sentía miedo de él, o pena de lastimarlo? Lo exasperaba no penetrar del todo en su interior.

—Con esta mano —siguió diciendo en tono sibilante— que la acaricia así, tomé el cuchillo.

Sintió el estremecimiento de la joven y continuó implacable.

—Y con esta otra —y la movió sobre el trasero de ella, empujándola más hacia él



— sujeté la cabellera de aquel hombre.

Clara estaba a su merced. Nada haría para huir, quizá por miedo a que él volcara su salvajismo sobre el niño, o tal vez debido a esa empecinada fe en la naturaleza humana. Él no iba a dejarla escapar esta vez. Dejó que su mano vagara sobre el cuello delgado y se aposentara en la zona donde la garganta palpitaba con fervor.

—Fue con ésta que arranqué de cuajo la cabeza de mi víctima.

—¿La... cabeza? —y Clara estuvo a punto de desmayarse al oír eso.

—Sí. Era lo que merecía el crápula después de lo que le hizo a mi padre y a mi hermano.

Y antes de que ella pudiese replicar algo, la oprimió contra su cuerpo y descendió con brusquedad su boca sobre la de la muchacha. La sorpresa de la revelación lo favoreció, ya que pudo empujar la lengua hasta la profundidad sedosa de su garganta y pasearse por ese interior cuanto quiso, sin que Clara alcanzase a impedirlo cerrándose.

Fue un beso prolongado, no como el primero. Jim se detuvo en cada rincón de su boca, rozándolo con su lengua impertinente, buceando en busca de los secretos femeninos que ella le escondía tras sus ropas monjiles y sus rezos. Al fin, antes de retirarse, sorbió con rudeza la lengua de ella con la suya, y Clara creyó que se la arrancarían. Recién entonces la soltó, no sin antes sobarla con impudicia.

—Puedo hacer muchas cosas con mis manos, Santa Clara, y no todas son malas.

La sostuvo hasta sentarla sobre la cama, y luego ocupó un sitio a su lado, mirando hacia la ventana, donde el mediodía derramaba su calidez otoñal.

—Voy a contarle la historia de esa cabellera, Clara, si es que quiere oírla.

Ella ya no sabía qué la conmocionaba más, si la noticia de la cabeza o el beso de Jim. Su temor al salvajismo del hombre se había trocado en otro miedo, más sorprendente aún, y era que aquel contacto la había excitado. Por debajo de sus ropas, de manera indigna, su cuerpo clamaba por la caricia masculina, a pesar de que no la había pedido ni la deseaba. Jim Morris la despojaba de todo: sus secretos, su voluntad, su pudor.

Si bien ella se había colocado en sus manos por necesidad, ahora se veía prisionera de los designios de un desconocido que sin embargo parecía conocerla mejor que ella misma. Sus palabras la habían sacudido hasta el tuétano. Se descubrió interesada en la historia que él tenía para contarle. Quería encontrar un motivo para disculparlo.

—Yo viajé a ese país lejano de donde usted vino en busca de una venganza —comenzó a decir Jim con parsimonia—. La planeé durante años, debido a un hecho que masacró a mi familia. Ahora que tiene en sus manos la historia de mi pueblo, podrá entender mejor lo ocurrido. Mi padre era un hombre digno al que todos escuchaban en la aldea. Su palabra era venerada por la sensatez y porque él siempre se mostró valiente y capaz de defender a su gente. Ethan Morris era un líder. Pero cuando los blancos decidieron que nuestras tierras les convenían, hallaron muchas

maneras de convencer a los jefes para venderlas, en especial después de que encontraron oro al sur de Carolina del Norte. Entonces, los cherokee redactaron una Ley de Sangre que impedía a cualquier cherokee vender la tierra a un blanco sin permiso del Consejo Tribal. Mi padre mismo firmó esa ley, fue uno de los mentores. Pasados los años, la presión de los estados se intensificó. Ya no les importaba cuántos tratados hubiesen firmado los indios, ni tampoco discriminaban entre los nativos que guerreaban y los que, como nosotros, nos habíamos amoldado a la vida de los carapálidas. Fuimos pacíficos y cultivamos no sólo la tierra, sino las ciencias y las artes. Muchos viajaron a Europa, comieron en la mesa de los reyes y visitaron Washignton en son de paz. Tuvimos nuestro periódico, nuestro alfabeto, nuestras escuelas, y aprendimos la religión del hombre blanco. Ya pocos distinguían a un cherokee de un colono, como no fuese por sus rasgos y el hecho de que manteníamos nuestra lengua, ya que el inglés lo hablábamos a la perfección.

Mientras escuchaba, Clara reflexionaba sobre lo llamativos que le habían resultado las maneras y el lenguaje de Jim, y entendía ahora la razón de todo ello.

—Los cherokee fuimos buenos también para prestar nuestras armas en favor de las guerras de los blancos. Combatimos junto al general Jackson contra los rebeldes creek, los Palos Rojos, y fue gracias a nosotros que el fuerte se abatió. Nadie cabalga mejor que un cherokee, nadie pelea con más valor —y Clara tuvo que reconocer que admiraba a Jim cuando montaba—. La batalla de Horseshoe Bend se ganó gracias a nosotros.

—Pero... ¿cuándo fue todo eso? —indagó Clara con un hilo de voz.

—Yo aún no había nacido —contestó Jim desconcertando a la joven.

—¿Cómo es que...?

—Conozco la historia de mi pueblo palmo a palmo, los mayores nos la han contado, para jamás olvidar.

Clara tuvo un atisbo de lo importante que era para Jim Morris lo ocurrido en el pasado, lo que explicaba la violación del diario de su padre también. Sin darse cuenta, la aprensión fue cediendo paso al interés, y se encontró escuchando la profunda voz del hombre con auténtica curiosidad.

—Aun así, eso no sirvió para que Andrew Jackson abogase por nosotros en la disputa por los terrenos de Georgia, ni siquiera cuando la Corte Suprema falló en nuestro favor, ni cuando los principales viajaron a Washignton a parlamentar. Al igual que la serpiente, su lengua se divide. Asestó su picadura a traición. Supongo que en el fondo pensaba, como todos, que el mejor indio es el indio muerto.

Clara ahogó una exclamación de espanto.

—Eso es horrible.

Jim sonrió con cinismo.

—Otra cosa que no tuvo ocasión de escuchar, Santa Clara. Ahora entiendo de qué está hecha su fe: de ignorancia de la vida.

—Prosiga, señor Morris. Intente convencerme de que tuvo razones para matar a

un hombre.

Jim iba a replicar que no se trataba sólo de uno, pero prefirió callar esa vez. También eligió evitarle a Clara los excesos de aquella victoria, cómo su padre se había abierto paso entre los cadáveres humeantes, sembrados de adornos de los shamanes de la tribu, y cómo había usado los cuchillos de los muertos para extraer orejas, parches de piel, cabelleras, trozos de cuello con sus collares... así como había pateado cabezas ladera abajo. Toda vileza era permitida en aquella masacre. Jim lo sabía de boca de otro de los guerreros, pues su padre jamás dijo una palabra sobre la batalla. Era algo que solía pasar a los hombres cabales: la vergüenza de la villanía, la extrañeza de la carnicería se apoderaba de sus mentes.

—Cuando mi padre y su gente regresaron a la aldea, encontraron que había sido saqueada por el mismo ejército del que formaban parte. Robaron caballos, mataron vacas, destruyeron cercas y se apropiaron del maíz y del azúcar. Hubo reclamos al gobierno y Jackson se enfureció, no quería que nada empañara su victoria. Creo que eso debió predisponerlo contra mi gente, porque la batalla de Horseshoe Bend lo había convertido en héroe. Cuando más tarde venció a los británicos en Nueva Orleans, ya su nombre se coreaba en las tabernas. Por desgracia, esta nueva victoria que acabó con los reclamos ingleses abrió el valle del Mississippi a los colonos americanos. Y fue nuestra perdición.

Clara se dejaba cautivar por el tono melodioso de la voz de Jim. Él narraba hechos espeluznantes con tranquila reserva, como si se tratase de una leyenda y no de abominables verdades. Pese a todo lo ocurrido antes, ella comenzaba a sentir lástima al verlo cargar tantos pesares desde antes de nacer.

—Jackson vivió sobornando indios toda su vida, sabía que nada obstaculizaría su sueño de ampliar los territorios —continuó el hombre siempre mirando hacia afuera, donde la tarde ya alargaba sombras sobre el césped del parque.

—¿Qué hizo su padre?

Recién entonces él la miró, con una mirada honda y triste que conmovió a Clara.

—Él cometió el error más grande de su vida. Creyó que hacía un favor a su gente accediendo a firmar un tratado de paz que incluía cambiar las tierras cherokee por otras más allá del río Mississippi. El “problema indio”, como le decían, se solucionaría mandando a las tribus al oeste del río.

—Eso es una estupidez. ¿Acaso no estaban conviviendo hasta ese momento?

—Nunca nos tomaron en serio. Siempre desconfiaron de nosotros. Después de todo, Santa Clara, yo mismo puedo degollar a un hombre y quitarle la cabellera.

La joven enmudeció ante esas palabras.

—Todos somos capaces de aberraciones, Clara, aunque no lo creamos posible. Hubo algunos cherokee que emigraron al oeste y fundaron allá una nueva aldea. Mi pueblo se quedó, confiando en que las visitas a Washington darían resultado. Fueron y vinieron cientos de veces, cargados de regalos y de promesas. Jackson consiguió que se aprobara un tratado fraudulento en el que adrede confundían las tierras creek

con las cherokee, aduciendo que eran las que los creek le habían cedido. Eso no le bastó. Quería el éxodo masivo de todos los indios.

Clara había empezado a exaltarse ante tamaña injusticia. Jim pudo apreciar el azul más oscuro de sus ojos como una señal. Se sorprendió al saberla capaz de tomar partido por la causa india, pese a la terrible experiencia vivida momentos antes.

—El comandante Ridge, un poderoso jefe cherokee, su hijo John, Elías Boudinot y otros fueron convocados al Consejo, al igual que mi padre y jefes de otros clanes. Se dijo que la ola blanca ya no se podía detener, y que si los indios no vendían las tierras de todos modos serían confiscadas y los expulsarían como a animales. Mi padre envió una carta al general Jackson, recordándole los tiempos de guerra compartidos, la paz firmada y los compromisos. Lo llamaba Gran Jefe —comentó con leve desprecio Jim—, pero lo primero que hizo al asumir la presidencia el Viejo Nogal fue apoyar la expulsión de los indios.

—Pero ¿qué pasó con su padre? —insistió Clara, pues su intuición le decía que por allí venía la amargura de Jim Morris.

—Sus tierras fueron jugadas a la lotería, en primer lugar —contestó en tono neutro el hombre, como si hubiera recitado esa historia miles de veces—, y cuando se hizo evidente que tarde o temprano mi pueblo sería obligado a irse, los Ridge, mi padre y otros decidieron aprobar los términos que ofrecía el gobierno. Supusieron que era mejor pactar al menos una compensación y ayuda para iniciar la vida en otro sitio, antes que verse expulsados por la violencia o sometidos a las leyes territoriales de los blancos. El jefe John Ross, en cambio, se mantuvo firme en la resistencia.

—Entonces, su pueblo se dividió.

Jim asintió con el semblante rígido.

—Y vilipendiaron a los firmantes del tratado. Los acusaron de haber propiciado un pacto a espaldas del Consejo, que estaba presidido por Ross.

—Bueno, pero si los cherokee habían aprendido a vivir de manera civilizada, esa diferencia de opiniones no debió importar tanto... —insinuó Clara.

Jim la miró de un modo que ella nunca le había conocido, mezcla de repulsión y dolor.

—Jackson resultó ser muy persuasivo. Incluso algunos artistas pintaron retratos de los “salvajes” mientras conversaban con el presidente sobre los términos del tratado. Le pidieron a mi padre que vistiese una chaqueta con flecos para darle mayor veracidad a la pintura. Ese retrato quedó, por suerte, en la casa que luego se abandonó.

La expresión de Jim Morris era fría mientras relataba los hechos. Estaba claro que él no había presenciado ninguno de ellos y que los conocía por referencias de alguien que los había vivido, no sabía Clara si el propio padre u otro miembro de su familia. Su percepción, sin embargo, era tan intensa que parecía llevar el recuerdo marcado a fuego sobre la piel.

—El Consejo declaró a mi padre y a los otros partidarios del tratado enemigos de

la nación cherokee, y los condenó a dimitir de sus cargos y a ser juzgados. Fue un terrible golpe para Ethan, una humillación pública. Que, por supuesto, recayó en su familia.

Clara empezaba a vislumbrar el trasfondo del carácter sombrío de Jim, su terrible carga a lo largo de su vida, pues aunque para ella el asunto no tuviese tanta envergadura, poseía la intuición suficiente para entender lo que significaba el honor para un indio.

—Imagino lo difícil que habrá sido —musitó, apenada.

—Mi hermano lo supo cuando tuvo edad para pretender ser orador del Consejo, y yo nací con ese estigma. Al principio no lo noté demasiado, vivía aislado del resto porque era aprendiz de shamán.

La novicia contempló al hombre con ojos asombrados. ¡Aprendiz de shamán! Eso era lo que daba a Jim esa aura de suficiencia y templaba su carácter. Con razón había sabido resolver la situación de Alfonsito. El pensamiento de Clara voló de inmediato hacia el diario que llevaba su padre. Ambrose había intimado con los cherokee el tiempo suficiente para conocer algunas recetas curativas con hierbas. ¿Sabría eso el señor Morris?

—No se pudo comprobar la identidad de los atacantes —seguía diciendo Jim sin notar el azoramiento de Clara—, pero uno a uno los firmantes del tratado empezaron a sufrir accidentes cuando cabalgaban, o mientras cultivaban sus tierras. El hacha de guerra había sido enterrada entre hermanos.

—¡Dios mío! —exclamó Clara cubriéndose la boca con las manos que habían tocado la cabellera arrancada—. ¿Fue ese tal John Ross?

—Tampoco se pudo comprobar.

—¿Su... su padre también murió así?

Jim demoró en contestar. Tenía la vista fija en un punto inaccesible para Clara, un horizonte que parecía brotar desde adentro, como reflejo del permanente dolor que laceraba su corazón.

—A Ethan le reservaron la dudosa dicha de ver morir a su esposa y crecer a sus hijos primero, para poder arrancarle todo cuando menos lo esperaba, en momentos en que se reconciliaba con la vida y disfrutaba de su nieto.

Clara estaba impactada, en especial por la manera en que Jim Morris contaba el episodio de la muerte de su padre. Pensó en el cuero cabelludo que escondía la alforja, y ató cabos.

—Esa cabellera... ¿es del asesino de su padre, entonces?

Estaba dispuesta a perdonar el salvajismo, si así era. La expresión de Jim fue tan extraña que la joven se echó hacia atrás.

—No. La cabeza que corté pertenece a un médico que tuvo la idea de recoger cráneos indios para estudiarlos como parte de su tesis científica. Cuando mi padre fue asesinado en cumplimiento de la Ley de Sangre, el doctor que acompañaba a la tropa pidió que cercenaran su cabeza para llevársela a su país. Le pareció un busto

imponente de indio. Mi hermano salió en defensa de Ethan junto con otros de la tribu. Todos fueron masacrados, y la cabeza de mi hermano también pasó a ser un trofeo del doctor Nancy. Sólo se salvaron los que se hallaban fuera de la aldea y las mujeres que consiguieron esconderse con sus hijos. Las que no, fueron cadáveres apilados sobre la arena.

El horroroso relato debilitó la poca entereza de Clara, que empezó a temblar. Imágenes espantosas de cabezas sangrantes y cuerpos mutilados vinieron a su mente. Los dientes le castañeteaban, sintió la bilis subir a su garganta y el mareo que precede al vómito. Apenas alcanzó a ponerse de pie cuando ya se encontró doblada en dos, echando fuera todo lo que había comido durante el día. Asustada y fuera de sí, corrió hacia el balcón como si dependiera de esa bocanada de aire frío para sobrevivir. Jim la siguió y la sostuvo mientras se asomaba por la barandilla. Clara boqueaba. No quería que esas manos la tocasen, pero se sentía incapaz de evitarlo. Jim Morris, el hombre al que consideraba su protector, el salvador de Alfonsito, el que estaba sacando adelante la plantación de su padre, el que le había sonreído algunas veces y la había hecho sentir cosas inexplicables, era el heredero de una venganza espeluznante. Con las mismas manos que habían acunado al bebé seccionó la cabeza de un hombre, fue capaz de quitarle la cabellera y guardarla en una alforja. Ese macabro tesoro lo acompañó durante todo su viaje. Él había comido en su mesa, dormido en su cuarto, galopado junto a ella mientras escondía como si tal cosa ese tormentoso pasado. André Levillier, con su prepotencia y la pretensión de desposarla pese a todo, era apenas un niño de pecho ante este otro hombre que podía matar a sangre fría después de haber planeado el asesinato durante largo tiempo. ¡Y ella quería encontrar al niño que había sido! Jim Morris jamás fue un niño. Desde su nacimiento pesaba sobre él la condena de ejecutar venganza cuando le llegara la hora a su padre.

—¿Ya está mejor?

La voz de Jim la devolvió al presente. Se irguió y recobró la lucidez para recordar que se hallaba en su cuarto, en su casa, y rodeada de sus sirvientes más fieles. Las palabras de mamá Sara acudieron en su ayuda. ¿Sería ésta la premonición de la negra? Clara decidió que había llegado el momento de separarse de Jim. Ya verían cómo remontar Bellaflor. Su corazón sangraba, pues aquel hombre empezaba a significar algo para ella, y era un buen padre postizo para Alfonso, pero después de lo que acababa de descubrir, no podía permitir que siguiese en contacto con el niño. Clara no lo condenaba, Dios era testigo de que el pobre había tenido que soportar mucho en su vida, sin embargo, la violencia formaba parte natural de él. Ella no sabía cómo enfrentar eso. Debió haber sospechado de aquel hermetismo que la intrigaba; había sido ingenua al suponer que se trataba de un caballero de negocios, como él le había dicho. ¿En qué otras cosas más habría mentido?

—Señor Morris —atinó a decirle sin balbucear—, le ruego que saque sus cosas y duerma lejos de la casa esta noche.

Jim no dijo nada. Aunque no se esperaba el rechazo tan directo, lo entendía.

La venganza era un concepto muy arraigado en la tribu. Desde los tiempos ancestrales, se aceptaba que los amigos o parientes vengaran la muerte o el ultraje de un miembro del clan. Era una ley no escrita o, mejor aún, escrita con sangre. Aquella ley cobró nueva vida cuando la nación cherokee quedó dividida y los más tradicionalistas culparon a los firmantes del tratado de Nueva Echota de la desgraciada situación a que se vieron reducidos. Los blancos se horrorizaban ante esa venganza lapidaria, y las autoridades temían una revuelta india en grande, pero Jim sabía que sólo se estaba cumpliendo la ley tribal. Todo cherokee acataba la Ley de Sangre, incluso él, pese a que la víctima había sido su propio padre. Lo que Jim había ido a vengar a Sudamérica no era eso, sino la injuria de profanar los cadáveres. Pedir a Clara que también lo comprendiese era demasiado.

—Tengo que limpiar esto —decía Clara mirando abochornada el estropicio junto a la cama.

—Yo lo haré. Usted descanse.

Jim la empujó hacia el lecho y la tumbó en él con pasmosa facilidad. Ella se encontraba vulnerable en sus manos. Permitted que el hombre la arropara. A través del dosel y antes de quedarse profundamente dormida, Clara atisbó la figura del guerrero inclinada, ejecutando movimientos precisos sin hacer el menor ruido. Y cuando ya no pudo mantener los ojos abiertos, alcanzó a escuchar el pestillo de la puerta al cerrarse.

El frío nocturno golpeó su rostro cuando salió. Era la hora indicada. Las manos le temblaban un poco, pero confiaba en que no le fallaran cuando llegara el momento. Se había preparado a conciencia. Sabía que su víctima dormía en el cuarto de arriba, el que daba al viejo manzano. Eso lo favorecía, podía trepar por sus ramas y entrar a través del ventanal, que no se cerraba nunca del todo. Había observado eso también. Esperó a que los nubarrones ocultaran la luna y avanzó agazapado contra el muro. Por fortuna, el viento había apagado algunos de los faroles que solían encender en torno a la casa. Se deslizó como una sombra hasta el porche y allí se detuvo, jadeante. El corazón le latía precipitado y las sienas golpeteaban como parches. Se le nubló la vista un momento y tuvo que cerrar los ojos para tranquilizarse. Estaba nervioso y eso lo fastidiaba. ¿Por qué se sentía así? Conocía a todos los sirvientes y cada uno de los recovecos de esa mansión. Nada podía salir mal. Lo único que tenía que hacer era clavar un cuchillo en el hombre que dormía recostado bajo el marco de la ventana. Hasta podía hacerlo desde el árbol, si tenía puntería. Aunque era preferible no arriesgarse, los Caballeros querían que la misión fuese perfecta.

El iniciado corrió agachado hasta el manzano y permaneció unos segundos tras el tronco. Luego, con agilidad, comenzó a trepar hasta la copa. Las nubes negras colaboraban con él al confundirlo con las sombras. Tendió un brazo y se aferró al borde de la barandilla. En un brinco quedó colgando, y por fin del otro lado. Había sido más fácil de lo que pensaba. Miró atento el ventanal y no encontró rastros del

hombre. ¿Estaría adentro esta vez? Maldita coincidencia. Él no pensaba arriesgarse entrando al cuarto, pero si había llegado hasta allí no podía echarse atrás. Buscó un ángulo de la cortina y atisbó a través de la hendidura. La lámpara de alabastro estaba apagada, sólo distinguía bultos. Lo que más temía era tropezar con el cuerpo del hombre dormido. Para evitarlo, avanzó tanteando el suelo con sumo cuidado. Llevaba el cuchillo entre los dientes. Al leve resplandor del rescoldo, observó al que dormía en la cama; estuvo a punto de asestarle el golpe cuando lo escuchó roncar, pero a tiempo advirtió su cabello claro y sus facciones delicadas. ¡La niña Clara! Del otro lado, muy junto, había otro camastro. Ése debía de ser el de la víctima. Con cautela rodeó el lecho de baldaquino y se cernió sobre el bulto que emergía de la oscuridad con el puñal en alto.

De pronto, de manera inesperada, un chillido agudo y prolongado atravesó la quietud de la noche. Era un sonido estridente que lo paralizó.

Clara se incorporó en la cama con el semblante desencajado. Estaba soñando, y en su sueño Alfonsito era atacado por una jauría de lobos hambrientos. Ella corría para protegerlo, pero sus piernas eran de lana y se hundía en la nieve antes de llegar. Mientras el pozo se la tragaba, veía desde lejos cómo la cabeza del niño rodaba entre las patas de los lobos, que intentaban darle mordiscones con sus colmillos agudos y sus fauces babeantes.

—¡Señor Morris! —aulló.

El brazo del iniciado quiso ejecutar su misión antes de que otros acudiesen, pero una fuerza descomunal se lo torció hacia atrás obligándolo a soltar el cuchillo y dar gritos de dolor. Él no entendía por qué la niña Clara lo miraba con esos ojos aterrados, como si viesan a través de él. Una tenaza de hierro se atravesó en su garganta, robándole el aire, y un puño de acero se clavó en sus riñones con la contundencia de una catapulta. El iniciado soltó un gemido ronco y cayó al piso como un trapo viejo.

—Señor Morris... el niño...

Jim destapó a Alfonso y palpó su cuerpecito de arriba abajo, evaluando su estado en la oscuridad. Ya se escuchaban pasos precipitados en la escalera y parpadeaban las velas a través de la rendija de la puerta.

—¡Niña Clara! ¡Abra, por Dios, niña! —gemía mamá Sara.

La mujer, que dormía envuelta en sus premoniciones, temía lo peor. Moses golpeó la puerta con la culata del rifle, en tanto que Duma lloraba bajito. Desde abajo, Selva aguardaba abrazada a los niños, lista para recibir la terrible noticia. A ninguno se le ocurrió que el mal pudiese provenir de Jim Morris, aunque cuando éste abrió la puerta, tanto Moses como Sara lo empujaron para ver a Clara y al bebé.

Ambos se hallaban en el centro de la cama, debajo del dosel. La joven acunaba al bebé contra su pecho, mientras las lágrimas corrían por su rostro. Alfonsito se quejaba.

—¿Qué ha pasado? —graznó Sara, casi descompuesta del susto.



La respuesta provino del suelo, donde el iniciado comenzaba a recobrar el sentido luego de la paliza. Le duró poco el intento, pues Jim lo tomó del cabello y le echó la cabeza hacia atrás, para que el filo de su puñal rozase su garganta. A la luz de las velas, la identidad del asesino arrancó un grito de espanto de mamá Sara. La mujer miraba al joven con ojos fuera de las órbitas y se golpeaba el pecho como si quisiese despertar de un mal sueño.

—¡Desgraciado! ¿Qué has hecho? ¿Por qué? ¿Por qué volviste?

Moses también se mostraba conmocionado. Jim no entendía qué les pasaba, pero de todos modos no iba a liberar así nomás al que intentó causar daño a Clara, al niño, o tal vez a él.

—¿Quién es? —preguntó con dureza.

Moses respondió con una voz tristísima:

—Es Zulu, el hijo menor de Sara.

Todos miraron al joven que lucía lastimosamente desvalido a merced de Jim Morris. Clara descorrió el tul para contemplarlo a través de sus lágrimas. Ella lo había conocido cuando era apenas un chico y por poco tiempo, ya que Zulu era un bandido que desaparecía por semanas para luego volver zarandeado por las malas compañías. Entonces mamá Sara lo vapuleaba a su vez, para enderezarlo, pero él siempre reincidía. “Por la mala semilla”, decía la negra. “Éste salió al padre.” Zulu renegaba de esa comparación, y de continuo quería lograr algo grande que convenciese a su madre de que era capaz de sobresalir más que su padre. Su mala estrella era la culpable de que jamás lo consiguiese. Y después de aquella vez que robó las joyas de Maribel el amo Ambrose lo arrojó lejos de Bellaflor para que se las arreglase como pudiera. Mamá Sara sufrió en silencio aquel castigo que consideraba justo, y sólo rezaba para que ese hijo ingrato encontrase a alguien que lo condujese por la buena senda, algo que ella con todo su amor no había logrado. Dios sabía que todas sus oraciones eran para él.

—¡Ah, yo me temía esto! —bramaba la negra con los brazos hacia el cielo—. Ésta era la desgracia que me cantaban los huesos. Malnacido... Has llegado a querer la muerte de nuestra Clara.

—¡No, madre, no! —clamó el joven desesperado, y la voz le salió ronca debido a la presión del puñal de Jim—. Yo nunca quise el mal para la niña, debe creerme. Yo quería... —y calló con prudencia, ya que su víctima se hallaba en posición de enviarlo al otro mundo.

—¿Quién te manda? —lo apuró Jim.

A él no le importaban las cuestiones familiares, sólo deseaba aclarar el motivo del atentado que, como había supuesto, lo tenía como destinatario.

—Señor Morris, por favor —suplicó Clara—, déjelo que se explique. No sabemos qué hacía Zulu en la casa.

Jim miró a Moses, que asintió levemente con la cabeza. El mayordomo se encontraba compungido y a la vez mantenía el cañón del rifle apuntando a Zulu, para

demostrarle que no bajaba la guardia a pesar de haberlo conocido desde niño.

El iniciado tosió, escupió y carraspeó antes de poder decir algo.

—Yo no vine a lastimar a la niña Clara —repitió—, deben creerme. Ni tampoco a ese bebé que ella tiene.

—Viniste a matarme —dijo Jim.

Zulu revoleó los ojos.

—Ellos me mandaron, señor. Yo a usted ni lo conozco.

—¿Y cómo pensabas matar a alguien así porque sí? ¿Qué clase de hijo he parido, Jesús bendito?

—Déjalo que hable, mamá Sara. Creo que lo han obligado —insistió Clara.

El joven tartamudeó mientras contaba a borbotones la manera en que se comprometió con los Caballeros de la Camelia Blanca. Para probar lo que decía, metió su mano en el bolsillo y sacó el capullo deshecho, que se esparció por el suelo. Los ojos de los criados miraban con estupor los pétalos destrozados. Ellos habían conocido casos de víctimas de la orden de la Camelia Blanca, la mayoría heridos o contusos, jamás muertos, aunque se contaban cosas del otro lado del río.

—Ellos me obligaron, señor, yo nunca quise... Yo no soy malo, mamá, no soy como papá —y Zulu se echó a llorar como un niño, sobándose el rostro.

La expresión de Sara era de infinita pena. Aquel hijo iba a acabar con su vida. Ella había perdido dos, y de los que le quedaban, uno era un descastado. Ya no tenía fuerzas para soportarlo. Era preferible que Dios se la llevase ahí mismo, con un rayo, a tener que vivir con la cruz de pensar que en cualquier momento podían presentarle el cuerpo de su hijo envuelto en una sábana.

Clara se hizo cargo de la situación. Dejó a Alfonsito sobre su propia cama y se arrastró hasta quedar junto al joven lloroso.

—Zulu —le dijo con suavidad—, si eres bueno como dices, ¿por qué te dejaste convencer para hacer algo tan malo? ¿Hubieras sido capaz de bajar el cuchillo y clavárselo al señor Morris en el corazón?

Jim miró a Clara ante la precisión con que ella describía su posible muerte. Quizá era lo que deseaba en secreto, hundir la daga que él le había dado en su pecho, para vengarse de los malos momentos que le hizo pasar.

—Yo no sé, amita, no sé nada. Nunca le hubiera hecho daño a usted o al niño. De ese hombre —y miró de reojo a Jim— me dijeron que era un ladrón, que quería quedarse con sus tierras y que iba a echar a mi *amá* y a Moses cuando lo hiciera.

Duma, que se había mantenido alejada de la escena, avanzó de pronto y se inclinó frente a Zulu, tomó sus manos y las cobijó en las suyas con ternura. El joven la miró consternado, preso de la dulzura de esos ojos acaramelados.

—¿Dónde están esos caballeros? ¿Quiénes son? —volvió al ataque Jim.

—Yo ni sé, señor, ellos no se dejan ver. Llevan capuchas blancas o cabezas de toro. Nadie les ve las caras.

—Eso es verdad, patrón —afirmó Moses—, esa gente puede ser cualquiera de

nosotros, porque actúan en secreto. A veces ni se conocen entre ellos.

Jim meditó un momento. Era consciente de que no podía dejar en libertad a Zulu, pero tampoco deseaba torturar a Sara, de modo que se le ocurrió un trueque:

—Dormirás el resto de la noche en la cocina, vigilado por Jeremías. A la mañana, dejarás un mensaje a los miembros de la orden para que crean que cumpliste tu misión. Donde te digan que vayas, me llevarás. El resto, déjame a mí. Los ojos de Zulu se expandieron como ondas en el agua.

—¡Me matarán, señor! Apenas vean que está usted vivo, me liquidarán.

Jim sonrió con cinismo.

—Tal vez tengas suerte y me maten a mí primero.

Le quitó al joven la cuerda de nudos que llevaba enrollada en la cintura y con ella fabricó unas amarras para las muñecas que apretó con fuerza. Ató también sus tobillos con el cinturón de los pantalones, y luego lo izó para que bajara las escaleras a los tumbos. Él lo sujetaba del cuello como a un títere. Al llegar abajo, se encontraron con el resto de la servidumbre congregada. Sin muchas explicaciones, Jim dispuso la guardia de la cocina y mandó a los demás a sus camas. Salomón y Chispa miraban encandilados al preso que dormiría bajo el mismo techo que ellos. Selva acompañó a Sara a su cuarto junto al fogón, compadecida al ver que la mujer se había echado varios años encima con el disgusto.

Una vez que la casa recobró su normalidad, se renovó el aceite de los faroles y se cambió la guardia de afuera, Jim volvió a subir al cuarto de Clara.

La encontró sentada sobre la cama, con un gesto de desolación.

—Pobre mamá Sara —dijo al verlo entrar—, qué triste ha de ser desilusionarse de alguien a quien tanto se quiere...

Jim sintió frío en los huesos al escucharla. Una imagen tétrica vino a su mente, y aunque intentó desecharla, la sensación de fatalidad siguió latente en él.

—Vuelva a dormir, Clara. Mañana será un largo día.

—Señor Morris, ¿usted no se había ido como le dije? —quiso saber ella.

—Me fui, pero vine apenas me llamó.

—¿Lo hice?

—A los gritos.

—Oh... Creo que estaba soñando.

—Los sueños sirven de mucho.

—¿Cree usted que Zulu hubiera sido capaz de matarlo?

—No me cabe la menor duda.

—Es apenas un muchacho tonto.

—Lo sé. Por eso quiso intentarlo.

—Señor Morris, lo que le dije antes...

—Duérmase, Clara. Lo que dije estuvo bien dicho.

—Pero no quiero que piense que lo juzgo, es que...

—Clara —y Jim se plantó ante ella con firmeza—, si no se acuesta ya mismo me

obligará a atarla como hice con el hijo de Sara. Me quedaré aquí hasta verla dormida. Luego, me iré.

Ella lo miró por un largo rato, sondeando en las profundidades de sus ojos negros, hasta que por fin cedió. Se acomodó junto al niño, cobijó a ambos bajo la manta y suspiró.

Al cabo de unos momentos, Jim la escuchó decir:

—Gracias, señor Morris.

Minutos después, el ronquido comenzaba.

Jim se inclinó sobre ella y con ayuda de un sonajero esparció energías protectoras en las cuatro direcciones. Hizo lo mismo sobre Alfonsito, y luego salió por la ventana.



## CAPÍTULO 11

Ya era entrada la mañana cuando Clara bajó a la cocina. No quedaban rastros de Zulu ni del señor Morris, y tampoco se veía a Moses. Selva había ido a ayudar a las tabacaleras, y Sara se hallaba empacada en un mutismo absoluto. Batía los huevos con frenesí, como si estuviese azotando al hijo pródigo. Salomón y Chispa, que detectaban el humor del ambiente, apilaban los leños en prolijo montón, echando miradas de reojo a la negra de tanto en tanto. Clara lamentó haberse quedado dormida. Se había propuesto acompañar a Zulu y a Jim en la investigación de la misteriosa orden de la Camelia Blanca.

Mientras atizaba el fuego y vigilaba la tetera, rememoró aquel comentario que Jim había deslizado acerca de los gastos de su padre en camelias. Le había resultado intrascendente entonces, pero en ese momento Clara percibió en el recuerdo una incómoda sensación. Ojalá hubiese atendido más los asuntos de su padre. Tal vez se había encontrado en apuros y ella no lo sabía. Llevada por la inquietud, decidió ir en busca de Jim y ofrecerle su ayuda.

—Mamá Sara —dijo a la criada, que ni siquiera le había dado los buenos días—, necesito saber adónde fueron el señor Morris y tu hijo.

Sara siguió batiendo huevos y se encogió de hombros.

—A mí nadie me dice nada, amita. Tal parece que mi hijo nació de gajo, ya que no tengo el derecho de abrazarlo siquiera. Ese hombre —y la negra apuntó a Clara con el batidor— no tiene aquí autoridad sobre nadie, no es ni padre ni esposo, y a menos que proteja a mi Zulu y me lo devuelva vivo, se las verá conmigo. Todavía soy capaz de disparar un rifle.

—¿Lo sabes? —murmuró ella, apesadumbrada.

—Todo. También lo de la huida al convento. Para ser tan joven y tan bien criada, niña Clara, guarda secretos bien bravos.

—Mami —y la novicia se le acercó para pasarle el brazo sobre los hombros—, debes perdonarme. Estaba sola y asustada con un niño a mi cargo, a punto de embarcar. El señor Morris fue bueno con nosotros, no sé qué hubiéramos hecho sin él. Pensamos que sería mejor que se presentase como un esposo, por el qué dirán y porque no sabíamos cómo eran aquí las cosas.

—¿Pensaron? A mí me parece que el que piensa y decide acá es ese indio prepotente.

—¡Mamá Sara! Te ruego que no hables así de él, y que le tengas respeto. Ha hecho mucho por Bellaflor desde que llegamos —apuntó Clara, que no deseaba entrar en detalles sobre Jim.

—Eso no lo discuto. Ha de tener sus razones, que no quiero saberlas. Lo que digo es que a usted la encuentro muy acomodada con la mentira del esposo y el niño. Después de todo, si sigue soltera bien podría aceptar la propuesta del joven André.

Ése sí que es un candidato.

—Yo no amo a André, mami.

—¿Entonces sí quiere al indio?

—Jamás me casaré, mamá Sara. Si entendiste bien mi partida al convento, debes comprender que soy una novicia y que pienso ordenarme como monja de Nazaret.

Si algo faltaba para espantar a Sara luego de todo lo ocurrido, acababa de escucharlo.

—¡Válgame! ¡Las cosas que se ahorró el doctor, Dios sea loado! Usté solita hubiera matado al amo Ambrose, de haberlo encontrado vivo.

Clara retrocedió como si le hubiesen clavado un dardo. Comprendía que la negra estuviese resentida contra Jim por haberse llevado a Zulu en una misión arriesgada, y que el dolor por la mala conducta del hijo la hubiese amargado, pero no esperaba de la mujer que la crió con tanto amor y cuidado palabras tan duras. Deseó encontrarse en el convento, a salvo de las miserias de la vida mundana, recluida en su celda rezando y preparándose para cuidar de los más necesitados, que nada reclamaban y sólo sabían dar gracias. Por primera vez desde que partió de la Argentina, Clara deseó no haber emprendido nunca ese viaje. Se dio cuenta de que se precisaba una fortaleza inmensa para enfrentar la vida “de afuera”, como le decían las Hermanas, y que ella, ingenua, había creído poseerla. También anheló la presencia de Jim Morris. Él la apuntalaba con su inquebrantable voluntad y su severa disciplina. Podría ser mandón y hasta cruel, pero jamás le había dicho cosas que la hiriesen tan hondo; apenas si recordaba la burla sobre el cabello corto.

—¿Dónde está Moses? —se limitó a preguntar, aparentando una confianza que no sentía.

—Vaya una a saber. Se fue, como todos.

La criada sabía que la niña de sus ojos estaba dolida, pero ella también lo estaba, y por algo mucho peor que la culpa. ¡Tenía un hijo que podía caer preso o muerto! Y aunque no ocurriese ninguna de las dos cosas, Zulu seguiría siendo un perdido, porque la vara que se tuerce al nacer jamás se endereza. Oh, sí, ella tenía muchas cuitas para llorar, no podía compadecerse de las de los demás. Claramaría había regresado fingiendo cosas, sin confiarse a ella, y ahora pretendía que la vieja Sara olvidase todo y le sirviese de paño de lágrimas. Ofendida y sangrando por dentro, la criada volvió a sus labores sin decir nada más.

Clara salió al porche, buscando en la bruma fría un alivio para su febril ansiedad. Un tirón en su falda la enfrentó al rostro serio de Salomón.

—Señorita, su esposo se fue por allá —y el niño señaló hacia el prado amarillo—, con el prisionero y Moses. Llevaron el carro, pero queda un caballo.

Clara se enjugó una lágrima y se inclinó para estar a la altura del muchachito.

—Gracias, Salomón, nunca olvidaré que me has ayudado.

Al subir en busca de abrigo se topó con Duma, que bajaba con Alfonsito en brazos para su biberón. La aferró por los hombros y le dijo, mirándola a los ojos:

—Pase lo que pase, Duma, te encargo a Alfonso. No permitas que le hagan ningún daño.

La mulata asintió, azorada por la energía que brotaba de la mirada celeste.

Clara corrió hacia los establos, donde encontró al appaloosa pateando el suelo, ofuscado por verse privado del paseo matinal. Arrimó un tocón y alcanzó el cabezal y las riendas. Echó sobre el lomo del animal una manta gruesa y la sujetó con la cincha. Milky la dejaba hacer, confiado en que saldría de allí como una flecha. Ella lo acarició con dulzura, frotando la cara con su palma abierta.

—Sé bueno. Vamos a galopar un poco, pero no tengo tiempo de ensillarte como corresponde.

Abrió la puerta y tiró de las riendas. Cuando lo tuvo a la altura de los fardos de la entrada, trepó a uno y desde allí alcanzó a tomarse de las crines para impulsarse sobre el lomo. No bien Milky sintió el peso liviano sobre él, corcoveó y se abalanzó hacia la salida, impelido por su energía contenida. Clara apenas tuvo tiempo de acomodar la falda, que se le abría en dos y dejaba al descubierto sus piernas enfundadas en medias de lana.

Caballo y amazona pasaron como ráfaga frente a la cara asustada de Salomón y tomaron el camino de atrás, donde las miserias de Bellaflor quedaban expuestas a la fría luz de la mañana.

Hacía horas que aguardaban junto al arroyo, camuflados por las altas hierbas amarillas. Las nubes bajas presagiaban lluvia, y el frío atenazaba sus rostros. Zulu temblaba de miedo. Jim, en cambio, se hallaba en completo dominio de sus sentimientos. Esperaba, como siempre lo había hecho, el momento propicio para actuar. Esperar era una constante en su vida, desde pequeño. Había esperado las caricias de una madre que no tuvo, la atención de un padre ensimismado en su propia desgracia, la ternura de una mujer que no llegó. Ahora, aguardaba la conclusión de sus pensamientos, ya que desde el principio de todo aquello algo indefinible le molestaba. Sus facultades sensoriales ya le habían anunciado destellos de peligro y de oscuridades agazapadas, pero la aparición de Zulu aceleró lo que tarde o temprano sobrevendría. La noche anterior, después de dejar a Clara dormida, había recorrido los alrededores invocando el espíritu atormentado que rodeaba la casa. Lo había percibido con tanta nitidez, que hasta rozó su piel. El doctor La Rochelle no descansaba en paz en su tumba de la colina, merodeaba la casa donde en algún momento algo terrible había ocurrido, además de la guerra y las penurias inevitables de la vida. Jim se había propuesto descubrirlo todo, costara lo que costase, tal como acostumbraba a obrar, de manera implacable hasta el final de las cosas, sin importar el sufrimiento. El deber era para él una antorcha siempre encendida, iluminando el camino a seguir. Y ahora que en ese camino figuraba Clara por derecho propio, todo cuanto hacía la incluía a ella.

Sopló un viento helado que azotó la pradera y encrespó las aguas. A Zulu le castañeteaban los dientes.

—¿Está Moses en su sitio? —preguntó, mirando hacia atrás con recelo.

—Está donde debe estar.

El mayordomo montaba guardia algo más lejos, donde había ocultado el carro y los caballos, listo para disparar si hacía falta, aunque Jim le ordenó que no lo hiciera hasta que una seña suya lo indicase. Quería que la verdad saliese a la luz, y eso implicaba correr riesgos. Zulu les explicó que él debía dejar una cinta blanca en la rama baja de un sauce de la orilla para indicar que la tarea estaba terminada y que se encontraba a disposición de la orden. Era el código secreto para comunicarse entre ellos. El muchacho ignoraba si se acercarían a parlamentar o no, pero Jim sentía en los huesos que alguien acudiría.

—Siéntate bajo el sauce —le ordenó.

—¿Y usted, señor?

—Yo me quedaré aquí, esperando.

—Pero, ¿y si ellos se molestan por algo? —insistió Zulu, temeroso de que los Caballeros sospechasen la treta y la tomaran contra él. Estaba ansioso por abandonar ese juego. Al ver a su madre, se le había caído el alma a los pies. Él quería ser de nuevo un muchacho despreocupado que correteaba por el valle en busca de aventuras.

—Acá estaré —se limitó a contestar Jim.

Aquel hombre era insobornable, de modo que Zulu tuvo que hacer lo que le pedía. Se sentó bajo las ramas inclinadas del sauce del que pendía el listón blanco que él acababa de atar como había prometido.

Al cabo de otra hora más, un par de jinetes apareció en el horizonte de las altas hierbas. Llevaban capuchas blancas, y uno de ellos, una cabeza de toro bajo el brazo. Se la colocó apenas divisó a Zulu encogido de miedo.

—¿Y bien? —le gritó desde lo alto del caballo en tono perentorio.

—Ya está, señor.

—¿Señor?

—Maestre, ya hice lo que me pidió.

—No soy yo el que lo pide, Amanecer Blanco, sino la luz que nos rige. Así deben ser las cosas en este valle que el Señor creó para los buenos hombres.

—Sí, señor... digo, Maestre.

—Levántate. ¿Traes alguna prueba de que cumpliste la misión?

Zulu titubeó. No lo había pensado. Él nunca estaba a la altura de lo que le encargaban.

—El cuchillo —atinó a responder, inspirado de súbito—. Lo dejé clavado en el hombre.

Hubo alguna risa ante ese comentario, pero el Maestre parecía falto de paciencia.

—A menos que lo hayas clavado en el corazón mismo del indio, es probable que esté vivo. Esperaremos a ver qué sucedió antes de concederte la membresía. Por ahora, sigues siendo un iniciado.

Jim escuchaba las voces desde el suelo donde se había tendido sin mover un



músculo. Reconocía al que hablaba y no le sorprendió lo más mínimo, era lo que sospechaba. Del otro sólo tenía el sonido de su risa, pero ya sabría quién era. También percibió que estaban engañando a Zulu, que el muchacho nunca formaría parte de la orden, puesto que carecía de la condición esencial: su piel no era blanca. Aquella cofradía estaba creada para sojuzgar a los negros libertos y condenar a los pieles rojas. Era una sociedad de blancos que sembraba el terror para mantener a todos bajo su control, resistir a las nuevas leyes y devolver al sur vencido su orgullo. El hijo de Sara no lo sabía, ya que jamás los había visto sin sus capuchas, y en su ignorancia habría creído que se trataba sólo de vengar y ajusticiar personas. Ellos se habían valido de él porque conocía Bellaflor y podían manipularlo en su beneficio.

—¿Alguien te ha visto? —seguía interrogándolo el principal a través del cabezal de toro.

—No, Maestro.

—Si no es así, si alguien te reconoció, eres hombre muerto.

Zulu comenzó a temblar de nuevo.

—Nadie me vio —porfió con voz estrangulada.

El acompañante hizo alarde de poder acercando su caballo al muchacho y obligándolo a retroceder hasta el río. Zulu cayó sentado sobre el lodo de la orilla. Nueva risa jactanciosa.

—Déjalo. Vámonos ya —intercedió el Venerable.

Parecía ansioso por abandonar ese sitio expuesto a la luz del día. Su dominio era el de las sombras. Arrancó la cinta del árbol y se la enrolló en su mano blanca.

—Ya nos comunicaremos contigo —añadió, antes de volver grupas.

Jim iba a surgir de entre las matas en ese instante, cuando el galope de un tercer caballo lo obligó a sumergirse de nuevo en ellas. Venía del lado opuesto al de los Caballeros, y se escuchaba el resollar del animal hasta donde él estaba.

La voz que vibró en el aire lo congeló en su sitio.

—¡Zulu! ¿Qué estás haciendo?

Clara.

También los dos Caballeros de la Camelia Blanca parecían de hielo ante la aparición inesperada. El muchacho negro se puso de pie con lentitud, como si temiese una hecatombe en ese momento. ¿Qué hacía allí la señorita? ¿La habría mandado su madre? ¿No sabía su vieja que él se jugaba la vida en ese entuerto en el que se había metido?

Clara impulsó a Milky hacia el grupo y encaró a los encapuchados.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mis tierras? Quítese la capucha, señor —dijo en tono de mando al principal.

Jim no pudo evitar sonreír aun en medio del peligro, pues aquel tono evidenciaba mucho de la novicia. Era, como él había predicho, un espíritu fuerte.

—Estoy esperando.

Los jinetes se movieron, molestos ante la nueva situación. Ellos no querían

comprometer sus identidades y permanecieron mudos. A Zulu lo habían engatusado con el pañuelo con gotas de éter en su noche de iniciación, y las voces podían camuflarse con las capuchas y la cabeza de toro, pero a plena luz y con alguien de Bellaflor, corrían riesgos.

—Zulu, ¿quiénes son estos hombres? ¿Te han obligado a matar al señor Morris? Sube a mi caballo, vamos.

El negro estaba congelado, mirando en una y otra dirección, muerto de miedo. Esperaba que el indio saltase en medio de la escena y los liberase de los Caballeros, pues él no poseía otra arma que la cinta que acababa de dejar en el árbol y un par de piedras que siempre llevaba, por si acaso.

El jinete de la izquierda se atrevió a hablar.

—Váyase por donde vino, señorita, que éste es asunto de hombres.

—No lo es si ocurre en mis tierras, señor. Han atentado contra una persona de Bellaflor, y eso es un asunto legal.

El de la cabeza de toro quería llegar al fondo de la cuestión, saber si el atentado se había cumplido, y cuando estaba a punto de arriesgarse a hablar el traqueteo de las ruedas de un carro que volaba sobre la pradera volvió a interrumpirlo.

El propio coronel Levillier conducía la volanta que llegó a la escena matando caballo. El hombre lucía despeinado y con el rostro descompuesto. Clara se dirigió a él de inmediato.

—¡Jean Marc! —gritó—. No te acerques, estos hombres son peligrosos.

“Como si no lo fuesen para ella”, masculló Jim, fastidiado. Hacía rato que se arrastraba como serpiente hacia la orilla del río, con el cuchillo entre los dientes y la pistola preparada.

El coronel atravesó el carro entre los jinetes y Clara con decisión.

—¡Hijo, qué haces!

Aquella expresión paralizó a Clara, aunque no movió un pelo de Jim, que desde el principio supo que el maestre de cabeza de toro era André.

—¡Maldito seas, padre! —bramó el joven con furia.

—André...

La vocecita de Clara fue la gota que rebasó el vaso de la paciencia de André, que se quitó la cabeza y la capucha en un solo movimiento. A la vista de todos quedaron su melena revuelta, su tez enrojecida de rabia y el ojo de vidrio sin su parche.

—¿Qué significa esto, André? ¿Acaso fuiste tú el que quiso matar al señor Morris? ¿Tanto has cambiado en la guerra?

—Clara, no te metas en esto. Padre, has causado mi ruina, como causaste la de mi madre y la de *L’Hirondelle*. Todo lo que tocas lo conviertes en polvo. No me dejaste tomar el mando de la plantación ni el de mi vida. Te dije que intercedieras por mí ante Ambrose y tampoco lo hiciste. Ahora la mujer que debía ser mi esposa pertenece a otro hombre, aunque si todo se cumplió debería estar muerto. ¿Eres viuda, Clara? ¡Contéstame!

La joven se hallaba estupefacta. Las palabras de su antiguo amigo, al igual que las de Sara un rato antes, se clavaban en su pecho con venenos mortales a los que ella no era inmune. Con el dolor reflejado en su rostro, respondió:

—Si el señor Morris está vivo es gracias a la bondad de Dios, que no permitió que personas como tú lograsen sus malvados planes. Me avergüenzo de haberte considerado mi amigo, André. Hablas a tu padre como un hijo indigno del amor que recibió. No creí que pudiese decir esto, pero me alegro de que mi padre ya no pueda saber en qué te has convertido. Él te apreciaba y te quería como a un hijo también.

La risotada cruel que siguió a las palabras de Clara le erizó el vello de la nuca.

—¡Ambrose! Has vivido en un mundo de fantasía, Clara querida. Esta cofradía que hoy dirijo fue creada por nuestros padres para el orden del valle de Shenandoah. Nosotros no somos sino herederos de estos designios. ¿No es así, padre mío? Cuéntale a la buena de Clara sobre tus andanzas como Maestro de la Camelia Blanca. Dile que Ambrose y tú sembraban el terror antes y durante la guerra, cuando se soliviantaban las sagradas leyes de la supremacía blanca.

—¡Mentira! —gritó Clara escandalizada— Jean Marc, por favor, calla a tu hijo, que está tan resentido con todos que quiere manchar la memoria de mi padre y tu propio honor.

El rostro del coronel reflejaba un profundo cansancio. Sus ojos, hundidos entre los pliegues de sus párpados, se volvieron hacia ella con aflicción.

—Lo que mi hijo dice es cierto, Clara. Tu padre y yo fuimos Venerables, cada uno a su turno, de la Orden de la Camelia Blanca. En aquel momento los propósitos nos parecieron justos. Estábamos convencidos de que el valle debía conservar a sus señores y el orden que le había permitido vivir en el esplendor. La guerra lo convulsionó todo, y nos pareció que debíamos mantener en alto nuestro ideal. Fuimos un par de imbéciles, aunque debo confesar que todavía siento en mis venas ese latido, cuando ya no es tiempo para nada.

—¡No! ¡Mi padre nunca pudo pensar de ese modo! —porfió Clara con desesperación, pues a pesar de su negativa sentía que la verdad rezumaba de las palabras del coronel.

—Lamento decir que Ambrose compartía ese pensamiento. En los últimos tiempos se hallaba menos convencido, sin embargo, y por eso el honor pasó a mí. André se ha erigido en una condición que no le corresponde, usurpó los dones y la autoridad de la cofradía. Y los que lo siguen son tan indignos como él —continuó Jean Marc con voz más dura.

Clara escuchaba todo a través de un embotamiento en el que el murmullo de las aguas del río adquiría protagonismo. Su padre, el hombre al que ella admiraba por encima de cualquier otro, su modelo de vida, el ejemplo de médico entregado a la profesión, el padre al que jamás había podido pedir perdón por su alejamiento y cuya memoria perturbaba sus días y sus noches... ¡No podía ser ese monstruo que todos decían, capaz de ordenar ataques disfrazado de ese modo ridículo! Ella no lo

admitiría.

—Mienten —alcanzó a decir con débil voz—, todos mienten.

—¡Clara, reacciona! —gritó André con salvajismo—. Eres la heredera de Bellaflor. Tienes que mantener la plantación y el modo de vida del sur al igual que yo, somos los que seguimos en la línea de descendencia, los que sabemos del ideal y lo sentimos latir en la sangre. Shenandoah debe mantenerse, Clara. Tú y yo juntos seremos imbatibles. Acepto al bastardo del indio, si prometes dejarlo y ser mi esposa. Ya mi padre no puede hacerse cargo de nada. Explotaremos el algodón, que vuelve a tener valor con las nuevas hilanderías. Verás que todo volverá a ser como antes, querida.

—Eres un mal hombre, André, jamás querría estar a tu lado —dijo ella casi en un sollozo.

—Entonces, soportarás las consecuencias. Me haré dueño de Bellaflor y lo sembraré de algodón de parte a parte. Seré el más poderoso señor del valle superando a nuestros padres, y si no quieres casarte conmigo vivirás en la plantación como arrendataria, tendrás la categoría de los plantadores y compartirás sus chozas inmundas. Tú lo has querido.

André espoleó su caballo para acercarse a Clara, y ése fue el momento que Jim eligió para irrumpir en la escena. Saltó sobre el anca con la agilidad de un felino y tumbó al jinete que, enredado en su capucha, no pudo evitar el asalto. El otro encapuchado sacó un arma, pero un disparo lejano se la arrancó de la mano. Moses había entendido la señal.

Jean Marc miraba horrorizado el cuerpo de su hijo debatiéndose contra el del indio con saña feroz, intentando clavarle un puñal entre las costillas. Debía detenerlo, pero un agotamiento visceral lo consumía. Habían transcurrido años soportando la tristeza de haber fracasado en todo: su matrimonio, la crianza de André, la plantación y la guerra. Tenía razón su hijo, una maldición lo alcanzaba. Muerto Ambrose, el único amigo que había tenido, estaba solo en la vida, sólo le quedaba aguardar la muerte.

Jim consiguió sujetar a André y lo puso de pie de un tirón.

—Habla —le ordenó, y ninguno de los presentes supo a qué se refería.

André soltó un torrente de obscenidades que impulsó a Jim a sacudirlo con brutalidad.

—¡Habla! —volvió a decirle en un tono que helaba la sangre.

Clara lo miraba desenvolverse con la violencia que ella tanto temía, la que había intuido antes de saber sobre su pasado. Le daba pena ese costado del señor Morris, que sólo le atraería infelicidad.

—¿Cómo murió el doctor? —fue lo siguiente que preguntó Jim, y Clara sintió un lanzazo de pavor.

—Todos saben que lo asesinó un indio. Como usted, un maldito cherokee.

—Eso es lo que se vio, pero quién lo mandó es lo que quiero saber.

—Qué sé yo, era un borracho que pedía licor, es todo lo que se dijo.

—Mi gente formaba un batallón honorable. No se le atribuyen más muertes que las que la guerra demanda. Alguien tuvo que forzar la mano del cherokee que mató al padre de Clara.

Jim estaba seguro de eso, no en vano sus capacidades psíquicas le habían mostrado el atormentado espíritu del doctor merodeando la casa. Eso sólo podía tener un significado.

—¡No lo sé! —aulló André, en parte porque Jim le retorció el brazo cada vez que hablaba.

—Habla o comenzaré a cortar pedazos de tu piel para forrar mis mantas.

La amenaza no hizo mella en André, que parecía fuera de sí, hasta que Jim eligió las palabras adecuadas para hacerle perder la cabeza.

—¿Qué se siente al ser rechazado, André? ¿Volver de la guerra para descubrir que la novia se ha fugado con un indio sucio y que la autoridad de un padre pudo haberlo evitado?

André levantó la cabeza con ira fulgurante en su único ojo, y escupió con un odio que ninguno de los presentes olvidaría:

—¡Fui yo! Mandé matar al doctor porque, al igual que mi padre, era una rémora del pasado, incapaz de hacer lo que debía. Dejó que Clara se marchase y después quiso desheredarla. El imbécil iba a completar el desastre, dejar que Bellaflor se perdiese para siempre. ¡No podía dejar que me quitaran ambas cosas! ¡Clara iba a ser mi mujer, juntaríamos las dos plantaciones y seríamos los dueños del valle! Yo te esperé, Clara. Luego de que Ambrose murió, esperé a que volvieras para cumplir el designio de nuestras vidas, pero viniste envilecida por este indio asqueroso, preferiste unirme a él y parir un bastardo en lugar de ocupar el lugar que merecías. Eres tan indigna de Bellaflor como mi padre lo es de *L'Hirondelle*.

La hiel que destilaba el ojo bueno, la fea mueca que torcía la boca del hombre, paralizaron el corazón de Clara. Era más de lo que podía resistir en un solo día. Se deslizó del appaloosa y cayó al suelo, desmayada.

Jim distrajo su atención un instante al verla, y André lo aprovechó para zafarse. Con habilidad desnudó el arma que aún llevaba bajo la túnica y apuntó a la cabeza del indio. Casi al mismo tiempo, un estallido reverberó en el aire helado y André se paralizó en el gesto mortal como un muñeco. Cayó de espaldas. El humo aún salía del cañón de la pistola de Jean Marc, que contemplaba los desechos del hijo con rostro de cera.

La fatalidad signó el destino de André desde su temprana juventud. Su muchacho había nacido con un espíritu turbio, alimentado por la blandura con que fue criado y la prematura muerte del primogénito. Esa desgracia había afectado tanto a Mary Ann que no supo medir la disciplina y el cariño. Ya no importaba, de todos modos. Su hijo estaba muerto, y fue por su mano que él perdió al único amigo que tuvo. *L'Hirondelle* era un sueño del que todos acababan de despertar. Ya no había sur, ni algodón, ni

azúcar, ni tabaco, ya no quedaban amigos por los que vivir, ni esposas a quienes amar. Todos habían partido.

Era tiempo de seguirles el paso.

Con fría parsimonia, el coronel sacó otra arma de su chaleco, apuntó a su sien y disparó por segunda vez. Nadie pudo evitarlo. El tiempo se deslizaba con lentitud de sueño.

El encapuchado herido que contemplaba la escena con horror quiso huir, y Jim lo capturó de inmediato; le arrancó la túnica y vio el rostro del miliciano que acompañaba a la comisión de la agencia de tierras aquel día. El hombre lo miraba enfurecido y con temor.

Jim lo maniató con la cuerda que él mismo llevaba a la cintura como había hecho con Zulu, y lo cargó a la grupa del appaloosa para llevarlo a la oficina del alguacil. Ya Moses llegaba a bordo del carro, avanzando con lentitud. En sus ojos podía leerse la conmoción producida por tantas revelaciones desdichadas. Al fin, la muerte de Ambrose La Rochelle no había sido tan casual como pensaban, llevaba la impronta del odio y la venganza. En cierto modo, saber que había habido más motivos que el mero capricho de beber licor constituía un consuelo para el fiel mayordomo que aún lloraba la ausencia del amo.

—Llévate a Clara a la casa —le ordenó Jim—. Y envía a Jeremías y a otro de los hombres para que carguen los cuerpos en el carro a la oficina del alguacil. Habrá que declarar sobre lo sucedido. Tengo entendido que ahora las leyes permiten a un negro hacerlo.

Moses asintió con pena. Jamás imaginó que inauguraría ese derecho tantas veces negado con semejante episodio.

—Aquí los espero —terminó diciendo Jim.

Tomó a Clara en brazos y la acomodó en el asiento del carro de Moses con cuidado. Ya velaría por ella al volver. Lo importante era cumplir los recaudos legales y disponer el entierro de los herederos de *L'Hirondelle*. Jim imaginó que esas tierras pasarían al dominio del Estado y que se parcelarían para arrendarlas o venderlas, todo lo que sus dueños habían querido evitar. En el fondo, le dolía la muerte del coronel. Equivocado en sus convicciones, era sin embargo un hombre infeliz que creía en lo que hacía. Podía entender eso. Lástima que la vida no le hubiera deparado la ocasión de redimirse.

El carro de Moses desapareció en el prado amarillo y Jim se dedicó a envolver el cuerpo de André en su propia túnica de cofrade. Zulu se acercó con cautela.

—¿Qué pasará conmigo, señor?

—Nada has logrado, y te servirá de lección evitar a los encapuchados de ahora en más. Vete.

—Pero... ¿y mi madre?

Jim lo miró con algo semejante a la pena en sus ojos negros.

—Vuelve con ella cuando estés dispuesto a hacerla feliz. ¡Vete!

El último grito disparó la reacción de Zulu, que echó a correr siguiendo el curso del río con rumbo incierto.

Jim contempló los cuerpos de los Levillier a la desolada luz de esa mañana brumosa. La muerte formaba parte de él tanto como la vida. Estaba habituado a las transiciones, a acompañar el espíritu de los muertos y a ayudarlos a disiparse. No sería distinto en este caso, aunque se tratara de hombres a los que podía considerar enemigos de su gente. Eran parte del mundo de Clara, del que él se había hecho responsable desde que la conoció. Su otro nombre, el que le dieron cuando se consagró como shamán, *Enlazador de Mundos*, significaba justamente esa cualidad para centrarse entre las dos dimensiones que se entremezclaban para el que supiera verlas. Su visión lo volvía un intermediario, un conductor de almas y custodio de los espíritus que moraban en la tierra a la espera de su redención. Estaba seguro de que alrededor de Bellaflor ya no flotaría la presencia oscura que él había detectado desde el principio. Sabía, sin necesidad de verla, que la tumba de Ambrose La Rochelle acababa de recibir el descanso eterno.

La debilidad de Clara obligó a Jim a permanecer junto a su lecho cinco días con sus noches.

Luna tras luna veló sus sueños, alimentó su cuerpo con mejunjes que él mismo preparaba sobre una manta a los pies de la cama, y aventó humos de plantas sagradas en todas direcciones. La servidumbre tenía orden de no perturbar su misión, y de seguir adelante sus tareas como si nada pasara. Alfonsito quedó a cargo de Duma, que lo cuidaba con celo de madre, y el resto proseguía cumpliendo sus labores. Salomón se había sentido culpable de enviar a la señorita a ese lugar de donde había regresado desmayada, pero Selva se encargó de explicarle que al contrario, había ayudado a evitar una tragedia. Moses eludía la mirada acusatoria de Sara, que le reprochaba no haberle devuelto al hijo, si bien el mayordomo le repetía una y otra vez que se había marchado libre y sin que ningún castigo pesara sobre su cabeza.

—Él volverá, Sara —le aseguró, deseoso de verla sonreír otra vez—, cuando se enderece.

—Eso es decir que no lo veré nunca —contestó amargada la criada—, hasta que me muera. Te lo encargo entonces, viejo tonto.

El ánimo que reinaba en Bellaflor era sombrío, más que nada debido a la enfermedad de la niña Clara, que nadie sabía bien de dónde provenía. Jim era el único que conocía la raíz de su mal, y el indicado para conjurarlo. Puso a disposición de ella todo su arsenal de hechicería shamánica, pues el alma de la joven pendía de un hilo muy delgado.

Al fin, luego de innumerables sesiones de salmodias y pases mágicos, la joven comenzó a salir de ese sopor que la tenía postrada. Abrió los ojos a la luz del ventanal el último día del otoño. Ya la escarcha se apoderaba de los pastos y el cielo amenazaba con neviscas. El fuego ardía en el interior del cuarto, y el humo desprendía el aroma de las hojas y piñas de eucaliptos que Jim arrojaba a las llamas.

La atmósfera era caldeada y reconfortante.

Clara intentó eruirse, y la mano poderosa de Jim se plantó en su pecho.

—De a poco —aconsejó.

Ella lo miró, sorprendida de verlo allí. Durante sus interminables pesadillas, había visumbrado el rostro del señor Morris, aunque en su cerebro esas imágenes se confundían con sueños macabros en los que veía también el rostro de su padre, desfigurado por la máscara de la maldad. Era Ambrose mezclado con los rasgos de André, ambos formando un ser despiadado de cuyas manos brotaba sangre inocente. En ese momento de lucidez, Jim aparecía con su contorno nítido, su mirada severa y sus rasgos tallados con dureza. Era el mismo hombre capaz de tanta violencia, que la estaba cuidando como a un bebé de pecho.

—¿Dónde está Alfonsito? —se alarmó.

—Con Duma. El niño está bien.

Respiró aliviada y se dejó caer entre las almohadas. Estaba tan pálida que su tez se diluía en el blanco de las sábanas. Jim la observaba con rigor médico.

—Beba esto.

—¿Otra pócima? —lo sorprendió diciendo.

—Creía que no sabía lo que tomaba.

—No sería hija de un doctor si no supiera lo que pasa por mi garganta, señor Morris —y un velo de tristeza cubrió su rostro al recordar de quién era hija.

—Cuando mejore, deberá alimentar su carácter, para fortalecerlo ante las adversidades.

—No sé cómo hacer eso —suspiró Clara, arrugando la nariz ante el amargo brebaje.

—Aprenderá.

Ella bebía de a pequeños sorbos mirando el paisaje invernal que entraba por la ventana. Sus ojos, antes luminosos, tenían un matiz de acero. Había adelgazado, y los pómulos se marcaban bajo su piel delicada. Jim lamentaba que se hubiese visto sometida a semejante prueba, pero la vida estaba hecha de pruebas y a todos les tocaba el momento de vivirlas.

—Señor Morris, ¿qué hará usted después de lo que sabe ahora?

—Quedarme para atenderla, hasta que se reponga del todo.

—Pero después de eso, ¿qué hará?

Jim clavó en ella sus ojos y al cabo de unos instantes le devolvió la pregunta.

—¿Qué desea usted que yo haga?

—No puedo retenerlo, no tengo derecho.

—¿Qué quiere que haga, Clara?

—Me costaría mucho dejarlo ir —confesó ella, y Jim ocultó la satisfacción que le produjo esa respuesta.

—Entonces me quedaré.

—¿No tenía algo que hacer en su tierra?



—Puedo esperar. Siempre se puede esperar.

—Quizá este invierno sea largo.

—Todos lo son.

—¿Puedo preguntar qué es lo que tanto le exige llegar a su pueblo, señor Morris?

—Tal vez no desee saberlo, Clara.

—No creo que haya nada peor que lo que hemos vivido en Bellaflor.

Jim estuvo a punto de responder que siempre podía haber algo peor que lo presente, pero calló, pues Clara se encontraba aún en el período de salvación de su espíritu.

—Eso depende de cómo se lo mire. Lo que tengo que hacer no es agradable, aunque sí necesario. La muerte de mi padre y de mi hermano me llevó a otras tierras en busca del hombre que profanó sus cadáveres. Ahora debo saber quién fue el que denunció a mi padre como antiguo firmante del tratado después de tantos años. El que haya sido, dio ese dato al comandante de la tropa que atacó la aldea de mi gente. Ese ataque no fue casual, Clara, estuvo fuera de época y de toda razón. Ellos sabían que mi padre estaba allí, y lo buscaron para matarlo. Era el último firmante que aún vivía.

—¿Está seguro de eso?

—Como de que estoy aquí, en Bellaflor, en su compañía.

—Debe olvidar todo eso, señor Morris, sólo lo conducirá a la desgracia. Deje que sea Dios el dueño de los castigos.

—¿Aún sigue con la idea de hacerse monja?

—Más que nunca —respondió Clara con sorprendente firmeza—. Ya no hay nada que me ate a Bellaflor, ni me interesa ser la heredera de todo esto. El camino que se abre ante mí está despejado de dudas. Mi padre fue hasta hoy el principal obstáculo, y ya no está para impedirme cumplir con mi deseo. Iré donde el Señor guíe mis pasos, y en esa senda obtendré mis aptitudes para ordenarme. Haré lo que una misionera debe hacer, y pediré que se me acepte por fin. He aprendido que debo tomar sin miedo mis decisiones, señor Morris.

Jim asintió.

—Tómelas cuando haya pasado por todas las pruebas necesarias, Clara. Yo también he decidido partir a las Montañas Humeantes este invierno.

Esa información desilusionó a Clara, que no quería separarse del hombre pese a su anterior alegato. El conflicto empezó a agitarse de nuevo en su mente.

—¿Y qué hará al llegar?

—Acabar con lo que he empezado al principio de este periplo: tomar venganza.

—¡No puede! Eso sería crear nuevos odios. Alguien más querría vengarse de usted, y todo recomenzaría. Es mejor perdonar, señor Morris, aunque no pueda olvidar.

Jim le dirigió una mirada penetrante que conmovió el corazón de Clara. Supo que lo que iba a decir la afectaría en lo más profundo.

—Es para mí tan difícil perdonar al culpable de la muerte de mi padre como para

usted borrar el dolor de saber que el suyo fue un cofrade que ordenó castigos brutales y tal vez muertes.

—Es lo que Jesús nos enseñó —argumentó con debilidad Clara.

Jim miró hacia la cruz de madera que colgaba del respaldo de la cama.

—Jesús es una linda historia que los misioneros contaron a mi pueblo, pero su conducta no encaja en la manera de ser cherokee. Los pura sangre jamás pondremos la otra mejilla para que nos la cacheteen.

Clara no respondió. Miró a Jim Morris con una expresión distinta, de curiosidad teñida de ilusión. De pronto, ante ella se alzó la misión que Dios le enviaba: evitaría que Jim cumpliera su venganza y así lograría redimir su alma. ¡Por fin el cielo la había escuchado y le daba un sendero para recorrer! Ahora estaba más segura que nunca de su elección.

Clamararía La Rochelle vio todo con increíble nitidez. Salvar al señor Morris era su meta, y si para ello tenía que seguirlo hasta la cima de esas montañas que él llamaba Humeantes, lo haría sin dudar. Sólo debía reponerse, fortalecer su cuerpo y su espíritu, templar su alma como lo hacía en la celda del convento cada noche para encarar la obra del día siguiente. Ese período en Bellaflor sería su preparación física y espiritual.

Esa misma tarde empezaría todo.

—¿Cuándo dijo que partiría, señor Morris? —preguntó de modo casual mientras bebía el brebaje hasta el fondo de la taza.

—Al avanzar el invierno.

Jim observaba con interés el cambio sutil que se producía en el rostro de Clara.

—Al avanzar el invierno —repitió ella—. Yo también puedo esperar.

Sus miradas se encontraron, sellando un inesperado destino. Juntos caminarían el sendero de lágrimas que dejaron sembradas los cherokee para que nunca se olvidara el dolor de un pueblo que no pudo yacer en la tierra de sus ancestros. Lo que ninguno de los dos supo entonces era cuánto sacrificio exigiría de ellos ese recorrido.

Jim apoyó su mano morena sobre la pequeña mano de Clara y la envolvió por completo.

La de él era áspera y cálida; la de ella, suave y fría.

Los desafíos del halcón no tenían fin para Jim Morris. Entre los cherokee de sangre pura como él, las uniones con blancos eran repudiadas. Y aunque quisiera, no podía desconocer las expectativas que habría a su regreso. Porque además de la cabellera del francés, su pueblo esperaba que contrajese matrimonio con la viuda de su hermano. Era la promesa que había hecho al partir y la decisión que tanto le costaba tomar: dejar el papel de shamán a un sucesor y conducir a su clan como antes lo habían hecho su padre y su hermano.

Tenía ante sí la meta que siempre le habían enseñado.

Hacer lo que un hombre debe hacer.



## SEGUNDA PARTE

*La rosa cherokee*

*Dondequiera que vayas,  
siempre estarás pisando territorio indio*



## CAPÍTULO 12

Clara tiritó, helada por la escarcha que los rodeaba. El frío aumentaba a medida que ascendían en la montaña, aunque su desasosiego no se debía tanto al clima como a la sensación de que algo iba cambiando a lo largo de ese viaje.

Algo relacionado con su inescrutable acompañante.

Desde que abandonaron Bellaflor una mañana de invierno, Jim Morris se había tornado más huraño, si es que eso podía ser posible. En los días previos a la partida, le ahorró a Clara el conflicto de decidir sobre la suerte de los criados y plantadores. Él mismo concertó los términos de la explotación en un contrato con la oficina de tierras, sujeto a renovación. Mientras durase el plazo estipulado, el notario amigo de Ambrose quedaría a cargo del personal, secundado por Moses, y se haría responsable, en nombre de la amistad que lo había unido al doctor La Rochelle, de informar de todo lo que sucediese en la plantación al único sitio con el que Clara mantendría contacto: la Casa de Niños Expósitos de Buenos Aires. De ese modo, Jim lograba conservar en ella el propósito de devolver a Alfonsito a su verdadera madre, pues intuía que esa meta la salvaba de la tristeza en que se había sumido desde que supo la cruda verdad sobre su padre y la muerte de los Levillier.

Clara no quiso ocuparse de nada relativo a Bellaflor. El hogar de la infancia había desaparecido de su vida. No le interesaba recorrer los campos de tabaco ni visitar a los plantadores, dejó de ir a la cocina donde tanto Sara como Selva se afanaban en complacer al nuevo patrón, y nunca regresó al consultorio de su padre. La única actividad que mantuvo fue dar lecciones a los niños, ya que Salomón y Chispa se entristecieron mucho al saberla enferma, y Clara no tenía corazón para castigarlos por algo incomprensible para ellos. La placidez de la vida en la plantación se quebró para siempre. Los criados cumplían sus tareas con rigidez, ya no había entre ellos y la patroncita aquel trato que pasaba por encima de las jerarquías y alimentaba la cháchara cotidiana. Si bien no esperaban nada malo de Claramaría La Rochelle, tampoco recibían lo que antes daban por sentado.

Desaparecida la nube tormentosa que rodeaba Bellaflor, quedaba un velo de tristeza que ni el débil sol de la primavera conseguía disipar.

Por eso, nadie objetó que la joven emprendiese aquella marcha en compañía de un hombre que no era su esposo, sobre todo después de verla aparecer en el porche vestida de pies a cabeza como una novicia de Nazaret. Jim tuvo que morderse la lengua y contener el ácido comentario que le nació al verla. Si bajo ese disfraz ella consentía en acompañarlo, que así fuese. Por lo menos, habría servido para acallar malévolos comentarios.

Se encontraban a medio camino de la tierra originaria de la familia de Jim. Atrás había quedado el verdor muriente de Shenandoah, que aguardaba su ropaje de nieve. Prometía ser un invierno crudo, con vientos del Ártico que azotarían los bosques

pelados y ahuyentarían a las pocas bestias que se arriesgaran a permanecer. Las petunias de Moses se convirtieron en palitos de espino, y el agua de los ríos ocultó su vida interior bajo una pátina de hielo que acalló los gorjeos de las aves pescadoras.

La tumba de la colina perdió a su guardián, pues el viejo castaño no resistió otro invierno y agonizó de pie, como sólo los árboles lo hacen. Clara no visitó el santuario de su padre antes de irse, ni siquiera miró en esa dirección cuando partió la caravana de los caballos. Atrás quedaba la fría lápida en la que nada se decía sobre Ambrose La Rochelle. Mejor así. Lo que hubiera debido decirse era deplorable.

Jim percibía el estado de ánimo de la joven con la misma nitidez que si ocurriese bajo su piel. La sintonía con Clara era absoluta. Ella no sabía que él había leído largos párrafos del diario de su padre mientras velaba su lecho de enferma. Jim había bebido en las aguas amargas del recuerdo de los otros. Conoció el dolor de Ethan Morris y supo de los remordimientos del doctor La Rochelle, así como de la maldición que le echó su abuela. Qué curioso, todo cobraba sentido al saber retazos del pasado. Se preguntó si le sucedería lo mismo a Clara, si ella alcanzaría a vislumbrar alguna vez la razón de ser de los pasos que daba.

Se detuvo un momento para aguardarla. Ella se estaba retrasando. Llevaban dirección sur siguiendo la columna vertebral de las montañas Blue Ridge. Pronto llegarían a avistar la bruma azul típica de las Humeantes en Carolina del Norte.

Clara se puso a su altura. Iba erguida en su caballo con Alfonsito en brazos, tiesa y pálida. El esfuerzo que hacía para soportar la marcha forzada que él le imponía era tremendo. Jim no otorgaba concesiones. Si Clara deseaba comprometerse con su vocación de fe, debía soportar sus exigencias. Por otro lado, ella necesitaba adquirir la noción real de lo que significaba ser un indio. Estaba seguro de que, por más que su mente lo entendiese, no había captado la dimensión de su identidad. Él iba a lograr que lo hiciera, y recién entonces podría decidir qué rumbo tomar. En su visión, los dos caballos seguían galopando juntos, pero estaba por verse que los últimos sucesos no hubiesen alterado ese destino. Todo podía cambiar, era la esencia de la vida.

Se acercó al ruano que montaba Clara y le señaló al bebé.

—Démelo.

Clara hizo un movimiento instintivo de protección sobre el niño. Jim se lo arrebató impaciente, desmontó y lo depositó con suavidad sobre la hierba. Ella lo siguió, entumecida. Alfonsito pataleaba y lanzaba puñetazos al aire con brío. Clara hubiera jurado que el hombre esbozaba una sonrisa al mirarlo. Jim sacó de debajo del recado una manta que dobló formando una tira larga y estrecha. Puso al bebé en un extremo y comenzó a enrollarlo en ella a la manera de un fiambre de cerdo, con los bracitos pegados al cuerpo. Cruzó las tiras con habilidad, hasta que remetiÓ las puntas bajo los bordes. Parecía un paquete de correos. La cabeza de Alfonso emergía como única señal de vida, con sus ojos relucientes y risueños.

—¡No puede moverse! Ni siquiera se le ven los pies.

—Es mejor, puesto que usted lo llevará colgado a su espalda.

—¿Cómo dice? —chilló Clara.

Descubrió que la voz le brotaba más aguda cuando se enfrentaba a Jim Morris.

—Así llevan las madres cherokee a sus hijos, y dejan sus manos libres para cualquier necesidad.

—Pero no sabré si le pasa algo al niño.

—¿Acaso necesita tocarlo para sentir a su bebé?

—¡Es que no es mi bebé!

—Ah, entonces no lo ama lo suficiente, si no puede tejer ese lazo con él.

Los ojos de Clara se abarrotaron de lágrimas de indignación.

—Lo amo a pesar de no ser mío. Es muy cruel de su parte decir eso.

—Demuéstrelo. Y sin hablar tanto.

Jim se dispuso a volver a su caballo. Había dado en el clavo y lo sabía. Clara permaneció unos instantes quieta para calmar su conmoción, y luego dijo con voz serena:

—Ayúdeme a colgarlo, no sé hacerlo sola.

El hombre giró sobre sus pies y la contempló. Bajo el cielo neblinoso, con su ropa hecha jirones y el cabello enredado como lana de oveja, ella mecía al niño contra su pecho, aunque el pequeño no precisaba consuelo. Una horrible premonición se clavó en el estómago de Jim como un puñetazo. Las facciones se le endurecieron, y hubo un instante en el que Clara pudo vislumbrar una chispa de odio en aquellos ojos renegridos. Antes de que ninguno de los dos pudiese reflexionar sobre ello, Jim estuvo a su lado en dos zancadas y con ayuda de un tiento que sacó de su alforja ató al niño de manera que Clara pudiese llevarlo cual una mochila.

—Vamos a tener que hacer algo con su ropa, Santa Clara.

Ella no entendió a qué se refería ni quiso averiguarlo tampoco. Estaba dolida por la manera en que él la consideraba, una mujer incapaz de amar o de condolerse. Él se equivocaba. Clara amaba a Alfonsito. Había amado a su padre muerto y sólo anhelaba poder perdonarlo y recuperar la armonía de su espíritu. Amaba a las Hermanas de Nazaret con las que había vivido y a las criaturas de aquel bosque, aun a las salvajes, porque todas ellas eran la obra del Señor. El único ser al que no se permitía amar era ese hombre frío que no se cuidaba del daño que causaba con sus palabras. Desde que salieron de Bellaflor, él no había mostrado la mínima compasión por ella y su sufrimiento. Sin dirigirle la palabra para otra cosa que no fuese la orden de acampar o la de guardar silencio si la situación lo exigía, apenas si reconocía en él al hombre que la había cuidado día y noche hasta que se repuso de su mal.

Jim Morris también era obra del Señor, sin embargo. Y si ella lo seguía a través de valles y montañas era porque su salvación estaba en juego. Quizá Dios le estuviese pidiendo una prueba más de su vocación: amar al enemigo. Porque amándolo, Clara elevaría su propio espíritu más alto.

—El Reino de los Cielos empieza en la tierra —murmuró, y con renovado ímpetu se dirigió al ruano que aguardaba, mordisqueando el freno.

Cabalgaron durante horas el sendero que bordeaba el sur de los Apalaches, el viejo camino indio que los viajeros rehuían y que Jim no dudó en abordar. En aquella senda no había posadas ni rastro alguno de civilización. De noche, las estrellas parpadeantes por techo; de día, el refugio de la arboleda para procurarse sombra. Cuando atravesaron el valle de Shenandoah, en lo que parecía un siglo después de los sucesos vividos, Clara se había regocijado con los aromas frescos de las hierbas y el rumor de las cascadas; en aquel momento, sin embargo, el recorrido tenía visos de martirio, pese a la belleza de los riscos y del sotobosque. Los ojos del corazón, eso era lo que cambiaba todo. Clara había llegado al valle de Virginia embargada de ilusiones, y regresaba cabizbaja y dolorida. Jim no le daba tiempo de afligirse o de reparar en las incomodidades, la forzaba a recorrer millas entre la salvaje vegetación para que al acampar cayese rendida de sueño y no pudiese reprocharse nada.

Eso sí, sin importar lo agotada que estuviese, Santa Clara jamás dejaba de rezar, ni de roncar por las noches. Jim se había habituado tanto a ese sonido rítmico que ya no se imaginaba adormeciéndose sin él.

Un anochecer, mientras encendía un fuego entre las rocas, el hombre percibió algo en el aire, una suerte de anticipación. Decidió mantenerse alerta y aguardar. Su intuición no le falló. Evaluó con rapidez el aspecto de la joven y de inmediato le señaló el montón de mantas en el suelo.

—Acuéstese.

Clara titubeó.

—¿Ahora? No me molesta dormir en este piso, incluso el de mi celda parece más duro, pero todavía...

—Acuéstese ya.

—¿Usted dónde dormirá?

—¡Ahora! —susurró feroz el hombre.

Clara tropezó y dio de bruces contra un espino, antes de que Jim la alzara como fardo y la arrojara sobre las mantas junto al bebé que dormía, ajeno a todo.

—Cúbrase y duerma.

—Se dice fácil...

En un segundo tuvo los ojos del cherokee a la altura de los suyos, y el brillo asesino que despedían congeló su protesta.

—Haga sólo lo que le digo y déjeme hacer todo lo que yo quiera.

Había pronunciado las palabras con deliberada lentitud, regodeándose con el efecto que causaban en la joven. De pronto, Clara entendió la razón de su extraño comportamiento. Un grupo de indios acababa de acercarse al fuego, silenciosos como pumas. Eran cuatro. El hedor denunciaba que habían untado sus torsos con grasa. Iban armados hasta la coronilla con rifles, cuchillos y hachas de guerra. A través de los párpados entornados, Clara observó que no llevaban pintado el rostro y se tranquilizó un poco. Conocía las costumbres de los nativos, todas las tribus tenían rituales guerreros que ostentaban en beneficio del enemigo.



—Son chicasaw —concedió a explicarle Jim, mientras caminaba con parsimonia hacia el claro.

Antes de darle la espalda, lanzó a Clara una mirada que prometía consecuencias si el comportamiento de ella no era el adecuado. La joven apretó a Alfonso contra su regazo y comenzó a rezar sin mover los labios, algo inusual en ella.

Una vez entre los indios, Jim saludó en un idioma extraño para Clara, y después de algunos ademanes extrajo de su alforja una vara que ostentaba en su extremo la cazoleta para el tabaco. “La pipa de la paz”, pensó Clara, aliviada. Sus rezos estaban ayudando, al parecer. Transcurrido un rato, el claro se llenó de parloteos. Los hombres, sentados en torno al fuego, chupaban la pipa por turno y la ofrecían al vecino con grandes gestos. Sus ruidosas expresiones de contento y admiración se propagaban hacia la oscuridad del monte. Después de fumar, compartieron la cena que quedaba y bebieron de unas cantimploras que colgaban de su cintura. A Clara le extrañó verlos tan sedientos, hasta que descubrió que se trataba de licor, y observó que el bullicio aumentaba a medida que avanzaba la noche y apuraban los tragos.

—Por favor, Señor, haz que se vayan —suplicó, con los párpados apretados.

Las risas y los gritos aumentaron. Un cubileo de dados se agregó al batifondo.

—Dios, Dios... —gimió Clara.

Temía que Jim estuviese ebrio también. Había oído historias acerca de lo desafortunados que se volvían los indios cuando bebían, como si sus organismos no estuviesen preparados para asimilar el alcohol. Sabía también que los propios blancos los inducían a la embriaguez, proporcionándoles whisky a cambio de favores, o sólo para envilecerlos y tornarlos vulnerables. La desilusionaba que Jim cayese en el vicio, pues lo había creído superior al común de los indios, tal vez debido a que jamás lo vio beber mientras compartieron la vivienda en Bellaflor. ¿Cuánto sabía del hombre al que había confiado su vida y la del pequeño Alfonso? A medida que avanzaban en esos terrenos salvajes, el señor Morris iba perdiendo los rasgos que la llevaron a creerlo un caballero sureño a bordo del *Lincoln*.

—Hágase a un lado.

—¿Qué?

El motivo de sus pensamientos levantaba la manta y se tendía junto a ella sin permiso, flanco contra flanco.

—¿Qué hace? —susurró Clara, mortificada.

Él había tenido cuidado de colocarse en el costado opuesto a donde dormía Alfonsito, para no herirlo.

—Dije a esos chicasaws que usted era mi esposa y, como es natural, les parecería raro que no compartiéramos el lecho.

—Ellos... ¿dónde están?

—Duermen.

Clara irguió la cabeza, aunque desde su sitio no alcanzaba a ver más que el resplandor del fuego que chisporroteaba sobre los matorrales cercanos.

—Se irán por la mañana —la tranquilizó Jim.

—¿Les dijo acaso que el bebé era su hijo? —lo azuzó ella en tono sarcástico.

—Por supuesto. Les resultó extraño que no sacara el color de sus ojos.

—¿Cómo saben mi color? No me vieron.

—Santa Clara, mucho antes de aparecer, ellos nos estuvieron observando desde el monte. Jamás se habrían presentado así sin saber si yo era un enemigo.

—Oh...

—Dijeron que mi hijo es un cherokee hasta la raíz del cabello.

Y rió por lo bajo para indignación de Clara, abochornada por su cálido contacto.

Era imposible conciliar el sueño, no tanto por los cuatro que dormían la borrachera junto al fuego, sino por ese hombre, que estaba bien lúcido y la mantenía afirmada contra su cadera. Jim la atraía hacia él, podía sentir su respiración sobre la coronilla, así como el latir en su pecho a través de la túnica de novicia. Envueltos en la misma manta, el calor de sus cuerpos se había intensificado. Clara no se atrevía a moverse, ignoraba en qué posición se hallaba él, pero podía darse cuenta de que era comprometida. Comenzó a sentirse sofocada bajo la presión de la mano masculina, que abarcaba su vientre y por momentos parecía acariciarla, aunque ella no podía asegurarlo. Cerró los ojos con fuerza y oró, intentando que su mente olvidara aquellos dedos firmes y el olor ahumado que ya le conocía. Ella se había habituado a esa familiaridad en la casa de Bellaflor, sobre todo porque en el último tiempo Jim se mostró distante y no volvió a besarla de aquel modo, pero esta intimidad forzosa que compartían al aire libre, donde Clara debía bañarse a medias en el río, oculta por la espesura y confiada en que él se mantendría ajeno, le resultaba perturbadora.

En cuanto a Jim, tampoco lo estaba pasando bien. El ardid de acostarse junto a Clara había sido una buena idea, tomando en cuenta que los chicasaw le habían hecho bromas relacionadas con su “esposa” y que sus miradas lascivas se desviaron más de una vez en su dirección. Jim sabía que un indio ebrio era un grave peligro. Los cherokee habían erradicado el alcohol en los campamentos como un modo de evitar los abusos de los blancos. Él sólo bebía lo necesario para los rituales. En ese instante, los ronquidos de los visitantes decían a las claras que bien podía liberar a la joven de su presencia, y sin embargo no estaba dispuesto a hacerlo. Deseaba tocarla. Los besos que le dio en el pasado le dijeron que la novicia desconocía el placer que podía brindar un hombre, y que no era inmune a él tampoco. Ella había vibrado bajo su presión, aunque después se horrorizara y se vistiese de monja para ahuyentarlo. Para Jim, la convivencia con Clara tenía el carácter de prueba de fuego. Si se cumplían los designios, a lo largo de ese viaje sabrían mucho más el uno del otro de lo que habían supuesto.

Dejó que su mano descendiese sobre la cavidad tibial. Clara no mosqueó. Los dedos de Jim se movieron con lentitud hasta quedar en el hueco de la entepierna, lo que provocó un respingo de la joven.

—Shhh... Nos oirán —le advirtió con voz ronca.

—Señor Morris, quédese quieto. Alfonsito despertará, y quizá esos hombres se irriten.

—Duérmase, Clara, yo vigilaré.

—Pero...

—Duérmase.

—No puedo si usted se mueve tanto. ¿Por qué no se vuelve hacia el otro lado?

—Quiero mantener a los chicasaw bajo mi vista, no darles la espalda.

—Entonces me moveré yo —repuso Clara, y giró entre los brazos de Jim para enfrentarlo.

Ojalá no lo hubiese hecho. Encontró el rostro atezado del hombre con los ojos como brasas fijos en ella, los labios apretados en un rictus desconocido y la tensión dibujada bajo la piel.

Cuando habló, lo hizo mirándole la boca, y la joven se estremeció.

—Santa Clara, debe confiar en mí —y la mano que reposaba sobre el vientre femenino se deslizó sobre su trasero con facilidad.

Ella ahogó una exclamación y apoyó sus manos sobre el pecho de él para frenarlo. Su situación era aún más comprometida que antes.

—Por favor... —suplicó, sin saber bien qué pedía.

Jim sonrió con suficiencia.

—Así no se ganará el respeto de un indio, Clara. Debe luchar, ser valerosa y audaz. Los indios valoramos el coraje antes que nada. No ruegue, a menos que quiera ser atrapada como las fieras atrapan a sus presas cuando demuestran debilidad.

—No me hará gritar, señor Morris, no conseguiré sacar de mí un solo estallido.

Eso era lo que él deseaba, conmocionarla, rasgar el velo de santidad que la aureolaba para apoderarse de la mujer que residía detrás.

Alfonsito rompió el hechizo con un sollozo entre sueños. Jim aflojó el agarre y Clara se apresuró a girar de nuevo para tomarlo en brazos. Le parecía pecaminoso estar acostada entre un bebé que no era su hijo y un hombre que no era su esposo.

Esa noche no ocurriría nada más. Después de un rato, Clara cayó rendida en un profundo sopor. Jim se dispuso a velar el sueño de ambos hasta que amaneciese y los chicasaw tomasen el rumbo que llevaban antes de irrumpir en el claro.

Todavía faltaba enfrentar el desafío de su tierra. Quizá era preferible que Clara llegase tal y como estaba ahora, con su hábito y sin haberlo conocido como hombre.

Era una protección que podía brindarle, hasta que los asuntos familiares se aclarasen.

Sólo se durmió cuando vio que los chicasaw desaparecían entre los matorrales después de haber pisoteado los restos de la fogata. Las últimas estrellas se diluían en la azulina claridad del amanecer.

Alfonsito volvió a depender del té que preparaba Jim Morris. Clara ya no lo cuestionaba, daba por sentado que él sabía lo que hacía, si era un shamán y sus ancestros habían sobrevivido de ese modo. Los gestos seguros, que denotaban

sabiduría, la cautivaron a pesar suyo. Quiso enterarse del nombre de las hierbas, pues su curiosidad científica le impedía mantenerse indiferente.

Jim la contempló con sorna.

—Lo sagrado se acepta —le dijo, y volvió a lo suyo sin más explicación.

Esos rasgos de carácter se habían ido acentuando a medida que avanzaban en el sendero que los conducía a las montañas. Jim se tornaba más huraño, y una pétrea indiferencia lo iba envolviendo, sin que por eso descuidara la protección de la caravana.

También Clara se sentía distinta. Los sucesos de Bellaflor habían dañado su innata confianza en las personas. Ella no lo confesaba, pero la actitud de mamá Sara la había herido en lo más profundo, y ni qué decir del oculto pasado de su padre. Le extrañaba que Jim Morris no lo hubiese despreciado al saberlo miembro de una cofradía execrable. Era otra de las rarezas de aquel hombre, jamás reaccionaba del modo esperado. Clara se lo agradecía en su fuero íntimo, ya que le dolía que el recuerdo de Ambrose La Rochelle se hubiese mancillado con su participación en la Camelia Blanca. Otra cosa que laceraba su corazón era la muerte de André. Cuando lo supo, al despertar de su desmayo, creyó que moriría de pena y de culpa. Imaginó que su amigo había vivido sólo para desposarla, y que su negativa lo habría empujado a las malas acciones. Ese pensamiento le costó días de fiebre y vómitos, y Jim Morris se vio obligado a ejercer rituales que ella sólo pudo entrever a medias, adormilada bajo los efectos de una poción sedante. Si estaba viva, se lo debía a ese enigmático brujo que acostumbraba vestir levita y botas de montar.

Esa dependencia, sin embargo, la preocupaba. ¿Qué esperaba el señor Morris a cambio?

Sus avances de la otra noche podían deberse a la excitación del licor y tal vez al humo alucinógeno de la pipa, suponiendo que hubiesen fumado algo más que tabaco, pero Clara temía que en su mente él supusiese que tanto el niño como ella eran de su propiedad. Debía dejarle en claro que estaba a su lado para salvarlo de sí mismo, de esa fiebre de venganza que lo consumía y que podía leer en sus ojos cada vez que retomaban la marcha y miraban hacia adelante en el camino del bosque.

“Yo también tengo metas, señor Morris”, pensó con determinación.

Por obra de los acontecimientos, Clara se hallaba desprendida de todo cuanto había conformado su universo: sin hogar, sin padre, privada de los buenos recuerdos, lejos del convento donde se había sentido a gusto, los lazos que la mantenían se habían soltado y se encontraba a merced de lo que el destino le ofreciese de ahí en más. Era una sensación que le producía vértigo. Luchaba contra su apego a Jim Morris y a la vez rezaba por que el hombre no se hartase de ella y del niño, en especial al arribar a su pueblo, pues de manera difusa intuía que no sería fácil entablar contacto con los otros cherokee que quizá no supiesen comportarse como caballeros sureños. ¿Qué dificultades debería enfrentar Jim al retomar su vida habitual? ¿Y dónde iría a parar ella cuando eso sucediese? Eran interrogantes que

taladraban su mente día y noche, sobre todo cuando él se alejaba en pos de alguna presa pequeña para la comida diaria.

Una mañana en que acamparon luego de trepar escarpadas planicies, Jim desapareció en la espesura como solía hacer, sin dar explicaciones, y Clara se dedicó a poner orden entre sus cosas. Había empacado sólo un vestido con sus zapatillas de seda, por si se veía en la necesidad de cambiarse el hábito alguna vez. Eso, y los pocos recuerdos de su madre que pudo encontrar: un camafeo, un libro de estampas, un par de guantes y unos pendientes de topacio amarillos que recordaba haber admirado de pequeña. Eran regalo de la abuela Memé.

—Mamá, me hiciste mucha falta... —murmuró como perdida, mientras contemplaba sus tesoros.

La brisa llevaba hasta ella el rumor cantarino de un arroyo, y le despertó el deseo de refrescarse. Acostumbraba hacerlo de manera furtiva, mientras Jim cuidaba del niño, a sabiendas de que en esos momentos él no osaría apartarse para espiarla. En ese instante, el sol entibiaba su cuerpo. Anhelaba sumergirse en el agua fresca, quitarse el polvo del camino.

—Ven, Alfonsito, iremos a la orilla y nos mojaremos los pies. Estás hecho un gitano, tienes el color del bronce, no me extraña que esos salvajes te creyesen hijo del señor Morris.

Cargó al bebé y se encaminó hacia el sitio de donde provenía el sonido acariciador del río.

Era un recodo entre las rocas de una pequeña cascada, un redondel cristalino que reflejaba el verdor de las matas circundantes. El sol lograba filtrarse, y arrancaba destellos de esmeralda al pozo de agua.

Ese relumbrón le impidió ver que alguien se le había adelantado.

Clara depositó al niño en la manta sobre la hierba y se sentó a su lado para quitarse las sandalias. Tenía los pies embarrados, al igual que la túnica, que había pasado del celeste al gris pizarra. No quería ni imaginar cómo luciría su toca blanca, de seguro parecería el escobajo que mamá Sara usaba para espantar a las gallinas. Sabía que su aspecto sería desastroso, pero ocuparse de ello hubiera sido caer en la tentación de verse como mujer, e intuía además que eso era lo más peligroso que podía pasarle.

Caminó descalza hacia el borde, y al recoger el ruedo del hábito para meter los pies se detuvo de pronto, paralizada.

El señor Morris había tenido la misma idea.

Salía de las aguas como Dios lo trajo al mundo y Clara fijó la vista hipnotizada en sus partes pudendas. Sólo al percatarse de su proximidad desvió los ojos, ruborizada.

Ya era tarde, él la había descubierto en su pecado.

Con indiferencia, Jim tomó sus pantalones del arbusto y se los puso, en escandalosa ausencia de ropa interior. Se ciñó la camisa, que se impregnó de la humedad de su cuerpo, y calzó sus botas. Ya nunca volvería a ser el caballero sureño

ante Clara. Había revelado su salvajismo. Y lo hizo sin alardes, con la parsimonia del que toma un baño matinal.

La cáscara de civilización acababa de romperse.

Clara regresó al campamento con el corazón batiéndole el pecho y las mejillas ardiendo. Jamás había contemplado a un hombre desnudo; lo más cerca que estuvo fue cuando el señor Morris mostró su torso en el hotel de Richmond, y aquello ya fue impactante. Ahora acababa de verlo como de seguro vivirían sus congéneres, con taparrabos que apenas los cubrían. Clara se dijo que no podría acostumbrarse jamás, era mejor admitirlo y renunciar a esa campaña. ¿Dónde ir, sin embargo?

—Clara.

No lo miró ni demostró haberlo oído. Se dedicó al bebé con ahínco.

—Clara, vaya usted ahora al río, yo me ocuparé del niño.

—No es necesario.

—Sí lo es. ¿Acaso no iba a refrescarse cuando la vi?

“Cuando lo vi yo a usted, querrá decir”, pensó ella. Y alegó, con fingido desinterés.

—Quería ver qué era lo que hacía ruido de agua, nada más.

—Ya lo ha visto. Ahora métase en ella. Yo me quedo con el niño.

Sin mirarlo aún, Clara le entregó a Alfonsito y caminó con la cabeza gacha hacia la orilla de nuevo. Aunque no deseaba bañarse ahora que él estaba enterado, lo necesitaba de verdad. Y había llevado con ella el jabón de olor de mamá Sara, ansiando que llegara el momento de usarlo.

Una vez en el pozo de agua, se volvió a quitar las sandalias y buscó un sitio recogido donde despojarse del hábito. Su viso interior estaba tan raído que podía pasar por trapo. Se lo dejó puesto, pues no se animaba a mostrar la piel a la luz del día, ni siquiera a las aves del bosque. Con el agua hasta la cintura, comenzó a lavar el hábito y la toca primero, para dejarlas al sol mientras se bañaba. Usó los arbustos, como le había visto hacer a Jim, y luego se sumergió hasta la coronilla en el frío vigorizante del pozo. Hizo espuma con el jabón y lavó su pelo a conciencia, las orejas, sus partes íntimas, que se habían conmocionado ante la visión del hombre desnudo. ¿Por qué Dios la ponía frente a tales pruebas si lo que deseaba de ella era el servicio? ¿No bastaba con haberle arrancado la imagen idealizada de su padre y al único amigo que había tenido? ¿Cuánto más debía soportar para merecer la ordenación? La conversión de Jim Morris, le dijo la voz interior.

Un hombre capaz de recorrer cientos de millas para matar a alguien, volver con los despojos e iniciar otra campaña de venganza como si tal cosa era un símbolo de la oveja descarriada. Ser pastores de hombres, ésa era la misión de Cristo. Y ella, con toda su flaqueza, podía desempeñarla con la ayuda de Dios y de la Virgen.

Con la enagua pegada al cuerpo, Clara salió del pozo aferrándose a los matorrales. Había adelgazado a raíz de su enfermedad, pero su figura era armoniosa y femenina. Las nalgas sobresalían prietas bajo el género de batista y los senos

apuntaban erguidos con sus pezones rosados. Bajo la luz del sol, el cabello lucía un tono que a Jim le recordó el de las barbas de maíz. Él la contemplaba en silencio, con Alfonsito cargado sobre un hombro. La visión de Clara constituía un remanso para sus pensamientos de muerte y sus decisiones drásticas. Él era un hombre acostumbrado a rumiar y a decidir en soledad. Tener a alguien como Clara para compartir el día era tan inusitado que a menudo se descubría mirándola con sorpresa, como si la viese por primera vez. Caminó hacia atrás y desapareció antes de que ella lo atrapase espiándola. Claramaría estaba con él porque también tenía un propósito, algo que la había impelido a seguirle el paso en lugar de quedarse en Bellaflor, donde le hubiese correspondido. Las heridas sanaban, y con el tiempo las de ella lo harían, pero la pequeña novicia no abandonaba las causas perdidas, y Jim sospechaba que él representaba una.

Estaba dejándose llevar, abandonándose a la voluntad de los espíritus para que ellos decidiesen alguna vez como si él fuese un hombre común, incapaz de adivinar o interpretar. Era una forma nueva de ver las cosas. Por ahora, los caballos de su visión continuaban galopando juntos, pero Jim no quería hacer un viaje shamánico para comprobar si seguirían así en el futuro, anhelaba experimentar, sufrir, gozar, conquistar a esa mujer como lo haría cualquier hombre. Y que resultase lo que el Gran Espíritu decidiese para él. Tal vez pudiese llegar a un acuerdo con Luna Azul, y Claramaría pudiese convertirse en su segunda esposa. O tal vez...

Un trueno rompió la serenidad del día. Clara corrió hacia el campamento, con la toca bajo el brazo y el hábito arremangado, ya que al estar mojado se alargaba sobre los pies y la hacía tropezar.

—¡Pronto, señor Morris! Viene una tormenta.

Nubes espesas se arremolinaban, oscureciendo el cielo límpido y transformando en un santiamén aquel rincón delicioso en un sitio amenazante. El pozo de agua rugía, el viento silbaba en sus oídos, y una arenisca cortante les castigaba las piernas hasta las rodillas. Jim supo que se enfrentaban a un peligroso tornado. Con serenidad recogió los bártulos y los sujetó a los caballos para tener las manos libres mientras buscaba refugio. En ese lugar abundaban las cuevas. Su gente había sido bautizada así, *tsa-la-gi*, por los choctaws, que los llamaron “gente que vive en las cuevas”. El origen remoto de su pueblo era algo que entraba en el terreno de la leyenda y que a Jim poco interesaba. Para él, la historia comenzaba con las Montañas Humeantes y hacia ellas volvía, para cerrar el círculo de la muerte de su padre y de su hermano. La Ley de Sangre, tal como la concebían los antiguos.

Los truenos se sucedieron sin pausa, rodando en el cielo como si los dioses arrastrasen piedras, furiosos con lo que veían abajo, en el mundo de los hombres.

—Dios mío —murmuró Clara mientras se arrebujaba en la manta que Jim había extendido en el piso de la cueva protegida por un arco de viejos árboles. Había sido el refugio de un oso en otro invierno, dedujo él al ver las huellas, aunque calló esa información para no asustar a Clara. Ella tiritaba bajo la manta, pues el viento tibio se

había vuelto helado y llevaba partículas de hielo que astillaban la piel.

—Es peligroso llamar la atención de los dioses —señaló Jim para distraerla.

Un trueno formidable estalló sobre sus cabezas al terminar de decir eso.

—Los *Nunnehi* —dijo él con naturalidad.

—¿Quiénes?

—La Gente Pequeña, que habita en lo alto de las montañas. Están haciendo rodar las rocas.

—Usted no puede creer eso. Es un hombre demasiado...

—¿Adulto?

—Demasiado perspicaz para tener supersticiones.

—Es extraño —dijo él entrecerrando los ojos y mirándola con atención—, podría sospechar de usted. Podría ser una *Nunnehi* también y atraerme males. Las doncellas *Nunnehi* son posesivas y peligrosas.

—¿Y cómo podríamos saberlo?

Ella le seguía el juego, eso le gustó.

—No lo sé, es un riesgo que corro.

Jim extendió la mano y tocó con reverencia los cabellos húmedos de Clara; tomó un mechón enrollado y lo sobó entre dos dedos, pensativo.

—Una mujer no llevaría el cabello tan corto si no fuese Gente Pequeña.

—Uf, otra vez con el asunto del pelo. Ya le dije que debí cortármelo al ras para usar la toca de novicia. Y está creciendo de nuevo.

A Jim le divertía señalar aquello que incomodaba a Clara. Sus ojos celestes adquirirían un matiz oscuro y echaban chispas. Prefería esa mirada que la acercaba más a sus propias ansias terrenales. Era difícil imaginarla tendida bajo su cuerpo cuando aquellos ojos se dilataban con efluvios espirituales. Le costaba hacerle el amor a una santa. En cambio, ese rostro pícaro que se cubría de hoyuelos...

—¿Durará mucho? —preguntó Clara, distrayéndolo.

—Nunca se sabe con los *Nunnehi*.

—Señor Morris, me toma el pelo.

Él miró su cabeza enrollada.

—¿En serio?

Clara se quedó suspendida de los ojos negros y oblicuos. Era un Jim Morris de pronto distinto, juguetón y relajado, un rasgo más en la sucesión de capas que había ido revelando desde que ella lo conocía. Ese Jim, más cercano y sensible, resultaba mil veces más peligroso que el otro, y Clara desvió la vista hacia el frenético tornado que se desataba en el bosque. Los árboles crujían ante los embates del viento, y las montañas que los escoltaron durante todo el trayecto apenas se veían a través de la polvareda y las nubes, que formaban espesa niebla en las alturas. Un estrépito descomunal sacudió hasta los cimientos de la cueva.

—Cayó un árbol —dijo Jim.

Clara se persignó. Ellos estaban rodeados de árboles. Jim alzó el rostro hacia el



techo, del que pendían formas rocosas cubiertas de moho.

—Es un pensamiento del Gran Espíritu.

Clara guardó silencio, impresionada. Ante la desmesura de la naturaleza, sólo quedaba rezar y someterse a la voluntad de Dios. En eso, Jim y ella coincidían, aunque observasen ritos diferentes. El tornado fue breve, quedó la tormenta como un resabio que los mantuvo guarecidos hasta el anochecer. Alfonsito había resistido el barullo de los elementos con una entereza admirable. Si bien no era hijo de indio, podía haber pasado por uno sin duda alguna. Jim lo contempló con simpatía.

—Es fuerte —dijo—, y será un hombre.

Esas enigmáticas palabras calaron hondo en el corazón de Clara. ¿Qué significaba ser un hombre? De inmediato supo que André no lo había sido, en el sentido que Jim le daba al término. Había algo de superioridad en el concepto, un valor moral que no dependía de la piedad ni de la observancia de las buenas costumbres, era algo relacionado con seguir los designios fijados, más allá de la voluntad individual. Empezaba a captar la manera de pensar del señor Morris, aun sin compartirla.

—Me pregunto cómo haré para devolverlo a su verdadera madre —dijo sin darse cuenta.

—Lo hará si es ésa su misión. ¿O acaso tiene otra?

Él la miraba con intención. Clara cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

—Una sierva de Dios siempre tiene alguna misión que cumplir —lo evadió.

—Espero que pueda con la suya. Y que valga la pena —agregó él, burlón.

—Si buscamos el bien, se allanará nuestro camino.

—Eso no es lo que sucedió con Jesús, ¿no es así?

—Bueno... era lo que debía ocurrir para que los hombres se convirtiesen en buenos.

—Una misión fallida.

—¿Lo cree, señor Morris? Dios nos mostró un camino que ya nadie ignora, y al menor intento de seguirlo contamos con la ayuda del Señor. Cristo lo hizo posible al sacrificarse por todos nosotros.

Él la estudió largo rato antes de responder.

—Usted me intriga, Clara. Hay en su interior una lucha que no sé si comprende. Tiene dos fuerzas en su corazón, pero no puede alimentarlas a ambas, debe preferir a una sobre la otra. Cuando haya elegido será feliz, porque dejará de luchar.

—¿Qué fuerzas son esas? No entiendo lo que dice —se ofuscó Clara.

Por toda respuesta, Jim extendió una mano y atrapó el rostro de la joven antes de que ella pudiese esquivarlo. Como había hecho antes, acarició con sus dedos rugosos la mejilla, los labios, el mentón, mientras estudiaba cada trocito de piel como si estuviese analizando algo extraño. Más que una caricia, era una exploración. Clara temblaba bajo ese contacto minucioso.

—Me teme.

Ella negó con la cabeza, desmintiendo lo que decía con su temblor.

—Entonces se teme a sí misma.

Clara intentó zafarse, y Jim oprimió con algo de fuerza el mentón entre sus dedos.

—Si no hay temor, quédese quieta. No la lastimaré.

Descendió la mano sobre el cuello delicado y la extendió abierta sobre el pecho donde se dibujaban los pequeños senos bajo la túnica. La dejó allí, hasta que el calor de su palma enrojeció las mejillas de Clara. Ella no lo miraba, seguía el curso de su mano como un conejo atrapado por la luz del fuego. Ese contacto era impropio, todo era impropio, el alocado discurrir entre las montañas en compañía de un sujeto peligroso y cargando a un niño abandonado, su empecinamiento en demostrar su vocación. ¿Ante quién? Ya no vivía su padre, nadie podía oponerse a su deseo de practicar medicina, ni corría el riesgo de que la casaran con André. Ambos estaban muertos, y ambos la habían desilusionado. No eran hombres en el sentido que decía Jim Morris. Poco a poco, esa convicción de que todo cuanto había hecho empezaba a derrumbarse, y que de su vida sólo quedaban escombros, hizo mella en su resistencia, que hasta el momento la había sostenido en pos de algo que valía la pena conseguir. Las lágrimas comenzaron a fluir y bañaron las mejillas de Clara, cayendo en la mano que Jim todavía conservaba sobre su pecho. Él la movió bajo la manta hasta rodear un seno y cubrirlo por completo.

—Por favor... —y se cortó, al recordar que el ruego era mal visto en el sentir indio.

Él deslizó la mano exploradora hacia abajo, descansando en su vientre un momento. Emanaba tal calor esa palma, que Clara se sintió invadida por el fuego. Jim bajó más, hasta cubrir el hueco entre las piernas. Allí se demoró, a sabiendas de que el calor de su mano la obligaría a aflojarlas. En efecto, Clara no supo cómo cedió, sin presión alguna, y se dejó recostar sobre la manta, mientras afuera gemía el viento y adentro crepitaba la fogata que un rato antes el señor Morris había encendido al abrigo del alero rocoso. Jim se tendió a su lado, sin usar nada más que aquella mano atrevida. Con la cabeza apoyada en la otra, el codo en el suelo de la cueva y la mirada contemplativa, Jim acarició los muslos de Clara a través de la túnica todavía húmeda.

—Sáquese esto —le dijo con voz ronca.

—No puedo.

—Se enfermará. Deje que se seque al fuego.

—¡Pero no puedo!

—Ya me ha visto desnudo. No pasará nada.

Clara enrojeció hasta la raíz del cabello. No quería que le recordara ese bochornoso momento.

—Déjeme, señor Morris. Ocúpese de sus cosas.

Jim sonrió de lado.

—Usted es ahora una de esas cosas, Clara. Recuerde que están a mi merced.

Y profundizó el masaje en las piernas, introduciendo los dedos a través de la

túnica en la femineidad de Clara. Ella saltó como una liebre.

—Quieta.

Hurgó en ese recoveco íntimo con la misma minuciosidad con que antes había explorado el rostro, sin dejar de mirarla, como si a través de ella encontrarse preguntas durante largo tiempo formuladas.

Las llamas creaban extrañas figuras en la cueva, y Clara intentaba descifrar sus formas para evitar sentir lo que la mano del señor Morris provocaba en su ser. Estaba petrificada bajo aquella caricia, debía rechazarla y no lograba hacerlo.

Jim recorrió el largo de los muslos una y otra vez, volviendo siempre al lugar secreto que Clara no conseguía mantener fuera de su alcance. Tenía las manos paralizadas, sujetando la manta como si con eso pudiera protegerse. La oscuridad se cerró en torno a ellos, sólo quedó el resplandor del fuego para iluminar sus rostros; hierático el de Jim, asustado el de ella. De manera casual, los dedos del hombre comenzaron a cosquillear en esa cavidad de forma insistente. Clara miraba el techo con los labios apretados. A medida que esa caricia se intensificaba, su boca se abrió en un gesto de sorpresa que Jim captó de inmediato. Aceleró la manipulación en un ritmo intenso que hizo estragos en la joven. La sangre le latía en las sienes, fluía a lo largo de sus muslos y se amontonaba en su vientre. Clara sintió que se desarticulaba como una muñeca de trapo. Empezó a temblar de modo incontrolable, abrió las piernas sin cuidarse del hábito que no había querido sacarse, sin reparar en que lo tenía por sobre las rodillas y que la mano del hombre se hallaba debajo, trabajando en esa sensación que la abarcaba por completo. Sólo existían la mano de Jim y su propio desenfreno interno, que la sumía en el más absoluto desamparo. De pronto, sin previo aviso, la mano se retiró y un frío glacial se apoderó de Clara.

—Duérmase. Yo me ocuparé del niño esta noche.

La joven sintió que se hacía pedazos por dentro. Había estado a punto de alcanzar algo revelador, algo que dependía del señor Morris con exclusividad, y él se lo había negado con crudeza. Clara respiró hondo, intentando calmar su ansiedad y dominar su desengaño. Se sintió avergonzada, humillada, utilizada de la manera más vulgar y denigrante. No supo o no quiso decirle nada, se ovilló en la manta de cara a la pared de la cueva, y sucumbió al llanto silencioso.

Detrás de ella, Jim la contemplaba pensativo. Clara era más de lo que había supuesto. Hervía la sangre bajo su piel de porcelana. Estaba dispuesta al amor, como su nombre lo indicaba. Colibrí Dorado anhelaba el néctar.

Y pronto volvería la primavera.



## CAPÍTULO 13

La niebla mística de las Montañas Humeantes anticipó su llegada. Bajaba desde las cumbres, azulada y espesa, como un velo mágico que ocultaba secretos a los visitantes. Clara suspiró con alivio. Después de quince jornadas, no sólo se acabaría ese peregrinar que la tenía agotada, sino que terminaría el suplicio de soportar el silencio hosco de Jim Morris. A partir de lo sucedido en la cueva, ella evitaba hablarle, cosa que le resultó difícil, ya que era incapaz de sentir rencor y olvidaba los agravios con facilidad, pero fue Jim quien se mantuvo distante y reconcentrado en sus pensamientos, de modo que Clara se sintió desdichada el resto de ese interminable viaje. Había hecho acto de contrición la mañana siguiente, y se prometió jamás sucumbir a la seducción del hombre. Ella esperaba consagrarse a Dios, y sólo como misionera podría salvar el alma de Jim, no como una mujer que se abandonaba a sus instintos.

El último tramo que ascendía en la montaña cubierta de matorrales y sembrada de piedras fue arduo hasta para los caballos. Cuando por fin el terreno se volvió llano, Clara pudo apreciar la majestuosidad de la tierra de los ancestros de Jim Morris.

Desde lo alto, el valle se derramaba sobre el Oconaluftee, que corría rumoroso entre árboles de corteza negra. El verdor profundo de la foresta contrastaba con el ceniciento de las casas salpicadas entre cercos de troncos y pequeños huertos. Una corona de niebla cubría el poblado cherokee, que aparecía y desaparecía ante los ojos de los viajeros como una fantasmagórica visión.

Jim se detuvo e hincó una rodilla en el suelo pedregoso. Bajó la cabeza y pronunció unas palabras en ese idioma hueco que pocas veces dejaba oír a Clara. Luego, elevó la vista al cielo y levantó sus poderosos brazos en un gesto de oración. La novicia mantuvo respetuoso silencio. Ella también deseaba agradecer a Dios que los hubiese mantenido vivos todo ese tiempo. Cada jornada, Jim se detenía para inspeccionar el terreno que pisaban, y sólo después de minucioso examen daba la orden de continuar. Ella suponía que los acechaban cientos de peligros, tanto de parte de los animales como de los humanos, y que contaban sólo con la astucia de Jim para evadirlos. Aquel hombre jamás bajaba la guardia, ni siquiera durante el sueño. Dormía a medias, como los caballos. Una noche en que Clara se levantó, urgida por necesidades corporales, al caminar hacia los matorrales él le salió al paso, cuando ella pensaba que dormía profundamente. Luego se mantuvo vigilante, los ojos encendidos por el reflejo de las brasas y los músculos en tensión. Clara admiraba el control que Jim ejercía sobre su cuerpo y su espíritu. Le hubiese gustado contar con esa fuerza durante la travesía, que había hecho trizas su ánimo. Se sentía tan fatigada que no creía posible bajarse del caballo. Alfonsito había dormido como un bendito las últimas horas, indiferente a los sacudones de la montura y a la crudeza del aire, que quitaba el aliento a medida que ascendían. Ese niño heredaba una fortaleza de quién

sabía qué ancestro desconocido.

Jim se volvió hacia Clara y contempló su rostro pálido. El cansancio sombreaba sus ojos y las ropas de novicia colgaban hechas jirones de sus hombros. Ella se empeñaba en usarlas y cada día lavaba en las aguas de algún arroyo la toca, para que recuperase su blancura. Él suponía que Clara cifraba su resistencia a la tentación de la carne en ese uniforme.

—Descansaremos —le dijo, mientras tomaba la brida del ruano.

—¿Justo ahora?

—Bajaremos cuando hayamos descansado.

La lógica del hombre era indescifrable. Después de perseguir durante días la meta, cuando la tenía a su alcance demoraba la llegada. Clara recordó su propia emoción al avistar Bellaflor tiempo atrás, cómo había saltado del caballo y corrido con las faldas arremangadas para encontrar a su padre cuanto antes. También vino a su mente la desazón al ver la casa en tan mal estado, y la ausencia palpable del hombre que con su recuerdo la sostuvo todo el viaje desde el Río de la Plata. Quizá no fuese desacertada la estrategia de Jim Morris, después de todo. Quién sabía lo que lo aguardaba en la tierra de sus antepasados.

Buscaron refugio en el bosque circundante. En las alturas, la niebla se adueñaba de los árboles. Jim condujo los caballos hacia un claro donde los dejó pastando y se dedicó a montar un campamento, como había hecho tantas veces a lo largo del sendero indio. Clara apenas se sostenía. Las piernas le fallaron cuando quiso desmontar, y tuvo que recibir la ayuda del señor Morris. Tampoco le resultó fácil acomodarse. Había empezado a sangrar, y la vergüenza le impidió confesar a ese hombre que necesitaba intimidad y agua para lavarse. Se arrimó al borde del claro y extendió una manta alejada del fuego. Al rato, Jim regresó con una ardilla ensartada en un espetón. Clara desvió la mirada. A pesar del tiempo transcurrido en su compañía, le costaba aceptar la muerte de las pequeñas bestias.

Pronto, el aroma de la carne asada invadió el refugio. Jim había acarreado agua en una vasija que llevaba en sus alforjas, y comenzó a preparar la cocción de Alfonsito.

—Ya debe empezar a comer —anunció mientras machacaba las hierbas—. Hoy es un buen día.

—¿Tan pronto? —se horrorizó Clara.

—Que no tenga dientes no significa que no pueda masticar. Le traje frutos para amasar una pulpa dulce.

—Señor Morris, ya sé que usted ha salvado la vida de Alfonsito con su brebaje, pero... ¿está seguro de que sabe cómo alimentar a un niño?

La mirada de Jim fue una mezcla de suficiencia y lástima, como si Clara fuese una niña tonta que hacía preguntas insensatas.

—Puede probarla primero, si eso la tranquiliza.

—¡Ya lo creo que lo haré! Y antes, la probará usted mismo.

Ese arrebatado de bravura sorprendió a Jim. La muchacha apenas se mantenía en

pie, pero cuando se trataba de proteger al niño su fuerza renacía como la de las osas con sus crías.

Sonrió al responder:

—Muy bien, pero si morimos juntos, el bebé quedará solo.

Clara sabía que la estaba provocando, y se hallaba demasiado agotada para replicar, así que optó por ignorar la pulla y buscar un rincón donde atender sus necesidades.

Una vertiente pequeña se deslizaba entre las rocas y bajaba al valle para fundirse con el río. Allí se dirigió para lavarse, pero el agua estaba tan helada que se le escapó un gritito al tocarla. Jim acudió de inmediato.

—¿Qué está haciendo? ¿Quiere congelarse? No es necesario que se bañe ahora.

Ella tragó saliva.

—Deseo hacerlo, señor Morris, y es en vano que intente impedírmelo.

—¿Está loca?

—Le ruego que me deje sola.

—Para que cometa locuras.

—Señor Morris, una mujer precisa momentos de intimidad. Entiendo que usted no los necesite, pero yo sí.

Ya está. Lo había dicho. Que él comprendiese el sentido de sus palabras, y si no, que se fuera al demonio. Ya estaba harta de sus órdenes y contraórdenes.

Jim la miró en silencio. Sin duda entendía bien, ya que la hizo a un lado y buscó el cuenco para llenarlo con agua de la vertiente. Lo puso al fuego y controló la temperatura. Después se lo entregó diciendo:

—Vaya y no se demore.

Clara se apresuró a huir con el cuenco lleno y la cara ardiendo. ¡Ni siquiera el secreto más íntimo estaba a salvo con ese hombre! De todos modos, le agradeció la gentileza y pudo disfrutar de la delicia del agua caliente en medio del bosque helado.

Al volver, comprobó que Jim le había acomodado las mantas cerca del fuego y que Alfonsito descansaba en una especie de nido formado por ramas y hojas. Un jarro de estaño repiqueteaba en las brasas. El señor Morris le extendió un trozo de carne asada y un poco de café aguado.

—No se queme —le advirtió, y luego volvió la vista a otro lado, dejándola en paz para comer.

Clara saboreó la carne de ardilla como una loba hambrienta. Recién se daba cuenta de lo poco que comían durante el camino, apenas bayas silvestres y liebres. Aquella carne tampoco era gran cosa, pero comerla a escasos metros de donde por fin descansarían de la marcha forzada le otorgaba un sabor especial. Se chupó los dedos sin remilgos y suspiró, satisfecha.

—Estaba buena —admitió.

Él había amasado la pulpa para el niño y separado un poco para ellos. Clara la olió y descubrió que su aroma era fresco y apetecible.

—¿Qué es? —preguntó, curiosa.

—Uvas del bosque, crecen en los arbustos.

Eran pequeños frutos de color violáceo oscuro, de sabor agridulce. Clara comió de esa jalea con fruición, y consideró que si Alfonsito lograba superar la impresión inicial gozaría de ese alimento que crecía libre en medio del bosque. Una vez más, el niño demostró ser un guerrero de pies a cabeza, ante el orgullo de Jim y su propio alivio. ¿Qué diría Ester si supiese que su hijo estaba siendo alimentado de maneras tan extrañas por un indio?

—Le ha gustado —comentó maravillada.

Jim asintió.

—¿Y a usted?

—Debo confesar que sí, aunque obra en mi favor que hace mucho que no pruebo nada dulce.

Él le dedicó una mirada intensa y Clara decidió que era momento de partir.

—Aún no. Dormiremos aquí —le dijo Jim.

—¿Y su pueblo? ¿No les extrañará que se quede alejado de ellos durante la noche?

—Cuando me vean, me verán —contestó enigmático el hombre, y le ofreció a Clara algo en la palma de su mano.

Eran hojitas de menta silvestre para masticar y limpiarse los dientes. Clara las agradeció con una sonrisa tímida.

—Usted se anticipa a mis deseos, señor Morris.

—Eso quisiera.

La respuesta acobardó a Clara, que se apresuró a refugiarse en ese rincón cálido que Jim había creado para ella. Sabía que él aguardaría a que se durmiera, de modo que no se preocupó al verlo sentado frente al fuego mientras conciliaba el sueño.

Ya las sombras rodeaban el campamento y el familiar canto del búho anunciaba la cacería nocturna. Clara cerró los ojos, por primera vez esperanzada de encontrar un sitio seguro para ella y el niño entre la gente de Jim Morris.

Él esperó hasta escuchar el ronquido y luego arrojó salvia sobre la leña que ardía, para alejar los malos espíritus que podrían enturbiar su llegada. Entonó un canto suave y profundo, a fin de que su visión lo iluminase en la víspera del encuentro con su gente. Hundió las manos en el humo y elevó su rostro hacia la noche. Debía ser capaz de ver en el lado opuesto de la luna para poder profetizar. Las visiones aclaraban el espíritu, era necesario invocarlas en un trance como aquel. Ya fuese por la proximidad de la aldea, o por su propia disposición, la anhelada visión se presentó de inmediato, precedida por el chillido del halcón. Era su caballo, en alas de un viento helado que sacudía sus crines blancas, un fantasmal corcel que corría desbocado. Todo a su alrededor estaba muerto, los árboles, los pastos, los ríos. Su espíritu caballo galopaba en la niebla del tiempo eterno. Jim experimentó un estremecimiento. Aquella visión hablaba de muerte, de soledad y de condena. Faltaba

saber si se refería a él o a otra persona. Tembló al pensar que podía tratarse de Clara. Recién entonces, al invocarla, la imagen del otro caballo, el que había visto en Bellaflor, se unió a la visión anterior. Ambos galopaban, pero en esta oportunidad el segundo corcel aparecía iluminado por un sol que animaba su ímpetu brioso.

Jim entendió que éste era Clara y que, de modo misterioso, el primer caballo debía dejarse alcanzar para poder sobrevivir. La idea lo turbó en medio de su trance y volvió en sí de manera brutal, justo cuando un sollozo hendía la quietud nocturna. Jim no supo si había sido el ruido o su propio sobresalto lo que lo despertó, pero tuvo que tomar tierra abruptamente.

Clara lloraba, un llanto débil y acongojado. Jim acercó su oído a las mantas y pudo entender que ella hablaba en sueños.

—Chispa —musitaba—, perdón...

La despedida de aquellos niños había apenado hondamente a Clara. Jim recordaba la angustia que asomó a los ojos negros de los hermanitos al verla partir. Ellos se habían aferrado a esa joven que los alentaba a progresar y que confiaba en sus capacidades. Con ella habían logrado divertirse como sólo los niños pueden hacerlo, olvidados de su pobreza y su incierto futuro. Clara representaba el papel de una hermana mayor, aunque cargase un bebé a cuestas. Salomón y Chispa habían sido los que más perdían con la ausencia de la novicia. La otra persona que sufrió en silencio fue Duma, y por partida doble, ya que la mulata añoraría a Alfonsito como si se tratase de su propio hijo. De nada sirvió que Clara prometiese mandar a buscarla cuando estuviese establecida en algún lado —sitio que Jim no alcanzaba a imaginar—, pues Duma estaba inconsolable. Lo último que vieron de ella fue su silueta tras la columnata del porche, con el rostro vuelto hacia atrás, en dirección al prado amarillo, para que su retina no guardase la imagen de la caravana que se perdía en la avenida de los castaños.

Así pues, ellos habían dejado un rastro de lágrimas al apartarse de Bellaflor, sumado al llanto que manaba del corazón de Clara y que él comprendía demasiado bien.

Todos tenían un sendero que recorrer, y nadie podía pisar en las huellas ajenas.

Jim empujó a Clara con suavidad para remover esa mala semilla del sueño de su mente. La joven se puso de lado y suspiró. Todavía conservaba las mejillas mojadas cuando empezó a roncar de nuevo. El hombre verificó que el bebé durmiese tranquilo, y recién entonces se propuso conciliar su propio sueño. Quedaban algunas horas antes del amanecer, necesitaba reponer fuerzas para encarar la siguiente etapa de su destino.

El poblado despertaba bajo la fría luz matinal que se filtraba entre los árboles. Tal como se había hecho desde tiempos inmemoriales, las casas eran de troncos y cañas de la ribera entretejidas, paredes con arcilla y techo de cortezas, rodeadas por cercos de palos y zanjas donde giraban sus aspas pequeños molinos. Exiguos rebaños de ovejas pastaban mezclados entre los cerdos que huían del ladrido de los perros,



empecinados en hostigarlos. En el porche de las casitas había cestos y vasijas de reciente hechura, secándose al sol. De cada techo se desprendía un humo sutil que impregnaba el aire húmedo con su aroma de cenizas. Ruidos amortiguados por la niebla emanaban de la escena doméstica: el golpear de un hacha, el llanto de un niño de pecho, alguna carcajada varonil o el chacoleo de los utensilios dentro de los cuencos de comida.

La aldea cherokee amanecía sin saber que ese día sería distinto a los anteriores.

Jim eligió entrar de a pie, conduciendo al appaloosa por la brida y permitiendo a Clara conservar su posición privilegiada a lomos del ruano. El sol bañaba su faz y recortaba sobre las sombras del bosque la altiva figura masculina de andar pausado. Los perros fueron los primeros en avistarlo y acudieron excitados y famélicos, dejando en paz a los cerdos por un rato. Se formó un círculo de canes que intentaban mordisquear los garrones de los caballos y huían a cada coz que recibían de parte de alguno. Clara contemplaba el ruidoso desparramo algo atribulada. Se había despertado con una inquietud en el pecho. A pesar de saber que ése era el pueblo del señor Morris, entendía que su presencia podía ser tomada como intromisión, y que tal vez los cherokee no viesan con buenos ojos que una mujer blanca acompañase al shamán de la tribu. Quizá si se presentaba como misionera... Sabía que los reverendos habían pululado entre los cherokee tiempo atrás, su padre lo decía en el libro. Compuso su mejor semblante al divisar al primero que se percató de su llegada.

Un hombre alto y esbelto, que vestía camisa roja cubierta de abalorios, pantalones de ante y una brillante faja en la cintura, caminó hacia ellos con parsimonia. Su largo cabello sobresalía de un turbante de intrincado nudo. Clara se alivió al ver que una sonrisa surcaba el rostro delgado de extraña belleza.

Ambos hombres se saludaron, y Clara entendió que el cherokee daba la bienvenida a Jim, al tiempo que miraba hacia ella con amable curiosidad.

—¿Una cautiva? —preguntó señalándola.

—Es una religiosa que vino a visitar a su padre.

Jim respondió en inglés, indicando que en adelante hablaría así para que la joven entendiese. Sabía que su hermano podía seguirlo; los cherokee conocían el inglés desde los primeros tiempos de los colonizadores británicos.

—Él es Dos Personas —dijo Jim yendo hacia Clara, mientras le ofrecía ayuda para desmontar.

Al encontrarse de pie junto al indio, Clara comprobó que era más alto incluso que el propio Jim, y que su aspecto refinado se veía reforzado por la pintura con que el hombre circundaba sus ojos, grandes y profundos en el rostro bronceado.

—Encantada de conocerlo —lo saludó, algo amoscada pensando que él no le entendería.

Dos Personas la sorprendió contestando en perfecto inglés.

—Bienvenida. Una amiga de Caballo que Galopa en el Viento tiene un hogar entre nosotros.

—Gracias —sonrió Clara, y adivinó que aquel hombre sería su aliado.

Jim continuó andando, la vista fija hacia adelante, recta la espalda. Clara optó por seguirlo unos pasos atrás, con Alfonsito ya despierto, alzando la cabecita y oteando en todas direcciones. Pronto otros cherokees salieron de sus casas, atónitos al contemplar la inesperada caravana. Había entre ellos varias mujeres jóvenes, alguna que otra anciana, unos cuantos niños, y muchachos que vestían sólo pantalones y correas de cuero cruzando sus torsos lampiños. Un anciano de larga cabellera gris se asomó a la puerta de su vivienda y permaneció de pie junto al fuego. Sin duda, esperando que Jim se acercase.

—Quédese —le ordenó él mientras le entregaba la brida de ambos caballos—. Iré a saludar a mi maestro.

Ella se quedó viendo su espalda, de repente intimidada al perder el sólido apoyo del señor Morris. Dos Personas se mantuvo a su lado, como si comprendiese su súbita debilidad.

A medida que la noticia se esparcía, más indios se aproximaron movidos por la curiosidad y el deseo de saber sobre la extraordinaria aventura del shamán. Ya habrían especulado acerca de su suerte en busca de la cabellera del científico que decapitó a su padre y a su hermano, y quizá algunos pensarían que había muerto en tierras lejanas.

Jim miró en su dirección mientras hablaba con el viejo, y Clara sintió que Dos Personas la empujaba con suavidad.

—Quiere que vaya —le anunció— para presentarla a Muchas Plumas. Él fue quien enseñó a Caballo que Galopa en el Viento todo lo que sabe. Ahora sólo espera cruzar el Gran Río. Es un buen hombre —la tranquilizó mientras la conducía con habilidad entre la columna que se había formado a uno y otro lado del camino.

Clara percibía las miradas como dardos clavadas en la espalda, y los cuchicheos sonaron como cascabeles en sus oídos. La invadió una repentina tristeza. Tampoco allí estaba su lugar, entonces. Y había caminado mucho para llegar, no podría irse de inmediato, ni siquiera sabía cómo hacerlo. En tanto se devanaba la sesera con estos pensamientos, arribaron a la casa del antiguo shamán, un viejecillo más arrugado que una nuez. Podía tener cien años, a juicio de Clara. Su voz era sin embargo firme cuando la saludó en cherokees.

—Dice que es bienvenida a la antigua Ketoowah —le aclaró Jim Morris.

Clara se esforzó por sonreír, pero ya el anciano intentaba ver el rostro de Alfonsito, y al descubrirlo esbozó una sonrisa desdentada.

—El niño le gusta —continuó diciendo Jim—, cree ver en él a un sucesor del hombre medicina.

—Por favor, no volvamos a mentir sobre esto —suplicó Clara—, debemos decir que soy una misionera y que este niño es huérfano. No entenderán lo sucedido.

—Mi maestro no espera que le digamos nada, él interpreta las cosas. Dejémoslo así, Clara.

Ella suspiró, fatigada. De momento, sólo le interesaba encontrar un lugar seco y confortable donde repararse del viaje y atender al bebé. Jim ya lo tenía pensado, pues hizo una seña a Dos Personas, y éste le indicó un rincón donde se levantaba una cabaña pequeña.

—Vamos —la alentó Jim—, dejaremos nuestros bultos y nos instalaremos ahí por ahora.

Clara no objetó que compartieran una vivienda tan mínima los tres, ni que ese acto indujese a confusión a toda la tribu. Estaba demasiado agobiada por su situación como para quejarse, si podía tener un techo y algo de intimidad.

Se hallaban a medio camino, cuando una mujer salió de la espesura y se interpuso. Era hermosa y altiva con su túnica roja, sus pendientes y su pectoral de plata, el espeso cabello suelto en la espalda y unos mocasines blandos adornados con cintas rojas.

—Has venido, por fin —dijo poniendo su mano sobre el pecho de Jim.

Clara intuyó en ese gesto un ademán de posesión.

Luna Azul clavó sus ojos en los del hombre con audacia, sin esperar respuesta de su parte, y recién después se dignó mirar a Clara, aunque la había observado en detalle durante todo su trayecto desde la montaña, aun antes de que los demás se percatasen. Ella, a diferencia de muchos, seguía aguardando al shamán de la tribu, y con más razones que cualquiera. Cada mañana saludaba en la dirección de la que suponía que vendría, invocando para él la protección de los dioses. Que la habían escuchado, por cierto, sólo que trajeron también una indeseada compañía.

—Susana, esta mujer es Claramaría La Rochelle, una religiosa que viene desde Virginia, donde acaba de enterrar a su padre. Clara, he aquí la viuda de mi hermano Nube Roja.

—Lamento lo ocurrido con su esposo, señora —dijo Clara, contrita.

Ambas se miraron a los ojos, con miradas bien distintas. Los negros de Susana horadaban el rostro de Clara, indagando pruebas de su vínculo con su cuñado, en tanto que los celestes de la novicia imploraban un poco de simpatía, sobre todo viniendo de una mujer. Clara anhelaba la compañía femenina, para relajarse y sentirse comprendida.

Luna Azul miró al bebé y de inmediato se volvió hacia Jim, con una pregunta implícita.

—Es un huérfano que hemos recogido en el camino —aclaró él.

A Clara le sorprendió ese reconocimiento de parte de Jim, pero se sintió aliviada al ver que compartía con ella la responsabilidad.

—¿Trajiste lo que fuiste a buscar? —quiso saber la mujer, ignorando las explicaciones sobre Clara.

Jim asintió y la india sonrió con orgullo.

—Bienvenido, entonces. Pasa a refrescarte, luego quiero agasajarte en mi casa. Pequeño Castor estará feliz de verte.

Ninguna invitación hacia ella, ni una mínima cortesía explicando de quién hablaban. La tal Susana era una mujer de pocas palabras y miradas intensas. Clara supo que había hablado en inglés no por deferencia sino para lucirse, demostrando que conocía la lengua de los blancos y que no era inferior a ellos. Así como había percibido en Dos Personas un aliado, descubrió en aquella india una enemiga.

La noche se llenó de cánticos y sonos de tambores. Altos fuegos se encendieron para agasajar al recién llegado shamán, que traía el trofeo requerido por la tribu. Clara permaneció en su nueva casa, cuidando del bebé y descansando en una cama de tientos blandos que le pareció un lujo después de haber dormido en el suelo tanto tiempo. El señor Morris no le había preguntado si deseaba participar de la fiesta, ni tampoco le pidió que lo acompañara a la casa de su cuñada. Él había asistido solo en ambas ocasiones, y Clara se sentía despechada, si bien se repetía una y otra vez que no tenía motivos, puesto que aquel hombre pertenecía a ese mundo y ella a otro bien distinto.

Los festejos incluían danzas y ceremonias que sólo podía atisbar por la ventana y desde lejos, pues la cabaña que ocupaba se hallaba en el límite de la aldea lindante con el bosque, y si no hubiese sido porque le atemorizaba lo que escuchaba, habría salido corriendo de ese sitio que parecía a punto de caerse al río.

—¿Adónde hemos venido a parar, Alfonsito? —gimió.

Mientras el señor Morris navegaba el océano y deambulaba por Virginia, le había parecido sencillo compartir sus días con él, aun después de saberlo indio, pero al palpar de cerca lo que esto significaba, por primera vez sentía la extrañeza de su persona. Se arrodilló sobre la paja del piso y juntó sus manos en oración.

—Padre mío, ampárame en este trance. Vela por mí y por este niño inocente, para que ambos salgamos con bien. Que el señor Morris no cambie demasiado, Señor, haz que sigamos teniendo un sitio en su corazón.

El gran temor de Clara era que, así como lo había descubierto desnudo aquella mañana, ahora pudiese encontrar en Jim el costado salvaje que él había logrado mantener a raya.

Muchas Plumas, el hombre que había conducido las visiones de Jim, el que le había inculcado las formas ceremoniales de la pipa y había reforzado el conocimiento de las hierbas que el joven poseía gracias a su abuela materna, se hallaba sentado en un sitio de honor que el mismo Jim le había reservado. Aquella fiesta no sólo celebraba el regreso del shamán, era también una despedida del antiguo conocedor de los misterios, el anciano que veía menguar sus fuerzas y deshacerse sus memorias al paso de las lunas del último invierno. Caballo que Galopa en el Viento se despedía ahora de su otro padre, el que le había prestado atención y había sabido descubrir en él al hombre medicina. En muchas más ocasiones que Tawato, Muchas Plumas lo había escuchado, templado su ánimo juvenil cuando éste se desbordaba, y vigilado en secreto el ejercicio de sus poderes. Era el hombre junto al que Jim había caminado desde niño, y poseía tanto o más derecho a ser llamado “padre” que el que le había

dado la vida. Por eso, en esa noche especial en que retornaba a los suyos, él había querido decirle cuánto lo amaba y, sobre todo, cuánto le debía y cómo lo respetaba. Anhelaba conversar a solas con él, contarle de sus últimas visiones, discutir acerca de Clara y el hechizo del halcón, pero su pueblo también deseaba escuchar y saber cómo había encontrado al carapálida de rubia cabellera, la que ahora ondeaba sobre una pica para regocijo de todos los que conocían la historia del ataque a la aldea años antes.

El más contento era sin duda Pequeño Castor, al que Jim encontraba más crecido y maduro desde la última vez. Luna Azul había sabido educarlo sin marido que la apuntalara. Bien por ella. Jim se sentía orgulloso de su sobrino. Y el niño lo miraba embelesado, de seguro su madre le habría contado de su viaje y sus motivos, y en su febril imaginación aquella empresa le parecería digna de los dioses. Jim sonrió mientras hacía correr la pipa. Así era el corazón de un niño, espléndido. Como su tío, le tocaba cuidar que ese espíritu se formase recto y valeroso, que las acechanzas del camino de la vida no lo torciesen en ningún sentido. Era su responsabilidad.

—¿Dónde está tu cautiva?

Dos Personas lo miraba con picardía.

—Ella no es mi prisionera, vino conmigo por su voluntad.

Jim omitió decir que “contra su voluntad” también.

—¿La has dejado sola en la *ga-li-tso-de*?

—Clara debe atender al niño.

—¿No te molesta que vaya a hacerle compañía, entonces?

Jim aceptó, impaciente por seguir la ceremonia y atento a Muchas Plumas. El otro se incorporó y dirigió sus pasos hacia la noche, donde la cabañita de Clara emergía bajo la luz fantasmal de la luna.

Wapiti se apartó de la ventana a tiempo de evitar que el *berdache* lo descubriese espiando.

Desde la llegada del shamán, el joven se había mantenido distante, celoso de la atención que Muchas Plumas dispensaba a Jim Morris y deseoso de demostrar que él llegaría a realizar grandes hazañas también. Llevaba catorce inviernos aprendiendo la magia del antiguo hechicero, y en los dos últimos, mientras Caballo que Galopa en el Viento se hallaba lejos, Wapiti se había convertido en la sombra de Muchas Plumas, su único aprendiz. Le enfurecía que ahora todos se volcasen hacia el recién llegado, olvidando que en su ausencia ponían sus esperanzas en el nuevo discípulo. Wapiti se consideraba el único con derecho a visitar el pabellón sagrado de Muchas Plumas, que nunca había tenido nombre inglés ni vestido otras ropas que las de su raza. El joven aprendiz sabía que se criticaba a Jim por haberse mimetizado con el enemigo. Además, estaba aquel asunto de la traición de Tawato, uno de los firmantes del tratado.

¡Ah, si él tuviese ya una pluma de águila o de halcón en su cabeza! Otro sería su prestigio. Sólo el plumaje de las aves que vuelan alto en el cielo otorgaban la

dignidad a un hombre, pues era como alcanzar las nubes mismas. Tanto Muchas Plumas como Jim poseían trofeos así, sobre todo el anciano, que hasta adornaba su casa con ellos. Él había decidido que cuando lograra alguna de éstas cambiaría su nombre, según la costumbre de su gente de poseer tantos como experiencias viviesen. Wapiti, el ciervo, estaba bien para su edad juvenil, pero a medida que se revelase como el nuevo shamán debía elegir un nombre más adecuado.

Se ocultó en el bosque del otro lado del río y atisbó desde allí la llegada de Dos Personas a la casa de Jim Morris. La mujer blanca lo intrigaba. Era delicada y poseía unos ojos increíbles que hechizaron a Wapiti. Su cabello debió de haber sido hermoso. El joven imaginó una escena íntima donde él enroscaba la cabellera rubia en su muñeca y tiraba de ella para acercar el rostro nacarado de la muchacha al suyo. Sonrió con malicia. Esa mujer sería la perdición de Jim, ya que los antiguos rechazaban que un pura sangre se uniese a una blanca. Otra cosa era gozar de su cuerpo como cualquier hombre podía hacerlo, pero instalarla en la casa con un hijo y presentarla a la comunidad, eso acarrearía problemas. Y él tenía mucho que ganar si Caballo que Galopa en el Viento caía en desgracia.

Reconfortada con sus oraciones, Clara se dispuso a dormir y, de paso, dejar de escuchar aquellas letanías que le ponían la piel de gallina. En el fondo de la habitación, contra la pared de argamasa, había tres bonitas camas con respaldo de fresno blanco y mantas tejidas. Se aspiraba un aroma penetrante al acostarse en ellas, debían de tener un relleno de hierbas sobre los tientos. Clara cerró los ojos para serenarse. Si se concentraba en sus pensamientos, podía abstraerse de la fiesta que se celebraba allá afuera.

Un sexto sentido la obligó a incorporarse de súbito, alarmada.

—Hermana —escuchó decir desde la puerta—, perdona si te asusté. Caballo que Galopa en el Viento me dijo que podía visitarte. Estás muy sola en esta casa.

Dos Personas le sonreía bajo el rayo de luna que entraba por la puerta.

—Pasa —concedió Clara, levantándose presurosa—, aún no estoy dormida. Es difícil lograrlo con este ruido. Perdón, quiero decir...

—Ya lo sé. Hay que acostumbrarse a las fiestas indias —bromeó él—, no te culpo si te inquietan. Pero no debes temer, los cherokee somos gente pacífica y nuestras reuniones son amigables.

Clara calló sus dudas, sobre todo conociendo que la cabellera del francés se encontraba clavada en medio de la multitud.

—Es un bello niño.

Dos Personas se inclinaba sobre la cama donde Clara había acostado al bebé.

—Y un santo. Ha recorrido millas sin quejarse.

—Un verdadero guerrero.

—Alfonsito no es de vuestra sangre, no quisiera que hubiese malentendidos.

—Lo sé, hermana, Jim me contó lo sucedido. No ha nacido cherokee, pero su espíritu bien puede serlo de todos modos.

—Entiendo. Hay muchas cosas que ignoro sobre tu gente, aunque mi padre llevaba un libro donde contaba sus días en compañía de los cherokee.

Dos Personas la miró con un brillo especulativo en los ojos sombreados.

—Eso no me lo dijo Jim. Tendrá sus motivos.

—¿Él es tu pariente o algo?

Dos Personas rió con suavidad.

—Hemos compartido la infancia, sí. Junto a Lobo Blanco, ahora muerto. Los años de la niñez unen a los hombres, aunque sus caminos se dividan.

—Estoy de acuerdo —asintió Clara, entusiasmada con la civilizada conversación—. Yo tenía un buen amigo de la infancia que también está muerto. Su partida me ha causado una gran tristeza.

—Él habrá dejado en ti su espíritu, hermana, esa parte no te la quitará nadie.

Clara sonrió en medio de lágrimas que pugnaban por salir.

—Siento que puedo decirte esto, Dos Personas. Lo he perdido todo: a mi padre, mi casa y mis amigos. Estoy sola en el mundo. Este niño que no me pertenece y la compañía del señor Morris es todo cuanto tengo ahora.

—Tienes bastante. Como te dije antes, los espíritus te acompañan.

—Quiero decirte también que soy una religiosa de la Orden de Nazaret, Hermanas de Caridad que recorren el mundo ayudando a los demás. ¿Eso te lo dijo el señor Morris?

—Algo escuché. Te presentaré al reverendo Thomas, entonces. Él es un religioso que suele visitarnos con la esperanza de convertirnos a su fe, aunque sabe que pierde el tiempo en esta comunidad. Somos cherokee tradicionales, no aceptamos costumbres blancas. Que eso no te incomode, hermana, tampoco objetamos que otros las tengan. Eres nuestro huésped.

—¿Por eso vestes así? —indagó de pronto el hombre, mirando el raído hábito de la joven.

—Todavía no estoy ordenada, soy una novicia y éste es mi ropaje. Lástima que está hecho pedazos.

Dos Personas asintió, pensativo.

—Eres muy hermosa, sin importar lo que vistas. Muchas mujeres de aquí te tendrán envidia. Debes ser fuerte, hermana.

Clara recordó la mirada aviesa de Susana.

—Me parece que no le caigo bien a la cuñada del señor Morris.

—Luna Azul es brava y odia a los blancos, que han matado a su esposo. Es comprensible, pero no debes temer, Jim te protegerá de todo.

Un poco inquieta al saber que tenía necesidad de ser protegida, Clara se rodeó la cintura con sus brazos. Anhelaba confiar en ese hombre esbelto que hablaba de manera culta y parecía comprender sus sentimientos. Tratarlo con familiaridad le brotó de modo natural.

—El señor Morris ha sido un adalid para nosotros —comenzó diciendo—, aunque

a veces tengo la impresión de que le molestamos, que hubiera deseado que jamás nos cruzáramos en su camino y hace cosas para demostrarlo.

—¿Como dejarte sola en esta noche?

—Sí. No es que yo quiera inmiscuirme tampoco.

—Él sabe lo que hace, hermana. Tal vez sea mejor que no participes de la primera fiesta para celebrar una victoria sobre los blancos.

—Ah, no lo había pensado así.

—Jim trajo el trofeo de la venganza y todos festejamos que haya logrado la cabellera del hombre que decapitó a nuestro jefe y a su sucesor. Quizá tu presencia esta noche sea un disgusto para mi gente, así como una difícil prueba para ti.

—Visto de ese modo...

—Por otro lado, no descarto que Jim haya querido mantenerte lejos de los hombres.

Clara abrió tamaños ojos.

—¿Lo crees?

—¡Claro que sí! Sería un tonto si no lo hiciera. Muchos guerreros han puesto su mirada en la mujer que tiene ojos de cielo de verano.

La joven experimentó un incómodo consuelo al pensar que el señor Morris podía sentir celos.

—De mí no debe cuidarse —siguió diciendo Dos Personas—, por eso me autorizó a verte.

—¿Él sabe que estás aquí?

—Y espera que te haga compañía. Se sentirá aliviado de que no estés sola. Hay en el corazón de un hombre muchos problemas, hermana, que las mujeres a veces no entienden. Yo puedo ver por ambos, soy privilegiado.

—Eres un buen amigo de Jim —dijo Clara en un arrebato de gratitud—, y espero que seamos amigos también.

—Por supuesto. En mí tienes un aliado y un confidente. Puedo escuchar y entender. Tu espíritu se encuentra huérfano de consuelo, hermana Clara.

Al sentirse nombrada de nuevo como lo hacían en el convento de Buenos Aires, Clara estuvo a punto de soltar el llanto. Aquel indio de extraña apariencia se convertía de pronto en el sostén de su miserable vida, aun más que el señor Morris, que parecía incapaz de condolerse de ella.

—He sido afortunada al encontrarte, Dos Personas. ¿Tienes algún nombre inglés, como el señor Morris?

El berdache negó con la cabeza y una sonrisa iluminó su rostro delgado.

—Los tradicionales no acostumbramos a llamarnos por nombres de blancos, pero la mayoría de los cherokee lo ha hecho a lo largo de nuestra historia, debido a que incorporamos la lengua de los blancos. Esta comunidad se refugió en las montañas para olvidar ese pasado ignominioso y recuperar las raíces. Hemos cortado los lazos con los cherokee del Territorio Indio.



—¡Allí es donde los envió el general Jackson!

—Lo sabes, entonces. Conoces el oscuro secreto de Jim.

—Sé que su padre murió a causa de ese malhadado acuerdo que firmó, muchos años atrás.

—Ha sido duro para él cargar con ese estigma toda su vida, y más aún sufrir la pérdida de sus familiares por la mano de un cherokee. Aunque es Ley de Sangre, duele de todos modos.

Clara se acercó más al indio y lo miró directo a los ojos, de esa manera franca que tanto desconcertaba a Jim.

—¿Y qué podría hacerse para disuadirlo de procurar venganza sobre eso?

Dos Personas admitió para sus adentros que la joven tenía agallas. No sólo había viajado a solas con un hombre capaz de todo, sino que ahora intentaba oponerse a sus designios.

—Si su voz interior ha hablado, eso es casi imposible, hermana.

—Necesito salvarlo, Dos Personas, salvarlo de él mismo. Sé que no será feliz si sigue buscando vengarse. Hoy será esto, mañana otra cosa, y se perderá su alma.

—¿Eso es lo que te anima?

—Y la gratitud por lo que hizo por nosotros.

El berdache ocultó su diversión mirando hacia adentro, donde el fuego agonizaba.

—La fogata debe arder siempre, hermana. Te ayudaré a reavivarla.

Se inclinó sobre la leña amontonada y Clara lo siguió, deseosa de aprender. Las estrellas que asomaban por el agujero del techo titilaron sobre sus cabezas juntas, una dorada, de ébano la otra.

Jim miró hacia donde la luna se perdía en el bosque, y supo que era hora de ocuparse de sus responsabilidades. Clara estaría angustiada pensando en la comida de Alfonsito, y él no iba a desampararla. La fiesta continuaría por muchas horas y él debía, además, purificarse.

Se levantó de su sitio y caminó hacia la ronda que formaban afuera del círculo las mujeres, encargadas de rellenar los cuencos de comida cada vez que los hombres los vaciaban. Habían trabajado duro para que en esa celebración nada faltara. Vio a Hierba del Sauce junto a otras que comentaban los sucesos del día. Ella supo que él se acercaba y bajó los ojos, intimidada. Ese hombre había sentido latir su cuerpo una vez, y ella no lo olvidaba.

—Hierba del Sauce, cerebro verte bien.

—Igual que yo a ti. Bienvenido a tu tierra, Caballo que Galopa en el Viento.

—Espero que por fin pueda quedarme —dijo Jim con cierta acritud—, por ahora estoy contento de encontrarme con mi gente. Habrás visto que vine acompañado.

Hubo murmullos entre las mujeres que hicieron ruborizar a Hierba del Sauce.

—La blanca es una religiosa, me lo dijo mi esposo.

“Corren rápido los chismes”, pensó Jim, molesto, y siguió adelante, pues no quería predisponer a las mujeres en contra de Clara. Era delicada su situación, en

especial por la presencia de Luna Azul. Él no imaginó que su cuñada se apresurara a ir a las montañas luego de su partida, como si hubiese adivinado el circuito que él iba a seguir. Jim alternaba su vida entre la reserva del Territorio Indio al que habían sido exiliados y esos bosques donde un grupo de cherokee se mantuvo al margen del traslado.

—Ella se hizo cargo de un niño abandonado y necesita la ayuda de alguna madre que sepa cómo alimentarlo, es todavía muy pequeño.

Ese pedido enterneció a algunas indias, que de inmediato comentaron posibles recetas para enseñar a la recién llegada. Hierba del Sauce se tragó los celos que no podía evitar, pese a estar ella misma casada.

—La visitaré apenas pueda —arguyó.

—Te pediría que fueses esta misma noche. El niño no ha comido desde la mañana.

Un pedido de Jim era una orden, todas lo sabían, y por otro lado la curiosidad por conocer a Clara las carcomía. Hierba del Sauce asintió.

—Iré apenas llene los cuencos de nuevo.

—Gracias.

—¿Qué se espera que hagamos? —se atrevió a preguntar cuando Jim ya les daba la espalda.

Él se volvió con la severidad pintada en el rostro.

—Ser sus amigas. Una mujer sola, en una tierra hostil y con gente que no es de su raza, sin duda debe sufrir. No quiero que Claramaría padezca lo mismo que nosotros hemos padecido en tierras de blancos. Aunque es una de ellos, su padre ayudó a los cherokee durante el camino donde lloramos, y eso es lo único que vale para mí.

Si Jim quería impactar con sus palabras, lo logró de manera rotunda. Las mujeres callaron, impresionadas por esa parte del pasado de la “ojos blancos” que no hubieran imaginado jamás.

—Ella será mi amiga —dijo Hierba del Sauce en voz alta, y en su pecho se disolvió el nudo de rabia que le había producido ver a esa hermosa joven junto al hombre que nunca dejó de amar.

Clara entendió que el señor Morris no llegaría cuando, pasada la medianoche, los cánticos y las danzas continuaron de manera frenética. Había oído hablar de fiestas indias que duraban días, y se preparó para lo peor. Aunque la compañía de Dos Personas fue de mucha ayuda y se sintió más relajada, estaba Alfonsito de por medio y ella no tenía adónde dirigirse para buscar leche o esos frutos que Jim había cortado para el niño. Por el momento, el bebé jugaba con su piececito, distraído por las letanías que llegaban hasta ellos amortiguadas por la distancia. Al posar la mirada sobre sus escasos bultos, recordó el libro de su padre. Aunque reacia a volver sobre el testimonio del hombre que de manera brutal descendió del pedestal que su confianza le había construido, decidió no obstante echarle otro vistazo. Volvió al sitio de las páginas arrancadas por Jim Morris. Le intrigaba saber qué decían esos párrafos que

tanto lo habían conmocionado y que él jamás le había devuelto como ella le exigió. Era irónico que tuviese que enterarse de la vida del señor Morris a través de su padre, justo cuando acababa de desilusionarse de él.

Comenzó a leer, aprovechando el último reflejo de luna. La letra de Ambrose lucía pequeña y desapareja en las líneas que seguían a continuación.

*Diciembre de 1838*

*Pobre Rosemary... Ha sonreído al ver a su hijo, con las pocas fuerzas que le quedaron después de un parto trabajoso. Todavía tuvo que caminar durante horas hasta llegar al Mississippi, porque esta caravana de miseria no se detiene. Quince millas por día, con nieve o sol, salud o enfermedad. Tawato ha llevado a su esposa en brazos más de una vez. El niño es hermoso y saludable. Una estrella cayó del cielo en el momento en que asomó su cabecita, y su abuela dijo que sería un líder entre los hombres y que ella se encargaría de contarle la historia de los cherokee para que los condujese a la dignidad de nuevo. No sé si desvaría o sólo quiere zaherir al pobre yerno, que bastante tiene con lo suyo para recibir además las indirectas de la vieja. Grandes bloques de hielo flotan en el río. Tendremos que hacer campamento hasta que los vapores puedan navegar con libertad. Me alegra, ya que Rosemary necesita reponer fuerzas. No me gusta esa tos que tiene y que le ha pintado sombras bajo los ojos. Demasiado he visto como para ignorar lo que puede ser: coqueluche. Sólo reposo y buena alimentación puedo recomendar, ambas cosas difíciles de lograr aquí. Y sospecho que tampoco las hallará en el sitio de polvo y piedra al que los conducen, tierra yerma donde las otras tribus verán con malos ojos a los recién llegados en busca del nuevo hogar. El muchachito se ha vuelto pendenciero, roba a los guardias y trueca el botín por las pocas cosas que los otros niños puedan ofrecer. Los cherokee son indulgentes con sus hijos, esperan que los buenos ejemplos y la madurez obren en ellos como maestros. Mucho me temo que no será el caso de estos pequeños que irán trasplantados a una tierra amenazada.*

Clara dejó el cuaderno sobre la falda y pensó con tristeza en Salomón y Chispa. ¿Qué sería de ellos ahora? Por más que el notario amigo de su padre velase por la plantación, nadie se ocuparía de los pequeños salvo sus padres, que pasaban el día trabajando y acabarían demasiado agotados como para entretenerlos o enseñarles el rudimento de las letras. La suerte de toda aquella gente le pesaba en el alma, al igual que la de Alfonsito. Se había convertido sin querer en un ángel guardián, pero ya no contaba con el respaldo del convento para hacer sus milagros.

Las indias entraron a la cabaña en silencio y contemplaron a la mujer que leía a la luz de la luna. Parecía una niña. Sus manos eran blancas y su cutis resplandecía como polvo de estrellas. Al ver sus ojos, algunas murmuraron extasiadas, y ese leve sonido alertó a Clara.

—¿Quiénes son ustedes? —se alarmó.

Desde su rincón, sólo distinguía un montón de personas en la oscuridad.

—Hemos venido a enseñarte, mujer blanca. Nos manda Caballo que Galopa en el Viento.

¡Jim! Él no la visitaba, pero enviaba a sus lugartenientes.

—Adelante —dijo Clara, mientras cerraba el cuaderno y se alisaba la túnica manchada.

Las mujeres se apiñaron a su alrededor, observándola sin tapujos. Eran jóvenes y agraciadas aunque ninguna poseía la belleza de Susana. Y, por cierto, ella no estaba.

—Tu niño necesita comer —dijo la que había hablado primero—. Te traemos algo para darle.

—Alfonsito no es mi hijo, aunque lo cuido como si lo fuese. Creo que tiene hambre, pero se niega a reconocerlo.

La sonrisa de Clara allanó los resquemores y las mujeres sonrieron también, inclinadas sobre el bebé que se mordía el puño con ferocidad. Hierba del Sauce depositó sobre la cama el cesto que llevaba y se dispuso a avivar el fuego. Las otras siguieron su ejemplo y encendieron antorchas que clavaron en la entrada de la casa, para iluminar el camino y los alrededores. Pronto la vivienda se colmó de voces y de enseres domésticos que las indias ubicaron según su criterio: vasijas, cestos, utensilios, mantas y gavillas de leña. Clara agradecía los regalos con palabras que las mujeres recibían haciendo gestos y riendo. No todas hablaban inglés, observó la novicia, y a las más tímidas las obsequió con sonrisas. Cuando terminaron de acomodar todo, Hierba del Sauce se dirigió al bebé y con los ojos pidió permiso para alzarlo. Clara lo levantó presurosa y se lo colocó en los brazos. La india acunó al niño que creía hijo de Jim Morris pese a todo, y con diligencia lo puso boca abajo para palmearle la espalda.

—Tiene vientos que soltar —fue la explicación, y ante los ruidos de Alfonsito hubo nuevas risas.

Otra india sacó un biberón del cesto, mientras Clara la contemplaba con ansiedad, temerosa de ofenderla preguntando qué contenía.

—Esta leche —dijo Hierba del Sauce respondiendo a su inquietud— es de nuestras vacas, pero si lo deseas, hay una madre primeriza que tiene mucha leche para ofrecer. Ella puede alimentar a este niño si tus pechos están secos todavía.

—No... —empezó a decir Clara, antes de que otro visitante las interrumpiera.

—¿Está mi tío aquí? —dijo una voz juvenil, y todas se volvieron hacia el muchachito que había irrumpido con jactancia.

Era un niño fibroso y de mirada altiva. Vestía como los guerreros: pantalones de ante, carcaj con flechas y un cinturón del que pendía un morral. Llevaba el cabello rapado en la frente y una vincha.

—¿Buscas a Jim? —indagó Clara, segura de que aquel pequeño llevaba la sangre del señor Morris. Se le parecía en el gesto y en la mirada.

El niño alzó la barbilla con desdén.

—No hablo con mujeres blancas —dijo, y un murmullo de desaprobación brotó como una sola voz del enjambre de indias visitantes.

—Pequeño Castor —objetó con prudencia Hierba del Sauce—, haces mal en responder así a la invitada de tu tío. Él no lo aprobaría.

El diálogo se había desarrollado en lengua cherokee, de modo que Clara no supo qué decían, aunque la expresión del muchachito hablaba por sí misma. De manera intuitiva y a pesar de la oscuridad, adivinó que era hijo de la cuñada de Jim. Su sobrino.

—Dile que el señor Morris no se encuentra, y que con gusto le diré que él ha venido —sugirió Clara a la india que aún cargaba a Alfonsito.

Hierba del Sauce asintió y transmitió el mensaje a Pequeño Castor, que sin decir nada más les dio la espalda y salió de la cabaña.

Verse rechazada por la única familia que le quedaba a Jim era doloroso para la novicia, sin embargo no lo demostró ante las demás mujeres, tan atentas con ella, para evitar abochornarlas. Ya vería más adelante cómo congraciarse con el pequeño sobrino. Esa primera noche en el poblado cherokee estaba llena de incógnitas y asperezas.

Entre las sombras, Wapiti observaba los movimientos en torno a la cabaña de la blanca. Las mujeres habían tomado partido, y eso no convenía a sus intereses. Aunque los hombres tuviesen prioridad en el Consejo, a ciertas mujeres se las consideraba y hasta poseían voz. Él debía procurar que las más sabias se mantuviesen alejadas de la mujer de su rival. Y así, cuando llegase la hora de disputarle el rango, ella se convertiría en su principal debilidad.



## CAPÍTULO 14

Muchas Plumas cruzó el Gran Río durante los festejos.

Mientras la luna se hundía en el bosque, y bajo el manto titilante de las estrellas, el anciano bebió el último sorbo de vida y se durmió como un niño, con el rostro blando y sin recuerdos. Jim lo encontró al volver del arroyo. Vio su cuerpo flácido entre las ropas y supo que ya no echaría sombra en el día que se avecinaba. Se arrodilló a su lado y entonó un cántico agudo y prolongado que acalló el bullicio de la fiesta.

Las mujeres salieron de prisa de la cabaña y Clara entre ellas, asustada al ver los rostros acongojados. Si algo malo sucedía, si Jim se veía involucrado en algún suceso nefasto, ella y Alfonsito quedarían a merced de esa gente recelosa que aún no se había formado opinión sobre su presencia en el poblado.

—¿Qué pasó? —exclamó sin dirigirse a nadie en especial.

—Alguien ha muerto —contestó Hierba del Sauce con extraña serenidad.

La india era mayor que Clara, sin embargo su redondeado rostro le daba un aspecto juvenil.

—Ha muerto el maestro —dijo entonces otra india, que al distinguir los sonos del cántico supo que provenían del shamán.

A Clara casi se le detiene el corazón, hasta que escuchó decir a Hierba del Sauce:

—Caballo que Galopa en el Viento es ahora nuestro único hombre medicina, el que enseñará a los otros.

La rotundidad de la afirmación provocó resquemor en el pecho de la joven. Ella sólo sabía a medias el papel de Jim entre su gente, sin embargo, a lo largo de la travesía pudo entrever sombras que acechaban en el corazón del hombre. El señor Morris se ocupaba de todos como si estuviese por encima de las necesidades humanas, pero Clara, que había conocido a fondo esas miserias en los asilos y hospitales, podía leer las señales del dolor agazapado. Había hecho bien en seguir a Jim. Aunque ella no hubiese decidido dar la espalda a Bellaflor después de la tremenda verdad que le saltó al rostro, aun cuando le resultase imposible retomar la vida de antes, de todos modos habría hecho lo mismo, pues ése era el camino que Dios había marcado para ella.

Jim no aceptó la ayuda de las mujeres para lavar y envolver el cuerpo de su maestro, necesitaba la soledad para despedirse y asegurarle que se reunirían en la otra orilla cuando fuese tiempo. Pintó de rojo la frente de Muchas Plumas, untó su propio torso con aceite de castor y luego quemó hojas de menta, la hierba eterna, para purificar en ese humo aromático el manto que haría de mortaja. Una procesión lo acompañó hacia el sitio donde moraría el espíritu del anciano hasta el vuelo final. Clara iba a la zaga de la comitiva, con Alfonsito apretado entre los brazos, rogando por que el niño no perturbase con su llanto el solemne silencio, sólo quebrado por el

roce de los mocasines sobre la hierba. Dos Personas, que había caminado cerca de ella durante un buen rato, ahora se adelantaba para demostrar a su amigo de la infancia que compartía su dolor.

En cuanto a Jim, nunca sospechó que la partida del maestro lo desgarrase de tal forma. Habían quedado cosas por decir, verdades sin revelar, y le parecía una burla del destino que él hubiese llegado a su pueblo justo en la víspera de la muerte de su otro padre. ¿Qué podía significar eso? Se hallaba demasiado conmovido para poder descifrarlo.

Las plañideras rodearon el túmulo y se apoderaron por fin de su papel junto al difunto. Wapiti avanzó cuatro, seis, doce pasos hasta ocupar el lugar que a su juicio merecía, al lado del hombre que lo había formado. No se atrevió a acercarse mientras Jim estuvo allí, pero ahora que el shamán se alejaba para sus ejercicios espirituales él podía recuperar el espacio perdido.

Clara contemplaba ese despliegue sin saber qué hacer. Las mujeres se arrancaban los cabellos llorando, costumbre que no le sorprendió, ya que el plañir era conocido, si bien se revestía de distintas formas en cada lugar. Los hombres llevaban el rostro pintado y los niños, nerviosos ante el súbito final de la gran fiesta, lloraban demandando la atención de sus madres. Éstas los acallaban con susurros, para no añadir sus propios gritos al barullo. “Una sabia medida”, pensó Clara. Alfonsito se sacudía entre sus brazos, molesto por verse arrancado de la tibia cama justo cuando estaba a punto de dormirse, saciado por la leche. ¿Dónde estaba Jim? Había desaparecido de pronto. Ella era la única extranjera en ese grupo, y se sentía incómoda por no saber cómo actuar. Un puñado de jóvenes se acercó al túmulo y expresó su dolor con grandes ayes que más bien parecían gritos de guerra. Las mujeres redoblaron su llanto, y Clara entendió que ella debía manifestar de alguna forma el pesar que sentía ante tanta desgracia. Muchas Plumas apenas la conoció el día anterior, pero había dedicado una sonrisa a Alfonso y se había interesado por su salud. Además, Hierba del Sauce era una buena amiga que acudió a prestarle servicio rodeada de sus congéneres. Clara tenía que demostrar que a ella también le afectaba la pérdida del maestro del señor Morris. Se dio la vuelta y colocó al bebé en brazos de la sorprendida Hierba del Sauce, luego se adelantó hacia la primera fila de dolientes, se persignó y juntó las manos en una oración silenciosa. Al terminar, avanzó y solicitó de Dios una bendición para esa alma que partía hacia la morada eterna. Un murmullo agrio brotó de los presentes, la solemne despedida se quebró y dos guerreros se plantaron entre ella y la tumba.

—No queremos túnicas negras —dijo uno con voz amenazadora.

El otro hizo un gesto violento hacia Clara con su arco vacío. Dos Personas apareció de inmediato y se colocó ante ella, ofreciendo el pecho como blanco a los ataques.

—La mujer blanca vino con nuestro hermano —les dijo en cherokee, aunque Clara entendió la palabra “hermano” que él solía pronunciar a menudo.

—No la necesitamos, nuestros muertos pueden cruzar el río sin su ayuda.

—Así es, pero ella no lo sabe, y sólo quiere demostrar simpatía por nuestro dolor. ¿Hemos de ser descorteses cuando alguien se muestra amable? ¿Es ésa nuestra manera de ser?

Los guerreros parecieron reflexionar un momento y retrocedieron, con visible descontento.

El lamento de las mujeres había cesado, y pudo escucharse el rumor del río entre la foresta.

—Lo siento, hermana, estos hombres rechazan cualquier gesto de los blancos, porque nuestro pueblo ha decidido mantenerse al margen de vuestra civilización. Por haberla seguido es que perdimos todo, y aquí nadie lo olvida. Mejor nos hubiera valido, dicen, luchar con uñas y dientes como el oso, porque al final de cuentas al rendirnos ante la tentación de ser como los blancos, no fuimos ni lo uno ni lo otro. Entiendes eso, ¿verdad?

Clara, que se había quedado paralizada al verse enfrentada de esa manera, se sintió respaldada por aquel buen amigo y no quiso demostrar su temor.

—Lo entiendo, pero de nada sirve guardar rencor. Mi padre murió a manos de un cherokee borracho, y yo podría odiar a tu pueblo, Dos Personas, mas ¿qué gano con ello?

El berdache la contempló con renovada admiración. Aquella mujer de cabello corto y ojos de cielo era una especie de duende que acompañaba al shamán por extraño designio, sin duda. Se volvió hacia los guerreros y explicó en su lengua lo que ella acababa de referirle. Los ojos de los hombres la miraron con suspicacia. ¿Era la mujer un enviado de la venganza? ¿Por qué Caballo que Galopa en el Viento la había llevado hasta allí? ¿Acaso él no podía vislumbrar sus propósitos? Aún sin convencerse del todo, se hicieron a un lado demostrando que Clara podía hacer lo que quisiera sin temer nada de parte de ellos.

Al menos en ese momento.

Luna Azul había visto lo sucedido desde su sitio entre las mujeres. Ella poseía la ventaja de estar emparentada con el único miembro de la familia que podía reclamar su rol de jefe si el Consejo lo aprobaba. Jim era el shamán y eso era indiscutible, pero si aceptaba postularse como conductor del clan, su situación sería debatida, y si al fin lo lograba, ella podía convertirse de nuevo en esposa de un principal. La presencia de Clara, aun sabiendo que era una religiosa, constituía un escollo que debía salvar lo antes posible. Cómo hacerlo, era la cuestión. Conocía a su cuñado, sabía que él jamás permitiría un desaire y mucho menos un ataque a una mujer que estuviese bajo su protección. Lo que debía lograr Luna Azul era que Clara cometiese errores, muchos errores, a fin de que Jim quisiese deshacerse de ella y optara por darla a algún hombre del grupo, o mejor aún, de otro grupo, para que viviese siempre lejos del clan del Lobo.

Clara retornó a su cabaña, decidida a impedir que ese encontronazo hiciese mella



en su espíritu. Debía recordar que estaba allí para apoyar al señor Morris y salvar su alma. Él había sido bueno y atento con ellos, y no podía olvidarlo. Por otro lado, pese a los males ocurridos, estaba viva y era responsable de Alfonsito. Sólo eso bastaba para mantenerla en pie. El ánimo siempre dispuesto de Clara no precisaba más.

—Mañana será otro día —murmuró, mientras acomodaba al niño junto a ella en el camastro elegido para pasar la noche.

Al igual que Muchas Plumas, el sueño acudió a Clara con la suavidad propia de la infancia.

Todavía se oían los cánticos de duelo cuando su ronquido se unió a ellos.

En el lado opuesto a las montañas, una línea de luz se dibujó anunciando el alba, y la niebla cubrió la tumba del anciano brujo. Presa de un sueño profundo, la joven no escuchó los pasos de Jim cuando entró a la casa, ni pudo ver su rostro pintado ni su torso desnudo mientras se inclinaba sobre ella. Tampoco supo de la decisión que esculpía sus rasgos fuertes. Caballo que Galopa en el Viento había pasado a ser Enlazador de Mundos.

Le había costado encontrar la visión. Por momentos se volvía esquiva, quizá debido a los sentimientos que le provocaba la muerte del maestro: rabia y frustración. O tal vez porque la dulzura de Colibrí Dorado ya estaba minando su fortaleza. Por fin, cuando su espíritu se aquietó y pudo flotar en un trance inducido por los hierbajos de la pipa, el camino se abrió ante el ojo de su mente con claridad.

Él debía seguir siendo el shamán, y que otro tomase el puesto de jefe.

Como heredero directo de Tawato, un hombre tan controvertido, era impropio que ambicionase el rol de conductor de su pueblo. Por otro lado, el hechizo del halcón no le estaba diciendo que se uniese a la mujer blanca, sino que aceptase la novedad de ayudarla a pesar de ser la enemiga de su gente. Así debía interpretar las cosas que venían sucediendo, y no confundirse con falsas imágenes. Los caballos blancos galopaban juntos porque el destino de Clara y el suyo estaban tejidos desde antes de que ellos nacieran, y una vez que él hubiese cumplido con el designio de ponerla a salvo cesarían los chillidos perturbadores que lo habían acechado desde su partida de Buenos Aires.

El velo de serenidad que lo envolvió una vez que tomó su decisión no se alteró cuando encontró a Clara durmiendo junto al niño, pese a que hubo en su pecho un molesto cosquilleo al escuchar su ronquido y oler el aroma a pétalo de rosa que emanaba de su piel. Cerró sus sentidos y apretó los dientes, para afirmarse en su papel definitivo. Ella podía ser religiosa si lo deseaba, del mismo modo que él había decidido seguir siendo shamán y permanecer entre los cherokee de las Humeantes. Jamás regresaría al Territorio Indio donde su padre y su hermano perdieron la vida. Una vez que lograra completar su venganza descubriendo al traidor que señaló a Tawato, podría retirarse como lo hacían los hombres medicina y vivir en un rincón del bosque donde la soledad le permitiese comulgar con los espíritus de la tierra y el cielo. Allí podrían ir a buscarlo cuando lo necesitasen.

Jim se tendió en la cama más alejada de Clara y respiró profundo para compenetrarse de su recién aceptado rol. Era bueno lo que había hecho, pues coincidía con los presagios de su abuela. Ya desde su niñez, aquella mujer que tanto había influido en su vida veía en él la predestinación que acompañaba a los hechiceros. Un hombre hacía lo que se esperaba que hiciera. El sueño fue adueñándose de él y lo meció entre sensaciones de placidez y leves sobresaltos. Y aunque por momentos alcanzó niveles de desbordante armonía, no pudo evitar escuchar el chillido del halcón taladrando su espíritu.



## CAPÍTULO 15

Los días en la aldea transcurrieron en una apacible convivencia. Ningún guerrero se atrevió a confrontar a Clara, ya fuese por la presencia de Dos Personas que se mantenía cerca, o por temor a Jim, que esperaba la próxima reunión del Consejo para anunciar su papel de hombre medicina. Los brujos retenían allí el poder que las generaciones de cherokee colonizados les habían quitado.

El berdache se convirtió en una compañía imprescindible para Clara. El hombre poseía una sensibilidad asombrosa que le permitía captar sus estados de ánimo, y siempre tenía la palabra justa a flor de labios.

Un día, en uno de los raros momentos que Jim compartía con ella y Alfonsito, pues desde la muerte de Muchas Plumas se había encerrado en sí mismo, Clara le comentó esa facultad extraordinaria de Dos Personas. Se encontraban recogiendo los frutos dulces que el niño devoraba con avidez, y mientras se inclinaba para arrancar los más maduros, la joven deslizó ese comentario con inocencia.

—Es como si tuviera una amiga íntima —dijo— a la que puedo contar cualquier cosa. Me sorprende que un hombre sea capaz de entenderme tanto cuando mi propio padre no supo hacerlo.

Jim, que se hallaba apoyado sobre un árbol masticando un ramito de hinojo, contestó como al descuido.

—Eso es porque Dos Personas es también mujer.

Clara creyó que bromeaba y lo miró con picardía.

—Señor Morris, si no fuera porque es tan esquivo, diría que le molesta que le cuente a su amigo cosas que no le digo a usted.

El hombre se apartó del árbol y se inclinó para arrancar un manojito de frutos que a Clara le costaba desprender del arbusto.

—No me molesta, al contrario. Me alegra que él haya acudido a usted, Clara. Será su mejor amiga.

—¿Amiga? ¿Qué quiere decir, señor Morris?

—Dos Personas es un berdache, un hombre-mujer. En él moran dos espíritus a la vez. Podría casarse con un hombre si quisiera, y nadie se burlaría de que realizara tareas femeninas.

Clara estaba atónita. El canasto casi se le cae de las manos.

—¿Y él... es feliz así? —atinó a decir.

—¿Por qué no? Así es como nació, y por eso adquirió su nombre —y Jim miró a Clara con severidad—. Espero que esta información no modifique su actitud hacia mi amigo.

—¡Claro que no! —se ofendió ella—. ¿Por quién me toma, señor Morris? Sólo estoy sorprendida, porque en mi mundo... quiero decir, entre mis compatriotas, un hombre así...

—Sería burlado y maltratado, ¿verdad?

—Supongo —admitió ella con tristeza.

De sólo pensar que alguien tan amable y sensible como Dos Personas pudiese sufrir vejaciones se le partía el corazón.

—Es una suerte que él haya nacido entre los cherokee —concluyó Jim.

—Así lo creo también. ¿Por qué no me lo habrá dicho en todo este tiempo?

—¿Por qué habría de hacerlo? Es su condición natural, como la suya es ser mujer blanca.

A Clara le pareció razonable.

—¿Hay alguna otra cosa que deba saber sobre su pueblo, señor Morris?

—Tal vez sea bueno que sepa que un cherokee no perdona la mentira.

—¡Yo misma aclaré mi situación con Alfonsito!

Jim se llenó la boca con un puñado de frutos y una gota violácea surcó sus labios cuando quiso responder. Clara se quedó prendada de ese detalle y no captó la mirada intensa que él le dirigía.

—Usted está fuera de toda sospecha, Santa Clara. No olvidemos que está consagrada a los altares —dijo, cuando hubo tragado su bocado.

La joven percibió la ironía y no respondió. Era inevitable en el último tiempo que las conversaciones con Jim terminasen con algún comentario árido de su parte. Él parecía empeñado en formar una imagen desagradable de sí mismo.

—Bien —alegó Clara con ligereza—, tengo aquí más frutos de los que puede comer Alfonsito en una semana. Creo que aceptaré el consejo de Hierba del Sauce y haré dulce. Gracias por su compañía, señor Morris. Ya sé dónde queda el camino hacia las uvas silvestres.

Se marchó contoneándose con el cesto en un brazo. Esos harapos que vestía estaban a punto de desprenderse del cuerpo, de tan gastados. Era hora de que Hierba del Sauce le proporcionara ropas a Clara. Él no quería entrometerse, pero si la mujer no lo hacía en breve, tendría que recordárselo. También debería hablar con Luna Azul. Se había enterado de que Pequeño Castor fue grosero con la joven, y decidió ponerlo en su lugar. La educación del niño estaba a su cargo ahora, aunque él no fuese el jefe del clan, ya que su cuñada no tenía hermanos que pudieran ocupar ese puesto. Él era su único tío, y eso bastaba.

Los días previos a la reunión del Consejo fueron de gran alboroto. Se esperaba que vinieran de los clanes vecinos, y las mujeres se afanaron en preparar comida para una multitud. Clara se sorprendía de la capacidad de trabajo de las indias: ellas solas tejían cestos, moldeaban vasijas, reparaban la techumbre, cuidaban a los niños, lavaban ropa, fabricaban mocasines, cocinaban y hasta curtían el cuero de los venados que sus esposos traían de las partidas de caza. Jamás se quejaban de la faena, al contrario, solían cantar mientras la hacían, reír entre ellas y gastarse bromas. Clara se sintió avergonzada de lo poco que sabía hacer. Como la cocina y las labores nunca habían sido su fuerte, en el convento se dedicó a su papel de samaritana casi con

exclusividad. Allí en la aldea, donde casi nadie se enfermaba, ese rol parecía innecesario. ¿Por qué, entonces, tendrían un shamán como el señor Morris? Sin duda habría otro tipo de enfermedades, del espíritu, que sólo personas como él sabrían extirpar. Así se decía mientras acompañaba a Hierba del Sauce hasta el arroyo para llenar las vasijas de agua fresca donde cocinar el guiso. Ya habían pelado las papas y quitado las barbas al maíz, puesto en remojo los porotos y picado los pimientos. Clara tenía los dedos amoratados de tanto usar el mortero.

—Después ven a mi casa, que te daré ropas nuevas —dijo de pronto Hierba del Sauce.

Clara se sobresaltó.

—Oh, no, no es necesario. Te lo agradezco, pero éstas son las ropas que debo usar, según mi condición. Una novicia no debe vestir otra cosa.

Hierba del Sauce movió la cabeza con determinación.

—Caballo que Galopa en el Viento piensa distinto. A él le parece que en esta celebración no puedes vestir andrajos.

Clara casi se atraganta al responder:

—¡Pero es que ese hombre tiene que intervenir en todo!

La expresión azorada de la india le indicó que se había extralimitado, y se apuró a disculparse.

—Lo que sucede, Hierba del Sauce, es que va contra mis principios lucir ropas vistosas, los votos de humildad y de austeridad me lo impiden.

—No sé qué querrá decir eso, pero las palabras del shamán no se discuten, y él piensa que no es adecuado que estés así, tan pobre, como si nosotros no te mantuviéramos bien. ¿Qué dirán nuestros visitantes cuando te vean? Que nadie del clan del Lobo ha sabido brindarte hospitalidad. Sería una vergüenza para todos.

Lo último que Clara quería era provocar una disputa o causar algún mal a la tribu, de modo que reprimió sus protestas. Ya le diría al señor Morris lo que pensaba, y le explicaría por qué no podía aceptar. Quizá si alguna de aquellas amables mujeres la ayudase podría remendar la túnica y ya no parecería tan lamentable.

Se dirigió a la casa donde había visto entrar a Jim, una cabaña con techo de cortezas que lucía hermosas vasijas en su porche, bajo un alero de caña fragante. Aunque la puerta estaba abierta, aguardó con prudencia a que alguien desde el interior la viese y la invitase a entrar. Ella no solía vagar por el campamento; Dos Personas le había aconsejado que no lo hiciera, pues no todos los del grupo estaban contentos con su presencia, pero al saber que Jim se encontraba cerca no dudó de que sería bien recibida. El silencio del interior le hizo pensar que debía anunciarse de algún modo, y avanzó unos pasos para darse a conocer.

Lo que vio la paralizó en el umbral.

Jim se encontraba de espaldas, vestido con pantalones y descalzo, como si acabara de levantarse. Sobre su torso desnudo cruzaba, en bandolera, el morral que ella conocía. El cabello suelto rozaba sus omóplatos y sus manos, esas manos fuertes

que la habían cuidado durante su convalecencia en Bellaflor, que habían acunado a Alfonsito y arrancado de las entrañas de Clara un anhelo que ella no hubiese creído posible, se hallaban posadas en la cintura de su cuñada. La mujer también lucía como si acabara de salir del lecho. La túnica resbalaba de un hombro en sensual abandono, y el rostro, alzado hacia el del hombre, poseía la blandura de la entrega. A Clara le vino a la mente la expresión de Ester cuando le dijo que era incapaz de renunciar al padre de su hijo. El fatalismo de una mujer enamorada.

El impacto fue tan grande que la joven no pudo huir a tiempo y Luna Azul descubrió su atribulada presencia en el umbral. Una sonrisa de suficiencia iluminó su cara de rasgos perfectos.

—Adelante —dijo con voz aterciopelada—. Mi casa es tu casa.

Jim se volvió con lentitud, quizá alertado por el cambio en los ojos de su cuñada, y miró a Clara con la dureza del pedernal. Ella se sintió fuera de lugar en esa escena íntima e inesperada, y el deseo de llorar se agolpó en su garganta. ¡Ahora comprendía la actitud hostil de ese hombre desde que llegaron a la aldea! Había entre él y su cuñada un compromiso. ¡Qué tonta al suponer que el señor Morris podía vivir sin mujer! Eso jamás sería posible en la condición masculina. ¿Y por qué le importaba, después de todo? Ella tampoco buscaba hombre, y si aceptaba la compañía de Jim era por otros motivos, relacionados con su misión salvadora de almas y confortadora de cuerpos.

—Clara.

La voz de Jim sonó ahogada en los oídos de ella, que se encogió con timidez.

—Perdón —susurró—, quería verlo por... un tema de vestimenta.

Luna Azul se adueñó de la situación de inmediato. Podía captar la incomodidad de su cuñado tanto como el bochorno de aquella estúpida, y sacó provecho de ambos.

—¿Necesitas ropa nueva? Puedes elegir entre las mías. Ven, te las mostraré. Quizá deba prestarte un cinto para recoger la falda, pues te quedará larga.

En efecto, Luna Azul era una mujer alta y esbelta, que llevaba sus túnicas con el porte de una reina. Caminó hacia Clara, y antes de que ella pudiera negarse o explicar los motivos por los que no debía cambiar su hábito, la cuñada de Jim la llevó hacia otro rincón de la casa. Abrió un baúl y extendió ante la joven una hermosa túnica amarilla ribeteada de rojo.

—Lo siento, pero no debo usar ropas profanas —se disculpó Clara, conturbada.

La personalidad de Luna Azul la intimidaba, había en la mirada de la india un brillo especulativo que le hacía daño, como si aquella mujer fingiese un rol en su presencia, y Clara se sentía incapaz de hacer frente a esa energía poderosa.

Jim acudió en su ayuda.

—Vístase para la celebración de los días del Consejo y después, si quiere, vuelva a sus trapos. No es bueno que cause lástima a los vecinos de la comarca.

Si quería hacerla sentir mejor, no lo logró en absoluto. Clara estuvo a punto de romper en llanto. Tragó sus lágrimas y tomó el vestido que la cuñada le ofrecía con

su sonrisa imperturbable.

—Te quedará precioso —le dijo ella mientras se lo ponía sobre el pecho para evaluar su efecto.

Jim hubiera preferido un atuendo menos llamativo, y por eso había recurrido a Hierba del Sauce, que vestía de manera más discreta, pero no podía ofender a Susana argumentando eso, de modo que calló y permitió que su cuñada decidiese qué ropas vestiría Clara en los próximos días.

—Haremos algunos cambios y resultará más adecuado —terminó diciendo Luna Azul, y volvió a guardar el vestido en el baúl—. Yo se lo llevaré cuando llegue el día, no te preocupes, lucirá hermosa —y la india puso su mano fina sobre el antebrazo desnudo de Jim, para afirmar lo dicho.

Clara se sentía desdichada. La actitud de la cuñada de Jim la abochornaba, y la conducta del hombre la había desilusionado, sin que alcanzara a discernir el motivo. El señor Morris era dueño de su vida y no tenía por qué contarle lo que hacía o dejaba de hacer. De hecho, casi no le contaba nada desde que lo conoció, salvo aquella referencia a la desgracia de su padre y la firma del tratado. Verlo en una posición tan íntima con la mujer de su hermano muerto, sin embargo, la había afectado de manera insólita. Tal vez hubiese tenido la presunción de ser la única que podía salvarlo de sus actos, y ahora veía que él no se hallaba tan solo como pensaba, o quizá Clara sospechaba que Luna Azul había sentido lo mismo que ella en la cueva, cuando el señor Morris la acarició donde nunca debían llegar los dedos de un hombre, menos aún si se trataba de una novicia.

Se apresuró a alejarse de esa cabaña que le resultaba opresiva.

—¡Clara!

Él la había seguido a zancadas y la alcanzó en un segundo.

—Espero que entienda que obro en su beneficio, para que no haya razones de discordia durante la celebración del Consejo. Aquí nadie aprecia a los túnicas negras, y aunque sea usted apenas una aspirante, su hábito puede causar antipatías. Es mejor que pase desapercibida —y Jim se preguntaba si aquella joven de cabello dorado y ojos de cielo pasaría desapercibida alguna vez en alguna parte.

—Descuide, señor Morris, ya está hecho. Hierba del Sauce me ofreció ayuda y la rechacé, pensando que podía mantener mis principios, pero estoy en casa ajena y debo respetar las costumbres. Dios sabrá perdonarme. Apenas pase la reunión de ese Consejo volveré a vestir mi hábito.

Jim evaluó su expresión y descubrió que Clara se avergonzaba del momento vivido en la cabaña y que hubiese preferido que fuera Hierba del Sauce, y no Luna Azul, la que acudiese en su ayuda. Él había pensado bien, pero ahora ya nada podía hacerse.

—Mi cuñada es muy hábil con los vestidos, sabrá resolver esto. Y también se ocupará de que Pequeño Castor se comporte de manera amable. No volverá a contestar con grosería.

—¿Quién le ha contado eso?

—Pocas cosas pueden pasar en la aldea que no se sepan. Y es bueno, porque la comunidad enseña a cumplir las reglas. Mi sobrino es un muchacho díscolo porque no ha tenido padre, pero ahora estaré yo para ocuparme. Será mi hijo, así como yo lo he sido para Muchas Plumas.

—Pero usted sí tuvo padre, señor Morris, y fue un buen hombre, aunque haya hecho algo equivocado.

La dureza del rostro de Jim la hizo retroceder.

—También el suyo lo fue, Clara, recuérdelo.

Él se marchó, dejándola más desolada que antes. El señor Morris había levantado entre ellos un muro imposible de salvar, y ella desesperaba de poder lograr la comunión que habían llegado a compartir en Bellaflor.

Una multitud se apiñaba alrededor de la casa del Consejo, ubicada en un terreno más elevado que el resto de la aldea, justo antes de la entrada al bosque.

Los cherokee más jóvenes llevaban paños de cuero blando sobre el pecho y las piernas, sujetos en un hombro a la manera romana. Un grupo de guerreros se destacaba del resto por sus brazaletes y las plumas rojas atrapadas en sus vinchas. Algunas mujeres lucían faldas de plumas de pavo sujetas por tiras de cuero y otras, amplias túnicas coloridas con collares de cuentas o colgantes de piedra sobre el pecho.

Clara había recibido esa mañana el vestido prometido de manos de Hierba del Sauce. La mujer se lo había entregado sin decir palabra, tal vez ofendida por la preferencia demostrada hacia Luna Azul, o quizá mortificada al saber que Clara no deseaba vestir otra cosa que su hábito. Era tan bondadosa que Clara pensó que sería ésta la razón de su silencio. Abrió el envoltorio de piel de becerro y sostuvo el vestido ante ella. Era una hermosísima tela bordada, aunque, para su gusto, demasiado vistosa. En fin, ya no era posible cambiar de idea, de modo que debía apurar el trago. Con suerte, la necesidad de atender a Alfonsito le brindaría la excusa perfecta para abandonar la celebración más temprano. Esa mañana se había bañado en el lago en compañía de otras mujeres, todas dispuestas a embellecerse y esperar el gran acontecimiento. La cuñada de Jim jamás participaba de esas reuniones femeninas, y al parecer a ninguna le sorprendía su ausencia.

“Estarán acostumbradas a su carácter”, se dijo Clara.

Desde su cabaña se escuchaba el alboroto causado por la llegada de las familias provenientes de las vecinas comarcas. Reinaba un ambiente de fiesta, si bien los asuntos que debían tratar, según le había confiado Dos Personas, eran bien serios. Faltaba definir la jefatura del clan del Lobo, que había aguardado el regreso de Jim Morris para decidirla, y saber quién sería el heredero del shamán del grupo. El berdache le había explicado que las decisiones del Consejo no eran obligatorias, y que cualquiera de los jefes de los otros clanes podía disentir y hasta retirarse, sin que ello alterase las buenas relaciones. A Clara le resultó una práctica muy civilizada.



Una vez vestida, enrolló en torno a su cintura la faja que Luna Azul había añadido para que el ruedo no rozase el piso, cuajada de brillantes piedrecillas. Un detalle especial.

Todas las mujeres de la tribu lucían hermosas cabelleras negras sobre sus espaldas, y Clara nada podía hacer con su cabello todavía demasiado corto, así que optó por tomar un listón de su baúl y atárselo sobre la frente, como había visto hacer a las demás. Así ataviada, alzó al bebé, lo envolvió en el cuero de becerro donde se guardaba la túnica, y salió a la luz del día, impregnado con los humos y olores de la comida en preparación.

A medida que avanzaba, las voces se fueron acallando, y miradas curiosas y descaradas la aguijonearon por delante y por detrás. Muchos acababan de enterarse de la llegada de Jim Morris con una mujer blanca, y las especulaciones recién comenzaban. Hubo risitas, gestos de altanería, sonrisas, y a todo correspondió Clara con cortesía, como si estuviese saludando a los anfitriones de una gran fiesta. Alfonsito pataleaba para zafarse del apretón que ella le daba sin darse cuenta, tan nerviosa como estaba.

Dos Personas se adelantó a recibirla.

—Bienvenida a nuestra reunión de Consejo. Ven, te mostraré los símbolos de los clanes.

Llevada de la mano del berdache, Clara entró en la gran casa todavía vacía. El techo estaba sostenido por gruesos pilares que ostentaban máscaras, cada una señalando el tótem que representaba a cada clan.

Dos Personas pronunciaba para ella los nombres en cherokee, a medida que completaban el recorrido:

—*A ni ga to ge wi...* —y Clara veía la imagen de una enorme papa— ... *A ni tsi s kwa...* —y le mostraba la máscara del pájaro— *A ni ka wi...* —le dijo frente al venado, y así, hasta que acabó señalando el clan del Lobo—: *A ni wa yah.*

—¿Son siete? —quiso saber Clara, algo mareada.

—Es un número sagrado para la nación cherokee —repuso el berdache, obligándola a descansar en uno de los asientos reservados a los asistentes—, por eso son siete los clanes, siete los consejeros y siete los lados de la Casa del Consejo.

—Es una cabaña enorme.

—Cabén quinientas personas, aunque por lo general nunca está completa. Los más jóvenes prefieren merodear los alrededores y visitar a las muchachas de los otros grupos. Estos encuentros son también un motivo para la vida social, muchas uniones resultan de esto, además de entablar relaciones comerciales y disputar el juego de pelota.

—¿Habrá un juego? —Clara estaba a punto de desmayarse al saber que duraría tanto la reunión.

—Será mañana, no debes preocuparte. Ven, ya está por empezar.

Salieron por uno de los laterales, justo antes de que hicieran su entrada los jefes,

cada uno acompañado por su mano derecha y por un vocero, que se sentarían a ambos lados, en el sitio correspondiente a su clan.

Por el rabillo del ojo, Clara vislumbró que aquellos hombres hacían valer su rango con atuendos diferentes y osados: camisas hasta las caderas, cinturones con borlas, polainas y mocasines con campanillas, o mantos abrochados en ambos hombros con mangas de piel de mapache. Todos le parecieron entrados en años, y eso la intrigó.

—¿Podría el señor Morris convertirse en el jefe de su clan siendo tan joven?

Dos Personas sonrió con indulgencia.

—Mi amigo se solazaría al saber que lo consideras joven, pues ha pasado más de treinta inviernos, en realidad. Él sin duda se ve como un hombre viejo.

—¿Más de treinta años? —se admiró Clara, ya que ella había creído que contaba poco más que André Levillier. Sus cabellos y sus ojos tan oscuros, la fortaleza de sus músculos, la vitalidad que lo caracterizaba, la habían hecho creer que Jim le llevaba menos años. Aunque, pensándolo mejor, para ser un shamán debía de haber recorrido un largo camino.

—Espero no haber dicho nada que disminuya tu aprecio hacia mi amigo.

—Oh, por cierto que no. Es que me preguntaba si estos jefes lo aceptarían.

—Caballo que Galopa en el Viento deberá exponer su deseo ante todos, y eso será debatido. No importa su edad, sino su sabiduría. El problema mayor... —y Dos Personas suspiró antes de seguir diciendo—: es que no tiene las manos buenas.

—¿Qué significa tener las “manos buenas”?

—Mi amigo está interesado en seguir siendo el shamán del grupo, antes que convertirse en jefe. Es algo que él me ha confiado, pero para ello es preciso que haya vivido bajo la sabiduría de resistir a la ira y a la pasión, y me temo que algunos podrán recriminarle que no lo haya hecho.

Clara pensó en las manos de Jim, que habían sabido acunar a Alfonsito, sostenerla en tiempos de aflicción, y también, para su vergüenza, acariciarla hasta hacerle olvidar quién era. Ella ignoraba cómo calificarlas, no se le ocurría que pudiesen ser malas.

Salvo por la cabellera que habían arrancado.

—¿Es malo que haya matado, entonces? Dos Personas asintió, algo afligido.

—Será duro para él si es rechazado, porque además aquí ya hay un nuevo aspirante, que ocupó su lugar al lado de Muchas Plumas mientras duró la ausencia de tu señor Morris.

—Yo quisiera que él olvidase su afán de venganza, y esta ambición podría ser un buen motivo —dijo ilusionada Clara.

—Mi amigo ha vivido demasiado influido por las historias de su abuela. Ella era una mujer fuerte, que jamás perdonó a su yerno la firma del tratado ni la muerte de su hija.

—¿Cuándo murió la madre de Jim?

—A poco de nacer él. Fuimos criados por la misma leche cuando niños, la de mi madre.

Clara quedó pensativa. Cada vez reunía más retazos del pasado del hombre con el que pasaba sus días, y siempre la información la obtenía de los otros: el diario de su padre, André, Dos Personas... Una idea súbita la asaltó de repente. Jim y ella tenían en común la muerte temprana de sus madres y el haber vivido marcados por los actos de sus padres. Frunció el ceño y sacudió a Alfonsito con frenesí mientras pensaba en ello, pues el bebé había empezado a sentirse molesto.

—Dámelo, hermana —solicitó el berdache, extendiendo las manos.

Clara colocó al niño entre ellas, y observó que el hombre lo acunaba con dulzura de mujer. Sus ojos, tan expresivos bajo el sombreado con que los delineaba, se colmaron de ternura. Clara sintió un arrebato de amor por Dos Personas y, sin pensarlo, lo abrazó por la cintura. Un poco sorprendido, el berdache la dejó hacer y apoyó su barbilla fina sobre la corona de rizos dorados. Permanecieron así unos segundos, sintiéndose unidos en un plano diferente al de los hombres, como si se fusionaran en un mismo espíritu.

Embargados de emoción, caminaron hacia el claro donde las mujeres revolvían las ollas y atendían las necesidades de los niños. Dos Personas aún llevaba a Alfonsito en brazos.

La reunión del Consejo se desenvolvía con la parsimonia acostumbrada en tiempos de paz. Los representantes de los clanes, sentados en sus esterillas, aguardaban a que la cazoleta de la pipa se llenase y empezara a circular entre ellos. El fuego sagrado, que jamás se apagaba, había sido reavivado con leña de abedul, arce y nogal. Todos los hogares iniciaron ese día sus hogueras al mismo tiempo, preparándose para la ceremonia de la Gran Luna, con su ritual de limpieza por dentro y por fuera.

Era otro de los motivos de la agitación del campamento.

Jim se hallaba sentado cerca del fuego, con su rostro hierático reflejando las llamas.

Después de los saludos ceremoniales y la bienvenida, sería su turno de hablar. Sabía que se esperaba que asumiera la jefatura del clan del Lobo, y que habría también quienes no estuviesen de acuerdo con eso. Él ya había meditado mucho acerca de los pasos a seguir.

Dos Personas lo escuchó con atención mientras le explicaba sus razones para seguir la senda del shamán y, según su costumbre respetuosa, nada dijo al respecto, aunque Jim pudo apreciar la sorpresa en sus ojos amables. Su amigo se preocupaba por su suerte, él se daba cuenta. Había agregado a la carga de tener un padre traidor la ira de la venganza, y ahora la compañía de una mujer blanca. Jim sabía a qué se exponía, pero en su camino interno nada podía torcer su decisión de cumplir los designios que se tramaban desde antes de su nacimiento. Su abuela le había contado que al nacer él cayó una estrella del cielo, y que esa señal fue decisiva en su futuro.

Según los antiguos, los indicios del nacimiento predisponían a un hombre a su destino. A pesar de que en los tiempos que corrían los cherokee se fijaban más en las habilidades que en esas coincidencias, entre los tradicionales, y en su propia fe, aquellos misterios guardaban un motivo oculto.

Él sería un *didanvwisgi*, un hombre medicina.

—Habla, hermano.

Alce Plateado, el vocero del clan del Oso, se había dirigido a él.

Los hombres lo miraban con expectación. Su partida hacia las tierras del Sur había sido motivo de revuelo en su momento. Por más que la venganza fuese bien entendida entre su gente, si Tawato había muerto por la delación de un cherokee era indudable que el delator contaba con bocas y oídos para mantenerse a salvo. Y cualquiera de aquellos venerables hombres podía estar al tanto. Jim debía guardar prudencia y mantenerse atento.

—Me regocijo de estar de nuevo entre vosotros y celebro que el Consejo se haya reunido en esta ocasión. Como todos saben, acabo de regresar de un largo viaje y traigo la prueba de que no fue en vano. La profanación del cuerpo de mi padre ha sido vengada.

Jim hizo un silencio intencionado, a fin de permitir que alguno preguntase algo, pero el silencio lo incitó a continuar.

—Es conocido por los siete clanes el motivo que me llevó a la dirección de donde viene el águila. En nuestra visión, el Sur amarillo es donde moran los espíritus. Hacia allí miran los que buscan, tanto adentro como afuera, la razón de todas las cosas.

—¿Será por eso que volviste con una mujer blanca de pelo amarillo?

La interrupción causó risas y también descontento. Entre los cherokee no se acostumbraba interrumpir al que hablaba; si alguien estaba en desacuerdo se marchaba en señal de rechazo, nada más. Las palabras de Wapiti fueron desechadas por provenir de un inexperto muchacho, y la cosa no pasó a mayores. Jim prosiguió.

—Todos sabemos que lo que hallamos en nuestro camino forma parte de nosotros como si lo hubiésemos recibido de manos del Gran Espíritu. Colibrí Dorado se presentó, y hay una poderosa razón para que ella me haya acompañado en este viaje, una que yo mismo estaré en condiciones de narrar, si se me propicia la oportunidad.

Wapiti se mordió el interior de las mejillas con furia. ¿Por qué no le echaban en cara a ese hombre impuro la traición de su padre? ¿Por qué permitían que infringiese las normas viviendo con una mujer blanca? Las uniones entre hombres cherokee y mujeres blancas no eran bien vistas, porque los clanes tenían raíz matriarcal, y un niño pertenecía al clan de su madre al nacer. ¿De qué clan sería un hijo de ambos? Estaría fuera de la nación cherokee, y Caballo que Galopa en el Viento debía de saberlo bien. Sin embargo, Wapiti tuvo que soportar las miradas divertidas que le lanzaron algunos mientras Jim hablaba, burlándose de su torpeza.

—Las criaturas aladas —prosiguió Jim— ven todo cuanto sucede en la tierra, porque están más cerca de los cielos. Por eso sus intervenciones son tan acertadas. Su

religión es la nuestra. Nunca fallan en capturar su presa, ni tampoco son víctima de los rayos. En su habilidad está su fuerza. El espíritu del halcón vino a mí cuando estaba a punto de volver, y desde entonces su aleteo no me ha dejado dormir. Por fin ahora, desde que pisé el suelo de mi país, encontré el significado de esa inquietud.

Esa vez, el silencio que siguió estuvo cargado de emoción. El shamán iba a decir por fin cuál era su petición, qué destino deseaba para él, y los jefes debatirían. La mayoría esperaba que el debate se prolongara mucho tiempo, por eso se sorprendieron tanto cuando lo escucharon decir:

—Lo que pude descubrir a través de mis sueños es que yo me he preparado con la sabiduría de Muchas Plumas desde pequeño, para ser el *didanvwisgi* de mi pueblo, y que ese camino está trazado desde mi nacimiento, como ocurre con algunos. Ahora puede parecer que, dada la muerte de mi hermano en hora temprana, sea yo el indicado para sustituirlo en su herencia, pero mis sueños, inducidos por el halcón, me han dicho otra cosa. Yo sigo siendo el hombre medicina, ésa es mi naturaleza, y nada que haga podrá cambiarla. Que otro se haga cargo del clan del Lobo, pues lo hará con las cualidades que posea, mejor que las mías. Que el espíritu de Muchas Plumas me acompañe y me proteja.

Hubo una conmoción al final del discurso. Unos reaccionaron con perplejidad, otros con desdén, varios especularon acerca de las posibilidades que se abrían para ellos, y la mayoría contempló a Jim con nuevos ojos. Si su presencia imponía respeto antes, ahora se unía un temor reverencial por el hombre que renunciaba al poder para recluirse en la vida solitaria de un shamán.

Desde afuera, Dos Personas percibió el tumulto que se generaba en la Casa del Consejo y movió la cabeza, preocupado.

—¿Sucedo algo malo?

Clara lo miraba con ojos relucientes de anhelo. Ella temía por Jim.

—Mi amigo acaba de contar su decisión. Ahora veremos cómo reaccionan los jefes.

—¿Por qué?, ¿qué podría ocurrir?

—A ti y al niño nada malo, hermana, pero mi amigo tendrá motivos para ser odiado.

Antes de que Clara pudiese interrogar a Dos Personas acerca de esos motivos, Pequeño Castor pasó como una ráfaga a su lado, con la cerbatana rebotando en sus piernas flacas, llamando a su madre a gritos.

Casi al mismo tiempo, una de las siete mujeres que compartían el gobierno se metía de nuevo en la Casa del Consejo. El berdache comprendió que acababa de echar a volar la decisión de Jim de renunciar a la jefatura. No le sorprendió, pues, la imagen de Luna Azul erguida como lanza en medio de las mujeres, con su atavío rojo y sus collares de semillas, la frente alzada en franco desafío y los ojos relampagueantes de furia.

Lo que sí sacudió a Dos Personas hasta la médula fue que esa mirada estaba

dirigida a Clara.

Al atardecer, los fuegos parpadeaban, concentrando los preparativos del té negro.

Clara imitaba todo lo que veía, aturdida por el cotorreo constante, la algarabía de los muchachos y las risas de las jovencitas, que miraban de soslayo a los guerreros. El campamento había perdido solemnidad, pero de todos modos había que organizar la ceremonia de la Gran Luna y la limpieza del cuerpo y del espíritu, según le dijo Hierba del Sauce. La buena mujer se solidarizó con ella al verla desorientada en medio del revuelo, y le enseñó a picar las hojitas y el tallo de esa planta que crecía en matas desordenadas y que al parecer cobraba importancia ese día. Clara tenía las yemas de los dedos enrojecidas de tanto apretar esas hojas de bordes serrados. Hicieron un jugo oscuro en la cocción del té, cuyo aroma resultó vigorizante, y lo guardaron para beberlo al día siguiente en ayunas.

—Limpia todo por dentro —le aseguró Hierba del Sauce.

Clara esperaba no tener que beberlo nunca.

La ausencia de Jim la colmaba de ansiedad. Luego de la reunión del Consejo, que se disolvió antes de lo esperado, los jefes habían marchado al río y los guerreros participaban de juegos de destreza. Desde allí Clara veía volar por los aires un disco que lanzaban con fuerte impulso los brazos musculosos. Jim no estaba allí, ni tampoco con los que dibujaban mapas en la tierra, indicando los mejores recorridos para cazar venados.

Él la estaba rehuyendo, no había otra explicación, y si tenía que ver con su decisión de continuar siendo el shamán de su tribu, debía saber que ella no pensaba reclamarle nada. Al contrario, entendía esa necesidad de curar a su gente porque era la misma que sentía ella. No quiso ponerle nombre a la extraña sensación de pérdida que la embargó cuando Dos Personas le explicó que un shamán se alejaba de la aldea para vivir en soledad y profundizar su conocimiento. Recordó que en Bellaflor Jim le había echado en cara que no era necesario el hábito para vivir el mundo espiritual, y sin embargo sí había cierto sacrificio, puesto que él debía alejarse de todos para mantener ese contacto. Clara deseaba preguntárselo, leer en sus ojos la decisión para así poder tomar la suya y acabar con su desesperante situación.

Buscó a Alfonsito y lo vio en brazos de una india que solía ayudar a Hierba del Sauce.

Como la muchacha no hablaba inglés, Clara le dio a entender que venía a alimentar al niño. La jovencita hizo grandes gestos diciéndole que el bebé ya había tomado su biberón, ella misma se lo había dado. Clara sonrió y alzó a Alfonso para llevarlo a la cabaña. Ya estaba bien de tanta danza y tanto olor a humo y alboroto. Ella no conocía a la mayoría de las personas que se encontraban en la reunión, pues provenían de otras aldeas, y se sentía forastera en medio de sus costumbres y sus miradas maliciosas.

De no ser por Hierba del Sauce y Dos Personas, aquel día habría resultado un desastre.

A medida que cubría la distancia que la separaba de la cabañita donde moraban, las risas disimuladas la acompañaron. Podía percibir que los cherokee se daban de codazos entre ellos, incitándose a mirarla, y que las muchachas sacudían las cabezas con aire reprobatorio. Clara apuró el paso. Cuando Dos Personas no se hallaba cerca, le parecía que los indios aprovechaban para mofarse. Supuso que el cabello corto les resultaría extraño, o que el listón se hallaría mal colocado, y con disimulo se lo quitó. Al intentar meterlo entre la faja y el vestido, percibió que tocaba su propia piel y se asustó. ¿Habría roto la prenda de Susana? Si así era, debía repararla enseguida para devolvérsela en condiciones, no quería tener altercados con la cuñada de Jim. Antes de que pudiese trasponer el umbral, una figura masculina le salió al paso. Aun en la penumbra del atardecer, Clara reconoció al joven que reaccionó con agresividad cuando ella intentó rezar sobre la tumba de Muchas Plumas. En esa ocasión, no estaba enojado sino divertido, y su boca se curvaba en un gesto de desdén.

—Déjame pasar —rogó Clara, sin saber si el hombre hablaba su lengua o no.

Wapiti esbozó una amplia sonrisa que lo asemejó al lobo que se relame ante la presa.

—La mujer blanca se tiene en mucha estima, cree que su cuerpo es codiciado por el pobre indio.

Ignorante de lo que aquel joven decía, Clara intentó esquivarlo, pero Wapiti era ágil y estaba prevenido, la atajó con un rápido movimiento de sus piernas.

—No sé qué quieres decir, no te conozco ni tú tampoco a mí, así que es mejor que nos despidamos.

Wapiti soltó una carcajada oscura, en tono bajo y ominoso.

—El hombre blanco usa a nuestras mujeres, y nosotros tenemos el mismo derecho, si ellas se muestran como basura. Ese niño que llevas no es nadie, no pertenecerá nunca a ningún clan, porque tú tampoco perteneces a ninguno. Aunque Caballo que Galopa en el Viento haya metido su semilla en ti, no logrará nunca hacer un niño cherokee de pura sangre.

—Éste no es mi hijo, sino un pobre niño abandonado —arguyó Clara, más asustada que enojada con lo que acababa de oír.

—Eso es lo que dice tu boca que miente. Viniste como su esclava, pero él tenía su promesa de matrimonio y por tu culpa la deshizo. Debió ser el jefe, en lugar del shamán.

En medio de la maraña de temores que la confundía, Clara empezó a hilar por dónde iba la mente del muchacho. Debía de ser el aprendiz del que le habló Dos Personas, que se sentía herido al saber que no sería el sucesor de Muchas Plumas. ¡Ella no tenía la culpa! Eran decisiones del señor Morris, que ni siquiera le fueron comentadas.

—Los hombres y las mujeres no son esclavos de nadie —adujo con renovado ímpetu—, ante Dios somos iguales y merecemos el mismo trato.

A Wapiti no le interesaba discutir asuntos con la mujer de su rival, sólo denigrarla

ante la tribu, para que todos viesen lo impropio de la actitud del shamán, que viajaba con una vulgar ramera blanca. Se acercó y la rodeó con un brazo. Ese contacto le dijo a Clara que... ¡tenía la espalda desnuda! Por alguna inexplicable razón, el vestido amarillo se había partido en dos y ella andaba por el campamento con medio cuerpo al aire. Ese descubrimiento le dio fuerzas para evitar al descarado mozo que la acosaba. Claro que Wapiti esperaba eso, y con habilidad la sujetó de la manga, que se desgarró por completo, dejando a Clara semidesnuda. Soltó un grito y aferró al bebé, temiendo que aquel hombre pudiese hacerle daño, con tal de causárselo a ella. El indio se llevó la mano a su entrepierna en un gesto obsceno deliberado, y Clara tuvo entonces una súbita iluminación y le espetó:

—Tú no tienes las manos buenas, jamás podrás ser el shamán de tu pueblo.

Eso paralizó a Wapiti más que si hubiese recibido un dardo en la garganta. La sonrisa torva se volvió mueca de estupor, y Clara no supo nunca qué habría sido capaz de hacer si aquella voz profunda no hubiese brotado de la espesura.

—Wapiti.

¡Jim Morris! ¡Por fin aparecía, y en el momento preciso, como siempre!

Clara se volvió para recibirlo con alivio, y al ver su expresión quedó petrificada. El hombre no la miraba a ella sino al joven, y sus ojos eran carbones encendidos. La piel de los pómulos lucía estirada, parecida a las máscaras de los tótems que Clara había visto en la Casa del Consejo. Todo rastro de humanidad había desaparecido del rostro del señor Morris, era una fiera acechando en el instante de atacar. Por impulso, ella extendió un brazo hacia él, como si con ese gesto pudiese devolverle el sentido.

—¿Has venido a visitarme?

La pregunta era el modo de declarar la guerra que había elegido Jim. Desde el instante en que vio a lo lejos la espalda desnuda de Clara y luego la silueta de aquel muchacho, su sangre se congeló en las venas. Pensó primero que esos dos estaban en una situación comprometida, que tal vez Wapiti habría bebido sin control, al fin y al cabo era joven, y que Clara, en su estúpida inocencia, habría caído en sus artimañas, pero la visión de las piernas de Alfonsito balanceándose lo sacó de su error. Bajo ningún punto de vista ella pondría en peligro al niño, de modo que lo que él veía era una seducción forzada o, peor aún, una violación, algo tan abyecto que no merecía siquiera la lucha. Wapiti debía morir.

Ignoró la presencia de Clara y caminó hacia el joven impetuoso. El otro retrocedió, más por buscar el momento de atacar que por temor. Wapiti había acudido allí a sabiendas, informado por Luna Azul del ardid del vestido. Sin necesidad de expresarlo, ambos se habían sentido hermanados en el rechazo de la nueva situación que creaba Jim al traer a una extraña y declarar que no sería jefe del clan. Ambos resultaban afectados, y surgió de modo natural la complicidad para perjudicar a la intrusa que había torcido sus planes. Porque a Wapiti no se le escapaba que Jim pensaría mudarse al bosque con aquella blanca de ojos de verano. ¿Qué haría con ella, si no? Con ese engendro a cuestas, no cabía otra solución, y aunque él arguyese



que era una religiosa, nadie sabría qué hacían el uno con el otro en las noches solitarias. Y por cierto que sería bien estúpido el hombre que no gozase del cuerpo de esa hembra. Las mujeres cherokee disfrutaban de libertad para elegir a sus parejas, a menos que ya se hubiesen prometido a alguno o estuviesen casadas, pero aun en este caso era dable para el hombre poseer más de una esposa, así que la blanca bien podría haber sido la segunda después de Luna Azul. Por alguna razón, la cuñada de Jim no deseaba compartirlo y Wapiti tuvo su oportunidad. Ahora Caballo que Galopa en el Viento demostraba con su conducta que en efecto le importaba la mujer blanca, y que era indigno de su condición de shamán. Wapiti se relamía por anticipado. Lo único que lamentaba era que el encuentro se produjese alejado del sitio donde el pueblo seguía celebrando su fiesta, ajeno al drama que ellos representaban.

—Señor Morris, déjelo, es sólo un niño.

Ese comentario en boca de la blanca azuzó la ira de Wapiti, que mostró los dientes al decir:

—Este niño puede hacerte un hijo igual que el que tienes ahí.

Jim se arrojó sobre él sin preámbulos y Clara retrocedió, espantada ante la fiereza. Miró hacia los fuegos que seguían crepitando a lo lejos en busca de un rostro conocido, pero desde allí no distinguía más que formas que se movían en todas direcciones. Correr estaba descartado, no quería perder de vista a los contendientes que luchaban como animales, soltando gruñidos, cada uno intentando dar el golpe mortal al otro.

Clara ya desesperaba, cuando un ruido proveniente de Alfonsito la distrajo del problema.

El bebé hizo una arcada y vomitó un chorro de líquido oscuro que salpicó el vestido de Luna Azul. La joven lo puso sobre su hombro para palmearle la espalda y notó que la cabeza se bamboleaba de manera extraña. Un instinto, hecho de experiencias y de su propia inclinación, le dijo que algo estaba mal, muy mal. Por precaución, apoyó sus labios sobre la frente y supo que ardía de fiebre.

—¡Dios mío!

Ya no importó nada, ni los hombres que se retorcían a sus pies entre bufidos, ni la ropa que colgaba de su cuerpo hecha trizas, ni siquiera el alma perdida del señor Morris ocupó un lugar en su mente al advertir que Alfonsito estaba grave. Movida por otro instinto básico, echó a correr hacia los fuegos gritando:

—¡Dos Personas! ¡Dos Personas!

Jim la escuchó y creyó que iba en busca de su amigo para separarlos. Maldijo a la entrometida y tomó a Wapiti por el cuello.

—Muere —dijo con determinación.

El joven aprendiz boqueó y con sus manos intentó hacer espacio entre los dedos de Jim y su garganta, pero eran tenazas imposibles de remover. Entonces, de nuevo una presencia salvadora intervino.

—Hermano, déjalo. Clara te necesita.

Dos Personas lo contemplaba con extraña circunspección, y Jim sintió un frío en las entrañas. Ella había estado a su lado en un momento, y al otro....

Wapiti retrocedió agazapado y huyó mientras el shamán se ponía de pie.

—¿Dónde está?

Ya la imaginaba llorando por temor a que él o el otro muriesen, dejándola sumida en la culpa y obligada a la contrición, como siempre.

—Hierba del Sauce está con ella, pero el problema es el niño.

Esa información sacudió a Jim hasta la médula. Él, que no tenía hijos ni planes para tenerlos, que cifraba en Pequeño Castor el anhelo de criar y enseñar a un niño, había concebido un amor incomprensible por ese bebé blanco que no era de su sangre. Ni de la de Clara. Sólo un pobre huérfano desamparado que, gracias a su natural fortaleza, sobrevivía a los rigores de una vida sacrificada. Por un extraño designio que recién ahora se le revelaba en su magnitud, Alfonsito significaba para él mucho más que una obligación: era una criatura que había alimentado, acunado, observado y protegido. Era algo suyo, se había ido adueñando de él a medida que pasaban los días, del mismo modo que Clara.

Esa idea lo conmocionó, y Dos Personas hubo de sacudirlo.

—¡Vamos! No hay tiempo —lo alertó.

Corrieron hacia la casa de Hierba del Sauce. Las mujeres se hallaban arracimadas en torno a Alfonsito que, tendido sobre una tarima cubierta de mantas, mostraba un espeluznante tono verdoso en la piel. Clara, arrodillada a su lado, manipulaba con ahínco su pequeño estómago, intentando hacer circular aquello que se había atascado.

—No respira bien —dijo para sí misma con terror.

Sus movimientos eran precisos, sin embargo, no dudaba cuando giraba sus manos en el sentido del Universo, ni cuando oprimía con delicadeza el punto en el que el estómago comenzaba a hincharse, bajo el tórax. Jim se acercó y colocó su mano sobre toda la pancita del bebé, sintiendo su latir, percibiendo el mal que surgía de él. Clara lo miraba, pendiente de su diagnóstico. En ese instante, quizá debido a los masajes, Alfonsito soltó otro chorro de líquido, más espeso que el anterior, y hubo que volverlo boca abajo para que no se ahogase. Entre lágrimas, Clara susurraba palabras de cariño para calmarlo.

Jim se puso de pie, el semblante endurecido.

—Veneno —dijo, sin más.

—¿Veneno?

Dos Personas lo contemplaba absorto. Vivían rodeados de sustancias peligrosas: hongos, frutos silvestres, hierbas y raíces, pero jamás las confundían, y si las usaban era para otros fines que no producían ningún daño. Era inconcebible que un niño que ni siquiera caminaba se llevase a la boca algo indebido. La expresión de Jim revelaba una decisión inobjetable, sin embargo. Hierba del Sauce se frotaba las manos afligida, sin saber cómo aliviar los espasmos del pequeño ser que en esos días había cuidado con tanto celo. Para ella era el hijo del hombre que amaba, y eso era

todo lo que importaba. También la entristecía el dolor de Clara, tan buena y amable, y muy joven para sufrir la pérdida de un hijo, el primero. Las mujeres guardaban silencio respetuoso ante tamaño drama. El bebé blanco había sido un juguete para ellas, que reían ante sus gorgoteos. Más de una creyó ver la potencia de Caballo que Galopa en el Viento en esas piernitas macizas y esos puños apretados. En secreto lo llamaban *sa-la-li*, por sus ojitos relucientes de ardilla.

Jim se esfumó en la noche y Dos Personas se inclinó junto a Clara. La joven había tomado un aspecto febril, pálida y con la mirada iluminada de manera extraña.

—Quiero llevarlo a la casa —dijo al berdache—, allí tengo algunas cosas para aliviarlo.

Dos Personas nada dijo, la ayudó a levantar al niño y a envolverlo en una manta que Hierba del Sauce le ofreció de inmediato.

El pellejo de becerro en el que Clara lo llevó a la fiesta quedó tirado en el piso.

Jim caminó en la espesura, sintiendo la humedad del río y la aspereza de las rocas bajo sus pies descalzos. La luna estaba escarchada, una luna de nieve. Dentro de muy poco caerían los primeros copos y la aldea se tornaría silenciosa, como una burbuja de aire. Había llegado en el tiempo de la purificación, y eso también era una señal. ¿Qué significaba entonces que cuando se encontraba a punto de cumplir su destino ocurriese una desgracia tan grande? ¿Y por qué recaía sobre un niño inocente que no era de su sangre? Podía haber interpretado el mal si caía sobre él o sobre Pequeño Castor, que era algo suyo, pero Alfonsito... Tranquilizó su espíritu para que nada interfiriese con sus percepciones, respiró hondo varias veces y se echó agua helada encima. Debía pensar, entender y actuar.

Su comportamiento con Wapiti había sido deplorable. Por más que el muchacho fuese una rama torcida, él, como shamán, no podía caer en la bajeza de luchar, rodar por el suelo e intentar matarlo. Ésas eran las aristas de su carácter que trataba de limar para que su espíritu se agrandara, libre de pasiones que lo enturbiasen. Creyó que al cumplir su promesa de venganza en Sudamérica empezaría a conseguirlo, y entonces vino Clara a interponerse, una tentación y un nuevo conflicto. Al saber que estaban ligados por el pasado, Jim entendió que aquel encuentro no era casual y que debían seguir juntos. Sin embargo, la última visión que propició le dijo que seguir juntos no significaba poseerla sino ayudarla a encontrar su camino. Y cuando ya estaba decidido a eso, sucedía algo inesperado, algo que truncaba su designio y lo obligaba a cuestionar su interpretación. ¿Desde cuándo él dudaba? La última vez había sido cuando su corazón flaqueó, en la América del Sud. Una lección debía venir de eso, sin duda. Se sentó junto al río, con los pies cruzados y las manos sobre las rodillas. El viento arrancó susurros a los árboles. El frío potenciaba sus sentidos.

Alfonsito moriría.

Jim cerró los ojos y dejó que su mente vagara por recuerdos sueltos. La cabeza del doctor Nancy rodando sobre el polvo, la cabellera ensangrentada que guardó en su alforja, el rostro de Clara con su brillo de nácar, la frescura de su lengua, la manito

de Alfonso cerrada sobre su dedo, la fijeza de sus ojos negros. Vio la tristeza que emanaba de Bellaflor, el vaho malsano de la muerte traicionera... André había cargado, como él, el peso del drama con su padre, la incompreensión. Vio a Tawato con la frente nublada de pena, luego al doctor La Rochelle, una presencia del mundo invisible que revelaba las dos caras del hombre: todo lo bueno y todo lo malo. El dolor de Clara, que nunca veía la parte mala. La joven vivía sólo del lado luminoso, no quería ver la sombra que se proyectaba del otro lado. Y él, en cambio, emergía siempre de las sombras, había vivido entre ellas, sombras del pasado que lo acechaban. Jim corría para alcanzar el lado luminoso, y siempre se le negaba.

Abrió los ojos de golpe.

¡El lado luminoso! ¿Dónde estaba, si no en Clara? Se incorporó y miró al cielo. La luna en lo alto, redonda, resplandeciente. La Gran Luna, que se celebraría al día siguiente con el té negro. El té negro, que se bebía en ayunas y provocaba grandes vómitos a los hombres.

El vómito de Alfonsito, negro y espeso. El té.

Jim recibió la revelación como una flecha. ¡El té negro! El yaupon. ¡Eso era lo que Alfonsito tenía en el cuerpo! Tan pequeño, no podía asimilar el efecto convulsionante de la bebida. Ni siquiera todos los hombres podían, sólo los más bravos guerreros.

Jim se preparó para la lucha. Sus pasos, largos y silenciosos, lo llevaron hacia la cabaña en el linde del bosque. Sabía, con la certeza que le daba su vínculo con Clara, que ella había llevado allí al niño, donde estaban sus alforjas, sus hierbas, y el baúl en el que de seguro habría guardado algo de las medicinas del doctor. Para recordar la parte buena de su padre, el lado luminoso. Todo cobraba tanto sentido que Jim sentía alas en los pies.

La halló en penumbras, inclinada sobre el cuerpecito del niño, absorta en su contemplación.

Dos Personas untaba un palo con grasa para encender la antorcha en el umbral. El vestido amarillo yacía ovillado en el suelo, Clara estaba vestida de novicia. Sin duda, el berdache la habría asistido con su costado de mujer, para que se sintiese bien con su espíritu y pudiese auxiliar al bebé. Jim se dirigió de inmediato hacia una de sus alforjas, que colgaba de una rama adosada a la pared, y revolvió en ella hasta dar con lo que buscaba. Desparramó los cristales de Luna y eligió los adecuados. Luego, extrajo un puñado de hojas y raíces picadas y las colocó en el cuenco que siempre llevaba a cuestas. Preparó la cocción como lo había hecho tantas veces durante el viaje para alimentar a Alfonsito. No dejó que el recuerdo ensombreciera sus actos, se mantuvo firme en su propósito y calentó las hierbas.

Un humo de olor penetrante se expandió por la habitación, distrayendo a Clara.

—¿Qué es? —dijo con voz apagada.

Por toda respuesta, Jim se acercó portando el cuenco y un filtro.

—Sujételo, voy a pasarle esto por la garganta.

Ver las ojeras de Clara, percibir el temblor de sus manos finas mientras intentaba levantar la cabecita del bebé, fue un lanzazo de dolor para él. Hacía propio el sufrimiento de ella, bebía de su pena como del cáliz amargo de la vida.

El brebaje fue entrando de a gotas pequeñas, con muchas interrupciones, pues Alfonsito apenas si conseguía tragar. Los ojitos estaban hinchados, y un sudor frío perlaba su pequeña frente. El pelo oscuro pegoteado en la cabeza. Hasta parecía haber disminuido de tamaño con la fiebre. El niño se consumía. Había perdido los líquidos del cuerpo, necesitaba sustituirlos rápido. Las manos firmes de Jim Morris no cejaban en su empeño. Controlaba la temperatura del té a medida que se lo suministraba, y entre tanto ubicaba los cristales de cuarzo alrededor del cuerpo del bebé. La luna chispeaba en ellos, formando un halo mágico en torno al niño.

Las preguntas se agolpaban en los ojos de Clara, pero no llegaban a su garganta. La novicia estaba muda, sólo sus manos se movían, cumpliendo con lo que el caso exigía. Ya había refrescado a Alfonsito con agua del río, lo frotó hasta que circulase su sangre, y lo mantuvo liviano de ropas pero vestido, para que la transpiración no se evaporase en el aire frío. Rezaba en murmullos todo el tiempo. Jim la veía llevarse la mano al pecho una y otra vez, como si se acusase de algo.

—Esto no pasó por su culpa, Santa Clara.

Ella no reparó en el reproche. Toda su atención estaba puesta en la sanación de Alfonsito. Jim pudo ver que ya había usado medicinas, pues había un pote a su lado, en el suelo. Y del pecho del bebé emanaba un aroma balsámico. Le habría aplicado algún emplasto para que le ayudase a respirar. Bien pensado. Juntos, dedicaron las horas que seguían al cuidado del enfermito, que por momentos lucía como si su alma lo hubiese abandonado. Ya no hacía esfuerzos para llenarse de aire, ni había vuelto a vomitar. Se hallaba suspendido entre el cielo y la tierra, un tiempo fuera del tiempo.

Dos Personas se mantenía alejado, cuidando de ambos sin que lo supieran, pendiente de las expresiones de Clara y de los movimientos de Jim. A veces salía, para aspirar el frío de la noche y llenar sus pulmones de aire nuevo, luego volvía a la sombra de su rincón.

La luna agonizaba cuando un estertor rompió el pesado silencio de la cabaña.

Alfonsito hacía el supremo esfuerzo por aferrarse a la vida. Clara hundió la frente en sus manos y rezó en voz alta y suplicante, una letanía de promesas y de ruegos que carecían de sentido. Jim, en cambio, conservaba una calma pétrea, seguía libando ese brebaje necesario para que el estómago del pequeño se asentase. Dos Personas se acercó despacio, observó el rostro del bebé y desde su corazón le envió una oleada de amor. Quería envolverlo en esa protección porque pensaba ausentarse un rato y deseaba que aquel niño lo aguardase, que no partiese antes de que él volviera. Salió con discreción y se perdió en el camino que llevaba al pueblo.

Jim miró a Clara. Ella apenas respiraba, contenía el aire como si quisiera reservárselo a Alfonsito. Lágrimas suspendidas humedecían sus bellos ojos. Sin pensarlo, él extendió una mano y enjugó una que estaba a punto de caer.

—Unamos nuestra fuerza, Clara —le dijo con una voz desconocida.

La mano de Jim permaneció abierta y la joven posó en ella la suya. Jim la apretó y la llevó hacia su pecho, donde la oprimió con intensidad. Ella sintió el latido del hombre, lento y acompasado, tan distinto del de ella, ligero y desordenado. Poco a poco, su propio corazón fue siguiendo ese ritmo y se encontró más serena, respirando al unísono y compartiendo el ánimo de ese cherokee que, a su modo, luchaba para devolver a Alfonsito la salud.

Ambos amaban a un niño ajeno. Ambos sabían distintas maneras de curar, que se habían fusionado en una sola. Clara miró a Jim y leyó en sus ojos algo difuso, no supo si se refería sólo al niño o la incluía a ella, pero sintió una calma repentina, un estado de placidez que desbordaba el momento que estaban viviendo. Comprendió que a lo largo de aquel viaje azaroso que empezó en el puerto de Buenos Aires los acontecimientos se habían enlazado de tal modo que resultaba inevitable encontrarse ahora allí, al lado del señor Morris, esperando de él un milagro y a la vez velando por su alma, como se había prometido. ¿Quién apoyaba a quién? Ella no lo sabía.

Dos Personas regresó con algo en las manos. Se acercó a Jim y le mostró el cuero de becerro que había recogido de la casa de Hierba del Sauce. Los dos hombres se miraron y una chispa de comprensión brotó de esa mirada. Jim asintió, con los dientes apretados.

Sin decir nada a Clara, siguió atendiendo a Alfonsito hasta que el albor del día asomó en el bosque. Cuando el primer rayo de luz entró por la ventana, el bebé dormía. Lo peor había pasado. Clara apenas se mantenía en pie, pero continuaba secando el cuerpecito, soplando en su frente y murmurando a su oído. Jim había sustituido la purpúrea por otro brebaje que ahora sí el niño succionaba del biberón. Dos Personas, demasiado emocionado para hablar, se retiró de la cabaña.

Había llegado el momento del *a-ne-tsa*, el juego de pelota.

Durante la ausencia de Jim, cada vez que hubo necesidad de jugar, Wapiti asistía a Muchas Plumas, pues la misión del shamán era prescribir hierbas y rituales que volviesen fuertes y diestros a los jugadores. Aunque los juegos solían ser motivo de diversión, muchas veces servían para dirimir conflictos, y era estricta la preparación de los participantes. Wapiti había desempeñado con orgullo ese papel, que ahora peligraba en presencia del verdadero shamán, por eso se alegró cuando los contendientes lo buscaron para pedirle que se hiciera cargo, dado que no se veía a Jim por ninguna parte.

Y él no las tenía todas consigo después de lo sucedido en el bosque.

Fueron hasta el río y allí se realizó la ceremonia de untar con aceite de olmo brazos y piernas de los jugadores, para tornarlas resbaladizas. El juego podía prolongarse muchas horas, y era preciso que pudiesen resistir. Wapiti hizo las abluciones, pronunció las palabras, y comprobó que los directores del juego estuviesen provistos de sus varas. Caminaron hacia el campo, llevando la pelota de piel de ciervo y las raquetas de mango largo. El sol brillaba tras una niebla de frío, y

la escarcha crujía bajo los pies de los cherokee. El aire crocante del invierno estaba en su apogeo.

Jim entró a la casa de Hierba del Sauce sin llamar. Había dejado a Clara durmiendo junto al bebé. Las horas de vigilia y la preocupación la habían rendido de cansancio. Dos Personas, que se presentó al rato, le aseguró que se haría cargo de todo y le avisaría de cualquier eventualidad. Él pudo entonces hacer lo que se había prometido la noche anterior.

Hierba del Sauce se dedicaba a ablandar cuero para fabricar los mocasines de su esposo, que se hallaba presenciando el juego de pelota junto a los otros.

—Buenos días.

La india levantó su rostro bondadoso, y al ver la figura enhiesta de aquel hombre que nunca abandonó sus sueños se ruborizó.

—Eres bienvenido.

Jim dio dos grandes pasos que lo ubicaron frente a ella. Sin decir nada, extendió el vestido amarillo de manera que pudiera apreciarse el agujero en la espalda. Aun sin tomar en cuenta el desgarrón que le había hecho Wapiti, podía verse con claridad que el vestido tenía un enorme tajo, que alguien había cosido con suave hilo para que durase un rato y luego se abriese, sin que su portadora lo advirtiera. La jugarreta indignó a Jim, que desde el vamos estuvo disgustado con el tipo de atuendo elegido por su cuñada. De ahí a suponer que ella iba a ridiculizar a Clara había un gran trecho que él no quería recorrer hasta no tener las pruebas ante sí.

—¿Sabías de esto? —le espetó Jim.

Hierba del Sauce enrojeció más aún y asintió.

—¿Y permitiste que ocurriera? ¿Querías humillar a mi protegida? ¿Por qué, Hierba del Sauce? Te consideraba una buena persona.

Aquel reproche arrancó lágrimas a la pobre india, que temía el momento en que debiese rendir cuentas de su silencio cómplice.

—Perdona, Caballo que Galopa en el Viento, soy una mala mujer. Perdóname, iré a disculparme con tu esposa.

—Clara no es mi esposa, es alguien a quien aprecio —y Jim se dio cuenta de lo frías que resultaban sus palabras ante los sentimientos que la novicia le provocaba—, y quien le hace daño me lo hace a mí. Dime al menos tus razones. Creí que te llevabas bien con ella.

Hierba del Sauce levantó la mirada con rapidez.

—¡Así es! Tu... Clara es buena y dulce, todas la queremos y nos gusta escucharla reír. Nos ha ayudado con la fiesta del Consejo y nos dio recetas para aliviar los ardores —no dijo de qué ni Jim preguntó—, pero Luna Azul... ella...

—¿Qué dijo mi cuñada? El vestido le pertenece.

Hierba del Sauce miró con aversión la prenda manchada con el vómito de Alfonsito.

—Mandó cortar la tela de la espalda, nos dijo que a la mujer blanca le quedaba

chico porque tiene cuerpo más grueso que el de ella. A nosotras no nos pareció así, pero no la contradijimos porque se la veía muy nerviosa. Ella ha sufrido mucho la muerte de su esposo.

—Muchas mujeres han sufrido a lo largo de estos años —y Jim pensó en su pobre madre, dando a luz en medio del sendero de lágrimas que recorrieron y que el padre de Clara compartió—, pero eso no les da derecho a creerse mártires. Sigue.

—Luna Azul me pidió que lo volviese a coser con puntadas flojas, porque si no le apretaría, y eso hice. Me arrepiento, Caballo que Galopa en el Viento, no puedo decirte cuánto. Iré a hablar con Clara.

—Ella te perdonará más fácilmente que yo, pues en su corazón no anida el rencor, algo que no puedo decir de otras personas de esta aldea. Me refiero a Luna Azul —aclaró al ver que Hierba del Sauce estaba a punto de arrojarse a sus pies.

—La esposa de tu hermano muerto te esperaba.

—Yo tomé mi decisión frente a los miembros del Consejo ayer. Y no volveré atrás.

—Entiendo. Es para lo que fuiste enseñado, y nadie puede opinar. Eres un hombre sabio, Caballo que Galopa en el Viento.

—Ya puedes llamarme Enlazador de Mundos, pues eso es lo que soy.

—Así lo haré. Y aunque no te parezca necesario, iré a ver a Clara. Quiero ver al niño, ya supe que mejoró durante la noche.

—Hazlo. Ella apreciará ese gesto.

Jim salió de la casa a sabiendas de que Hierba del Sauce tenía suficiente castigo con su propia conciencia. Era una mujer sencilla, incapaz de hacer daño, sin duda su cuñada fue persuasiva, hasta pudo haber llegado a amenazarla. Dirigió sus pasos hacia la cabaña de Luna Azul respirando hondo. Esa visita sería más espinosa, y necesitaba todo su control.

Desde lejos llegaban los aullidos de los espectadores del juego. Debería haber actuado como shamán en esa ocasión, pero esto era más importante. Todo cuanto se refería a Clara ocupaba un primer lugar en su mente.

La cuñada de Jim se encontraba sentada frente a su baúl, revolviendo ropa en su interior, un gesto que le vino como anillo al dedo para empezar la conversación.

—Ya puedes guardar este vestido, hermana —y le tendió el trapo amarillo, roto y manchado.

La india miró al hombre con sorpresa. Esa mañana no había podido hablar con Wapiti y no sabía el resultado de su estratagema, que no era sino poner a Clara en ridículo, humillarla y que decayese en la opinión de los varones. Le resultaba fácil manipular a las mujeres del grupo para lograr sus propósitos, tenía muchos recursos. Hierba del Sauce, boqueando de amor por Jim, era una presa sencilla. Bastó que la amenazara con contarle al esposo que ella sabía que guardaba prendas de la época en que se había acostado con él, escondidas entre sus cosas más íntimas, y que de seguro las olería cuando el marido estuviese de caza o en las reuniones. La pobre había



temblado de susto. Y Wapiti, roído por el encono de verse desplazado, haría lo que ella pidiese para conseguir que Jim se convirtiera en jefe y dejase el puesto de shamán. Ella era hábil para conocer las fibras del corazón de los otros. Lo mismo había hecho al casarse con Nube Roja: alimentó la rabia del esposo hacia el padre traidor, hasta que consiguió que su gente lo considerase el digno sucesor de la jefatura. Su cuñado era más difícil de manipular, su corazón era un enigma, pero ese desafío la estimulaba, le daba alas para intentarlo con más porfía.

—Has venido —dijo en tono meloso.

—Para devolverte la prenda que con generosidad prestaste a Clara.

La mujer bajó la vista hacia el estropeado vestido, y se mordió la lengua para no decir algo inconveniente. Si se quejaba del estado en que se lo devolvía, él aprovecharía para endilgarle la culpa de lo sucedido, pues ahora que veía ese desecho de ropa entendía que lo habían descartado.

—Espero que ella esté bien. Supe que el pequeño se puso malo durante los festejos.

—¿No me ofreces nada para beber, hermana? Así podremos conversar más relajados.

Luna Azul se volvió hacia el caldero y frunció los labios. Odiaba que él la llamase “hermana”, era un recordatorio del lazo filial que los había unido, y que ella anhelaba trocar por otro muy pronto. ¡Si no fuera por esa maldita blanca!

—Disculpa, iba a ofrecerte un té de fresas. Ven, siéntate aquí —y le indicó un lugar entre las mantas donde solía sentarse el esposo. Jim hizo caso omiso y se sentó fuera del sitio, aunque cerca de ella y del fuego en el que el líquido se espesaba. Luna Azul sirvió un cuenco y espolvoreó castañas molidas en la superficie.

—Estaba cocinando *ga-na-tsi* —y le indicó la sopa de frijoles que bullía en el caldero.

Jim no deseaba comer ni beber nada, sólo había buscado un pretexto para sostener una conversación civilizada, pero le molestó que su cuñada le ofreciese nada menos que té de fresas, un alimento que en la tradición significaba el amor hogareño. Las mujeres cherokee aprendían desde niñas a recoger fresas y a guardarlas en conservas o dulces para atraer el amor de un hombre y tener una vida doméstica feliz y duradera.

—El té bastará —repuso, parco en sus gestos.

Luna Azul le tendió el cuenco con ambas manos, mirándolo a los ojos. Había en ella una seducción combinada con un desafío. Se sabía hermosa y codiciada por los hombres de la aldea. Cualquiera se habría sentido orgulloso de hacerla su esposa, pero a ella sólo le importaba Jim. Y era el que menos se fijaba en sus adornos, sus vestidos o sus afeites de belleza. Jim la miraba como a la esposa de su hermano, y esa condición le pesaba como una losa. Creyó que Pequeño Castor serviría de lazo entre los dos, pero Jim se había tomado su responsabilidad como algo que le debía a su hermano muerto y ella no resultaba necesaria.

—Entonces, ¿qué pasó con ese niño que trajiste? ¿Murió anoche?

Jim casi se quema con el sorbo de té, al tragarlo de prisa. La pregunta desapasionada lo conmocionó. ¡Hasta Hierba del Sauce sentía lo ocurrido en carne propia! Y había mandado a preguntar por Alfonsito antes del día.

—No era su hora. Está durmiendo y se repondrá.

—Sin duda hiciste algo por él. No te entiendo, te preocupas por un bebé blanco y tienes a tu sobrino aguardando por ti.

—Me ocupo de Pequeño Castor, y lo sabes. Acabo de llegar, hermana, y estamos conociéndonos. Él no es un bebé de pecho, necesita tratar a su tío para empezar a confiar. Sería un botarate si no lo hiciera. Esa prudencia habla bien de él, será un buen guerrero. Y mi hermano puede sentirse orgulloso.

—Tu hermano está muerto. A veces pienso que lo haces sentar entre nosotros, Caballo que Galopa en el Viento.

—Ahora soy Enlazador de Mundos, hermana. Y como tal, puedo sentir la presencia de mi hermano en otra dimensión.

Esa respuesta enfureció a Luna Azul.

—¡Pero está muerto! No se acuesta a mi lado ni me abraza por las noches. Vivo sin el calor de un hombre, Caballo que Galopa en el Viento. Esperaba que fueras tú el que ocupase ese lugar. Has tomado la decisión de alejarte de todo. ¿Por qué? ¿Es la mujer blanca la que te impulsa? Ella también es religiosa, según dices. ¿O es ese niño debilucho el que te pide alejarte de mí y de mi hijo?

Habían llegado pronto al nudo de la discusión y de la mano de su propia cuñada. Jim se alegró de poner final a esa molesta situación, y desentrañar la duda que lo carcomía.

—Alfonsito no es débil. Lo demostró al sobrevivir a una dosis de té negro que hubiera tumbado a un guerrero. Es extraño que haya podido beber por error un biberón con el líquido equivocado. ¿Quién se ocupó de alimentarlo anoche?

Luna Azul se encogió de hombros con desdén.

—Alguna de las mujeres. Estaban babeando por el chico.

—Entonces ninguna le hubiese causado daño.

—Quién sabe por qué mezclaron los líquidos. El té del niño pudo parecerse al té negro.

—Alfonsito bebe leche desde que estamos aquí. Ya ha dejado el té sagrado, no es necesario.

—¿Y cómo puedo saber yo de qué manera bebió el líquido equivocado?

—A menos que alguien lo haya introducido en el biberón antes.

Luna Azul se convirtió en una estatua de dignidad ofendida.

—Espero que el hermano de mi esposo no diga esas cosas por mí.

—Susana, no te he visto durante los festejos, ni viniste a felicitarme después de la reunión del Consejo.

—¿Por qué habría de felicitarte? ¡Acababas de destruir nuestra felicidad y la de

Pequeño Castor! Eso no es lo que tu hermano hubiese querido, él velaba por nosotros.

—Igual que lo haré yo. No debes mezclar las cosas, hermana.

—¡No me llames así! No somos hermanos, somos un hombre y una mujer que han sabido verse el uno al otro. ¿O niegas que me prometiste matrimonio?

Jim endureció el semblante.

—Hablas demasiado, cuñada. Ves promesas donde sólo hubo deseo.

La mujer se acercó a él y posó una mano lánguida sobre su hombro.

—El deseo es un buen comienzo, Caballo que Galopa en el Viento. ¿Por qué no te das cuenta? Nos pertenecemos desde que murió Nube Roja. ¿Qué otra mujer se casaría con el hijo de un traidor? Sólo la que ya lo ha hecho una vez.

Aquellas palabras laceraron el corazón de Jim como no podía haberlo hecho ningún otro insulto. Su mandíbula se crispó, y un brillo feroz destelló en sus ojos. Luna Azul había ido demasiado lejos. Él podía resistirlo, sin embargo, pues antes debía llegar al fondo de la cuestión.

—Soy heredero de los actos de mi padre y no reniego de eso —dijo con voz neutra—, lo que vengo a saber es lo que sucedió anoche. Quién dio el biberón a Alfonsito.

Luna Azul vio la oportunidad de sacarse el problema de encima.

—Creo que fue la protegida de Hierba del Sauce, Agua Quieta. Todas ellas claman por hijos que no han tenido y se pelean por el bebé blanco. Hay que estar muy desesperada...

Jim se levantó de golpe y arrojó el cuenco a los pies de su cuñada. El té que no había bebido humedeció la paja del suelo.

—Gracias por recibirme en tu casa, Susana. Lamento decir que no me gustan las fresas.

Dejó que esa declaración calase hondo en el ánimo de la mujer y salió de la cabaña.

El aire de afuera le resultó vivificante después de haber estado en compañía de Luna Azul. Trataba de ignorar sus facultades cuando se hallaba en la aldea con su gente, ya que de otro modo ciertas percepciones le impedirían llevar una vida normal. Sin embargo, no pudo evitar que sus sentidos captasen la maldad disfrazada de belleza en la mujer de su hermano. Él no la había tomado en cuenta en toda su dimensión, había subestimado su poder, y por su culpa Alfonsito estuvo a punto de morir y Clara sufrió lo indecible.

Caminó con rapidez hacia la rueda de espectadores del juego de pelota.

El campo era inmenso, y los hombres corrían y hacían grandes esfuerzos por superarse arrojando la bola por entre los árboles que señalaban el arco del contrincante. El equipo que lograra hacerlo doce veces resultaría ganador, y echarían a correr las apuestas que se habían realizado antes y durante el juego. En más de una ocasión, un partido que se armaba para dirimir conflictos creaba otros nuevos.

Jim aguzó la vista y barrió el aro de espectadores hasta dar con la persona que

buscaba. Agua Quieta alentaba con timidez a un joven guerrero que alardeaba de sus bíceps en cada arrojada. La muchacha se sobresaltó al encontrarlo a su lado, y más cuando Jim la tomó del brazo y la arrastró fuera del círculo.

—¿Diste el biberón a Alfonsito ayer por la tarde?

Agua Quieta se echó a temblar.

—Yo no sabía que le haría mal, no lo sabía... —articuló entre balbuceos.

—Lo sé. No te acuso, sólo quiero saber quién puso en tu mano el biberón.

Agua Quieta frunció el ceño, preocupada. Había sido Hierba del Sauce. En realidad, la propia Hierba del Sauce había querido dárselo, pero ella porfió y logró que le permitieran alimentar a ese bebito precioso. A pesar de que decían que era de sangre blanca, a todas les parecía un cherokee de pura cepa, con su pelo negro, sus ojos oblicuos, sus mejillas bronceadas y la fortaleza de sus puños.

—Le pedí a Hierba del Sauce que me dejara dárselo, nunca antes lo había hecho. Es la primera vez, lo juro.

—¿Ella lo preparó? Es raro, siempre le da leche.

—Es lo que ella dijo, pero pensó que era una decisión tuya, Caballo que Galopa en el Viento, cuando Luna Azul comentó que el niño tenía gases.

Jim sintió el cimbronazo de la confirmación de su sospecha. Todo era un ardid. Ignoraba de qué manera Susana habría conseguido llenar el biberón con el yaupon, o cómo logró convencer a las demás de dárselo sin consultar su contenido, pero como se había ofrecido a vestir a Clara y era además su cuñada, de seguro ninguna se atrevió a cuestionarla. Existía gente así, capaz de arrastrar a los demás a acciones insensatas, y las víctimas inocentes eran propiciatorias. Como Clara. Trató de controlar la furia que borboteó en su pecho mientras caminaba de regreso a la cabaña de Luna Azul. Aún no sabía qué haría, pero ya no podía esperar para decirle lo que pensaba. En eso estaba cuando la multitud coreó en un vocerío exaltado. Al volverse, varias mujeres corrían hacia el campo de juego y algunos ancianos se tomaban la cabeza como si estuviesen contemplando algo fatídico. Desde su lugar captó la mirada ansiosa de Agua Quieta, dirigida a él. Presagió desgracia, y corrió también.

Allí tendido, con una fea herida en la frente, se hallaba Pequeño Castor.



## CAPÍTULO 16

Clara despertó con la cabeza pesada, fruto del ayuno y del mal dormir. Lo primero que hizo fue inclinarse sobre Alfonsito, pero el bebé no estaba a su lado. Había quedado un hueco tibio donde antes estuvo luchando entre la vida y la muerte.

—Tranquila, hermana. Aquí está, conmigo. Y enojado por la falta de comida, creo.

Dos Personas la miraba sonriendo, con Alfonsito encaramado en su hombro, golpeándolo con sus dos puños y gritando hasta ponerse rojo.

Clara rió, aliviada.

—No está enojado, al contrario, actúa así cuando se siente feliz. Es su manera de decirlo sin palabras.

—Muy convincente.

Clara los miró a ambos con renovada ternura. Le parecía mentira poder sentirse así de nuevo. Hacía apenas horas, su propia vida estaba en juego, ya que si Alfonsito moría, ella moriría con él. Aunque Dios no se la llevara, parte de ella estaría muerta. Ese niño había significado primero una obra de bien, pero a medida que pasaban los días se convirtió en un entrañable lazo con el hombre al que sentía como parte de sí misma. La noche anterior, cuando Jim la miró a los ojos, lo había hecho desde el fondo de su ser, con una intensidad que en nada se parecía a la pasión profunda de la que ella lo sabía capaz. La noche en que creyeron que perderían a Alfonsito, él la había mirado como si la reconociese desde un tiempo anterior, y Clara había sentido que le pertenecía de un modo extraño.

Era una sensación difícil de recuperar ahora que él no estaba a su lado, y sin embargo Clara estaba segura de que Jim le estaba diciendo con los ojos algo que nunca había admitido con palabras.

—¿Le darás de comer?

La pregunta de Dos Personas la sacó de su pensamiento.

—No sé si haré bien llenándole el estómago —dudó.

—La naturaleza es sabia, hermana. Si berrea de hambre, su estómago está listo de nuevo.

La serenidad de su amigo era un bálsamo para Clara, en él todo parecía hallar solución.

—Iré en busca de la leche —y la joven se levantó de prisa para visitar a Hierba del Sauce.

La india ordeñaba la vaca muy temprano, y siempre guardaba la parte de Alfonsito.

Clara salió a la luz del día con la dicha de sentirse libre de preocupaciones. Si bien su situación en la aldea era delicada y la vida al lado de Jim menos que suave, ya ella se había acostumbrado a las asperezas. En su fe, eran pruebas que el Señor ponía

para templar su alma. Y sin la angustia sufrida por el mal del bebé podía encarar de nuevo la misión de cuidar del alma del señor Morris.

Hierba del Sauce la recibió con grandes aspavientos y exagerada cortesía. Le ofreció un pan de castañas y una bebida similar al café, hecha de nueces y avellanas. Clara se había olvidado de comer con lo de Alfonsito, de modo que aceptó gustosa llevarse los alimentos a su cabaña, para no demorar el desayuno del niño. Cuando Hierba del Sauce supo que el bebé tenía hambre y reclamaba su comida se echó a reír, feliz. Luego se mostró turbada, quería expresar algo y se retorció las manos con nerviosismo.

—Te pido perdón —acabó diciendo— por lo del vestido de Luna Azul.

—¿Por qué? Debería ser yo la que se disculpara, el vestido quedó hecho una ruina.

—Tú no debes disculparte con ella, lo que hizo estuvo mal.

—No te entiendo. ¿Qué hizo Luna Azul?

Hierba del Sauce miró a Clara con sorpresa. ¿Podía esa mujer blanca ser tan inocente? ¿Acaso no había venido Caballo que Galopa en el Viento hecho una furia? ¿O es que la mujer no sabía que había paseado por todo el campamento con la espalda desnuda?

—El vestido estaba roto. ¿No lo viste? Nosotras lo sabíamos, pero Luna Azul...

En ese instante, un alarido surcó el aire y reverberó entre los pinos. Hierba del Sauce quedó petrificada, y Clara se asomó a la puerta de la cabaña con el cesto de comida bajo el brazo. Desde allí podía ver a la pequeña multitud que se apiñaba en la entrada de la casa de la cuñada de Jim. Él no estaba a su lado cuando despertó, y Clara supuso entonces que habría ido a visitar a la única familia que le quedaba. Un remolino de inquietud se instaló en su pecho. A pesar de las protestas de Hierba del Sauce, corrió hacia la bonita cabaña, y al llegar los cherokee le abrieron paso con docilidad. El sufrimiento de la joven, su entereza, le habían acarreado cierta simpatía.

El cuadro era desgarrador. Luna Azul se postraba frente al hijo tendido sobre una tarima desnuda y se arrancaba los hermosos cabellos con ambas manos. Olvidada de su ropa fina y de su aspecto, la mujer era la imagen misma del dolor. Algunas indias se acercaban, pero no osaban calmarla. Pequeño Castor llevaba puesta su ropa de guerrero, calzaba su arco, sus flechas, sus mocasines, y por debajo de su vincha un agujero deformaba su frente joven. De allí manaba sangre, entre trozos de carne desprendida. Jim, de pie a su lado, era una máscara de bronce, su rostro nada trasuntaba. La mirada fija en el niño, el pecho erguido y tenso, ni siquiera notó cuando ella se acercó. El fuego encendido creaba sombras que le impedían ver con claridad, así que Clara dejó en el suelo su canasto y se aproximó a Pequeño Castor con la intención de ver su herida. La madre aulló y se arrojó sobre ella. Jim reaccionó con rapidez y le sujetó las manos, convertidas en las garras de una osa herida.

—¡Maldita mujer blanca! —bramó Luna Azul con la voz enronquecida por el dolor y la furia.

Pese a la impresión que le causaba, Clara se armó de valor y, protegida por Jim, que mantenía a Luna Azul lejos de ella, separó los cabellos del niño para apreciar la dimensión de la herida.

—¿Cómo fue? —susurró, impactada por la hondura del golpe.

—La pelota le dio de lleno —escuchó decir detrás de ella.

El juego. Clara había estado tan pendiente de Alfonsito que lo había olvidado. Tal vez por eso Jim se ausentó, quizá debía estar presente en el juego, pero... ¿Por qué no trataba de curar al niño? Sus ojos se elevaron hacia él en una muda pregunta que Jim contestó con dureza.

—Perderá el ojo —dijo—. No será un guerrero.

—¡Pero conservará la vida! —exclamó Clara sofocada.

Un murmullo de voces superpuestas coronó sus palabras. Unos estaban a favor, otros en contra. Pequeño Castor había sido criado en la convicción de que seguiría la línea sucesoria de Nube Roja. Al morir éste, quedaba Jim para representar la autoridad, tanto familiar como política. Sería el instructor del futuro líder. De algún modo, la renuncia de Jim a la jefatura truncaba esa posibilidad, pero Luna Azul sabía que su cuñado no iba a desamparar al hijo de su hermano, de modo que Pequeño Castor sería alguna vez el jefe, y ella la mujer de una familia de bravos. Pero, ¿qué haría un guerrero sin su ojo?

Tiempo atrás, toda la tribu le había puesto el mote de “rabo colgante” a un cherokee que se desencajó la coyuntura de la pierna en una batida y vivía arrastrándola. Su vida se redujo a reparar las redes de pesca, mantener el fuego durante las partidas de caza y silbar para atraer a los pavos salvajes a las flechas. Ella no quería esa vida para su hijo, y estaba segura de que tampoco su cuñado.

—Señor Morris, tengo entre mis cosas con qué cerrar esta herida antes de que se infecte. Más de lo que está... —agregó, preocupada al ver el tono azulado del borde.

Quién sabía por dónde habría estado rodando esa pelota.

Jim no respondió. La miraba con tal fijeza que Clara pensó que se hallaba en un trance. Decidida a no dejarse amilanar por ninguno de los presentes, incluida la propia madre, que graznó al verla moverse sobre el cuerpo de su hijo inconsciente, la novicia pasó sus delgados brazos por debajo de las piernas y el cuello de Pequeño Castor, e hizo el supremo esfuerzo de levantarlo. Un cherokee grueso que se encontraba a su derecha se interpuso y ofreció sus propios brazos para trasladar al niño. Clara, aliviada, lo siguió sin siquiera dignarse a mirar a nadie.

Jim abandonó la cabaña de su cuñada unos momentos después, cuando ya otras mujeres se hacían cargo del dolor de Luna Azul. Él permitió que ella sufriera sin consuelo porque así purgaría su propia maldad. “El que da, recibe”, pensó mientras dirigía sus pasos hacia el río. El accidente de Pequeño Castor lo hería en lo más hondo. Era sangre de su sangre, y él apenas empezaba a encontrarse con su sobrino. Lo sucedido se podía interpretar como un castigo también para él, que había renunciado a las obligaciones familiares, pero por alguna razón sentía que el hecho de

ocurrir justo al día siguiente del intento de asesinato de Alfonsito revelaba la justicia de los dioses. Luna Azul había sido insensible al dolor de Clara, que era madre sin haber parido, y ahora ese dolor se hacía sangre en sus venas.

La pregunta era: ¿moriría Pequeño Castor?

El agua rumorosa confundía las respuestas. Jim se sumergió en ella y el frío helado templó su espíritu. Debía ayudar a Clara. No podía dejarla sola. Los cherokees tomarían a mal que el niño perdiera la vida, o incluso el ojo. Y el odio de Luna Azul era capaz de cualquier cosa. Mientras caminaba resuelto hacia la cabaña del bosque, una fría determinación se apoderó de su pecho. Una vez más, el halcón lo desafiaba.

Clara no vaciló cuando templó la aguja en el fuego sagrado, ni cuando la enhebró con el hilo que su padre guardaba entre gasas; tampoco le temblaron las manos al cortar con la tijera quirúrgica la piel suelta que colgaba sobre el ojo del niño. Más le preocupaba su estado interior. Pequeño Castor no reaccionaba al dolor de sus manipulaciones, y Clara temía que hubiese caído en un sopor enfermizo. La sangre se había coagulado y hubo que limpiarla con agua del río que Dos Personas calentó al fuego. El berdache mantenía a Alfonsito bajo su vigilancia mientras asistía a Clara en la curación. Su presencia silenciosa resultaba tranquilizadora. El párpado del niño lucía hinchado como el buche de un sapo, ella no podía saber cuán afectado estaba el ojo. Lo primordial, no obstante, era evitar la infección. Sabía que su padre tenía muy en cuenta eso, debido a que por su consultorio desfilaron muchos heridos de guerra, de modo que Clara concentró su atención en limpiar la frente de Pequeño Castor antes de iniciar la costura del corte. Era un tajo profundo, casi hasta el hueso. Se arremangó la túnica y lavó sus brazos con el jabón que había llevado de Bellaflor. ¡Si supiera mamá Sara para qué lo empleaba! Hierba del Sauce, que la había seguido también, estaba atenta a sus requerimientos de paños limpios. Clara se sentía como una cirujana en el campo de batalla, con sus dos asistentes y el paciente, que dependía de ella. Así debió de sentirse su propio padre tantas veces...

—Papá, dame fuerzas —murmuró entre dientes.

Por la ventana entraba el sol a raudales, y si bien le permitía ver con claridad, pensó que era mejor mantener la habitación a resguardo, de modo que ordenó que se colgase uno de los pañales de Alfonsito para velar la entrada del aire de afuera. Así, en esa claridad lechosa y al calor del fuego, comenzó a coser la herida de Pequeño Castor. Nada la distraía. Su concentración era tan grande que los ruidos de la aldea formaban una especie de nube algodonosa fuera de su cabeza. Clara sólo veía las puntadas y la calidad del tejido dañado. El color azul aún se notaba en los bordes que había limpiado, y eso la preocupaba.

Cuando terminó su labor, contempló el resultado con ojo crítico y recién entonces habló.

—Dos Personas, ¿tienen algo aquí que sirva para purificar una herida?

—Los hombres medicina usan un polvo de hongos.

—¿Y se puede encontrar con facilidad? —Clara se preguntaba dónde estaría Jim,



y si él tendría ese milagroso medicamento en sus alforjas.

Estaba a punto de revisarlas sin permiso cuando el hombre entró en la cabaña, ocupando el vano de la puerta con su impresionante cuerpo.

—Señor Morris, necesito proteger la herida y mantener a Pequeño Castor fuera de cualquier contagio.

Por toda respuesta, Jim salió de nuevo.

—Irás a buscarlo, hermana —la tranquilizó Dos Personas, que de nuevo se admiraba de la fortaleza espiritual de aquella mujercita pequeña y suave.

Al poco rato, Jim volvió con un envoltorio de hojas. Allí residía el polvo que él ya había raspado de algunos frutos caídos. Con una espátula de hueso, lo colocó en la palma de la mano de Clara. La joven miró ese polvillo maloliente y rezó para que fuera la medicina correcta. Era apenas una lámina de moho, pero si los cherokees la usaban para protegerse, sería suficiente. Además, no tenía otra elección. Untó la herida de Pequeño Castor con delicadeza de artista, y luego se volvió hacia Dos Personas.

—Quisiera saber si puedo dárselo para que lo trague. Tal vez necesite la protección adentro.

El berdache miró a Jim y éste asintió. Clara disolvió entonces lo que quedaba del polvo en un poco de agua y miel, y con mucho tiento fue introduciéndolo en la boca del muchachito. Al estar inconsciente, la tarea era ímproba, de modo que necesitó la ayuda de Jim. Una vez más, ambos estaban unidos en el cuidado de un niño que no era propio.

Satisfecha y expectante, Clara se dejó caer sentada y respiró hondo.

—Ahora sólo queda esperar —dijo, exhausta.

—Le daré el biberón —anunció Dos Personas, y salió con Alfonsito en brazos.

Hierba del Sauce, al ver que ya no la requerían, se fue silenciosa, y quedaron Clara y Jim a solas con Pequeño Castor. El muchachito respiraba con ritmo, y eso era bueno.

—¿Cree que despertará, señor Morris?

El tono suplicante hizo que Jim la mirase con un extraño brillo en los ojos.

—Háblele, Clara, así sabrá que su vida dependió de usted, y ya no quedará resentimiento en su corazón.

—¿Qué puedo decirle? Ni siquiera me conoce.

Jim tomó un sonajero de plumas y comenzó a esparcir el aire alrededor de Pequeño Castor, atrayendo la energía beneficiosa del sur.

—Mi sobrino es sólo un niño, el hombre que hay en él aún no se ha despertado. Haga que ese hombre sea bueno, Clara, nadie mejor que usted para lograrlo.

Esas palabras sorprendieron a la novicia. Por primera vez, Jim confiaba en su poder como misionera, la veía como Santa Clara, no ya en sorna sino con una real convicción. Pese a la alegría que le hizo sentir, en el más recóndito sitio de su corazón aquella revelación le causó tristeza. Quería decir que el señor Morris ya no la

miraría con fuego ni la tocaría como lo había hecho, desatando en ella sentimientos confusos y excitantes.

Una sensación de pérdida la envolvió.

Las horas pasaron, y el niño no empeoró, aunque tampoco mejoraba. Clara le cantó nanas francesas que recordaba de su niñez, y cuando se le agotó el repertorio susurró en el oído de Pequeño Castor suaves palabras de aliento. Le dijo que ella lo veía como un guerrero fuerte y valiente, que pronto tendría otras flechas más poderosas y que la huella de sus mocasines marcaría un rumbo para los que fuesen detrás. De manera insólita, vino a su boca una vieja leyenda sobre un lago que todo cherokee sabe que existe en el oeste, en las profundidades más salvajes de las Montañas Humeantes, un lago mágico al que nadie vio jamás pero del que nadie duda, debido al zumbido que producen miles de patos volando sobre él.

—Un día, Pequeño Castor —le dijo en tono soñador—, serás capaz de conocer ese lago donde fluyen los torrentes, porque serás bueno con los animales, y entonces ellos te permitirán ver las aguas mágicas que los curan. Harás como el oso, que recorre sus orillas y luego se sumerge, para salir con las heridas restañadas. Tus huellas, Pequeño Castor, se confundirán con las del oso. Y las aves volarán sobre tu cabeza para saludarte. Serás el único cherokee que haya visto el lago mágico del río Oconaluftee. Y estarás sano, muy sano y feliz entonces.

Jim sintió un lanzazo que le atravesaba el pecho.

—¿Cómo sabe eso? —le espetó con brusquedad.

—¿Lo del lago? Creo que lo leí... en el diario de mi padre. Es una leyenda, me parece.

—Lo es. Nadie la menciona ahora. Los ancianos a veces la cuentan a los niños.

—Bueno, me gustaría que Pequeño Castor la conociera.

—¿Qué más ha leído en el libro?

Clara se encogió de hombros. En la soledad de sus noches en la cabaña, mientras Jim vagaba por quién sabía dónde, ella había vuelto a leer las memorias de su padre. Con reticencia al principio, luchando contra su propio rechazo hacia la figura paterna que la había decepcionado hasta lo más profundo de su ser. Las palabras de aquel Ambrose juvenil, lleno de ilusiones, seguían conmoviéndola pese a lo ocurrido después.

—Mi padre habla de sus primeras curaciones, y esa información me fue muy útil hoy. Nunca antes había cosido a nadie, pero pude darme cuenta de cómo hacerlo, y me siento contenta.

Jim la horadaba con su mirar intenso.

—Es buena mujer medicina, podría ser shamán también.

—Prefiero ser monja y atender los males del espíritu, además.

—¿Eso es lo que ha decidido?

Clara evitó mirarlo.

—Así como usted decidió ser shamán en lugar de jefe.

Jim apretó los dientes.

—Es para lo que me han enseñado. Lo que debía hacer.

El tono con que lo dijo llamó la atención de Clara.

—¿Pero es lo que usted quiere?

—Somos lo que somos porque recibimos una herencia, no decidimos.

—Eso es así en parte, señor Morris. Mi padre fue un cazador de gente y yo no lo apruebo, nunca haría lo mismo. El suyo firmó un tratado que usted juzga vergonzoso, y estoy segura de que usted no lo firmaría aunque se lo pusieran delante.

—Lo que heredamos es lo que ellos debían hacer y no hicieron. ¿No se da cuenta?

La amargura de Jim era palpable. Clara sintió que la compasión le embargaba el pecho.

—Es una pesada carga, señor Morris. No sé si el Señor quiere eso para nosotros.

La serenidad de Clara contrastaba con el bullir interno de Jim, y esa declaración sumisa acabó por desatar el nudo de emociones que venía tironeando en él desde que llegaron.

—¡Olvide lo que su Dios dice! Hable por sí misma, Clara. Diga lo que piensa sobre todo lo que ve y siente. ¿Odia a su padre? ¿Amaba a André? ¿Está conforme con vestirse con trapos y secarse como una rama de olmo sin savia?

El estallido golpeó a Clara como un puñetazo. Jim se inclinaba como un cazador, dispuesto a dar el golpe fatal. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y palpar la violencia apenas contenida. Ése era el Jim Morris que ella debía salvar, el hombre que caía presa de sus pasiones. ¡Pero era también el que la hacía vibrar cuando se volcaban en ella!

Con delicadeza, apoyó una mano en el torso masculino y presionó un poco hacia atrás.

—Olvida que Pequeño Castor debe sentir paz a su alrededor.

—Será un guerrero, más vale que se acostumbre a la guerra.

—Es usted un hombre duro, señor Morris. Sin embargo, no es invulnerable. Nadie lo es. Pequeño Castor podrá ser guerrero, pero no tiene que ser cruel.

—Piensa que soy cruel porque he escalpado al hombre que asesinó a mi padre y a mi hermano. Me cree incapaz de sentir compasión o amor por las personas. ¿Qué me dice del coronel Levillier, que mató a su propio hijo? O de André mismo, que usurpó la identidad de otro para poder amenazar y matar, llegado el caso. ¿Los cree mejores que yo, Santa Clara?

—Las culpas son de cada uno. También yo tengo las mías.

—Oh, las tuyas... Creo que alguna vez debió de hurtar un trozo de galleta en la cocina. O quizás arrojó una piedra y salió corriendo. ¿Cuánta penitencia hizo, Santa Clara? ¿Alcanzarán los días de su vida para expurgar sus culpas?

Clara se sintió humillada por ese ataque inesperado. Jim no le daba tregua, sobre todo con la mirada, que mantenía clavada en su rostro como si quisiera desentrañar

algo oculto en ella.

—Déme algo más de crédito, señor Morris, no soy una niña.

—Claro que no lo es, de eso puedo dar fe.

Era insoslayable el sentido de esa afirmación, y Clara enrojeció hasta las orejas.

—No maté a nadie como usted, ni perseguí a las personas para amenazarlas, pero he mentado, y no sólo a mi padre. Me he mentado yo misma.

Su labio inferior empezó a temblar mientras reflexionaba en voz alta, confesándose ante un hombre que no era de su religión ni tenía autoridad para exigirle nada, y sin embargo ella dejaba fluir su tristeza ante él en un torrente de palabras.

—Huí de la indiferencia de mi padre y me fui a Francia a vivir con mi abuela. Memé era una gran persona, pero demasiado influyente para mi edad entonces. Yo tenía apenas dieciséis años. Ella nunca estuvo de acuerdo con que mi madre se viniese a vivir aquí, quería que criase a sus hijos en Europa. Yo sé que mi padre tuvo que enfrentar desaires de mi abuela más de una vez, pero su carácter jovial lo mantenía a salvo, hasta que murió mi madre. Mamá Sara me contó que fue otro hombre entonces. Siempre fiel a su profesión, dedicado a sus pacientes, pero nunca feliz como antes. Me crié con él y sé que me amó mucho, sin embargo no me daba la importancia que yo requería. Y cuando supo que en lugar de casarme con André prefería estudiar medicina, enloqueció de furia. Dijo tantas cosas... Dijo que no era digna de ser la sucesora del apellido en Bellaflor, que quería malgastar mi vida... Fue cuando exigí ir a visitar a mi abuela. Y me quedé con ella hasta que murió. Una monja que me ayudaba a cuidarla me habló de la Orden de Nazaret y me dijo que las Hermanas eran misioneras de caridad, que iban donde el servicio las necesitaba y practicaban la medicina como asistentes en los hospitales. Me pareció que mataría dos pájaros de un tiro si tomaba la decisión de convertirme en monja de Nazaret: aprendería a curar, y no debería casarme con André al regresar. Claro que mi padre tomó esa decisión peor que la anterior. Dijo que me desheredaría. Yo estaba ansiosa por demostrarle de qué era capaz, y con ayuda de aquella monja me embarqué rumbo a Sudamérica. Llegamos a Buenos Aires justo durante la epidemia de la fiebre amarilla, y sé que fui de mucha utilidad en la ciudad. Después, pasado el peligro, me quedé con las Hermanas en distintos albergues hasta que el obispo nos ofreció el convento de San Francisco y entonces me dediqué más que nada al hospital y a la casa de huérfanos. Ahí conocí a Alfonsito. Bueno, el resto de la historia ya la sabe.

Jim escuchaba, pendiente de sus palabras. La sencillez de Clara no dejaba de admirarle.

—Deduzco que su culpa es haber enfrentado la autoridad de su padre.

—Y haberlo hecho infeliz hasta el día de su muerte. Que fue violenta, si usted recuerda.

—A manos de un cherokee.

—Sí, pero inducido por André, que fue como un hijo para él... —y Clara se tapó

el rostro con ambas manos—. ¡Dios mío, cuánta desgracia acarree con mi capricho!

Jim le retiró las manos y la sacudió.

—¡Clara! Deje de sentirse el centro del mundo. Sus actos son apenas un guijarro en la vida de los otros. ¿Cree que su padre formó parte de los Caballeros de la Camelia Blanca por su partida? ¿Cree, acaso, que André lo mandó matar porque la dejó ir? Su padre sentía que las nuevas ideas atentaban contra la vida que llevaban en Virginia, y André ambicionaba ser el dueño de Bellaflor para unirlo con su propia plantación. ¿Por qué piensa que el coronel llegó al extremo de matarlo? ¿Por defenderme a mí? No, Clara, fue porque no soportaba ver a su hijo convertido en un extraño de corazón vil, capaz de asesinar al que había sido el mejor amigo de su padre. Ese drama ocurrió más allá de su alcance, Clara, habría ocurrido de todos modos, aunque usted no hiciese nada.

La joven lloraba sin consuelo, si bien escuchaba lo que Jim decía. El peso de su conciencia se aliviaba, pero la tristeza era tan grande que no podía albergarla.

—Todo fue en vano... —balbuceó.

—¿A qué se refiere?

—Lo que dije a mi padre, lo que sostuve ante las Hermanas y la abadesa... les mentí. Soy indigna de llevar estas prendas.

—¿Por qué? ¿En qué mintió? —y un rescoldo de esperanza nació en el pecho de Jim.

—¡No deseo ser monja! —gritó Clara de pronto con rabia, un estado de ánimo desconocido hasta para ella. Jim vio su expresión y no dijo nada, la dejó que se desahogara.

—¡Lo dije para convencer a todos y para convencerme yo misma! Lo único que quiero es ser médico, pero sólo siendo misionera puedo practicarlo. Si pudiera, si me dejaran... —y tironeó de su hábito raído como si quisiera sacárselo.

—Lo ha hecho, Clara. Ha curado a Alfonsito y ahora está intentándolo con Pequeño Castor. No precisa disfrazarse para usar la medicina.

Los ojos de Clara, arrasados por las lágrimas y más luminosos que nunca, se posaron en el rostro de Jim con un brillo de ilusión.

—¿Y usted, señor Morris? ¿Necesita ser shamán y alejarse de todo?

Jim contuvo el aliento. Una explosión estaba a punto de brotar de su pecho. Era el temblor de la tierra antes del fuego, la anticipación de la tormenta, el flujo del torrente antes del remanso en el lago. Tomó a Clara por los brazos y la oprimió con fuerza.

—¡No! ¡Tampoco lo quiero! —dijo con voz enronquecida.

Y cubrió la boca de la joven con un beso devorador. Jim estaba en llamas, y el incendio de sus sentimientos había sobrepasado los límites permitidos. Clara no opuso resistencia. Dejó que los labios del hombre pugnaran por abrir los suyos, y que cuando lo consiguieron la lengua entrara salvaje y descontrolada, buscando rincones nuevos, saqueando el interior de su boca con ansia desmadrada. Luego permitió que

él la acostase de espaldas sobre el suelo fragante y apoyase el cuerpo entero sobre el suyo, sintiendo el latir de su vientre como propio. Jim la acarició en los costados, mientras su boca seguía el recorrido con ferviente anhelo, sorbiendo el calor que ella desprendía. En cierto momento, el hombre lamió su cuello como un animal salvaje, desde las orejas hasta la garganta, y se detuvo allí donde el corazón palpitaba desbordado.

—Ábrete, Clara —exigió.

Ella no sabía a qué se refería, pero por instinto lo rodeó con los brazos. Jim la alzó desde abajo, apretándola contra su bajo vientre, hincando el cuerpo en ese hueco tibio que sólo había podido imaginar, pidiendo paso y a la vez ordenándolo, con ese talante que ella tan bien le conocía y que había aprendido a entender como un ruego, antes que una orden.

Las piernas de Clara cedieron al empuje, y el hombre soltó un gemido de satisfacción. Le subió la túnica hasta los muslos, y masajeó con su mano el pubis a través de los calzones. Luego, con brutalidad, rompió la tela y hurgó con sus dedos el interior de Clara, sin reparar en las protestas entrecortadas.

—Déjame —dijo, jadeante—, no sentirás nada malo, déjame mostrarte, Clara.

El dedo de Jim llegó a la barrera que ningún hombre había atravesado, y gruñó de satisfacción. Estaba casi seguro, pero las fanfarronadas de André...

Con un grito victorioso, extrajo el dedo y volvió a masajear esa flor de pétalos húmedos que sabía tan sensible en ella. ¡Cómo iba a ser monja una mujer que con sólo tocarla vibraba igual que una cuerda de arco tensado! La frotó con el canto de la mano hasta que Clara, conmocionada, soltó un gemido. Entonces bajó la cabeza y, sin atender a las súplicas de la horrorizada joven, lamió el centro del placer con avidez. Su lengua entró a la cavidad con la misma destreza que el dedo, derrumbando todas las defensas de Clara. Al captar el momento en que iba a dejar salir sus temblores, alzó la cabeza y la miró con fiereza. Ella también lo miraba, al borde del abismo. “Otra vez no”, pensó Clara, recordando la noche en la cueva. No podía ser tan cruel de llevarla al paroxismo y luego alejarse. Sin embargo, Jim sonreía, no como la vez anterior.

—Eres mía, Clara. Lo has sido siempre, sólo que no lo sabías. Ningún hombre pasará por ti.

Y así diciendo, Jim dejó salir su miembro impaciente y lo hundió en ella hasta el fondo, con un grito de guerra que ahogó el de dolor de Clara. Luego, cuando la sintió hasta en sus entrañas, empezó a hamacarse con firmeza, mirándola a los ojos y estudiando cada línea de expresión en el rostro angelical de la muchacha. La cabalgó con energía controlada, llevándola hacia un desbordante anhelo que él acentuó acariciando de nuevo su pubis. Lágrimas rodaban por las mejillas de Clara que llegaban hasta la comisura de su boca, y que Jim sorbía sin descanso. Al fin, cuando ella creía que ya no quedaba nada más por sentir, se vio arrastrada hacia un torbellino que la consumió entera. Se escuchó gritar, con una voz distinta a la de siempre, y el

mundo desapareció a su alrededor, salvo el rostro de Jim, que ocupaba su pensamiento y todo su ser. Sus espasmos se prolongaron hasta que ya no tuvo fuerzas, y se derrumbó bajo el peso del cuerpo masculino. Jim también jadeaba, exhausto, aunque en él latía un placer que parecía exigir más. Clara cerró los ojos, angustiada. Había caído. Era una mujer entregada al amor, como Ester.

Y quizá hasta había concebido un hijo.



## CAPÍTULO 17

Clara se adentró en el bosque. A esa hora de la mañana, con el sol derramado sobre las copas de los árboles, el corazón del bosque era un refugio cálido y amistoso, no como en las noches, cuando parecía acecharla desde el fondo de la cabaña. Dos ardillas que intentaban beber de un charquito se espantaron a su paso, aunque una de ellas, más audaz, se detuvo a mirarla. Clara se sentó sobre sus talones y miró también sus ojitos de obsidiana.

—Anda —le susurró la joven—, ve con tu amigo. Es feo estar solo.

La ardilla se sentó sobre sus cuartos traseros y se frotó la cara con rápidos ademanes. Clara se echó a reír y el animalito huyó batiendo la cola espumosa. La foresta se llenaba de ruidos y movimientos furtivos. A medida que avanzaba sobre la alfombra de hojas secas y agujas de pinos, el crujido de sus pasos alborotaba la fauna. Unos cuervos alzaron vuelo entre chillidos, en tanto que un reyezuelo soltaba trinos agudos para alertar a todos. ¡Hay alguien en el bosque!, supuso Clara que estaría diciendo. Sin embargo, aquel sitio era visitado a diario por los cherokee, que bebían de sus aguas y cazaban sus venados. Uno de ellos asomó sus ojos dulces y confiados entre las hojas de un arbusto. Clara se detuvo y lo contempló maravillada. Le asombraba la candidez de ese ciervo, que era presa de los cazadores y sin embargo no huía ante su presencia. Podía más su curiosidad. Como le sucedió a ella. Pudo más el deseo de saber qué se sentía en brazos de un hombre que toda la prudencia acumulada en los años de noviciado. Ella, que socorrió a tantas mujeres perdidas, que aconsejó a Ester antes de que abandonara a Alfonsito y que supo de las miserias de los huérfanos, acababa de cometer el error humano fundamental.

El paso fatal que daban las mujeres confiadas. O las tontas.

¿Qué podía hacer? Negar la atracción del señor Morris era inútil, ya la había sentido antes, incluso en Bellaflor. Algo había en ese hombre, un magnetismo imposible de resistir, y el verse sola en su compañía, aunque fuese tan árida, la impulsó a sus brazos. Clara no culpaba a Jim de la seducción. Si ella no la hubiese querido, podría haberla impedido. Era la única responsable de sus actos, por más que él a veces hablase de herencias y deberes.

Se preguntaba cómo lograría salvarlo de sus errores, cuando ella era incapaz de dominar los propios. Y ahora... ¿en calidad de qué lo haría? Ya no podía considerarse una novicia, lo sucedido en la cabaña había echado por tierra esa ambición que, en lo más íntimo de su ser, había reconocido como falsa. Jim lo supo siempre. Ese hombre había tenido la facultad de meterse en su alma antes de meterse en su cuerpo.

Clara se sentó en la orilla y sumergió los pies en el agua. Luego se arremangó la túnica y lavó sus partes íntimas, que sentía doloridas por el acto consumado. La frescura del río reanimaba su espíritu y diluía su sensación de culpa. Aquel torrente le murmuraba palabras de aliento. ¿Por qué culparse? ¿Acaso ella no había reconocido



que su única y auténtica vocación era curar? ¿A qué insistir con el hábito y los rezos? “Dios sabe lo que hay en tu corazón.” Se lo había dicho a Ester, cuando la joven mentía acerca de sus intenciones. Clara era honesta. Tratar de engañar a Dios era engañarse uno mismo.

—Papá... si te hubieses mantenido como yo te recordaba... serías mi sostén en este día.

Escondió el rostro en las manos y lloró. Por ella y por André, por la infancia perdida, por las Hermanas del convento que la creían pura, por Alfonsito, que dependía de un cariño prestado, y por Jim, que no sabía pedir ayuda. El mundo se había oscurecido de pronto, ya no era capaz de encontrar su brillo como antes.

Y Dios, ¿dónde estaba? Lo necesitaba como nunca.

—Hola.

La voz la tomó desprevenida y casi cayó de bruces al agua. Se incorporó, enjugando las lágrimas con la manga, y descubrió el rostro ceñudo de Wapiti. El joven la miraba encaramado en la rama de un abeto. Clara hizo algo de lo que no se creyó capaz hasta el momento: extrajo de debajo del hábito el puñalito que Jim le había dado y apuntó con él a Wapiti. El muchacho saltó como un gamo y aterrizó en el suelo sin hacer ruido.

Sonreía despectivo.

—¿Qué vas a hacer con eso, mujer blanca? ¿Atravesarme? Apenas me harías cosquillas.

—No te me acerques.

—Eres valiente, Ojos de Cielo de Verano, o más bien tonta, para retarme así. Puedo arrebatarte eso y clavártelo en el corazón. Luego te lo arrancaré y me lo comeré.

La imagen repugnó a Clara, que frunció los labios, pero se repuso enseguida.

—¿Por qué me odias? Yo no te hice nada, estoy aquí porque no tengo adónde ir. Tu gente me recibió con amabilidad, salvo tú y Susana, que parecen desearme el mal.

—¿Susana?

—La cuñada del señor Morris.

—¡Ah, Luna Azul! Ella sí te odia, porque le has quitado la oportunidad de casarse con Caballo que Galopa en el Viento. Y con eso me quitaste a mí el lugar de shamán de la tribu.

—¿Por qué? No lo entiendo, si yo no decido nada.

—Eres como la piedra que divide las aguas, Ojos de Cielo de Verano, estás presente y eso basta. Desde que el hombre medicina te trajo, ya en su mente existía la duda, y ahora él decide no ser el jefe, no casarse, y en cambio dedicarse a la magia que cura. Ése era mi papel, para eso me preparé junto a Muchas Plumas.

Clara podía comprender la frustración del muchacho, aunque no justificara su proceder. Bajó el puñal y lo mantuvo al costado de su cuerpo.

—Lo que dices puede ser cierto, Wapiti, pero aun así no es mi culpa. Han de

haber pasado cosas aquí sin que yo supiese. El señor Morris no me cuenta nada de lo que ocurre.

Wapiti sonrió aviesamente.

—Sí, él es así, como dijo mi maestro: el “hombre máscara”. Tiene mucho que ocultar. ¿Sabes que es el hijo de un traidor?

—Sé que su padre firmó un tratado que aceptó el destierro de tu gente.

—Ni él ni los otros firmantes tenían derecho. Ellos no representaban la autoridad, no se había reunido el Consejo y no podían decidir nada, pero lo hicieron.

—Quizá pensaron que era mejor así, para evitar la guerra.

—Fueron cobardes, se dejaron tentar por el enemigo.

—Pero el propio padre de Jim debió de sufrir el destierro. ¿Crees que él hubiera hecho algo que lo perjudicara? Sin duda, en aquel momento pensó que firmar la paz sería lo mejor.

—Y se equivocó, al igual que los otros. Pero ahora esa traición fue vengada, ya no queda ninguno de los firmantes, a todos los han hecho pagar su deuda de sangre.

Clara se estremeció. Sabía que el viaje de Jim había tenido como propósito vengar esa muerte, y la inquietud se apoderó de ella. Wapiti era muy joven, debía de ser un niño cuando el padre y el hermano del señor Morris murieron, y además, si había comprendido bien la historia, aquellas muertes ocurrieron lejos de allí. ¿Por qué ese muchacho hablaba con tanta certeza sobre lo ocurrido? ¿Es que las noticias volaban sobre las montañas y los bosques? Entre los indios había quienes viajaban de tribu en tribu, portadores de sucesos buenos y malos, mensajeros que cumplían una misión.

—Wapiti, creo que no debemos juzgar a nadie sin saber lo que hay en su corazón. Quién sabe por qué el padre del señor Morris obró de ese modo, tú no estuviste ahí para escuchar sus razones.

—Yo no, pero mi abuelo sí, y él regresó al pueblo para contar lo ocurrido. Y jurar que los culpables serían condenados.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre, que se encargó de ejecutar la última venganza.

Clara se quedó helada.

—¿Tu padre mató al padre de Jim? —articuló, apenas con un hilo de voz.

El joven se puso ancho, vanagloriándose.

—Él lo señaló como culpable y los soldados se encargaron.

—¡Wapiti, eso que dices es horrible!

—¿Por qué? —aulló el muchacho con rabia—. No es peor que sacrificar a un pueblo. Ya no queda sangre de traidores, salvo la de Caballo que Galopa en el Viento. Llévate a tu hombre y no vuelvan jamás, aquí todos recordarán siempre de quién es hijo.

Clara no podía creer tanto resentimiento hacia alguien que, si era cierto lo que Jim le había contado, ni siquiera había nacido entonces.

—Eres muy joven para sentir odio, Wapiti, sobre todo si deseas ser un hombre medicina.

—De eso vengo a hablarte —repuso sorprendentemente el muchacho—. Dijiste la otra noche que no tengo las manos buenas. ¿Cómo sabes eso?

—Escuché decir que un shamán debe llevar un camino espiritual que lo aleje de las pasiones comunes. Por eso lo dije, ya que me atacaste.

—Lo hice porque Luna Azul me lo pidió.

—Dios mío, si casi no la conozco... —exclamó Clara, abatida.

—No importa —y Wapiti desechó esa cuestión con un ademán—, quiero saber si alguien te ha dicho que yo no tengo las manos buenas. Y saber quién fue.

Clara se cruzó de brazos con el cuchillo.

—Te crees demasiado importante, Wapiti. Nadie me habló de ti, pero cualquiera que sepa de tu odio y tu placer ante la venganza se daría cuenta de que no tienes las manos buenas, y por ende el papel de shamán te queda grande.

“Igual que a Jim”, pensó Clara, aunque no lo dijo. El joven meditó unos momentos y llegó a la misma conclusión.

—Caballo que Galopa en el Viento tampoco tiene las manos buenas, entonces es tan indigno de ser hombre medicina como yo.

—Es probable. Ambos tienen que aprender a perdonar. Pero él sufre en carne propia una tristeza muy grande. Tú, en cambio, alimentas tu odio con recuerdos del pasado. Yo no justifico a Jim, pero puedo comprender mejor su sentimiento, porque mi padre también fue una decepción para mí.

—¿Ha traicionado?

—No era tan noble como yo suponía —se limitó a decir Clara con acritud.

—Entonces no tenía las manos buenas —dijo con una sonrisa Wapiti.

—Así es —Clara se miró las palmas y el puñal que yacía en una de ellas—. Tampoco yo —y arrojó el arma al suelo.

—Creo que no eres tan tonta, después de todo. Caballo que Galopa en el Viento ha elegido bien.

A pesar de lo sucedido en la cabaña, Clara no creía que Jim la hubiese elegido, más bien suponía que había caído presa de la fatal atracción, como ella. La tristeza asomó a sus ojos.

—El señor Morris ha elegido un camino de soledad —dijo en voz queda.

—Ya no.

La voz los paralizó a ambos. Wapiti saltó, poniéndose en guardia cuando vio a Jim avanzar hacia ellos. Clara ignoraba desde cuándo estaba él en el bosque, y ante la duda prefirió distraer su atención del joven imprudente.

—¿Cómo está Pequeño Castor? —dijo con rapidez.

Jim vio el cuchillo a los pies de la joven y la miró a los ojos. Había en su mirada tal desesperado reflejo de su conmoción interior que a Clara se le aflojaron las rodillas.

¿Él también lamentaría haber caído en la tentación? ¿O sería que Pequeño Castor...?

—Recoge el cuchillo y ve a verlo. Ha preguntado por ti.

—¡Entonces se repuso! ¡Dios mío, gracias!

La exclamación gozosa de Clara no conmovió a Jim, que continuaba impertérrito.

—Recoge el cuchillo y ve —repitió.

La voz calma, el semblante sin expresión, alertaron a Clara. Él quería alejarla para quedar a solas con Wapiti. Entonces sí había escuchado, y venía a cumplir su otra venganza, la que lo condenaría para siempre. Si el señor Morris mataba a ese muchacho descontrolado su alma estaría perdida, pues habría desechado la oportunidad de elegir el camino correcto. Y Clara estaba ahí para impedir ese error.

—Ven conmigo —dijo, tuteándolo por vez primera—, lo veremos juntos.

El hombre miraba ahora a Wapiti, una mirada fija de halcón que acaba de elegir a su presa.

—Iré después.

—¡No!

El estallido sorprendió tanto a Jim como a Wapiti. Ambos miraron por un segundo a la mujer que blandía el puñal en una mano, sujetando con la otra el bajo empapado de la túnica. El muchacho fue el primero en despegar sus ojos para fijarlos otra vez en su enemigo. Se negaba a retroceder, aunque el corazón pugnaba por salirse del pecho. Aquél era un contendiente formidable. Si la otra noche él se atrevió a batirse con Jim fue porque la fiesta y la rabia inoculada por Luna Azul se le habían subido a la cabeza. Ahora, con la mente fresca y el temor de no ser lo suficientemente bueno para ocupar el puesto de shamán, se sentía inseguro. Cuando por fin quedaran frente a frente, sólo uno de ellos seguiría siendo el hombre medicina, el *didanvwisgi* de los cherokee de las Montañas Humeantes.

Clara seguía ahí, empero, sin intenciones de moverse. Jim se impacientó.

—Obedece, mujer.

Esas palabras la azuzaron. Se resistía a ser tratada como una *squaw*, al igual que muchas indias al servicio de sus esposos blancos. La suya era una situación a la inversa, pero el trato revestía, para ella, la misma sumisión.

—¿Qué hará usted, señor Morris? —atacó, volviendo a distanciarse de él con su modo de hablar.

Jim, que captó sus intenciones, se volvió hacia ella con el rostro pétreo.

—Lo que *debo* hacer, señorita Clara. Desde que empecé mi viaje.

—Pero hace un rato hablamos de lo que otros nos imponen hacer. Creí que usted entendía eso —y Clara tartamudeó, pues lo que habían hecho hacía un rato distaba mucho de hablar.

Wapiti la contemplaba admirado. Esa mujer blanca se ganaba su respeto al enfrenar a Caballo que Galopa en el Viento y contradecirlo. Ya la vio con otros ojos cuando supo que estaba asistiendo a Pequeño Castor, pese a ser hijo de Luna Azul. Y

ahora, con esa ridícula pose, enarbolando el minúsculo cuchillo...

—Ojos de Cielo de Verano, hazle caso y vete —le dijo, en un intento de evitarle problemas—. Estas cuestiones no te interesan.

Jim estuvo a punto de abalanzarse sobre el joven al escuchar que le había puesto un nombre, como si ella le perteneciera.

Era prioritario sacar de allí a Clara.

—Ve con Pequeño Castor, te necesita.

—En este momento usted me necesita más aún, señor Morris, y sabe por qué.

Jim avanzó y en tres pasos estuvo junto a ella. Clara apuntó la hoja del puñal hacia su barriga.

—No siga, o me obligará a usarlo.

La expresión del hombre era furibunda. Le importaba poco el puñal, él podía lanzarlo al río de un manotazo, lo que lo sacaba de su eje era que aquella mujer creyese que sabía lo que le convenía, que se atreviese a anticipar sus intenciones y tuviese el atrevimiento de impedirlos. Wapiti, entre tanto, descubrió que el mejor modo de ayudar a Ojos de Cielo de Verano era huir de allí. Caballo que Galopa en el Viento podía encontrarlo cuando quisiera, en otro momento en que ella no estuviese presente. Si se iba no estaría huyendo, sólo postergando el encuentro. Caminó hacia atrás con sigilo, dio media vuelta y echó a correr como un ciervo. Jim percibió el hecho pero no desvió la vista de Clara. Capturó su muñeca y presionó, hasta que los dedos se abrieron y dejaron caer el cuchillo. Luego, lo cubrió con su mocasín.

—Devuélvame —dijo.

—Usted... lo está pisando.

—Devuélvame —insistió Jim con dureza.

Clara no sabía si le estaba tomando el pelo o poniéndola a prueba. Con lentitud se agachó y puso la mano junto al pie de Jim. Miró hacia arriba y vio su rostro, que sonreía con crueldad. Las copas de los árboles formaban un halo de oscuridad a su alrededor, la cabeza del hombre enmarcada por el movimiento de las hojas a merced del viento. Clara intentó levantarle el pie y no lo consiguió.

—Señor Morris, ¿para qué me pide algo que no está dispuesto a permitir? —resopló fastidiada.

Él se agachó también y la miró directo a los ojos.

—Porque es lo que hice antes, cuando le pedí que se entregase a mí. No estoy dispuesto a que renuncie, a menos que admita que estaba equivocada. Dígalo de una vez, Clara. ¿Será monja? ¿Es eso lo que persigue?

La joven sintió de repente que toda su vida se cimbrecaba en torno a esa pregunta. Tantos años de discutir, rebelarse, padecer, y finalmente elegir el camino más suave, para ser quien quería ser pero camuflada bajo un halo de santidad que lo permitiese, ahora se le venían encima como una andanada de mentiras. Ella, Claramaría La Rochelle, había caminado por un atajo en lugar de tomar la senda directa. Había enredado sus propósitos en vez de luchar por sus convicciones.

¿Cuánto más dolor podía haber en ese sendero de lágrimas que recorría?

A su mente volvieron retazos de la escena anterior, cuando Wapiti le dijo que descendía de la rama que provocó la muerte del padre de Jim. Ese camino de venganza no tendría fin.

Ella podía evitarlo, no ya como Santa Clara, según la llamaba el señor Morris en sorna. Tendría más poder sobre él si lo hacía como mujer. Y lo más extraordinario era que, en lo más íntimo, deseaba con todas sus fuerzas influir en Jim con su condición femenina, que él cediera ante la mujer que residía en ella, en lugar de hacerlo ante la novicia.

La revelación cruzó su mirada en un relámpago súbito que Jim percibió como una señal.

—¿Y bien? ¿Qué decide?

Clara sonrió, y su mano pequeña y blanca se posó sobre la mejilla bronceada con la levedad de un colibrí.

—Creo que no seré monja, señor Morris, a cambio de una promesa.

El corazón de Jim latió con furia. Él suponía lo que ella estaba a punto de reclamarle. ¿Estaba él dispuesto a dárselo? Toda su sangre cherokee se rebelaba al pensar en su padre y en su hermano, en su abuela y en Muchas Plumas. Las generaciones clamaban su precio, y él era el único de pura cepa que quedaba en la familia.

—Dejaré de andar este camino equivocado si usted abandona la senda de la venganza.

Ya está, lo había dicho. Quedaba aguardar la respuesta.

Por el rostro de Jim desfilaron numerosas expresiones: satisfacción al principio, remordimientos y dudas después, y al final un asomo de rendición que Clara captó con alegría. Si él olvidara esa venganza, si pudiera pensar su vida más allá de los designios familiares... y si la “elegía”, como había dicho Wapiti, aquel sendero que habían emprendido juntos ya no sería doloroso sino pleno de ilusiones nuevas. Dios habría vuelto a su vida, ella podría descubrir de nuevo el resquicio de luz que siempre relucía en algún lado, sin importar la oscuridad reinante.

Pendiente de su respuesta, miró los labios del hombre con el alma suspendida.

—Lo he pensado —repuso él por fin—. Ya me dijo el halcón que algo cambiaría mi rumbo. Yo no quise creerlo, y ahora veo que estaba en lo cierto. Los espíritus siempre están en lo cierto.

Clara no entendía qué significaba el halcón en todo eso, y fue directo al grano:

—Usted... quiero decir, el shamán de la tribu... ¿tiene mujer?

Era la duda que la carcomía. Jim parecía haber reconocido que el papel de brujo había sido también un deber, pero ella no estaba segura de haberlo entendido bien. Dos Personas le había dicho que un hombre medicina se aislaba del resto, y ella suponía que tampoco gozaría entonces de la compañía de una mujer. Si así era, sólo le quedaba su amistad, y de todos modos se conformaría. En lugar de monja, sería

una especie de misionera, lo ayudaría con las curaciones y entre ambos podrían hacer el bien a los cherokee de las Humeantes.

Y algún día, cuando Dios lo dispusiese, emprendería el regreso para devolver a Alfonsito a su madre. Era su otra misión, más incierta aún, imposible de olvidar. Tal vez Jim pudiese acompañarla de nuevo. O esperar a que volviese.

¡Eran tantas las posibilidades de esa nueva vida!

—Clara.

Ella lo miró con ojos velados de tristeza.

—Ya tengo mujer —y Jim cubrió su rostro pequeño con sus grandes manos.

—¿Y el shamán?

La pregunta sonó débil y esperanzada.

—Lo dejaré ir, como a la monja. Mi vida no fue la adecuada para ser hombre medicina. Que otro ocupe ese puesto.

—¿Wapiti?

—Otro —fue la respuesta tajante.

Clara no pretendía inmiscuirse ni mucho menos atizar el descontento de Jim en esos momentos, de modo que calló. Se preguntaba qué diría el pueblo al saber que ese hombre que acababa de incorporarse a la tribu de nuevo, en pocos días renunciaba a todo lo que se esperaba de él. Lo que había ocurrido entre ellos, tan breve e intenso, echó por tierra las convicciones de ambos. Sin duda, sus espíritus se habrían encontrado en algún lugar del cielo, si se veían sacudidos por las mismas dudas y sometidos a idénticas pruebas.

Jim sacó el cuchillo de abajo de su pie y se lo tendió.

—Guárdalo —le dijo en voz baja—, como prueba de lo que has logrado. Yo me quedaré con esto —y metió la mano en su bolsillo para sacar la cadena de la que pendía la imagen de la Virgen Niña.

—Ésta es la verdadera —dijo de modo enigmático, y se la colgó del cuello.

Clara se sorprendió al ver la cadena que creyó perdida durante el viaje. Ignoraba que Jim ya había tenido en su poder una de esas medallas, la que pertenecía a la maestra de Boston que había conocido en Buenos Aires; tampoco conocía los sentimientos que aquella mujer le había despertado, ni supo nunca que durante su peregrinación él había enterrado la anterior imagen esmaltada en un hueco, condenándola al olvido.

Clara ignoraba hasta qué punto su presencia borraba en el alma de Jim todo cuanto él había vivido antes. De haberlo sabido, se habría sentido más segura y relajada.

Porque, después de todo, él no le había dicho qué significaba “ser su mujer”.

Luna Azul aguardaba en la puerta que la autorizasen a entrar a la cabaña donde su pequeño hijo acababa de despertar, según le había dicho conmovida Hierba del Sauce. Su actitud era orgullosa, aunque un temblor de angustia le desfiguraba el labio. Clara lo advirtió enseguida y fue hacia ella con un ademán de bienvenida.

—Entra, por favor, ve a encontrarte con tu hijo.

La mujer se apresuró a ver a Pequeño Castor, que se hallaba sentado sobre la cama, con un tazón de caldo entre las manos y mirando divertido a Alfonsito, que batía los puños y gritaba como un marrano. Clara lo alzó en brazos para que no perturbara el diálogo entre la madre y el hijo. Jim se mantenía aparte, era incapaz de perdonar como lo hacía ella, y tampoco deseaba perjudicar la imagen que su sobrino tenía de su madre.

La hinchazón del párpado había tomado una tonalidad violácea; la frente se le abultaba en un chichón del tamaño de una piña, y a través de una hendidura se advertía que el ojo sufría un derrame. Luna Azul ahogó una exclamación al ver el estado de su hijo, si bien la alivió que él le sonriera con la inconsciencia de los niños.

—Se repondrá —se atrevió a decir Clara.

La india miró por encima del hombro a esa mujer blanca que cargaba un bebé blanco y que le había robado al hombre que quería para ella. La odiaba, pero no podía hacer nada desde que sus cuidados salvaron la vida de su hijo. Quizá el ojo estaba perdido, sin embargo Luna Azul no hubiera soportado no ver jamás a Pequeño Castor correteando a su alrededor. Los hombres podían decir lo que quisieran, el corazón de una madre resistía todo, menos la pérdida de un hijo.

—Me lo llevaré —contestó con acritud.

Clara miró a Jim buscando ayuda.

—Pequeño Castor se quedará mientras recibe cuidados de Colibrí Dorado.

La primera mención de ese nombre conmocionó a las dos mujeres. Luna Azul se volvió a mirar a su cuñado con el reproche en los ojos, mientras que Clara abría los suyos en mudo interrogante. La india sabía que haberle dado un nombre tenía un significado profundo. Nada que hacer entonces, su cuñado ya había tomado una decisión y, como solía ocurrir en su caso, era definitiva. Aquella mujer desmechada y pálida sería para él.

—Se hará como dices, “hermano” —recalcó a propósito.

Ella conservaría su dignidad, jamás se arrastraría para llamar la atención de un hombre.

—Vuelve cuando quieras —concedió Jim—, al niño le hará bien verte.

—¡Por supuesto! —se apresuró a decir Clara, intentando suavizar el torrente de asperezas que captaba debajo de las palabras—. Pequeño Castor necesita a su madre.

Sonrió, pero su intento no tuvo eco, Luna Azul salió de la cabaña sin mirar atrás.

Jim sabía que los días en la aldea estaban contados. Al renunciar a la jefatura y a la medicina, ya no tenía papel que desempeñar, y su nombre seguiría ligado sin remedio a la traición de su padre. Con justicia o no, la mayoría de los cherokees recordaba eso como un estigma. Él no tenía derecho a imponer a Clara una existencia desdichada. Por más que Dos Personas, Hierba del Sauce, Agua Quieta y unos pocos más fuesen sus amigos, siempre correrían rumores. Clara y Alfonsito eran blancos, lo que agregaba una dosis de conflicto a una situación difícil. Jim entendía ahora que el



anuncio del halcón había sido más profundo de lo que él supuso al principio. Era una vida nueva.

Nunca imaginó, cuando comenzó aquel viaje hacia el sur del continente en pos de una venganza, que sus pasos recorrerían un sendero de lágrimas invisible, una huella que lo llevaría otra vez hacia las tierras de sus padres, sólo para darse cuenta de que aquel camino no era el suyo. Y de manera misteriosa, Clara se había unido a él para descubrir lo mismo.

Si los cielos no estaban confabulados, entonces nada lo estaba.

—Señor Morris, necesito agua fresca para lavar la herida de Pequeño Castor. Ha mejorado mucho, ¿no cree?

La joven miraba con atención la costura realizada, mientras su mente planeaba alguna otra curación. Aquellas manos pequeñas y delicadas que apenas habían sabido acariciarlo eran un bálsamo de frescura para la frente del niño, que la miraba expectante.

Jim apretó los dientes. Ni siquiera había besado sus pechos... La había poseído con ansia desatada, anhelando descubrir en su interior sedoso si estaba en lo cierto, si de verdad su camino pasaba por ella o debía insistir en el mandato familiar.

Clara nunca sabría con qué ánimo la había hecho suya, jamás le diría que en el momento previo a la más íntima posesión aquella duda aún se interponía. Pero ya no. Los velos del pasado se habían descorrido.

Enlazador de Mundos podía volver a ser Caballo que Galopa en el Viento y algunas veces, solamente Jim Morris.

Y dejaría de sentirse solo.



## CAPÍTULO 18

La noche se llenó de aullidos de coyotes. La temporada de invierno caía sobre la aldea, y la luna resplandecía como una rodaja de nieve. Clara miraba por la ventana, envuelta en una manta que Hierba del Sauce le había llevado durante el día. Tanto la india como Dos Personas fueron de mucha utilidad en esa jornada de emociones contrapuestas.

El berdache, con movimientos silenciosos y precisos, había acomodado a Pequeño Castor en la parte de adelante, de modo que cualquier cherokee pudiera verlo al pasar y enterarse de su estado, y a Alfonsito en un gran cesto forrado con pieles, al lado del muchachito. Desde que la mujer blanca lo cuidaba, el sobrino de Jim vivía pendiente de sus pasos, la seguía con el ojo bueno, y aunque se negaba a hablar en inglés asentía a todo cuanto ella le comentaba. Su voluntad terca luchaba con su genuino deseo de agradarle.

Alfonsito, por su parte, parecía reconocer en Pequeño Castor al niño que era, y le dedicaba sus sonrisas más pícaras y sus manotazos más descontrolados. Resultaba cómico ver cómo se esforzaba por llamar su atención con gorgoteos y grititos.

Jim, entre tanto, se conservaba callado y distante. Pensaba mucho y también meditaba. Era fácil saber cuándo, pues no movía un músculo, y su mirada se fijaba en un punto invisible. Solía salir al bosque para hacerlo, aunque en esa noche fría había permanecido adentro, quizá para que Clara se sintiese acompañada en ese silencio de mortaja que precedía a la primera nevada.

Clara también pensaba. Pronto sería Navidad, y a su mente volvían los recuerdos agridulces de Bellaflor, cuando su padre soltaba rienda a los criados para que adornasen la casa a gusto. Mamá Sara cosía guirnaldas que luego, con ayuda de Clara, enredaba en cada chimenea y en el dintel de cada puerta. Recordaba en especial la aventura de partir con Moses en un trineo rumbo al valle bajo, en busca de alguna rama con formas mágicas para hacer de pino navideño. Su padre contemplaba todos esos preparativos con indulgencia, permitiendo hacer lo que él mismo se consideraba incapaz, ya que las Navidades le traían tristes recuerdos de un pasado dichoso. A Clara le costaba relacionar a ese hombre taciturno y amable con el maestro de una cofradía siniestra. Más aún después de leer parte de ese diario donde Ambrose se condolía de la suerte de unos pobres indios. La gran pregunta se agolpaba en ella sin respuesta: ¿se podía ser tan malo y tan bueno al mismo tiempo? ¿Podría su madre, de haber vivido más tiempo, haber evitado que su esposo actuase de esa manera? Eran cuestiones que ella nunca sabría, así como tampoco estaba segura de lograr la salvación de Jim Morris. El hombre, luego de la promesa intercambiada, se había tornado más ermitaño que nunca. Clara no sabía bien a qué atenerse.

Los coyotes se unieron en un aullido prolongado, un lamento por la escasez de comida. Clara se arrebujó en su manta. El fuego central ardía, pero el aire helaba.

Había dejado atrás tantas cosas... Su propia virtud, una de ellas. Aunque no lo lamentaba tanto como debería. Había vivido su entrega, la primera, como una consecuencia de la comunión espiritual que la ligaba a Jim. Y había conocido lo que las Hermanas del convento se negaban de por vida. Pensar en ellas le arrancó una sonrisa. Sin duda, estarían llenando los cestos con que visitaban a los niños expósitos los días previos a la Navidad. Dulces, bizcochos, muñecas de arpillera, cartones pintados que salían de las laboriosas manos de las monjitas, eran regalos que los mayorcitos recibían con entusiasmo. Ella recordaba la alegría de sus dos Navidades en el Plata. Se le había ocurrido fabricar unos silbatos para pájaros con cañas y hojas que hicieron la delicia de los niños y la tortura de sus cuidadoras. Con el tiempo fueron desapareciendo, para alivio de los oídos de todos. Sonrió. Su vida estaría ligada a la de los niños siempre. De pronto, ese pensamiento la asaltó con una duda. ¿Y si...? Se llevó la mano al vientre. Sonaba descabellado que tan sólo por una vez, y sin embargo era posible. Se mordió los labios, mortificada. Que Dios la amparase si estaba encinta, su hijo sería un descastado a los ojos de la sociedad, pues hasta entre los cherokee lo mirarían con desprecio, al tener sangre mezclada. Al menos allí en la aldea, donde hacían de la pureza una condición. Para ella, un bebé de Jim sería el más bello niño del mundo. Podía vislumbrar un atisbo en los ojos negros de Pequeño Castor, en la nariz que se perfilaba aguileña a pesar de ser todavía corta, en los brazos y piernas larguiruchos, que prometían altura y vigor. Oh, sí, un hijo del señor Morris sería un muchachito glorioso. ¿Y si fuese niña? La ensoñación guió los ojos de Clara hacia la foresta, donde las ramas se movieron de manera abrupta. El hocico de un enorme oso negro apareció tembloroso en busca de algún alimento fácil de obtener: melaza, pescado o frutos que los cherokee almacenaban en vasijas y toneles de madera.

Clara contuvo la respiración. Prefería no perturbar al oso, dejarlo que tomara lo que quisiera y se fuese, sin daño para nadie. Tampoco quería que lo cazasen. Guardó silencio sobre su descubrimiento y observó los desplazamientos del animal entre las cabañas. Husmeaba aquí y allá, indeciso. De pronto, indiferente a los ladridos frenéticos de los perros, se sentó sobre sus cuartos traseros y empinó el contenido de un cubo que halló cerca de la casa de Hierba del Sauce. ¿Sería la leche del desayuno de Alfonsito?

“Qué importa”, pensó Clara, “ya conseguiremos más. Vete, que no te encuentren”.

Una presencia tímida a su lado la sobresaltó. Pequeño Castor también miraba al oso, y Clara temió que, como futuro guerrero, pensara en arrojarle dardos de su cerbatana o alguna de sus minúsculas flechas. El niño no se movía, sin embargo, parecía tener el mismo interés que ella en observar al oso. Ambos contemplaron cómo el animal arrojaba el cubo y seguía caminando entre los trastos, en sorprendente silencio, hasta que, convencido de que poco más había allí que le interesara, dio la vuelta y se perdió entre las mismas ramas que le habían abierto el

paso.

Sólo entonces habló Pequeño Castor.

—Vino a buscarme —dijo en tono solemne—, para que sepa que soy bienvenido al lago.

Clara lo miró, maravillada. No sólo le hablaba en perfecto inglés, sino que recordaba el cuento que ella le narró mientras estuvo inconsciente. Era un milagro.

“El hombre que hay en él aún no se ha despertado”, le había dicho Jim. Clara vio que estaba empezando a abrir sus ojos en ese mismo instante. “Bendito sea Dios”, pensó, y abrió su manta para dar cobijo al muchachito en ella. Juntos, arropados en ese calor y mirando por la ventana, pasaron parte de la noche.

El caballo galopaba en alas de un sueño profundo. Venía de un horizonte difuso, sus crines se esfumaban en el aire como polvo de estrellas. A pesar del galope avanzaba lento, muy lento. El cuello arqueado, los ollares temblorosos, los músculos de las ancas tirantes bajo la piel; el esfuerzo era mucho, pero aquel caballo blanco no alcanzaba la meta. Jim concentró su mirada interior para enfocar el camino. Era un barranco, y el animal se desplomaría por él si no aminoraba su marcha. Debía esperar, no podía torcer el sueño, que le estaba diciendo algo. Si intervenía su voluntad, quebraría la visión. Si intentase desviar al caballo del camino sinuoso rompería el hechizo y nunca sabría cuál era su destino. La paciencia envolvió de nuevo su mente, aguardó a que la imagen se tornase nítida, y se dispuso a escuchar los mensajes que recibía. El caballo resoplaba y sacudía su magnífica cabeza con terquedad. Quería llegar, sin reparar en el daño que lo acechaba.

De pronto, una frase golpeó el entendimiento de Jim desde otro ángulo, unas palabras ya escuchadas resonaron otra vez en su cabeza. “La venganza te está buscando a ti.”

¡Ayunini! El viejo shamán venía a él. El hombre que la Providencia había cruzado en su camino en el valle de Shenandoah se inmiscuía en su sueño por algún motivo. La visión se precipitó, el caballo saltó hacia adelante, acortando la distancia con el barranco. Una luna de sangre se levantó en el cielo y entonces Jim escuchó un relincho proveniente de otro lado. Aquel compañero que desde hacía rato no veía cabalgó hacia el primer caballo con decisión. Un resplandor lo rodeaba, y Jim alcanzó a ver sus alas batiendo sobre el lomo. ¡Un caballo alado! ¡La máxima visión! La parte buena del corazón humano, las alas que lo elevan hacia donde las pasiones se convierten en absoluta bondad.

Clara, lo luminoso. Lo etéreo, Colibrí Dorado.

Jim relajó su espíritu. El caballo alado lo salvaría. Ayunini le había advertido que no cabalgara por ese camino, pero él, que había perdido sus alas, no lo entendió.

En su sueño, el caballo alado fundió sus crines con las suyas hasta que no hubo sino un solo animal resplandeciente.

Que saltó sobre el barranco y echó a volar.

Jim salió del trance exhausto, como si hubiese recorrido millas de terreno

pedregoso. El sudor perlaba su pecho y el corazón le latía con pesadez, buscando su ritmo.

Una luna fría se derramaba por el suelo de la silenciosa cabaña. Nada perturbaba la noche, salvo ese ruido suave y persistente que reconoció con una sonrisa. Se acercó a la ventana para tocar a Clara y distraerla, cuando sus ojos se toparon con una escena inesperada.

La joven yacía recostada sobre la pared, envuelta en la manta de lana, y allí mismo, compartiendo el calor de su cuerpo y con la cabeza greñuda apoyada en su hombro, dormía Pequeño Castor, arrullado por el ronquido de la mujer blanca que salvó su vida.

Caballo que Galopa en el Viento tomó su decisión en ese preciso instante.



## CAPÍTULO 19

—¡No puedes hacerlo!

El grito desgarrado de Luna Azul retumbó entre las paredes ahumadas de la cabaña. La mujer ya no se mostraba altiva sino suplicante, sus manos crispadas en alto, los ojos turbios. Frente a ella su cuñado impasible, el semblante pétreo, como si no hubiese acabado de clavarle en el pecho la terrible noticia.

Clara sostenía a Alfonsito en un brazo y con el otro apretaba contra ella a Pequeño Castor, que contemplaba la escena con aire distante, impropio de un niño de esa edad.

Jim iba a llevárselo. Había decidido tomar la educación del sobrino en sus manos, como de seguro habría querido Nube Roja, y nada iba a impedirselo. Ni siquiera Clara, que lo miraba horrorizada. Podía sentir en sus entrañas el dolor y la desesperación de la india, y no comprendía la crueldad del hombre.

—Jim... —susurró, en la esperanza de que si le recordaba la intimidad entre ellos él podría ceder.

Caballo que Galopa en el Viento miraba hacia adelante, sin embargo, y había visto con claridad que Pequeño Castor viviría preso del pasado y de la maldición del tratado en esa aldea. Aunque su cuñada tomase por esposo a un guerrero, siempre el niño sería de la sangre de Tawato. Además, iba llegando el tiempo de separarlo de la madre. En el clan de Luna Azul no había hombres que pudiesen representar ese rol como era de costumbre; sólo estaba él, su tío paterno, y después de que el muchachito quedó baldado, nadie se haría cargo. El futuro de Pequeño Castor era negro como el tremendo hematoma que le cubría el ojo.

—Hermano —decía Luna Azul suavizando el tono—, perdona lo que hice. Me dejé llevar por la rabia y no pensé en las consecuencias. Admito mi error. No me castigues más. Te... ruego que no me separes de mi hijo, es todo lo que me queda de Nube Roja.

Y era ése el problema. Jim ignoró la súplica que leía en los ojos de Clara y afirmó con dureza:

—Al dejarlo ir no pierdes un hijo, hermana, ganas un hombre.

—Por favor, señor Morris —insistía Clara, tirando de la manga de la camisa de Jim.

La asustaba verlo tan inmovible, pese a que había tenido atisbos de esa personalidad a lo largo del viaje más de una vez. Separar a un hijo de su madre era otro cantar. Clara entendía que Jim quisiese ocuparse de Pequeño Castor, pero no a costa de tanto sufrimiento. Alfonsito era un bebé no deseado, y sin embargo ella iba a intentar que su madre lo amparase. Ese muchachito indio tenía una madre que lo amaba. De corazón duro, quizá, puesto que había sido capaz de una acción innombrable, pero lo amaba.

—Señor Morris, es todavía un niño —arguyó con su voccecita suave como pétalo.

Recién entonces Jim la miró de soslayo.

—Cuando todavía lo es, es el momento adecuado.

Dos Personas, que también presenciaba el crudo enfrentamiento, se hallaba sentado sobre un tocón con las manos en las rodillas, su turbante de extraña forma y sus ojos más sombreados que nunca sobre los pómulos marcados. El fuego ardía centelleando en esos ojos profundos e inquietantes. Clara lo miró pidiendo ayuda, y el berdache movió la cabeza con suavidad. Le negaba el apoyo. De algún modo, compartía la decisión de Jim y no deseaba intervenir en favor de Luna Azul. Clara estaba desconcertada. ¿Qué clase de gente arrancaría a un niño de brazos de su madre para llevárselo a tierras ignotas? Porque no le cabía duda de que estaban a punto de partir de la aldea cherokee. Las actitudes de Jim se lo decían, al igual que el terror de su cuñada. La mujer sabía que el hombre había tomado una decisión, y al conocerlo, sabía también que era irreversible.

De pronto, la voz de Susana adquirió matices roncros y desagradables. Sus ojos astutos se achicaron bajo el ceño amenazador.

—Eres como tu hermano y como tu padre, un traidor. Traicionas a tu gente y a tu propia sangre —le espetó con saña—. Los espíritus que te acompañan son demonios. Quieres a mi hijo para vengarte de mí, no porque lo ames. Eres incapaz de amar, Caballo que Galopa en el Viento. Esa mujer blanca que arrastras por todas partes es sólo un trapo con el que limpias tus sucios líquidos. Vuelcas en ella tu semilla malsana que sólo te dará hijos mitad blancos, bastardos que nadie querrá. Serán la escoria dondequiera que vayan. ¡Ése será tu castigo! Mujer —añadió dirigiéndose a Clara, que retrocedió espantada—, este hombre que codicias te traerá desgracia. Y me alegra que así sea, porque ambos son tal para cual. ¡Los maldigo!

Sin soltar a ninguno de los dos niños, aferrándolos como si pudiese protegerlos de la maldad de aquellas palabras, Clara elevó su pensamiento hacia la Virgen María, como solía hacer en el convento, cuando hablaba con esa imagen que llevaba bajo el hábito. La Virgen le respondía, entonces, y su voz era la serenidad que de inmediato la envolvía al invocarla. Allí, en esa cabaña oscura donde el fuego creaba sombras siniestras a su alrededor, frente a esa mujer que se alzaba ante ella como una hechicera y sin saber si lo que Jim hacía era correcto o no, Clara llamó a la Madre de todas las madres con su pensamiento. Ella no la había olvidado. Ante el ruego de un corazón generoso, la ayuda llegó, envuelta en un manto de consuelo. “Llévalo”, le pareció escuchar en su interior.

Clara miró a Jim. Él estaba en un trance también. Los hombros cuadrados, las manos apretadas en puños de hierro, los labios firmes y la mirada fija en su cuñada como si entablase con ella un duelo invisible. Poco a poco, la lid se disolvió en un gesto de abandono por parte de Luna Azul.

—Los maldigo —repitió con voz ahogada, para después mirar a su propio hijo sin atisbo de bondad—: A todos.

Hubo un instante de conmoción en el que Clara percibió el estremecimiento de

los hombres, junto con el temblor de Pequeño Castor bajo su brazo. El niño se había mantenido en extraño silencio, a nadie se le había ocurrido dirigirse a él para consultarlo, y Clara, sin tener arte ni parte en el asunto, decidió que era hora de saber lo que sentía.

—¿Quieres irte con tu tío, Pequeño Castor? ¿Dejar la tierra del oso? —agregó a su pesar, ya que el recuerdo de la leyenda podía inclinar la voluntad del muchachito.

Pequeño Castor dirigió a ella su único ojo, que temblaba con lágrimas contenidas.

—El oso no está aquí —le dijo con seriedad—, está aquí —y llevó su mano al pecho, donde la respiración agitada le movía la correa del carcaj.

Jim sonrió apenas. Su sobrino estaba listo. Tuvo razón al decidir llevarlo. Ese espíritu se malograría en presencia de una madre como Luna Azul, y si algún día ella concebía más hijos volcaría sus intereses en esos otros, menos problemáticos. Clara había hecho la pregunta correcta, aun sin saberlo.

Dos Personas resolvió la tirantez del momento levantándose y extendiendo una mano hacia el pequeño cherokee.

—Ven —le dijo—, vamos a despedirnos.

Salieron ambos y Luna Azul recobró la dignidad perdida minutos antes. Sin mirar a Clara, dirigió su veneno hacia el cuñado.

—Lamento haber sido parte de esta familia algún día.

Y salió, dejando tras de ella un halo de malignidad que hizo chisporrotear el fuego. Clara volcó entonces en Jim su propia angustia.

—Oh, señor Morris... ¿Cómo es posible? ¡Es su madre!

Jim creyó que ella le reprochaba el llevarse al sobrino, y estaba por replicar cuando la joven agregó, conmovida:

—Parece que no lo quisiera... Hasta lo miró con odio.

—Susana no odia a su hijo, pero no lo quiere por él mismo sino por lo que podría haber significado para el pueblo. Es una mujer ambiciosa, se resiste a perder su posición en la aldea, y ahora que Pequeño Castor tiene un futuro incierto, sus sentimientos hacia él se debilitan. Mi hermano no supo elegir bien.

Dijo eso mirándola fijo, evaluando la diferencia entre ambas mujeres. Clara había sido capaz de albergar amor por un niño ajeno dos veces, y la última sabiéndolo hijo de una enemiga que quiso matar al bebé. En su corazón no había cicatrices, sólo pena y compasión. El agua corría por el interior de Clara como un torrente de montaña, saltando sobre las piedras sin detenerse, lavando los rincones donde el barro podía acumularse. Era como el río Oconaluftee, agua límpida y fresca que reanimaba los espíritus.

—Marcharemos en dos días —le anunció de modo inesperado.

Clara asintió.

—Estaré lista.

Esa noche Jim se dirigió al claro donde la luna barría las sombras y se paró en el centro de ese círculo blanco. Vestía sus abalorios de hechicero: el tocado de plumas



de águila, los brazaletes, el amuleto del hermano búho, los cascabeles en los tobillos, su vara de curación.

La comunión con los espíritus de la naturaleza era total en esa noche, la última de su vida de hombre medicina en la tribu. Jim iba a despedirse de su anterior existencia, a dejar su piel en el claro, como la serpiente deja la suya al mudar de estación. Una parte de él moriría, aunque su espiritualidad siguiera presente porque era parte esencial, como sus venas o sus tripas. Nunca dejaría de percibir los mensajes de las entidades ni podría alejarse de las visiones, pues era elegido por ellas y no al revés.

Ese día, a lo largo de las horas, había percibido que las lealtades se dividían en la aldea, que algunos lo miraban torcido, quizá porque Luna Azul ya había expulsado su veneno, o tal vez porque su decisión de llevarse al sobrino fue el detonante de un odio callado que su sola presencia alimentaba y nadie osaba manifestar. De cualquier modo, Jim ya sabía que sus días de shamán se acababan y que la partida era inminente, con o sin la anuencia de su gente. No se sentía responsable de su pueblo, a menos que ellos le otorgasen esa responsabilidad. “Un hombre tiene un camino interno”, pensó mientras hincaba su rodilla en la hojarasca, “y debe recorrerlo solo”. Luego, como rayo de luz, otro pensamiento: “Aunque haya huellas que acompañen la suya”, y supo que las pisadas serían de Clara.

La soledad que él había conocido estaba por desaparecer. Quedaba solamente la que corresponde a todo ser humano, la que lo liga al Gran Espíritu y al universo creado por Él.

Jim hizo tintinear los cascabeles de los brazaletes durante un rato, hasta que las vibraciones penetraron en su conciencia. El búho, compañero de los sueños, respondió con su canto cavernoso. Dirigió su mente hacia él, para convertirlo en vehículo de su súplica.

Desde tiempos inmemoriales, y en honor a la hermandad de todas las criaturas, los shamanes elegían a ciertos animales para comunicarse con el Espíritu creador, pues ya que los animales existieron antes que el hombre mismo tenían derecho a ser considerados como seres iguales entre todos. El búho era el indicado en esa noche de despedida. Su sabiduría lo acompañaría como un aliento interior dondequiera que fuese.

La danza ritual de Jim se desplegó en silencio bajo la luna.

Clara lidiaba con su insomnio, sin saber por qué él no estaba en la otra cama donde dormía, pues desde aquella vez no había vuelto a tocarla. Esa distancia la atormentaba, y no por un deseo de lujuria, sino porque aquel contacto había revelado lo más profundo del hombre, ese rincón donde ella anhelaba llegar, el punto de sanación. La entrega de Clara había sido absoluta, y hubo un instante en el que sintió que también Jim lo olvidaba todo, aunque fue efímero, de inmediato tomó el control de sí y de ella también. Como acostumbraba. Desde entonces Clara lo percibía distante, pensativo. Era cierto que allí en la aldea se habían topado con situaciones conflictivas, pero aun así Clara esperaba que lo sucedido entre ellos tuviese alguna

repercusión. Se sentía herida.

Y las últimas palabras de Luna Azul no ayudaban para nada.

“Es sólo un trapo con el que limpias tus líquidos.” La joven cerró los ojos, angustiada. Si confiaba en Jim, si le había dado todo cuanto era... ¿por qué aquellas groseras palabras la lastimaban? ¡Qué poco sabía del mundo masculino! Los hombres eran como André y como su propio padre, imposibles de descifrar. Y las mujeres como ella podían ser ingenuas, ver sólo la faz que mostraban, el costado amable o caballeroso, y descubrir el resto cuando ya era tarde para lamentarlo.

Arropó a Alfonsito, que durante las noches pateaba dormido y siempre se destapaba, y verificó que el vendaje que había colocado sobre el ojo de Pequeño Castor estuviese en su sitio. Una oleada de ternura se derramó en su pecho cuando lo vio empequeñecido bajo las mantas, durmiendo inocente sin saber cuál sería su destino, ignorando las pruebas que la vida le pondría por delante, tan pronto para su corta edad. Pensar que aquel muchachito había sido su enemigo apenas llegó ella a la aldea le resultaba increíble después del acercamiento que hubo entre ellos. La embargaba la inexplicable sensación de que lo conocía desde el principio de los tiempos.

—Duerme, querido mío —murmuró solícita, mientras le acomodaba la manta sin necesidad.

Se tocó el pecho en busca del medallón y recordó que Jim lo tenía en su poder. Qué extraño. Nunca le dijo que lo halló perdido. Se preguntó si alguna vez lograría conocer del todo a ese hombre y concluyó que, si tan difícil era penetrar en la fibra íntima de los hombres que habían formado parte de su infancia y su primera juventud, tanto más sería abarcar la interioridad de un ser complejo como el señor Morris, con varias personalidades y misiones secretas. Sonrió. Se parecían bastante, ella tenía sus propias misiones, aunque por su naturaleza habladora no solían ser secretas.

—Está despierta.

Clara ahogó un grito. Él acababa de llegar, envuelto en sus silenciosos pasos, y la miraba desde el vano de la puerta vestido de manera extraña, más distante que nunca.

—Me cuesta dormir con esta luna —argumentó Clara.

Jim pareció aceptar eso con naturalidad.

—¿Están bien los niños?

—Oh, sí —Clara hablaba en susurros—, duermen como santos. Creo que a Pequeño Castor ya no le duele el ojo. Le puse un té de consuelda.

—Quedará ciego.

Clara aspiró con fuerza para controlar su gran temor. El derrame interno era impresionante.

—Es pronto para decirlo, hay que aguardar a que la sangre acumulada se escurra. Mientras tanto no podrá ver, eso es cierto.

Jim sonrió con indulgencia.

—Podemos esperar —dijo, y se aprestó a quitarse sus plumas de hechicero.

Ella lo miraba de reojo, intrigada. Jamás lo había visto ataviado así, y sospechaba que tendría que ver con su decisión de partir. Deambuló entre su cama y las de los niños como si estuviese ocupada, hasta que no resistió más y se volvió hacia Jim con un borboteo de preguntas.

—Señor Morris, quisiera saber algo.

El silencio de Jim la invitó a seguir.

—Nunca hemos hablado de... de lo que pasó entre nosotros aquel día, aquí mismo.

De un tirón dijo lo que hubiera querido decir paso a paso.

—¿Qué quiere saber, Clara? Son cosas que pasan entre un hombre y una mujer.

*Cosas. Entre un hombre y una mujer.* La joven se sintió reducida a la condición que mencionó Luna Azul. Iba a replicar, cuando un rayo de luna iluminó el costado del rostro de Jim, y vio algo que nunca antes había notado en él. Atisbó la verdadera edad del hombre, la que con picardía había mencionado Dos Personas y que doblaba casi la de ella. Vio el cansancio del camino recorrido, la renuncia a lo que había constituido toda su vida para empezar de nuevo quién sabía dónde. En lugar de ver al brujo de la tribu, le pareció estar viendo a un guerrero herido que no encontraba cueva donde sanar. Por primera vez desde que lo conocía, Clara vislumbró la debilidad del señor Morris. Y casi se echa a llorar.

—Oh, Jim... —se escuchó decir.

El tono alertó a Caballo que Galopa en el Viento, que compuso su expresión de inmediato, pero ya era tarde. Clara se acercaba con pasitos cortos y las manos extendidas. Quiso retroceder y la cama se interpuso. Ella le rodeó la cintura con los brazos y alzó hacia él su cabeza rubia. El cabello había crecido y se le enrulaba en torno al cuello con gracia. Sus ojos, esos ojos magníficos que el imbécil de Wapiti había llamado “de Cielo”, estaban dilatados y temblorosos, lo miraban con una súplica, con ternura y compasión.

Lo miraban con amor.

Quizá ella no se daba cuenta, pero sus ojos habían hablado, y Jim comprendía ese lenguaje.

Algo indefinible que había conseguido mantener a raya durante tanto tiempo empezó a calentar el pecho de Jim. Esa mujer a la que él había arrastrado por parte del país, sometiéndola a pruebas que hubieran escandalizado a cualquier otra, la que él calificaba de santurróna y sin embargo dormía bajo su mismo techo desde hacía tiempo, la Clara que nunca sintió espasmos de placer hasta que él la tocó, y que fue capaz de amar a su gente sin importar que uno de ellos hubiese matado a su padre, esa mujer pequeña y sin artificios, acababa de asestarle el golpe mortal que a lo largo de toda su vida había sabido esquivar.

Claramaría, la hija del doctor Ambrose La Rochelle que asistió a su madre cherokee, era la razón por la que el halcón irrumpió en su viaje. Ella estaba en la

visión verdadera.

Y él, que obraba siempre según el deber impuesto, tanto por los mayores como por los espíritus que le hablaban a través de señales, y que estaba dispuesto a mantenerla a su lado por esos mismos mandatos, comprendió que quería hacerlo sólo porque la amaba.

Clara ya no era lo que un hombre *debía* hacer, sino lo que él, Caballo que Galopa en el Viento, *quería* hacer. Era la liberación.

Jim sintió desatarse un nudo de conciencia en su pecho, la sangre se agolpó sin control y necesitó darle a Clara su más íntimo ser. La alzó contra su pecho y buscó el calor de sus labios. Ella, aunque sorprendida por la reacción, no se resistió. Permitted sus avances y hasta acarició su cuello con sus delicadas manos sanadoras, pero cuando él pretendió recostarla sobre su cama Clara se irguió, preocupada.

—Los niños... —dijo trémula—. No como la otra vez...

Jim entendió los escrúpulos de la joven, pues la vez anterior se habían unido en presencia de Pequeño Castor, si bien el niño estaba inconsciente entonces. La tomó en sus brazos y salió con ella a la luz de la luna. La noche fría y quieta los envolvió cuando avanzaron hacia el bosque. Jim eludió el claro donde había danzado y dirigió sus pasos hacia una curva del río que formaba un lecho de hierbas entre los árboles. Allí dejó a Clara de pie frente a él.

—Quítate esto —le dijo con cierta rudeza, mientras tocaba el raído sayo que ella llevaba.

—No tengo otra cosa —comenzó a decir la joven, pero Jim fue tajante:

—Quítatelo. Y yo me despojaré de mis símbolos de hombre medicina —y para alentarla, empezó a desatar los brazaletes y los cascabeles de los tobillos.

El traje de Jim era más completo de lo que se veía, pues debajo de la camisa había un sinnúmero de amuletos y los pantalones estaban sujetos por largos mocasines que se anudaban en las rodillas, además de los que llevaba en los pies, envueltos en tiras de piel.

Por fin él quedó ante ella desnudo, magnífico, despojado de todo salvo de su tocado con tres plumas de águila. Como gesto definitivo, se lo quitó y lo arrojó al río. Las aguas del Oconaluftee, siempre en movimiento, jugaron con él un rato, envolviéndolo en torbellinos, hasta que de súbito lo lanzaron más lejos, y ambos lo perdieron de vista.

Jim aguardaba, tenso por dentro, paciente por fuera, a que Clara completara su desnudez.

Debajo de la túnica de novicia, remendada por Hierba del Sauce, la joven llevaba una rústica enagua que alguna vez había sido blanca y almidonada. Con timidez lo miró, esperando que él aceptara esa última prenda por decoro, pero Jim, inexorable, seguía esperando. Clara suspiró y se libró de esa tela también. A la tenue luz que se filtraba entre el follaje, el cuerpo de la joven lucía resplandeciente. La piel nacarada, los pechos pequeños corolados por pezones rosados, el vello del pubis tan rubio como

su cabello.

Nadie podía ser tan distinto a Jim, ni tan adecuado al mismo tiempo.

Él descendió sus manos morenas por los brazos de Clara en una caricia sencilla y excitante.

—Cierra los ojos —dijo.

Sonrió ante la obediencia de Clara y comenzó a acariciarla con la levedad de una pluma, desde la frente luminosa hasta el vientre, pasando por el valle mínimo que formaban sus senos. En cada recorrido, acentuaba los rincones que le producían mayor placer: el hueco de la garganta, la clavícula, la redondez de un pecho, luego el otro, el ombligo, la cavidad que se anunciaba debajo, hasta que rozaba el nido de su sexo y volvía a subir. Clara temblaba y entreabría sus labios como para decir algo, pero ninguna palabra salía, sólo sensaciones. Jim deslizó un dedo por la humedad que brotaba de su cuerpo y untó con ella las ingles de la joven. También pintó con el fluido de Clara los pezones y sorbió de ellos con el mismo deleite que si fuesen frutos del bosque. La joven contenía el aliento, estremecida ante la osadía del acto y su propia excitación. Quería devolver a Jim algo de lo que él le daba, y tenía vergüenza de hacer un movimiento incorrecto. Con pudor, extendió una mano y se topó con una dureza que apuntaba hacia ella. Abrió los ojos y encontró el ardor de los de él, que la traspasaban.

—Tócame —le dijo Jim, y lo que podría haber sido una orden se hizo ruego en sus oídos.

Clara envolvió la virilidad del hombre en su mano pequeña, y la sintió palpar con fuerza. Así que eso era la entrega total. Mostrarse sin pudor, exigir, ofrecer y tomar sin reservas. Eso era lo que ocultaban las miradas coquetas, las sonrisas esquivas, el roce furtivo de las manos. Por debajo de las señales, había un torrente de sensaciones salvajes que Clara, por una decisión caprichosa, creyó negadas para ella. Se alegraba de haberlo hecho, sin embargo, estaba feliz de conocerlas en manos de Jim Morris. Dios sabía por qué hacía las cosas. Si ella hubiese aceptado casarse con André, o bien lo hubiera rechazado y esperado a otro cortejante, nunca sabría lo que era ser amada por aquel hombre en un rincón remoto de ese bosque bañado por la luna. Y ningún acto de amor le parecía más apropiado a sus sentimientos que ése. Ser novicia, aunque por error, la había reservado para Jim.

Llevada por su instinto, besó el pecho de su amante mientras continuaba acariciándolo. Supo que él gozaba y sufría al mismo tiempo.

—Colibrí Dorado —murmuró él.

—¿Por qué me llamaste así? —se atrevió a preguntarle.

Jim sonrió con una dulzura que Clara no creía posible.

—Llevas la luz del sol —le respondió—, tu mundo es el aire, etéreo. Y te detienes en lo bello. Yo vivo sepultado en la oscuridad de la tierra y sólo puedo mirarte.

—No, Jim, sólo eso no. Puedes tocarme y tenerme. Quiero que me alcances, por si vuelo demasiado alto —le contestó con cierta picardía.

Si algo le faltaba a Jim para amarla con todo su ser, ella acababa de dárselo con esas palabras. La oprimió contra su pecho hasta que sus almas parecieron fusionarse. Luego, con fuerza inusitada, la levantó a la altura de sus caderas y caminó con ella hacia atrás, hasta apoyar su espalda en un tronco de haya. Entonces, mirándola a los ojos, le abrió las piernas para que sus sexos se encontraran.

—Rodéame —exigió.

Clara aferró la cintura del hombre con sus piernas delgadas y sintió cómo él dirigía los movimientos para que encajaran el uno en el otro. Ella no tuvo que hacer ningún esfuerzo, él la penetraba desde abajo y, sujetándola con facilidad, la subía y la bajaba para que ese roce les produjese el mismo placer a ambos. Incapaz de desviar su mirada de la de él, Clara jadeaba mientras esperaba el instante supremo en el que todo se diluiría. Cuando ocurrió, sus espasmos la elevaron por encima de las copas de los árboles en un grito que se confundió con el aleteo del búho y los remolinos del río, subió hacia el cielo y volvió a descender, en un gemido suave que se apagó sobre el hombro de Jim.

Él también había gritado. Y su aullido de amor resonó en la aldea como el de un lobo gris. Caballo que Galopa en el Viento, del clan del Lobo, era un hombre libre. Sin ataduras ni deberes, sin el lastre de la herencia del pasado.

Era un hombre enamorado.

Un poco más lejos de allí, una mujer que tampoco dormía elevó su propio grito al cielo nocturno, un gruñido de rabia y desesperanza. Luna Azul se rasgó la preciosa túnica con el cuchillo de Nube Roja y luego, movida por el odio, clavó esa hoja reluciente en el suelo de tierra de su cabaña varias veces, imaginando que con cada golpe hería de muerte al hombre con el que había soñado durante años, y a la mujer blanca que se lo había arrebatado.

Había estado a punto de dirigir el cuchillo hacia su propio pecho, pero un atisbo de cordura la detuvo. Todavía era joven y bella, podía aspirar a convertirse en la esposa del que deviniera jefe del clan, después de que el Gran Consejo se reuniera de nuevo. Y con él tendría otros hijos, fuertes guerreros que continuarían la estirpe. Porque ella no llevaba el estigma de los traidores, de su sangre saldrían retoños dignos de los cherokee de las Montañas Humeantes.



## CAPÍTULO 20

Dos personas supervisaban los preparativos de la boda de Jim y Clara. Una boda cherokee.

Desde el primer día en que la vio a lomos del ruano supo que esa mujer estaba en el corazón de su amigo sin que él mismo se diese cuenta. El berdache la había llamado “cautiva”, y por cierto que lo era, de un modo distinto al literal. Se alegraba por él tanto como por ella, ya que conocía el temple de Caballo que Galopa en el Viento y sabía que Clara tendría en él no sólo un esposo y un amante, sino un compañero. Esos dos habían nacido el uno para el otro, y no por sus coincidencias, sino por sus diferencias.

La aldea se hallaba revolucionada por el acontecimiento, y se delineaban bien los dos bandos que Jim había percibido desde su renunciamento a la jefatura y a la condición de shamán. De algún modo, la claridad de esa percepción lo aliviaba, por fin se definían las lealtades y sabría con quiénes contaba y de quiénes debía cuidarse. Su única preocupación era preservar a Clara. Y a Pequeño Castor, que seguía portando la sangre de Tawato. Los cherokee no atacaban niños, durante las guerras tribales había sido siempre la conducta de los guerreros, sin embargo, a esa altura de los sucesos, algunos mordían el polvo de la derrota, y ese sentimiento era de cuidado.

Se marcharían después de la boda, había dicho Jim.

—¿Y adónde irán? —quiso saber Dos Personas.

—Regresaremos por el camino donde lloramos.

—¿Hasta las tierras del oeste, donde viven nuestros hermanos?

Aquella era la tierra yerma adonde llegó su familia al final del triste éxodo, el lugar donde su padre crió a sus hijos y su abuela envenenó los recuerdos con su constante letanía de venganza. Jim no estaba seguro de que fuese un buen lugar para Clara y para Pequeño Castor. Era una duda que lo carcomía. Deseaba comentarlo con Dos Personas, y a la vez temía que la respuesta de su amigo no le gustase.

—¿Te parece un mal sitio donde comenzar? —preguntó a regañadientes.

El berdache miró a lo lejos, como si evaluase la distancia que los separaba del oeste.

—Es un buen camino para recorrer con Clara —repuso, y de inmediato—: Usa las lágrimas para fortalecer tu vínculo con ella, pero busca un sitio sin recuerdos para vivir, hermano. Los dos han sido prisioneros del pasado. Los dos necesitan construir el futuro.

Jim miró a Dos Personas con renovada gratitud. Siempre había sido el más sereno, el paciente, el sumiso, en cierto modo. Mientras que Lobo Blanco y él jugaban a la guerra y rodaban por el polvo entre rugidos, Dos Personas los contemplaba con sabiduría y luego enfriaba los ardores de la pelea con palabras dirigidas a uno y a otro, lo que cada uno necesitaba oír, para que no hubiera pleitos.

Jim apoyó una mano sobre el hombro del berdache.

—Hermano, debiste haber sido el shamán de la tribu. No sé por qué no reclamaste ese papel.

El indio hizo un ademán de rechazo.

—Muy trabajoso, amigo mío. Debería aislarme, ayunar, bañarme en el río de madrugada, uncir a los jugadores de pelota, cantar para disipar los males... Prefiero deambular entre dos mundos, aprendo de los dos y nadie me reclama nada.

—Clara te aprecia mucho.

—Ella me ama, Caballo que Galopa en el Viento, no disfraces las palabras.

Jim rió con una risa franca, extraña en su rostro siempre duro, y Dos Personas con él.

—Y yo la amo a ella —agregó—, aunque no del modo que tú la amas. Por eso no me partes el cuello de un lanzazo.

Volvieron a reír, y avanzaron juntos hacia el centro del poblado, donde ya se había levantado el sitio de la ceremonia.

Clara se encontraba en la cabaña de Hierba del Sauce, asistida por Agua Quieta y otras mujeres que se superponían en su intento de darle consejos y acomodarle la ropa o el cabello. Todas tenían algo que agregar a lo que ya había sido dicho una y otra vez y Clara, nerviosa y agotada, ya no escuchaba ni entendía aquella algarabía en la que se mezclaban vocablos cherokee con palabras en inglés.

—Como no tienes madre ni tía —le decía Hierba del Sauce con autoridad—, yo misma te he preparado la comida ritual —y Agua Quieta corría a mostrarle el caldero donde hervía el guiso de maíz y porotos con el que agasajarían a los invitados.

—Tu túnica está lavada, mujer blanca, pero me parece que deberías haber pedido prestado algún otro vestido —y de pronto la india que lo había sugerido callaba, sin duda recordando la desgraciada situación del traje de Luna Azul.

La cuñada de Jim no se había presentado a ofrecer ayuda ni esperaba nadie que asistiese. Hierba del Sauce, avergonzada por su conducta de la vez anterior, se había convertido en la protectora de Clara y en la principal voz femenina de la ceremonia. Dos Personas y ella competían para ser protagonistas de aquella boda desigual.

El repudio sobrevolaba la aldea, sin embargo. Muchos murmuraban acerca de aquella unión indeseada por los verdaderos cherokee, los purasangre. Hubo quienes, con el pretexto de cazar venados antes de que la nieve lo impidiese, salieron en una partida que sólo tenía como objeto alejarse del motivo de la reunión. Y varias mujeres cerraron sus puertas, alertadas por sus esposos de que debían dar la espalda al matrimonio de un cherokee con una blanca.

Clara, por fortuna, ignoraba todo aquello. Las mujeres que la rodeaban impedían que viese escenas desagradables y la atontaban con preguntas o risas acerca de la virilidad de Jim o los hijos que tendría con ojos celestes y piel morena. Esto último puso seria a Hierba del Sauce.

—Clara —le dijo en reserva—, si alguna vez no tienes dónde criar a tus hijos, ven



a mi casa. La puerta estará abierta para ti.

Conmovida, Clara la abrazó, aplastando un ramillete de verbenas que llevaba prendido en el escote. Para la ocasión, no vestía su hábito de novicia sino el único traje que le quedaba, uno muy sencillo al que las indias habían agregado una faja y cosido espigas para la buena suerte y la abundancia.

—Toma —le dijo Hierba del Sauce, emocionada, y le colocó en las manos un cuenco con una espiga de maíz—. Le darás esto a tu esposo, y él te dará a cambio un trozo de carne. Así, ambos se comprometen a alimentarse y a cuidarse. Él cazará para ti y tú guisarás para él.

—¿Qué más debo hacer? —preguntó Clara, que ignoraba el ceremonial cherokee y temía dar un paso en falso.

—Ten —y le puso sobre los hombros el hábito tantas veces lavado y remendado —, ésta será la túnica que unirás a la de él. Mira cómo lo hace Caballo que Galopa en el Viento y no te equivocarás.

—Pero... ¿él se ha casado antes? —dijo preocupada Clara.

Todas se echaron a reír, cubriéndose las bocas, escondiéndose para burlarse a gusto de la inocente novia.

—¡Cállense! —gritó Hierba del Sauce, más nerviosa aún que Clara—. ¿No ven que la echan a perder?

Por fin salieron de la cabaña y, gracias a la estrategia de Dos Personas, que tenía el don de estar en todas partes al mismo tiempo, también salía Jim de la suya, de modo que se encontraron a medio camino y pudieron intercambiar los alimentos y cada uno tomar una punta de la túnica del otro. Jim llevaba su propia capa de hombre medicina. Así, unidos por una prenda que representaba gran parte de la vida de cada uno, avanzaron hacia el centro de la aldea, donde los esperaba un hombre alto y delgado, de tez rubicunda y sombrero de alas negras. Clara no lo conocía y Jim parecía no estar conforme con su presencia, pero el berdache le hizo señas desde un costado y ella, confiada, avanzó.

El reverendo Thomas saludó con una sonrisa cordial a la pareja e intercambió unas palabras en cherokee con el novio.

—Dice que quiso venir para impartirte la bendición cristiana —le explicó Jim.

—¿Es un sacerdote católico? —preguntó ella, confundida.

—No, no lo es, pero tampoco es un cherokee y lo acepto de igual modo —fue la respuesta.

Ante eso, Clara guardó silencio y siguió la ceremonia.

El reverendo sabía que el novio no simpatizaba con sus esfuerzos de llevar la religión a los cherokee, de manera que no insistió con párrafos bíblicos ni exigió formulismos, se limitó a desearles buena ventura y a invocar la protección del Dios de todos los hombres sobre las cabezas de los recién casados. Al terminar, los concurrentes los rodearon y agasajaron con regalos. Después, los condujeron hacia una mesa en la que habían depositado distintas fuentes de comida, y los obligaron a

probar de cada una un poco. Clara no sabía si sentirse casada o no. Era tan diferente el ceremonial a lo que ella conocía... Y por añadidura, Jim no parecía estar de acuerdo tampoco, como si le resultase ajeno y hasta ridículo. Sin embargo, él mismo le había dicho, luego de la noche de pasión en el bosque, que la deseaba como esposa y que lo haría feliz si aceptaba unírsele para siempre. Dos Personas, atento a todo, vio la desazón de la joven y comprendió los motivos. Se acercó con disimulo y la invitó a dar un paseo. El reverendo Thomas los contemplaba desde lejos, mientras saboreaba un plato de guiso con expresión complaciente.

—No te ofendas, Clara, pero no tienes la sonrisa radiante de una novia feliz.

—Perdona —musitó Clara compungida—, es que todo ocurre tan rápido, y no conozco el significado de los rituales. ¿Jim los conoce?

Dos Personas se echó a reír.

—Tu Jim era el encargado de los rituales. ¿Cómo no va a conocerlos?

—Es que parece enojado con todo esto, como si lo hiciese en contra de su voluntad.

—Por primera vez no es él quien controla todo. Deberás aprender a tolerar su malhumor, hermana. Mi amigo no es un hombre fácil.

—Eso lo sé. Temía que se hubiese casado pensando que era lo que debía y no lo que quería.

—Creo que ese tiempo ha quedado atrás. Caballo que Galopa en el Viento no hará nada que no quiera a partir de ahora. Piensa eso y te sentirás mejor.

Clara le dedicó una sonrisa agradecida.

—Sabes cómo hacer sentir bien a una novia.

—Y también sé cómo parar los pies de un novio —le respondió el berdache, dejándola sola y saliendo al encuentro de Jim, que avanzaba hacia ellos con rapidez.

Lo encontró a mitad de camino y se interpuso entre él y Clara.

—El reverendo vino ante un pedido mío —dijo Dos Personas.

—¿Por qué? ¡Ni siquiera es de la religión de ella!

—Pensé que alguien del credo cristiano podría servirle de apoyo en medio de tantas costumbres distintas. Y además, Thomas me pidió conocerla. ¿Qué tiene de malo? Él no ha querido ofender, ni siquiera hizo ademán de bautizar a nadie.

Jim mordió la rabia que lo consumía desde que había visto al pastor. Era algo que siempre le había molestado, la insistencia en convertir a los indios a la religión de los europeos, pero tampoco podía culpar de eso a su amigo y mucho menos a Clara, que nada tuvo que ver.

—Está bien —dijo, rindiéndose—, que esto no empañe la alegría de mi esposa. ¿Dónde está?

Ambos se volvieron en busca de Clara, que ya no estaba donde Dos Personas la había dejado.

—¿No estaba contigo?

—Eso me pareció —contestó irónico el berdache.

Dejó que Jim caminase solo en procura de su mujer, para que en el trayecto se disipase su malhumor. Era cierto lo que le había dicho a Clara, su amigo deseaba hacerla su esposa, pero comprendía que las viejas costumbres no cambiaban de un día para el otro, y que pasaría mucho antes de que Jim se abriese por completo a otra persona.

Aunque si alguien podía lograrlo, ésa era Clara.

Ella estaba sentada sobre una roca, detrás de un matorral donde nadie podía verla. Las lágrimas mojaban el ramito que sostenía en sus manos temblorosas. Así la contempló Jim unos segundos antes de abordarla.

—Mujer, te alejas de todos el día de tu boda.

Clara se enjugó las lágrimas y demoró un momento en volver el rostro hacia él.

—Me sentía un poco emocionada, es todo.

Jim la rodeó y se agachó ante ella.

—¿Es por mi culpa? Fui grosero por causa del reverendo, no me simpatiza.

—Oh, no, no es por eso. Bueno, al menos no es la única razón. Pensaba... —y Clara respiró hondo— que este día habría sido de gran felicidad para todos: mi padre, mamá Sara, Moses, ellos querían verme casada. Sé que les provoqué angustia al rechazar esa vida, y ahora ninguno sabe que me he casado.

—Sospecho que no estarían tan felices si supieran con quién —no pudo evitar decir Jim, y al instante se dio cuenta de su error, pues las lágrimas comenzaron a fluir de nuevo de los bellos ojos.

—Disculpa. No quise herir tus sentimientos.

—Soy una tonta.

—Clara, eres demasiado sensible para mi bien. Temo que a lo largo de nuestras vidas te veré llorar más de una vez, y no puedo perdonarme eso. Que no sea yo la causa de tus lágrimas. Se han vertido muchas ya.

La mirada empañada de la joven se fijó en el rostro del hombre. Tragó saliva.

—Debo ser fuerte —dijo para ella misma—, porque tengo que cuidar de los niños.

—Lo haremos juntos. No estás sola, Clara, formamos una familia y nos cuidaremos unos a otros.

—Es muy lindo eso, Jim, porque ya ninguno de nosotros tiene familia.

—Clara, mírame —y esperó a que ella alzara sus ojos hacia él—. Nos casamos en la aldea para que todos vieran que eres mi esposa, y porque quise hacerlo antes de mi partida, pero cuando lleguemos a otro sitio donde encontremos un sacerdote de tu religión podremos casarnos de nuevo, si te preocupa. Yo no me opongo a ninguna creencia, lo que rechazo es la imposición, que ha sido causa de mucha desgracia para mi pueblo.

—¿El reverendo Thomas estará ofendido?

—No contigo, puedes dar fe de eso. Si hay alguien a quien odiar, será el novio.

Clara miró la expresión de Jim y se dio cuenta de que estaba acostumbrado a los

desprecios y a la desconfianza, que tal vez nunca se libraría del todo de esa carga, a menos que...

—¿Dónde iremos ahora, esposo? —le preguntó de pronto.

—De eso quería hablarte. Dos Personas opina, y estoy de acuerdo, en que es mejor no retomar los lazos de las vidas pasadas. A menos que desees mucho volver a Bellaflor —añadió al recordar el comentario anterior de ella.

Clara sacudió la cabeza con decisión.

—No. Allí sólo tengo una tumba y un mal recuerdo. Prefiero conservar los otros, hasta que pueda entender lo sucedido. ¿Iremos entonces a Tennessee?

Jim se dio cuenta de que nunca le contó la verdad a Clara, su papel de comerciante acomodado había sido una tapadera para poder circular con libertad en la Argentina y saber del paradero del hombre que decapitó a su padre y a su hermano. Ella, en su inocencia, creyó que vivía allí.

—Nada me liga a ese lugar, salvo algunos trabajos de doma de potros que acepté y que me rindieron buenos dividendos. No soy un acaudalado hombre de negocios, Clara. Lo siento.

—Entonces, podemos elegir un sitio que nos guste a los dos —tanteó ella, sin importarle su declaración de pobreza.

Mientras contemplaba el pequeño rostro iluminado, Jim pensó que ella era como un niño en su corazón, capaz de sonreír entre lágrimas y contentarse de inmediato. A pesar de haberlo comprobado más de una vez, seguía maravillándose del talante de esa mujer.

—Lo pensaremos juntos —accedió—. Ahora ven, volvamos con los demás. Quedan pocas horas para la despedida.

Clara se aferró al sólido brazo de su esposo y retomó el camino de la aldea sintiéndose ilusionada. Tenía su encanto imaginar un hogar, elegir entre tanta belleza el sitio ideal para criar a los niños y contentarse el uno en el otro. Eran proyectos que ella jamás había soñado, y le resultaban extraordinarios. ¿Qué diría la abadesa si la viese?

La despedida de las Montañas Humeantes tuvo visos de melancolía también para Clara. Dejaba atrás a dos grandes amigos. Tanto Dos Personas como Hierba del Sauce disimularon su tristeza en el abrazo final, para no empañar la partida de los esposos. La india no pudo evitar el llanto, sin embargo, a la hora de apretar por última vez a Alfonsito, que se iba de allí más parecido que nunca a un niño cherokee, con los ojos renegridos de mirada vivaz, el pelo abundante y los cachetes como manzanas de invierno.

—Recuerda lo que te he dicho —susurró cuando lo devolvió a los brazos de Clara.

En la cabeza de la joven giraban sin cesar todas las promesas que había hecho a lo largo de ese viaje y que no sabía si podría cumplir algún día: a Duma, a Chispa y Salomón, ahora a Hierba del Sauce. La más importante de todas era la que hizo a su

esposo, que en ese instante se despedía de su amigo hermano con emoción contenida.

—No vuelvas —le decía el berdache, aun en contra de sus propios deseos—, sigue tu camino.

—Ven entonces a vernos —contestó Jim—, cuando nos hayamos instalado.

—¿Y dónde será eso? —bromeó el otro.

—Te lo haré saber. Puedes sorprenderte.

Dos Personas rió y palmeó el hombro de su amigo.

—Ya no, nada me sorprende viniendo de ti. Ve con el Gran Espíritu, hermano, que guíe tus pasos a través de las señales.

Se abrazaron.

Pequeño Castor se unió al grupo cuando ya todos se hallaban montados. Jim le había permitido pasar esa última noche con su madre a pedido de Clara, que no podía creer que Luna Azul no reclamase ese derecho por sí misma. El niño traía una expresión decidida, con su atavío de guerrero, sus piernas flacas envueltas en pantalones de piel de venado, la vincha que le tapaba parte del vendaje del ojo, y un puñado de flechas sobresaliendo de su carcaj. Sólo él sabría cómo lo había recibido y despedido la madre. Jamás dijo nada sobre el asunto, y Jim no lo obligó a hacerlo tampoco. Clara, conmovida ante su aspecto trágico, le entregó su puñalito cuando lo subieron a la grupa de su ruano.

—Toma. Un guerrero debe tener un cuchillo especial —le dijo, y Pequeño Castor tomó en silencio aquella prenda cargada de significados para él, pues era de su tío y venía de manos de aquella mujer que ganó su corazón.

Lo escondió en sus pantalones nuevos y miró hacia adelante, dispuesto a enfrentar el futuro.

Así, escoltados por los cuervos que volaban de un árbol a otro y las ardillas de cola gris que trepaban por los troncos de los castaños, espiados por los ojillos curiosos de un mapache y abrazados por la niebla de las montañas que ya cubría el valle, emprendieron una marcha incierta hacia algún lugar remoto. Atrás quedaron las siluetas difusas de Dos Personas y de Hierba del Sauce, erguidos ambos en su estoica postura. También la cabellera del doctor Nancy, que había sido el motivo de todo aquello, la cabaña del bosque donde Clara conoció el amor de un hombre, y la cotidiana vida de la aldea, las costumbres del pueblo de Jim.

Al alcanzar la cima de la primera cuesta, un chillido de halcón resonó en lo alto y Clara miró hacia arriba. En el cielo plateado de la mañana, un ave oscura volaba en círculos.

—Es un espíritu —comentó Pequeño Castor a sus espaldas.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

El silencio del niño dijo a Clara mucho más que cualquier palabra. La madurez de Pequeño Castor, su interpretación del mundo que lo rodeaba, le recordaban el talante del propio Jim.

Era indudable que llevaba su sangre, y ella empezó a pensar que también tendría

el don.

Un rato después, mientras marchaban envueltos en el silencio algodonoso de la niebla, se escuchó un silbido lejano. Clara volvió la cabeza y vio una figura que levantaba un brazo en señal de despedida. A pesar de la distancia, reconoció a Wapiti que los había seguido un trecho. Ella sacudió su mano en esa dirección. Esperaba que él pudiese verla, le habría dolido irse de allí sin saludar a ese joven impetuoso que a último momento obró en su favor, y al que Jim perdonó la vida.

Se sintió feliz de pronto. Su misión salvadora había tenido éxito.

Momentos después, traspasaron el límite del valle de las Montañas Humeantes y el horizonte se desplegó ante ellos. El appaloosa de Jim abrió el paso hacia lo desconocido.

Caballo que Galopa en el Viento sintió que el espíritu de Muchas Plumas iba con ellos.



## CAPÍTULO 21

Aquel viaje no se parecía en nada al que habían realizado antes. Además de cargar con otro niño, la comitiva incluía esta vez un caballo de remonta, una vaca con su ternero para que no le faltase leche a Alfonsito, y varios canastos repletos de comida. La marcha se volvía lenta y hubo que detenerse para que los animales descansaran y los niños se distendiesen.

Clara, que no se orientaba demasiado, intuía que Jim desandaba el camino que habían hecho al llegar, y se preguntaba si tendría en mente pasar de nuevo por Shenandoah. Esperaba que no, pues sus emociones estaban a flor de piel y no sabía si resistiría una nueva despedida. Su esposo había recobrado el humor reconcentrado de siempre y no se mostraba dispuesto a la confidencia. A veces se alejaba en compañía de Pequeño Castor y ambos volvían con una presa de caza en las manos. Clara sospechaba que era una estrategia para educar al muchachito, ya que comida no les faltaba. La presencia del sobrino se convirtió, sin pensarlo, en un nuevo lazo entre ellos. Pequeño Castor congeniaba con Jim mejor que si hubiese sido su propio padre, y era atento y solícito con Clara, la escuchaba hablar con paciencia y sonreía ante sus recomendaciones y temores. Cuidaba de Alfonsito cuando ella estaba ocupada, y se alejaba con prudencia para que los mayores hablaran en libertad. Era un niño sabio, de un modo diferente a todos los que Clara conocía.

—Estamos siguiendo el sendero de lágrimas de los cherokee —le dijo de pronto Jim, una noche sin luna en que el frío apretaba y el fuego parecía agotarse en el aire helado.

—¿Y adónde nos lleva?

Jim fijó sus ojos en las llamas titilantes.

—A la tierra donde ocurrió todo.

Clara no supo qué pensar. ¿Qué era “todo”? ¿La muerte de su madre? ¿La de su padre y su hermano? Su esposo hablaba en enigmas a veces.

—Los grupos se reunieron en campamentos organizados por las tropas federales —siguió diciendo él—, sitios miserables donde muchos de los nuestros murieron de enfermedades.

—Lo sé, lo leí en el diario de mi padre —repuso Clara, acongojada.

—Después del brutal desalojo, sus tierras fueron sorteadas y entregadas a georgianos y colonos que quisiesen establecerse. Mientras, los cherokee aguardaban su destino, hacinados en chozas y expuestos a las fiebres y a la tuberculosis.

Clara escuchaba el relato que brotaba de los labios de Jim como un recitado, temerosa del motivo que lo incitase a hablarle de ese malhadado éxodo que ella había conocido en detalle por la pluma joven de su padre.

—Ellos, que bebían del río Oconaluftee, debieron tragar agua malsana que les causó la peste.

—Jim...

—Las negociaciones en Washington habían fracasado, estaba todo perdido. Todos culparon a John Ridge y a su hijo, a Elías Boudinot y a mi padre, y a tantos otros que firmaron aquel tratado provisorio.

—En el diario, mi padre dice que era la única solución posible en aquel momento.

—Quizá sí, quizá no —contestó Jim tajante.

El fuego chisporroteó como si la furia del hombre lo avivara.

—Trece mil almas cherokee —continuó—, distribuidas en carretas, a lomos de caballos o a pie la mayoría, cargando los enseres domésticos que les quedaban, y el orgullo de ser una nación valiente. Dicen que entre los bultos viajaban nuestras leyes escritas, nuestra propia Constitución, y la letra muerta de los tratados con los blancos —finalizó con amargura.

—Esposo mío, no te tortures con esos recuerdos —rogó Clara, pero él no la escuchaba, un espíritu agorero se había apoderado de su ser.

—¿Sabías que algunos blancos inescrupulosos seguían de cerca a la caravana para reclamar deudas impagas a los cherokee? ¿Y que como no había manera de demostrar allí mismo que esas deudas no existían, a muchos se les quitaba lo último que poseían?

—No, no lo sabía. Mi padre...

—El mío perdió sus caballos a causa de eso. Un comerciante dijo que le había vendido semillas y herramientas cuando vivía en su granja, y un soldado de la custodia ordenó que las saldara con sus animales. Cuando supe de eso, juré que mis caballos serían siempre libres, que me acompañarían sin pertenecerme jamás. Por eso dejé ir a Sequoyah en las llanuras del sur, antes de volver. Y dejaré ir a Milky Way cuando llegue el momento.

Clara miró hacia el rincón donde los animales descansaban con placidez, ignorantes de los demonios que acicateaban a ese hombre que día a día los conducía con mano férrea.

Ella se condolía del sufrimiento de Jim, pero no encontraba palabras para apaciguarlo.

—¿Qué más leíste en el libro de Ambrose, Clara?

Tomada por sorpresa, ella atinó a responder que en los últimos tiempos lo había dejado olvidado.

—Después de lo ocurrido en Bellaflor, me cuesta volver a leerlo. Quise hacerlo en la cabaña una noche, pero...

—Toma. Lee esto —y Jim le tendió un papel arrugado que guardaba en su alforja.

—¡Es la hoja que arrancaste! —exclamó Clara.

—Léela. En voz alta.

Jim se acodó sobre las rodillas, a la espera del relato. Sin duda sabía de memoria lo que decía, pero por alguna razón quería escucharlo de nuevo de labios de ella. Clara carraspeó y envuelta en su manto de pieles de castor, regalo de Hierba del



Sauce, comenzó a leer ese retazo de historia que ella nunca conoció. Su vocecita suave se expandía sobre el humo del fuego hasta rozar los oídos de Jim Morris.

*Cape Girardeau, Missouri, enero de 1839*

*Hemos atravesado el Mississippi por fin, y en la otra orilla quedó una parte de mi corazón. Rosemary, su cuerpo hermoso, su rostro sereno de bondad infinita, yace bajo un montículo de tierra fangosa. Su madre no quiso que una cruz cristiana coronara su tumba, pero su esposo la enderezó de nuevo después de que empezamos a abordar los vapores.*

*Es difícil para mí entender este dolor. Debería ser un paciente más, víctima de la tos y la fiebre, y sin embargo su partida me clava un agujón de inconcebible tristeza. Creo que me estaba enamorando de ella. Guardo este secreto en lo más profundo de mi ser, por respeto al esposo y a sus dos hijos, que ahora son lo único que queda de Rosemary.*

*Esta pobre gente debe dejar a sus muertos a la vera del camino, sin saber si algún día volverá sobre sus tumbas.*

*La he asistido hasta el último aliento. Sus ojos, empañados de delirio, me decían que siguiera adelante con todos ellos, que no abandonara a su familia. Pidió con un gesto que le mostraran a su pequeño, y apenas alcanzó a rozar su cabecita con una mano escuálida. El niño es sano, resistirá. Su abuela insiste en que está dotado, pero yo no la escucho demasiado, es una mujer dura que siembra cizaña cuando puede. Para conformar a Rosemary, he cargado al bebé ante sus ojos. Ella me sonrió. Todavía no tiene nombre, según su costumbre. Veremos cómo lo llaman a lo largo de este periplo.*

*El láudano se me está agotando, pues la dosis es de cuatro gotas tres veces al día. Sigo escuchando toses y respiraciones sibilantes. Será un milagro que no enterremos a todos antes de llegar.*

*Todavía debemos alcanzar el río Missouri para encontrar lo prometido. El viento del Ártico congela la pradera y mis piernas casi no me responden.*

*Una nota más para agravar el estado de ánimo de estos cherokee: a medida que avanzamos y rozamos nueva tierra conquistada al indio, los granjeros de estas planicies nos ven pasar y cierran sus puertas en señal de desconfianza. No quieren tener que ver con esta caravana andrajosa.*

*Si alguna vez dudé de mi profesión, hoy renuevo mis votos más que nunca. Dedicaré mi vida a salvar las de aquellos que sufren. Amada Rosemary, descansa en paz. Velaré por tu familia mientras ellos me lo permitan.*

Clara terminó su lectura con un hilo de voz. Aquel capítulo de la historia la conmovió hasta lo más profundo. ¿Quién sería aquella india de la que su padre se había enamorado? ¿Lo habría sabido su madre después, o sería un secreto que Ambrose se llevó a la tumba? Levantó los ojos, y descubrió que los de Jim

fulguraban a través de las llamas.

—Muy triste —comenzó diciendo, pero él la cortó con brusquedad.

—Era mi madre.

La revelación cortó el aliento de Clara. De todos los desenlaces posibles, entre todas las alternativas que aquel diario le podía ofrecer, jamás se le habría ocurrido que el vínculo entre el doctor La Rochelle y los cherokee tuviese semejante derivación. ¡La madre de Jim! ¡Nada menos! Y saberlo así, de primera mano de un testigo y protagonista de los hechos... Y Jim lo supo mucho antes, desde aquella mañana en que ella lo increpó porque había rasgado el diario. Entonces...

Un súbito temor se apoderó de Clara. Si el señor Morris había leído ese capítulo tanto tiempo antes, quería decir que todo lo que ocurrió después estaba signado por ese conocimiento. Lo sucedido entre ellos también.

—¿Estás seguro? —susurró, estremecida.

—El esposo que menciona ahí es Tawato, mi padre, Ethan Morris, y Rosemary era el nombre inglés de mi madre. Nube Roja es mi hermano, y ya conoces el papel que mi abuela desempeñó en mi vida. Ella es la mujer dura y vengativa de la que habla tu padre.

—Nunca me dijiste esto. ¿Por qué, Jim? ¿Qué pretendías esconder?

Él no atendió al desconsuelo y el temor que teñían la voz de Clara, estaba ensimismado en sus propios recuerdos y en el enigma que debía resolver. Seguir adelante o torcer el rumbo; continuar el sendero para que su esposa se embebiese del sufrimiento y así compenetrarla de todo su ser cherokee, o dejar que esa parte de su vida se disipase junto con la niebla de la mañana. Estaba claro para él que no viviría en la tierra donde habían asesinado a Tawato y a Nube Roja, lo que aún no veía con idéntica claridad era hasta dónde debía seguir el rastro de lágrimas de su pueblo. ¿Era suficiente, o faltaba más?

Clara estaba deshecha. Para ella, todo cobraba sentido a partir de ese momento. La revelación del extraordinario vínculo que la unía a Jim se había convertido en una soga al cuello, pues si su esposo sabía esto desde antes, había obrado en consecuencia y la había seducido para vengarse de ella o bien, si le otorgaba el beneficio de la duda, para cumplir otro de los mandatos que desde siempre dirigían su vida. Ninguna de esas opciones le gustaba. La única respuesta que Clara anhelaba era la del amor. Y no veía amor en esos ojos feroces que la taladraban del otro lado de la fogata.

—Lamento que mi padre se haya enamorado de su madre, señor Morris —fue lo primero que se le ocurrió decir, para evitar el otro gran tema.

Y se distanció de él, llamándolo como lo hacía antes. Le había costado darle a Jim un trato familiar, pero al ser su esposa se empeñó en hacerlo. Este otro hombre, que parecía duro e inflexible con ella, la devolvió a su anterior postura.

Jim sonrió con desprecio.

—No sería la primera vez que un hombre blanco cae rendido ante una india hermosa. Las hacen sus *squaws*.

Clara tragó saliva, acongojada.

—Mi padre era un caballero, a pesar de todo. Sé que nunca hubiese ofendido al suyo intentando nada. Se equivocó al integrar la cofradía de la Camelia Blanca, pero en otros aspectos siguió siendo el hombre que era, un buen esposo y un gran médico.

—¿Lo has perdonado? —quiso saber Jim, intrigado por el giro de las respuestas de ella.

La joven lo miró con una dureza desconocida para él.

—¿Por qué no? ¿Acaso guardo rencor por alguien más? Si pude perdonar a Luna Azul, a Wapiti, al sujeto del *Lincoln*, al mismo André... Dios mío... ¡A pesar de lo que hizo! ¡No puedo odiarlo! —estalló Clara al límite de su resistencia—. No odio a nadie, ni siquiera *a ti*.

Y se sintió derrotada en su esfuerzo por alejarlo de ella con el trato distante.

Jim se quedó helado ante la furia de su declaración. Nunca se le había ocurrido pensar que Clara fuese consciente de esa falta de resentimientos. Creía que era como una niña en ese sentido, que olvidaba con facilidad, y la vida que había llevado la mantenía a medias fuera del mundo. Sin embargo, esa mujer que llameaba por los ojos y le espetaba su rabia y su desesperación no tenía nada de niña. Y había dicho que tampoco lo odiaría a él.

Se incorporó y caminó hacia ella, arrebujada en su manta.

—¿Por qué, Clara, ibas a odiarme?

Una voz ronca le respondió.

—Porque ahora comprendo que te has casado conmigo por razones equivocadas.

Jim contuvo el aliento. Entendía todo. Clara creía que ella era un as en la manga, una mano de póquer como la que había jugado a bordo del *Lincoln*. Una ficha en un tablero. Mujer al fin, necesitaba conocer la verdad en palabras, que él le dijera cuáles eran sus sentimientos. Sabía que eso ocurriría tarde o temprano, no se imaginaba cuán temprano. Suspiró, resignado. La amaba. ¿A qué ocultarlo? Si ella quería saberlo de sus labios, lo tendría.

—Clara —dijo en el tono más tierno que pudo—, jamás te habría prometido algo que no pudiera darte. Y nunca estuve tan seguro de haber hecho lo correcto como en esta hora.

—Lo correcto no es siempre lo que uno desea —porfió ella.

—En este caso coincide. Te hubiera tomado cien veces antes de aquel día y no hubieses podido resistirte, pero lo hice cuando dentro mío esa verdad cantaba a gritos.

—¿Y cuál es esa verdad? —contestó Clara con la mirada trémula.

—Que te amo. Y que nunca antes sentí amor por otra mujer, aunque reconozco que me encapriché con alguna.

No iba a explicar detalles, pero ella se los exigió.

—¿Con Luna Azul?

—No.

El silencio de Clara era otra pregunta que Jim tuvo que responder muy a su pesar.

—Fue en el Río de la Plata, una maestra de Boston que acudió a enseñar, convocada por el gobierno argentino.

—Elizabeth O'Connor —dijo de inmediato Clara, sorprendiéndolo.

Como una catarata de imágenes, se reordenaban las piezas en la mente de la joven: la medalla que él había escondido era idéntica a la que ella le regaló a la maestra de Boston, y Jim dijo entonces que “ésa era la verdadera”. Aquel comentario extraño resonaba en la memoria de Clara sin sentido, hasta ese momento.

—¿Y ella te correspondió?

Jim sonrió, esa vez con ganas.

—Por suerte no. Tú me estabas aguardando en el camino.

Clara ocultó una pequeña sonrisa entre las mantas.

—Presuntuoso —dijo al fin.

Jim se sentó junto a ella y la rodeó con su brazo, oprimiéndola contra su costado.

—Ya nos hemos perdonado el uno al otro —bromeó—, ahora podemos dormir en paz.

—¿Qué tenías que perdonarme? ¿Qué te he hecho? —exclamó la joven, belicosa.

—Muchas noches de insomnio, Colibrí Dorado. No es fácil dormir a tu lado. Un hombre debe acostumbrarse a ese molesto ruido que sale de tus cobijas.

Clara se alejó para verlo mejor a la luz del fuego.

—¿Hago ruidos cuando duermo? ¿Qué clase de ruidos?

Jim simuló hacer el esfuerzo para guardar silencio, y luego emitió un grueso ronquido que imitaba los de Clara. Ella se espantó y le cubrió la boca con su mano.

—¡Shhh! ¡Qué haces! Despertarás a los niños.

—Sólo te muestro tu ruido, Colibrí Dorado, el que no me deja dormir.

—Yo no hago eso.

—Un día, alguien deberá decírtelo. Roncas como un cerdito bien alimentado.

Clara compuso tal expresión de horror que Jim se echó a reír con ganas, soltando en una risotada todo el alivio de verla por fin tranquila y confiada, como le gustaba verla, convertida en su mujer, madre de dos niños y posible madre de un tercero.

Claramaría La Rochelle, esposa de Jim Morris.

A escasos metros, Pequeño Castor cerró su ojo sano, dispuesto a conciliar por fin el sueño. Aquella agria discusión lo tenía preocupado. Él se sentía por fin adentro de una verdadera familia, confiado en la fortaleza de su tío y la bondad de Clara. Había temido que esa felicidad recién adquirida se tambaleara, pero ahora entendía que Jim y Clara peleaban para descubrir cuánto se amaban, y él sería el custodio de ese vínculo, cuidaría sus pasos y velaría sus sueños. El espíritu feroz del oso se había adueñado de él durante su enfermedad, gracias al relato de Colibrí Dorado, y él sería como el oso, que conoce las raíces que curan tanto los males del cuerpo como los del espíritu.

Él, Pequeño Castor, tendría un día un nombre nuevo, y entonces todos sabrían que podía ver, aunque tuviese un solo ojo, más que ningún otro sobre la tierra.



## CAPÍTULO 22

El océano aquietaba sus aguas cuando el *Warrior* hizo su entrada en el Río de la Plata.

La noche envolvía en cálido resplandor de luna la efigie del buque de la Lamport & Holt Line, que había zarpado de State Island con una cantidad limitada de pasajeros, ya que era sobre todo un barco de carga que cubría la ruta del Norte hacia Sudamérica.

Ya no estaban el *Lincoln*, ni los ojos neblinosos del capitán Flannery, para despedir a Clara en su regreso a la tierra donde todo había empezado; sin duda aquel viejo lobo de mar gozaría de su retiro en una casita de la bahía con olor a langosta y sopa de almejas.

Habían dejado atrás la nevisca y el frío atenazante para recibir una oleada cálida, perfumada de brea y de pastos salvajes.

Acodado en la borda, en mangas de camisa, Jim contemplaba el ancho estuario.

La decisión de volver al sitio donde sus destinos se habían entrelazado fue mutua. Después de aquel intenso intercambio en el que sus corazones se abrieron, tanto él como Clara tuvieron la misma idea. ¿Por qué no? Habían recorrido juntos un sendero de lágrimas agolpadas a lo largo de las vidas de los otros, les tocaba ahora labrar su propio camino, quizá con lágrimas también, que Jim anhelaba de dicha antes que de dolor.

Con la venta precipitada de la vaca, su ternero, y dos caballos de la caravana, él había comprado los pasajes y ropa para todos. Pequeño Castor no podía viajar vestido de guerrero, pues ya conformaban una familia bastante desigual como para atraer más la atención sobre ellos. Recordó con una sonrisa la escandalizada expresión de la tendera cuando vio al niño con sus flechas y su carcaj, asomado al mostrador de la casa de artículos generales. Pequeño Castor aceptó desprenderse de su atavío a cambio de la promesa de llevarlo en el baúl de Clara para cuando llegasen a esa “tierra de indios”, como le escuchó decir. El ansia de aventura devoró cualquier aprensión que pudiese haber sentido ante un viaje inusitado hacia un paraje desconocido.

En cuanto a él, se sentía por primera vez en paz en su corazón. Ignoraba qué les depararía la vuelta a las pampas, ni si Clara se sentiría a gusto regresando como esposa de un cherokee al lugar de donde había salido con su túnica de novicia, pero en esas largas jornadas de navegación la había oído reír tantas veces frente a las gracias de Alfonsito, y había escuchado tantas historias que refería a su sobrino acerca del país que visitarían, que tranquilizó su temor de haber equivocado la elección. Allá no tenían un sitio adonde ir tampoco, habrían debido elegir al azar, y la cuestión india obraba en su contra. Cada vez se recortaba más el territorio destinado a las tribus, y el avance de los colonos nunca era pacífico. Ya se loteaban las reservas

del oeste, pronto no quedaría un trozo para el indio. La Argentina contaba aún con muchas extensiones, y Clara le aseguraba que las monjas del convento sabrían aconsejarlos. Jim se permitía dudar de eso, pero en aras de su tranquilidad no dijo nada.

—Se han dormido, por fin. Estaban muy alterados por la proximidad del arribo.

El objeto de todos sus pensamientos susurraba a su lado, apretándose contra él. Jim la cobijó bajo su brazo.

—Era hora. Tendrás que ponerte firme si quieres sacarlos buenos —bromeó.

—Creo que se defenderán el uno al otro —y de pronto la expresión de ella cambió—. Sé que hago lo correcto, pero no puedo evitar la tristeza de separarme de Alfonsito. He pecado, esposo mío, pues me descubrí deseando que su madre lo rechace para poder quedármelo.

Jim no respondió enseguida. Sabía que el terrible momento llegaría, pues siempre escuchó decir a Clara que su misión era convencer a la madre del niño de su papel. Sin embargo, sentía la misma desazón que ella al desprenderse del bebé que había llegado a amar como a un hijo. Él no tenía tantos escrúpulos, podía desear sin culpa que aquella mujer repudiase a un niño al que ni siquiera había visto crecer, mas no lo confesó a Clara, prefería no intervenir en esa decisión que ella juzgaba justa.

—Sabremos lo correcto cuando lo tengamos delante —se limitó a decirle.

Clara suspiró, y se asomó por la borda.

—Ya empieza a verse el río. Mira, a pesar de la oscuridad, las aguas se ven diferentes. Nunca creí que regresaría sintiéndome en casa. ¿Puede ser eso posible? Nací en Francia, crecí en Virginia, y por unos pocos años en esta región alejada de todo, ya la siento mi hogar. ¿A qué se deberá? Me intriga.

—La tierra no nos pertenece, aunque nosotros sí podemos pertenecer a ella, y siempre habrá un lugar que llegue a nuestro corazón más que otro. Espero que suceda eso conmigo.

—Oh —se afligió Clara—, no quisiera que te vieses obligado a vivir donde no estés a gusto. Dijiste que ésta era la decisión más apropiada.

—Y así es. Aquí fue donde vine en pos de una venganza, y de aquí regresé con un destino trazado, sin que yo mismo lo supiese. Es un sitio apropiado, esposa, porque hay señales.

—Me alegra eso —y ella miró al cielo, donde despuntaban estrellas temblorosas.

Buscaba las señales que Jim mencionaba en esa Cruz del Sur que marcaba el rumbo que ellos llevaban, a bordo del *Warrior*.

Después de un rato de silencio en el que sólo se escuchaba el chasquido de las olas contra la quilla, Clara volvió a hablar:

—¿Extrañas a Milky Way?

Jim dirigió sus ojos hacia el norte y respondió con sencillez:

—Su espíritu estará conmigo como lo ha estado el de Sequoyah. El tiempo que pasamos juntos es lo que importa.

—Eres sabio —repuso admirada ella—, no sé si alguna vez lograré esos pensamientos.

Jim la miró desde arriba, sonriente.

—Creo que todavía ignoras tu poder, y quizá eso también sea sabio, Colibrí Dorado.

—¿Cambiaré de nombre algún día, como lo hacen los cherokee?

—Lo dudo. Hay una esencia poderosa en ti. Yo la descubrí desde el principio.

—La humildad no es una de tus virtudes, esposo.

Él se echó a reír en voz baja, conspiradora.

—Ya te contaré de mis visiones alguna vez.

—Bien, porque no quiero que tengamos secretos.

—Entonces dime, ¿qué es eso que guardas ahí? —y Jim le señaló un bulto que ella escondía bajo el otro brazo.

Clara lo miró con picardía y desplegó ante sus ojos el maltratado hábito de novicia con el que había vivido tanto tiempo. La tela lucía gris en lugar de celeste, y los remiendos eran tantos que parecía una colcha de retazos. Volvió a hacer un bulto con la túnica y, sin dar tiempo a la sorpresa, la arrojó por sobre la borda. El hábito se impregnó de agua y se expandió sobre la superficie, antes de desaparecer entre las olas.

Clara lo observó con satisfacción.

—Quería ver cómo se iba para siempre —dijo para sí misma.

Jim, embargado por la emoción, la apretó contra su vientre palpitante. Sus manos recorrieron la silueta delgada hasta dar con las nalgas, y se detuvieron en una caricia sensual.

—La gente... —boqueó ella.

—Ya sé, ya sé. La gente, los niños, los peces... Iremos adentro —y la tomó de la mano para conducirla al camarote contiguo al de los pequeños.

La cubierta quedó vacía. En el sitio donde ellos habían estado, un fugaz rayo de luna iluminó las huellas de sus pies sobre los húmedos tablones.

El convento lucía tal como ella lo recordaba. En el amanecer, el huerto se poblaba de trinos y la pequeña fuente cantaba su gorgoteo. La misma serenidad de siempre la envolvió cuando atravesó el patio de baldosas bajo la recova, con sus columnatas sencillas y las enredaderas que a esa hora abrían sus corolas. La monja que respondió al llamado de la aldaba caminaba detrás de ella, casi pisándole el ruedo del vestido, tan excitada estaba al verla. Era Sor Celeste, una de las más jóvenes, que por pedido de Sor Manuela había ido a ver el torno. Fue entonces cuando escuchó la aldaba, y a través de la ventanita de rejas vio el rostro inconfundible de Clara, aunque sus ropas de dama y ese cabello que se ondulaba sobre los hombros la aturdieron por un momento. Tal fue su asombro, que la joven tuvo que mostrarle al pequeño Alfonso envuelto en una delicada mantilla para que le abriese. Luego, los aspavientos, las exclamaciones, las lágrimas, hasta que Clara solicitó pasar para ver a la Madre



Encarnación. Recién entonces Sor Celeste advirtió que estaba dando un espectáculo a las puertas del convento.

Ahora casi no le permitía avanzar, a fuerza de distraer a Alfonsito con carantoñas.

—¿Está segura de que la Madre podrá recibirme? Si se ha recludo...

—Sí, sí, Clara, cómo no, si ha estado diciendo que no quería morir sin antes volver a verla. Ella estuvo algo malita de salud, pero Dios no ha querido llevársela, y ahora veo por qué, le tenía reservado este milagro, de ver al pequeño y también a su novicia favorita.

—Ya no lo soy, Celeste, aunque mi amor por todas ustedes sigue intacto —y pensó que esa monjita usurpaba su lugar de charlatana del convento.

—Claro, claro, sí, lo que yo decía, que alguna vez íbamos a verla de nuevo, pero qué lindo está el niño, la Virgen lo ampare, es un muchachito fuerte y sano. Debió de serlo para aguantar semejantes viajes. A todo esto, ¿cómo es que no está con su madre?

Clara ignoraba cuánto sabrían de lo ocurrido, y no deseaba ventilar nada hasta que hablase con Encarnación, que como tía del niño tenía más derecho que ninguna.

La monjita le pidió que esperase en la sala parroquial, y se sintió incómoda al tener que guardar las formas que reservaban a los visitantes cuando Clara había sido una de ellas, pero la sonrisa de la joven la convenció de que no la ofendía con el trato.

Al cabo de minutos, vino acompañada de Sor Manuela, que prorrumpió en sollozos y abrazos, tanto a Clara como al pequeño Alfonso. Las mismas palabras, los mismos gestos de arrobamiento, idénticas preguntas. Era así, entonces, nada sabían las monjas de la vida de Ester. Una esperanza brotó en el pecho de Clara, que ella intentó ahogar de inmediato.

—La Madre te recibirá ahora mismo, acabo de avisarle y no atina a entender cómo estás aquí y con su sobrino. Tuve que asistirle, ya que está algo achacosa y temí que se cayese al poner un pie sobre el otro.

Sor Manuela la condujo por un pasadizo que Clara jamás había visto y que desembocaba en una salita oscura, sin ventanas. Por una puerta pequeña, propia de un duende, en la que Sor Manuela dio dos golpes suaves, apareció la querida imagen de la antigua abadesa, vestida con un sayo marrón y la cabeza cubierta por una toca negra.

—Aquí la tiene, Madre. Como una princesa. ¡Y con el niño!

Sor Manuela juntaba las manos, dispuesta a aplaudir de felicidad.

Clara encontró a la abadesa muy venida a menos. Las arrugas se habían adueñado de su rostro redondo y complaciente, había perdido mucho peso y usaba un cayado para sostenerse. El hábito, sujeto por un cordón rústico, le holgaba tanto que debía levantarlo con una mano para no pisarlo.

—Querida niña... —musitó con voz gastada la mujer.

—¡Madre!

Clara corrió a echarse en sus brazos, salvando todas las distancias y formas, y

olvidando que llevaba al niño. Casi tumba a la pobre anciana, que atinó a buscar el apoyo de la pared.

—¡Dios sea loado! —exclamó la abadesa, sin saberse a qué destinaba el agradecimiento, si a la bendición de volver a ver a Clara y al sobrino, o a la de sobrevivir al encuentro.

Sus ojillos sagaces descubrieron de inmediato la vestimenta de la joven, un traje de seda labrada rosa pálido ajustado por una chaqueta con puños de volantes. La capota no alcanzaba a ocultar los rizos dorados que se amontonaban debajo de las cintas.

—Has tomado tu decisión —le dijo simplemente.

—Madre, tengo tanto que contarle...

—Ven, hoy nos saltaremos las reglas. Sor Manuela, que preparen mate cocido con las galletas de Sor Pabla. Dígales que ha venido Clara, todas querrán verla. Pero antes... —y la anciana levantó la mantita para mirar el rostro de ese niño en el que no había dejado de pensar ni una sola noche de su vida.

¡Había lamentado tanto perder el contacto con aquella insensata que lo tuvo a hurtadillas.

La tremenda culpa que la azotó le impidió pensar con claridad entonces, y en lugar de mantener su autoridad para ubicar a la madre del niño y resolver la situación, ella había elegido el camino de la oración y el martirio. Debió de haber tomado ejemplo de Clara, que siempre prefería obrar en lugar de rezar. Había sabiduría en aquella joven preciosa que ahora le traía el regalo de ver a su sobrino otra vez.

—Clara querida, tenemos mucho de qué hablar, pero antes de que me cuentes tus aventuras, te diré que estoy a punto de despedirme del convento e irme al de clausura del cerro, en las provincias de Cuyo.

—Oh, Madre, no pensé que fuera para tanto...

La vieja monja se echó a reír.

—Ay, niña, no bien llegada ya traes alegría a nuestras vidas de nuevo. Bendita seas. Es una decisión tomada. Ya ha llegado mi hora, y está bien que así sea. Aquí no hago sino estorbar la misión de las Hermanas, que deben atenderme. La casa está bien dirigida por Sor Jerónima. Ha sido un soplo de frescura para todas. Ya la verás también, debe de haber ido al Hospital de Mujeres, porque en estos días tenemos mucho trabajo. Dime, Clara querida, si aquella desventurada te ha confiado su hijo en forma definitiva. Dios sabe que nunca supe de ella. Ni de mi hermano, ya que estamos. Retiró su apoyo a la Orden, que por supuesto yo ya no estaba dispuesta a recibir, y desde entonces no sé nada de él ni de su familia. Se rumorea que han viajado a Europa, pero tampoco lo sé a ciencia cierta.

—¿A Europa? ¿Y Ester? —de nuevo ese puntazo de ilusión en el pecho.

—Creí que venías a darme razón de ella.

—He vuelto para devolverle a su hijo, Madre, porque así es como debe ser. Si ella lo acepta, mi misión estará cumplida. Fueron los designios del Señor que el bebé

quedara conmigo durante mi viaje.

La anciana mantuvo silencio mientras escrutaba el rostro radiante de Clara.

—Los designios del Señor te han llevado por buen camino, hija mía, tanto en lo que respecta a mi sobrino como a ti. Se lee en tus ojos. ¿Quién es él?

Aunque la pregunta la tomó por sorpresa, Clara supo a qué se refería. Y no pensaba ocultar a la abadesa los motivos de su felicidad. Le contó de su encuentro con el señor Morris, apenas en el inicio de su viaje, y de las alternativas que los mantuvieron juntos a lo largo de aquel extraño periplo que corría paralelo al diario de su padre. Esto último intrigó a la monja, que meditó sobre el asunto.

—Quiere decir que los ángeles guiaron tus pasos para que te encontraras con las verdades de tu vida, al igual que lo hicieron con tu esposo. Él será cristiano, espero.

Clara tuvo que explicarle la condición de Jim, y aunque la abadesa entendía que pertenecía a una cultura diferente, no ahorró su comentario:

—Te toca a ti llevarlo por la buena senda, hija, y tratar de que tome los sacramentos. Imagino entonces que no te habrás casado como Dios manda.

El bochorno de Clara le dijo a la monja lo que debía saber, y una nueva filípica reemplazó a la anterior. Clara prometió buscar la bendición de un sacerdote y renovar sus votos en la iglesia. También le aclaró que su esposo estaba de acuerdo con todas las religiones.

—Estar con todas es no estar con ninguna —fue la sentencia de la monja.

Sin embargo, aquellas recriminaciones no hicieron mella en el ánimo de ninguna de las dos, y cuando la bandeja con los bizcochos y el mate cocido llegó, junto con varias de las Hermanas que querían saludar a Clara, se formó un bullicioso corrillo que más parecía de una banda de chiquillas que de una mujer casada y unas recatadas monjas.

Con la bendición de la antigua abadesa y más regalos de las Hermanas, Clara subió al coche que la aguardaba y dieron la vuelta para visitar la Casa de Niños Expósitos.

Al igual que en el convento, no vio mayores cambios, salvo algunas caras desconocidas que conformaban el nuevo personal. Debía preguntar por doña Pilar Gómez Riera, ya que en el convento le dijeron que habían recibido una carta para ella y que la habían devuelto a aquella dama, pues no sabían adónde enviársela. A Clara le intrigaba su contenido. La única carta que había recibido en su vida era portadora de malas noticias, de modo que temblaba un poco cuando entró a la salita de recepción.

Doña Pilarita la recibió con genuina alegría. Si le sorprendió verla vestida de dama y con un bebé crecido en brazos, se ahorró su comentario. Era una señora discreta, acostumbrada a guardar secretos de familia.

—Así es, Clara. Tengo aquí la carta que llegó al convento. Sor Encarnación quiso confiármela, segura de que usted volvería alguna vez a visitarnos, y porque ella está a punto de irse.

—Lo sé, acaba de decírmelo. Está muy viejita.

—La salud se le ha quebrantado, aunque lo lleva bastante bien, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Las llagas. ¿No se lo dijo? Le han salido por todas partes, y le arden mucho. A veces sangran también. Ella las considera lacras que debe cargar por sus culpas, pero entre nosotras, Clara, creo que se martiriza demasiado. Es una santa mujer.

La joven frunció el ceño. Entendía ahora la expresión de sufrimiento que avejentaba a la abadesa. Ella creería que era el castigo que le enviaba el Señor. Clara, sin embargo, tenía otra interpretación. Si debía tomar en cuenta lo vivido hasta ese momento, Dios nunca le había enviado señales para sufrir, sino para elegir la senda correcta. Y acababa de enviarla a ella al convento para encontrar cura a las llagas de Sor Encarnación.

Mientras doña Pilar le hablaba, en su mente buscaba las fórmulas de las hierbas que fabricaría para sanar esas heridas. “Tintura de azúcar”, pensó, “con clara de huevo y caléndula”.

Hizo un esfuerzo para retomar el hilo de la conversación cuando Pilarita le decía:

—Fíjese que hace ya casi un mes que llegó. Espero que eso no sea un inconveniente.

Clara dio vueltas el sobre en sus manos. El remitente era una letra prolija y redonda, en la que se leía: “Mrs. Balcarce”. Tras pensarlo unos momentos, rasgó allí mismo el papel.

A medida que leía, se sentía transportada en un trance y alejada del entorno, de Pilar Gómez Riera, de las voces de los niños, del olor a lejía que invadía los pasillos, y hasta del pequeño que, con su manita gordezuela, le buscaba los labios mientras soltaba gorgoritos.

*San Miguel de Tucumán, noviembre de 1872*

*Mi muy apreciada Sor Clara,*

*No dudo de que a estas horas portará usted el hábito definitivo de la Orden de Caridad que tan bien representa. A mí me tocó ejercer la vocación más lejos aún, acabo de llegar a una provincia donde a mi esposo, Francisco Balcarce, le dieron el papel de administrador de una planta azucarera. Tucumán es un sitio salvaje al que me fui acostumbrando de a poco. Recordará usted lo que me vaticinó en aquella desgraciada jornada en la ciudad, cuando nos azotaba la fiebre amarilla. Me dijo que un día volvería a la laguna donde hice mi debut como maestra en Argentina. Pues así fue, Hermana, y pensé mucho en sus palabras de entonces. La vida me condujo hacia donde debía ir, ahora estoy casada, y mi esposo y yo gozamos de una hermosa familia y de sendos trabajos que nos mantienen felices y ocupados.*

*Y he aquí el motivo de esta carta.*

*Sucede que he tomado contacto con las familias del monte tucumano, cuyos hijos asisten (siempre que pueden y los dejan) a la escuela de aplicación. Es una ardua*

*tarea que no viene al caso contar ahora, lo importante es que hay allí una misión para los huérfanos de la guerra. Poco hace que finalizó la contienda contra el Paraguay, y muchos niños que han venido en esas idas y vueltas, quedaron solitos con sus madres, o solos por completo.*

*Hay tanta pobreza, Clara, que usted ni se la imagina. Me preguntó un sacerdote misionero si yo conocía a alguien que aceptase vivir allí, entre esas almas perdidas, y de inmediato la recordé.*

*Me disculpo por mi atrevimiento, pero le prometí escribirle para interesarla en la idea. Usted me dio la impresión de ser una de esas mujeres que Sarmiento llama “intrépidas” y que a él tanto le gustan. Nada la compromete, sin embargo, es nada más un comentario para que sepa que, si alguna vez sueña con el servicio fuera del convento, aquí hay un rincón del país que la está esperando.*

*Me gustaría mucho recibir noticias tuyas, pero ni siquiera estoy segura de que usted haya recibido las mías. Dejo en manos de Dios esta carta, como hemos dejado en sus manos nuestras vidas.*

*Que la Virgen la acompañe. A mí me ha protegido siempre, a pesar de que perdí aquella medallita que usted me obsequió.*

*Suya,*

*Elizabeth O'Connor de Balcarce*



## Epílogo

“Camina entre dos mundos”



Río Salí, Tucumán, octubre de 1873

Arriba, un dosel de nubes envolviendo las crestas de la serranía.

Abajo, cascadas de orquídeas.

Más abajo aún, el monte sombrío, la vida latiendo en las copas de los lapachos y las tipas.

Y allí donde la cuesta se convierte en valle, un cercado de cañas rodeando un grupo de miserables chozas. En la pared de piedra de la capilla, un cartel grabado a fuego reza: “Donde me lleves”.

Un coro de risas brota del centro de ese claro ganado al monte, donde una docena de niños, crinudos y morenos, acaban de bañarse en el río bajo la supervisión de unas mujeres. Entre todas se destaca una que ríe con la misma alegría que los pequeños. A pesar de vestir el mismo sayal que las demás, su figura es inconfundible para el hombre que la observa desde lo alto. El cabello dorado, la silueta delgada, y ese parloteo que los vapores húmedos elevan hasta él la delatan. Clara lleva a Alfonsito encajado en su cadera mientras ayuda a una pequeñita a salir del agua.

—¿Qué están haciendo?

Pequeño Castor y Jim vuelven de una de sus incursiones “para hombres”, como gusta de recalcar el muchachito para acicatear a Clara. Ha descubierto la complicidad con su tío, y la disfruta.

—Sospecho que Colibrí Dorado quiere sacarles los piojos.

Pequeño Castor se rasca la cabeza, y Jim lo mira divertido.

—Si bajas, te obligará a meterte en el río.

—A esta hora me toca ayudar —protesta el niño, dividido entre el deseo de seguir recorriendo las laderas con su tío y compartir la merienda con los demás.

—Bajemos —concede Jim, entendiendo su dilema.

También él desea compartir esa hora especial con Clara.

Cuando averiguaron que el padre de Alfonsito había huido a Europa llevándose a su amante y dejando a la esposa humillada en Buenos Aires, decidieron tomar eso como otra de las señales que orientaban sus pasos, quedarse con Alfonsito y aceptar la propuesta de la maestra de la laguna.

Visitar la misión del Padre Benito y enamorarse de aquellas montañas coronadas de niebla y tapizadas de bosques fue una misma cosa. Aquella carta providencial los estaba aguardando porque era ahí adonde debían ir. Jim encontró en ese rincón parecido a las Montañas Humeantes un remanso para su espíritu atormentado.

Allí no existe el pasado, nadie padece los mandatos de sus ancestros pues se vive en un presente perpetuo, preocupados por las necesidades del cuerpo y del espíritu.

El Padre Benito ni siquiera preguntó a qué religión pertenecía ese hombre alto y robusto, de perfil aguileño y silencios inquietantes, le bastó saber que la mujercita que lo acompañaba sabía curar y conocía los rezos de memoria. Era cierto que le intrigó la extraña relación que unía a los miembros de esa familia peculiar, con un niño tuerto capaz de encaramarse a un árbol de diez metros como un mono, y un rollizo bebé que berreaba para reclamar una atención que siempre le prestaban, sin fastidiarse jamás por sus caprichos.

Y cuando esa mujercita proclamó que estaba encinta, rogó a Dios y a todos los Santos que la devolviesen cuando hubiese parido, porque sin ella, a esa pequeña misión se la tragaría la selva. Así lo hicieron, y “Donde me lleves” ocupó un lugar emblemático en la comarca.

Clara contempla la figura de su marido que baja por la ladera, con esas pisadas siempre seguras del siguiente paso, el continente altivo y la mirada fija hacia adelante. Todos le temen un poco, sólo ella conoce la ternura de que es capaz cuando la toma en sus brazos, o cuando acalla los berrinches de Afonsito, que está celoso de su hermana. La pequeña Brisa juega en el suelo, sobre una manta de telar. Sus juguetes son rústicos, miniaturas fabricadas por los niños de la comunidad nativa que vive junto al trapiche. Mientras los padres de algunos trabajan en la fabricación del azúcar, los pequeños juegan, comen y duermen en la misión. Están seguros y aprenden rudimentos escolares. Clara hace de maestra y de curandera, como le dicen allí. Jim, entretanto, enseña a los mayorcitos a fabricar herramientas y a utilizarlas, amén de colaborar con la gente de la región para construir sus viviendas o cazar al feroz tigre cuando merodea cebado.

A veces, cuando la brisa del norte calienta los faldeos de las montañas, él recuerda que es Caballo que Galopa en el Viento y mira en esa dirección, como si pudiera escuchar el rumor del Oconaluftee sobre las piedras, o ver la niebla mística de su tierra ancestral.

Él ya ha recorrido ese camino, y sabe que podrá volver o darle la espalda para siempre.

Es su decisión.

En esa tarde de primavera, el perfume de las orquídeas salvajes embalsama el aire. Jim se detiene en el sendero y contempla las pequeñas flores blancas que crecen a su vera. Se inclina y corta un ramillete que esconde en el bolsillo de su pantalón. Al llegar abajo, los chiquillos se abalanzan sobre él y reclaman una palabra, una palmada en sus cabezas mojadas, alguna broma chusca que los haga reír. Pequeño Castor también oficia de mago. Les regala piedras de raras formas, una pluma de águila poma, o una gota de ámbar que ha sabido libar del árbol con su cerbatana. Ellos comparan sus tesoros y corren a guardarlos. Apenas tienen dónde, se conforman con levantar la hoja tenue de un helecho o descubrir el hoyo de un pájaro carpintero.

Luego vuelven a sus correrías. Muchos dormirán allí mismo. Son los huérfanos de los que hablaba la maestra en su carta, pequeños olvidados en las huellas de la fatídica guerra, sin nadie que los reclame. A esos, más que a ninguno, Clara dedica toda su atención. Tiene la mirada puesta en la niña mayor que le ayuda con las tareas de tanto en tanto. Es una hermosa mestiza que llegó al Tucumán siguiendo a Elizabeth O'Connor, y piensa convertirse en maestra normal también. Pasa dos o tres días en la misión y luego vuelve a la casa que comparte con los Balcarce en el poblado del ingenio. Clara, que sabe leer en los corazones, ve en el de Livia Cañumil una fortaleza capaz de abrirle paso donde vaya.

—¿Cómo se ha portado mi niña? —exclama al entrar en la casa de piedra.

Livia eleva sus ojos rasgados, verdosos como los del tigre, y sonrío. Una rara sonrisa ancha de dientes blancos.

—Como una india —contesta, y sabe que la broma va por ella misma, que lleva sangre india.

Clara se echa a reír y levanta a Brisa para estrecharla contra su pecho. La bebida es del color de la miel, y sin pelo ninguno. El padre alega que eso se debe a que desde chiquita decidió ser novicia.

—Déme, señora Clara —y Livia toma en sus brazos a Alfonsito, que se pone bravo cuando debe compartir el amor con su hermana.

Jim ha decidido que el mote de *sa-la-li* le queda chico, habrá que pensar otro para él.

Las dos mujeres salen al patio de tierra con su preciosa carga para ver el espectáculo de cada día.

—¡Rápido! —grita Clara, y los niños se alinean como en formación, expectantes, todos vueltos hacia el poniente.

La joven hace visera con la mano libre y mira impaciente hacia la montaña, pues no ha visto a su marido. Y nunca, ni una sola tarde, faltó a la cita.

De pronto él la sorprende desde atrás con un ramo de chamuscadas florecitas.

—¿Y esto?

—Me recordó a la rosa cherokee, y quiero que las guardes como recuerdo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó con ella?

—Mientras mi pueblo cruzaba tantas millas durante el éxodo, allí donde caía una lágrima brotaba una flor como ésta. Todavía nacen en la primavera, siguiendo el sendero. Aunque no estamos allí, quise que las vieras.

Clara contiene el aliento. Su esposo está en uno de esos días melancólicos en que lidia con los demonios del pasado. Ocurría algunas veces y ella siempre lo anticipaba, pero esa vez, con el trajín del baño de los niños y las demandas de Alfonsito...

—Querido —susurra, posando su mano sobre la mejilla tensa del hombre—. El tiempo de las lágrimas terminó.

Se miran hasta el fondo de los ojos, donde asoma el alma.

Él bebe de ella, y ella descansa en él.



Una algarabía rompe el hechizo.

—¡Allá! ¡Allá!

Todos miran a un tiempo. Tras las montañas, como un incendio de bosques, un sol anaranjado se hunde, dejando tras de sí pinceladas violáceas.

Y planeando en lo alto, un halcón se precipita en el crepúsculo infinito.

Hay un silencio de oración en el monte, ni una hoja se mueve, pero de repente, de la cúspide morada del cielo baja una estrella.

—¡Uouuuuuu! —claman en voz baja los niños—. ¿Lo ha visto?

Sí, lo han visto.

Jim y Clara se miran de nuevo. Es una señal. Quizá, cuando menos lo esperen, sus espíritus buscarán un nuevo destino.

Ellos no pertenecen a ningún lugar.

Se pertenecen el uno al otro.



FIN

## NOTA DE LA AUTORA

Se conoce como Sendero de Lágrimas (*Trail of Tears*) la dolorosa epopeya de los cherokee, una de las Cinco Tribus Civilizadas de Norteamérica, quizá la que más se adaptó al modo de vida europeo.

El tratado de Nueva Echota al que se alude en este libro significó una división entre ellos, pero a pesar de todo lograron conservar un solo espíritu hasta el día de hoy.

Aunque su destino no es muy distinto al de otras naciones nativas durante el proceso de conquista, en los libros de historia de los Estados Unidos este episodio sigue siendo considerado un capítulo negro del que nadie se enorgullece.

## AGRADECIMIENTOS

A mi esposo Guillermo, que cuando supo mi intención de escribir esta novela organizó un viaje inolvidable.

A mi hijo Pablo, que tradujo libros esenciales para esta historia.

A Benjamin Chasenah y Gene Norris, del Cherokee Heritage Center de Tahlequah, en Oklahoma, por su amabilidad al orientarme sobre la literatura más adecuada.

Al Museum of the Cherokee Indian de Cherokee, en Carolina del Norte, por la extraordinaria recreación del Sendero de Lágrimas que me inspiró varios pasajes de esta obra.

A los historiadores, etnólogos y cronistas que mantienen viva la llama de los antiguos.

A Gelly, que pisa la senda de los chamanes.



GLORIA V. CASAÑAS es argentina. Su profesión de abogada y su labor docente en la Universidad de Buenos Aires la condujeron por los caminos de la historia. Así lo demuestran las tramas de sus novelas. Publicó “En alas de la seducción”, su primer libro, en 2008. Luego vino el éxito de ventas con “La maestra de la laguna” que trepó rápidamente en los rankings de best seller y la posicionó como una de las voces más fuertes de la novela romántica local, superando los 100.000 ejemplares de ventas. Con “Yporá” al éxito comercial se sumó el reconocimiento de los lectores al ganar el Primer Premio del Lector de la Feria del libro de Buenos Aires 2012. En 2012 publicó “El ángel roto” y en 2013 “La canción del mar”, una historia de amor maravillosa en el surgimiento de Mar del Plata como ciudad balnearia.